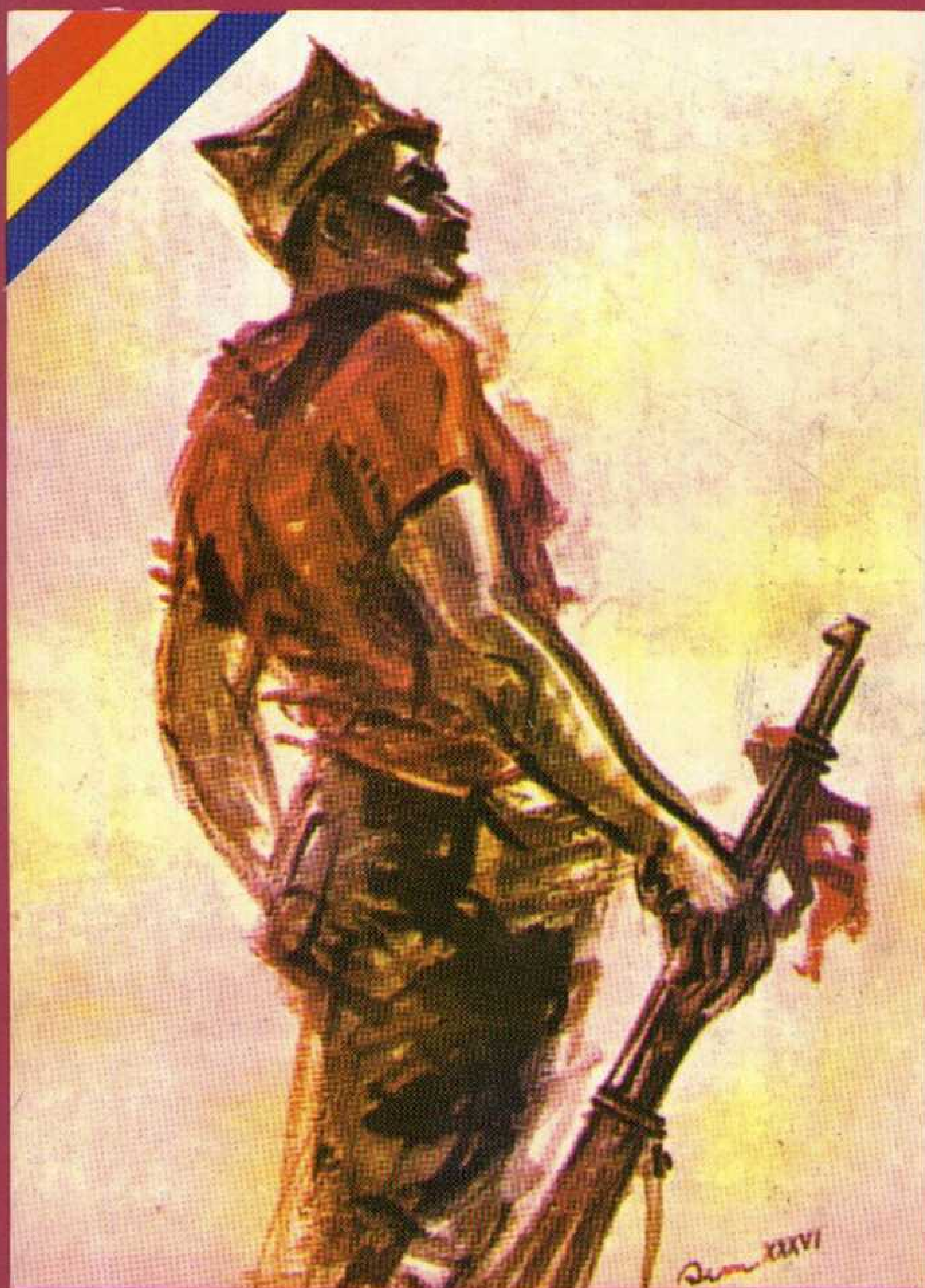
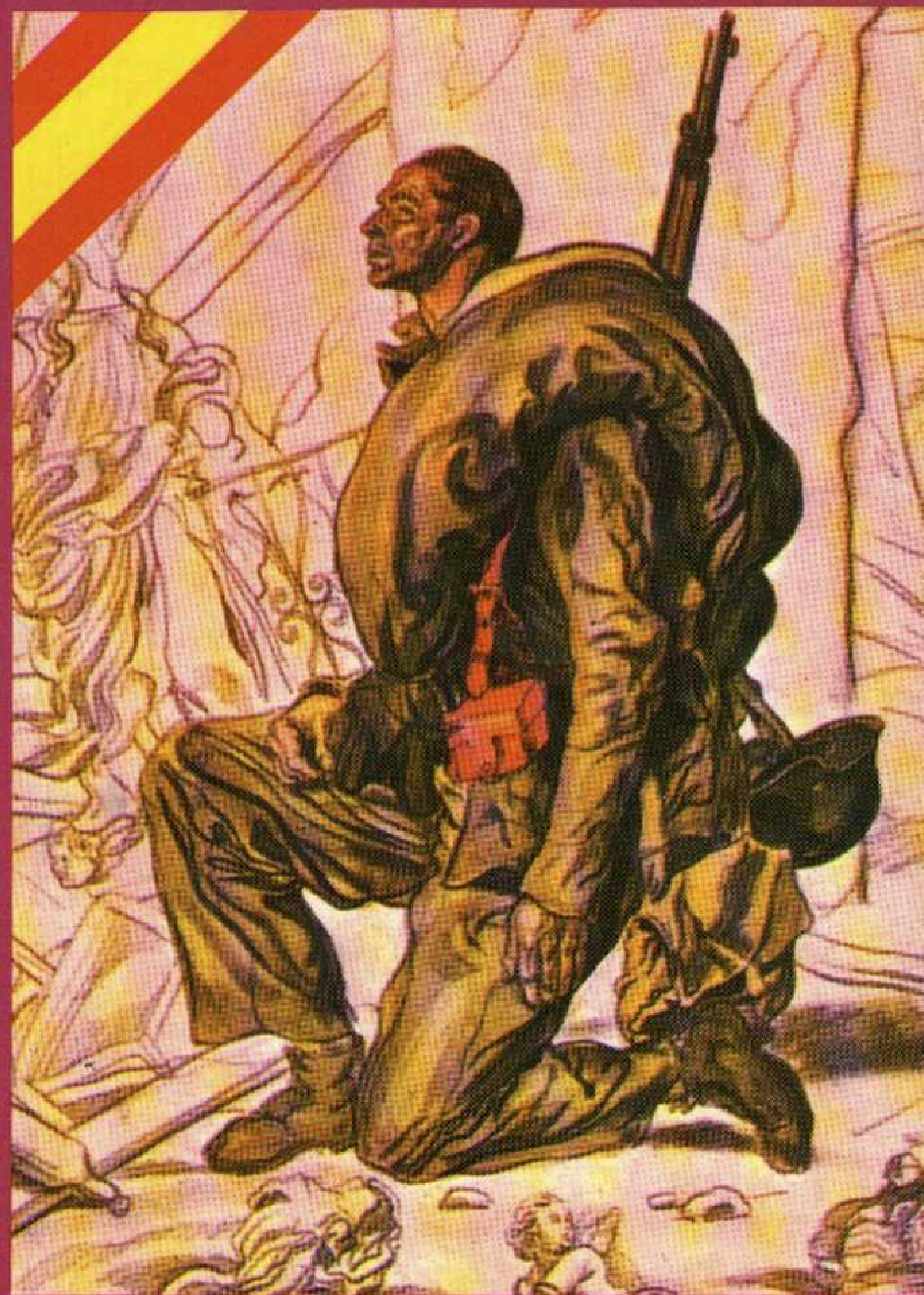
LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

HUGH THOMAS





Hyspamerica



Hyspamérica
Urbión

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA



HUGH THOMAS

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA





LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Hugh Thomas

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Alzamiento y Revolución

LIBRO II

Hyspamerica - Ediciones Urbión, S.A.

EDICIONES URBION quiere testimoniar su gratitud a las siguientes personas e instituciones que nos han ayudado en la elaboración de esta obra:

Juan Antonio Alvarez de Estrada
José Mario Armero
Juan Ignacio Azaola
María Capdevilla (Centre d'Estudis d'Història Contemporània). Biblioteca Figueras. Barcelona
José Clavería Prenafeta y José Fournier (Servicio Histórico Militar). Madrid
Familia Cordón
Familia Feo
Ramón Fernández Pousa (director de la Hemeroteca Nacional). Madrid
Josep Fornas
Luis Gasca
Familia Giménez Caballero
Alfonso Gota Losada
Juan Guzmán. México
Familia Hedilla
Enrique Lafuente Ferrari
Gonzalo Manso de Zúñiga (director del Museo San Telmo). San Sebastián
Basilio Martín Patino
José Manuel Mata Castillón (subdirector general de Archivos)
Miguel Molina Campuzano (director de la Hemeroteca Municipal). Madrid
Jordi Planas (jefe de Investigaciones de FIEHS-CEHI. Universidad de Barcelona)
Jan Quintanilla y Luis Fernández Quintanilla
Pedro Ruiz de Olibarri (director de Archivo Servicios Documentales del Ministerio de Cultura). Salamanca
Angel Ruiz Martín (director del Museo del Ejército)
M.ª Luz, M.ª Teresa y Carlos Sáenz de Tejada y Benvenuti
Angel Salas Larrazábal
Anita Sand
Archivo diario *Ya*. Madrid
Brandeis University
Colección Merino
Colección Zúñiga
Cuartel General del Aire
Diario de Barcelona
Fundación Universitaria Española. Madrid
Historia 16
Instituto Municipal de Historia. Barcelona
Museo Naval. Madrid
Norte de Castilla

Fotografías e ilustraciones

Rafael Sanz Lobato
Keystone-Nemes. Madrid
Agencia Efe. Madrid
Foto Alfonso. Madrid
Agustí Centelles. Barcelona
Archivo Fotográfico Salmer. Barcelona
P. Rotger. Barcelona
Fotografía Ansede. Salamanca
Foto Alonso. Bilbao
Foto Ortega. Bilbao
Agencia Zardoya. Barcelona
ANCR. Centro Gobetti. Turín
Ullstein Bilderdienst. Berlín
AP Novosti. Moscú
Revista *Punch*. Londres
The Illustrated London News. Picture Library. Londres
Visnews. Londres
The British Library Newspaper Archive. Londres
Associated Newspapers Group Ltd. Londres
Radio Times Hulton Picture Library. Londres
Popperfoto. Londres
Associated Press. Nueva York.
United Press International. Nueva York
Jack Novak. Alexandria. Virginia
Photo Research International. Alexandria. Virginia
National Maritime Museum. Londres
Pilot Press
Luis Agromayor
Agencia Piresa
Louis Deschamps
Europa Press

HYSPAMERICA EDICIONES, S. A.

Santiago, 12. Madrid-12
Editor Ejecutivo: Raúl E. Paggi

Ediciones URBION, S. A.
Avda. Llano Castellano, 13. Madrid-34
Teléfs. 729 31 11 y 729 18 38
Télex: Edur-E 45151

Fotocomposición

Andueza. San Romualdo, s/n. (Edificio Astygi). Madrid-17

Impresión

Mateu-Cromo, S. A. Pinto (Madrid),
sobre papel de Torras Hostench, S. A.

Printed in Spain. Impreso en España en 1980
ISBN 84-85266-54-4 obra completa
ISBN 84-85266-55-2 tomo II
ISBN 84-85266-56-0 fascículos
Depósito Legal: M. 130-1979

Sumario

Introducción

Conflicto entre dos Españas irreconciliables

por **Angel Viñas***, miembro del Consejo Editorial

Hugh Thomas describe el estallido de España desde que, en los calurosos días del mes de julio de 1936, el duro y agriado proceso de deterioro de la convivencia en que se había traducido la lucha de clases durante los años de paz de la República —presa entre el inmovilismo social heredado y el ansia revolucionaria— tocaba a su fin. Los grupos de conspiradores ponían a punto sus preparativos y cohesionaban tras de sí las fuerzas de choque de la contrarrevolución. El desencadenamiento de ésta aglutinaría rápidamente las bases sociales de un ordenamiento alternativo a los experimentos reformistas, liberales y socializantes del período precedente.

En este tomo se analizan los resultados de aquellos preparativos y de las divisiones preexistentes en la sociedad española: una contingencia como fue el asesinato del líder ultraderechista don José Calvo Sotelo —a su vez inmersa en la maraña de atentados de que habían sido objeto otros militantes de enfrentados partidos— adelantó el planeado momento de la ignición. Después vino el caos: un caos que durante algunos días de julio fue abriéndose en los pueblos, provincias y regiones de España; un caos en el que los comportamientos individuales —y en las páginas siguientes se describen muchos— se fundieron en un desgarro colectivo irreversible.

Y así, el autor nos muestra los iniciales brotes de la sublevación militar en el Protectorado de Marruecos, donde las débiles instituciones del poder constituido fueron rápida y sorpresivamente arrasadas en la violencia desatada por los mandos que se subvertían; nos muestra las cruciales indecisiones del gobierno de Madrid, atemorizado ante la idea de armar a las masas en defensa de la legalidad republicana; y nos muestra, finalmente, cómo la red de instrucciones y contactos establecida por los conspiradores militares iba a abrirse, a lo largo y a lo ancho de la geografía española, en una explosión continuada, a veces triunfante, a veces conjurada, a veces contenida y a veces aplastada.

En medio de la reconstrucción histórica —a nivel personal, regional y colectivo— de los acontecimientos que delimitaron la extensión y profundidad de tal explosión, el lector encontrará la reflexión y el análisis: las consecuencias del escalonamiento temporal de la sublevación, que aminoró las posibilidades de un rápido triunfo; las vacilaciones de las autoridades, que facilitaron la ampliación de la subversión; el fracaso global en la aplicación de los medios constitucionales de oposición al alzamiento; el calidoscopio de triunfos y derrotas al azar de comportamientos, audacias y temores; la aceptación, inevitable o resignada, de la revolución...

En este proceso, el país se desintegraría en un microcosmo de Españas múltiples, pero encuadradas en dos mundos referenciales, bien diferenciados y contrapuestos: el de la zona rebelde, aspirante a implantar por la violencia una nueva legalidad y que pronto sentaría las bases organizativas para defender su existencia y asegurar su expansión; y el de la zona en que habían triunfado las fuerzas y organizaciones que apoyaban al Frente Popular. En ambos mundos, represión; en uno, el colapso del

* Angel Viñas Martín es economista, técnico comercial del Estado, catedrático de Estructura Económica e investigador especializado en los problemas de financiación y ayuda internacional en ambos frentes durante el período 1936-39. Sus obras fundamentales sobre la contienda civil, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, *El oro español en la guerra civil* y *El oro de Moscú* han aportado documentación inédita conseguida directamente en archivos oficiales de España, Alemania, Gran Bretaña y los Estados Unidos. Sobre estos y otros aspectos de la guerra civil ha publicado numerosos artículos en la prensa y revistas especializadas.

Estado, y en otro, la desaparición del Estado y su absorción en los organigramas militares; en los dos, polarización del enfrentamiento social en la dialéctica fascismo-antifascismo; en el primero, ansiosa apelación a las bendiciones de una Iglesia legitimadora, y en el segundo, ansioso deseo de castigar pasadas complacencias políticas y sociales del clero.

Una guerra y dos Españas

Hugh Thomas pasa revista a este confuso cuadro con frialdad y aplica una metodología de corte inductivo para identificar los rasgos radicalmente diferentes de las dos Españas, que, en el crucial verano de 1936, dejaban de ser una figura retórica o de representar la plasmación de una determinada manera de concebir la evolución de la sociedad española para convertirse en la traducción global y contrapuesta de la lucha de clases, de la lucha de regiones, de la lucha de ideas e instituciones. Y ese carácter esencialmente diferente afloraría con particular claridad, según nos muestra el autor, en el debatido tema de la institucionalizada libertad para asesinar, en los esfuerzos para controlarla o en el interés por aplicarla a la consecución de la victoria.

Las dos Españas se enfrentaban en combate: yo creo que los capítulos que Hugh Thomas ha dedicado a reflejar el contrapuesto carácter de las dos zonas forman parte de lo mejor de su obra, pero el autor no olvida que la guerra civil que se delineaba era, también, una confrontación bélica. Sin embargo, esta no es una historia militar de la guerra civil, cuyo resultado dependería no sólo del estático balance de fuerzas con que se iniciaba, sino de la mutua capacidad de movilizar recursos y factores, de reconvertir actividades y profesiones, de tomar decisiones que modificasen la distribución territorial emergente. Y Hugh Thomas muestra cómo la confrontación se dilucidaría en un proceso dinámico y organizado: quienes más rápidamente mejorasen la posición de partida, más rápidamente podrían implantar las contrapuestas instituciones que se esbozaban en cada una de las zonas.

Esta posición de partida era diferente: en la España republicana ardía la revolución, se desmontaba el Estado, se desconfiaba de los hombres de la espada. En la España rebelde no se olvidaba purgar la retaguardia, aniquilar al enemigo, infundir el terror, pero se hacía la guerra de una manera profesional y con éxito.

En este éxito tuvo mucho que ver la ayuda exterior o la retracción exterior, pues, desde el principio, el conflicto español se subsumió, inexorablemente, en las pugnas, intereses y motivaciones de las potencias que dominaban el entorno internacional de España.

Ya en su comienzo mismo, la guerra civil española —toda guerra moderna, quizá— se configuró como un fenómeno altamente complejo y de difícil reductibilidad a esquemas simples, monocausales o unilineales: el *putsch* se había preparado con similitudes decimonónicas, pero con cuidado y sin descartar su evolución hacia una contienda. La división de las Fuerzas Armadas y la resistencia de las masas al desafío contrarrevolucionario o institucional contribuyeron a su fracaso en una situación en la que la improvisación y la duda sobrecompensaron en ocasiones el arrojo individual y la decisión. La objetivamente casi programada intervención extranjera modificó radicalmente el carácter y evolución de la incipiente confrontación, que hundía —cierto es— sus raíces en problemas españoles, que dirimían —cierto es— los españoles, pero que no podían resolverla en condiciones de aislamiento, sino en unas circunstancias globales externas a ellos, con las cuales entrarían en una interacción que no siempre estuvo exenta de dificultades.

Ensayo para una guerra mundial

Hugh Thomas nos muestra el comienzo del controvertido proceso de internacionalización de la guerra civil: la avergonzada retracción de Francia tras un momento de inicial apoyo al sorprendido y casi colapsado gobierno de Madrid; la reticencia de Inglaterra; la que a las democracias burguesas podría parecer desconcertante intervención de las potencias fascistas en apoyo del general Franco. Y si ello no modificó radicalmente en el primer momento el balance de fuerzas —aunque contribuyó a mejorarlo—, lo cierto es que preludiaba un curso complicado para la contienda.

En un principio podría pensarse que no para todos: en el verano de 1936, el avance militar de los sublevados pareció incontenible. En menos de mes y medio, las tropas del Ejército de Africa alcanzaron Talavera de la Reina, progresando rápidamente desde los primitivos enclaves del sur. Casi simultáneamente, la campaña de Guipúzcoa cortaba la vía de Irún, y en los primeros días de septiembre los insurrectos lograban aislar la franja norteña pro republicana, estableciendo una línea permanente de comunicación entre Hendaya y Cádiz. Tras todo ello quedaba una cadena de choques violentos entre un ejército profundamente dividido, entre dos entusiasmos de signo contrario y entre dos maneras de concebir la guerra.

Fue a partir del completo desdibujamiento de las divisorias iniciales, tras la derivación del golpe militar en contienda civil desde bases ampliamente modificadas, cuando el contexto internacional pasó a influir considerablemente en la evolución sucesiva de los acontecimientos: los mecanismos del alzamiento y la revolución dejaban de configurarse, objetivamente, como los resortes más adecuados para proseguir las hostilidades. Las dos zonas debían buscar la reestructuración de los recursos materiales y humanos de que disponían y potenciar su aplicación. Ambas estimularon la escalada exterior. No es, pues, de extrañar que este volumen termine cuando la confrontación entre los españoles se abría hacia una nueva fase de guerra internacional en miniatura en el suelo de España.

Quizás algunas de las heterogéneas fuerzas que aleteaban en el lado del Frente Popular fueron las primeras en percibir la necesidad del cambio. En cualquier caso, hoy es una trivialidad señalar que el gobierno de Largo Caballero, establecido a comienzos de septiembre de 1936, contempló rápidamente la guerra civil con un enfoque de conflicto total, pues ya no era otro el que desgarraba a España. Dicho enfoque se tradujo con notable claridad en tres planos fundamentales: en el proceso de formación del Ejército Popular, un ejército de nuevo cuño, a la vez que tendía a recuperarse paulatinamente la autoridad del Estado, colapsada en las violentas semanas de los meses anteriores; en la rectificación del rumbo internacional de la República, consolidando el acercamiento a la única gran potencia capaz y dispuesta a apoyarla entonces activamente: la Unión Soviética. Y, por último, y en consonancia con la acentuación del esfuerzo bélico, administrativo y diplomático, en el montaje de las bases de una economía de guerra, en un proceso impulsado y gestionado de forma directa en el ámbito financiero por el nuevo ministro de Hacienda, Juan Negrín.

Tampoco los sublevados tardaron mucho en superar la fase de común atomización descrita en este volumen: su superación la iniciaron algo más tarde que sus oponentes, pero en cambio la llevaron a la práctica con mucha mayor intensidad y contundencia. En la provisionalidad e improvisación, administrativa e institucional, de la zona rebelde habían influido, sin duda, dos factores: ante todo, la falta de afirmación de un poder central, abiertas aún distintas opciones entre los militares sublevados. Y, en segundo lugar, la esperanza de que la rápida marcha sobre Madrid culminase con la toma de la capital y, en suma, con la terminación del conflicto.

Ascenso meteórico

La afirmación de una autoridad central sería la respuesta al enrarecido contexto interior y exterior, en comparación con los esperanzadores días de julio y agosto. El prestigio militar, las victorias en campaña, el apoyo de las potencias fascistas y, no en último término, la audacia en la preparación e instrumentación de unos «golpes de fortuna», meditados o no, proyectarían hacia el timón de la España nacional a uno de los más dubitativos de entre los conspiradores: un pequeño general llamado Francisco Franco, que ya no abandonaría jamás las cimas del poder decisional.
El libro se detiene en el perfil de los acontecimientos que delimitarían las coordenadas dentro de las cuales se enfrentaron las dos Españas, reestructuradas y reorganizadas, en una pugna dura por conquistar la capital de la nación. Sobre ella incidiría un fenómeno de importancia capital: la movilización de hombres, materiales y organización, en un proceso de amplia solidaridad internacional de la izquierda, que se manifestó en la formación de las brigadas internacionales y en los preparativos de la ayuda soviética directa al amenazado gobierno de Madrid. El estímulo inmediato para tales acciones vendría dado por la continuada intervención de las potencias fascistas, pero lo cierto es que la decisión soviética marcaría indeleblemente el curso inmediato de la guerra civil.
El período analizado por Hugh Thomas en los capítulos que componen este tomo contemplaría, pues, la paulatina puesta en tensión de algunos de los resortes fundamentales que contribuyeron al esfuerzo de guerra: el militar, el diplomático, el internacional. Delimitaría también las zonas dentro de las cuales habría de dirimirse una nueva forma de contienda: la económica.
Esta se proyectaría, en efecto, desde la base de partida constituida por la peculiar dotación de recursos de las zonas del país en que se habían afianzado ambos regímenes. Como es notorio, entre ellas existían grandes diferencias que cristalizaban en profundos desequilibrios: la nacional era rica en productos agrarios, pero estaba débilmente industrializada, mientras que en la republicana el balance se decantaba en el sentido opuesto. La incipiente España de Franco controlaba provincias generadoras de excedentes agrícolas y ganaderos, de tal suerte que las corrientes de abastecimiento de la población podían garantizarse, aun con dificultad, sin la imperiosa necesidad de tener que recurrir para ello a masivos e inaplazables suministros exteriores.

Guerra económica: alimentos y armas

Desde luego, la zona nacional no disponía de todos los cultivos que en el período de la paz habían supuesto renglones sumamente importantes de la producción total. Sin embargo, le revirtieron posibilidades nada desdeñables, como, por ejemplo, las derivadas de la posesión de los distritos mineros de Huelva y, sobre todo, de Marruecos.
La República, por el contrario, dominaba la casi totalidad de las restantes zonas mineras y la mayor parte de las industriales y más densamente pobladas, pero la industria pesada y la minería del hierro y del carbón, bases esenciales del esfuerzo de guerra, quedaron cortadas prontamente de las regiones en que se asentaban las actividades de transformación: el futuro discurriría por un horizonte plagado de dificultades, ligadas al abastecimiento alimenticio y al desplome de la producción, también como consecuencia de los experimentos organizativos y colectivistas en que se tradujo la revolución social.

La detenida lectura de los contenidos de este volumen permite observar cómo, en los tres primeros meses de guerra a que se extienden, se establecerían los mecanismos de la dependencia crítica de las dos Españas con respecto a los suministros exteriores: el socorro soviético, constatado el cariz de la política de no intervención cocinada en París y en Londres, convertiría a la URSS en el gran proveedor de la República. La riqueza minera y agrícola de la España de Franco, y la implantación de las entidades paraestatales que pronto controlarían el intercambio hispano-alemán, servirían de correas de transmisión para que el interés del Tercer Reich hacia ella fuera algo más que de naturaleza puramente política o diplomática. En lo sucesivo, la economía se convertiría también en campo de batalla, incruenta si se quiere, pero en el cual chocarían las aspiraciones del conglomerado de fuerzas actuantes en la zona nacional con la proyección de las apetencias de los aliados alemanes.

El período terminaría con las espadas en alto: la ayuda soviética se haría sentir a partir de la segunda mitad de octubre, mientras que la República, poniendo fuera de peligro de captura el oro del Banco de España, se aseguraba la posibilidad de no tener que interrumpir la guerra por falta de recursos exteriores. A principios del mes siguiente, los anarquistas entraban en el gobierno central, una vez que algunos de sus líderes hubiesen aprendido desde los primeros días del conflicto a valorar la necesidad de los pactos y compromisos con el Estado; pero la unidad era más aparente que real, y la primitiva desintegración de la zona republicana habría de pesar considerablemente en la formulación de la trayectoria a seguir de cara a la continuación de la guerra en los aspectos militar, político, social y económico.

Tamañas preocupaciones no se proyectarían en el primer plano de la atención en zona nacional: contrarrevolución, represión y el convencimiento de que el gobierno e instituciones de la República eran contrarios al poder legítimo encardinado en la rebelión bendecida por la Iglesia, forjaban lazos de sangre, de interés y emocionales que excluían de antemano cualquier otro futuro que no fuese el de proseguir la institucionalización de un orden alternativo, en el cual todos los esfuerzos y actuaciones se disciplinaran y subordinaran a la consecución de la victoria. Bajo el empuje de la organización militar, las fuerzas políticas y sociales no tardaron en divisar como primer objetivo a alcanzar el triunfo definitivo sobre la otra España, la ilegítima, cuya extirpación se propugnó desde los primeros balbuceos de lo que se autointerpretó como el movimiento salvador y regenerador de la Patria.

Sería ingenuo pensar que una síntesis como la que ofrece Hugh Thomas, que disecciona la panorámica de los primeros meses convulsos de alzamiento, crímenes, revolución y guerra, no genere a su vez discrepancias y desacuerdos. Pero la rectificación de detalle, la controversia sobre alguno de los infinitos microcosmos en que se desagregó España durante aquellos meses del verano y otoño de 1936, no pueden ocultar que estamos en presencia de un análisis desapasionado y global de la imbricación de ámbitos múltiples y contradictorios que sentó las bases de lo que habría de ser una confrontación atroz entre los españoles.

Alzamiento y Revolución

LIBRO SEGUNDO

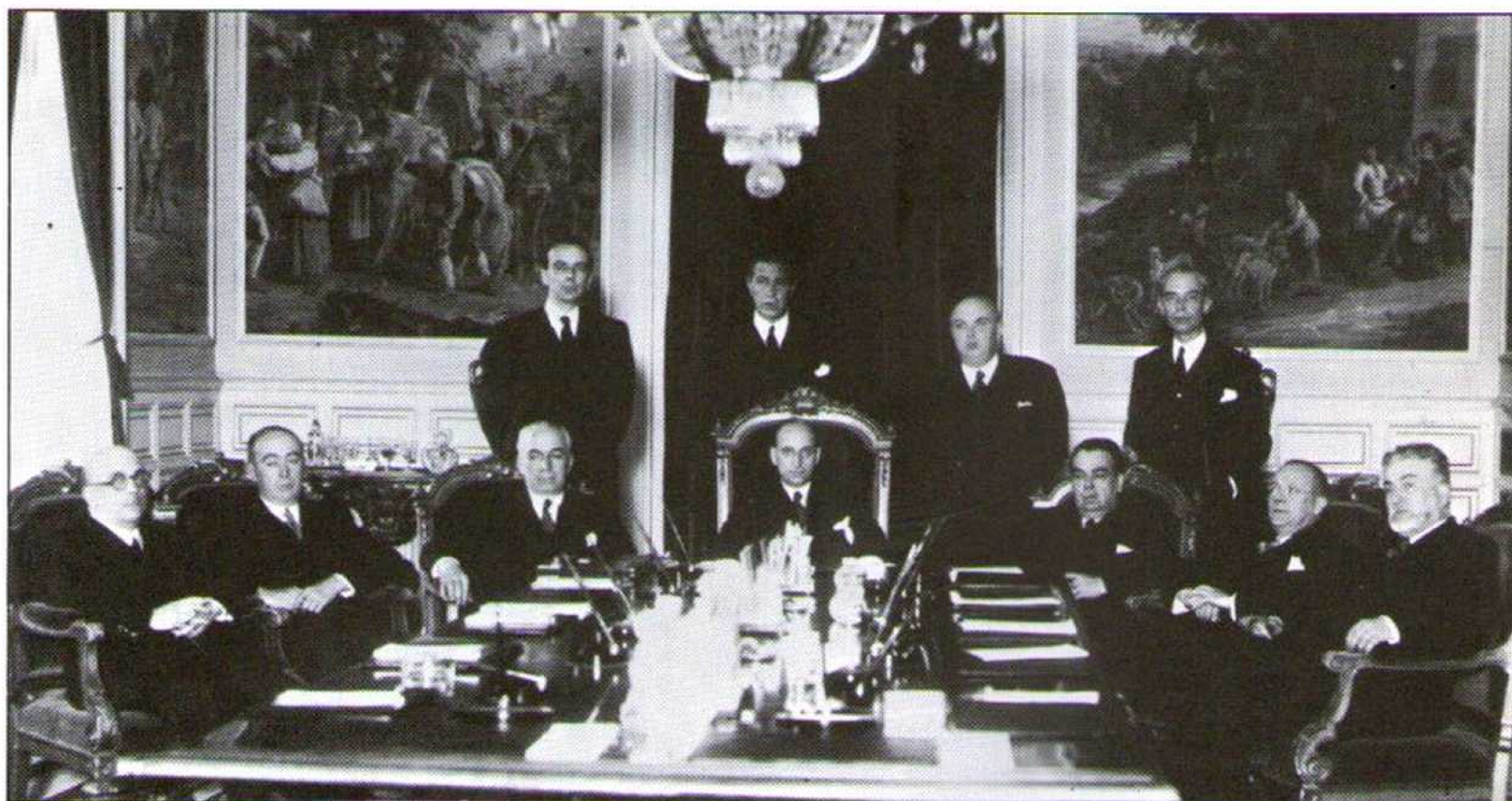


(Col. C. S. de Tejada.)

«... Dos bandos. Aquí hay ya dos bandos. Mi familia y la tuya.
Salid todos de aquí. Limpiarse el polvo de los zapatos. Vamos a ayudar a mi hijo...
Porque tiene gente... ¡Fuera de aquí! Por todos los caminos.
Ha llegado otra vez la hora de la sangre.
Dos bandos. Tú con el tuyo y yo con el mío. ¡Atrás! ¡Atrás!»

FEDERICO GARCÍA LORCA,
Bodas de Sangre, acto II


RENTE POPULA



(Efe.)

Manuel Azaña Díaz, presidente de la República Española desde el 1 de mayo de 1936, encargó a su íntimo colaborador Santiago Casares Quiroga la formación de un nuevo gobierno. Este quedó configurado de la siguiente manera: Ministerio de la Gobernación, Juan Moles Ormella; de Hacienda, Enrique Ramos Ramos; de Estado, Augusto Barcia Trelles; de Agricultura, Mariano Ruiz Funes; de Obras Públicas, Antonio Velao Oñate; de Instrucción Pública, Francisco Barnés Salinas; de Marina, José Giral Pereira; de Justicia, Manuel Blasco Garzón; de Industria y Comercio, Plácido Alvarez Buylla; de Comunicaciones, Bernardo Giner de los Ríos; de Trabajo, Juan Lluhí Vallescá. Santiago Casares conservó bajo su propia responsabilidad la cartera de Guerra. Este gabinete ministerial se enfrentaría a los trascendentales acontecimientos de julio de 1936.

13

Carta de Franco del 23 de junio

El día 23 de junio, desde su semidestierro de las Canarias, el general Francisco Franco escribió al jefe del gobierno, Casares Quiroga. La carta mostraba su preocupación por las divisiones existentes dentro del cuerpo de oficiales, reflejo de la nación dividida. Franco protestaba contra las privaciones de mando a militares de derechas. Estos hechos, decía el general, estaban causando tal inquietud que él se sentía obligado a advertir al jefe del gobierno (que además era ministro de la Guerra) acerca de los peligros que suponían «para la disciplina del ejército» [1]. Esta carta era una declaración final de Franco «ante la historia» de que había hecho todo lo posible para conseguir la paz, aunque por entonces ya debía de saber que era demasiado tarde para intentar nada. Sin embargo, el jefe del gobierno no contestó su carta. Parece ser que Franco estuvo vacilando hasta bien entrado aquel verano de 1936 (a pesar de sus actividades inmediatamente después de las elecciones). «Con Franquito o sin Franquito —declaró Sanjurjo en Lisboa— salvaremos a España» [2]. Sin embargo, a finales de junio, lo único que faltaba para fijar la fecha del alzamiento era el acuerdo con los carlistas. El 29 de junio, José Antonio envió órdenes a los jefes locales de Falange sobre cómo actuar; las unidades de Falange habían de mantener su identidad; en una localidad dada, sólo podía ponerse bajo control militar un tercio de cada destacamento de Falange: instruc-

[1] Para comprender el trasfondo de esta carta puede consultarse el libro de F. Franco Salgado-Araújo *Mi vida junto a Franco*, ed. Planeta, 1977, p. 146.
[2] J. A. Ansaldo, *¿Para qué...? (de Alfonso XIII a Juan III)*, Buenos Aires, 1951, p. 42.

(Col. C. S. de Tejada.)

ciones que demostraban ciertas reservas, pero instrucciones al fin y al cabo [3].
Sin embargo, el 1 de julio, Mola tuvo que enviar un documento a sus compañeros de conspiración recomendándoles paciencia. El ejército todavía no estaba unido, y él había recurrido a las amenazas: «Quien no está con nosotros está contra nosotros: el movimiento triunfante será inexorable con los compañeros que no resulten ser compañeros.» Probablemente le resultaban intolerables las vacilaciones de Franco, si es que eran sinceras. Los carlistas y los falangistas albergaban muchas exigencias: los primeros estaban obsesionados por los colores de la bandera bajo la cual marcharían los rebeldes, y los segundos, por problemas de autoridad. Mola incluso llegó a pensar en retirarse a Cuba, donde había nacido; pensó en suicidarse, en matar a Fal Conde..., pero perseveró.
En Marruecos, el ejército de Africa empezó sus maniobras de verano. La capital de España estaba atenazada por una huelga de la construcción: tanto los contratistas como los obreros anarquistas se negaban a aceptar el arbitraje del gobierno, mientras que la UGT lo aceptaba [4]. Las esperanzas de Largo Caballero de conseguir una alianza de los trabajadores no parecían muy fundadas. También había huelgas de ascensoristas, camareros y toreros, las dos prime-

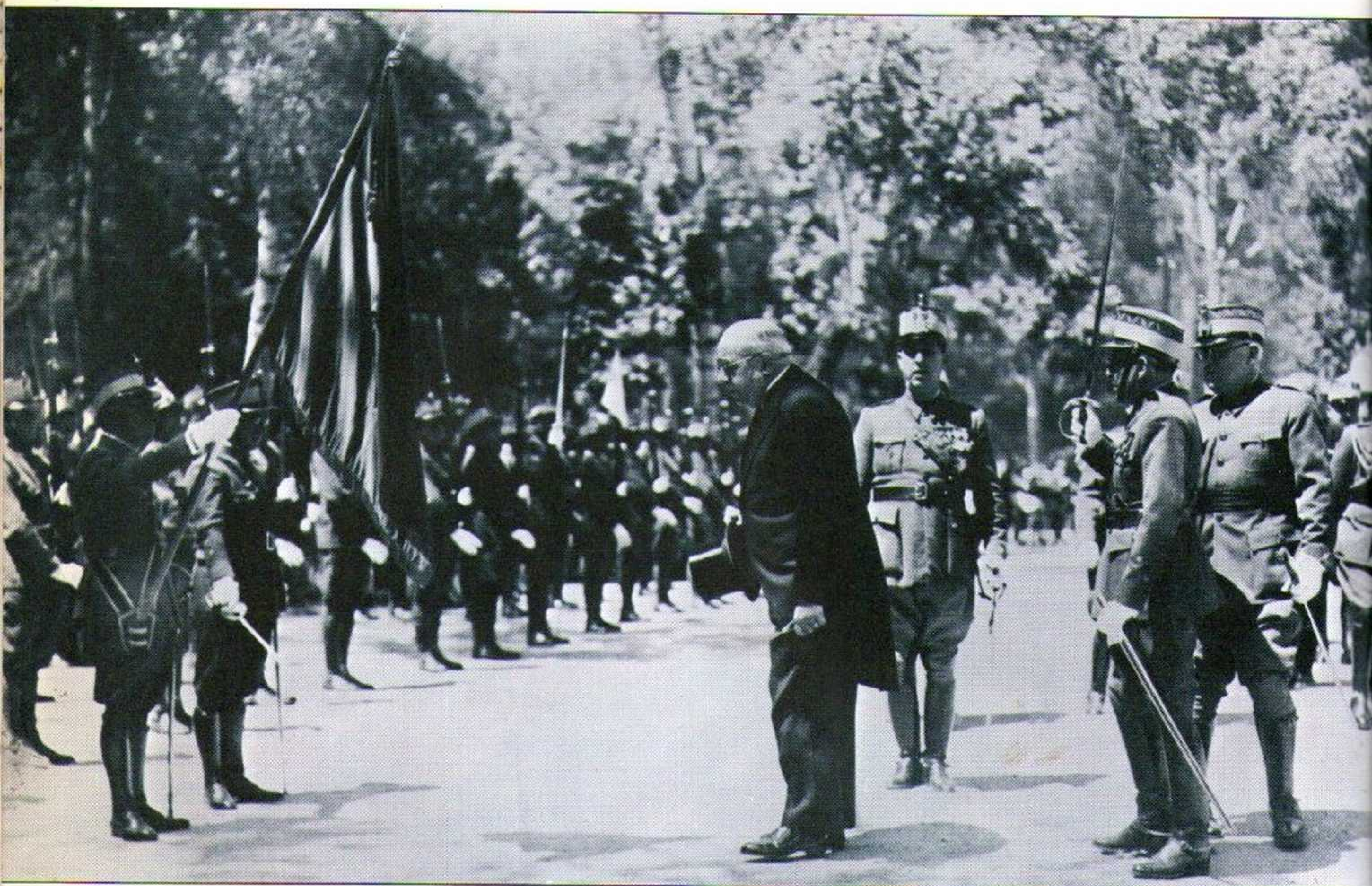
[3] José Antonio, *Obras completas*, Madrid, 1942, pp. 1113-1114.
[4] C. M. Lorenzo, *Los anarquistas españoles y el poder*, París, 1974, p. 209 y ss. Manuel Azaña, *Obras completas*, México, 1966-68, vol. III, p. 499, dice que en 1937 hubo un mitin público para celebrar el aniversario de la huelga de la construcción, «entre cuyos méritos se contaba, en opinión de sus panegiristas, el hecho de que había precipitado el alzamiento».

El primero de mayo de 1936 tuvieron lugar en las calles de las principales ciudades españolas las históricas manifestaciones convocadas por las organizaciones obreras. En esos días, sin embargo, estaba ya gestándose entre los trabajadores del sector de la construcción una huelga que adquiriría dimensiones espectaculares pocas semanas después. El paro enfrentó a las dos grandes centrales sindicales UGT y CNT, e incluso, dentro de la primera de ellas, a la dirección con muchos de sus afiliados. La radicalización de un sector de la familia socialista provocó también el deslizamiento hacia posturas netamente comunistas de la rama juvenil del partido. En la manifestación por el paseo de la Castellana de Madrid, Santiago Carrillo, secretario general de las Juventudes Socialistas, desfila del brazo de Francisco Largo Caballero, junto a Luis Araquistain y José Díaz. (En la fotografía, segundo, tercero, cuarto y quinto por la izquierda, respectivamente.) La manifestación tuvo sin duda colorido, pero sobresaltó aún más a las clases acomodadas y no convenció a los anarcosindicalistas.


(Efe.)



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)



A pesar del clima de violencia y de la amenaza de un inminente desenlace, aún quedaban en el país algunos rasgos de tiempos más apacibles. Así, en la mañana del 4 de julio de 1936, el presidente de la República acudió al parque del Retiro, de Madrid, para inaugurar la Exposición Nacional de Bellas Artes, acompañado de algunos ministros, miembros del cuerpo diplomático, altos cargos del gobierno central y municipal y representantes de la vida cultural. Una compañía de infantería le rindió honores, momento que recoge la fotografía. En segundo plano se encuentra el general José Miaja, futuro defensor de Madrid, quien en aquel momento se hallaba al mando de la 1.ª Brigada de Infantería de la División Orgánica de Madrid.

ras convocadas por el ala izquierda de la UGT. (La huelga de toreros, en cambio, tuvo su origen en el éxito obtenido aquel verano por dos matadores mexicanos que actuaban mano a mano. La prensa sugirió que los mexicanos eran más valientes que los españoles.) Mientras tanto, los socialistas estaban divididos, como siempre, sobre todo a propósito de los resultados de las nuevas elecciones para la presidencia del partido que habían sido forzadas por los caballeristas. González Peña, el dirigente de los mineros asturianos, que, no obstante, era amigo de Prieto, fue elegido en una votación insuficiente: los caballeristas se quejaron de que los prietistas habían falseado los resultados, pero resultó que habían excluido a todos los que no habían pagado sus cuotas en 1934 [5]. A finales de junio llegó la tan esperada fusión entre los movimientos juveniles socialista y comunista, que dio lugar a la JSU (Juventudes Socialistas Unificadas). En ésta, aunque la mayoría de los dirigentes eran socialistas (por ejemplo, Santiago Carrillo), la línea política era comunista. Esto causó alarma incluso en el círculo de

[5] González Peña ganó por 10.993 votos contra 2.876. Una segunda votación le dio una mayoría no tan amplia.

Largo Caballero. Araquistain, director del periódico de Largo Caballero, *Claridad*, estalló (ilógicamente, teniendo en cuenta las opiniones ardientemente pro comunistas que había manifestado hasta entonces): «Hemos perdido nuestras juventudes. ¿Qué pasará con el Partido Socialista español?» [6]. Prieto no podía contener su furia. Sin embargo, Largo Caballero no parecía haberse inquietado por esto. Los socialistas de Madrid estaban pensando incluso en una fusión de los partidos socialista y comunista. Las juventudes socialistas, igual que otros grupos, continuaron con su instrucción militar, siendo el organizador de la misma un famoso socialista italiano, de Turín, Fernando de Rosa, célebre por su atentado de Bruselas en 1929 contra el príncipe Umberto de Saboya [7].

El camino intermedio todavía contaba con algunos partidarios. Miguel Maura, uno de los padres de la República en 1931, pedía «una dictadura republicana nacional» que salvara a España de la anarquía: «Ciudadanos pacíficos —escribió en *El Sol* a finales de junio— ahora creen que las leyes son letra muerta.» Ni Prieto ni Maura tendrían la oportunidad de hacer una coalición. Circulaban demasiados rumores. Se extendió el pánico ante la repetición del viejo bulo de que un grupo de monjas habían envenenado los caramelos de los hijos de los obreros. Diariamente se cometían asesinatos por motivos políticos. El 2 de julio, por ejemplo, dos falangistas que estaban sentados en la terraza de un café, en Madrid, fueron acribillados a balazos desde un automóvil que pasó por allí. Aquella misma tarde, dos hombres que salían de la Casa del Pueblo, en Madrid, caían ante las balas de un grupo de hombres armados con pistolas ametralladoras. Esta pequeña guerra continuaba, sin que nadie la frenara, desde las elecciones de febrero. En casi ninguna de estas ocasiones habían sido encontrados los asesinos. El 8 de julio fueron detenidos en Madrid setenta falangistas, y varios centenares en provincias, acusados de sedición. Entre ellos se encontraba Fernández Cuesta, el secretario general de la Falange (José Antonio afirmaba que en junio había 150.000 falangistas, de los cuales casi 15.000 eran antiguos miembros de la JAP y 2.000 estaban en la cárcel.) Entretanto, en el ministerio de la Guerra los oficiales republicanos leales observaban reuniones entre los que ellos sabían que eran enemigos de la República. García Escámez, un andaluz sutil y encantador que había ostentado el mando parcial de la Legión en Asturias y ahora era el lugarteniente de Mola en Pamplona,

(Efe.)

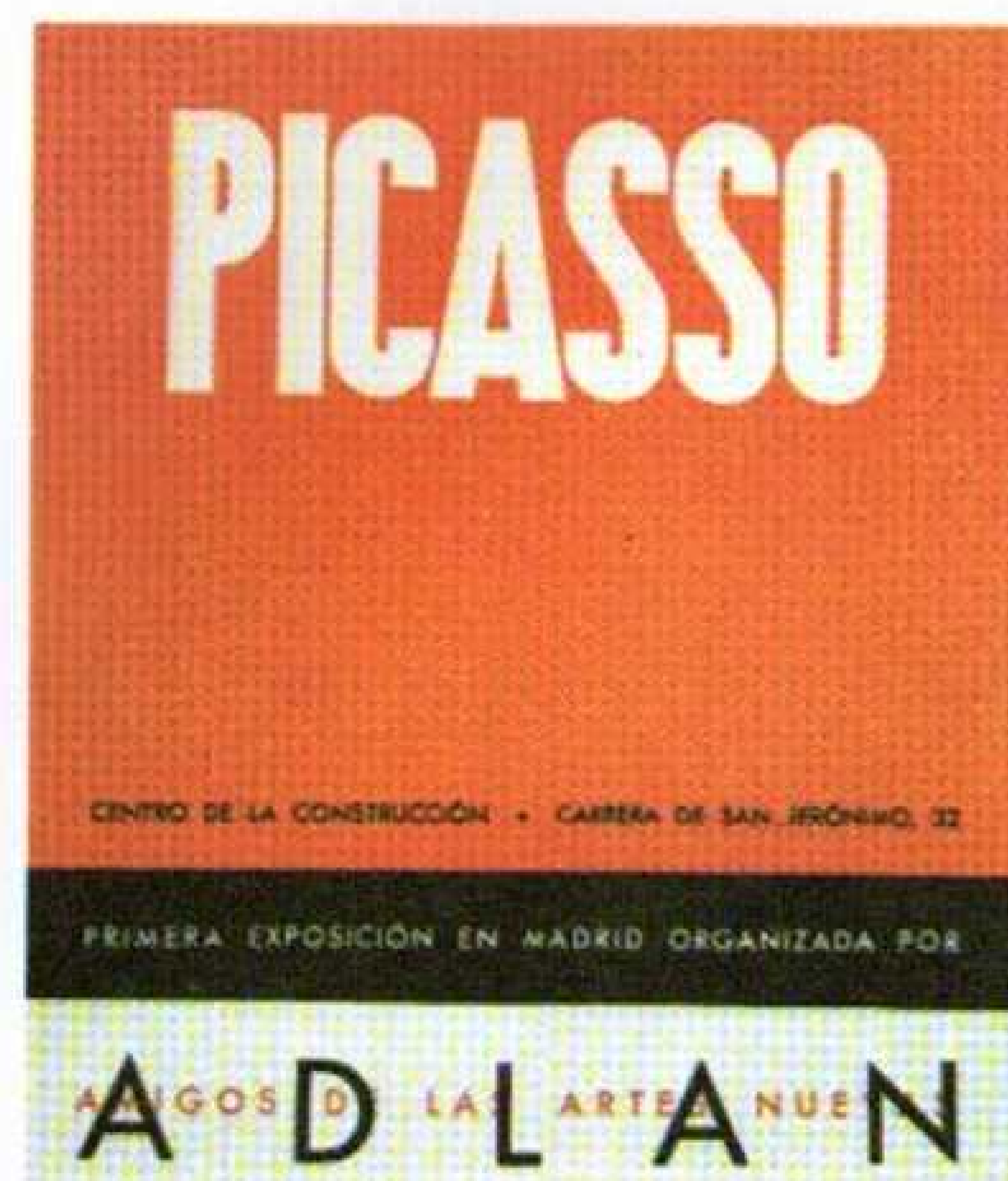
[6] Este comentario se lo hizo a Henry Buckley, entonces corresponsal de *The Times* en Madrid. El propio Araquistain, que más tarde se convirtió en un apasionado anticomunista, alega que en aquella época veía a menudo al agente del Komintern Codovila cuando acudía a visitar a Alvarez del Vayo (él vivía en el piso de arriba). Santiago Carrillo, en su libro *Demain l'Espagne*, p. 43, confirma que Codovila quería en parte hacerle comunista. Incluso en 1935 le había visitado en la cárcel. Carrillo dice que esperó algún tiempo y que cuando en marzo de 1936 se reunió el comité central todavía no se había afiliado. La trayectoria política de Araquistain en los años 30 es difícil de seguir; después de ser un socialdemócrata convencido, en 1934 se había vuelto revolucionario. A partir de 1936 se volvió otra vez prudente y pasó a ser un socialista de ala derecha. Sin embargo, el número de su periódico *Leviatán* publicado en julio no podía ser más marxista pro soviético.

[7] Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, México, 1973, p. 92. De Rosa había sido condenado a cinco años de cárcel en Bélgica y había cumplido dos. Se fue a España, participó en la revolución de 1934, fue encarcelado, y era un héroe para las juventudes socialistas.

La inauguración de la Exposición Nacional de Bellas Artes había sufrido varios aplazamientos debido a la elección del nuevo presidente de la República. El certamen artístico permanecería algunas semanas después olvidado y sin clausura por el desarrollo de los acontecimientos bélicos. Mejor suerte le cupo a la primera exposición de la obra de Pablo Picasso celebrada en Madrid, que tuvo lugar también en la primavera de 1936.



(Arch. E. Lafuente Ferrari.)



(Arch. E. Lafuente Ferrari.)

se presentó con noticias y planes [8]. En el campo, cada vez se ocupaban más tierras, los terratenientes abandonaban sus fincas, los que se quedaban se veían obligados a emplear a muchos más trabajadores de los que necesitaban, se mataba el ganado, los sindicatos fomentaban las ocupaciones y se descuidaban las cosechas. También existía mucha agitación con respecto a las reivindicaciones de autonomía: representantes de las provincias aragonesas se reunían en Caspe, el alcalde de Burgos proponía un estatuto para Castilla la Vieja, mientras el municipio de Huelva manifestaba que abandonaría Andalucía para unirse a una Extremadura autónoma. Por otra parte, los españoles de clase alta y media se marchaban con sus familias a pasar las vacaciones en la costa norte: permanecer en Madrid durante el verano se había convertido en un estigma social. Y en 1936 parecía un riesgo.

Los carlistas

El 7 de julio, Mola escribió a Fal Conde (que se encontraba en San Juan de Luz, con los demás dirigentes carlistas), prometiéndole resolver la cuestión de la bandera después del alzamiento y asegurándole que no tenía relaciones con ningún partido político. «Debe darse cuenta —añadía— de que todo se encuentra paralizado por su actitud. "Ciertas cosas" están ya tan adelantadas que sería imposible el evitarlas. Por amor de España, le suplico una rápida respuesta» [9]. El 7 de julio contestó Fal Conde pidiendo garantías de que el futuro régimen sería antidemocrático e insistiendo en que la cuestión de la bandera se había de decidir inmediatamente. Lamamié de Clairac, el inveterado enemigo de la política agraria de la

[8] José Martín Blázquez, *I helped to build an army*, Londres, 1939, p. 72.

[9] Archivos carlistas, Sevilla. Las «ciertas cosas» eran la seguridad dada a los falangistas de que el alzamiento tendría lugar el 15 de julio, y el alquiler de un avión para llevar a Franco a Marruecos.



(Efe.)

El movimiento carlista nunca aceptó la legalidad republicana, y menos aún el triunfo electoral de la coalición del Frente Popular, preparándose sistemáticamente para un enfrentamiento violento contra el poder constituido. Esta actitud arrancaba de la trayectoria insurgente del tradicionalismo a lo largo de un siglo, durante el cual la experiencia guerrera iba transmitiéndose de padres a hijos. En 1936, los máximos responsables del carlismo se debatían entre la colaboración con otras fuerzas antirrepublicanas y una intransigencia a ultranza que dificultaba cualquier acuerdo. En la fotografía, un grupo de carlistas armados rodea al dirigente del minoritario tradicionalismo andaluz, Manuel Fal Conde (×), jefe de la Junta Central Carlista, el máximo organismo del carlismo en el interior de España.



(Col. C. S. de Tejada.)


Cuatro individuos asaltan la Radio valenciana y amordazan al locutor, para pronunciar unas palabras en tono fascista

(Arch. B. M. Panno.)

La escalada de violencia durante las semanas previas al alzamiento militar alcanzó a varias ciudades españolas. En Valencia, a la provocación audaz de un grupo de falangistas que ocuparon la emisora de radio local, recogida en la noticia de prensa que aparece en la fotografía, respondieron las organizaciones obreras con violentos asaltos a las sedes del partido Derecha Regional Valenciana, adherido a la CEDA, y del Diario de Valencia, *del mismo signo político.*

República, pidió que no hubiera colaboración con Mola si éste no prometía la restauración de la monarquía. Mola, fuera de sí, colérico, rehusó estas condiciones. «El movimiento tradicionalista —escribió— está arruinando a España con su intransigencia, exactamente igual que el Frente Popular» [10]. La cuestión era, como escribió Mola al moderado conde de Rodezno (que era el jefe carlista en Navarra), que, dado que la guarnición de Pamplona estaba compuesta de hombres poco seguros para una rebelión, pues eran principalmente asturianos, se necesitaba un puñado de carlistas para hacer de ellos unos soldados [11]. El 9 de julio, el general Sanjurjo escribió desde Lisboa una carta conciliatoria, en la que sugería que los carlistas enarbolaran la bandera monárquica aun cuando Mola usara la republicana: Sanjurjo garantizaría un régimen político de acuerdo con los principios carlistas. Esto no solucionó nada, pero fue más o menos por entonces cuando Franco, en Tenerife, decidió sumarse a la rebelión, recibiendo el mando de todas las tropas de Marruecos; esto es, de las tropas más dignas de confianza del ejército español, aun cuando él no tuviera completamente decidido el momento de actuar [12]. «¿Crees que vendrá Franquito?», preguntó el general Varela al general Kindelán, un jefe distinguido de las fuerzas aéreas temporalmente retirado. «Mola cree que sí», fue su respuesta [13]. Pero no parecía seguro. Entretanto, las calles de Pamplona estaban preparadas para celebrar las fiestas anuales de San Fermín. Como todos los años, tuvieron lugar los encierros, y los mozos corrieron delante de los toros por las calles de la ciudad, mientras las mujeres los contemplaban desde los balcones. Entre aquellos hombres había muchos que, antes de una semana, se alistarían en las fuerzas carlistas. En medio de los espectadores se pudo ver la cara de Mola, con sus gafas, acompañado por el inquieto y barbudo general Fanjul, uno de los principales conspiradores de Madrid, y por el coronel León Carrasco, que había de dirigir el alzamiento en San Sebastián [14].

El viaje del *Dragon Rapide*

En Londres, Luis Bolín, corresponsal en aquella ciudad del diario monárquico *ABC*, había alquilado un *Dragon Rapide* al Olley

[10] Archivos carlistas.

[11] Antonio Lizarza, *Memorias de la conspiración*, Pamplona, 1954, p. 97.

[12] Véase Stanley Payne, *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford, 1965, p. 335 y referencias. Es posible que Franco no se decidiera a actuar hasta que, en algún momento entre el 10 y el 13 de julio, le dijeron que los otros seguirían adelante aunque él no participara. Véase, p. ej., Richard Robinson, *The Origins of Franco's Spain*, Newton Abbot, 1970, p. 288. Otros creen que Franco y Mola estaban de acuerdo desde finales de 1935. Serrano Súñer asegura que no lo decidió hasta el día 14 de julio. Franco Salgado lo confirma en sus memorias.

[13] Robinson, p. 288. Aunque la fuerza aérea española había sido incompetente en las guerras de Marruecos, Kindelán había logrado allí una excelente hoja de servicios, y tuvo el dudoso mérito, al parecer, de haber sido el primero en utilizar un avión con propósitos militares contra las tribus marroquíes.

[14] José María Iribarren, *El general Mola*, Madrid, 1945, p. 70. Maíz da cuenta de una reunión en la que por lo menos algunos de los conspiradores consideraban la posibilidad de un fracaso. «¿Qué cabeza será la primera en caer?», preguntó Fanjul. «La tuya, Joaquín», contestó Lucio Arrieta, un carlista (Félix Maíz, *Alzamiento en España*, Pamplona, 1952, p. 247). Su cabeza cayó, aunque no la primera.



(Arch. Urbión.)


(Dibujo de Abellán.)

Un avión comercial de alquiler tipo De Havilland Dragon *fue elegido por el ingeniero Juan de la Cierva, el inventor del autogiro, para trasladar al general Franco de Las Palmas a Marruecos. De la Cierva y el corresponsal de* ABC, *Luis Antonio Bolín, fueron los encargados de cerrar, en Londres, la operación, por mandato del marqués de Luca de Tena. Estos conspiradores monárquicos contaban con el respaldo económico del millonario Juan March, aunque se desconoce la importancia de la contribución de éste y las condiciones en que fue prestada.*

Air Service, de Croydon, para trasladar a Franco desde Canarias hasta Marruecos, donde el plan preveía que asumiría el mando del ejército de Africa. Se escogió un avión extranjero porque en España no había una aviación civil digna de confianza. Bolín tenía instrucciones de su director, el marqués de Luca de Tena, conspirador desde 1931, para ir a Las Palmas, pero, si no recibía nuevas instrucciones antes del 31 de julio, tenía que regresar a Inglaterra [15]. Mientras tanto, el primer ministro informó al gabinete que le era conocida la existencia de una conspiración militar, pero que tanto él como el presidente Azaña estaban de acuerdo en esperar su estallido para aplastarla, como ya había sucedido en 1932 [16]. El 11 de julio, el avión inglés despegó de Croydon, pilotado por un tal capitán Bebb, que no tenía ni la menor idea de la naturaleza de la misión en la que tomaba parte [17]. En el viaje le acompañaron Bolín, un coronel retirado, Hugh Pollard y dos jóvenes rubias, una de ellas hija

[15] Luca de Tena había recibido la orden del general Kindelán, que ahora era uno de los canales de comunicación de la conspiración. Se han editado en España las memorias de Bolín, *Spain, The Vital Years* (Londres, 1967). Juan March fue quien sufragó los gastos ocasionados (Gil Robles, p. 780). Sobre la ayuda de March, véase también el testimonio de Tomás Peire, citado por Ricardo de la Cierva, *Historia de la guerra civil española*, Madrid, 1969, vol. II, p. 148.

[16] Relatado por Francisco Barnés a Juan Simeón Vidarte, según el libro de este último, *Todos fuimos culpables*, Ed. Grijalbo, 1973, p. 254.

[17] *News Chronicle* (7 de noviembre de 1936) publicó una narración de estos acontecimientos redactada por el piloto capitán Bebb, con quien también yo he podido hablar de todo esto. Bebb creía que le pedían que llevara a «un jefe del Rif a una revolución».

de Pollard, y la otra, amiga de ésta. Estos pasajeros, que también ignoraban el propósito del viaje, habían sido proporcionados por el editor católico Douglas Jerrold para que el vuelo tuviera un aspecto usual [18]. Aquella noche, en Valencia, la emisora de radio local fue ocupada por un grupo de impacientes falangistas que anunciaron, misteriosamente, que pronto estallaría «la revolución nacionalsindicalista», y desaparecieron antes de que llegara la policía. El mismo día, en Madrid, el jefe del gobierno había sido advertido una vez más de lo que iba a ocurrir. «¿Conque aseguran ustedes que van a levantar a los militares? —preguntó con una mal entendida jovialidad—. Muy bien, yo, en cambio, me voy a acostar» [19]. Un poco antes, también había quitado importancia a una información sobre las actividades carlistas en Navarra que le había dado Jesús Monzón, dirigente comunista en Pamplona, que fue a visitarle acompañado de «la Pasionaria» [20]. Pero el ministro de Marina, Giral, fue más precavido: prohibió que tuvieran lugar maniobras navales cerca de Marruecos o de las Canarias; y colocó telegrafistas leales en el telégrafo naval de Madrid, en la Ciudad Lineal y en los barcos más importantes [21]. El 12 de julio, parecía que Mola y los carlistas todavía no se habían puesto de acuerdo. Pero el primero consiguió sus fines sin tener que ceder demasiado, en realidad, jugando, en primer lugar, con el

Desde el Parlamento y la prensa, los partidos más responsables denunciaban el creciente deterioro del orden público a lo largo de la primavera de 1936. Tal violencia, empero, fue desarrollada indiscriminadamente por los grupos más radicalizados tanto de la derecha como de la izquierda política. Muertos, heridos, contusionados y detenidos constituían con frecuencia el balance final de múltiples atentados y enfrentamientos, así como de las represalias que automáticamente seguían a aquéllos.

[18] *Historia de la Cruzada española*, Madrid, 1940-43, XIII, pp. 62-63. Pollard ya había tenido, como dijo Jerrold, «experiencia de revoluciones» (Douglas Jerrold, *Georgian Adventure*, Londres, 1937, p. 371). Jerrold, presidente de Eyre & Spottiswoode, había atacado numerosas veces a la República.

[19] José Peirats, *La CNT en la revolución española*, 3 vol., Toulouse, 1951-53, vol. I, p. 136.

[20] Dolores Ibárruri, *El único camino*, París, 1967, p. 244.

[21] Testimonio de Francisco Giral, hijo de Giral.



(Efe.)

entusiasmo por la lucha manifestado por la juventud carlista en Navarra, que no parecía preocupada por las condiciones de su participación en el alzamiento, y, en segundo lugar, con la flexibilidad del conde de Rodezno, quien sugirió a Mola que tratase directamente con él, mejor que con Fal Conde, en todo lo relativo a la organización carlista en Navarra. Rodezno siempre había deseado colaborar con el resto de las derechas españolas (sobre todo, con los monárquicos alfonsinos), que odiaba a Fal Conde, y que ahora, como jefe de los carlistas en Pamplona, pudo conseguir del príncipe Javier de Borbón Parma, en San Juan de Luz, la conformidad para apoyar al alzamiento si éste se producía antes de que pudiera consultar con su tío Alfonso Carlos en Viena y obtener su respuesta. Naturalmente, esta respuesta tardó en llegar y, cuando llegó, ya se habían sumado a la lucha. Así pues, Mola fue a la guerra con los carlistas de su parte, pero las condiciones de la participación carlista quedaron más vagas de lo que deseaban Fal Conde, Javier o Alfonso Carlos. No obstante, la mayoría de los dirigentes carlistas estaban tomando contacto con otros rebeldes [22].
En Marruecos, las maniobras de la Legión Extranjera y de los Regulares acabaron con un desfile en presencia de los generales Romerales y Gómez Morato, que eran respectivamente comandante de la zona este de Marruecos y comandante del ejército de Africa. Ninguno de los dos generales, ni el alto comisario interino, capitán

[22] Payne, *The Military*, p. 337; Martin Blinkhorn, *Carlism and crisis in Spain*, Cambridge, U. P., 1975, p. 249; véanse también narraciones en Robinson, p. 300; y Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, Madrid, 1970, p. 123. Francisco Javier de Borbón Parma, primo lejano de la familia real española, había sido adoptado por Alfonso Carlos como su heredero y regente aquel mismo año.



(Museo Postal. Barcelona.)

Las actividades conspiradoras, secretas o simplemente encubiertas, jalonaban la actividad de los futuros golpistas. La fotografía recoge una escena de un almuerzo, el 17 de junio de 1936, ofrecido por la oficialidad de la guarnición de Tenerife al general Franco. La reunión ha sido considerada oficialmente, más tarde, como precursora del alzamiento en Canarias y realzada como tema de una edición postal del gobierno nacional en 1938.



(Efe.)

Alvarez Buylla, estaban enterados de la conspiración en la que habían de desempeñar papeles importantes muchos de los otros oficiales del desfile. Gómez Morato era objeto de especial antipatía en los círculos militares ortodoxos, ya que él había organizado los traslados ordenados por Azaña para situar a oficiales leales en los puestos importantes. La noche del día del desfile, estos dos generales telegrafiaron a Madrid que todo iba bien en el ejército de Africa. Pero, durante las maniobras, los conspiradores celebraron reuniones de última hora. En un encuentro de oficiales jóvenes, el coronel Yagüe, jefe de la Legión Extranjera, había usado incluso el término «cruzada» (que más tarde sería habitual en los discursos nacionalistas) para describir al movimiento que se encontraba detrás de la sublevación. Yagüe, políticamente ambicioso, viendo frustrada su carrera por la República, se afilió a la Falange. Una noche, durante el banquete oficial que siguió al desfile, se oyó el

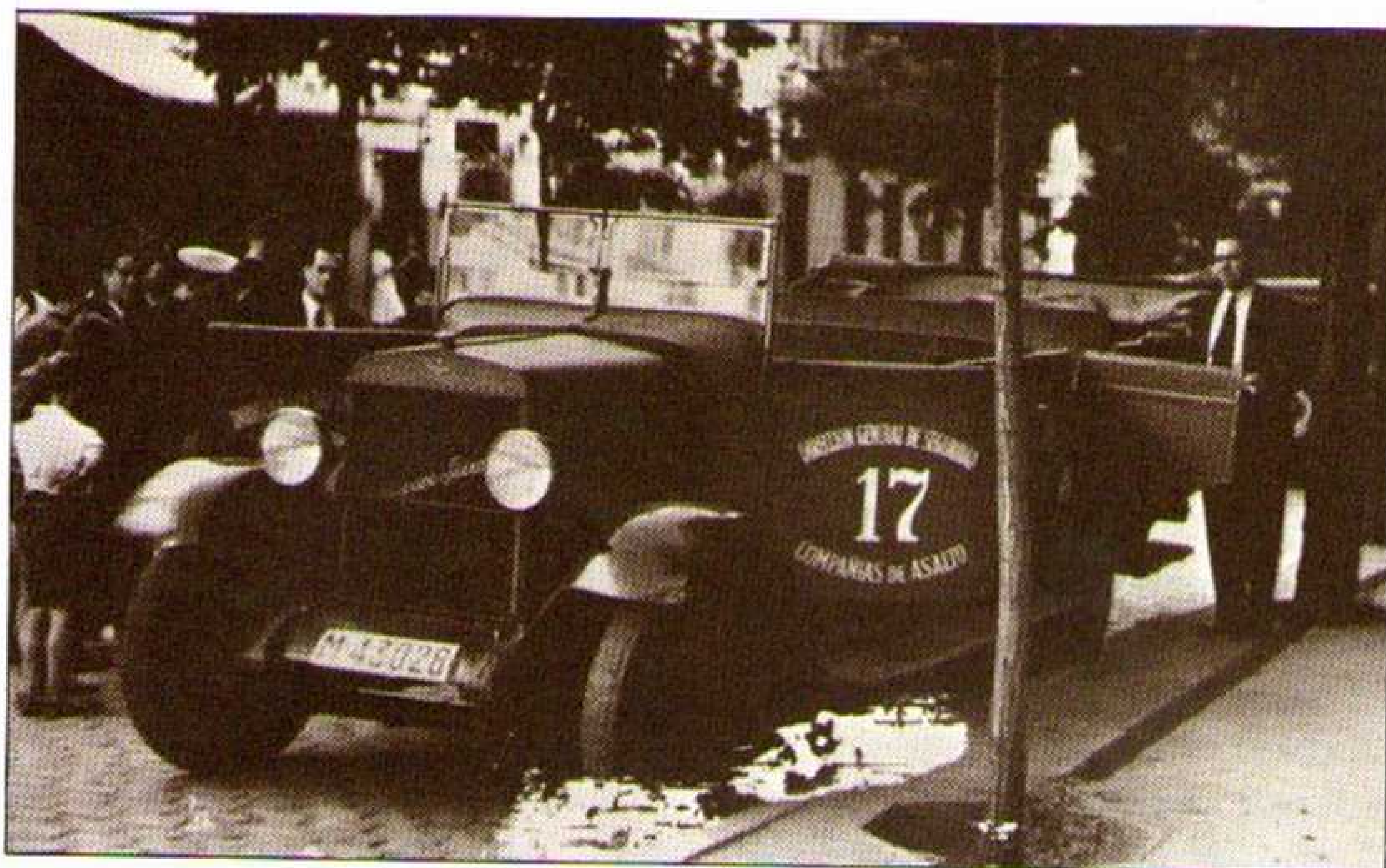

AHORA

14 julio 36

LOS EXECRABLES CRIMENES DE AYER.

(Arch. B. M. Patino.)

El asesinato de don José Calvo Sotelo fue un acto de represalia, consecuencia directa del asesinato que tuvo lugar pocas horas antes, en la calle de Augusto Figueroa de Madrid, del teniente de la guardia de asalto José Castillo. No obstante la conmoción que produjo el asesinato de una figura de primer plano de la política española, ni esta muerte ni la del teniente Castillo pueden considerarse como las chispas que encendieron la guerra civil. La conspiración para el alzamiento militar llevaba varios meses fraguándose, y la sublevación ya estaba decidida. Estas dos muertes violentas, y sobre todo el acto de ambos entierros, en la mañana y en la tarde del día 14, constituyeron un trágico reflejo de la situación de toda España en aquel momento. Indalecio Prieto refleja la tensión en un artículo publicado en El Liberal *de Bilbao, el día 15 de julio: «... El cadáver del señor Castillo estaba custodiado por guardias de asalto. El del señor Calvo Sotelo, por guardias civiles. Al primero le rindió homenaje una gran masa proletaria. Al segundo le escoltó hasta la fosa una legión de señoritos. ¿Se quiere una expresión que pinte con mayor patetismo el actual estado de España? Difícilmente podrá hallarse otra más gráfica. Los odios de una y otra muchedumbre saltaban por encima de las tapias que acotan los dos recintos mortuorios.»*



(Alfonso. Madrid.)

Los asesinos del teniente José Castillo nunca fueron identificados. El comando que participó en el secuestro y asesinato de José Calvo Sotelo, compuesto por guardias de asalto y activistas, fue fácilmente localizado, instruyéndose en seguida las primeras diligencias judiciales. Sin embargo, el sumario desapareció en la vorágine de los acontecimientos que después se desataron. En la fotografía, el vehículo donde se cometió el crimen, puesto a disposición de la autoridad judicial.

grito de «¡CAFÉ!», que, para los iniciados, significaba «¡Camaradas! ¡Arriba Falange Española!» Alvarez Buylla preguntó por qué la gente pedía café, mientras todavía estaban sirviendo el pescado en la mesa. Le informaron de que el grito procedía de un grupo de jóvenes que debían de estar algo bebidos [23]. Entretanto, el mismo día, el *Dragon Rapide* llegó a Lisboa, donde Luis Bolín conferenció con Sanjurjo, quien le aseguró que Franco era «el hombre» para hacer triunfar el alzamiento [24]; después salieron para Casablanca, Cabo Yuby y Las Palmas.

El asesinato del teniente Castillo

Aquella noche a las nueve, el teniente José Castillo, de la guardia de asalto, salía de su casa, en la calle Augusto Figueroa, en el centro de Madrid, para empezar su servicio. En abril de este mismo año había ostentado el mando de los guardias de asalto que reprimieron los disturbios en el entierro del teniente De los Reyes, de la guardia civil, muerto durante la celebración del quinto aniversario de la implantación de la República. Después Castillo había colaborado en la instrucción de las milicias socialistas. Desde entonces, la Falange había señalado a Castillo como futura víctima de su venganza. Se había casado en junio, y su novia, la víspera de la boda, había recibido una carta anónima en la que le preguntaban por qué se casaba con un hombre que pronto no sería «más que un cadáver». Al salir de casa el 12 de julio, un caluroso domingo del verano madrileño, Castillo fue muerto a tiros por cuatro hombres armados de revólveres, que escaparon rápidamente por las calles llenas de gente [25].

[23] *Cruzada*, IX, p. 557.
[24] Testimonios de Luis Bolín, Douglas Jerrold y del capitán Bebb.
[25] Tagüeña, p. 99. Los asesinos de Castillo eran falangistas. En un libro reciente, el falangista Angel Alcázar de Velasco (*Los siete días de Salamanca*, Madrid, 1976, p. 30) ha dicho que sus amigos de la «centuria» Luis Hernández fueron culpables. Todos fueron fusilados al mes siguiente. El mismo Alcázar se había ofrecido para intervenir en aquel atentado el día 9 de julio, pero José Antonio había dado una contraorden a la ejecución. Véase también *Nueva Historia* de marzo 1977. Eduardo Alvarez Puga, *Historia de la Falange* (Barcelona, 1969), p. 30, dice que los asesinos fueron hombres de la UME.



(Col. J. M. Armero.)

JOSE CALVO SOTELO (Tuy, 1893-Madrid, 1936)

Cuando la noche del 13 de julio de 1936 fue sacado de su domicilio en Madrid y asesinado de dos balazos en la cabeza, Calvo Sotelo tenía cuarenta y tres años, una gran vitalidad y plena dedicación a la tarea política de enfrentarse por todos los medios, no ya a la coalición frentepopulista mayoritaria en el parlamento, sino incluso al régimen republicano mismo. Para Calvo Sotelo, así como para muchos otros españoles partidarios de organizaciones políticas de derecha, la situación vivida durante la primavera de 1936 conduciría inexorablemente, y a plazo no muy largo, a una revolución social semejante a la realizada en Rusia veinte años antes. Acuciado por este temor, Calvo Sotelo dedicó su enorme energía y brillante inteligencia a

la actividad contrarrevolucionaria. Entre 1931 y 1936 batalló en el parlamento, en la prensa y en la conspiración. Tanto desde España como desde el obligado exilio de 1931-34. Llegó a formar parte del equipo dirigente del partido monárquico alfonsino Renovación Española **y ayudó a ganar la voluntad de Mussolini para apoyar un hipotético golpe de estado antirrepublicano en España. Frente a la ambigüedad política del más destacado dirigente de la derecha española antes de las elecciones de 1936 —José María Gil Robles—, Calvo Sotelo consiguió focalizar en su persona la enemiga de toda la izquierda, con sus ataques no tanto al gobierno, sino al sistema como un todo. Poco antes de su muerte violenta, en la dura sesión de las Cortes del 17 de junio, Calvo Sotelo había declarado públicamente su opción por el fascismo como forma de organizar la sociedad española, postura que le situó en la encrucijada de los riesgos.**


(Ullstein Bilderdienst. Berlin.)

Su asesinato, sin embargo, sorprendió a todos, incluido el gobierno, porque, aun sin ser el primer asesinato político en la España republicana, el país no podía suponer todavía que pocas semanas más tarde, diputados, gobernadores, catedráticos, generales, obispos y hasta un poeta mundialmente famoso habrían de caer bajo las balas de sus compatriotas en una situación de terror sin precedentes en España.

Este era el segundo oficial socialista que habían asesinado en los últimos meses. El capitán Carlos Faraudo, un ingeniero que también había ayudado a instruir a las milicias socialistas, había sido asesinado por unos falangistas en mayo, mientras paseaba con su mujer por Madrid. Así pues, la noticia de la muerte de Castillo causó ira al llegar a la jefatura de los guardias de asalto, en el cuartel de Pontejos, junto al ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. El cuerpo fue expuesto en la Dirección General de Seguridad, dentro del ministerio. Los camaradas del teniente muerto criticaron particularmente al gobierno, que había permitido que ocurriera aquello; pidieron medidas contra la Falange. Un grupo fue a quejarse al ministro de la Gobernación, Juan Moles, y le pidió autorización para detener a ciertos falangistas que todavía estaban en libertad. El accedió, pidiendo a los oficiales su palabra de honor de que sólo detendrían a aquellos cuyos nombres figuraban en la lista, y de que entregarían a los detenidos a la autoridad competente. Ellos dieron su palabra. Entre estos hombres estaba un capitán de la guardia civil, Fernando Condés, que había sido íntimo amigo de Castillo. La muerte de Castillo dejó abrumado a Condés. Salió en un coche oficial sin una idea muy clara de adónde iba a dirigirse, acompañado por varios guardias de asalto vestidos de paisano. El conductor llevó a Condés a la dirección de un falangista; ésta resultó ser falsa. «Vayamos a casa de Gil Robles», dijo alguien. Condés, todavía aturdido, no dijo nada. Fueron a casa de Gil Robles, pero éste estaba en Biarritz. Alguien sugirió que fueran a casa de Calvo Sotelo.

Calvo Sotelo tuvo algunas premoniciones de peligro. El 11 de julio, dicen que «la Pasionaria» le había amenazado claramente de muerte [26]. Uno de los dos policías de la escolta a la que tenía derecho Calvo Sotelo como miembro de las Cortes dijo a un amigo de Calvo Sotelo, el diputado Joaquín Bau, que su oficial superior había dado órdenes de no intervenir en el caso de que se intentara el asesinato de Calvo Sotelo, y de que, en realidad, si el atentado tenía lugar en el campo, debía ayudar a los asesinos. Entonces la escolta fue sustituida por otra de la que Calvo Sotelo pudiera confiar, aunque aparentemente el ministro de la Gobernación no prestó más atención al asunto. Verdaderamente, aquel verano era difícil saber qué era lo que había que creer.

El asesinato de Calvo Sotelo

De todos modos, hacia las tres de la mañana del lunes 13 de julio, el sereno abrió la puerta del edificio donde vivía Calvo Sotelo, en la calle Velázquez, en un barrio elegante y moderno de Madrid, permitiendo a Condés y a algunos de los guardias de asalto que subieran al piso de su víctima. Calvo Sotelo tuvo que levantarse de la cama, y los intrusos le convencieron para que los acompañara a la

[26] Se dijo que «la Pasionaria» había gritado en las Cortes: «¡Este es su último discurso!», mientras Calvo Sotelo se sentaba tras otra violenta intervención. Pero en el *Diario de Sesiones* no consta tal exclamación, ni fue oída por dos testigos tan dignos de confianza como Henry Buckley y Miguel Maura, que estaban presentes.

jefatura de policía, aunque su inmunidad parlamentaria lo eximía de la posibilidad de ser detenido. Calvo Sotelo se tranquilizó al comprobar la documentación del capitán Condés, que le identificaba como miembro de la guardia civil. Un socialista pensó que Calvo Sotelo creía que no le llevaban ante el director general de Seguridad, sino ante Mola, cuyo nombre cifrado dentro de la conspiración era «el director» [27]. De todos modos, Calvo Sotelo prometió telefonear pronto a su familia, y añadió: «si es que no me llevan a darme cuatro tiros». El coche arrancó rápidamente. Nadie dijo una palabra. A unos doscientos metros de la casa, Luis Cuenca, un joven socialista gallego que iba sentado cerca del político, le disparó dos tiros en la nuca. Al parecer, ni Condés ni los demás esperaban este desenlace. De momento, Condés pensó en suicidarse, ya que Calvo Sotelo se había entregado a él. Pero, en vez de hacerlo, se dirigió al cementerio del Este, y entregó el cuerpo al encargado sin decirle de quién era. Cuenca se dirigió a la redacción de *El Socialista* y explicó a Prieto lo que había ocurrido. El cadáver fue identificado al mediodía siguiente. Poco después, Cuenca, Condés y los otros que habían estado en el coche fueron detenidos. No intentaron escapar. Empezaron los rumores; se habló de conspiración; se dijo que el jefe del gobierno había sido cómplice; y las acusaciones nunca han cesado de multiplicarse [28].

José Calvo Sotelo, hijo de un magistrado que cambiaba con frecuencia de destino, había estudiado Derecho en Zaragoza y Madrid, ganado, poco después, con el número uno, la difícil oposición de abogado del Estado y nombrado ministro por Miguel Primo de Rivera antes de cumplir treinta y tres años. La actividad de gobierno de José Calvo Sotelo produjo innovaciones tan importantes como el Estatuto municipal, todavía vigente, la creación del Banco Exterior de España, y sobre todo, la monopolización del negocio del petróleo —origen de la CAMPSA—. Sin embargo, ninguna de sus medidas de política económica pudo evitar que se dejasen sentir en España los efectos de la crisis económica mundial a finales de los años veinte y que fue uno de los grandes problemas heredados del régimen anterior por la República.
Vivió la República como un exiliado excepcional desde el día antes de proclamarse. A pesar de haber sido elegido diputado en las Constituyentes de 1931 y reelegido en 1933, no volvió a España hasta que la mayoría derechista otorgó la amnistía. Aun exiliado, fue desposeído de la inmunidad parlamentaria en junio de 1932 para responder de su gestión como ministro de Hacienda de la Dictadura.
La segunda ocasión en que su inmunidad como parlamentario no fue respetada —el 13 de julio de 1936— terminó con su vida.


(UPI.)

Las alarmantes noticias del secuestro nocturno de José Calvo Sotelo fueron pocas horas después, y en la mañana del 14 de julio, trágicamente ampliadas con el hallazgo de su cadáver en el depósito del cementerio madrileño, como muestra la fotografía de aquí al lado. En la foto de la izquierda, el cuerpo del diputado expuesto para recibir el último adiós de amigos y partidarios.

[27] Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables* (México, 1973), p. 215.
[28] Todo lo anterior se basa en la narración personal del entonces teniente de la compañía de guardias de asalto de Pontejos Alfredo León-Lupín (Caracas), y en otra del difunto Manuel Tagüeña, que entonces era un dirigente estudiantil socialista y estaba presente en el


(Salmer. Barcelona.)

EMILIO MOLA VIDAL (Placetas, República de Cuba, 1887-cerro de Alcocero, Burgos, 1937)

Una brillante carrera en Marruecos, con rápidos ascensos por méritos de guerra, lleva a Emilio Mola al generalato a la edad de cuarenta años. Apolítico en principio, durante los últimos meses de la República se convirtió en el más activo de los conspiradores militares y, finalmente, en el principal responsable de la organización del levantamiento del 18 de julio. Nacido el 9 de julio de 1887 en Cuba, donde su padre era comandante de puesto de la guardia civil, ingresó a los diecisiete años en la Academia Militar de Toledo, donde sus compañeros le conocían por el apodo de «El prusiano». A partir de 1910 es destinado a Marruecos. Herido de gravedad dos veces, entre sus acciones de armas de esta época destaca la defensa de la posición de Dar-Akoba (1924). En 1930, tras la caída de la Dictadura de Primo de Rivera, el general Berenguer, con quien le unía una estrecha amistad, le nombró director general de Seguridad, cargo que ocupó hasta la proclamación de la República. De sus experiencias durante esta época nos ha dejado un interesante y pormenorizado relato, Lo que yo supe. **Con la República fue detenido y procesado por sus servicios políticos a la Monarquía, siendo absuelto en el juicio, aunque separado del ejército en 1932. Tras el triunfo de las derechas en las elecciones de 1933, se reintegró en el ejército, criticando con dureza las reformas militares de Azaña. El 1 de agosto de 1935,**

La clase media española quedó estupefacta ante este asesinato del líder de la oposición parlamentaria realizado por miembros de la policía regular, aun cuando pudieran sospechar que la víctima había estado implicada en una conspiración contra el Estado. Ahora era lógico suponer que el gobierno no podía controlar a sus propios agentes, aunque deseara hacerlo. Los republicanos de derechas o de centro, tales como Lerroux, o Cambó, o incluso Gil Robles, pensaron que a partir de entonces no podían ser leales a un Estado que no podía garantizar sus vidas [29]. El presidente de la asociación de estudiantes católicos, Joaquín Ruiz Jiménez, que antes había defendido la línea de la no-violencia, decidió que Santo Tomás habría aprobado una rebelión, considerándola justa [30]. El gobierno, entretanto, pasó el 13 de julio reunido en sesión continua. Ordenaron la clausura de los centros monárquicos, carlistas y anarquistas de Madrid. Pero los miembros de las dos primeras organizaciones, y muchos otros, estuvieron aquel día muy ocupados llamando a casa de Calvo Sotelo para rendir su tributo al muerto.

ministerio de la Gobernación cuando llegó el cadáver de Castillo. Véanse también las memorias de Tagüeña, pp. 99-100; Julián Zugazagoitia, *Historia de la Guerra de España,* Buenos Aires, 1940, p. 30; y Prieto, *Convulsiones de España,* México, 1967-69, vol. III, p. 133. La posibilidad de un asesinato premeditado no puede excluirse totalmente, pero desde luego el gobierno no estuvo implicado en él. Otras versiones identifican a este Cuenca como Victoriano Cuenca, «un guardaespaldas del ex dictador de Cuba Gerardo Machado». El comandante Manuel Uribarri *(La quinta columna española* [La Habana, 1943], p. 171 y ss.) da una interpretación muy diferente de este asesinato: dice que Condés, que era amigo suyo, «ejecutó» deliberadamente a Calvo Sotelo, para librar a la República de un peligroso enemigo. Condés contó a J. S. Vidarte (p. 216) que su plan consistía en secuestrar a Calvo Sotelo y mantenerlo como rehén para frenar la ola de atentados contra los izquierdistas.

[29] Después del comienzo de la guerra civil, Condés y Cuenca murieron ambos en el frente del Guadarrama. Los documentos referentes a la investigación, que se guardaban en el ministerio de la Gobernación, fueron cogidos por un grupo de milicianos el 25 de julio, siendo probablemente destruidos.

[30] Sergio Vilar, *Protagonistas de la España democrática,* París, 1969, p. 636.

A medianoche, Prieto (que en el número de *El Socialista* de aquel mismo día declaraba que era preferible la guerra a aquella intolerable serie de asesinatos) presidió una delegación de socialistas, comunistas y afiliados a la UGT para pedir a Casares Quiroga que distribuyera armas a las organizaciones de trabajadores. Casares se negó, añadiendo acremente que si Prieto continuaba visitándole con tanta frecuencia, acabaría siendo él quien gobernara España [31]. Durante otra calurosa noche, Madrid permaneció a la espera de acontecimientos. Los milicianos de los partidos de izquierda —es decir, aquellos en los que se apoyarían los partidos en caso de lucha, y que ya habían recibido las pocas armas de que se disponía en los arsenales de sus organizaciones— permanecieron vigilantes. Los miembros de los partidos de derechas pasaron la noche pensando a quién le correspondería el turno de oír la fatal llamada a la puerta de su casa.

Por fin Mola dio una fecha definitiva para el alzamiento: sus telegramas decían: «El pasado día 15, a las 4 de la mañana, Elena dio a luz un hermoso niño.» Esto significaba, una vez interpretado, que el alzamiento empezaría en Marruecos el 18 de julio a las cinco de la mañana. Las guarniciones de España seguirían el 19 de julio. Parece ser que, en Tenerife, el general Franco sólo se decidió a actuar cuando recibió la noticia del asesinato de Calvo Sotelo. José Antonio había enviado un mensaje a través de su pasante Rafael Garcerán, diciendo que si Mola no actuaba dentro de las setenta y dos horas siguientes, empezaría él mismo la rebelión con la Falange en Alicante. Ahora los conspiradores reconocían que sería difícil ganar en Madrid y —pensaban ellos— en Sevilla (aunque, al parecer, no en Barcelona). En estos sitios, las guarniciones, junto con la Falange y demás colaboradores militantes, resistirían en los cuarteles y esperarían ayuda. Mola desde el norte, Goded desde el nordeste y Franco desde el sur, realizarían una marcha sobre la capital. Sanjurjo acudiría en avión desde Portugal para asumir el mando en Burgos. Los antiguos luchadores de las guerras de Marruecos, encabezados por «el león del Rif», podrían dominar por fin su propio país. En el último minuto, Goded cambió de puesto con el general González Carrasco, otro africanista, aunque menos destacado, para ir a Barcelona. Goded insistió en el cambio porque Barcelona se consideraba más importante [32]. Aunque la conspiración llevaba fraguándose tanto tiempo, la muerte de Calvo Sotelo fue lo que decidió realmente a los conspiradores a ponerla en marcha; de otro modo, tal vez no hubieran tenido valor para dar el primer paso. En cambio, ahora, si no hubieran actuado, tal vez habrían sido desbordados por sus seguidores.

Gil Robles, ministro de la Guerra, le nombra comandante militar de la zona oriental de Marruecos, y el primer gobierno del Frente Popular decide trasladarle a Pamplona. A finales de mayo, Mola llegó a un acuerdo con Sanjurjo, por el que se convertía en el director de la conspiración. Acto seguido entra en contacto con los requetés y con Falange, y la capital navarra se convierte así en el cuartel general de la futura sublevación. Desde el punto de vista estratégico, se impusieron desde el principio las sopesadas concepciones de Mola frente a la improvisación general. Sin embargo, sus planes no consiguieron decidir un rápido triunfo del golpe militar. El 24 de julio de 1936 fue nombrado por la Junta Nacional de Defensa general en jefe del Ejército del Norte, pero el 3 de junio de 1937, el avión en que viajaba Mola se estrelló en el cerro de Alcocero, cerca de Briviesca (Burgos). El trágico accidente ha dado lugar a todo tipo de especulaciones, aunque probablemente fue fortuito, ya que es-



(Col. J. M. Armero.)

tos vuelos eran muy frecuentes en la agitada vida de Mola durante aquellos meses.

31 Zugazagoitia, p. 22.

32 Iribarren, p. 63 y ss.; Maíz, *op. cit.* No están muy claros los motivos de Goded para pedir este cambio. Iturralde (vol. I, p. 86) afirma que Goded pensaba que Barcelona era un sitio indicado para llegar a un compromiso si fracasaba el alzamiento. Payne (*The Military*, p. 509) y Prieto (*Palabras al viento*, México, 1942), p. 280, sugieren la posibilidad de que Goded deseara retirarse de la conspiración al sospechar que Mola pudiera estar en tratos con Italia: Goded era nacionalista, pero no fascista.



(Efe.)

Un apretado haz de brazos en alto saluda al paso del féretro de José Calvo Sotelo, en el cementerio del Este de Madrid. Curiosamente, dos años antes, al regreso a España desde el exilio, Calvo Sotelo había pedido el ingreso en Falange Española de las JONS. Según la versión de Ramiro Ledesma Ramos, José Antonio Primo de Rivera contestó al solicitante negándole la admisión, por no considerarla conveniente para el partido ni para él mismo.

Dos entierros

Al día siguiente, 14 de julio, hubo dos entierros en el cementerio del Este, de Madrid. En primer lugar, el del teniente Castillo, cuyo ataúd, envuelto en la bandera roja, fue saludado con el puño en alto por una multitud de socialistas, comunistas y guardias de asalto. Luego, unas horas más tarde, el cuerpo de Calvo Sotelo, amortajado con el hábito de capuchino, descendía a otra tumba rodeado por una enorme muchedumbre que saludaba con el brazo en alto al estilo fascista. En nombre de todos los presentes, Goicoechea, el lugarteniente de Calvo Sotelo en Renovación Española, juró, ante Dios y ante España, vengar el crimen. El vicepresidente y el secretario permanente de las Cortes, que estaban presentes, fueron atacados por mujeres muy bien vestidas, que gritaban que no querían tener nada que ver con parlamentarios. Se cruzaron algunos disparos entre falangistas y guardias de asalto, y hubo varios heridos, de los cuales posteriormente murieron cuatro. Estos dos entierros fueron las dos últimas reuniones políticas que tuvieron lugar en España antes de la guerra civil [33].

[33] Véase una impresión de Madrid en julio en la novela *San Camilo 1936*, de Camilo José Cela (Madrid, 1969).

En Madrid reinó un clima de excitación todo el día. El gobierno suspendió los periódicos derechistas *Ya* y *Epoca* por publicar relatos sensacionalistas del asesinato de Calvo Sotelo sin haber sometido previamente los originales a la censura. El gobierno suspendió las sesiones de las Cortes, con el fin de ganar tiempo y entretanto se apaciguaran los ánimos. Los dirigentes de los partidos de derechas protestaron, y amenazaron con retirarse en bloque de las Cortes. Largo Caballero, que regresaba de Londres, donde había asistido a una reunión de la Internacional Socialista, bajó del tren cerca de El Escorial a petición del gobierno, y llegó a Madrid en automóvil para evitar las manifestaciones que se habrían producido a su llegada a la estación del Norte. Pero Casares Quiroga aseguró a una comisión parlamentaria de obras públicas, en Madrid, que no era cierto el rumor de que Mola había sido arrestado, añadiendo que Mola «es un general leal a la República, y propalar rumores de este tipo es desmoralizar al régimen» [34]. Lo cierto es que Mola había llegado ya en aquel momento a un acuerdo con los carlistas, lo que aseguraba la plena participación de éstos el 19 de julio [35].

El 15 de julio, se reunió en Madrid la comisión permanente de las Cortes (compuesta por representantes de todos los partidos importantes en las Cortes, en proporción al número de diputados con que contaban). En primer lugar, el conde de Vallellano, representante monárquico, presentó una protesta formal por la muerte de Calvo Sotelo, y anunció que su partido se retiraría de las Cortes, ya que el país se encontraba en un estado de anarquía. A las pocas horas,

[34] Lizarza, p. 31.

[35] M. Binkhorn, *Carlism and crisis in Spain 1931-39*, Cambridge Univ. Press, 1975, p. 249.

El general Emilio Mola mandaba la Brigada de Infantería de Pamplona, bajo las órdenes directas del general jefe de la 6.ª División Orgánica, con cuartel general en Burgos, Domingo Batet. El 5 de octubre de 1934, Batet, general jefe de la 4.ª División, se había negado a secundar al presidente Companys cuando éste declaró la República Catalana. Esta actitud de Batet fue premiada por el gobierno de la República con la Cruz Laureada de San Fernando. Domingo Batet, con más de sesenta años en julio de 1936, estaba considerado como muy leal al gobierno, y por ello fue destituido por los sublevados y fusilado el 17 de febrero de 1937. En la foto aparece acompañado del general Carlos Masquelet, en traje de gala, ministro de la Guerra en el último gabinete Azaña.



(Efe.)

él, Goicoechea y muchas personas destacadas de derechas que sabían que su vida corría peligro si había lucha en la capital, se fueron a ciudades más seguras. Gil Robles, que había vuelto de Biarritz (pese a estar amenazada su vida, como lo estaba hacía meses), rindió tributo a la memoria de Calvo Sotelo, su rival hasta hacía poco tiempo, y cuya suerte había estado a punto de compartir. Concluyó diciendo que el gobierno se había convertido en una administración de sangre, fango y vergüenza. Declaró públicamente que había fracasado en su intento de incorporar a la CEDA al proceso democrático de un gobierno parlamentario, y que se lavaba las manos de su intervención en aquel sistema. Después volvió a marcharse a Biarritz. Entretanto, la comisión acordó convocar las Cortes para el martes siguiente, 21 de julio, y los dirigentes de los

INSTRUCCION RESERVADA Nº 4/.

(5)

Para el regimen de tiempo se tendra presente lo siguiente:

1º.-La hora inicial sera aquella en que se empiece el movimiento por la Division que tome la iniciativa en el sector Valladolid-Burgos-Zaragoza, para ello el General Jefe de cualquiera de las Divisiones 5ª,6ª,o 7ª,el darxx cuenta con arreglo al parrafo 3º de la INSTRUCCION RESERVADA Nº 3,dira la Hora en que va a declarar el Estado de Guerra: ESTA ES LA HORA INICIAL (HI)

2º.-La primera etapa de las fuerzas,debera estar realizada por lo tanto,a la hora HI mas TREINA Y SEIS horas. La confronta en esta etapa debe hacerse a la Hora HI mas TREINTA Y SEIS mas UNA.

3º.-La segunda etapa debera estar realizada a la hora HI mas TREINTA Y SEIS mas VEINTICUATRO. La confronta de d stacamentos,a la hora HI mas TREINTA Y SEIS mas VEINTICUATRO mas UNA

4º.-La tercera etapa habra de estar realizada a la hora HI mas TREINTA Y SEIS mas VEINTICUATRO mas VEINTICUATRO. Las confrontas de destacamentos a esta hora mas DOS

(Serv. Histórico Militar.)

El plan del levantamiento había sido minuciosamente preparado por el general Emilio Mola. En la orden reservada núm. 4, *que aparece en la ilustración, se recogen las instrucciones en un lenguaje técnico militar voluntariamente velado. Semanas más tarde, a pesar de que el alzamiento en Marruecos hubo de ser adelantado, el general Mola no modificó los plazos marcados para el escalonamiento de la sublevación de las unidades peninsulares.*

partidos pidieron a todos los diputados que depositaran sus armas de fuego en el vestuario. Esta reunión (que no llegó a celebrarse) fue inmediatamente conocida con el sobrenombre de «conferencia del desarme».

A la mañana siguiente, el 16 de julio, Mola se fue a Logroño para entrevistarse con el general Batet, teóricamente su superior, y jefe de la 6.ª División, con cuartel general en Burgos. Batet era conocido por su lealtad al gobierno, aun cuando él había sido quien, durante su mando en Barcelona, había aplastado fríamente la revuelta de 1934 en aquella ciudad. Mola temía ser asesinado, y los oficiales que le acompañaban iban armados. Pero Batet sólo dijo a Mola que había oído que unos pistoleros habían salido de Barcelona con intención de matarle, y le sugirió que se fuera de Navarra. Mola sonrió ante esta idea. Batet (sin saber que su propio jefe de Estado Mayor, el coronel Moreno Calderón, era un conspirador) también pidió a Mola una declaración de que no intentaría levantarse contra el gobierno. «Le doy mi palabra de que no me embarcaré en ninguna aventura», contestó Mola, que más tarde alardearía de la habilidad de esta respuesta [36].

El Directerie y su ebra inicial (3)

Ten prente tenga exite el mevimiente Nacienal,se cemstituira un Directerie que le integraran un Presidente y Cuatre Vecales Militares.Estes ultimes,se encargaran precisamente de les Ministeries de la GUERRA,MARINA-GOBERNACION y COMUNICACIONES.

EL DIRECTORIO ejercera el Peder centeda su amplitud;tendra la iniciativa de les Decretes Leyes que se dictan,les cuales seran referendades per tedes sus miembres.

Diches Decretes Leyes,seran refrendades en su dia per el ParlamenteCenstituyente elegide per sufragie,en la ferma que epertunamente se determine.

Al frente de les Ministeries ne censignades anteriermente,figuraran unes censejeres tecnices,quienes ejerceran las funciones que hey tienen les Ministres.

Les Censejes que celebre el Directerie,pedran ser Ordinaries y Plenes.

Les primeres les integraran el Presidente y les Vecales;les segundes,les citades y les Censejeres tecnices.

LOs primeres Decretes Leyes,seran les siguientes:

a).-Suspension de la COnstitucien de 1931

b).-Cese del Presidente de la Republica y miembres del Gebierne

c).-Atribuirse tedes les Pederes del Estade,salve el Judicial,que actuara cen arreglo a las Leyes y Reglamentes preestablecidés,que ne sean deregades e medificades per etras dispesiciones.

d) Defensa de la Dictadúra Republicana,Las sanciones de caracter Dictaterial seran aplicades per el DIRECTORIO,sin intervencien de les Tribunales de Justicia.

e).-Deregacien de las Leyes,Reglamentes y dispesiciones que ne esten de acuerde cen el Nueve Sistema Organice del Estade.

f).-Diselucien de las actuales Certes.

g).-Exigencia de respensabilidades per les abuses cemetides desde el Peder per les actuales Gebernantes y les que les han precedide.

h).-Diselucien del Tribunal de Garantias.

i).-Declarar fuera de la Ley tedas las Sectas y Organizaciones Peliticas que reciben su inspiracien del extrangere.

j).-Separacien de la Iglesia y el Estade,Libertad de Cultes y respete a tedas las religienes.

k).-Absercien del pare y subsidie a les ebreres en pare ferzese cemprebade.

l).-Extincion del analfabetisme

m).-Creacien del Carnet electeral.En principie ne tendran derecho a él les analfabetes y quienes hayan side cendenades per delites centra la prepiedad y las persenas.

n).- Plan de Obras Publicas y rieges,de caracter remunerader

o).-Creacion de cisienes regienales,para la reselucien de les preblemas de la tierra,sebre la Base del femente,de la pequeña prepiedad,y de la expletacien celectiva dende ella ne fuera pesible.

p).-Saneamiente de la Hacienda.

q).-Ordenacien de las Industrias de Guerra.

r).-Restablecimiente de la pena de muerte,en les delites centra las persenas siempre que preduzcan la muerte,e lesienes,que ecasienen inutilidad para el ejercicie de la prefesien de la victima.

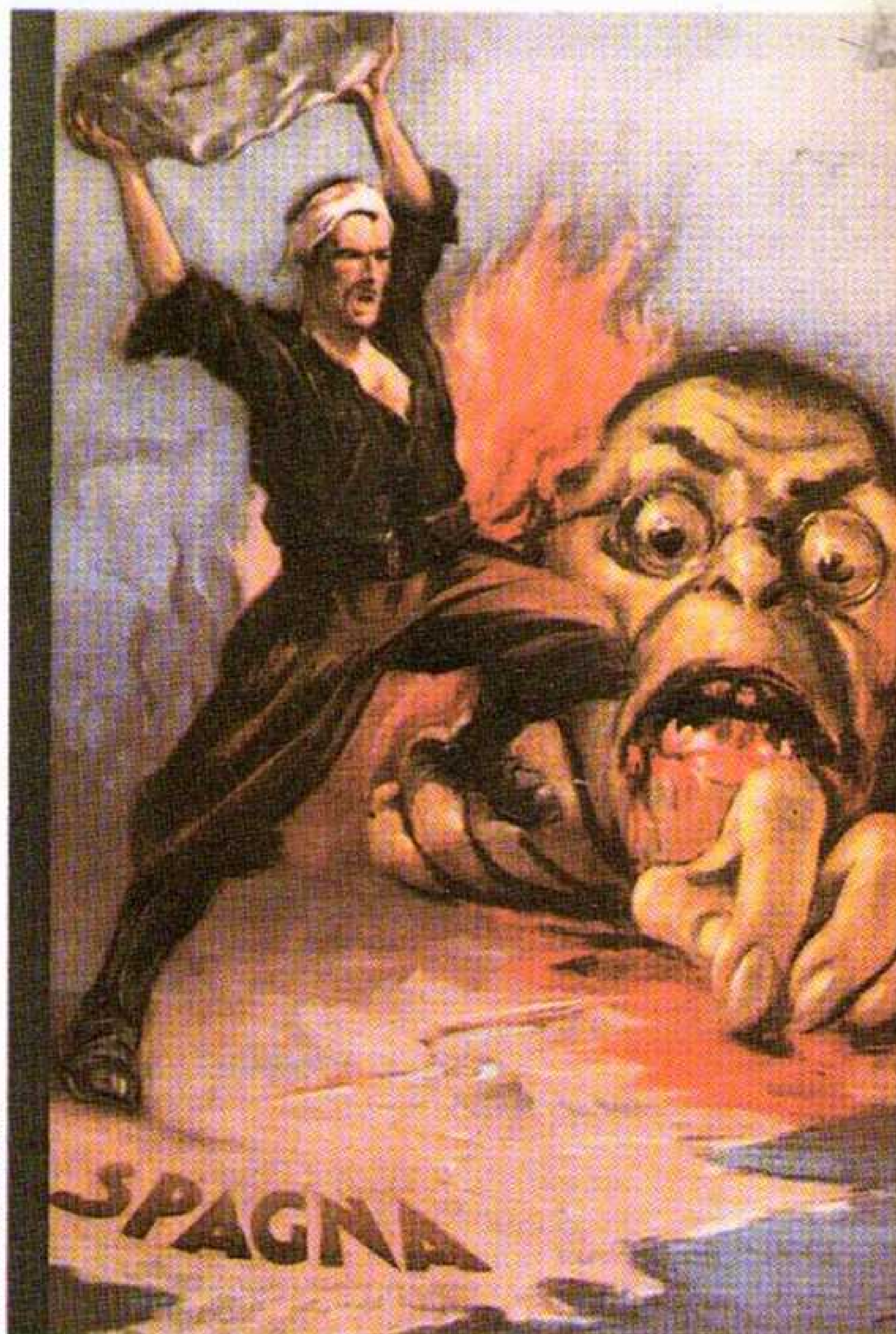
El DIRECTORIO se cempremetera,durante su gestien,a ne cambiar en su gestien,el Regimen Republicane,mantener en tede las reinvindicaciones ebreras,legalmente legradas,referzar el principie de la auturidad,y les erganes de la defensa del Estade,detar cenvenientemente al Ejercite y a la Marina para que tante une ceme etre sean eficientes,creacien de Milicias nacienales,Organizar la Instruccien Premilitar desde la Escuela y adeptar cuantas medidas se estimen necesarias para crear UN ESTADO FUERTE Y DISCIPLINADO.

Madrid 5 de Junie de 1936
El Directer

(Serv. Histórico Militar.)

Hacia el 5 de junio de 1936, los conspiradores tenían ya esbozada una declaración programática para organizar la vida política tras el triunfo de la proyectada sublevación. Puntos fundamentales de aquélla eran el mantenimiento del régimen republicano y de las conquistas sociales, aunque, naturalmente, en una situación de disciplina y orden impuestos por las fuerzas armadas.

Para tratar de comprender la situación española durante la primavera de 1936 es necesario no perder de vista el impacto que para los estratos sociales más conservadores había supuesto la revolución rusa de 1917. El pánico provocado por la amenaza revolucionaria en toda Europa puede explicar, probablemente, el apoyo a los movimientos autoritarios contrarrevolucionarios en las sociedades italiana, alemana e incluso británica. Este ambiente produjo abundante material propagandístico, del que puede ser una muestra esta estampa italiana llena de color y tremendismo.



(Col. J. M. Armero.)

En Madrid, el día transcurrió con calma. El ministerio del Trabajo publicó su fallo respecto a la huelga de la construcción, fallo que fue rechazado por los patronos. A pesar de todo, volvieron a abrir las obras, pendientes de una apelación. Algunos trabajadores de la UGT regresaron al trabajo, pero la CNT continuó la huelga. El gobierno tomó algunas medidas destinadas a limitar la extensión del alzamiento en el caso de que se produjera. El destructor *Churruca* fue enviado de Cartagena a Algeciras, y el cañonero *Dato* recibió órdenes de anclar en Ceuta. Estas medidas intentaban evitar el transporte de unidades de la Legión Extranjera o de Regulares a la península.

Pero el gobierno, al adoptar estas precauciones, ignoraba si los oficiales que mandaban esos barcos eran leales o no. De hecho, no tendría que haberse preocupado: Mola y sus amigos no habían dado ningún paso importante para comprometer a la marina en la conspiración [37].

[36] Iribarren, p. 89; Maíz, p. 251.

[37] Aunque el polemista monárquico Vegas Latapié había tenido contactos con la marina. Véase José María Gil Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, 1968, p. 276 y ss.

(Serv. Cartográfico y Fotográfico del C. G. del Aire.)



El avión De Havilland Dragon *en el que Franco hizo su viaje de Canarias al Marruecos sublevado no era un modelo desconocido en España. Cuatro aviones del mismo tipo prestaban sus servicios en la aeronáutica militar española; precisamente en uno de ellos voló el general Núñez de Prado a Zaragoza para convencer a su colega Cabanellas de permanecer leal al gobierno de la República. En la fotografía, uno de estos aviones, ya pieza de museo, que se conserva en el madrileño aeródromo de Cuatro Vientos.*

En las Canarias, el capitán inglés del *Dragon Rapide* consiguió disimular ante las autoridades de Las Palmas el motivo por el cual había aterrizado en el aeropuerto sin documentación [38]. El diplomático José Antonio Sangróniz entregó a Franco el mensaje que señalaba la llegada de Bebb, y Franco se preparó para salir de Tenerife. Entonces, el general Amadeo Balmes, gobernador militar de Las Palmas, se mató accidentalmente en unas prácticas de tiro. Este percance (del que, en aquella atmósfera tan excitada, se rumoreó que había sido un asesinato, ya que él se había negado a unirse a los conspiradores) dio una excusa a Franco, comandante del ejército en todo el archipiélago, para acudir a Las Palmas, al entierro. De no haber ocurrido esto, tenía planeado decir que iba a hacer un viaje de inspección. El subsecretario de la Guerra, general Cruz Boullosa, dio permiso a Franco por teléfono para salir de Tenerife. A las 12,30 de la madrugada, en la noche del 16 al 17 de julio, el general subía a bordo del pequeño barco que hacía el servicio entre las islas, acompañado de su esposa y su hija, en la primera etapa de un viaje que le llevaría al supremo poder en España [39]. Llevaba consigo no sólo el pasaporte diplomático de Sangróniz, sino una carta en la que decía que había deseado ir a Madrid para ayudar a aplastar la rebelión. Entretanto, el hermano de Mola, Ramón, llegó a Pamplona procedente de Barcelona para comunicar sus temores de que el alzamiento fracasaría en la capital catalana. El general tranquilizó a su hermano (añadiendo: «No dudo que sabes morir como un caballero»), que regresó a Barcelona en coche-cama, para morir, como tantos hermanos y como tantos caballeros [40]. También en un coche-cama, el poeta Lorca se estaba dirigiendo desde Madrid hacia su ciudad, Granada [41]. Lerroux, entretanto, se dirigía en automóvil a Lisboa [42].

[38] El viaje de Bebb había estado lleno de incidentes: en Casablanca, perdió a su radiotelegrafista, borracho perdido en la Kashba; en Cabo Yuby, celebró un banquete en el que los pasajeros de Bebb se comportaron sin ninguna moderación. Bebb llegó a Las Palmas el 14 de julio.

[39] F. Franco Salgado, *Mis conversaciones con Franco*, Barcelona, 1976, p. 152.

[40] Maíz, 'p. 232.

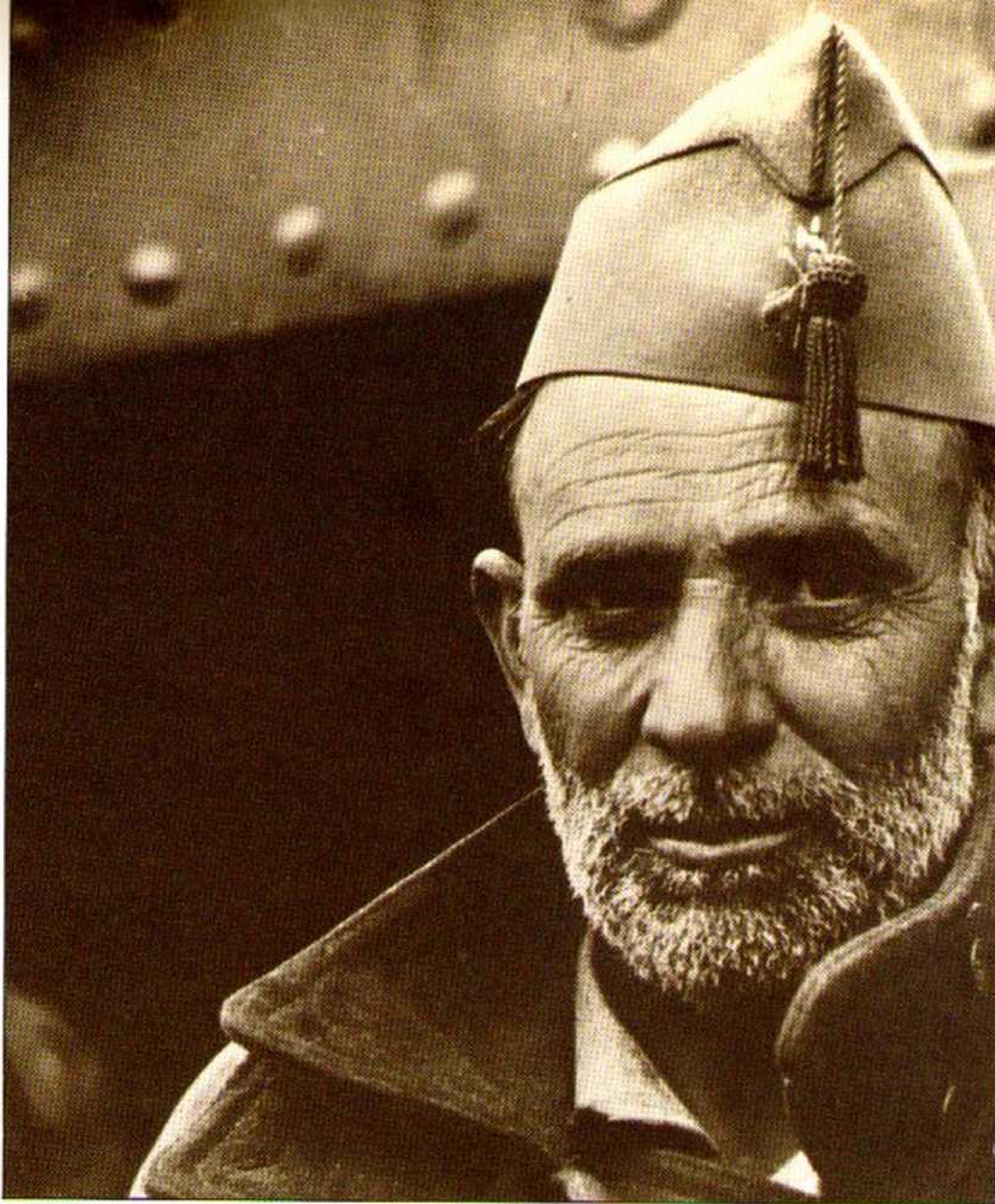
[41] Ian Gibson, *The death of Lorca*, Londres, 1973, p. 51.

[42] Alejandro Lerroux, *La pequeña historia*. Madrid, 1963, p. 581.

«A veces, cuando veo lo que pasa en el mundo, me pregunto: ¿para qué escribo? Pero hay que trabajar, trabajar... Trabajar, aunque piense uno que realiza un esfuerzo inútil. Trabajar como forma de protesta. Porque el impulso de uno sería gritar todos los días al despertar en un mundo lleno de injusticias y miserias de todo orden: ¡Protesto! ¡Protesto!» (Declaraciones de Federico García Lorca en 1935. En la foto aparece en la estación acompañado de la actriz Lola Membrives y del dramaturgo Eduardo Marquina.)



(Efe.)



(Efe.)

El ejército español, al instaurarse la República, presentaba una organización arcaica; por otra parte, las fuerzas destacadas en Africa constituían un ejército autónomo con capacidad ofensiva muy superior a las unidades metropolitanas. De aquéllas saldrían durante más de una década los oficiales más experimentados, y en Marruecos tenía su base una unidad elitista, la Legión, equivalente a una brigada de infantería, pero con una ética peculiar que le proporcionaba gran acometividad frente al enemigo. Esta unidad, a la que pertenece el soldado de la fotografía, fue empleada como fuerza de choque no sólo en Africa, sino también en la península —en octubre de 1934—, y su contribución en 1936 era vital para asegurar el éxito de cualquier sublevación contra el poder constituido.

14

El alzamiento en Marruecos

El alzamiento empezó en Melilla, la ciudad más oriental del Marruecos español, e históricamente la ciudad más importante de toda la aventura marroquí de España, aunque Tetuán fuera la capital del protectorado. La noche del 16 al 17 de julio, el general Romerales, comandante militar local, se dio una vuelta por la ciudad, en busca de actividades sospechosas. En la casa del pueblo bromeó con los dirigentes socialistas: «Ya veo que las masas se mantienen en vela» [1]. Regresó a su casa convencido de que todo iba bien. Era el más gordo de los cuatrocientos generales españoles, y uno de los más fáciles de engañar. A la mañana siguiente, los oficiales de Melilla comprometidos en la conspiración celebraron una reunión en el departamento de cartografía del cuartel general. El coronel Juan Seguí, jefe de la Falange y del alzamiento en el Marruecos oriental, comunicó a sus compañeros la hora exacta del alzamiento: las cinco de la mañana del día siguiente. Se trazaron planes para apoderarse de los edificios públicos. Estos planes fueron revelados a los dirigentes locales de la Falange, uno de los cuales, Alvaro Gon-

[1] *Cruzada*, X, p. 17.

DIRECTIVAS PARA MARRUECOS

Ha de procurarse por todos los medios organizar dos columnas mixtas sobre base de La Legion, una en la circunscripcion Oriental y otra en la OCCIdental que desembarcaran respectivamente en Malaga y Algeciras aunque conviene hasta el momento preciso hacer creer que los puntos de desembarco son Valencia y Cadiz.
Esto es muy interesante para el feliz exito de la operacion
Jefe de todas las fuerzas de Marruecos lo sera hasta la incorporacion de un prestigioso General, la persona a quien van dirigidas esta instrucciones.
Como la direccion del movimiento tiene absoluta confianza en dicho Jefe, deja en absoluto a su albedrio, los detalles de ejecucion, asi como el de reforzar la Guarnicion de Malaga con las que crea necesarias para garantizar el Orden Publico; pero si ha de tener presente:
1º.-Que el movimiento ha de ser simultaneo en todas las Guarniciones comprometidas y desde luego de una gran violencia. Las vacilaciones no conducen mas que al fracaso.
2º.-Que inmediatamente ha de procederse al embarque y traslado de fuerzas a los puntos indicados, en inteligencia que se tiene casi la seguridad absoluta de que este solo hecho sera suficiente para que el Gobierno se de por vencido
3º.-Solicitara la colaboracio de la Escuadra y tendra tomadas las disposiciones convenientes, para inutilizar la Aviacion que no sea afecta.
La Artilleria Anti aerea de los barcos, actuara al primer intento de agresion.
4º.-La marcha de las columnas una vez desembarcadas ha de ser rapida y sobre Madrid, procurando durante el avance, arrastrar todas la fuerzas civicas, simpatizantes con el movimiento salvador de la Patria.
5º.-No debe de olvidar el Jefe la conveniencia de llevar las fuerzas convenientemente abastecicidas, con suficientes municiones, y numerario para satisfacer en el acto los gastos que convenga no dejar pendientes.
No olvidarse que el dinero abre todas las puertas
6º.-Oportunamente se enviaraaviso para estar preparados y despues dia y hora del movimiento.
El telegrama de estar preparados, dira: MILFELICIDADES EN NOMBRE DE TODA LA FAMILIA-EDUARDO.- A lo que contestara el director con un telegrama fechado en CEUTA y firmado por JUAN por el que e comprenda esta dispuesto poniendo en el telegrama un texto cualquiera.
El movimiento se avisara por un telegrama que dira: DIA (tal) LLEGARA A ESA FULANITO RUEGO SALGAS A RECIBIRLO-Firmado EDUARDO.- El nombre de fulanito indicara por el numero de letras, la hora, que sera d e la mañana, sino lleva apellido; si se pone apellido, se refiere a la tarde. Ejemplo: DIA OCHO LLEGARA NECSIO, RUEGO SALGAS A RECIBIRLE-Firmado EDUARDO, ququiere decir: que el movimiento habra de realizarse el dia 8 a las 7 de la mañana.
7º_ Ha de tenerse presente, que desde luego, el movimiento seproducira donde esta el Director, y que por lo tanto no debe hacerse caso de las noticias que para quebrantar la moral haga circular el Gobierno por Radio u otros medios.
8º.-Inmediatamente de producido el movimiento en Marruecos, habra de comunicarse al Director, por el medio mas rapido, incluso si es posible por Avion, que pueda tomar tierra en el aerodromo inmediato o en el eventual que existe cercano ala Capital en que este se fecha
Le ruego acuse inmediatamente recibo de estas instrucciones si esta conforme con ellas.
NOTA.-De e stas instrucciones solo tiene conocimiento, el [illegible] el DIRECTOR y una tercera persona que ejerce de coordinador. SON POR LO TANTO ABSOLUTAMENTE RESERVADAS.

PELOPONESO 24 de JUNIO de [illegible] 1936
EL director

(Serv. Histórico Militar.)

Como técnico militar de la conspiración, el general Mola estaba convencido de la importancia de contar con el ejército de Africa para respaldar cualquier intento de sublevación en la península. Poseía un amplio conocimiento de las fuerzas españolas en Marruecos, pues había combatido allí como oficial durante los años veinte. Y era comandante en jefe de la zona oriental del protectorado en 1935. Por contraposición conocía también la debilidad operativa de las fuerzas peninsulares, como muestran sus escritos sobre las disposiciones de Azaña como ministro de la Guerra.

zález, los traicionó. Informó al dirigente local del partido Unión Republicana, que se lo confió al presidente de la casa del pueblo, quien se lo comunicó a Romerales. Cuando los conspiradores volvieron a la sala de cartografía después de comer, y cuando ya se habían repartido las armas, el teniente Zaro rodeó el edificio con soldados y policías. El teniente, entonces, se enfrentó a sus oficiales superiores insurrectos. «¿Qué le trae por aquí, teniente?», preguntó jovialmente el coronel Darío Gazapo. «Tengo que registrar el edificio en busca de armas», contestó Zaro. Gazapo telefoneó a Romerales: «¿Es cierto, mi general, que ha dado usted órdenes de que se registre el departamento cartográfico? Aquí sólo hay mapas». «Sí, sí, Gazapo —contestó Romerales—, hay que hacerlo [2].» Había llegado la hora de la decisión. Gazapo, que era un oficial miembro de la Falange [3], siguió discutiendo con los guardias de asalto, mientras que otro oficial rebelde, el teniente Julio de la To-

[2] Véase Salvador Fernández Alvarez, *Melilla, la primera en el alzamiento* (Melilla, 1939) y Fernández de Castro, *El Alzamiento Nacional en Melilla* (Melilla, 1940).

[3] Maximiano García Venero, *Falange*, París, 1967, p. 185. Según algunos, en julio de 1936 los miembros de la Falange constituían el 30 por 100 del total de los rebeldes. Esto debe de ser una exageración.

rre Galán, telefoneó a una unidad de la Legión que se encontraba en las cercanías [4]; al acudir ésta, el teniente De la Torre se pone a su frente y se encara inmediatamente con el teniente Zaro. Ante la presencia de la Legión, Zaro vaciló, reconoció que sus hombres no podían disparar contra los legionarios y sin ofrecer resistencia se rindió a las fuerzas que encabezaba De la Torre. Entonces, el coronel Seguí se dirigió al despacho de Romerales, donde entró pistola en mano. En el interior del despacho se estaba produciendo un altercado entre unos oficiales de Romerales que insistían en que el general debía dimitir, y otros que querían resistir. Casares Quiroga, que había sido informado de la aviesa reunión en el departamento cartográfico, había ordenado desde Madrid a Romerales que arrestara a Seguí y Gazapo. Pero ¿quién iba a llevar a cabo aquella orden? Romerales permanecía indeciso. Entonces Seguí entró en su despacho y, a punta de pistola, obligó al general a rendirse. Los oficiales revolucionarios declararon el estado de guerra, ocuparon todos los edificios públicos de Melilla (incluido el aeródromo) en nombre del general Franco como comandante en jefe de Marruecos (a pesar de su continuada ausencia en las Canarias), cerraron la casa del pueblo y los centros izquierdistas, y detuvieron a los dirigentes de los grupos republicanos o de izquierdas. Varios enfrentamientos tuvieron lugar en los alrededores de la casa del pueblo y en los barrios obreros, pero los trabajadores fueron cogidos por sorpresa, y carecían de armas. Todos los detenidos que se habían resistido a la rebelión fueron fusilados, incluidos Romerales, el delegado del gobierno y el alcalde. Al atardecer, se habían conseguido listas de miembros de sindicatos, partidos de izquierdas y logias masónicas. Todas las personas que figuraban en la lista también fueron detenidas [5]. Cualquiera del que solamente se supiera que había votado por el Frente Popular en las elecciones de febrero estaba en peligro. A partir de entonces, Melilla se rigió de acuerdo con la ley marcial.

Esta forma de insurrección fue el modelo que se siguió en el resto de Marruecos y en España.

Entretanto, el coronel Seguí telefoneó a los coroneles Eduardo Sáenz de Buruaga y Yagüe, encargados de la organización del alzamiento en Tetuán y Ceuta, respectivamente: las otras dos ciudades importantes del Marruecos español. También telegrafió a Franco (que ahora estaba en Las Palmas para asistir al entierro del general Balmes), explicándole por qué el alzamiento en Melilla había tenido que comenzar antes de la hora convenida. Sáenz de Buruaga y Yagüe pasaron a la acción, improvisando doce horas antes de lo que estaba planeado para el día 18 [6]. En Madrid, Casa-

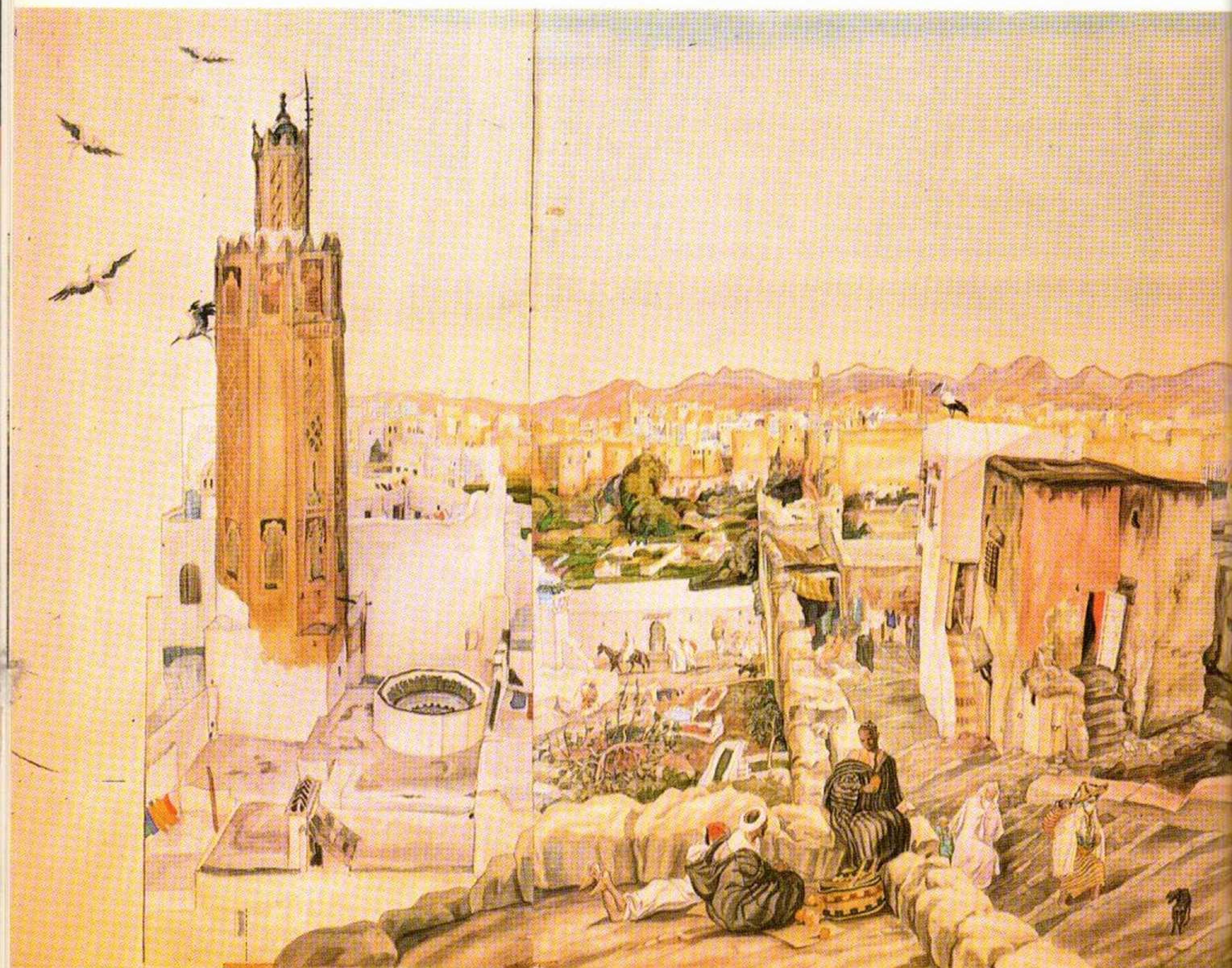

(Col. J. M. Armero.)

Triunfante la sublevación en Tetuán, el teniente coronel Juan Beigbéder Atienza se encargó de notificar al jalifa Muley Hassan de los hechos e intenciones de los sublevados mediante una llamada telefónica. El jalifa no dudó en prestar su apoyo incondicional a los sublevados y transmitió el siguiente mensaje por conducto de su ayudante, el comandante Granados: «Me encarga S.A.I. con el mayor interés que sea felicitado en su nombre el ejército de Africa, que saluda entusiásticamente al general Franco y pide a Dios para vuestra nueva España un triunfo completo y glorioso.» La ilustración corresponde a una tarjeta postal de la época con el retrato del jalifa.

[4] Agradezco al general De la Torre el relato de esta acción.

[5] *Documents on German Foreign Policy 1918-1945*, serie D, vol. III («Germany and the Spanish Civil War 1936-1939»), p. 9. En adelante nos referiremos a este volumen de los documentos del ministerio de Asuntos Exteriores alemán con la sigla GD.

[6] Las instrucciones de Mola estipulaban que todas las unidades implicadas en el alzamiento estuvieran «dispuestas» el día 17 a las 5 de la tarde (el 17 a las 17 horas), para empezar el alzamiento en Marruecos. En puntos claves de la península empezaría el día 18, y en otros sitios (incluida Pamplona), el 19 a las cinco de la mañana. La noticia del alzamiento en Marruecos sembró la confusión entre los conspiradores de la península: ¿tenían que atenerse a la fecha planeada, o tambien tenían que adelantar su actuación?



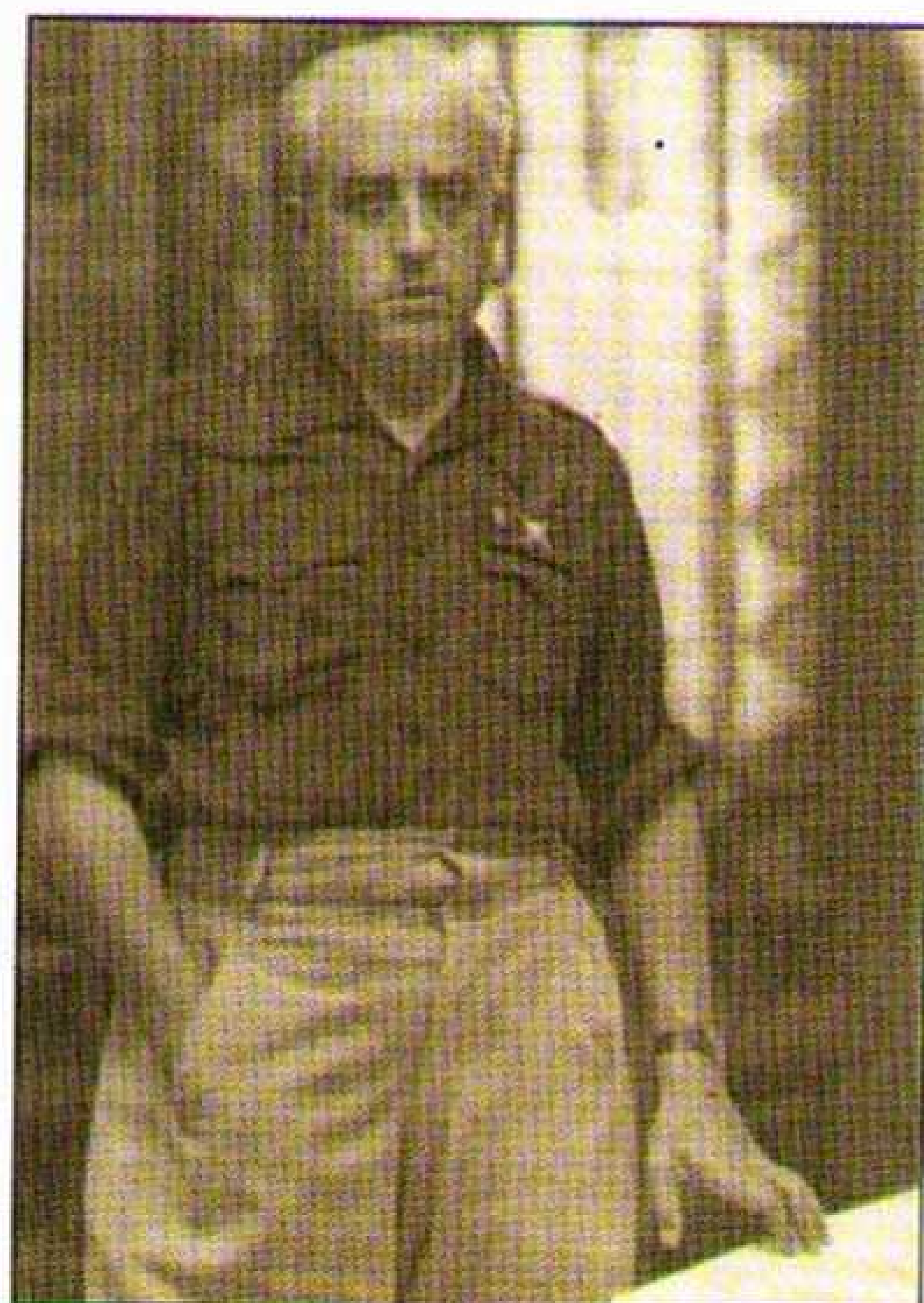
El pintor Carlos Sáenz de Tejada, perfectamente identificado con la cotidianeidad africana, pues nació en Tánger y creció en Orán, ofrece en el presente gouache *un aspecto de Tetuán, como visión idealizada de la normalidad civil en la capital del protectorado, una vez controlada totalmente por las tropas sublevadas contra el gobierno de Madrid.*

res Quiroga intentó localizar al general Gómez Morato, general en jefe del ejército de Africa [7]. Lo encontró en el casino de Larache: «General, ¿que ocurre en Melilla?» «¿En Melilla?» «¿Pero no sabe usted nada?» «No, señor ministro.» «¡Se ha sublevado la guarnición!...» Gómez Morato salió del casino y tomó un avión para dirigirse a Melilla, donde fue arrestado [8]. En Tetuán, los coroneles Asensio, Beigbéder (el antiguo agregado militar en Berlín, que había sido trasladado por la República) y Sáenz de Buruaga también se habían sublevado para entonces. Este último telefoneó al alto comisario en funciones, Alvarez Buylla, que se encontraba en la resi-

[7] Véase La Cierva, *Historia ilustrada*, vol. I, p. 252.
[8] *Cruzada*, X, p. 34.

dencia, y, dirigiéndose a él arrogantemente como a un simple capitán de artillería —con ese uniforme se había presentado muy orgulloso en el desfile que había tenido lugar al final de las maniobras—, le pidió que dimitiera. Alvarez Buylla telefoneó a Casares Quiroga, quien le ordenó que resistiera a toda costa, diciéndole que la armada y las fuerzas aéreas le proporcionarían ayuda al día siguiente. Pero el alto comisario se encontraba encerrado en su propia casa, acompañado por unos pocos oficiales que se mantenían leales. En el exterior, la quinta bandera de la legión [9], al mando del comandante Antonio Castejón, estaba cavando trincheras en la plaza. Poco después, el comandante De la Puente Bahamonde, primo del general Franco, telefoneaba al alto comisario desde el aeródromo de Sania Ramel para decir que él y su escuadrilla aérea permanecerían leales al gobierno. «Resistid, resistid», les animó Alvarez Buylla, tal como Casares le había alentado. Pero para entonces, al caer la noche, la residencia y el aeropuerto eran los únicos puntos de Tetuán que no habían caído en manos de los coroneles rebeldes, quienes, igual que sus colegas de Melilla, habían aplastado toda la resistencia de los grupos sindicalistas y de izquierdas o republicanos. El coronel Beigbéder acudió a informar al jalifa, Muley Hassan, y al gran visir de Tetuán de lo que estaba pasando, y consiguió su apoyo. Muley Hassan era un títere de España desde 1925. No tardaría en proporcionar ayuda física, en forma de voluntarios marroquíes. Beigbéder también se hizo con el mando del departamento de Asuntos Indígenas de la ciudad, y los funcionarios aceptaron el cambio de la administración de Alvarez Buylla sin un solo murmullo [10]. Beigbéder, arabista distinguido, tenía una gran reputación en Marruecos, y probablemente la rebelión se consolidó tanto por su hábil utilización del teléfono y de la radio como por su conocimiento del árabe. En Ceuta, a las once de la noche, Yagüe, con la segunda bandera de la legión, se apoderó de la ciudad más fácilmente, sin necesidad de disparar ni un solo tiro [11]. En Larache, la única ciudad importante que quedaba en el Marruecos español, en la costa atlántica, el alzamiento se produjo a las dos de la madrugada del 18 de julio. La lucha fue encarnizada. Murieron dos oficiales rebeldes, y cinco guardias de asalto en las filas de la República. Pero al amanecer la ciudad estaba en manos de los rebeldes, y todos sus enemigos habían sido encarcelados, fusilados o habían huido [12]. Simultáneamente, Franco, con el general Orgaz, que había sido enviado a las Canarias después del fracaso del alzamiento en abril, se adueñó de Las Palmas. Franco declaró la ley marcial en todo el archipiélago. Mientras se encontraba dictando un manifiesto, llegó la esperada llamada telefónica de Casares Quiroga. Se le dijo al jefe del gobierno que Franco estaba inspeccionando las guarniciones. A las cinco y cuarto de la

[9] Una bandera era un batallón de 600 hombres, que incluía unidades de intendencia y artillería móvil.
[10] *Cruzada*, X, pp. 34-40. Una versión izquierdista del alzamiento en Tetuán es la que dio Antonio Mata en *La Batalla*, reproducida en *El Sol* el 25 de agosto de 1936. Mata, oficial telegrafista, decía que los detenidos fueron obligados a beber medio litro de aceite de ricino.
[11] *Ibíd.*, p. 44.
[12] *Ibíd.*, pp. 44-45.


(Col. J. M. Armero.)
Juan Yagüe Blanco


(Col. J. M. Armero.)
Eduardo Sáenz de Buruaga

La conspiración contó en Ceuta y Tetuán con dos jefes militares reputados como eficaces profesionales, el teniente coronel Juan Yagüe Blanco, que mandaba la segunda legión del Tercio, y el recientemente ascendido coronel Eduardo Sáenz de Buruaga, quien tomó el mando de la sublevación en Tetuán y recibiría a Franco a su llegada al territorio del protectorado. Ilustraciones de ambos jefes en tarjetas postales nacionales.

(Col. C. S. de Tejada.)

mañana del 18 de julio, Franco dio a conocer su manifiesto, en el que hacía especial referencia a la excepcional relación que los oficiales españoles habían de tener con la patria misma, más que con ningún gobierno en particular, denunciaba las influencias extranjeras, y prometía, en términos emotivos, un orden nuevo después de la victoria. No se hacía mención alguna de los ataques de la República a la Iglesia: la rebelión todavía no se había convertido oficialmente en una cruzada [13]. El manifiesto acababa con un *viva* al «honrado pueblo español», después de una inesperada referencia a la fraternidad, la libertad y la igualdad, «haciéndolas reales en nuestra Patria, por primera vez, y por este orden». Este manifiesto

[13] Texto en Fernando Díaz-Plaja, *La Historia de España en sus documentos; El siglo XX: la guerra 1936-1939* (Madrid, 1963), p. 150 y ss. Franco tampoco mencionaba a Sanjurjo como jefe nominal del movimiento. Al parecer, el manifiesto fue escrito por el coronel auditor del cuerpo jurídico militar Lorenzo Martínez Fusset, consejero legal de Franco, que tuvo un papel decisivo en la institucionalización de la dictadura de Franco; y le acompañó en este viaje.



Mundo Obrero

PALABRAS DEL GOBIERNO:

"Se ha frustrado un nuevo intento criminal contra la República"

"Una parte del Ejército que representa a España se ha levantado en armas contra la República, sublevándose contra la propia patria"

"Los españoles han reaccionado de modo unánime y con la más profunda indignación contra la tentativa reprobable"

¡Viva la República democrática!

El pueblo vigila su victoria y no se la dejará arrebatar. ¡Escarmiento ejemplar a los traidores a la patria! ¡Suspensión de la Prensa incitadora del golpe de fuerza! ¡Incautación de los bienes de los traidores y de sus cómplices!

¡Acusamos a Gil Robles de principal culpable del criminal atentado contra la República!

(Serv. Histórico Militar.)

A la mañana siguiente al golpe, la prensa de Madrid recogía con titulares confusos el levantamiento militar. Los comunistas, con escasamente 30.000 militantes en sus filas, a través del órgano de su comité central Mundo Obrero, *pedían una contundente respuesta por parte del gobierno y acusaban a Gil Robles de ser uno de los principales instigadores del golpe. En tono más mesurado, el diario independiente* La Voz *daba cuenta de los acontecimientos, subrayando el control de la situación por parte del gobierno de la República.*

LA VOZ

HORAS GRAVES PARA ESPAÑA

Una parte del Ejército de Marruecos se ha levantado en armas contra la República

Nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a este absurdo empeño

Heroicos núcleos de elementos leales resisten a los sediciosos en las plazas del Protectorado

EL GOBIERNO DE LA REPUBLICA DOMINA LA SITUACION

Han sido detenidos varios generales, jefes y oficiales comprometidos en el movimiento

La Policía se ha apoderado de un avión extranjero que tenía, al parecer, por misión introducir en España a uno de los cabecillas

La aviación ha bombardeado Ceuta y Melilla

El Gobierno advierte que Radio Ceuta, fingiendo ser Radio Sevilla, se dedica a propalar falsedades e infundios

Notas de la tarde

DEL ATENTADO CONTRA EL REY DE INGLATERRA

Serán considerados facciosos quienes propalen que se ha declarado el estado de guerra

Patriótica adhesión al régimen del jefe de la Derecha Regional Valenciana, D. Luis Lucia

VISADO POR LA CENSURA

Lea usted LA VOZ

(Serv. Histórico Militar.)

fue radiado desde todas las emisoras de las Canarias y del Marruecos español [14]. Y entonces, en el cálido amanecer del 18 de julio, se inició el alzamiento en la península.

El Gobierno toma medidas constitucionales

Casares Quiroga y el gobierno de España intentaron primero aplastar la revuelta que se levantaba contra ellos con medios constitucionales. Mientras telefoneaba a Alvarez Buylla y a otros oficiales leales de Marruecos, diciéndoles que resistieran, el jefe del gobierno ordenó a varias otras unidades de la marina de guerra que abandonaran sus bases de El Ferrol y Cartagena con rumbo a las costas de Marruecos. Se mantenía optimista, y dejó pasar tres horas de un consejo de ministros sin decir a sus colegas hasta el final lo que él ya sabía antes de empezar la sesión [15]. Esto enfureció a los militares leales y a los dirigentes de izquierdas, que preveían un alzamiento en la península, y que pensaban que el gobierno debía entregar a los sindicatos cuantas armas tuviese en su poder. Pero Casares se negó a esta acción revolucionaria, y anunció que cualquiera que entregase armas a los obreros sin órdenes suyas sería fusilado [16]. Por consiguiente, las calles y cafés de Madrid se llenaron de personas inquietas, ninguna de las cuales sabía lo que pasaba, y todas furiosas, porque su carencia de armas les impedía tomar precauciones para defenderse en el caso de que se produjera una sublevación. Todas las organizaciones de izquierdas salieron a la calle con pancartas en las que se pedían «armas para el pueblo». En el ministerio de la Guerra, controlaba la situación un grupo de oficiales de izquierda. El general Pozas, jefe de la guardia civil, y el general Miaja, jefe de la 1.ª Brigada de Infantería, con base en Madrid, parecían leales, mientras que el comandante de las fuerzas aéreas, general Núñez de Prado, un republicano convencido, telefoneaba a los aeródromos para asegurarse de que los aviadores, principalmente republicanos, estuvieran alerta. Sólo dejó de contestar Melilla, donde el comandante del aeródromo, capitán Bermúdez Reina, ya había sido fusilado, aunque el comandante de León era un rebelde. En Madrid se hicieron muchos cambios en los puestos de mando, y se enviaron oficiales maduros a las regiones potencialmente difíciles. En las guarniciones de Madrid había unos 7.000 hombres, y unos 6.000 más entre guardias civiles, guardias de asalto y carabineros. Era esencial intentar asegurarse de su lealtad [17]. Mientras tanto, los conspiradores de Madrid celebraban reuniones precipitadas y ansiosas en sus casas. Su sistema de comunicaciones con Mola era malo, y su moral, baja.

La primera noticia del alzamiento que dio el gobierno fue cuando Radio Madrid anunció que «nadie, absolutamente nadie en la España peninsular ha tomado parte en este absurdo complot» [18], que



(Ya.)

Miguel Núñez de Prado y Susbielas era ya general antes de 1931; conspiró contra la monarquía y fue probablemente miembro destacado de la asociación de militares radicalizados UMRA. El 18 de julio de 1936 era el máximo responsable de la aviación española. Con una actitud decidida ante los acontecimientos, solicitó al gobierno, y le fue concedido, el mando de todo el ejército para tratar de controlar la situación, especialmente en Africa, a cuyas fuerzas estaba seguro de imponerse por su prestigio personal. Al ser ya inútil el intento tanto en Africa como en Sevilla, Núñez de Prado voló a Zaragoza para atraerse la voluntad de Miguel Cabanellas, pero fue detenido allí por este general sublevado. Poco tiempo después era fusilado.

[14] *Cruzada*, x, pp. 67-71.
[15] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Memorias* (París, 1964), vol. II, p. 267.
[16] Zugazagoitia, p. 41.
[17] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vol., Editora Nacional, Madrid, 1974; vol. I, p. 128.
[18] *The Times*, 20 de julio de 1936.



(Arch. C. S. de Tejada.)

GONZALO QUEIPO DE LLANO Y SIERRA (Tordesillas, Valladolid, 1875-Madrid, 1951)

Ingresó en la Academia de Caballería de Valladolid y muy joven participó en la guerra de Cuba como oficial; también muy activamente en las de Marruecos. En 1930 tomó parte, junto con Ramón Franco y otros oficiales, en la conspiración republicana, por lo que hubo de refugiarse en Portugal hasta la proclamación de la Segunda República. Secundó las reformas militares de Azaña y ocupó cargos destacados, aunque estuvo al lado de la conspiración, en la que se integró plenamente tras entrevistarse con Mola. A primeras horas de la tarde del 18 de julio de 1936, tras sucesivos golpes de audacia, logró sublevar algunos militares de Sevilla y con ellos controlar la ciudad. El mismo día, a las diez de la noche, pronunció la primera de sus famosas charlas por radio, con las que intentaba amedrentar al enemigo, utilizando un estilo directo y un lenguaje a menudo soez. Queipo actuó con gran independencia en Andalucía durante toda la guerra, hasta que en 1939 Franco consiguió enviarle a Italia al frente de una misión militar en situación de confortable semidestierro. A su vuelta a España y hasta su muerte nunca ocultó públicamente su animadversión hacia Franco.

el gobierno prometía aplastar rápidamente, incluso en Marruecos. Mientras la gente oía estas palabras sin prestarles mucho crédito, se estaban produciendo alzamientos en toda Andalucía, donde había ocho ciudades cuya guarnición contaba con un batallón o más. También hubo alzamientos en otras ciudades, dirigidos por falangistas locales o por la guardia civil. En casi todas las ciudades, el 18 de julio, los gobernadores civiles siguieron el ejemplo del gobierno de Madrid, y se negaron a cooperar con las organizaciones obreras que clamaban pidiendo armas. En muchos casos, esto permitió que tuvieran éxito las sublevaciones y firmó la sentencia de muerte de los propios gobernadores civiles y de los dirigentes obreros locales. Si los rebeldes se hubieran sublevado en todas las provincias de España el 18 de julio, es posible que el 22 de julio ya hubieran triunfado en todas partes. Pero si el gobierno hubiera repartido armas, y hubiera ordenado a los gobernadores civiles que hicieran lo mismo, utilizando de esta manera a la clase obrera para defender a la República desde el primer momento, es posible que el alzamiento hubiera sido aplastado [19].

Los acontecimientos del 18 de julio presentaban mal cariz para la República. Desde el amanecer y a diferentes horas hasta la media tarde, se sublevaron las guarniciones, apoyadas por la Falange y, en la mayoría de los casos, por la guardia civil. En los lugares donde no había guarnición, la guardia civil, la Falange y las personas de derechas actuaron por sí mismas. El dirigente designado por los rebeldes declaraba el estado de guerra, proclamando la ley marcial desde el balcón del ayuntamiento, en la plaza mayor. Las milicias socialistas, comunistas y anarquistas hicieron todo lo posible para resistirse a este asalto al poder, mientras los gobernadores civiles vacilaban en sus despachos e intentaban comunicar con Madrid. Los oficiales leales a la República y, en la mayoría de los casos, los guardias de asalto, resistieron al alzamiento e intentaron huir al gobierno civil y a las organizaciones obreras. La UGT y la CNT proclamaban la huelga general, e inmediatamente se montaban barricadas con adoquines, trozos de madera, piedras, sacos de arena o cualquier cosa que se encontrara a mano. Después venía la lucha, que en ambos bandos dio lugar a demostraciones de desprecio a la propia vida [20].

El alzamiento en Andalucía: Queipo en Sevilla

El 18 de julio, los alzamientos tuvieron lugar en Andalucía. En Sevilla, el general Queipo de Llano, inspector general del cuerpo de Carabineros, llevó a cabo un extraordinario golpe de mano. Había

[19] El infatigable historiador alemán del movimiento anarquista, Max Nettlau, que llegó poco después a Barcelona, intentó más tarde racionalizar todo esto, sin demasiado éxito. «En los lugares donde existía cierto grado de autonomía —escribió en el boletín de la CNT-FAI, el 25 de julio— el pueblo pudo conseguir armas, y de hecho las consiguió, en el momento debido. Donde no existía autonomía, poco o nada pudo hacerse, y el enemigo entonces, y sólo entonces, consiguió una ventaja pasajera.»

[20] Véase una narración reciente, vívida y detallada, en Luis Romero, *Tres días de julio* (Barcelona, 1967).



(Keystone.)

En la fotografía, Queipo aparece rodeado de periodistas, dispuesto a subir al tren que habría de devolverle a España, dando así por finalizada su etapa de exiliado antimonárquico. La Segunda República le recibirá como héroe, otorgándole, entre otros puestos, el mando de la primera región militar y el del cuerpo de Carabineros.

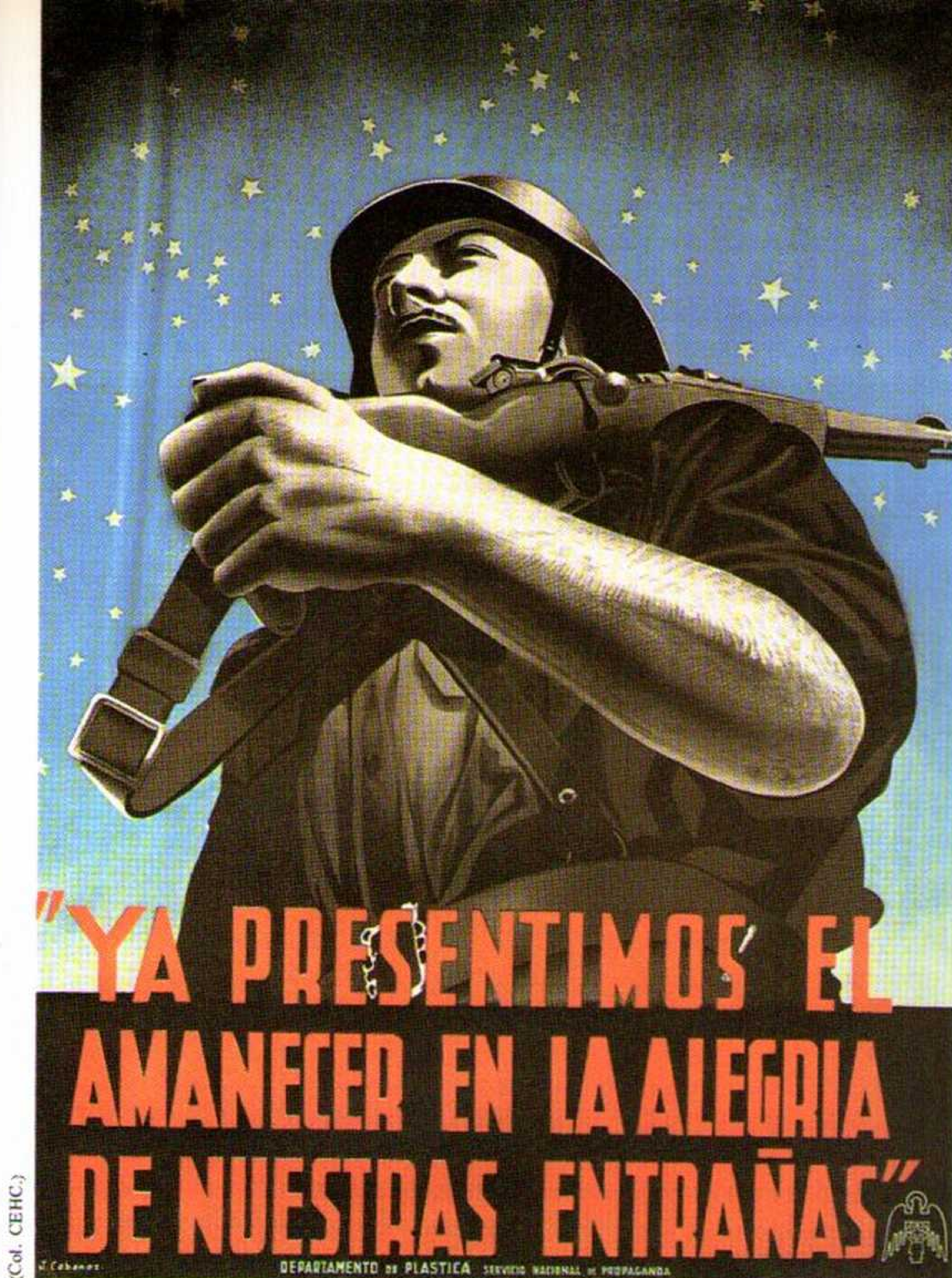
tardado bastante en sumarse a la conspiración, aunque era un africanista, y había sido un conspirador republicano en 1926 y en 1930. Al principio, había sido ascendido por la República. Pero él había esperado más recompensas que las que había recibido, y le había irritado mucho la destitución de Alcalá Zamora, cuya hija estaba casada con un hijo de Queipo. Igual que Sanjurjo en 1932, Queipo no tenía ninguna relación con la ciudad antes del alzamiento, ya que, en realidad, había llegado allí el 17 de julio en su coche oficial (un Hispano-Suiza), en el cual se jactaría más tarde de haber recorrido «30.000 kilómetros de conspiración» con el pretexto de inspeccionar puestos aduaneros. Acompañado sólo por su ayudante y otros tres oficiales, se instaló durante la mañana del 18 de julio en un despacho del cuartel general que había sido abandonado a causa del calor. Luego cruzó el pasillo y fue a ver al general José Fernández de Villa-Abrille, jefe de la 2.ª División, es decir, de Andalucía. «Tengo que decirle —dijo Queipo— que ha llegado el momento de tomar una decisión: o está usted conmigo y con sus demás compañeros, o está con este gobierno que está llevando a España a la ruina.» Villa-Abrille era un republicano que había conspirado con Queipo en 1930; pero ahora él y su equipo fueron incapaces de decidirse, quizá porque temían que fracasara el alzamiento, como en 1932, y fueran enviados a una tórrida prisión colonial. Por lo tanto, Queipo los arrestó, y les ordenó que pasaran todos a la habitación contigua. Como no había llave, ordenó a un cabo que permaneciera ante la puerta y disparara contra cualquiera que intentara salir. Luego se dirigió a los cuarteles de infantería, esta vez acompañado sólo por su ayudante. Al llegar se quedó sorprendido al ver a las tropas formadas en el patio y provistas de armas. A pesar de todo, Queipo se dirigió al coronel, al que nunca había visto antes, y le dijo: «Estrecho su mano, querido coronel, y le felicito por su decisión de ponerse del lado de sus compañeros de armas en estos momentos en que se está decidiendo el destino de nuestra patria.» «He decidido apoyar al gobierno», dijo el coronel.

Queipo se fingió muy asombrado, y dijo: «¿Podríamos continuar esta conversación en su despacho?» Una vez dentro, el coronel mantuvo su postura, y Queipo le quitó el mando del regimiento. Pero ningún otro oficial quiso ocupar su puesto. Entonces Queipo envió a su ayudante a buscar a uno de los tres oficiales que había estado con él desde el principio. Y se quedó solo frente a aquellos oficiales que eran opuestos a él. Empezó a bromear con ellos, y ellos le dijeron que estaban escarmentados por lo que había ocurrido después del levantamiento de Sanjurjo, en 1932. Por fin, Queipo encontró un capitán dispuesto a hacerse cargo del regimiento. Entonces se dirigió al fondo de la habitación y gritó a los otros oficiales con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Son ustedes mis prisioneros!» Y ellos, dócilmente, se dejaron encerrar. A continuación, Queipo descubrió que en el regimiento sólo había 130 hombres. Sin embargo, aparecieron quince falangistas y veinticinco carlistas, poniéndose a sus órdenes. Eran una fuerza muy pequeña para apoderarse de una gran ciudad con una población de un cuarto de millón de personas. Afortunadamente para Queipo, el comandante del cuartel de artillería y sus oficiales acordaron apoyar al alzamiento. Se llevaron cañones de grueso calibre a la plaza de San



(Col. J. M. Armero.)

La guerra civil española fue, ante todo, una guerra de masas. A ello contribuyó en no pequeña medida la utilización de los nuevos medios de comunicación social, entre ellos la radio. Las diatribas radiofónicas del general Queipo de Llano, desde los micrófonos de Radio Sevilla, eran conocidísimas, y sin duda un elemento muy importante de la propaganda nacionalista. Desde la capital de su feudo andaluz, el general arengaba a sus radioyentes con temas que lograron una amplia audiencia en ambos frentes. Con su estilo paternalista, charlatán y directo, comentaba cada noche sobre asuntos tan distintos como la ferocidad de las tropas regulares y las multas impuestas por él a algunos comerciantes sevillanos. Más tarde, su desacuerdo con el mando político establecido en Salamanca le haría desistir de las emisiones radiofónicas en febrero de 1938.



(Col. CEHC.)

Con frecuencia se ha citado la orden circular escrita por J. A. Primo de Rivera el 24 de junio de 1936, desde la cárcel provincial de Alicante, para demostrar que la Falange no estaba dispuesta a colaborar en la sublevación militar que para entonces se encontraba ya en avanzado estado de preparación. En efecto, Primo de Rivera era consciente del riesgo que la participación podría acarrear para la Falange, causando incluso «su desaparición, aun en caso de triunfo». Los apologistas de la postura de José Antonio no señalan, sin embargo, que éste se refería a «proyectos prematuros y candorosos» y no a «los que se elaboran por una minoría muy preparada que en el ejército existe». La Falange estaba dispuesta y deseosa de compartir con el ejército la tarea de rescatar a España de los múltiples «peligros» que le amenazaban por «culpa» de los gobiernos republicanos. La última circular, transmitida desde Alicante el 29 de junio, era inequívoca en el sentido de que la Falange participaría en la sublevación «formando sus unidades propias, con sus mandos naturales y sus distintivos», pero en íntima colaboración con el «jefe superior del movimiento militar en el territorio o provincia»; como, en efecto, sucedió.
El cartel es de J. Cabanas y fue editado por el Servicio Nacional de Propaganda.

Fernando y se cercó el gobierno civil, situado en la línea de fuego detrás del hotel Inglaterra. Al comenzar el bombardeo del hotel, en el cual se habían reunido varios guardias de asalto, una bomba alcanzó el gobierno, y el gobernador civil telefoneó a Queipo y se rindió, con la condición de que se le perdonara la vida. (Se le perdonó, pero el gobernador civil, Varela, pasó muchos años en la cárcel.) Entonces, la guardia civil de Sevilla se sumó a la sublevación. A última hora de la mañana, el centro de la ciudad estaba en manos de Queipo. Entretanto, las organizaciones obreras se habían dado cuenta de lo que se preparaba. Radio Sevilla hizo un llamamiento a la huelga general, y pidió a los campesinos de los pueblos vecinos que acudieran a la ciudad para recibir armas. Pero el número de armas disponibles era muy reducido. Durante la tarde, los obreros construyeron barricadas en los suburbios. Fueron incendiadas once iglesias, y también la fábrica de sedas perteneciente al marqués de Luca de Tena, hombre importante dentro de la conspiración. Luego, Queipo se apoderó de la emisora de radio. A las ocho de la tarde transmitió la primera de su famosa serie de arengas. Con una voz entonada por muchos años de beber jerez, declaró que España estaba salvada y que los canallas que resistieran

al alzamiento morirían como perros [21]. Pero, al llegar la noche, Sevilla seguía dividida en dos. El vigoroso discurso de Queipo ayudó mucho a que Andalucía se sumara al alzamiento: otra innovación tecnológica —la radio— entraba a formar parte de la guerra. La radio desempeñó un papel esencial en el éxito parcial de los rebeldes en el alzamiento, a pesar de que las grandes emisoras —excepto radio Sevilla— permanecieron en manos del gobierno.



(Col. J. M. Armero.)

José Enrique Varela, oculto tras el nombre de guerra de «don Pepe», posibilitó la conexión con los jefes carlistas y dirigió en 1934, en Navarra, la formación militar de los requetés. También se había reunido en Madrid con los generales Franco, Mola y algunos otros para tantear las posibilidades de una futura sublevación. Cuando, el 25 de abril de 1936, el gobierno creyó que se preparaba un alzamiento militar, trató de aislar a sus líderes potenciales, enviando a Enrique Varela al castillo de Santa Catalina, en Cádiz, en situación de arrestado por su posición indisciplinada.

Otros acontecimientos del 18 de julio

También el 18 de julio, el general Varela (liberado de la cárcel donde había languidecido desde abril) y el general López Pinto se sublevaron en Cádiz, aunque al igual que en Sevilla, la victoria no fue inmediata [22]. En Córdoba, el gobernador militar, coronel Ciriaco Cascajo, consiguió con la artillería la rendición de su colega civil, Rodríguez de León, un pesimista, a pesar de que las voces apremiantes que llegaban a través del teléfono desde el ministerio de la Gobernación, en Madrid, prometían enviar ayuda en un plazo de horas. La rebelión triunfó sin lucha en Algeciras y Jerez. En Granada, quedaron en tablas: el general Miguel Campins, gobernador militar, pronunció una alocución ante sus oficiales en la que condenaba la indignidad del alzamiento de Marruecos, a pesar de que, tan sólo unos años antes, había sido jefe de estudios de la Academia de Zaragoza al mismo tiempo que Franco era el director del centro. Mientras, en las calles, los seguidores del Frente Popular, con los anarquistas, organizaron manifestaciones durante todo el día. Los conspiradores de la ciudad se mantuvieron a la expectativa, aunque escuchaban entusiasmados las emisiones de Queipo de Llano. En Jaén, donde no había guarnición, los falangistas y los requetés locales esperaban la señal, pero no ocurrió nada, porque el coronel al mando de la guardia civil, Pablo Iglesias, se mantuvo leal a la República. Huelva, cerca de la frontera portuguesa, aunque aislada del resto de la España republicana por el alzamiento de Sevilla, se mantuvo en manos del Frente Popular. El general Pozas telefoneó desde el ministerio de la Gobernación, en Madrid, ordenando urgentemente al jefe de la guardia civil que enviara una columna a Sevilla, contra Queipo de Llano. El comandante Gregorio de Haro salió con una pequeña fuerza de guardias civiles, pero, al llegar a Sevilla, se pasó al bando de Queipo de Llano [23].

En Málaga, el general Patxot vaciló, y finalmente renunció a su intento de declarar el estado de guerra cuando le amenazaron por teléfono con un bombardeo de la escuadra. Los guardias de asalto

[21] «Canalla» continuó siendo la palabra favorita de Queipo de Llano a lo largo de la guerra. Algunos dicen que Queipo no bebía. Véase un estudio sobre Queipo de Llano en Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días* (Buenos Aires, 1973), vol. I, p. 393. Sobre Sevilla, véase también *Cruzada*, XI, pp. 154-202; *ABC de Sevilla*, 18 de julio de 1937; Antonio Bahamonde, *Un año con Queipo de Llano* (Barcelona, 1938), p. 26 y ss.

[22] Sobre el alzamiento en Cádiz (llamada por las derechas «la Rusia chica», por la gran influencia que allí tenían los socialistas), véase Antonio Garrachón Cuesta, *De Africa a Cádiz y de Cádiz a la España Imperial* (Cádiz, 1938).

[23] Un relato de este hecho, escrito por uno de los participantes, se publicó en *Triunfo*, 14-II-77.

permanecieron leales y lucharon contra una compañía de soldados que intentaba apoderarse de los principales edificios. Los obreros atacaron a los soldados por la espalda. Muchos soldados desertaron y el pueblo tomó las armas de los cuarteles. El comandante de la compañía fue linchado por la multitud [24]. Pero éste fue el último éxito del gobierno durante el día. Al atardecer, acababa en Africa, en Tetuán, la última resistencia republicana. Las islas Canarias fueron también ganadas completamente por los rebeldes [25]. La lucha en Africa había sido encarnizada, y dejó huella en el ejército y en la población civil. El general en jefe del ejército de Africa, Gómez Morato, estaba en la cárcel, y el comandante de la zona oriental, Romerales, había sido fusilado. (El comandante de la zona occidental, general Capaz, un militar extraordinariamente competente que había conquistado Xauen en 1926, detestaba la rebelión, de manera que se había ido a Madrid, de permiso [26].) En la Legión Extranjera, el inspector, coronel Luis Molina, fue destituido, junto con el comandante de la primera bandera, coronel Blanco Novo, y el agresivo, aunque humano, comandante de la segunda bandera, Yagüe, se hizo cargo del mando general. De los cinco jefes de tropas nativas, tres (los coroneles Asensio, Barrón y Delgado Serrano) se unieron al alzamiento; el cuarto, coronel Caballero, fue fusilado en Ceuta por negarse a sumarse a la rebelión, y el quinto, coronel Romero Bassart, que se había opuesto al alzamiento en Larache, huyó al Marruecos francés, y de ahí a la península [27].

[24] Ronald Fraser, *In Hiding. The Life of Manuel Cortés* (Londres, 1972), p. 131. Hay una interesante impresión sobre Málaga en Brenan, *Personal Record*, p. 285.

[25] Puede consultarse F. Franco Salgado, *Mis conversaciones...*, p. 155. Franco salió de Las Palmas antes de que la victoria rebelde estuviese asegurada, confiando el mando al general Orgaz. La resistencia izquierdista continuó en Santa Cruz de la Palma hasta el 28 de julio (*Cruzada*, x, p. 76.)

[26] Donde sería asesinado.

[27] Luego fue expulsado del ejército, que lo consideraba demasiado revolucionario, y se convirtió en consejero militar de la CNT. Véase Salas Larrazábal, vol. I, p. 88. Gómez Morato fue condenado a treinta años de cárcel por haberse opuesto al alzamiento.



(Col. J. M. Armero.)

Tres de los cinco jefes de las fuerzas regulares indígenas se sublevaron contra el gobierno de Madrid. En la fotografía, una tarjeta postal, el teniente coronel Fernando Barrón Ortiz, jefe del grupo de tabores de Ceuta.

Guardia de la Subsecretaría

" Telegrama sorprendido a las 16- 26 horas del dia de hoy dirigido del Jefe de Estado Mayor de la octava Division a los de la 5a, 6a y 7a Divisiones organicas.

"CIFRADO. Clave numero 1 P.en D.

" Ruego manifieste si esa Division ha declarado estado guerra"

Madrid 18 Julio 1936
Descifrado por mi
El Jefe de Servicio

(Serv. Histórico Militar.)

Tanto el gobierno de la República como los conspiradores carecían de noticias fiables sobre la marcha de los acontecimientos. Este documento es un telegrama interceptado desde Madrid por el que la 8.ª División (La Coruña) solicita información de los mandos de las divisiones de Zaragoza, Burgos y Valladolid sobre el comienzo de la sublevación en estas regiones militares.



Con las primeras noticias de la sublevación, militantes de organizaciones frentepopulistas madrileñas se concentraron en los locales de partidos y sindicatos a la espera del desenlace de los acontecimientos y pidiendo insistentemente ser armados. Al atardecer del 18 de julio, unos cinco mil fusiles fueron entregados por el coronel director del parque de artillería al coronel Julio Mangada y otros jefes militares, y con ellos se armaron los primeros milicianos madrileños.

El gobierno de Madrid se fue enterando de sus derrotas por teléfono, como en Marruecos; en lugar del gobernador civil o del gobernador militar, un oficial rebelde contestaba gritando altaneramente: «¡Arriba España!» También llegaron de este modo las noticias a los sindicatos y a los partidos políticos, que telefoneaban a sus camaradas de otras ciudades y descubrían que el enemigo controlaba, por ejemplo, la estación de ferrocarril o la oficina de correos. André Malraux describió vívidamente estas conversaciones en su brillante novela *L'Espoir: «Allô, Avila?»*, decía Madrid. *«Comment ça va chez vous? Ici la gare.» «Va te faire voir, salaud! Vive le Christ-Roi!» «A bientôt. Salut!»* [28]. Durante todo el día,

[28] André Malraux, *L'Espoir* (París, 1938), p. 8. Avila no se sublevó hasta el 19 de julio. Las instalaciones telefónicas continuaron sirviendo imparcialmente a ambos bandos durante toda la guerra civil, hecho del que sus directivos americanos estaban justamente orgullosos. El

Casares continuó actuando como si conservara el dominio del país, y como si no hubiera necesidad de tomar medidas de emergencia. Celebró consultas con generales que él sabía leales a la República, aunque éstos y sus oficiales, particularmente los pertenecientes a la organización de oficiales radicales UMRA, estaban estableciendo contacto con los dirigentes de las milicias obreras. Una delegación de taxistas telefoneó al jefe del gobierno ofreciéndole 3.000 taxis para luchar contra los rebeldes. La UGT tenía 8.000 fusiles, ya distribuidos a las juventudes socialistas-comunistas, que ahora empezaban a abandonar sus puestos de trabajo para actuar permanentemente en las calles como policía política. Pero 8.000 fusiles no parecían suficientes para resistir a las guarniciones de Madrid y a los falangistas que las apoyarían, aunque todavía no se veían señales de movimiento en ningún barrio de derechas. Ediciones especiales de *Claridad* y *El Socialista* pedían «armas para el pueblo» en enormes titulares [29]. «¡Armas, armas, armas!» era el grito que entonaban todo el día las masas de jóvenes socialistas y comunistas por las calles adyacentes a la casa del pueblo, al ministerio de la Guerra y en la Puerta del Sol. Pero Casares seguía negándolas. Envió a Zaragoza al general Núñez de Prado, director general de aviación, para que intentara llegar a un compromiso con el general Cabanellas, masón, que estaba al mando de la 5.ª División, acuartelada allí. Núñez de Prado dijo a Cabanellas: «Un cambio inmediato de ministerio satisfará todas las demandas de los generales y hará innecesario un alzamiento.» A pesar de todo, aunque Cabanellas no se había declarado todavía a favor de la rebelión, fue arrestado (y posteriormente fusilado, junto con su ayudante) [30].

Madrid

Entretanto, en Madrid, el gobierno se encontraba reunido en sesión permanente, aunque peripatética, en el ministerio de la Guerra, en el Palacio Nacional y más tarde en el ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. Al atardecer, radio Madrid anunció que el alzamiento había sido aplastado en todas partes, incluso en Sevilla. Este era el primer reconocimiento oficial de que algo no marchaba en la península. A esta noticia siguió la lectura de una serie de decretos por los que se desposeía de su mando a los generales Franco, Cabanellas, Queipo de Llano y González de Lara. A partir de entonces, las emisoras de radio de la capital pasaron a transmitir música estridente, en parte para calmar y en parte para animar a la multitud expectante [31]. De vez en cuando, los aparatos de radio advertían: «¡Españoles! ¡Mantened la conexión! No apaguéis vues-



(Col. J. M. Armero.)

En la noche del viernes 17 al sábado 18 de julio recibió el general Francisco Franco, en el hotel de Las Palmas donde pernoctaba, un telegrama de Melilla comunicándole que la sublevación había tenido que ser adelantada en Marruecos. Durante el día 18, Franco voló desde Canarias a Agadir y Casablanca y llegó a Tetuán el domingo 19. Allí fue recibido por el coronel Sáenz de Buruaga, dueñas ya las tropas sublevadas de todas las ciudades del protectorado marroquí.

papel del teléfono en el alzamiento fue decisivo. Véase el comentario de Luis Romero en *Tres días de julio*.

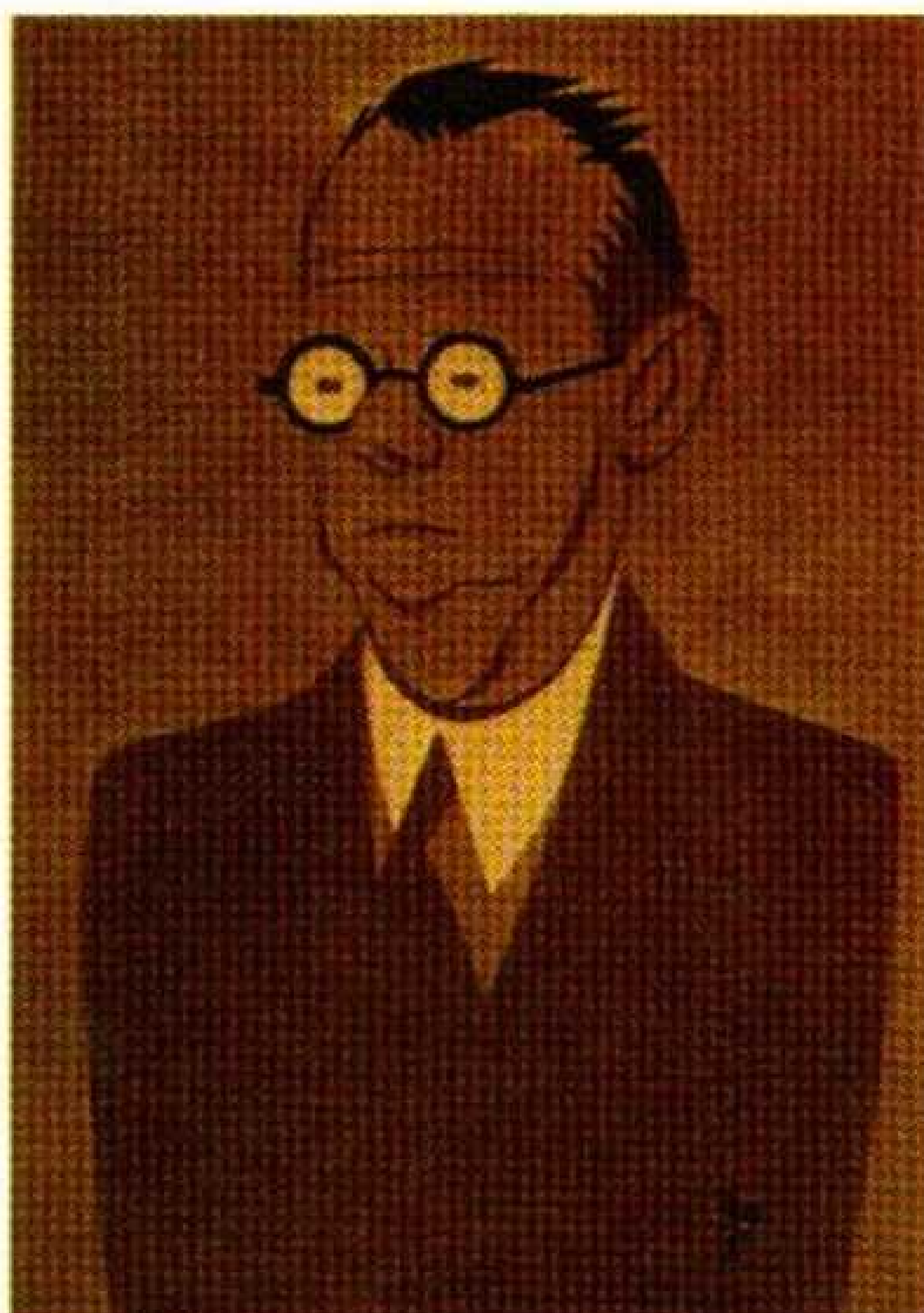
[29] Los anarquistas madrileños permanecieron indiferentes a todos estos acontecimientos, pues todavía estaban preocupados por la huelga de la construcción (Zugazagoitia, p. 57).

[30] Para lo que refiere a Núñez de Prado puede consultarse G. Cabanellas, *Cuatro Generales*, II, p. 77; y también J. S. Vidarte, p. 240.

[31] La canción más popular, interpretada interminablemente durante aquellas noches tan calurosas, era *La música gira, gira y llega hasta aquí*.

tras radios. Los traidores están haciendo correr bulos. Mantened la conexión» [32]. Pero Casares, apoyado por Azaña, continuaba negándose a entregar armas a las masas. El jefe del gobierno, temido por las derechas, que lo consideraban revolucionario, pasó a convertirse en un reaccionario odiado por las izquierdas. Por todas partes se repetía con desprecio su apodo de «civilón», tomado del nombre de un famoso toro que se había negado a defenderse en la plaza. La España liberal había entrado en su agonía mortal. Sin embargo, el teniente coronel Rodrigo Gil, jefe del parque de artillería, simpatizante socialista, entregó a la UGT alrededor de 5.000 fusiles [33]. En cuanto a los conspiradores de Madrid, continuaban indecisos.

[32] Constancia de la Mora, *In place of splendor* (Nueva York, 1939), p. 227.
[33] Testimonio de Margarita Nelken (que acompañó a una delegación de la casa del pueblo de Madrid que fue a ver a Rodrigo Gil) a Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage* (Londres, 1961), p. 29.



(Arch. B. M. Patino.)

Con noticias seguras sobre el triunfo de la sublevación del ejército de Africa, el gobierno de la República se encontraba en la tarde del 18 de julio reunido en el ministerio de Marina, donde acudieron también otros líderes políticos, conscientes todos de la importancia de situar adecuadamente las flotas para impedir el paso de los rebeldes a través del estrecho. El ministro de Marina, profesor Giral, ordenó la concentración de los buques de guerra de forma que bloquearan el protectorado marroquí. Esta medida era coherente, dada la situación militar. Mundo Gráfico *caricaturiza respetuosamente a Giral en su número de 19 de julio de 1936.*



Algunos militantes de organizaciones izquierdistas recorren las calles de Madrid, con armas largas en actitud entre vigilante y festiva, sin noticias concretas todavía de la sublevación en la capital de la República.

(Efe.)

Durante el 18 de julio, el gobierno había hecho todo lo posible para responder a la victoriosa revolución de Marruecos. Incluso hizo bombardear Ceuta y Tetuán. Pero esto sólo sirvió para que el sultán y el gran visir aceptaran más fácilmente el cambio introducido por el coronel Beigbéder. Además, el bombardeo no causó ningún perjuicio desde el punto de vista militar. Asimismo, Casares Quiroga envió tres destructores de Cartagena a Melilla durante la mañana del 18 de julio. Durante el viaje, los oficiales oyeron el manifiesto de Franco radiado desde Las Palmas. Decidieron unirse a los nacionalistas. Al llegar a Melilla, recibieron órdenes de cañonear la ciudad. El capitán del destructor *Sánchez Barcáiztegui* explicó a sus hombres los fines del alzamiento, y luego les pidió su apoyo. Sus palabras fueron acogidas en medio de un silencio sepulcral, que fue interrumpido por un solo grito: «¡A Cartagena!» Este grito fue coreado por toda la tripulación del barco. Los oficiales fueron reducidos, y el *Sánchez Barcáiztegui* levó anclas para apartarse de la ciudad rebelde y dirigirse a alta mar. Antes de alejarse de la costa norteafricana, bombardearon Melilla y Ceuta. En el *Almirante Valdés* ocurrieron escenas similares. En cada barco, la tripulación formó un comité para que actuara en lugar de los oficiales. La postura del *Churruca*, el tercer destructor, se mantuvo equívoca durante algún tiempo.

En casi todos los barcos más importantes de la marina española,

Las posiciones ideológicas estaban, en la Marina de Guerra española, cortadas a cuchillo. De una parte la oficialidad del Cuerpo General, conservadora, tradicional y clasista, reacia a admitir las disposiciones republicanas que otorgaron el rango de oficiales a los subalternos. Al otro lado del filo, muchos oficiales del cuerpo de máquinas y la mayoría de los auxiliares se hacen cargo de los buques, encabezando la rebelión contra los oficiales insumisos al gobierno republicano, que, por otra parte, excepto en el acorazado Jaime I, *se hace sin enfrentamientos violentos. La marinería, asombrada en un principio, secunda prontamente el esfuerzo por el control de los buques. Sin embargo, la figura del marinero leal a la República es mitificada propagandísticamente. Un ejemplo pudiera ser el «marinero revolucionario» de Sim, en cuyos trazos se transparentan las influencias del llamado «realismo socialista».*


(Dibujo de Sim. Arch. C. S. de Tejada.)



(*Ahora*, 18-VIII-36. Arch. Basilio M. Patino.)

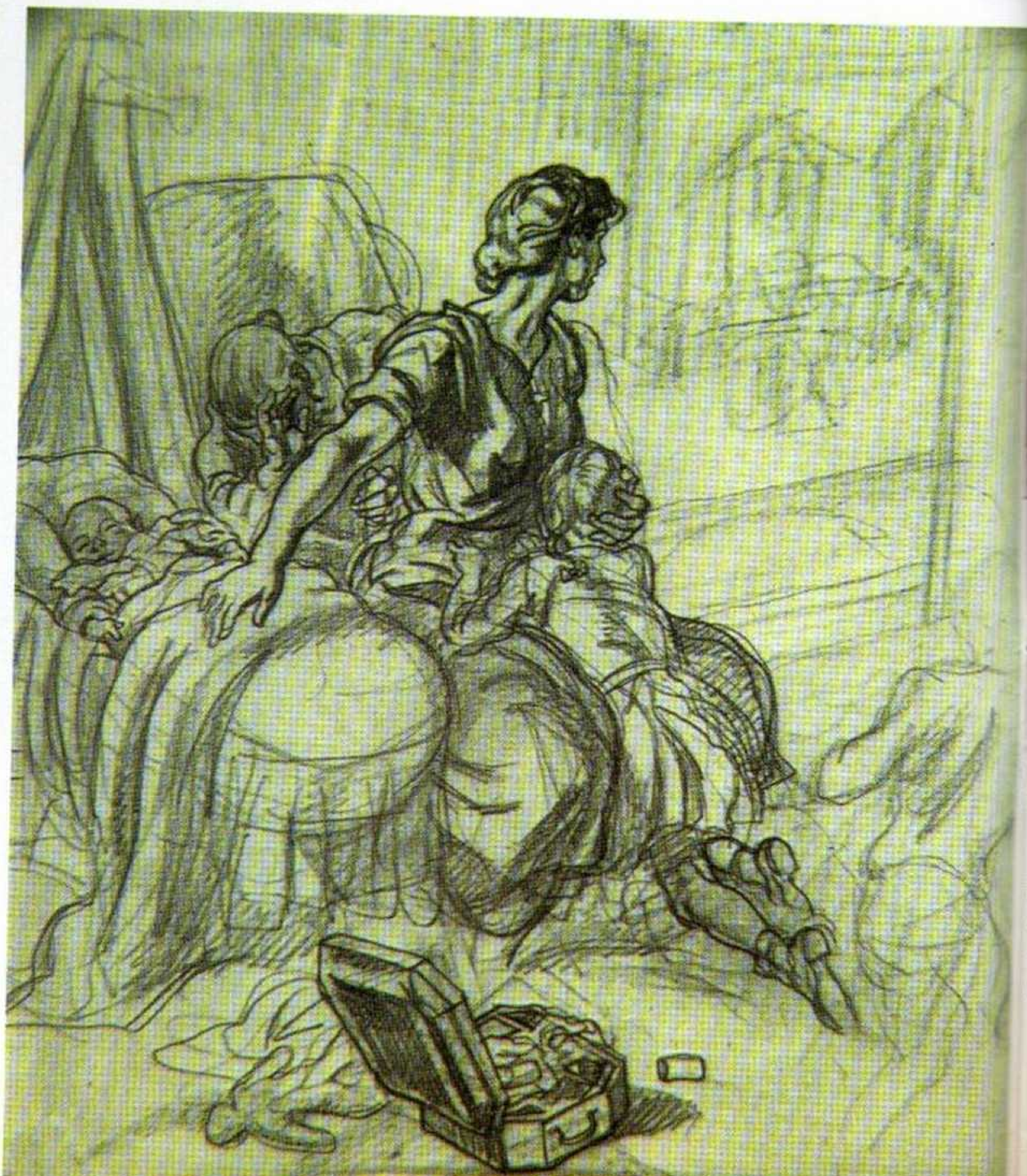


(The Illustrated London News.)

Inesperadamente, la guardia civil no secunda la insurrección en las capitales, sobre todo en Madrid y Barcelona. Su lealtad al gobierno es uno de los factores que contribuyen a frustrar el levantamiento. El propio general Franco, desde radio Tetuán, lanza el 22 de julio una proclama dirigida expresamente a los guardias civiles, de la que se desprende un tono cauto, intentando captar a los indecisos: «¡Abnegado guardia civil!..., sin lirismo, de hombre a hombre, de corazón a corazón, os estrecho hoy contra mi pecho gritando ¡viva España! La desorientación de la guardia civil y de los guardias de asalto en los primeros días de la sublevación motiva que miembros de un cuerpo tomen posiciones opuestas, debido, en gran parte, a la actitud de sus propios jefes y oficiales.

los oficiales se negaron a obedecer las órdenes del ministro de Marina, Giral; él los destituyó por telégrafo, y dio la autoridad a los jefes de máquinas, que recibieron instrucciones para distribuir las armas. De aquí la reputación de Giral como asesino de los oficiales de Marina; pero él «no hizo más que seguir un procedimiento protocolario en una situación sin precedentes» [34]. Sin embargo, su acción le valió una armada tan leal como ineficaz. La rebelión y la revolución en la armada tuvieron efectos debilitadores sobre ésta. Así pues, los medios constitucionales de oposición al alzamiento constituyeron un fracaso. Esto ocurrió inevitablemente, dado que gran parte de las fuerzas de la ley y el orden —el ejército y la guardia civil— estaban con los rebeldes, que afirmaban ser ellos quienes representaban el orden, pese a estar fuera de la ley. La única fuerza capaz de resistir a los rebeldes era la de los sindicatos y los partidos de izquierdas. Pero, para el gobierno, utilizar esta fuerza significaba aceptar la revolución. No es sorprendente que Casares vacilara antes de dar este paso. Pero, en el punto al que habían llegado las cosas en España el 18 de julio por la noche, tal paso era también inevitable. En las ciudades donde habían tenido lugar alzamientos, en Marruecos y en Andalucía, quienes se habían opuesto a ellos habían sido los partidos revolucionarios de izquier-

[34] Testimonio de Francisco Giral.



Los rencores políticos, la injusticia y el temor de las clases privilegiadas al fantasma de «la revolución», que se arrastra desde el triunfo bolchevique en la Unión Soviética, se desbordan cuando un sector del ejército rompe con la constitucionalidad. En este boceto para la Historia de la Cruzada, *Carlos Sáenz de Tejada apunta esa sensación de caos que domina a la sociedad española en 1936.*

EL DEBATE

CINCO EDICIONES DIARIAS

NO DA NOTICIAS DEL MOVIMIENTO M

EN AFRICA

A las cuatro de la mañana se ha constituído nuevo Gobierno

Lo preside don Diego Martínez Barrio. Ministro sin cartera el señor Sánchez Román.

PRESIDENCIA, Martínez Barrio.
ESTADO, Justino Azcárate.
GOBERNACION, Augusto Barcia.
GUERRA, general Miaja.
MARINA, José Giral.
HACIENDA, Enrique Ramos.
COMUNICACIONES, Juan Lluhí.
AGRICULTURA, Ramón Feced.
TRABAJO, Bernardo Giner de los Ríos.
JUSTICIA, Blasco Garzón.
INDUSTRIA Y COMERCIO, Alvarez Buylla.
OBRAS PUBLICAS, Antonio Lara.
INSTRUCCION PUBLICA, Marcelino Domingo.
MINISTRO SIN CARTERA, señor Sánchez Román.

(*El Debate*, 19-VII-36. Arch. *YA*. Madrid.)



(Retrato por Agustín Segura. Palacio de las Cortes. Madrid.)

Casares Quiroga, abrumado por la realidad de una sublevación que ha venido negando sistemáticamente, dimite. En la larga noche del 17 al 18 de julio, el presidente Manuel Azaña proyecta diversos gobiernos, entre ellos uno en la línea propuesta por los artículos de Miguel Maura en El Sol, *de Madrid. Azaña recurre a Diego Martínez Barrio con la ingenua esperanza de que los sublevados, al observar un cambio de política, modificarían su actitud. La figura de Martínez Barrio, destacado miembro de la masonería, que llegará más tarde a presidente de honor de la Liga de los Derechos del Hombre, es impopular por conservadora. Su gobierno —que vemos publicado en el último número de* El Debate *antes de ser incautado— es contestado con fuertes manifestaciones populares, mientras el propio Martínez Barrio intenta pactar con los generales Mola, Cabanellas y Paxtot, el único que, en Málaga, acepta un compás de espera. La noche del 18 al 19 de julio se traga al fantasmal gobierno Martínez Barrio, alguna de cuyas figuras, como Justino de Azcárate, preso en León por los rebeldes, no llegará nunca a incorporarse.*

das. En realidad, en muchas poblaciones pequeñas la revolución se anticipó a la rebelión, porque cuando la noticia del alzamiento en Marruecos y Sevilla llegó a lugares donde no había guarnición militar, la reacción de las izquierdas, naturalmente, no fue la de esperar a que se les atacara.

Ahora iba a abatirse sobre España una ola de violencias, en la que iban a desahogarse las luchas acumuladas durante generaciones enteras. Merced a las dificultades, o a la carencia absoluta de comunicaciones, cada ciudad se iba a encontrar sola e iba a representar su propio drama, en un aparente vacío. Pronto habría, no dos Españas, sino dos mil. Las diferencias geográficas dentro de España constituían un factor básico en la desintegración social del país. Los sentimientos regionalistas habían sembrado vientos, y ahora recogían tempestades. Cesó de existir un poder soberano y, en su ausencia, individuos y ciudades actuaron sin freno, como si estuvieran fuera de la sociedad y de la historia. Al cabo de un mes, miles de personas habían perecido arbitrariamente y sin juicio previo. Hubo obispos asesinados e iglesias profanadas. Cristianos «bien» educados pasaban las noches asesinando a campesinos analfabetos y a intelectuales sensibles. Estos hechos inevitablemente desencadenaron tales odios que, cuando por fin se restableció el orden, fue un orden basado únicamente en esa racionalización del odio que llamamos la guerra.

Tres gobiernos en una noche

Casares Quiroga veía claramente las terribles perspectivas que se presentaban, mientras paseaba febrilmente por su despacho, cuyos dorados habían sido renovados recientemente, en el paseo de la

(Boceto de Sáenz de Tejada. Col. C. S. de Tejada.)


HERALDO DE MADRID

ANTE LA GRAVEDAD DE ESTAS HORAS

La República, que es la ley, necesita de todos

¡A DEFENDERLA!

Parte del Ejército en Marruecos se ha levantado en armas contra el Poder constituido

Toda España ha reaccionado unánimemente contra la tentativa reprobable

(Heraldo de Madrid, 18-VII-36. Arch. Basilio M. Patino.)



(Arch. EFE. Madrid.)

Ansiedad y tensión en la plaza de Pontejos madrileña, detrás del Ministerio de Gobernación. Cuando todavía son inciertas las noticias sobre los sublevados, grupos de sindicalistas y guardias de asalto ventean la decisión de los militares aún no alzados en Madrid. Poco después, parte de la guarnición militar de la capital se sumará al alzamiento. Frente a ellos, leales al gobierno constituido, parte de la oficialidad, incluso jefes y generales, permanecerán a las órdenes de las autoridades republicanas, agregando su profesionalidad y capacidad técnica al elemento popular movilizado por partidos y centrales sindicales. La legalidad es el arma esgrimida por los medios de comunicación de la República, tal como nos muestra una primera página del Heraldo de Madrid *de aquellos días.*

Castellana. Su optimismo había resultado vano. Exhausto, decidió dimitir. El presidente Azaña también tenía una visión muy clara de los desastres que se avecinaban. Por lo tanto, pidió a Martínez Barrio, el mago del compromiso, que formara un gobierno para intentar negociar con los rebeldes. Los hombres a los que pidió que fueran ministros a medianoche, entre el 18 y el 19 de julio, eran todos moderados. Entre ellos se contaban el abogado de centro Sánchez Román, dirigente del pequeño Partido Nacional Republicano, y dos de sus seguidores. Sánchez Román, distinguido abogado más que político experimentado, no había firmado el pacto del Frente Popular antes de las elecciones de febrero; y representaba la mejor esperanza del compromiso político que él defendía vigorosamente. Martínez Barrio esperaba que su nombre persuadiera a los rebeldes para abandonar sus planes. Pero este nombre fue acogido por las multitudes que lo oyeron por las calles, retransmitido por radio Madrid, con gritos de «¡traición!». Otro nombre, el de Justino de Azcárate para el ministerio de Estado, era más popular, al tratarse de un sobrino del gran profesor de la Institución Libre de Enseñanza. Pero Azcárate estaba en León, y no en Madrid; y pronto sería prisionero de los rebeldes. Miles de trabajadores se dirigieron desde la casa del pueblo hacia la Puerta del Sol, a los gritos de «¡Sol, Sol, Sol!» y «¡armas, armas, armas!» Se intentó el compromiso.

La intransigencia de Mola

El general Miaja, jefe de la primera brigada de infantería de Madrid, al que Martínez Barrio había nombrado ministro de la Guerra y que era conocido como un bonachón militar republicano, telefoneó a Mola a Pamplona. Debió de serle difícil localizar a Mola, ya que éste pasó la mayor parte de la noche al teléfono, tratando de

asegurarse de que sus oficiales rebeldes iban a desarrollar su plan tal como estaba previsto. Después de un intercambio de cortesías, Mola anunció rotundamente que estaba a punto de levantarse contra el gobierno. Azaña telefoneó a Miguel Maura, que entonces estaba veraneando en La Granja, para pedirle que tomara parte en una nueva coalición. Maura se negó y dijo que era demasiado tarde. De todos modos, Largo Caballero se habría negado a apoyar a un gobierno de centro. Prometió que, si se formaba un gobierno de este tipo, él «desencadenaría la revolución social» [35]. Poco después, Martínez Barrio telefoneó a Mola para ofrecerle un puesto en el gobierno. «El Frente Popular no puede mantener el orden —respondió Mola—. Ustedes tienen sus seguidores y yo tengo los míos. Si yo acordase con usted una transacción, los dos habríamos traicionado nuestros ideales y nuestros hombres. Mereceríamos ambos que nos linchasen» [36]. Después de discutir un poco más, Mola dijo: «Lo que usted propone ahora es imposible. Pamplona está llena de carlistas. Desde mi balcón, sólo puedo ver boinas rojas. Todo el mundo está dispuesto para la batalla. Si ahora digo a estos hombres que he llegado a un acuerdo con usted, la primera cabeza que caería sería la mía. Y a usted le ocurriría lo mismo en Madrid. Ninguno de nosotros puede controlar a sus masas.» Colgaron los teléfonos y empezó la guerra. De manera que Mola fue en gran medida responsable del curso de los acontecimientos. Pero ¿cómo habría podido echarse atrás en el punto en que se encontraban las cosas? Si lo hubiera hecho, ¿no habría sido barrido por los carlistas? Al parecer, Mola se daba cuenta de que habría una guerra civil si fallaba el golpe; y Franco también. El vigor con que habló era la energía de un intelectual que veía venir una tormenta que había desencadenado él mismo. También fracasó una llamada similar de Martínez Barrio al general Cabanellas, a Zaragoza [37].


(Arch. YA. Madrid.)

Pese a su compromiso con la conspiración y su venerable aspecto bíblico, la figura del general Miguel Cabanellas es mirada con recelo por parte de los sublevados. Liberal controvertido, masón declarado, con amigos republicanos, se une, para sorpresa de muchos, al alzamiento, arrastrando a las fuerzas de su división orgánica. A su muerte, en 1938, agentes del Cuartel General se incautan de todos sus escritos, al parecer por orden directa de Franco, entonces ya convertido en «El Caudillo». En 1932 había accedido a la Inspección de la Guardia Civil, mando supremo del instituto, en sustitución del general Sanjurjo, a quien la opinión pública acusaba de las muertes habidas en la localidad riojana de Arnedo. Posteriormente fue sustituido en su cargo por el general Pozas, a quien vemos, a la derecha de la fotografía, en el acto del relevo. Este general, leal a la República, pasaría a ministro de la Gobernación en el gabinete de José Giral. Al grito de ¡viva la República!, Cabanellas proclama la insurrección en Zaragoza, originando cierta inquietud entre los elementos locales que también están en la conjura y desorientación en el gobierno de Madrid.

El Gobierno Giral

Así que, al amanecer, después de esta noche en blanco del 18 al 19 de julio, se celebraron nuevas consultas entre Azaña, Martínez Barrio y los dirigentes socialistas Prieto y Largo Caballero. Parece ser que, al principio, el gobierno pensaba que todo estaba perdido, pero en tanto iba poniéndose en evidencia que los conspiradores vacilaban o demoraban su decisión de sublevarse en Madrid, los ministros fueron recuperando la calma. Los altavoces de radio Madrid no tardaron en anunciar que se estaba formando un nuevo gobierno que aceptaría «la declaración de guerra del fascismo al pueblo español». Esta administración, sin embargo, no fue nueva en

[35] Azaña, vol. IV, p. 714; cf. Jackson, p. 243; sobre el programa que Sánchez Román sugirió para este gobierno, véase Maximiano García Venero, *El general Fanjul* (Madrid, 1967), p. 287.

[36] Bertrán Güell, p. 76; Iribarren, pp. 101-102; Maíz, p. 304. *Diario de Navarra* del 19 de julio daba noticia de la conversación. Véase también la narración de Ramón Feced, ministro de Agricultura en este gobierno, a García Venero, en *El general Fanjul*, p. 287. Gil Robles (p. 792) dice que Mola tenía razón al no negociar: era demasiado tarde.

[37] Dicen que Cabanellas se decidió por fin a unirse al alzamiento porque un joven oficial le puso una pistola junto a la sien y le dijo que tenía un minuto para decidirse. Su hijo niega esto. G. Cabanellas, p. 790.

Hay que aprender precipitadamente el manejo de las armas, el paso del cerrojo. Desde los primeros momentos de la sublevación se perfilan las imágenes contrapuestas de ambos bandos, hasta convertirse en tópico idealizado, incluso por los mismos contendientes: con el gobierno legal, un componente popular, del que sería una muestra esta pareja de jóvenes madrileños adiestrándose en la técnica del fusil. Entre los sublevados, militares profesionales y tropas mercenarias del ejército de Africa. La realidad en julio de 1936 muestra, en la península, un panorama en el que elemento popular y fuerzas armadas se reparten de modo muy semejante en las columnas leales y rebeldes *que se enfrentan en Aragón, Guadarrama o en Córdoba. Los enfrentamientos entre columnas más o menos equivalentes en dirección táctica y capacidad de fuego pronto quedarían en tablas sin la intervención del ejército de Africa —Regulares, mehalas, harkas y la Legión—, la única fuerza armada capaz de inclinar la balanza a favor de los sublevados. El transporte de las tropas a la península supone una arriesgada operación por mar y aire, como en el caso del avión Fokker de la fotografía, que traslada tropas regulares moras de Tetuán a Algeciras, días antes de que los Junkers alemanes extiendan este puente aéreo a la Sevilla dominada por Queipo.*


(Popperfoto.)


(The Illustrated London News.)

absoluto. Con la diferencia de que el ministro de Marina, el profesor José Giral, se convirtió en jefe del Gobierno; el general Pozas, jefe de la guardia civil, pasó a ser ministro de Gobernación; y el general Castelló, gobernador militar de Badajoz, se convirtió en ministro de la Guerra; el gabinete del 19 de julio fue el mismo que había habido antes del 18 de julio. Pero los socialistas, los comunistas e incluso los anarquistas declararon su apoyo a los ministros, y zanjaron formalmente sus diferencias [38]. Al parecer fue Giral quien, mientras Casares y Martínez Barrio todavía dudaban, insistió en que la única solución era entregar las armas a las organizaciones sindicales [39]. Por fin el nuevo gobierno dio el irrevocable paso ante el que Casares Quiroga, constitucional hasta el fin, se había retirado. ¡El pueblo tendría armas! Miaja, comandante en jefe de la 1.ª Brigada (y, por tan breve tiempo, ministro de la Guerra), dudó en llevar a cabo esta orden, pero el gobierno insistió [40]. El 19 de julio, a la salida del sol, camiones cargados de fusiles recorrieron rápidamente las calles de Madrid, dirigiéndose desde el ministerio de la Guerra hacia los centros de la UGT y la CNT, donde fueron recibidos por la masas que los esperaban (particularmente por una sección armada de las juventudes socialistas llamada «la Motorizada», porque disponía de automóviles y motocicletas) con indescriptible entusiasmo. Pero se planteó un grave problema. Se entregaron 65.000 fusiles, pero sólo 5.000 tenían cerrojo. Los 60.000 cerrojos restantes estaban en el cuartel de la Montaña. El ministro de la Guerra ordenó al coronel Serra, al mando del cuartel, que los entregara. Su negativa a hacerlo señaló el comienzo del alzamiento en Madrid.

Estas mismas órdenes, de distribuir todas las armas existentes, se comunicaron por teléfono a todos los gobiernos civiles de las provincias, aunque en muchos casos estas órdenes llegaron demasiado tarde: porque esto tenía lugar en el cálido amanecer del 19 de julio, justo cuando iba a surgir por toda España la segunda oleada de alzamientos. Fue también en este momento cuando Franco llegó por fin al Marruecos español, a bordo del *Dragon Rapide*, siendo recibido por el coronel Sáenz de Buruaga en el mismo aeropuerto de Sania Ramel, en Tetuán, donde el día anterior habían sido reducidos los últimos republicanos, dirigidos por el propio primo de Franco, comandante De la Puente [41]. Simultáneamente, el *Chu-*



(Col. J. M. Armero.)

LLUIS COMPANYS JOVER (1882-1940)

Una de las máximas figuras de la política catalana, nacido en Tarrós, en el seno de una conocida familia leridana, y fusilado en Barcelona, en la posguerra. Estudiante de Derecho en la ciudad condal, participa en algunos mítines, y es conocido como «el Pajarito» por su aspecto estilizado. Orador elocuente, funda La Barraca **y colabora en otras publicaciones. Inscrito en La Unió Republicana, dirige** La Publicitat, **apartándose posteriormente por sus diferencias con Alejandro Lerroux.**
En 1916 funda La Lucha, **periódico revolucionario, que denuncia sistemáticamente la corrupción y la sangría del Ejército en Marruecos.**
Sale elegido concejal en las municipales de 1917 por la coalición nacionalista catalana de izquierdas. Se encarga de la Comisión de Gobierno municipal en el Ayuntamiento de Barcelona. Su amistad con Francisco Layret, republicano catalanista, y con Salvador Seguí, «el Noi del Sucre», le lleva a preocuparse por problemas sociales, comenzando la defensa de sindicatos obreros en la difícil época del general Martínez Anido. Por su vinculación a los «Sindicatos Unicos», que se enfrentaban con los llamados «sindicatos libres» —creación amarillista de las patronales—, Companys es detenido, junto con Salvador Seguí, Barrera Viadiu y otros treinta y cinco dirigentes sindicales, y son deportados a La Mola, en Menorca. Esa misma mañana, Francisco Layret es ametrallado a la salida de su casa por pistoleros del «sindicato libre».
Diputado en 1921, sus intervenciones en

[38] Por sorprendente que pueda parecer, Pozas era un africanista, que había dirigido tropas en la reconquista de Annual, en 1925, y, junto con Mola, había ayudado a aplastar la revuelta rifeña del año siguiente.

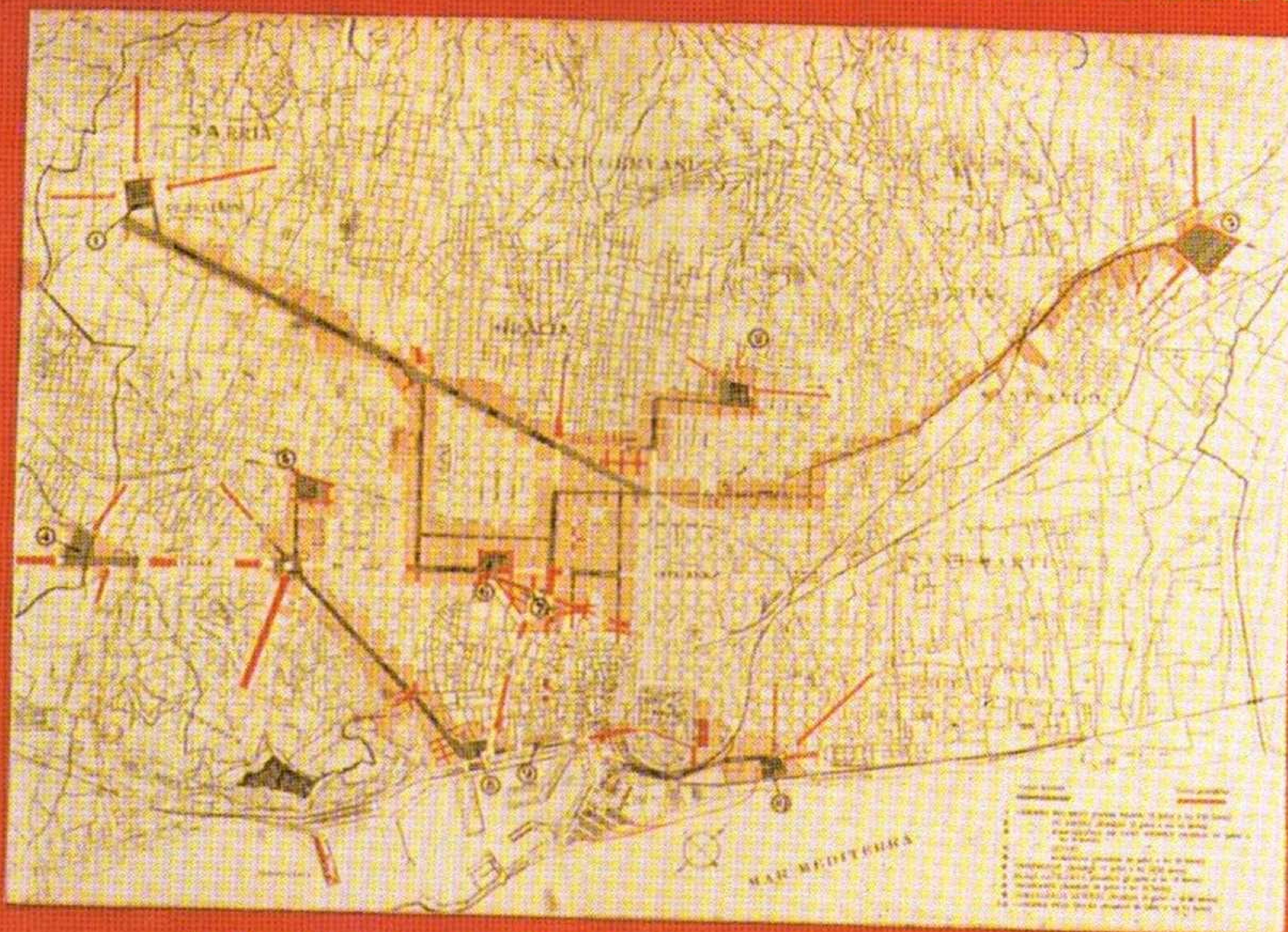
[39] Testimonio de Francisco Giral. Mariano Ruiz Funes se negó.

[40] Testimonio de Francisco Giral. Sin embargo, parece ser que Sánchez Román hizo otro intento de compromiso, pocos días después, en una reunión de gabinete a la que asistieron Prieto y Largo Caballero. El plan de Sánchez Román consistía en una retirada general a las posiciones del 19 de julio, amnistía, desarme, prohibición de huelgas, formación de un gobierno nacional constituido por todos los partidos políticos, disolución de las Cortes, etcétera. El nuevo gobierno no aceptó esta iniciativa, que probablemente era imposible (García Venero, *Historia de las Internacionales*, vol. III, pp. 102-105).

[41] Fernando de Valdesoto, *Francisco Franco* (Madrid, 1943), p. 123. Franco había salido de Las Palmas en el *Dragon Rapide* el 18 de julio por la mañana. Luis Bolín *(op. cit.*, p. 48) registra una conversación con Franco durante la noche del 18 al 19 de julio en el avión, en la que el general dijo: «Puede que tardemos más de lo que piensa la mayoría de la gente, pero estamos seguros de ganar.» El avión se detuvo en Agadir y Casablanca antes de llegar a

el Congreso son esencialmente duras, teniendo frases críticas contra la actuación de los militares a raíz del desastre de Anual. Durante la Dictadura de Primo de Rivera fomenta la Unió de Rabassaires, siendo detenido en diversas ocasiones. Durante la etapa del gobierno Berenguer es encarcelado por su actuación en un mitin en Tarrasa.

rruca desembarcaba en Cádiz la primera unidad del ejército de Africa que llegaba a la península: 200 regulares moros; y en aquel mismo momento, las tripulaciones de los buques de guerra que navegaban con rumbo a Algeciras estaban a punto de sublevarse contra sus oficiales. Con razón, más tarde, un revolucionario tan duro como el comunista «el Campesino» podría asombrarse de que en un solo día hubiera habido tanta «sangre y guerra» [42].



(FIEHS-CDEHI. Univ. de Barcelona.)

Desde la cárcel funda, con Gassol, Aiguadé, Lluhi y otros, el comité Pro Libertad. En marzo de 1931 se agrupan todas las tendencias republicanas catalanas en la llamada Ezquerra Republicana de Catalunya, que triunfa en las municipales del 12 de abril en todo el

Tetuán; allí repostó de combustible y Franco pasó la noche del 18 en un hotel. En ambas paradas, Franco y sus acompañantes estuvieron en peligro constante de ser retenidos por las autoridades francesas. El mejor relato de estos acontecimientos se encuentra en F. Franco Salgado, p. 162. Había embarcado a su mujer y a su hija en un barco alemán de pasajeros, *El Wadi*, con rumbo a Le Havre (Luis de Galinsoga, *Centinela de Occidente*, Barcelona, 1956, p. 226).

[42] «El Campesino», p. 5.

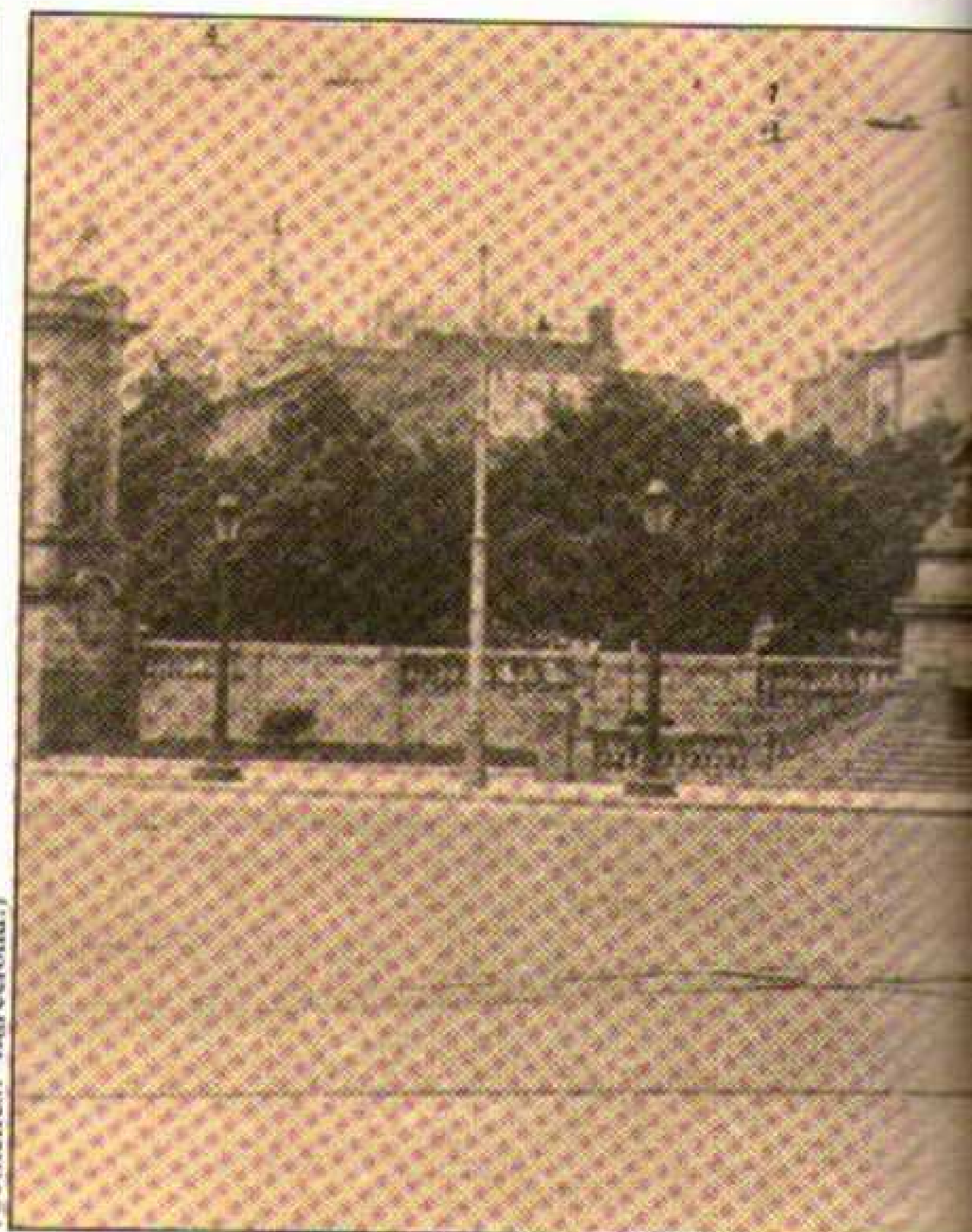
15

El 19 de julio

La máxima batalla del 19 de julio se libró en Barcelona, que hasta entonces había permanecido tranquila. La noche anterior, esta magnífica ciudad había creído enloquecer por los rumores. Las multitudes se habían arremolinado desde la plaza de Cataluña, a lo largo de las sombreadas Ramblas, con sus bares y sus puestos de flores, hasta los muelles del puerto, junto a la Puerta de la Paz, en la que la estatua de Colón domina el Mediterráneo desde su elevada columna. El ágil Companys había encontrado documentos que evidenciaban las intenciones rebeldes del capitán López Varela, y los había enviado a Madrid por medio del diputado a Cortes más joven de la *Esquerra,* Ramón Casanellas. El general en jefe de la 4.ª División, con base en Barcelona, Llano de la Encomienda, había advertido a sus oficiales que, aunque personalmente apoyaba al partido de Unión Republicana, si las circunstancias le obligaran a escoger entre dos movimientos extremistas, no vacilaría en apoyar al comunismo antes que al fascismo. Entre los que oyeron estas palabras estaban los dirigentes del alzamiento planeado para el día siguiente, incluido el general de caballería Fernández Burriel, que había de tomar el mando hasta que llegara de Mallorca el general Goded. Su plan era que los 5.000 soldados, aproximadamente, que había en los diferentes cuarteles de la periferia de la ciudad convergieran en la plaza de Cataluña. Suponían que, después de esto, sería fácil dominar Barcelona. Pero los conspiradores no habían tenido debidamente en cuenta la falta de entusiasmo por la revuelta que sentían la guardia civil y los guardias de asalto, ni el número y la capacidad de combate de los obreros anarquistas, por lo menos en la ciudad. A última hora de la tarde del 18 de julio, Companys se negó a dar «armas al pueblo». A pesar de todo, la CNT tomó por asalto varios depósitos de armas, incluido el viejo buque prisión *Uruguay,* fondeado en el puerto, convocó una huegal general para el día siguiente, y se preparó para la lucha. Así, en un momento, los dirigentes anarquistas pasaron de su situación de delincuentes perseguidos a la de —¿cómo decirlo?— ciertamente no defensores de la democracia, sino «dirigentes de la Alianza Revolucionaria Antifascista». Llano de la Encomienda informó a Companys de que todo estaba tranquilo en las guarniciones. Pero el presidente no logró conciliar el sueño. A las dos de la madrugada, él y Ventura Gassol, el poeta que era su consejero de cultura, salieron a pasear por las Ramblas. Companys llevaba un sombrero flexible con el ala caída sobre los ojos, y su acompañante su habitual sombrero de alas anchas que le daba el aspecto de un violinista del siglo pasado. La brillante alegría de una noche de sábado del verano barcelonés fue dando paso lentamente a algo igualmente tradicional en esa ciudad: a un amanecer revolucionario. De repente, las multitudes dejaron de parecer compuestas por personas despreocupadas que disfrutaban del fin de semana, para convertirse en grandes grupos de obre-

principado con Companys en Barcelona. El 13 de abril, en los sótanos del café Colón se reúnen los principales dirigentes de Ezquerra, con Companys y Maciá, para decidir la postura de su partido tras el triunfo electoral, en el que la monarquía quedaba seriamente afectada. El 14 de abril, Companys, apoyado por otros concejales, ocupa el puesto de alcalde y proclama la República. Horas después, Francesc Maciá anuncia el «Estat Català integrado en la Federación de Repúblicas Ibéricas». Votado el Estatuto de Catalunya, Companys es elegido presidente del Parlamento catalán el 14 de diciembre de 1932. Un año después, a la muerte de Maciá, sustituye a éste en la presidencia de la Generalitat. Por su postura revolucionaria en octubre de 1934 es detenido, junto con otros dirigentes catalanistas, y confinado en el barco Uruguay.
Acusado del delito de rebelión militar, es condenado a treinta años de prisión, que comienza a cumplir en el penal del Puerto de Santa María. El 16 de febrero de 1936, con el triunfo del Frente Popular, es recibido apoteósicamente en Barcelona. Tras la sublevación, el 18 de julio, tiene su primer enfrentamiento con la CNT-FAI, al negarse a entregar las armas, pero, desbordado por la defensa que los anarquistas y otros grupos obreros hacen de la República, pacta con ellos, incluyendo, por primera vez en la historia del anarquismo, algunos de sus elementos en el gobierno de la Generalitat. Con el derrumbamiento del frente catalán, Lluís Companys se refugia en Francia. En la villa de Baule-Les-Pins es detenido por la Gestapo en 1940 e interrogado y torturado en la Santé (París). En agosto de ese año, por mediación de Félix de Lequerica, embajador de Franco ante Pétain, se consigue que la policía alemana entregue a Companys, junto con otros refugiados españoles, a representantes del gobierno de Franco. Finalmente se le traslada a Madrid, donde, según el testimonio de Cipriano Rivas Cherif, también preso, fueron objeto de vejaciones y torturas. El 4 de octubre se le trasladó definitivamente a Barcelona, internándole en el castillo de Monjuic. Acusado por los antiguos sublevados de «incitación a la rebelión», fue condenado a muerte. El 15 de octubre, a las seis y media de la madrugada, descalzo, para que sus pies tocasen tierra catalana, cayó ante un pelotón de ejecución mientras gritaba ¡visca Catalunya!


(Centelles. Barcelona.)


(Centelles. Barcelona.)

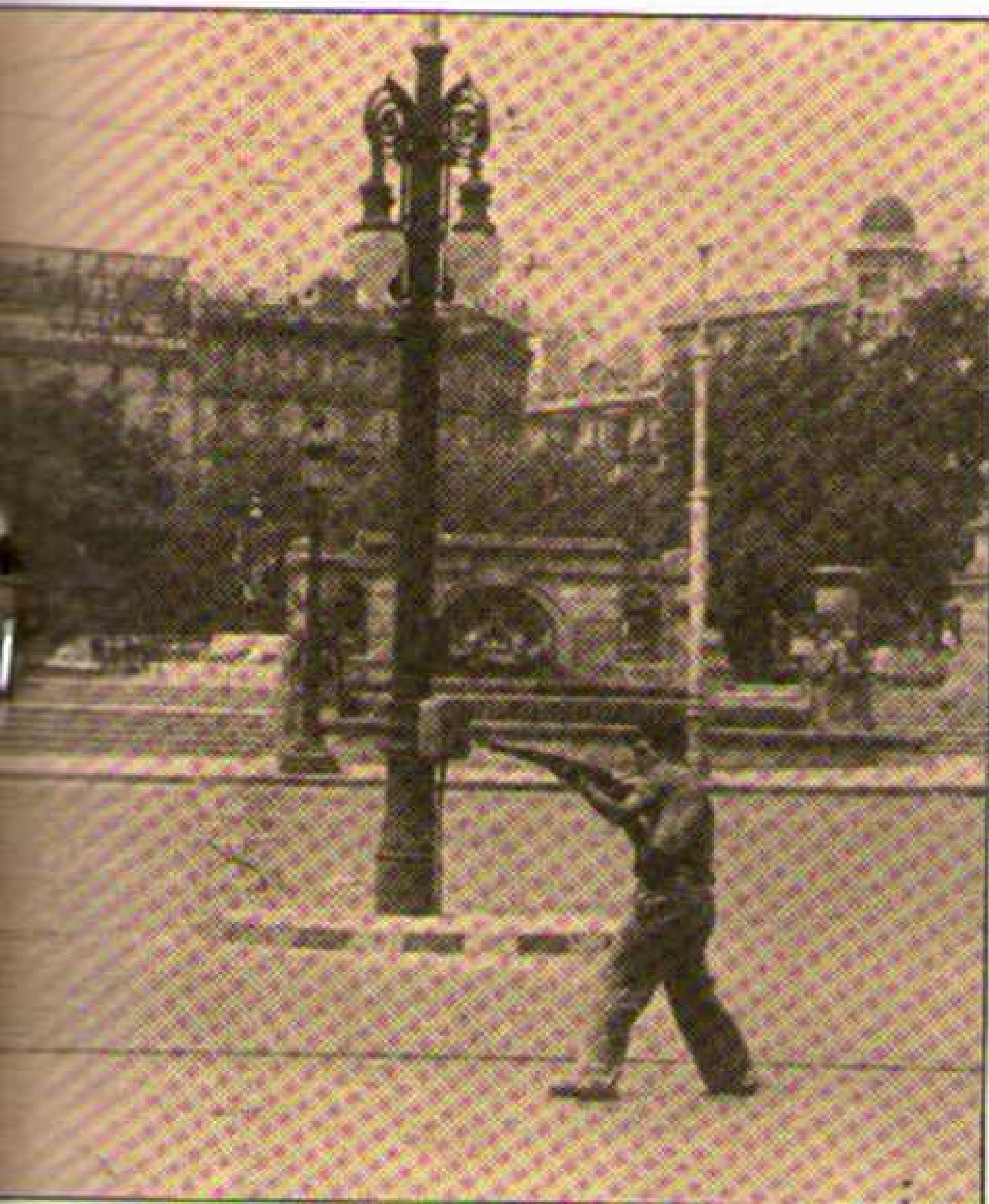


Mediante arengas explícitas o variados pretextos, los oficiales sublevados avivan a la tropa para ocupar los puntos claves de Barcelona. Las fuerzas desplegadas toman la Telefónica y otros objetivos, mostrando una absoluta lealtad a sus jefes en la maniobra, incluso en los momentos en que la batalla urbana está prácticamente decidida.

ros armados y, en los aparatos de radio, la música de baile dio paso a una serie de urgentes incitaciones a la acción. A las cuatro de la mañana, Companys tuvo noticia de que tropas al mando del comandante López-Amor habían salido de los cuarteles de Pedralbes, al oeste de la ciudad, y se dirigían hacia la plaza de Cataluña.

La batalla de Barcelona

Los soldados habían sido despertados muy temprano en los cuarteles y habían recibido una generosa ración de coñac. A unos se les dijo que tenían que ir a aplastar un levantamiento anarquista, y a otros que iban a desfilar por la ciudad en honor de la «Olimpíada del Pueblo», un festival organizado por las izquierdas para oponerse a los Juegos Olímpicos oficiales que estaban a punto de ini-





(Jack Novak. PRI.)



(Centelles. Barcelona.)

ciarse en Berlín [1]. En vista de los acontecimientos, la Olimpíada del Pueblo había sido cancelada la noche anterior, aunque ya habían llegado unos miles de visitantes extranjeros. Para desconcertar al enemigo, los soldados recibieron órdenes de levantar el puño. Circularon planes detallados en los que se determinaba la comunicación entre los rebeldes, el tratamiento de los prisioneros y la acción al llegar a su destino [2]. Pero las columnas de los rebeldes no llegaron a encontrarse, porque cada una de ellas tropezó con la resistencia de los anarquistas, los guardias de asalto y la guardia civil [3].

[1] Véase Jaume Miravitlles, *Episodis de la guerra civil espanyola* (Barcelona, 1972), p. 35.
[2] Yo he examinado fotocopias de estas órdenes en un memorándum muy útil que me envió el coronel Vicente Guarner.
[3] En Barcelona, cuando una patrulla de la guardia civil montada a caballo bajó lentamente

«Estábamos, pues, solos —dice Manuel Goded, hijo del general—, condenados al fracaso y con el único recurso de caer entre los escombros de la División, en una resistencia desesperada y gloriosa.» En un relato exaltado, el hijo de Goded, que se autoproclama faccioso, reconoce que los diferentes cuarteles se han ido rindiendo por su propio acuerdo. Propone finalmente a su padre que le entregue al general leal, Llano de la Encomienda, para, «a solas y sin escándalo, enviarle dulcemente al infierno». Goded se niega. Mientras, se desmorona su intento de golpe.

La policía también era leal, y estaba dirigida por el coronel Frederic Escofedt, quien, junto con el comandante Pérez Farrás, había dirigido a los mozos de escuadra en 1934, en defensa de la Generalitat. Algunos sargentos habían permitido entrar a los anarquistas en los arsenales, y una gran fuerza de guardias de asalto, en una escena dramática, había cedido sus armas a los anarquistas que se las estaban pidiendo [4]. Una columna de infantería, al mando del comandante López-Amor, consiguió llegar a la plaza de Cataluña, y, una vez allí, se apoderó del edificio de la Telefónica mediante una estratagema, pero no pudo hacer nada más. Los oficiales que dirigían la rebelión fueron incapaces de hacer frente a la heterodoxia revolucionaria de sus oponentes; un segundo destacamento de artillería, por ejemplo, fue dominado por una columna de obreros armados que avanzó con los fusiles en alto pidiendo a los rebeldes, con «palabras apasionadas», que no disparasen. Luego instaron a los soldados a que volviesen los cañones contra sus propios oficiales. La mayoría de las batallas de Barcelona no fueron tan fáciles. Los secretarios de la Juventud Socialista Unificada de Cataluña

Ante el cuartel de las Atarazanas, la FAI-CNT sufre cuantiosas bajas. Entre ellas uno de sus líderes más destacados, Ascaso, muerto el 20 de julio. En el asalto al hotel Colón, en la plaza de Cataluña, los mossos de escuadra, *así como los guardias de asalto y la guardia civil, dejan tendidas también numerosas víctimas. El teniente coronel Pérez Farrás consigue la rendición del general Goded. Esa misma tarde, y ante la insistencia de Companys, habla por la radio anunciando su prisión. La CNT-FAI se ha impuesto, y Companys a la larga habrá de darle acceso al gobierno de la Generalitat, desde el Comité de Milicias Antifascistas, verdadero poder paralelo en Cataluña desde la sublevación.*

por las Ramblas haciendo el saludo rojo, el entusiasmo no conoció límites. Véase Jesús Pérez Salas, *Guerra en España* (México, 1947), pp. 83-100, si se quieren conocer más detalles sobre las órdenes republicanas en Barcelona.

[4] Paz, p. 282. Una buena narración de la lucha en Barcelona desde el punto de vista de la guardia civil es la de Frederic Escofet en *Al servei de Catalunya i de la República* (París, 1973), vol. II.



(Dibujo de Sim. Arch. C. S. de Tejada.)



(Centelles. Barcelona.)

La rendición del general Goded es, como la de Fanjul en Madrid, mal digerida por los sublevados. Aunque asumidos como «mártires», pronto su recuerdo será hábilmente difuminado. En la fotografía, el general Goded entregándose a los vencedores. El 19 Tercio de la guardia civil, los sindicatos, los guardias de asalto y los mossos de escuadra *volcaron la suerte del gran puerto del Mediterráneo en la contienda.*

(Francisco Graells) y de la juventud del POUM (Germinal Vidal), así como el secretario anarquista de Barcelona (Enrique Obregón), murieron a lo largo del día. Goded llegó de Mallorca en un hidroavión a última hora de la mañana, después de haber dominado la isla sin disparar apenas un solo tiro. No consiguió inculcar suficiente valor a sus hombres ni convencer a la guardia civil para que se rebelara: el general Aranguren, jefe de la guardia civil, continuó afirmando que él sólo obedecería las órdenes de la Generalitat. El coronel Jacobo Roldán dijo a Goded que los soldados estaban luchando bien, pero que «sólo Dios sabe lo que ocurrirá cuando se enteren de que nos estamos alzando contra la República» [5]. De todos modos, los soldados no pudieron montar su artillería. La lucha continuó durante todo el día. La plaza de Cataluña quedó cubierta de hombres y caballos muertos. El aeródromo de Barcelona se mantuvo leal gracias a su comandante, el coronel Díaz Sandino. Al atardecer, el viejo edificio de capitanía general, en el que Goded había instalado su cuartel general, junto al puerto, fue tomado por asalto. Goded (que, al parecer, se salvó de las iras de la multitud gracias a una famosa comunista de Barcelona, Caridad Mercader, la madre del futuro asesino de Trotsky) [6] fue capturado y se le hizo radiar un llamamiento a sus seguidores en el que, en un tono digno, aunque derrotado, les pedía que depusieran las armas, igual que había hecho Companys en la revolución de 1934: «La suerte me ha sido adversa y he caído prisionero; si queréis evitar que continúe el derramamiento de sangre, quedáis desligados del compromiso que teníais conmigo» [7]. Goded habló así para impedir que sus seguidores de Mallorca enviaran la ayuda que antes les había pedido. La voz del general se oyó en toda España y dio ánimos a los republicanos. En las primeras horas de la noche, en Barcelona sólo resistían el cuartel de las Atarazanas, cerca del puerto, y el cuartel de San Andrés, con su arsenal, a unos kilómetros del centro de la ciudad [8]. En estas batallas, se disputaron los honores los anarquistas y las fuerzas de seguridad catalanas (tanto los guardias de asalto como los guardias civiles).

Oviedo

En el resto de España, el 19 de julio había sido un día tumultuoso. Quedaban aún muchos conflictos sin resolver. En Asturias, el regimiento de zapadores de Gijón resistió en el cuartel de Simancas, mandado por el gobernador militar, coronel Antonio Pinilla. En Oviedo, el centro de la revolución de 1934 y que, desde febrero de 1936, se encontraba en un estado permanente de efervescencia re-

[5] Francisco Lacruz, *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona* (Barcelona, 1943), p. 202.

[6] *Depêche de Toulouse*, 26 de julio de 1936, citado por Pierre Broué y Emile Témime, *La Revolution et la Guerre d'Espagne* (París, 1961), p. 96.

[7] Manuel Goded, *Un «faccioso» cien por cien* (Zaragoza, 1938), p. 58. Este libro, escrito por el hijo de Goded, defiende a su padre contra la vergonzosa acusación de que se estaba convirtiendo en un demócrata.

[8] Esta narración de la batalla de Barcelona está basada en los datos de *Cruzada*, *The Times*, de Castillo y Alvarez, Pérez Salas, Escofet, Jellinek, Lacruz, Abad de Santillán, *Porqué*, y Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit* (Londres, 1938).



(Arch. EFE. Madrid.)

EL GENERAL ANTONIO ARANDA MATA (1888-)

Sordo, desde que el 22 de diciembre de 1936 recibe un tiro en Oviedo, Aranda ha sobrevivido a Franco, aunque condenado al ostracismo desde 1943, cuando conspiraba contra el generalísimo. Nacido en Leganés (Madrid), hijo de un oficial de sanidad militar, estudia en Zaragoza hasta que, a los trece años, ingresa en la Academia de Infantería de Toledo. En 1906, Alfonso XIII le entrega el despacho con el número uno de su promoción. Ya en Marruecos, como capitán de Estado Mayor, participa en diversas acciones y, el 29 de julio de 1916, asciende por «méritos de guerra» a comandante. Es ya coronel en 1926 y participa, junto con el general Goded, en las conferencias de Rabat, con Abd-el-Knim y los franceses.

La Segunda República lo destina a la Primera Inspección del Ejército, desde 1931 hasta octubre de 1934. Siendo Gil Robles ministro de la Guerra, es designado, junto con Franco, Fanjul, Orgaz y otros militares monárquicos, para que realice un denominado «Plan de Movilización y Defensa Militar de España cara a un posible alzamiento». Supuestamente vinculado a la organización militar UME (de carácter conservador, nacionalista y con elementos falangistas del Ejército), Aranda hace frecuentes declaraciones antimarxistas, siendo considerado en el ambiente militar como liberal y masón, dato este último que parece comprobado.

En octubre de 1934 se produce la revolución de Asturias. Aranda llega a León para cercar los pasos al principado. Aplastada la revolución a las tres semanas de producirse, con la intervención de tropas africanas —un tabor de Regulares y dos banderas de la Le-

gión—, Aranda es nombrado comandante de la brigada de montaña de Asturias. En julio de 1935, tras las ejecuciones habidas, se producen protestas en las poblaciones de Oviedo y Gijón por la permanencia de las fuerzas legionarias.
En julio de 1936, el gobierno confía en Aranda. Según el testimonio de Indalecio Prieto, es el propio coronel el que garantiza telefónicamente su fidelidad a la Segunda República. Siguiendo órdenes de Madrid, organiza un convoy de voluntarios entre los movimientos obreros y sindicalistas para salvar al gobierno. El transporte es detenido, tras previo aviso de Aranda, en León y sus principales responsables son fusilados. El 20 de julio se encierra en Oviedo con un puñado de falangistas y algo más de 1.500 soldados y guardias de asalto. Tiene en contra a la mayoría de la población y gran parte de la tropa. Resiste hasta octubre de 1936, en que llegan las columnas gallegas.
Laureado, tiene el mando de la 8.ª División y, posteriormente, del Cuerpo de Ejército de Galicia, al frente del cual llega a Valencia en 1939. Es nombrado capitán general de esa región. Ve declinar su estrella al declararse partidario de los aliados en la segunda guerra mundial. El 2 de noviembre de 1942 pasa a «disponible forzoso». Un año después se integra en la Unión de Fuerzas Democráticas y Monárquicas —junto con los generales Kindelán, Orgaz y Ponte, entre otros—, financiada por Juan March, el mismo que, en su día, subvencionara la sublevación de 1936. Descubiertos los grupos de oposición a Franco por la delación de Luis Alfaro, Antonio Aranda entra en el silencio. Confinado dos años en Mallorca, en 1949 se crea una ley —llamada por algunos «Ley Aranda»— por la que pasa a la situación de reserva, sin que pueda reclamar su escala de ascenso a teniente general. En noviembre de 1976, el rey Juan Carlos I le ofrece dicho ascenso.

volucionaria, se había planteado una situación muy curiosa. La ciudad se consideraba perdida para el alzamiento. Pero el coronel Antonio Aranda, jefe de la guarnición, que había adquirido en Marruecos la reputación de ser uno de los estrategas más inteligentes del ejército, primero se hizo pasar por «la espada de la República» ante el gobernador civil y los sindicatos. Insistió en que la situación no era tan grave como para requerir que se armara a los trabajadores: González Peña, que había dirigido el levantamiento asturiano de 1934, y Belarmino Tomás, el otro dirigente socialista de la provincia, se dejaron convencer por Aranda, cuya filiación política no era conocida. Por lo tanto, dando por supuesto que Oviedo estaba segura, cuatro mil mineros salieron en tren para Madrid. Y, entonces, a las cinco de la tarde, después de hablar con Mola por teléfono, Aranda declaró que estaba con los rebeldes. Le apoyaron los guardias de asalto, además de la Falange y la guardia civil. Pero el resto de Asturias le era hostil, y el 20 de julio se encontraría cercado estrechamente por una nueva fuerza de mineros [9]. Para ellos era ultrajante que Oviedo, el núcleo de la revolución de 1934, no estuviera con las izquierdas en la crisis más importante de 1936.

Las provincias vascas

En la costa, Santander se mantuvo republicana sin lucha [10]. De las provincias vascas, la tercera y la situada más al sur, Alava, fue capturada sin dificultad por los rebeldes, dirigidos por el general



(Centelles. Barcelona.)

«El gobierno catalán —decía la CNT en Solidaridad Obrera *del 15 de julio— ya sabe cuáles son las masas antifascistas que pueden apoyarle.» Tras la sublevación, Durruti, Ascaso, García Oliver y Ricardo Sanz, entre otros líderes anarquistas, visitan a Companys para exigirle la participación preferente de los libertarios en el Comité de Milicias. En las calles de Barcelona ya se ha contenido la rebelión, aunque a costa de muchas bajas.*



(Centelles. Barcelona.)

La incorporación de elementos populares a las milicias armadas, salvo excepciones como Madrid o Barcelona, resulta en los primeros momentos más emotiva que eficaz. Mayor peso, indudablemente, aportan los militares leales al gobierno. Algunas fuentes señalan que de los 15.167 oficiales en activo en julio de 1936, algo más de la mitad se encuentra en zona leal al gobierno, y de ellos, aproximadamente 3.500 continúan a su servicio. Habría que añadir, además, otros 1.500 que reingresan procedentes de situaciones de retiro, licencia o separación de servicio, lo que representa un total de 5.000 oficiales y jefes que permanecen al servicio de la Segunda República. Prácticamente, un tercio de la oficialidad total. El 17 de julio existen en España, según diversos cómputos, 18 generales con mando de división o asimilados (comandancias o inspecciones generales). Solamente cuatro se rebelan. Sin embargo, la diferencia entre el ejército de Africa y el peninsular es notable.

Angel García Benítez, ayudado por un viejo amigo de Franco, el coronel Camilo Alonso Vega [11]. Pero el gobierno conservó las otras dos provincias vascas, Vizcaya y Guipúzcoa, con la misma facilidad. En Bilbao no hubo alzamiento. El comandante de la plaza, coronel Piñeiros, respondió negativamente a Mola cuando éste le pidió por teléfono que apoyara el alzamiento, y el dirigente socialista Paulino Gómez consiguió mantener el control. Los oficiales locales fueron destituidos, pero no asesinados [12]. En San Sebastián, el coronel Carrasco, gobernador militar, fue arrestado durante la mañana. Hacía poco tiempo que se había adherido a la conspiración, y Mola no se fiaba de él, a pesar de que era monárquico. Entretanto, Prieto telefoneaba incesantemente desde Madrid para asegurarse de que el Partido Nacionalista Vasco —en absoluto revolucionario— continuaría apoyando al gobierno. Pero no tenía necesidad de preocuparse. A mediodía, Bilbao, San Sebastián y todos los pueblos de la montaña y de la costa de las dos provincias habían realizado una especie de movilización general voluntaria. En

[9] Zugazagoitia, p. 33 y ss.; Peirats, vol. I, pp. 148-149.

[10] El coronel Pérez García Argüelles se negó a unirse a la rebelión. No hizo nada. La República lo condenó a muerte, pero luego lo absolvió. Cuando Franco entró en Santander, en 1937, fue fusilado (García Venero, *Falange*, p. 157).

[11] La población de Alava es en parte vasca y en parte navarra. Alonso Vega, un hombre brusco y sencillo, convencido de que España había llegado a la guerra civil por «aquellos pacatos de la CEDA»; era amigo de infancia de Franco, ingresó en la legión con él y él se lo llevó consigo a Zaragoza.

[12] Iturralde, vol. II, pp. 208-211.

las dos ciudades se establecieron juntas de defensa, fueron detenidas las personas prominentes de derechas y se requisaron sus automóviles. Los inspiradores de estas medidas fueron los políticos nacionalistas vascos, dirigidos por Manuel de Irujo. Los conspiradores militares vacilaban. Al final, una llamada telefónica de Mola animó al coronel Vallespín, que estaba en el cuartel de Loyola, en San Sebastián, a emprender la acción decisiva. Dos cañones de este cuartel fueron apuntados contra el edificio del gobierno civil, cuyos ocupantes huyeron todos, lo que permitió escapar al coronel Carrasco, que estaba detenido allí. Este se estableció, con otro grupo de personas de derechas, en el hotel María Cristina. Además, los guardias civiles rebeldes se concentraron en el Gran Casino. Este fue el momento en que la hermosa capital veraniega de España pudo haber sido ganada para el alzamiento. Todo el mundo estaba nervioso. Cuando se oyó un disparo de pistola a través de las antenas de radio San Sebastián, el locutor tuvo que explicar: «El disparo que acaban de oír ha sido causado por uno de nuestros compañeros a quien se le ha disparado la pistola al caer. No hay que lamentar ninguna víctima» [13]. El coronel Vallespín retrasó su acción, pero el coronel Carrasco declaró el estado de guerra. Durante la noche, una columna republicana procedente de la cercana fábrica de armas de Eibar empezó a apoderarse de la ciudad [14]. En

[13] *The Times*, 30 de julio de 1936.

El plan de ataque de los militares confabulados en Barcelona es sencillo: cerco y asalto convergente sobre el casco antiguo de la ciudad. Allí están la Generalitat, la Jefatura de Orden Público, la Capitanía General y la Consellería de Gobernación. Los cuarteles, por contra, se hallan en la periferia. El comandante López-Amor sale con una columna desde Pedralbes para llegar a la plaza de Cataluña. Otra columna, más reducida, al mando de López Belda, en la cual se integra una sección de falangistas, se adentra en la puerta de la Paz. La operación «sorpresa» en Barcelona no llega a cuajar, pero deja a su paso una estela de cadáveres que son cubiertos con la senyera catalana y la bandera tricolor.

(Centelles. Barcelona.)



Galicia, no hubo acción alguna hasta el 20 de julio: los conspiradores, confusos ante el comienzo prematuro del alzamiento en Marruecos, se mantuvieron a la expectativa, y los representantes republicanos también. Esta región era estratégicamente importante, puesto que poseía la base naval de El Ferrol y los dos puertos de La Coruña y Vigo.

Las principales victorias de los rebeldes el 19 de julio tuvieron lugar en el centro y el norte del país. En Burgos, la antigua capital de Castilla, una ciudad seria, reservada y conservadora, el alzamiento triunfó sin dificultad y sin que apenas se disparara un solo tiro. «Aquí son nacionalistas hasta las piedras», comentó orgullosamente en agosto la condesa de Vallellano al doctor Junod, de la Cruz Roja [15]. El coronel Marcelino Gavilán fue el espíritu animador de los rebeldes (el general Gonzalo González de Lara, gobernador militar, había sido detenido y trasladado a la cárcel de Guadalajara el día anterior). Gavilán arrestó al leal general Batet, de 64 años de edad (jefe de la 6.ª División), y al igualmente leal general Julio Mena, que había sido subsecretario y enviado desde Madrid para ocupar el puesto de González de Lara. Antes, las mujeres de los guardias civiles habían conseguido evitar que el gobernador civil entregara armas al pueblo, diciéndole que serían empleadas para

[14] *Cruzada*, XXVI, p. 242 y ss.; Lizarra, p. 20 y ss.; Iturralde, vol. II, p. 202 y ss.
[15] Marcel Junod, *Warrior without weapons* (Nueva York, 1951). p. 98.

Los logros efectivos de la FAI-CNT en la represión de la revuelta militar influyen decisivamente en el rumbo político del gobierno de la Generalitat. El 21 de julio, el Butlleti de la Generalitat *crea las llamadas «Milicias Ciudadanas de Cataluña», pero la presencia armada de los sindicatos, esencialmente los anarquistas, las convierten en el «Comité Central de Milicias Antifascistas», que actúa en paralelo y con mayor fuerza que la propia Generalitat, hasta que se produce la histórica reunión en el despacho de Lluís Companys. Se integran diversas columnas, entre ellas la «Maciá-Companys», que desfilan por una Barcelona agitada por la emocionalidad revolucionaria. Sin embargo, gran parte de los grupos armados operan ajenos a todo control.* (Centelles. Barcelona.)



CIVIL WAR IN SPAIN

A MONARCHIST REVOLT

REBELS CONTROL MOROCCO

HEAVY FIGHTING

TURNCOAT GENERAL IN COMMAND

The "pure Republican" régime in Spain, established through the swing to the Left at the General Election of February, is fighting for its life against a wide military revolt, described as openly Monarchist. The issue is still uncertain.

From Madrid the Republican Cabinet, twice reconstructed yesterday under new Prime Ministers, is organizing resistanc. to the rebels. Direct news from Spain is subject to a censorship.

The insurrection broke out in many garrisons of Spanish Morocco at 2 a.m. on Saturday. Melilla, Tetuan, Ceuta, and other towns are reported held by the rebel troops. In Spain there appear to have been successful risings at Seville, Saragossa, Pamplona, and elsewhere.

Fighting has occurred at La Linea, next Gibraltar, and other coast towns. Rebel transports are said to be crossing from Morocco to Spain.

At Barcelona the Government forces claim to have the upper hand after a hard struggle. Madrid is so far free from disorders. Asturias, Bilbao, Malaga and Huelva are officially reported to be on the Republican side.

(*The Times*, 20-VII-36. The British Library Newspaper Archive.)

Con su tradicional reserva, el 19 de julio, The Times, *de Londres, anuncia la revuelta de las tropas coloniales españolas en Marruecos, apuntando la posibilidad de un golpe monárquico.*

matar a sus maridos. En esta ciudad había muchas personas prominentes de derechas, tales como Sáinz Rodríguez y Goicoechea, para celebrar la victoria, que esperaban a Sanjurjo para formar parte de su gobierno [16].

Zaragoza

En Zaragoza, las tropas salieron a la calle al amanecer, y tenían dominados los puntos principales de la ciudad antes de que los sindicatos pudieran organizar ninguna resistencia [17]. Las poderosas fuerzas de la CNT «perdieron demasiado tiempo hablando con el gobernador civil» [18]. En el resto de Aragón, Huesca y Jaca fueron dominadas con la misma facilidad, aunque en la antigua Barbastro, cerca de la frontera catalana, el jefe de la guarnición, coronel José Villalba, que al parecer había dicho anteriormente que apoyaría el alzamiento, decidió apoyar a los republicanos. (Mola explicó más tarde, en radio Burgos, que Villalba había pedido 100.000 pesetas como soborno para sublevar Barbastro y ponerla en manos de los rebeldes [19].) En Teruel, la capital de la provincia más meridional de Aragón, el dirigente de los rebeldes, coronel Mariano García Brisolar, declaró el estado de guerra ante siete soldados solamente. El gobernador civil lo anuló, pero los guardias civiles y los guardias de asalto se sumaron al alzamiento. La huelga general que vino a continuación no bastó para impedir el sangriento éxito de los rebeldes [20].

Pamplona

En Navarra, nunca existió la menor duda respecto a la victoria nacionalista. Mola declaró el estado de guerra en Pamplona con el apoyo entusiasta de los 6.000 requetés carlistas que se le habían prometido, e inmediatamente quedó en sus manos toda la provincia. Las escenas de entusiasmo religioso combinado con ardor guerrero fueron comparables a las que tenían lugar en Navarra durante las guerras carlistas del siglo XIX. Viejos y jóvenes, tocados con sus boinas rojas, llegaron a Pamplona desde los pueblos próximos, cantando todos el antiguo himno carlista *Oriamendi* y pidiendo armas. Ninguno sabía, y a nadie le importaba, que el pretendiente, Alfonso Carlos, había prohibido que se sumaran al alzamiento si no recibían garantías políticas más explícitas que las que había dado Mola. Mola sólo tenía 1.200 fusiles del arsenal de Pamplona para entregar, pero pronto le enviaron de Zaragoza otros 10.000, para completar el armamento de los carlistas. El comandante Rodríguez

[16] *Cruzada*, XII, pp. 401-411; Ruiz Vilaplana, p. 30 y ss.; Iturralde, pp. 31-32. Véase también Romero, p. 189.

[17] *Cruzada*, XV, p. 196 y ss. G. Cabanellas, II, p. 80.

[18] Peirats, vol. I, p. 149. El fracaso de los anarquistas en Zaragoza dio lugar a una encendida polémica. Véase Gaston Leval, *L'Espagne libertaire* (París, 1971), p. 139 y ss. Hubo una huelga general, pero no hubo lucha. Esto no impidió que la represión fuera terrible. El nervio del alzamiento allí fue el coronel Monasterio, que había sido uno de los ayudantes de Gil Robles en 1935 y brillante jefe de regulares durante las guerras marroquíes.

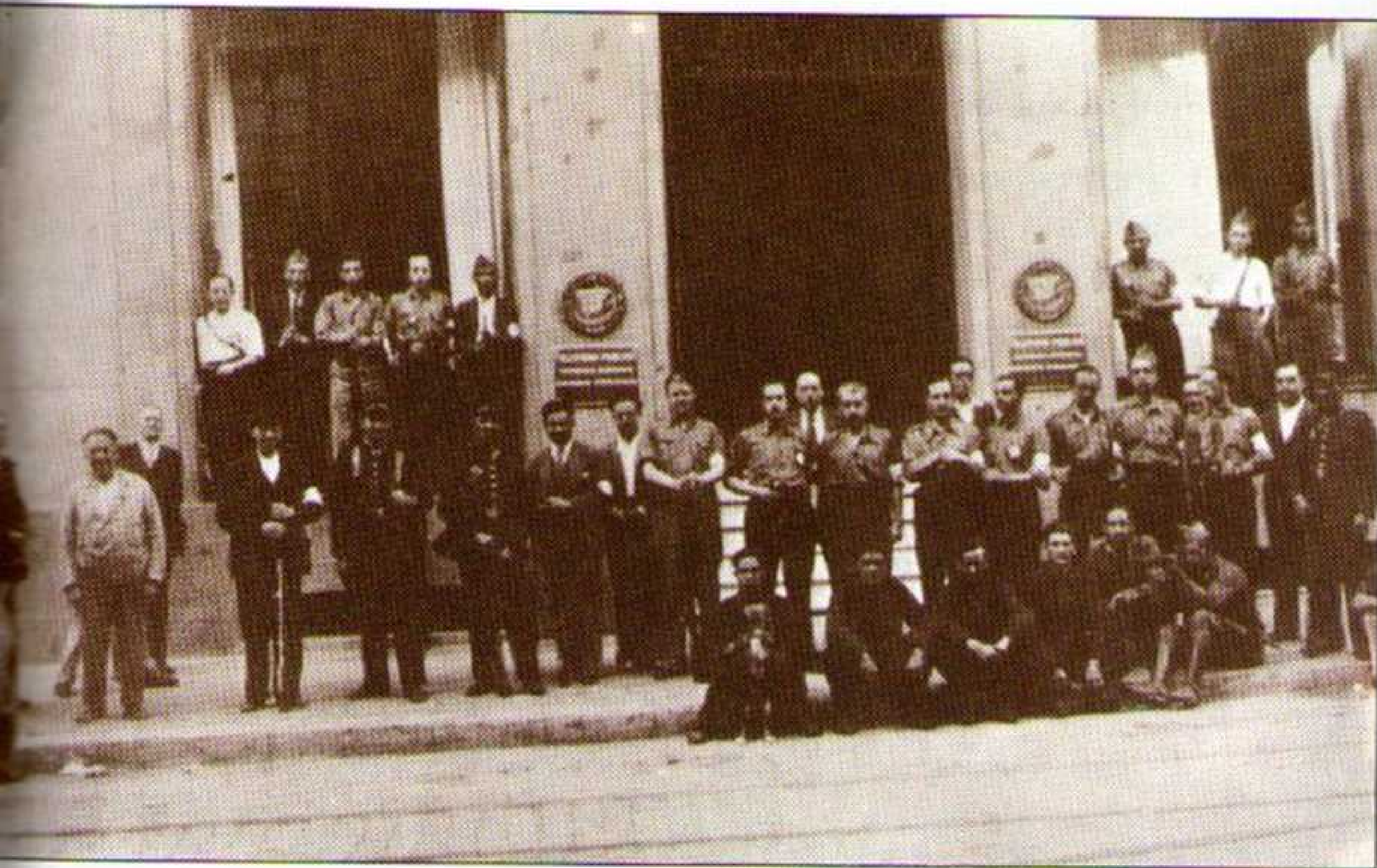
[19] Otra teoría es la de que Villalba esperó a ver de qué bando estaba Franco para sumarse al contrario.

[20] *Cruzada*, VI, p. 237.

Medel, jefe de la guardia civil de Pamplona, había apoyado al Frente Popular, pero había sido asesinado por sus propios hombres la tarde anterior [21]. El entusiasmo por la guerra era tan grande que el periódico de Pamplona *Diario de Navarra* salió con idénticos titulares dos días consecutivos [22]. El comandante Martínez de Campos, del cuerpo de artillería, recordaba cómo empezaron a llegar camiones de los pueblos próximos y lejanos, alquilados por los alcaldes. Cada camión, al dar la vuelta a la plaza mayor de Pamplona, recibía una ovación de las multitudes que, al son de las cornetas, se apiñaban en los balcones engalanados con banderas [23]. Entonces Mola se preparó para enviar hacia el sur a algunos de sus hombres.

[21] *Cruzada*, XIII, pp. 460-483.
[22] *Diario de Navarra*, 20 y 21 de julio. Después le quedó como subtítulo permanente el de «Camino de la victoria».
[23] Martínez de Campos en los documentos de St. Antony, citados por Carr, p. 652. Véanse también los recuerdos de Martínez de Campos en *Ayer 1931-1956* (Madrid, 1970), cap. II, y Del Burgo, p. 13 y ss.

El carlista, el «boina roja», no ha de ser enjuiciado con idéntico rasero que el falangista. Entre el grupo de fascistas de Onésimo Redondo, militares y algún guardia de asalto que aparece en la fotografía, tras haber ocupado la Telefónica de Valladolid, y el joven requeté de boina roja y «escapulario-detente» para conjurar las balas colgado al pecho median una concepción religiosa de la sociedad y un sentido colectivo de la tradición que, al correr de los años, los llevará a encontrarse en bandos opuestos. La represión en Valladolid, una vez que los rebeldes ocupan la plaza, es dura. «Pareciera —explica Dionisio Ridruejo— que toda la sangre abierta a caño libre por España hubiera cristalizado en aquel cielo.»


(Arch. EFE. Madrid.)


(Ilustración de Sáenz de Tejada. Col. C. S. de Tejada.)

Valladolid

En Valladolid, esa otra ciudad catedralicia de la llanura castellana, el general Andrés Saliquet, un militar conservador, de grandes bigotes que había ofendido a Azaña, y el general Miguel Ponte, un incansable conspirador monárquico, se presentaron inesperadamente en el despacho del jefe de la división, general Nicolás Molero, masón y ministro de la Guerra en el gobierno del desafortunado Portela, y le pidieron que se adhiriera a su causa. Los rebeldes concedieron a su compañero de armas un cuarto de hora para reflexionar y se retiraron a una habitación contigua. A medida que pasaban los minutos, podía oírse en la calle el comienzo de las luchas entre falangistas y obreros. De pronto, el general Molero abrió la puerta de par en par y gritó: «¡Viva la República!» Uno de



Salvo Valladolid, las capitales castellanas caen en manos de los sublevados sin apenas resistencia. Se utiliza generalmente idéntica táctica: inmediata ocupación de la Casa del Pueblo y de los edificios oficiales, seguida de la detención de dirigentes de partidos políticos y sindicatos y fusilamientos —pocos en julio, abundantes en agosto—. La población rural se manifiesta indiferente al cambio político, propiciando la acción de los rebeldes. Al ocupar Avila queda liberado Onésimo Redondo, fundador de las JONS, que está preso desde que el gobierno ha declarado la ilegalidad de la Falange. (Keystone.)

sus ayudantes abrió el fuego. Siguió una breve lucha, murieron dos oficiales jóvenes de cada bando, pero los rebeldes quedaron victoriosos. Se llevaron a Molero, que más tarde fue condenado a muerte por «rebelión», aunque en realidad se limitó a pasar muchos años en la cárcel. En la ciudad, los obreros ferroviarios lucharon valerosamente todo el día contra sus bien armados enemigos, entre los que se contaban guardias civiles, guardias de asalto, paisanos y flangistas. La casa del pueblo no llegó a rendirse y fue arrasada hasta los cimientos. Sin embargo, al anochecer, Valladolid había sido conquistada. Luis Lavín, el gobernador civil, que había sido nombrado por Casares Quiroga para controlar el fascismo en la ciudad, se vio abandonado por todo su equipo. Subió a su automóvil e intentó huir a Madrid. Lo apresaron y lo devolvieron prisionero a su propia casa, donde ya se había instalado el general Ponte [24].

De las demás ciudades de Castilla la Vieja, Segovia fue conquistada para los rebeldes sin derramamiento de sangre, lo mismo que Salamanca y Avila, donde fueron liberados de la cárcel muchos falangistas, entre los que estaba Onésimo Redondo. Zamora y Palencia también fueron capturadas rápidamente, aunque en ambas ciudades los militares, la guardia civil y los políticos de derechas pasaron varios días con el alma en vilo, a causa de los rumores de la probable llegada de un tren lleno de mineros, que en realidad regresaron a mitad de trayecto para luchar contra Aranda en Oviedo. Pero a León sí que llegaron 2.000 mineros, pidiendo armas. El gobernador militar, general Carlos Bosch, accedió a darles lo que querían a condición de que abandonaran la ciudad: les entregó 200 fusiles y cuatro ametralladoras. Y León no se sublevó hasta el día siguiente, cuando los mineros estaban ya muy lejos, en dirección a Madrid [25].

[24] Sobre Valladolid, véase Iturralde, vol. II, p. 107 y ss.
[25] *Cruzada*, XV, pp. 134-137.

En Extremadura, Cáceres y su provincia fueron dominadas por el alzamiento, pero Badajoz, gracias a la lealtad de la guarnición, al mando del general Luis Castelló (el nuevo ministro de la Guerra), se mantuvo republicana. En Castilla la Nueva y la Mancha sólo hubo un éxito rebelde: Albacete, dominada por la guardia civil. En cuanto a la situación de Andalucía el 19 de julio, Queipo de Llano afianzó su posición en Sevilla, mientras los suburbios seguían en manos de la clase obrera. En las ciudades andaluzas donde el alzamiento había triunfado por lo general el 18 de julio, continuaban las luchas esporádicas, y para los nacionalistas de Cádiz y Algeciras fue un gran alivio la llegada de unidades de moros del ejército de Africa, que habían atravesado el Estrecho en el destructor *Churruca,* en medio de la oscuridad, ante las mismas narices de los barcos republicanos. El equilibrio inestable de Granada persistió todo el día. Castelló telefoneó desde el ministerio de la Guerra al general Campins, gobernador militar, ordenándole que organizara una columna para dirigirse contra Córdoba. Pero dos coroneles an-

El teniente Borbón Rich llega a Gerona en la mañana del 18 de julio. Trae las consignas para la guarnición, que, en un primer intento, se muestra propicia a sublevarse. Se detecta una indecisión en las unidades de la guardia civil y los guardias de asalto. Esta se agudiza tras el mensaje radiado de Goded anunciando el fracaso del golpe en Barcelona. En Tarragona, los conspiradores no llegan a alzarse. Del regimiento Almansa de Tarragona saldría una de las primeras columnas, la que aparece en la fotografía, hacia Aragón.



(Servicio Histórico Militar.)


(Photo Research Int. USA.)

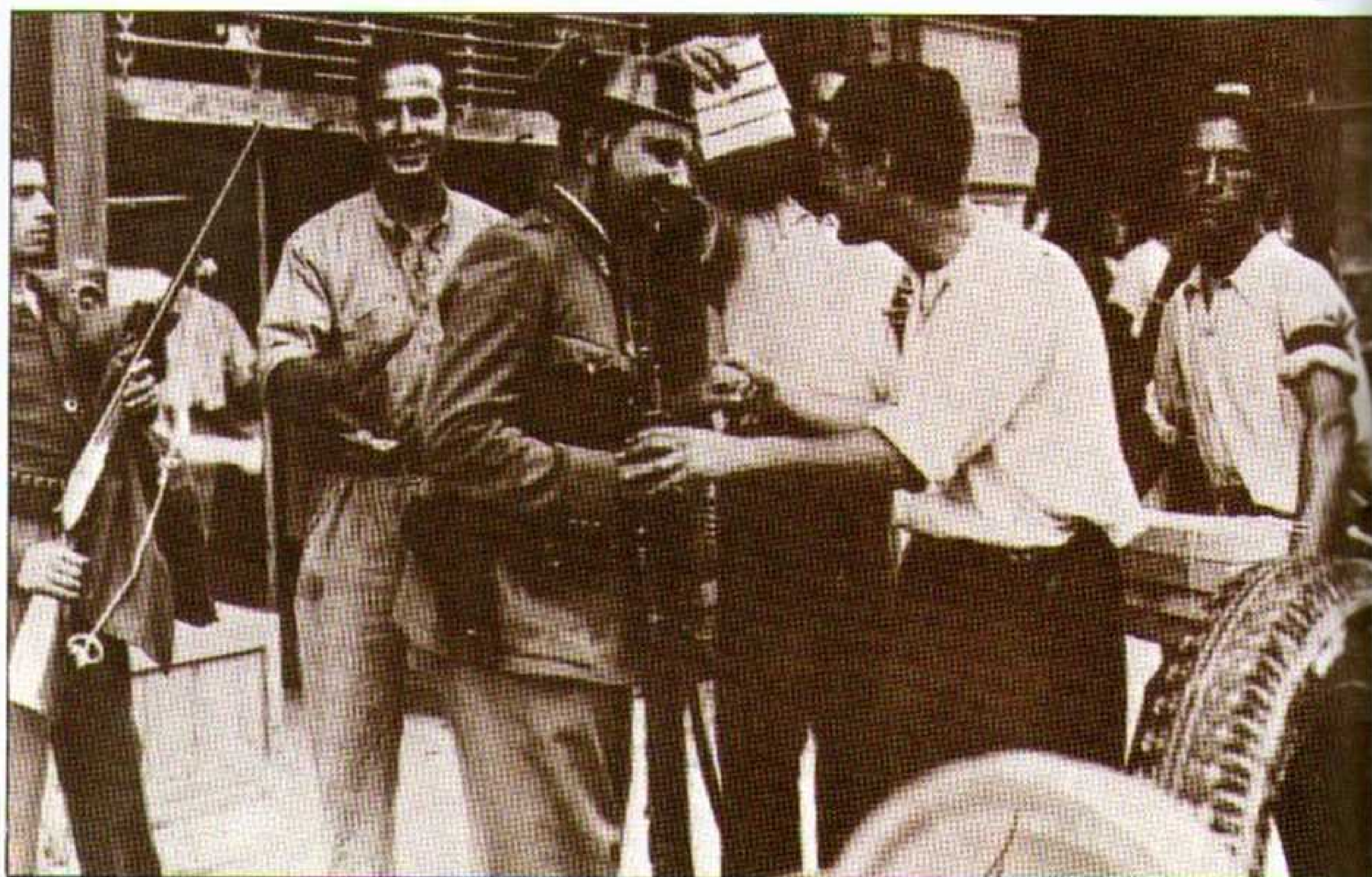
«Me tranquilizó que la guardia civil —asegura el dirigente socialista Julián Zugazagoitia—, de la que yo lo temía todo, se mantenía en su puesto sin volver siquiera la cabeza en la dirección en la que sonaban las descargas. Eran cien hombres de piedra, que no movían un músculo ni acusaban la menor fatiga, y esperaban la señal de sus jefes para ponerse en movimiento.» Durante todo el día 19, la guardia civil patrulla por las calles de Madrid, como la sección que aquí vemos a caballo, en Cuatro Caminos, en espera de la decisión del gobierno. El recelo de las organizaciones de izquierda a la institución armada se va convirtiendo paulatinamente en solidaridad al comprobar que permanecen fieles a la legalidad constitucional, tras la caída del efímero gobierno de Martínez Barrio y la aparición del gabinete Giral. En los prolegómenos del sitio al cuartel de la Montaña se llega, incluso, al intercambio de tricornios e insignias partidistas entre guardias civiles y milicianos.

tiguos de la guarnición respondieron que era poco probable que los oficiales accedieran a mandar aquella columna. Otro coronel, aludiendo a la huelga general que se acababa de iniciar, declaró que Granada ya estaba en manos de los marxistas. Campins sugirió que las milicias del Frente Popular se encargaran de organizar la expedición que exigía Madrid. En primer lugar, se dirigió a los cuarteles de artillería y anunció a los oficiales reunidos allí: «Señores, vamos a deshacer equívocos. El alzamiento militar ha fracasado totalmente. Yo espero de ustedes que se dejen de fantasías y guarden absoluta fidelidad al gobierno de la República [...]. Tengo orden del ministro de la Guerra para que se entreguen las armas depositadas en esta guarnición.» Sus palabras fueron acogidas por un silencio que él interpretó como señal de asentimiento. Pero a medianoche los milicianos todavía seguían sin armar [26].

En Valencia existía un equilibrio similar. A media mañana, cuando llegaron las malas noticias de Barcelona, todo estaba dispuesto para el alzamiento, con el apoyo asegurado de varios miles de paisanos. El general González Carrasco, que había llegado de Madrid para dirigir a los rebeldes, vaciló, cosa que enfureció al comandante Barba, principal organizador de la conspiración allí (era el jefe nacional de la UME). El gobernador militar, general Martínez Monje, que había pasado unos meses intentando encender una vela a Dios y otra al diablo, también vacilaba. El gobernador civil dimitió. El líder de la CEDA en la ciudad, el voluble vicepresidente del movimiento, Luis Lucia, que había pasado del regionalismo al insurreccionismo, condenó el alzamiento, con lo cual impidió que éste contara con el apoyo activo de la clase media, que tanto lo había facilitado en otros sitios [27]. Los trabajadores valencianos, dirigidos por los obreros portuarios anarquistas, se estaban agru-

[26] *Cruzada*, XI, pp. 275-289.

[27] Lucia se refugió en una granja, huyendo de las multitudes anarquistas. Fue detenido y encarcelado, como diputado derechista. No obstante, después de la guerra civil, fue encarce-


(Servicio Histórico Militar.)

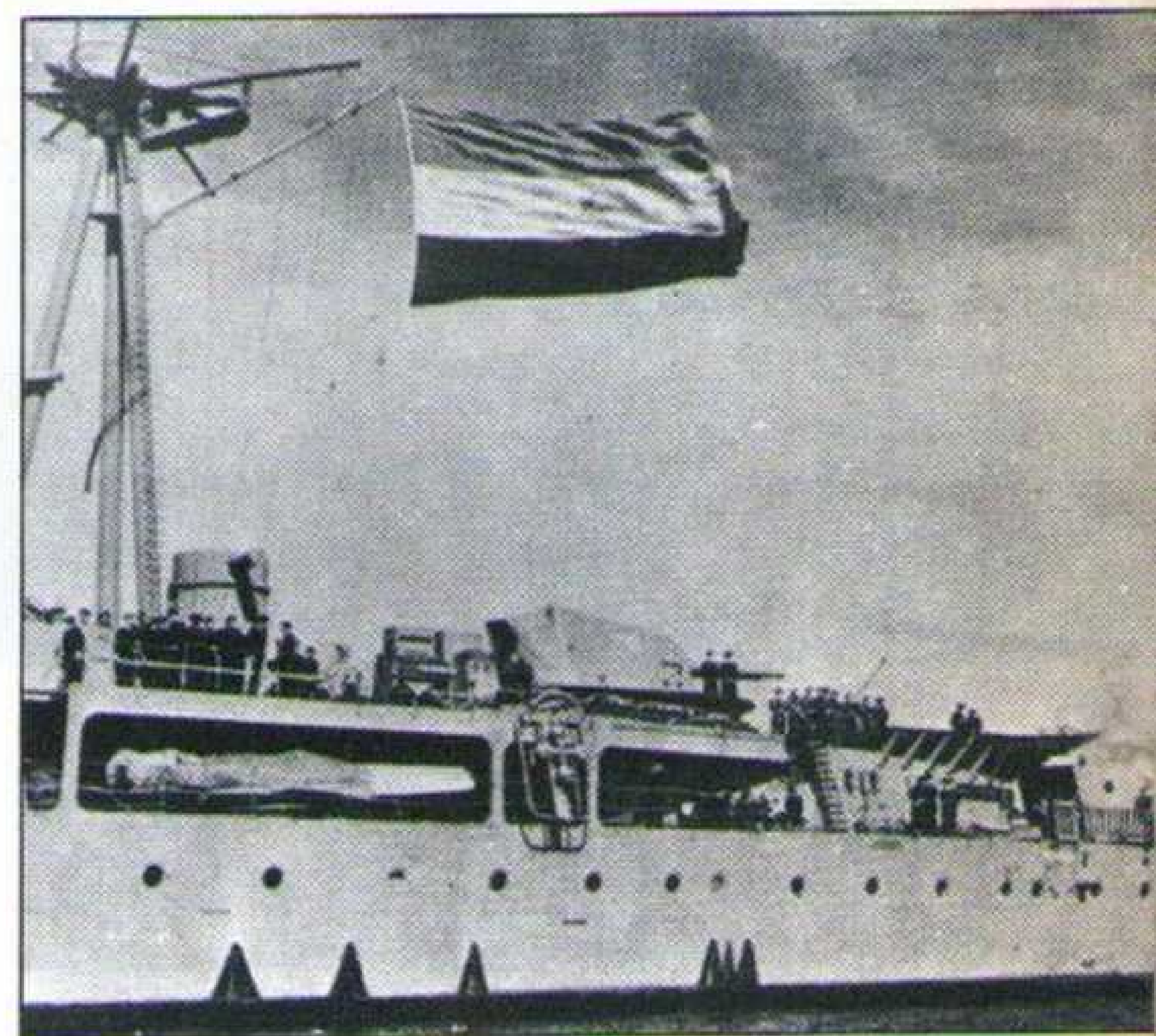
pando en las calles. El colegio de Santo Tomás de Villanueva y la iglesia de los Santos Juanes fueron saqueados e incendiados. Los generales continuaban vacilando, mientras que algunos oficiales izquierdistas de la guardia civil, dirigidos por el capitán Manuel Uribarri, empezaron a distribuir armas. De manera que, al anochecer, la pelota seguía en el tejado [28]. Esta incertidumbre se reflejó a lo largo de la costa, en Alicante, Almería y Gandía. Pero no quedó la menor duda sobre el éxito del Frente Popular más al sur, y en todos los lugares de Andalucía donde no había habido alzamiento el 18 de julio. Al caer la noche, esta parte de España tan maltratada por la pobreza ardía en las llamas de la revolución.

En las Baleares, mientras Mallorca quedó asegurada para los rebeldes gracias a Goded, los cabos, sargentos y soldados de la guarnición de Menorca impidieron que triunfara el alzamiento que allí dirigió el general José Bosch [29]. Este, al caer la noche, había proclamado el estado de guerra en el puerto de Mahón, pero fue estrechamente sitiado. En Ibiza, y en las demás islas pequeñas de las Baleares, triunfó el alzamiento. Hablar de la política de este archipiélago nos lleva naturalmente a referirnos a la situación de la armada.

Durante el agitado amanecer del 19 de julio, los cruceros *Libertad* y *Miguel de Cervantes* navegaban hacia el sur, procedentes de El Ferrol. Habían sido enviados por el gobierno para que trataran de impedir que el ejército de Africa atravesara el estrecho de Gibraltar. Más tarde, el único acorazado español en buen estado para navegar, el *Jaime I* (el *España* estaba en El Ferrol, en plena reparación), también zarpó de Vigo con rumbo al sur. En todos estos barcos, en el destructor *Churruca*, que ya había desembarcado en Cádiz un cargamento de moros, y en todos los buques de guerra anclados en Cartagena, se produjeron los mismos hechos revolucionarios que en los tres destructores enviados a Melilla el día anterior: esto es, los hombres, estimulados por los mensajes que radiaba el ministerio de Marina desde Madrid, que iban dirigidos a ellos, y no a sus oficiales, redujeron, hicieron prisioneros y, en muchos casos, mataron a los oficiales que les parecían desleales [30]. Las luchas más violentas tuvieron lugar en el *Miguel de Cervantes*, cuya oficialidad, en alta mar, resistió hasta el último hombre contra la tripulación del barco. (A la lacónica pregunta de qué harían con los cadáveres —planteada por el comité de la tripulación que se hizo cargo del mando del barco—, el ministerio de Marina contestó: «Arrojad los cuerpos por la borda con respetuosa solemnidad» [31].) En cambio, a bordo del *Jaime I* hubo poca lucha, y su

Los oficiales del cuerpo general de la Armada mantuvieron durante la Segunda República su situación de casta hermética. Continuó la segregación impuesta por aquéllos respecto de los suboficiales ascendidos a alféreces de fragata por las disposiciones republicanas, así como de los cuerpos de máquinas e intendencia. A pesar de que la mayoría de los miembros del cuerpo general no están directamente implicados en la conjura, su alineación con los sublevados es casi automática. El enfrentamiento resulta inevitable.

(Popperfoto.)



El crucero Miguel de Cervantes *recibe el mensaje radiado del ministro de Marina —que en las próximas horas va a ser jefe de gobierno—, el profesor de química José Giral. La marinería, los oficiales de máquinas y alguno del cuerpo general que se mantiene leal al gobierno, reducen al mando. Lo mismo sucede en el crucero* Libertad, *donde, como en el buque gemelo* Miguel de Cervantes, *se mata a los oficiales, arrojándolos al mar. El resto son llevados a Cartagena, donde la mayoría serán fusilados. Los investigadores del tema barajan diversas cifras sobre el número de miembros del cuerpo general de la Armada leales a la Segunda República. En cualquier caso, parece que no sobrepasan el 20 por 100.*

lado por los nacionalistas victoriosos y murió joven, en 1942. Véase el tributo que le rinde Prieto en *Convulsiones*, vol. II, p. 251. La cuestión de si el telegrama de Lucia en apoyo de la República era falso o no se explora en el libro de Del Burgo, p. 207 y ss.

[28] Peirats, vol. I, pp. 145-146.

[29] No debe ser confundido con el general Carlos Bosch, de León.

[30] La mayoría de los oficiales que sólo fueron hechos prisioneros serían fusilados en Cartagena durante el mes de agosto. Salas Larrazábal (vol. I, p. 163) da la cifra de 230, teniendo en cuenta que los oficiales de servicio activo eran 675, lo cual supone un 34,2 por 100 de la cifra total.

[31] *El Socialista*, 21 de julio de 1936.


(Arch. Efe. Madrid.)

Los grupos sindicales y los partidos políticos de la capital consiguen fusiles, pero no hay cerrojos. El resto está en el cuartel de la Montaña. Corre el rumor de que en el cuartel del Batallón de Zapadores número 1, de Carabanchel, hay más fusiles. El teniente coronel Ernesto Carratalá, de clara tendencia frentepopulista, y que manda el batallón, recibe a las camionetas de milicianos que solicitan fusiles. Ordena la entrega de los primeros 400. Tres capitanes, Becerril, Alvarez Paz y Pelegrí, que están con los conjurados, disparan a bocajarro al teniente coronel Carratalá, que cae muerto. Se organiza una angustiosa refriega, en la que resultan también muertos diversos oficiales y milicianos. El rumor corre por Madrid, y en las calles comienza a gestarse un grito: ¡al cuartel de la Montaña!

capitán conservó el mando. Así que, el 19 de julio a última hora de la tarde, en aguas gibraltareñas se reunía una extraordinaria escuadra, dirigida por comités elegidos por las propias tripulaciones, para impedir el acceso del general Franco al sur de España. Sin embargo, el cañonero *Dato*, que permanecía bajo el control de sus oficiales, consiguió pasar un segundo grupo de regulares a través del Estrecho al anochecer del día 19 de julio, mientras parte de la quinta bandera de la legión llegaba a Sevilla en tres aviones Breguet que por casualidad estaban en Marruecos.

El alzamiento en Madrid

En Madrid continuaba la confusión entre los conspiradores. Mola no había conseguido coordinar los diversos elementos que allí eran hostiles a la República: los oficiales del ejército que rodeaban a Fanjul, los de la UME y los falangistas. No se sabía si el general Miaja, el jefe de la brigada de infantería, y por breve tiempo ministro de la Guerra, estaba o no con los rebeldes. Algunos decían que era miembro de la UME, y había quienes recordaban que había sido el primer capitán de Mola, en Marruecos. En el último minuto, todavía no estaba claro siquiera quién dirigía el alzamiento en Madrid, si el políticamente activo Fanjul, o García de la Herrán, el general al mando del regimiento de Carabanchel [32]. Además faltaba

[32] La bibliografía sobre lo que viene a continuación es muy abundante; véase, en particular, García Venero, *El general Fanjul*, p. 255 y ss., y, del mismo autor, *Madrid, julio 1936* (Madrid, 1973), p. 317 y ss.



(Arch. B. M. Patino.)

Con un par de piezas, una familia de artilleros, los Vidal, padre e hijo, acosan el cuartel de la Montaña, en donde ya se ha encerrado el general Joaquín Fanjul con la tropa, oficiales sublevados y las centurias de la Falange de la primera línea. El general sublevado redacta un escrito que comienza: «El ejército español, dispuesto a salvar a España de la ignominia y dispuesto a que no sigan gobernando bandas de asesinos ni organizaciones internacionales, toma por plazo breve la dirección política de España, con el exclusivo objeto de mantener el orden público y el respeto a la propiedad y a las personas.» Establece el estado de guerra en 10 artículos y finaliza con un «¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva el ejército!»

el «nervio» de la conspiración, el coronel Galarza, «técnico» y coordinador del plan, que había sido arrestado. Por lo tanto, el jefe nominal de la rebelión en Madrid, general Villegas, decidió que la carga era excesiva para sus fuerzas, y el general Fanjul, diputado que había sido subsecretario de la Guerra con Gil Robles, pasó a ocupar su puesto. Llegó al cuartel de la Montaña por la tarde. En este gran edificio de planta irregular, situado al oeste de Madrid, que domina el valle del tranquilo río Manzanares, y al mando del cual estaba el coronel Francisco Serra, se habían ido reuniendo también durante el día oficiales de otros cuarteles de Madrid y bastantes falangistas. El general Fanjul les hizo un discurso sobre los objetivos políticos del alzamiento, y sobre su legalidad. Luego, los rebeldes intentaron lanzarse a las calles de la capital. Pero para entonces ya se había reunido ante las puertas del cuartel una inmensa multitud, organizada por la UGT y la CNT y los partidos políticos, muchos de cuyos componentes iban armados con los fusiles de la UGT o con aquellos 5.000 que tenían cerrojo, de los que había entregado el gobierno. La densidad de la multitud impidió salir a los rebeldes. Por lo tanto, recurrieron a disparar con ametralladoras. La multitud se replegó; pero no ocurrió nada más hasta la mañana siguiente. Entretanto, aquella noche, Dolores Ibárruri, «la Pasionaria», hizo el primero de sus numerosos y violentos discursos por la radio, pidiendo a los «obreros, campesinos, antifascistas y patriotas españoles» que no permitieran la victoria de «los verdugos de Asturias»: *No pasarán,* esta consigna con resonancias de Verdún, se repetiría incesantemente durante los meses siguientes.


(Arch. Efe. Madrid.)

JOAQUIN FANJUL GOÑI (1880-1936)

Militar y abogado, político conservador, el 18 de agosto de 1936 cae fusilado ante un piquete de la cárcel Modelo de Madrid.
Hijo de un capitán de escala complementaria, comienza a estudiar en Pamplona el bachillerato en 1889. A los dieciséis años ingresa en la Academia de Infantería, en donde más tarde entraría su hermano Alfonso. Sigue un curso de enseñanzas abreviadas y obtiene el empleo de segundo teniente de infantería en menos de un año. En 1898 es destinado a Melilla, y después, a Cavite y Santiago de Cuba, viendo desmoronarse, desde sus puestos militares, el antiguo imperio español. De regreso a la península, inicia estudios de Estado Mayor, como alumno en la Escuela Superior de Guerra de Madrid, finalizando en julio de 1902, junto con Manuel Goded Llopis. En febrero de 1905 se diploma como capitán de Estado Mayor. Destinado a diversas guarniciones, simultanea el cargo militar con los estudios de Derecho. Influido por el pensamiento de Antonio Maura y de ciertos pensadores cristianos, toma posición política abiertamente conservadora, soslayando el origen popular de su familia. Su pensamiento profesional queda plasmado en el libro Misión social del ejército, **en el que postula el servicio militar obligatorio para todos los sectores sociales.**
En 1918 ingresa en el Partido Maurista y se establece en Madrid, abriendo bu-

Durante la noche del 19 al 20 de julio, en Madrid fueron incendiadas cincuenta iglesias. Los partidos obreros, dirigidos por unidades de milicianos, de las cuales la más importante era la MAOC (la milicia comunista), tenían el control efectivo de la capital, mientras los republicanos leales consolidaban su posición en los ministerios, particularmente en el ministerio de la Guerra. El 20 de julio, una multitud mayor aún que la que se había reunido la víspera se congregó en la plaza de España. Los gritos de «¡muerte al fascismo!» y «¡todos en ayuda de la República!» se sucedían con exultante monotonía. Se interpretó entusiásticamente que la lanza de Don Quijote, cuya estatua se alza en el centro de la plaza, señalaba al cuartel de la Montaña [33]. Esta fortaleza fue bombardeada durante cinco horas. Entre las armas que se emplearon para el asalto se contaban la aviación y tres piezas de artillería (arrastradas por un camión de cerveza). Los altavoces animaban a los soldados que estaban en el interior del cuartel a rebelarse contra sus jefes. En el interior, Fanjul, aunque confiado, con 2.000 soldados y unos 500 monárquicos y falangistas, no tenía ningún medio para comunicarse con las demás guarniciones de Madrid. En aquellos momentos, las guarniciones sólo podían comunicarse por medio de señales hechas por encima de los tejados. A pesar de todo, de esta forma Fanjul imploró al general García de la Herrán, que estaba en el suburbio de Carabanchel, que enviara fuerzas para liberarle. Pero ya era imposible que llegara ningún refuerzo. Si se considera retrospectivamente, fue un error fatal retirarse al cuartel de la Montaña de esta manera; Fanjul confiaba en esperar ayuda allí, pero fue directo al desastre. A las diez y media, Fanjul y el coronel Serra, el jefe de la guarnición del cuartel, se encontraban heridos. La caída de una bomba en el patio, arrojada por un Breguet XIX leal, de la base aérea de Getafe, minó la resistencia de los rebeldes. La artillería también estaba siendo eficaz. Media hora más tarde, en una ventana de la fortaleza apareció una bandera blanca. La multitud avanzó para recibir la esperada rendición. Pero fue recibida con fuego de ametralladoras. Este hecho se repitió dos veces más, enloqueciendo de furor a los atacantes. Probablemente esto se debió más a la confusión reinante entre los defensores que a una decisión premeditada. Algunos de los soldados querían rendirse, y, por lo tanto, estaban dispuestos a traicionar a sus oficiales. Finalmente, pocos minutos antes del mediodía, la gran puerta del cuartel cedió ante los repetidos asaltos. La multitud penetró violentamente en el patio, donde, durante unos momentos, todo fue histeria y una gran carnicería. De repente, un miliciano apareció en una de las ventanas exteriores y empezó a tirar fusiles a la multitud que todavía estaba en la calle. Un gigantesco revolucionario se creyó en el deber de arrojar, uno tras otro, a los oficiales desarmados, que gritaban de terror, desde la galería más alta del cuartel a la desenfrenada masa que se acumulaba en el patio. La carnicería que se produjo a continuación escapa a toda descripción. Murieron varios centenares de los defen-

[33] Más tarde, los nacionalistas comentarían que el brazo de Don Quijote, en esta estatua, se encuentra extendido como en el saludo fascista, y no doblado, con el puño cerrado.

sores, entre ellos Serra. Los que se salvaron fueron amontonados en la Cárcel Modelo, muchos de ellos sin recibir la cura más elemental de sus heridas. El general Fanjul pudo ser sacado de allí con dificultad para ser juzgado por rebelión. También pudo evitarse la entrega a las masas de las preciosas reservas de cerrojos y municiones, que fueron llevadas al ministerio de la Guerra por los guardias de asalto, una de cuyas unidades en Madrid, dirigida por el comandante Ricardo Burillo, era plenamente leal (las otras dos unidades no eran tan seguras [34]).

Los victoriosos atacantes se dirigieron luego a la Puerta del Sol. Sin embargo, allí su desfile victorioso fue interrumpido por disparos procedentes de todas partes. Una unidad de guardias de asalto desalojó las casas que rodeaban la plaza, mientras la gente permanecía echada boca abajo en el suelo. En cuanto a las demás guarniciones de Madrid, los oficiales del cuartel de ingenieros de El Pardo se dirigieron hacia el norte, en dirección a Segovia, diciendo a los hombres que iban a combatir contra el general Mola. Entre los soldados así engañados se encontraba el hijo de Largo Caballero, que pasó en la cárcel el resto de la guerra. En el suburbio de

[34] Burillo, un aristócrata izquierdista, puritano, anticlerical y romántico, no tardaría en convertirse virtualmente en comunista: en 1937 dijo a Azaña que él era fiel a tres cosas: al ejército, al Partido Comunista y a la logia masónica (Azaña, vol. IV, p. 638).



(Keystone.)

Los primeros milicianos madrileños llaman kalakas *a sus fusiles. Por lo general, el aprendizaje se hace entrando directamente en fuego, ya sea en calidad de sitiador del cuartel de la Montaña de Príncipe Pío o de francotirador, como el de la presente fotografía en la plaza de Manuel Becerra, contra los escurridizos* pacos.

fete de abogado. Sale diputado maurista por Cuenca, en 1919. Interviene en el Congreso, en 1920, acerca de la estructura del ejército. Sus negocios le obligan a desplazarse a Argentina cuando se produce el desastre de Anual, y a su regreso es reincorporado a Marruecos y participa durante tres años en la guerra del Rif, incluyendo la retirada de Xauen y el desembarco en Alhucemas.

En las elecciones de 1931 se presenta como independiente en Cuenca.

El 19 de noviembre de 1933 es elegido de nuevo diputado por Cuenca en la coalición con los agrarios de derecha y los cedistas. Al año siguiente se le nombra jefe del Estado Mayor de la Segunda Inspección general del ejército. En el gobierno Lerroux, siendo ministro de la Guerra Gil Robles, es designado subsecretario de Guerra, conservando la jefatura de la 6.ª División Orgánica. A los pocos días, Francisco Franco asume la jefatura del Estado Mayor Central. En las elecciones de 1936 se presenta por Cuenca con una candidatura en la que, en principio, iban a participar conjuntamente José Antonio Primo de Rivera y Francisco Franco. Con el triunfo del Frente Popular, y con el gobierno de Casares Quiroga, desarrolla los contactos, a través de la UME, con Mola y otros militares conjurados. En la preparación de la insurrección se le adjudica la zona de Madrid, después de que el general Villegas alegase imposibilidad. El 19 de julio, vestido de paisano, se traslada al cuartel de la Montaña.

Tras dos días de asedio aparece en una ventana, sin que de momento se hayan especificado las causas, una bandera blanca, lo que anima a los sitiadores a acercarse confiadamente. Unas descargas de metralla disparadas desde el cuartel crean un número indeterminado de muertos y provocan el asalto y la matanza final. Joaquín Fanjul Goñi es detenido y procesado en la Sala Sexta del Tribunal Supremo. Condenado a muerte, es fusilado junto con su compañero y amigo Fernández de la Quintana.



La tropa de infantería sitiada, y fundamentalmente la del Regimiento 31, da visible muestras de desánimo. El general Fanjul la arenga, pero comprende que un sector importante desea el fin del asedio. Tras el asalto se inicia una carnicería, en la que se mezclan el ímpetu de los asaltantes, ya en plena exaltación revolucionaria, y el empeño de un grupo de defensores, falangistas y algunos oficiales, en mantener la defensa a ultranza. Según el testimonio del London News, *al que corresponde esta fotografía, algunos oficiales se suicidan antes de caer en manos de las masas. El oficial o suboficial sublevado se entrega a los asaltantes. Cuando la multitud penetra en el patio del cuartel se forma un improvisado «rastrillo», en donde se reparten armas, municiones y cartucheras. El parte final es de 98 jefes y oficiales muertos, 14 heridos y 12 prisioneros. Los soldados quedan en libertad.*

(The Illustrated London News.)



(Alfonso. Madrid.)



(Alfonso. Madrid.)

Getafe, los oficiales de aviación leales al gobierno aplastaron un intento de sublevación en la basea aérea, en el que fue asesinado como mínimo un oficial leal; en el de Carabanchel, el cuartel de artillería también fue dominado por oficiales leales, junto con unidades de milicianos, después de que el coronel, Ernesto Carratalá, uno de los fundadores del grupo de oficiales republicanos UMRA, fuera muerto por su plana mayor por intentar entregar armas a los milicianos. El general García de la Herrán murió a manos de sus propios soldados, por el motivo contrario. Las guarniciones cayeron, una tras otra [35]. Los comunistas «la Pasionaria» y Líster acudieron al cuartel de infantería n.º 1 y, simplemente a base de elocuencia, consiguieron ganar a los soldados, bastante escépticos al principio, para la causa del gobierno.

Las radios madrileñas dan, el 21 de julio, los nombres de los detenidos que han sido llevados a la Dirección General de Seguridad: el general Joaquín Fanjul; el coronel Fernández de la Quintana; el oficial médico José Ignacio Fanjul, hijo del general —el otro hijo, Juan Manuel, falangista, ha conseguido huir—, entre otros. En el patio del cuartel de la Montaña quedan tendidos los jefes y oficiales, tras el violento asalto y la furia desenfrenada de los vencedores. Otros cuarteles del casco urbano fueron ocupados fácilmente por las fuerzas de asalto y guardia civil.

[35] Las principales fuentes utilizadas para la narración de las luchas en Madrid son: *Cruzada*, XVII, pp. 386-481; Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú* (Barcelona, 1965), p. 270 y ss.; *The Times*, 5 de agosto de 1936; *El socialista*, 21-22 de julio de 1936.

Toledo y el Alcázar

Instantes después, milicianos armados apresuradamente, junto con elementos de la desmoralizada guardia civil y de los guardias de asalto y con lo que quedaba del ejército, se dirigieron en taxis, camiones o automóviles privados requisados, hacia el sur, en dirección a Toledo, y hacia el nordeste, camino de Guadalajara. Porque en estas dos ciudades próximas a Madrid el alzamiento había tenido éxito, temporalmente. En Toledo, la superioridad numérica de las tropas dirigidas por el general Riquelme, a las que se sumaban los milicianos, obligó a un grupo de rebeldes, dirigidos por el coronel José Moscardó, gobernador militar y director de la escuela central de gimnasia del ejército, a replegarse al Alcázar, mitad fortaleza, mitad palacio, situado en lo alto de una colina que domina la ciudad y el río Tajo, y que, desde el siglo XIX, era la escuela donde se formaban los oficiales de la infantería española. Moscardó resistió a todos los intentos que realizaron el ministerio de la Guerra y el gobierno para convencerle de que se rindiera. Finalmente, se encerró allí dispuesto a defenderse con unos 1.300 hombres, de los cuales 800 eran miembros de la guardia civil, 100 oficiales, 200 falangistas o militantes de otros partidos de derechas, y seis cadetes de la Academia (que entonces se encontraba en vacaciones de verano). El coronel se llevó consigo también a 550 mujeres y 50 niños, la mayoría familiares de los defensores, y otros, simplemente habitantes de Toledo. Finalmente, también se llevó consigo a Manuel

La ocupación de Valladolid provoca el acceso de los sublevados a la sierra del Guadarrama. El jefe de la Falange castellana, Onésimo Redondo, da órdenes al jefe de milicia José Antonio Girón de que marche con un par de centurias a ocupar el alto del León, donde se unen a las columnas sublevadas, al mando del coronel Serrador. De Madrid parten, a su vez, grupos, cuya autonomía nadie ha discutido, en camionetas y autobuses requisados, provistos del más variado armamento, como estos que vemos despedirse en la Puerta del Sol madrileña. Se organizará un cruel combate, con acciones cuerpo a cuerpo. Desde el 21 de julio hasta el 15 de agosto participarán en la contención de los rebeldes, según fuentes «nacionales», no menos de 20.000 combatientes de Madrid y su comarca.

(United Press International.)





(Arch. Efe. Madrid.)

(Keystone.)



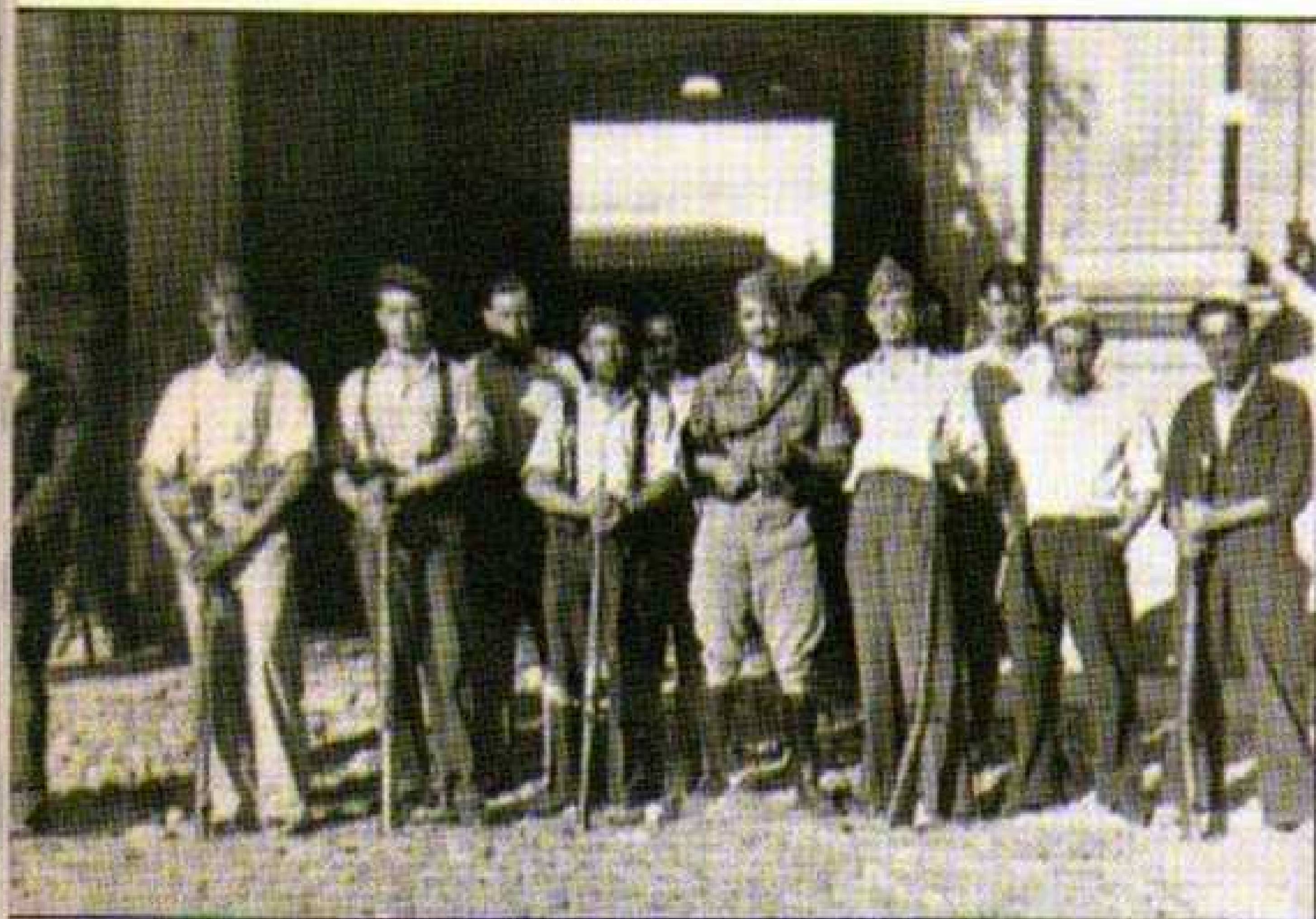
El coronel José Moscardó Ituarte regresa precipitadamente el 18 de julio a Toledo desde Madrid. Es director de la Escuela Central de Gimnasia en la Academia de Infantería de la vieja ciudad imperial. Finalmente se proclama en Toledo el estado de guerra —cuya lectura del bando, en la plaza de Zocodover, vemos en la fotografía— y se refugia en el Alcázar, con mil quinientos militares y civiles. Mientras, las milicias toman los accesos a la ciudad.

González López, el gobernador civil, «con toda su familia, y cierto número de personas de izquierdas (unas cien) para que le sirvieran de rehenes» [36]. La guarnición estaba bien provista de municiones procedentes de la cercana fábrica de armas, aunque iba escasa de alimentos.

En cuanto a los milicianos que se dirigieron a Guadalajara, conquistaron rápidamente tanto esta ciudad como Alcalá de Henares, aunque los oficiales de Guadalajara se defendieron valerosamente bajo las órdenes de los generales Barrera y González de Lara [37]. En todas estas batallas, aparecieron nuevos líderes; así se dieron a conocer los jefes anarquistas Cipriano Mera, David Antona y Teodoro Moro, todos ellos albañiles de oficio y convertidos en luchadores callejeros por la fuerza de la circunstancias; comunistas como Enrique Líster, Juan Modesto y «el Campesino»; o estudiantes socialistas como Manuel Tagüeña; o militares maduros, cuya

[36] *La Causa General* (Madrid, 1943), pp. 320-321. La cuestión de si hubo o no hubo rehenes en el Alcázar quedó definitivamente zanjada por esta declaración de Moscardó después de la guerra. Véase Herbert Southworth, *El mito de la cruzada de Franco* (París, 1963), p. 54. La Academia estaba de vacaciones. Véase Cecil Eby, *The Siege of The Alcázar* (Londres, 1965), p. 16, que dice que todos los cadetes estaban de vacaciones, pero que estos seis habían sido reunidos por el capitán Vela Hidalgo, instructor de caballería del Alcázar (p. 28). El gobernador civil era de derechas y fue allí voluntariamente.

[37] La mayoría fueron asesinados después. Los que no murieron allí mismo fueron juzgados y ejecutados. Sin embargo, el antiguo conspirador general Barrera logró escapar, vestido de paisano, y consiguió llegar a Burgos. González de Lara acababa de ser liberado de la cárcel por los rebeldes.



(Arch. B. M. Patino.)

En la segunda quincena de julio, Madrid es un gran campamento donde predomina ya el «mono» azul, el correaje improvisado y los automóviles requisados. Salen columnas hacia el este, que rinden a los sublevados de Alcalá de Henares, casi sin lucha. Después, en Guadalajara, asaltan la Agrupación de Ingenieros, donde el coronel Francisco Delgado y el comandante Ortiz de Zárate se hacen fuertes, para, al cabo de doce horas, sucumbir. También los generales Barrera y González de Lara organizan una resistencia, frente a la cual comienzan a destacar, por primera vez, cabecillas populares como Cipriano Mera. Los cuarteles del cinturón de Madrid, los de Guadalajara, así como casi todos los de ambas provincias, quedan incorporados a la obediencia del gobierno de José Giral. Vencida la resistencia en el puente de Guadalajara, los militares rebeldes son capturados y, como en el caso del comandante Ortiz de Zárate, reflejan en su rostro la certeza serena de su próximo fin. Han sabido jugar y perder.



(Arch. Efe. Madrid.)

hora parecía haber pasado, como el brillante literato coronel Mangada; el comandante Jurado, un experto oficial de artillería; o el coronel Arturo Mena, otro militar leal de más de sesenta años. La victoria sobre el alzamiento significó, en Madrid y sus alrededores, como en el resto de la España republicana, el comienzo de la revolución. Ahora empezaron a aparecer grandes retratos de Lenin junto a los de Largo Caballero en los carteles de la Puerta del Sol. Manuel Azaña continuaba aún sombrío y horrorizado, en el Palacio Nacional; sus amigos conservaban aún las carteras del gobierno; pero, en la calle, mandaban «las masas». La UGT, dirigida por los socialistas, era el auténtico cuerpo ejecutivo de la capital. Empleando como agentes a las juventudes socialistas-comunistas, se encargó de mantener todo el orden que fuera posible. Así pues, el sindicalismo se había apoderado de Madrid a consecuencia de un gran alzamiento antisindicalista. Para los trabajadores, el 20 de julio fue un día de triunfo. Pero, al anochecer, fueron cometidos muchos asesinatos por milicianos irresponsables. Dos oficiales republicanos, el coronel Mangada y el comandante Luis Barceló, establecieron además tribunales sumarísimos en la Casa de Campo para juzgar a los oficiales detenidos en los cuarteles rebeldes; hombres a los que, en muchos casos, habían conocido, y odiado, durante toda su carrera militar. Por la tarde y por la noche empezaron las primeras ejecuciones, en cumplimiento de las sentencias de aquel tribunal tan poco propicio. Hubo asesinatos en todos los barrios, fueron incendiadas las casas de los ricos, mientras los clubs, hoteles y edificios públicos se llenaban de revolucionarios.

El fin de Barcelona

En Barcelona, el alzamiento también había sido plenamente dominado al atardecer del 20 de julio. El cuartel de San Andrés, el principal arsenal de Barcelona, se rindió a los anarquistas durante la noche, dejando en sus manos unos 30.000 fusiles (la víspera, ellos sólo tenían 200).

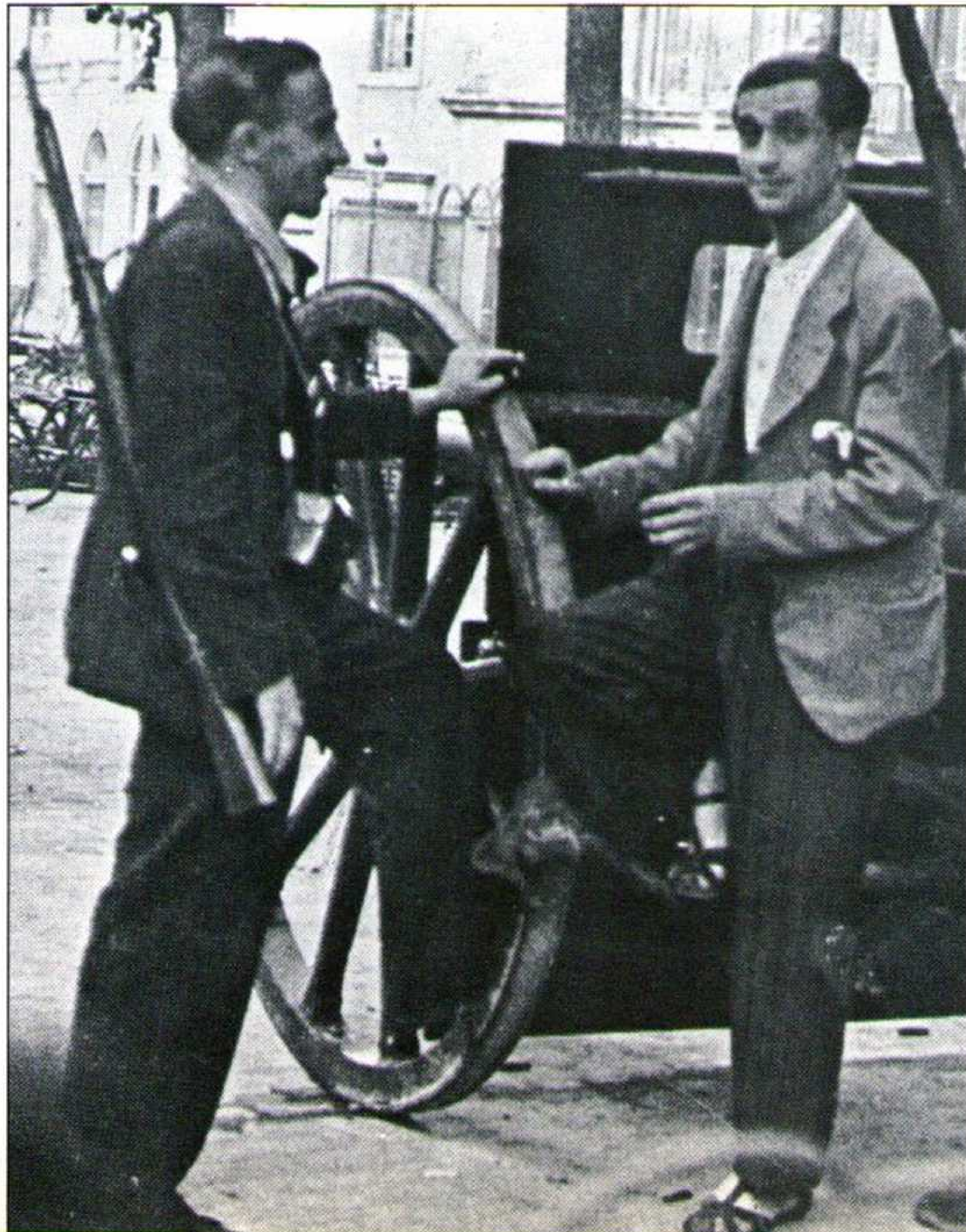
Luego, también se rindió a los anarquistas el cuartel de las Atarazanas, a la una y media, después de una prolongada batalla. El anarquista Francisco Ascaso murió en el asalto. El hermano de Mola, capitán Ramón Mola, se había suicidado durante la noche. Habían muerto más de 500 personas, de las cuales unas 200 eran «antifascistas», y habían resultado heridas 3.000 en los días que había durado la batalla [38]. Inmediatamente, el presidente Companys recibió la visita de los dirigentes anarquistas, al frente de los cuales iban García Oliver, Abad de Santillán y Durruti. Aquellos formidables hombres de la violencia se sentaron ante Companys con los fusiles entre las rodillas, las ropas todavía polvorientas tras la lucha, y el corazón oprimido por la muerte de Ascaso.

Entonces, Companys les dijo lo siguiente: «Ante todo, he de deciros que la CNT y la FAI no han sido nunca tratadas como se merecían por su verdadera importancia. Siempre habéis sido perseguidos duramente, y yo, con mucho dolor, pero forzado por las

[38] Boletín de CNT-FAI, 22 de julio de 1936.



(Centelles. Barcelona.)



(Centelles. Barcelona.)

El capitán de caballería Federico Escofet Alsina aparece en el centro de la fotografía; a su izquierda, el comandante Vicente Guarner Vivancos, responsable de las fuerzas de orden público; a su derecha, el general Aranguren Roldán, jefe de la guardia civil de toda Cataluña. Ellos fueron los encargados de hacer frente a la sublevación en Barcelona con las fuerzas regulares a sus órdenes. La colaboración de los aguerridos militantes anarquistas supuso, al mismo tiempo, apoyo y preocupación para las autoridades catalanas. El ansia de combate de los libertarios tuvo la contrapartida de sus sensibles bajas. Entre ellas, una fundamental fue la de Francisco Ascaso frente al reducto sublevado del cuartel de Atarazanas, donde el reportero gráfico Agustín Centelles consiguió esta instantánea de los hermanos Francisco (izquierda) y Domingo Ascaso, minutos antes de caer el primero víctima de los disparos de los defensores.



(Dibujo de Sim. Arch. C. S. de Tejada.)

La experiencia anarquista nace, tiene su esplendor y prácticamente desaparece en Cataluña. Paralelamente a la lucha antifascista, el movimiento libertario pretende la revolución. Esto le llevará, en el desarrollo de la guerra, a enfrentarse con republicanos, socialistas y comunistas.

realidades políticas, que antes estuve con vosotros [39], después me he visto obligado a enfrentarme y perseguiros. Hoy sois los dueños de la ciudad.» Hizo una pausa, y luego habló en tono desaprobador del papel representado por su propio partido en la derrota del alzamiento: «Si no me necesitáis —continuó— o no me queréis como presidente de Cataluña, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis que en este puesto, que sólo muerto hubiese dejado ante el fascismo triunfante, puedo, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, ser útil en esta lucha [...], podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido de que hoy muere todo un pasado de bochorno, y que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social» [40].

Naturalmente, los rebeldes se habían sublevado contra el gobierno, y las fuerzas de seguridad regulares habían sido en gran parte las responsables de su derrota [41]. Pero el número total de guardias civiles y de asalto, igual que el de rebeldes, quizá fuera sólo de 5.000, y ahora los anarquistas tenían un número de hombres armados seis veces superior. La lealtad de las fuerzas de seguridad no era incuestionable. Así que Companys se encontraba en una posición difícil, pero su inteligente alocución planteó un agudo problema a los dirigentes anarquistas. Probablemente estaban en condiciones de poder establecer el «comunismo libertario», por lo menos en Barcelona. ¿Qué era mejor? ¿Establecerlo? ¿O colaborar con el gobierno catalán? Para la primera opción tal vez fuera necesario luchar más, o como mínimo, prescindir de la opinión de muchos republicanos, nacionalistas catalanes, socialistas y comunistas, y poner en peligro la vida de los anarquistas de otros sitios de España, donde la CNT era mucho más débil. La segunda opción era un compromiso con el Estado, prohibido por su experiencia pasada y por sus objetivos a largo plazo. No sin vacilaciones, escogieron la segunda alternativa [42]. Las exigencias de la guerra ya les habían hecho ceder en el principio de la abolición del gobierno.

Pero, en realidad, ¿tenía Companys que hablar tan humildemente? ¿No podría haber restablecido la autoridad del Estado catalán y español con un despliegue efectivo de las fuerzas del orden leales a las órdenes de los generales Llano de la Encomienda y Aranguren? ¿O esperaba aprovecharse de la confusión para garantizar de una vez para siempre, con la ayuda anarquista, la separación de Cataluña de España? Probablemente éste era su plan. Entretanto, para coordinar el poder anarquista en la ciudad con el de otras organizaciones, se creó el llamado Comité de Milicias Antifascistas de todos los partidos de Barcelona, y Companys introdujo a los diferentes grupos en la Generalitat inmediatamente después de la conver-

[39] Alusión a la actuación previa de Companys como abogado, cuando solía defender a los anarquistas en los tribunales, sin cobrar más que minutas nominales.

[40] Juan García Oliver en *De julio a julio* (Barcelona, 1937), p. 193.

[41] Véase el comentario del político catalán (más adelante jefe de gobierno) Juan Casanovas a Azaña, en Azaña, vol. IV, p. 702.

[42] Esta decisión se comenta en Lorenzo, p. 102; Abad de Santillán, p. 59; Vernon Richards, *The Spanish Revolution* (Londres, 1953), pp. 33-39.

(Centelles. Barcelona.)

En 1936, la CNT tiene afiliados, aproximadamente, al 20 por 100 de los trabajadores de Cataluña, y concretamente, a algo más del 50 por 100 de los obreros industriales. A pesar de haber perdido fuerza con el crecimiento de la UGT, la tímida ascensión de la CGTU (sindicato comunista) y de que, finalmente, socialistas y comunistas se unifiquen en el PSUC (Partí Socialista Unificat de Catalunya), es el movimiento anarquista el más poderoso en Cataluña y, sin lugar a dudas, el más combativo.



(Centelles. Barcelona.)

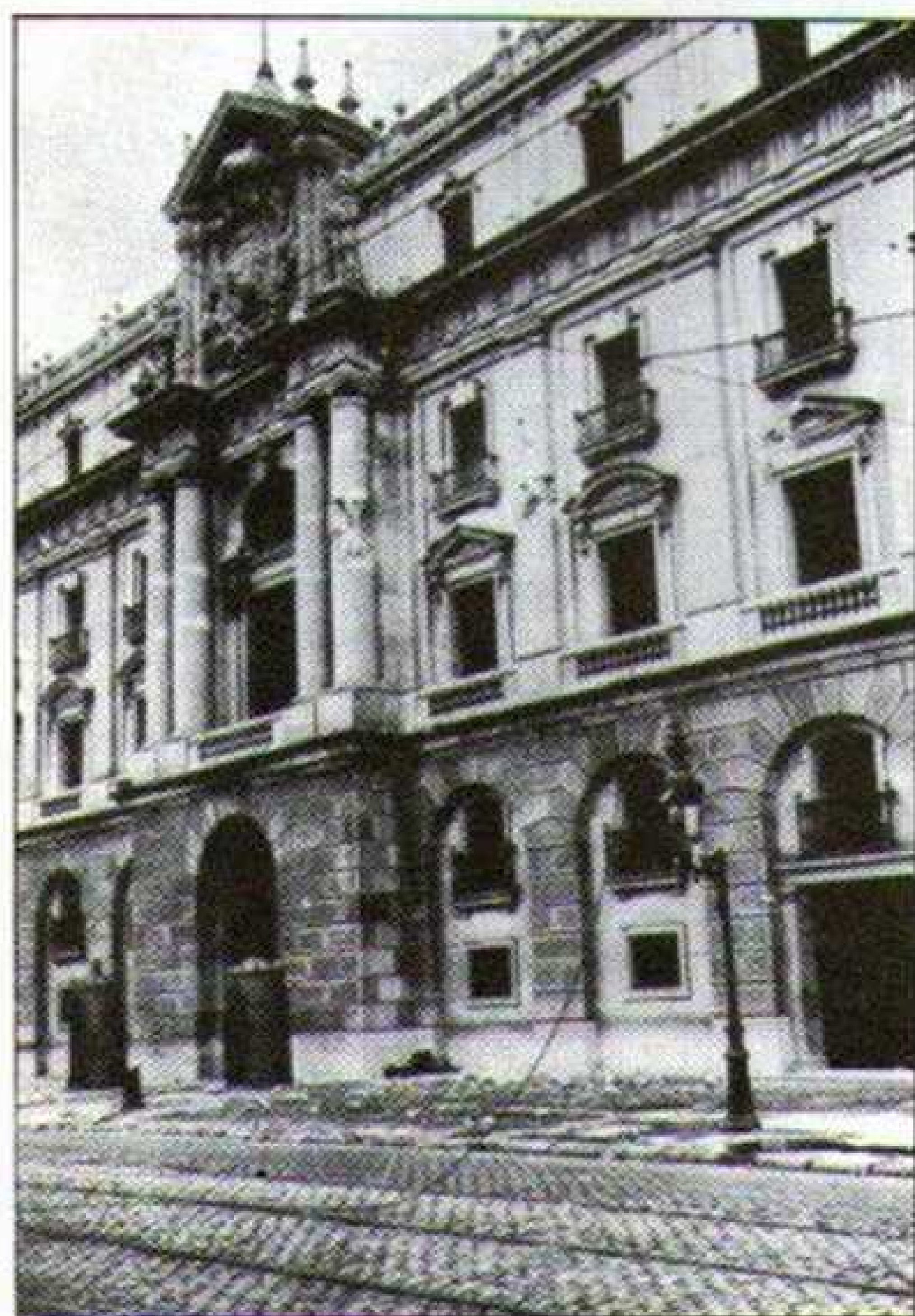
Las milicias armadas se agolpan ante el Gobierno Militar de Barcelona. Contra sus excesos protestarán diversos sindicalistas, entre ellos José Peiró, desde las columnas de La Vanguardia. *Peiró, de la llamada línea «treintista», morirá fusilado por los nacionales años después.*

sación que acabamos de describir. El comité se reuniría todas las noches, y se componía de tres representantes de la UGT, tres de la CNT, tres de la *Esquerra,* dos de la FAI, uno de los comunistas (PSUC) [43], uno de *Acció Catalana,* uno del POUM, y uno de los

[43] El nuevo *Partit Socialista Unificat de Catalunya* se componía de cuatro grupos de izquierdas que se habían unido bajo la dirección socialista y comunista y que estaban dominados por los comunistas. Los cuatro grupos eran: el antiguo Partido Comunista de Cataluña, la *Unió Socialista,* el *Partit Catalá Proletari* y la sección catalana del Partido Socialista español, que controlaba la UGT local.

(Col. J. M. Armero.)

En la agitada tarde del 19 de julio, Lluís Companys se dirige a los catalanes en un mensaje radiofónico: «¡Catalanes!:... acabáis de escuchar al general Goded, que dirigía la insurrección y que pide se evite el derramamiento de sangre. La rebelión ha sido sofocada. La insurrección ha sido dominada. Es necesario que todos continuéis a las órdenes del gobierno de la Generalitat, atendiendo a sus consignas...» La autoridad de la Generalitat, sin embargo, se impondrá a través de la negociación con los anarquistas, dueños virtualmente de la calle. En la fotografía inferior, aspecto del edificio del cuartel general de la división orgánica después de la refriega.



(Inst. Municipal de Historia. Barcelona.)

rabassaires [44]. Este organismo, dominado al principio por sus miembros anarquistas, se convirtió en el auténtico gobierno de Barcelona después de la derrota del alzamiento [45]. Aunque hubo casos aislados de simpatizantes de los rebeldes que dispararon ocultos contra los milicianos, la principal actividad del comité consistió en preparar las milicias que habían de marchar contra Zaragoza y organizar la revolución en Barcelona. Para todo esto, ni Companys ni el Comité de Milicias Antifascistas consultaron con el gobierno central.

En Granada, finalmente terminó la indecisión el 20 de julio. El general Pozas telefoneó desde Madrid instando al gobernador civil a una «resistencia desesperada y sangrienta» contra la menor manifestación de alzamiento militar. Los coroneles Muñoz y León lo estaban preparando. El general Campins cometió la imprudencia de realizar una segunda visita al cuartel de artillería, y allí fue acusado de traidor por uno de sus propios capitanes. Con gran asombro, se enteró de que todos los oficiales de la guarnición, la guardia civil y la guardia de asalto estaban con los rebeldes. Campins dio media vuelta para marcharse, pero le cortaron el camino. Su ayudante le sugirió que firmara la declaración de estado de guerra. Y así lo hizo después de ir al cuartel de infantería y comprobar que también allí los oficiales estaban con los rebeldes. Entonces, las tropas de la guarnición de Granada recibieron la orden de lanzarse a las calles de la ciudad.

Pero su jefe no fue el general Campins, que fue encarcelado, sino el

[44] La CNT estaba representada por Juan García Oliver, Durruti y José Asens; la FAI por Aurelio Fernández y Abad de Santillán; la UGT por José del Barrio, Salvador González y Antonio López; el PSUC por José Miret; el POUM por José Rovira; la Esquerra por Jaime Miravitlles, Artemio Ayguadé y Juan Pons; los *rabassaires* por José Torrents Rosell; y *Acció Catalana* por Tomás Fábregas. Estos representantes de la CNT y de la FAI eran intercambiables, porque los de la FAI eran miembros de la CNT y viceversa.

[45] Los anarquistas aceptaron la paridad con los otros partidos en este comité porque (según Abad de Santillán) deseaban el mismo trato en otras zonas donde eran débiles.

«Podéis contar conmigo —asegura Lluís Companys a García Oliver, Diego Abad de Santillán, Durruti y otros anarcosindicalistas— y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido de que hoy muere todo un pasado de bochorno y que desea que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social.» Es el 20 de julio, y el gobierno de la Generalitat resuena como un organismo hueco, formal. Diversas tendencias, que representan hombres tan variados como Andrés Nin, García Oliver o Durruti, se han adelantado al gobierno autónomo. Entre los sindicatos se marca una diferencia que abre una brecha definitiva entre ellos. Socialistas y comunistas deciden adecuarse a la burguesía y ganar la guerra que se adivina, mientras que el anarcosindicalismo pretende simultanear el conflicto armado y la revolución. El licenciamiento de tropas provoca escenas de jolgorio. En Barcelona, y en general en toda Cataluña, el ejército resulta, tras los primeros momentos, sospechoso.



(Inst. Municipal de Historia. Barcelona.)


LA VOZ

LA REBELION, ANIQUILADA

En Madrid, las fuerzas del Gobierno se han apoderado de todos los cuarteles

Todo el país, a excepción de Zaragoza y Valladolid, está controlado por la autoridad legítima

Admirable comportamiento de la Guardia Civil y de los cuerpos de Asalto, Seguridad y Carabineros

Noticias oficiales de la mañana de hoy

Asedio y rendición del cuartel de la Montaña

(*La Voz*, 20-VII-36. Servicio Histórico Militar.)



(Arch. C. S. de Tejada.)

El 20 de julio se cree que la rebelión ha sido aplastada, y así lo anuncia la prensa en casi toda España. En realidad, el territorio peninsular permanece, salvo mínimas excepciones, en el área de influencia republicana. Pero los focos rebeldes servirán de base de operaciones para hostigar en el norte y conseguir en el sur, mediante el aeropuerto de Tablada, el transporte sistemático de tropas del ejército de Africa.

coronel Muñoz. Ocuparon la ciudad. Las multitudes, que estaban desarmadas, se dispersaron al llegar los militares ante el ayuntamiento, y el gobernador civil y sus colaboradores fueron detenidos sin resistencia. En esta conquista del centro de la ciudad sólo murió un soldado nacionalista. Por la noche, sólo resistía el barrio obrero de El Albaicín, situado debajo de la Alhambra. Tardarían algunos días en reducirlo, y los obreros sufrirían innumerables bajas [46].

En Valencia, la situación de incertidumbre continuó todavía algunos días, aunque, a partir del 20 de julio, la balanza se inclinó firmemente del lado de la República. El diputado local, Carlos Esplá, junto con Mariano Gómez, el primer magistrado de Valencia, lograron convencer al general Martínez Monje, jefe de la 3.ª División, con base en la ciudad, para que se mantuviera leal al gobierno. Sin embargo, durante un día o dos, este general estuvo dudando sin saber qué hacer, a pesar de que los conspiradores no se habían puesto en contacto con él. Entretanto, los cuarteles de la ciudad habían sido sitiados por miles de trabajadores. El que teóricamente había de ser el principal conspirador, a saber, el general González Carrasco, tras ocultarse de refugio en refugio llevado por su inquietud, lo dio todo por perdido e intentó escapar, cosa que acabó haciendo, en dirección al norte de Africa, junto con el comandante Barba. Sus seguidores se quedaron sitiados en sus cuarteles, mientras ardían once iglesias y era destruido el palacio del arzobispo [47]. Una situación igualmente incierta se produjo en Alicante cuando el general García Aldave, gobernador militar, que también había vacilado hasta entonces, se dejó convencer por los que le instaban a mantenerse leal [48]. (Entretanto, en la cárcel de Alicante, José Antonio Primo de Rivera y su hermano Miguel continuaban consumiéndose sin esperanzas de ser libertados.) En Almería, el coronel de carabineros Crespo Puerta se alzó el 20 de julio y ocupó los edificios públicos, pero se vio obligado a rendirse ante la llegada de soldados leales procedentes de Granada y ante la amenaza de bombardeo por parte del destructor leal *Lepanto*.

En Sevilla, la victoria de Queipo de Llano quedó confirmada el 20 de julio. La ocupación del aeropuerto —un aeropuerto importante para el sur de España— fue una gran ayuda para los rebeldes. Permitió la llegada de un grupo de legionarios, transportados desde Marruecos en un Fokker, al mando del comandante Castejón. Este oficial dirigió a sus hombres en el asalto final a Triana, el distrito obrero de la otra orilla del río Guadalquivir. Todos los barrios resistieron hasta el fin, pese a encontrarse prácticamente sin armas. En el barrio de San Julián, la matanza fue horrible. Los legionarios obligaron a salir a la calle a todos los hombres que encontraron y los mataron a bayonetazos. Luego, la parte inferior de Triana fue arrasada a cañonazos [49].

[46] *Cruzada*, XI, pp. 281-288. El mejor relato breve está en Gibson, p. 52 y ss.

[47] *Cruzada*, XXIII, pp. 460-502; Borkenau, pp. 114-115.

[48] *Cruzada*, XXIII, pp. 533-548. La suerte que corrieron estos dos generales fue diferente: Martínez Monje siguió siendo gobernador militar, mientras que García Aldave fue fusilado.

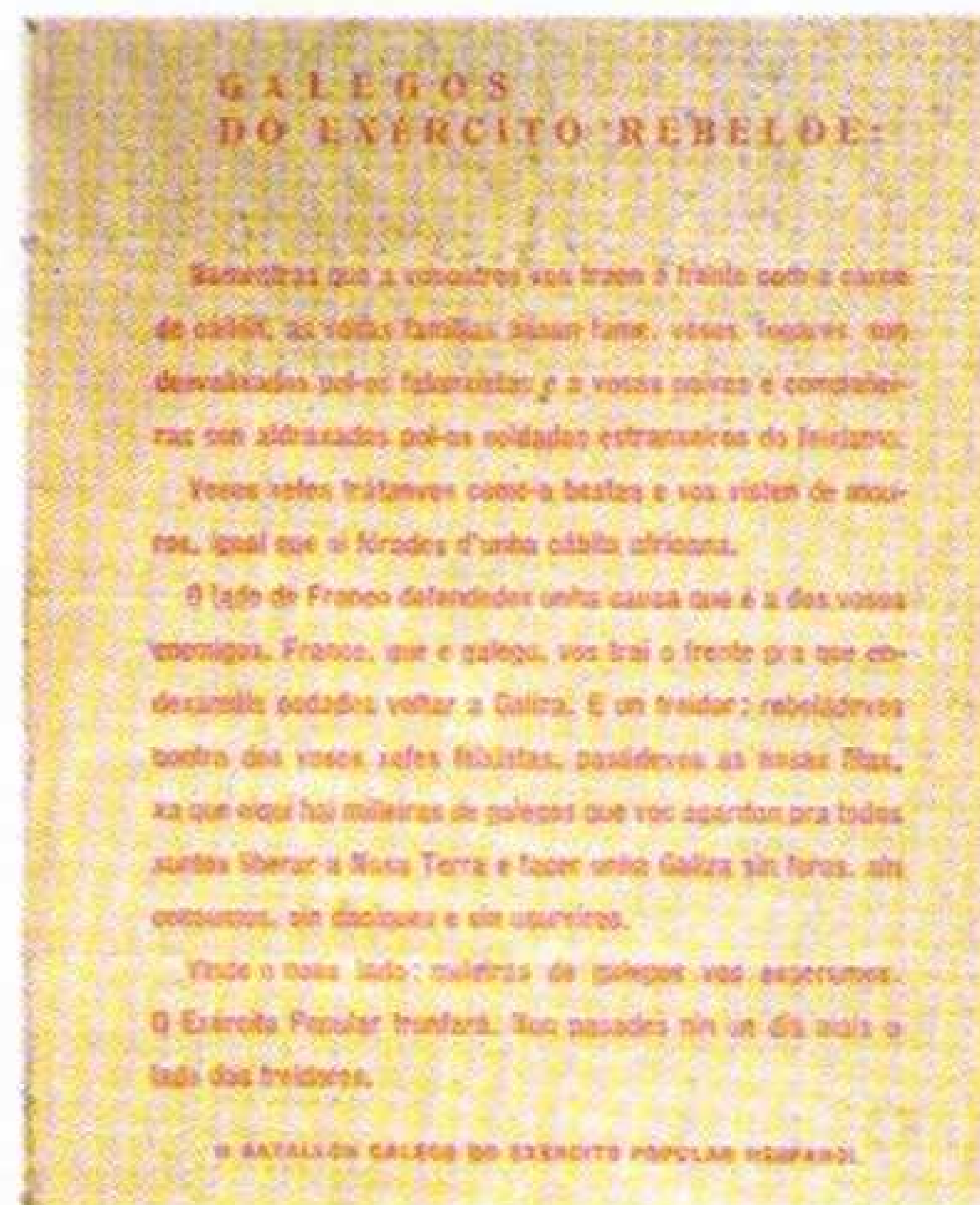
[49] Véanse los reportajes, sobre estos acontecimientos, de Bertrand de Jouvenel, enviado especial de *Paris-Soir*.



(Dibujo C. Sáenz de Tejada. Col. C. S. de Tejada.)

Los cuarteles valencianos son asaltados por los trabajadores, mientras el general González Carrasco consigue huir al norte de Africa. En este boceto, Carlos Sáenz de Tejada representa a los grupos populares valencianos saqueando un cuartel. Destaca la bella silueta de la miliciana.

Galicia, que acaba de aprobar masivamente su anteproyecto de Estatuto de autonomía, no parece terreno abonado para la sublevación. Esta se retrasa hasta el día 20, cuando en el cuartel general divisionario de la Coruña se toma la iniciativa por parte de los jefes conspiradores, y les siguen en el alzamiento Lugo, Orense, Santiago, Pontevedra y Vigo. El último reducto leal al gobierno, Tuy, defendido por carabineros, caerá el 27 de julio, pasando a ser Galicia cantera de tropas para el ejército rebelde.


GALEGOS
DO EXÉRCITO REBELDE:

(Arch. C. S. de Tejada.)

La Coruña y El Ferrol

En Galicia, la lucha empezó también el 20 de julio. En La Coruña había dos generales: Enrique Salcedo, el general de la 8.ª División, y Rogelio Caridad Pita, gobernador militar y jefe de la 5.ª brigada de infantería. El primero era obeso, cauto, viejo y aletargado, aunque había combatido en Marruecos y en Cuba. El segundo era un decidido partidario del Frente Popular. El jefe de la conspiración en La Coruña era el comandante Martín Alonso, que había estado encarcelado en Villa Cisneros por su participación en el levantamiento de 1932, y que había huido de allí en dramáticas circunstancias. Los generales y las autoridades civiles vacilaban ante la responsabilidad que suponía armar a los sindicatos. Mientras tanto, la CNT local celebró un gran mitin de amistad con la UGT en la plaza de toros. Un orador espontáneo anunció que había armas escondidas

en la iglesia de San Pedro de Mezonzo, y una parte de la multitud fue a saquear la iglesia. Finalmente, el 20 de julio al mediodía, con los partidarios del Frente Popular lanzados a la calle, el general Caridad Pita, apoyándose en las buenas noticias llegadas de Barcelona y Madrid, convenció a Salcedo de que se declarara a favor del gobierno. Arrestaron al comandante Martín Alonso. Pero, a pesar de todo, el coronel Cánovas Lacruz, jefe del cuerpo local de ingenieros, declaró el estado de guerra y envió a sus hombres a apoderarse de la ciudad. Los trabajadores intentaron resistir, pero carecían de armas. La Falange local fue armada rápidamente y, encabezada por Manuel Hedilla, el dirigente de Santander que se encontraba allí por casualidad, fue muy útil al ejército. Al cabo de unas horas, los rebeldes habían despejado el centro de la ciudad, y habían detenido al gobernador civil (de veintisiete años de edad) Joaquín Pérez Carballo, que fue fusilado junto con su esposa, Juanita. Los dos generales fueron detenidos por sus jefes de estado mayor, y también fueron fusilados, unos meses más tarde, con otros oficiales [50]. La batalla continuó esporádicamente durante varios días, ya que los obreros recibieron el refuerzo de una columna de mineros procedentes de las cercanas minas de estaño de Noya [51]. Finalmente, el armamento superior de los rebeldes decidió la lucha. La última escaramuza tuvo lugar en el romántico jardín donde todavía se encuentra la tumba de sir John Moore, el héroe de la guerra de la Independencia [52]. En otros lugares de Galicia también hubo lucha: en Vigo, los soldados cayeron brutalmente sobre la población desarmada, pero las escaramuzas se prolongaron varios días, sobre todo en la zona del puerto [53]. En la deliciosa ciudad de Pontevedra, las gentes de los pueblos vecinos llegaron para combatir a los soldados como si se tratara de una fiesta, con palos, hoces, cuchillos y garrotes, y algo de dinamita, que sería inútil. La provincia cayó rápidamente, y la victoria se debió más a los asesinatos que al combate.

En la base naval de El Ferrol, el 20 de julio también comenzó la lucha entre los marineros que se habían adueñado de los barcos de guerra y los rebeldes victoriosos en tierra. La vacilación y la división de opiniones produjeron la rendición del crucero *Almirante Cervera*. Poco después, el *España* izaba bandera blanca. A continuación se rindieron también una serie de lanzatorpedos y guardacostas en los que también se habían producido levantamientos.

Desde el primer cartucho disparado se observa una precaución en las comunicaciones, en la guerra psicológica, que, más tarde, desembocará en unos potentes servicios de información en ambas zonas. Buen ejemplo de ello pudieran ser estos dos mensajes, en los que, en uno de ellos, se da cuenta de la sublevación de la 8.ª División en Galicia, y que, en caso de caer en manos gubernamentales el radiograma, crearía inquietud, al comprobarse la consolidación de la revuelta en el noroeste. Por el contrario, en el telegrama de Franco a Mola se utiliza la clave para ocultar los fracasos. Los servicios de información en «zona nacional» están dispersos en un principio y poseen cierta autonomía.


2

RADIOGRAMA OFICIAL

Burgos 20 de Julio de 1.936

General Ejército Norte a Coronel Comandante Militar Coruña encargado mande fuerzas 8ª División.

Ejército Norte abraza a sus compañeros 8ª Division que unidos al declarar Estado Guerra hemos de salvar a nuestra Patria. Viva España- Viva La Republica.

De O. de S.E.
El Coronel Jefe de E.M.

(Servicio Histórico Militar.)


FUERZAS MILITARES DE MARRUECOS — ESTADO MAYOR

TELEGRAMA OFICIAL

[illegible] EXPEDICIONARIO. — 3

Fecha 24 de JULIO de [illegible]

El GENERAL FRANCO.

Al GENERAL MOLA.

BURGOS.

CLAVE [illegible].

[illegible]

lo comunico por si cree oportuno tomar alguna medida.

TRANSMITASE.

De O. de S.E.

EL COMANDANTE JEFE DE ESTADO MAYOR.

(Servicio Histórico Militar.)

[50] Carta de Domingo Quiroga (actualmente en el Ecuador), del 4 de abril de 1962. Véase también, sobre las actividades de Hedilla, García Venero, *Falange* (p. 141 y ss.) y Southworth, *Anti-falange*, p. 109. Circularon muchos rumores sobre los detalles de la muerte de la esposa del gobernador. Estaba embarazada, y abortó al conocer la ejecución de su marido. A continuación intentó suicidarse, siendo entonces arrestada por unos falangistas, quienes la asesinaron. Una versión diferente del suceso aparece en Arthur Koestler, *Spanish Testament* [Londres, 1937], p. 300, y parece ser que es auténtica, aunque parezca una historia imaginaria de horror.

[51] Peirats, vol. I, p. 151.

[52] *Cruzada*, XIV, pp. 14-28. Véase también Iturralde, vol. II, pp. 114-115; Jean Flory, *Galice sous la botte de Franco*, París, 1938; Alfonso Camín, *España a hierro y fuego* (México, 1938), p. 88.

[53] Para una visión de Vigo tras la sublevación puede consultarse P. Guedella, *The hundredth year*, Londres, 1940, p. 205.

Treinta oficiales habían sido asesinados y un número aproximadamente igual de marineros revolucionarios también fueron fusilados. El almirante Antonio Azarola, ex ministro de Marina y comandante de la base, se pronunció a favor del gobierno, y fue arrestado. La caída de estos astilleros en manos de los nacionalistas sería un golpe serio para un gobierno que iba a enfrentarse a una guerra larga. En León, el alzamiento se produjo a las dos de la tarde del día 20 de julio. El gobernador civil hubo de lamentar mucho la ausencia de los mineros que habían salido para Madrid el día anterior. A pesar de todo, con un calor aplastante, los trabajadores lucharon tenazmente contra las tropas que se habían lanzado a la calle a las órdenes del general Carlos Bosch. No obstante, vencieron los rebeldes, al igual que en toda la provincia. La única batalla importante tuvo lugar en Ponferrada, centro de comunicaciones de la región, donde parte de los mineros que habían salido de Oviedo pensando que estaba seguro en manos de Aranda fueron asesinados en masa en la plaza del mercado [54]. En Menorca, el otro general Bosch fue derrotado el 20 de julio por las fuerzas combinadas del Frente Popular y hombres de su propia guarnición. Así pues, la base de submarinos del puerto de Mahón, donde se encontraban la mayor parte de los submarinos españoles, construidos durante la primera guerra mundial, fue ganada para la República.



(Col. J. M. Armero.)

JOSE SANJURJO Y SACANELL (Pamplona, 1872-Estoril, Portugal, 1936)

Prototipo del héroe en las guerras coloniales, dos veces laureado, monárquico, ayudó, sin embargo, al asentamiento de la Segunda República. Su prestigio dentro del mundo militar lo señala como jefe indiscutido para encabezar el alzamiento. El 20 de julio de 1936, un accidente de aviación cerca de Lisboa le acarreó la muerte.
Se inicia en la guerra de Cuba como teniente, y más tarde como capitán. Con la independencia de la isla vuelve a España y participa en la guerra de Marruecos. Entre sus hechos de armas más destacados aparecen la toma del monte Gurugú, frente a la ciudad de Melilla y, en la comandancia de Ceuta, las acciones en las kabilas del Yebala. Al frente de la Comandancia General de Larache, en 1922, organiza la investigación sobre los supuestos casos de corrupción de intendencia e intervención militares. Es nombrado alto comisario de España en Marruecos. En 1925 participa en el desembarco de Alhucemas, en una operación combinada hispano-francesa para acabar con la resistencia independentista encabezada por Abd-el-Krim. En 1927 da por terminada la guerra del Rif con un parte emitido en Bab Taza, por lo que Alfonso XIII le concede el título de marqués del Rif, aunque en el estamento militar es conocido como «el León». El 28 de marzo de 1931, en el palacio de Oriente, es otra vez Alfonso XIII el que premia al general Sanjurjo, condecorándolo con la Gran Cruz de Car-

La muerte de Sanjurjo

El 20 de julio ocurrió otro acontecimiento importante. Mola había enviado a Lisboa una avioneta *Puss-moth*, pilotada por un joven piloto monárquico, Ansaldo, para que llevara a Burgos al general Sanjurjo, general en jefe del alzamiento. Ansaldo llegó a la villa de Sanjurjo y encontró en torno al «León del Rif» a unas cuarenta personas muy excitadas, que escuchaban las noticias contradictorias de la radio, recibían frenéticas llamadas telefónicas y hacían *ex cathedra* predicciones incorrectas. Ansaldo se declaró solemnemente «a las órdenes del jefe del Estado español». Todos los presentes se pusieron a cantar la *Marcha real*. Muchos lloraban de emoción. Otros prorrumpieron en gritos de «¡Viva Sanjurjo!» y «¡Viva España!» El gobierno de Madrid presentó una queja por el hecho de que un piloto rebelde hubiera utilizado un aeropuerto militar portugués. Las autoridades portuguesas, aunque simpatizaban con Sanjurjo, pidieron a Ansaldo que trasladara su avioneta a un campo de aterrizaje más distante. Finalmente tuvo que despegar desde un pequeño campo, rodeado de pinos, en Marinha. Allí, ante la alarma del piloto, el general insistió en llevar consigo una pesada maleta, que contenía un uniforme completo que quería utilizar como jefe del nuevo Estado español. Es posible que fuera este exceso de equipaje lo que hizo difícil el despegue de la avioneta. La hélice tropezó con las copas de los árboles y el aparato se incendió. Ansaldo resultó herido, pero su pasajero murió carbonizado —víctima de la etiqueta más que del sabotaje— [55]. Esta muerte dejó sin

[54] *Cruzada*, XV, pp. 134-147.
[55] Ansaldo, p. 51. Sanjurjo rechazó el «espléndido bimotor» que Fal Conde envió a Lis-

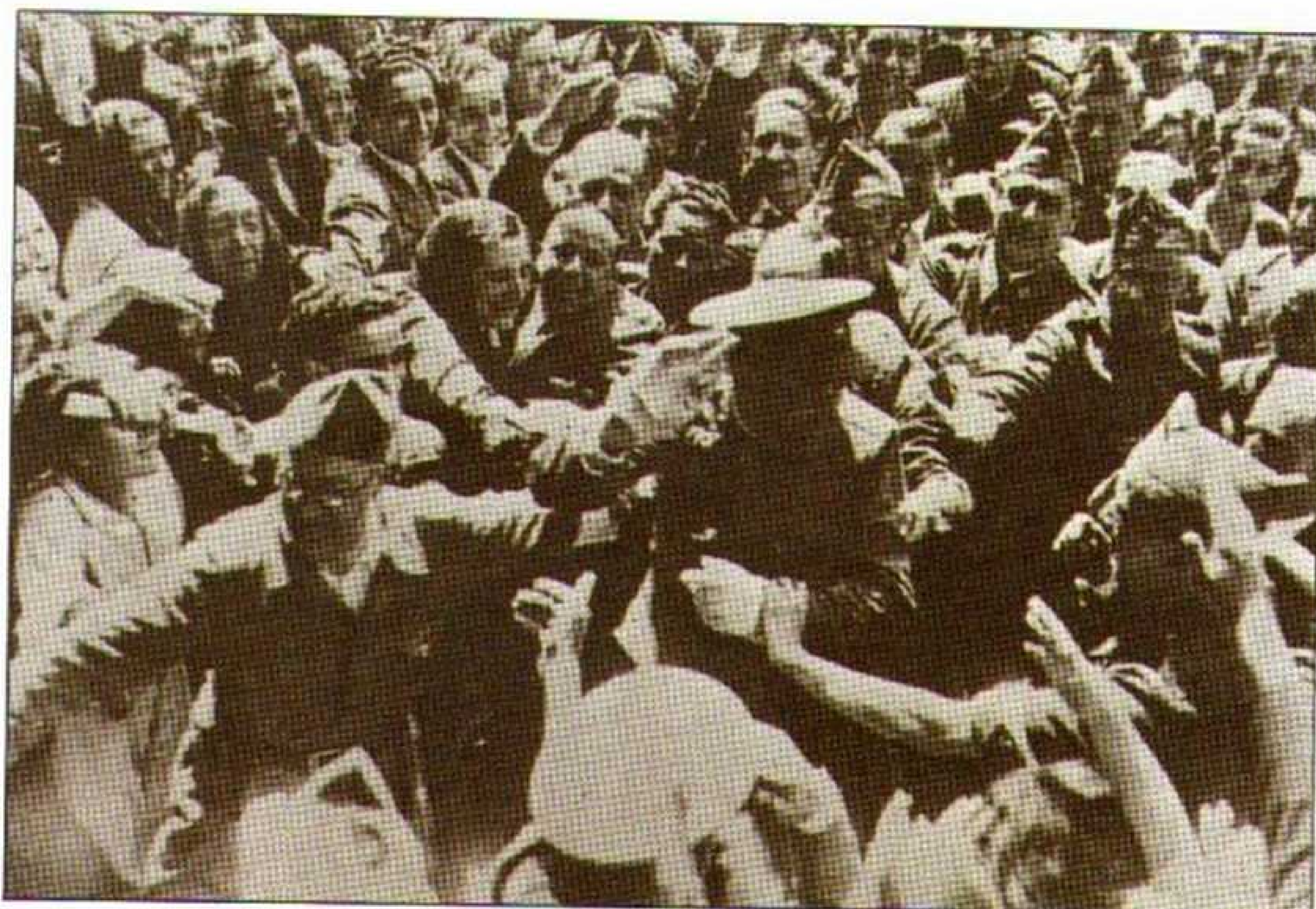
los III. Sanjurjo era ya director general de la guardia civil, aunque simultaneaba este cargo con el de alto comisario en Marruecos, lo que demuestra el alto favor y confianza que la Corona depositaba en el general.
Tras las elecciones municipales del 12 de abril, con el triunfo republicano, existe un temor: la actitud de la guardia civil, y concretamente la del general Sanjurjo, incondicional de la Corona. El 14 de abril de 1931, Sanjurjo, inesperadamente, se pone a las órdenes del nuevo ministro de Gobernación de la República, Miguel Maura, aunque se ofrece para acompañar a los reyes a su exilio hasta el límite de la frontera española. Algunos piensan que una posible causa de su desafección monárquica podría ser el abandono del general Primo de Rivera, por Alfonso XIII, tras la desaparición de la Dictadura, en 1929.
Enfrentado con Azaña, por su política de reducción del ejército, y molesto porque la República designa a un civil —López Ferrer— como alto comisario en Marruecos, y tras los sucesos de Arnedo, en los que resultan varios muertos, es sustituido en su cargo por el general Miguel Cabanellas, pasando Sanjurjo a dirigir los carabineros.
El 10 de agosto protagoniza en Sevilla un intento de sublevación contra la República, que fracasa en toda España, y fundamentalmente en Madrid. Tras el fracaso, Sanjurjo decide huir a Portugal. Es detenido en Huelva, junto con su hijo Justo. Condenado a muerte, es indultado por Azaña y trasladado al penal del Dueso, donde cumple condena. En 1934 es amnistiado, marchando a Lisboa, adonde va a buscarlo en 1936 Juan Antonio Ansaldo en su avioneta para trasladarlo a Burgos. Cuando despegan se produce el accidente, del que Ansaldo resulta ileso, y que diversos historiadores han venido investigando tratando de encontrar indicios de un posible sabotaje.

cabeza al alzamiento; fue un golpe para los carlistas, sobre todo. Después del asesinato de Calvo Sotelo, de la cautividad prolongada de José Antonio, y de la reciente detención de Goded, las personas más destacadas del bando nacionalista pasaron a ser Franco, Queipo de Llano y Mola; y, mientras Mola se tenía que enfrentar con las consecuencias de una revolución que estaba muy lejos de ser un éxito en el norte de España, y se preparaba para luchar en tres frentes, Franco ya tenía el control de Marruecos y del ejército de Africa. En cuanto a Queipo, parecía más dotado para la propaganda que para el liderazgo político.

Una línea divisoria

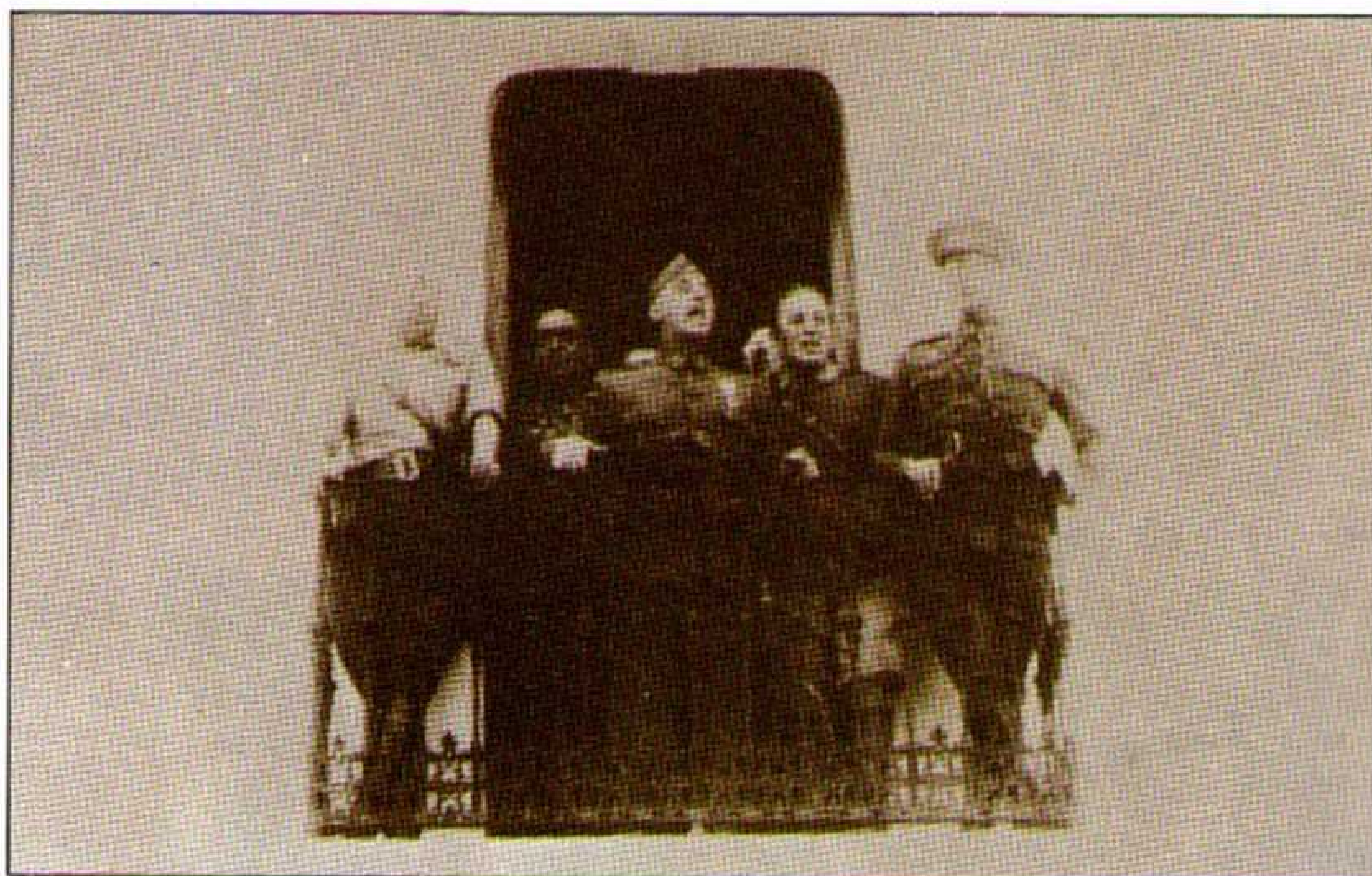
El 21 de julio se podría haber trazado una línea aproximada que dividiera las zonas donde, por lo general, había triunfado el alzamiento, de aquéllas donde, en su mayoría, había fracasado. Esta línea empezaría hacia la mitad de la frontera hispano-portuguesa y seguiría en dirección nordeste hasta la sierra de Guadarrama, cerca de Madrid, donde se inclinaría hacia el sudeste hasta Teruel. A partir de allí se dirigiría hacia el norte, en dirección a los Pirineos, llegando aproximadamente a la mitad de la frontera hispanofrancesa. Excepto la larga franja costera que comprendía Asturias, Santander y las dos provincias vascas que dan a la costa, todos los territorios comprendidos al norte y al oeste de esta línea constituían la zona nacionalista (que comprendía, además, Marruecos, las Canarias y las Baleares, excepto Menorca). Al sur y al este de la línea, salvo las ciudades andaluzas de Sevilla, Granada, Córdoba y Algeciras (todas las cuales, menos las dos últimas, estaban aisladas unas de otras), el territorio era principalmente republicano. Dentro del territorio republicano, en Toledo, San Sebastián, Valencia, Gijón, Albacete y Oviedo, determinados edificios estaban

boa. Véase una investigación sobre las teorías del sabotaje en José Luis Vila San Juan. *Enigmas de la guerra civil española* (Barcelona, 1972), p. 31 y ss.


(Salmer.)

Dos objetivos obsesionan al general Mola durante los primeros días que siguen a la sublevación: uno de ellos, la rápida conquista de Madrid; el otro, ahorrar cartuchos de fusil en las columnas a sus órdenes que avanzan hacia la capital. Pronto se hace patente una realidad: sus tropas son detenidas en Guadarrama, en Somosierra y en la Alcarria, sin muchas esperanzas de nuevos avances.

(Efe.)



«Al final exigiremos cuentas estrechas —dice Franco en la plaza de España en Tetuán, y más tarde repite por radio— de las conductas dudosas o traidoras, y expulsaremos de las filas del ejército e institutos armados a cuantos no sientan a España y hagan armas contra los buenos españoles...»
En la fotografía, Franco dirige un discurso a la población de Ceuta, que le aclama.

(Salmer.)



Las charlas, *provocadoras, inmovilizan cada noche a los españoles de ambos frentes junto al receptor para escuchar a Queipo de Llano. «¡Buenas noches, señores!», comienza diciendo invariablemente el general desde radio Sevilla, y a menudo exagera: «El ochenta por ciento de las familias de Santa Lucía está ya de luto. Y no vacilaremos en adoptar medidas más rigurosas para asegurar nuestra victoria.» La República, en este cartel, estimula el apoyo campesino.*



(Arch. C. S. de Tejada.)

en poder de los rebeldes. En muchas ciudades nacionalistas, prosiguieron las escaramuzas durante varios días en los barrios obreros. Hubo además muchos sitios, como la sierra de Albarracín, situada entre el Aragón rebelde y la Castilla revolucionaria, donde se creó un vacío de autoridad, y que sirvieron sólo como desiertos que podían atravesar agentes secretos, fugitivos y bandidos.
En el campo andaluz, la situación era particularmente confusa. Los sucesos del antiguo pueblo lanero de Pozoblanco fueron típicos. El 18 de julio, unos 120 guardias civiles llevaron a cabo un alzamiento victorioso. Luego, las izquierdas —los mineros de Linares y unos 150 guardias civiles leales— rodearon el pueblo y obligaron a los guardias civiles a rendirse por hambre. Los sitiados y sus familias fueron metidos en un tren y enviados a Valencia, donde pasaron al buque-prisión *Legazpi*. Allí los fusilaron a todos, salvo a 26. Sesenta y cuatro de los sitiados fueron fusilados inmediatamente. Estos sucesos fueron la culminación de las innumerables revueltas


(Photo Research Int.)

campesinas y las salvajes sublevaciones del pasado [56]. En realidad, aquellos días vieron la culminación de cien años de guerra de clases: la violencia provocaba nuevas brutalidades, y las noticias de las barbaridades cometidas en un pueblo provocaban nuevas barbaridades en el pueblo vecino. Por ejemplo, llegaban refugiados de la Sevilla de Queipo de Llano a cualquiera de los pueblos situados entre esa ciudad y Córdoba. Contaban historias tan terribles que incitaban a tomar represalias contra cualquiera que estuviera al alcance de la mano. Más tarde, en la guerra, llegaría el ejército, y la represión consiguiente sería todavía peor [57].

[56] Agradezco a Ronald Fraser su corrección de una versión anterior de esta historia.
[57] En cuanto a las escasas colonias españolas restantes, allí se retrasaron los acontecimientos, pero finalmente todas ellas (Guinea, Fernando Poo, Ifni y Villa Cisneros) se declararon a favor de los nacionalistas; aunque al principio Guinea se puso de parte del gobierno. Véase Cabanellas, vol. I, pp. 512-514.



La población española en los territorios coloniales del golfo de Guinea no es numerosa y vive bastante ajena a los acontecimientos que se desarrollan en la península y Marruecos. La situación política en las colonias sólo registra algunas tensiones en julio y agosto, hasta que, mediado el mes de octubre, una expedición canaria incorporará la colonia a la obediencia del caudillo Franco. Frentepopulistas locales, como los de la fotografía, pueden fácilmente exiliarse en los territorios franceses vecinos y desde allí llegar a Europa.

(The Illustrated London News.)



En Andalucía, tal como nos muestran las fotografías, los primeros grupos expedicionarios de la Legión detienen a los que consideran enemigos de los pueblos cercanos a Sevilla. En muchos casos, los fusilamientos no se hacen esperar en Arahal, Carmona, Dos Hermanas, y también en Aracena, en la vecina provincia de Huelva, ya en los primeros días de agosto.

(Popperfoto.)



(Col. J. M. Armero.)

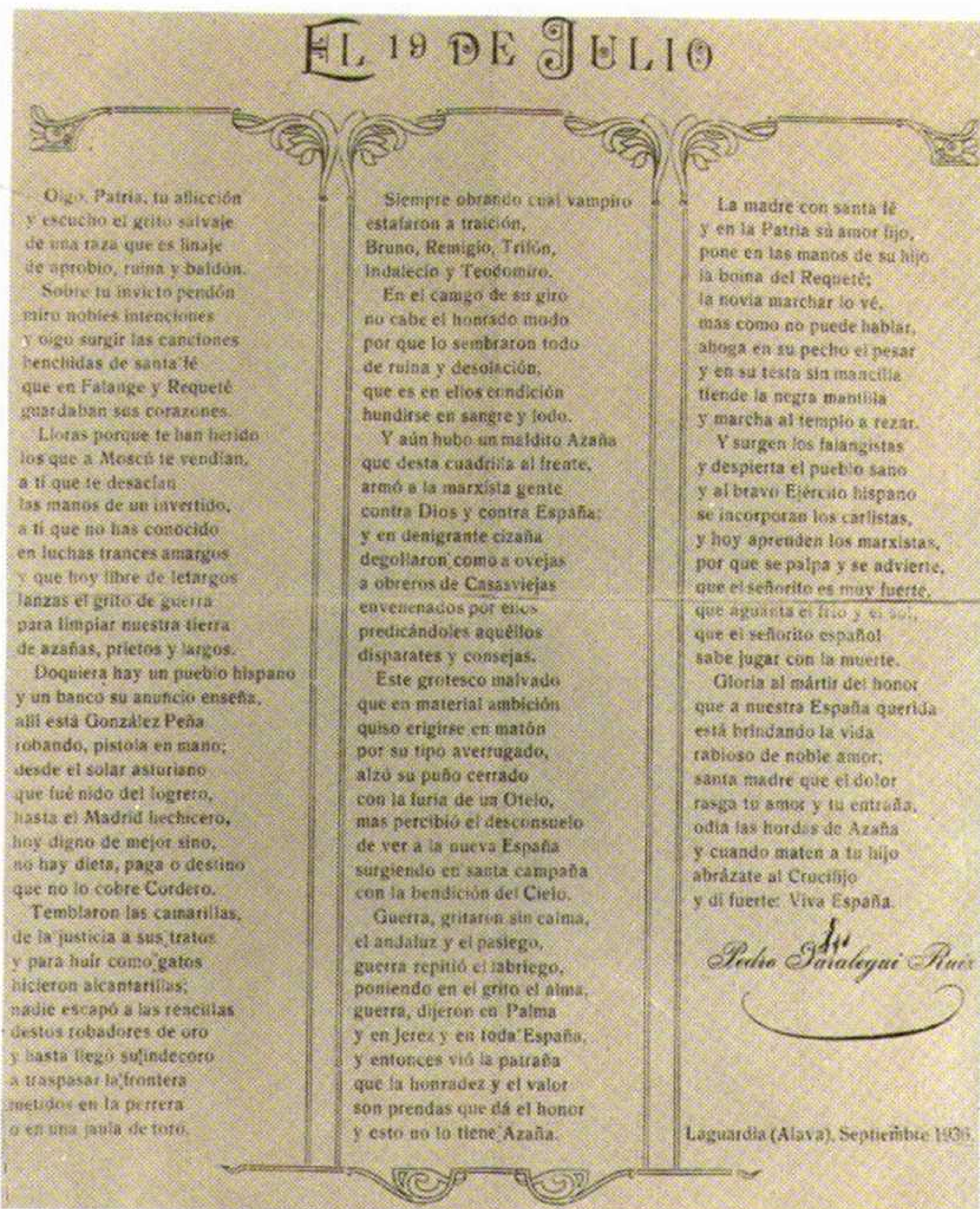
En la España nacionalista es imposible sustraerse al conjuro del rito y la simbología fascistas. La camisa azul mahón, falangista, se adorna con correajes, botas de caña y gorro legionario. Se exalta al héroe, y muchos ven en los símbolos de la Falange el paralelismo con el poderoso Estado fascista italiano y la fuerza nazi del Tercer Reich. «Preferimos —ha dejado escrito José Antonio Primo de Rivera en Arriba, *el 24 de junio de 1935— la bala comunista a la palmadita derechoide, porque preferimos cien veces morir de bala a morir de náusea.» Es el pretendido distanciamiento del capitalismo y del marxismo que la Falange preconiza en los primeros años. El ambiente castrense va militarizando los aspectos formales de la Falange, a expensas de su contenido político. Las tarjetas postales, como la que aquí vemos reproducida, insisten en los aspectos virilistas de la llamada «España Nacional».*

16

La España nacionalista

Detrás de esta línea divisoria había cien Españas, pero encuadradas en dos mundos. La España rebelde no tenía nada de rebelde. Los comentaristas extranjeros la llamaron «la España blanca», «la España insurgente», «la España fascista», y a veces incluso «la España cristiana»; pero el mejor adjetivo es el más neutral: «nacionalista» —ellos se autodenominaban «los nacionales» y llamaban al alzamiento «el movimiento»—. Parecía más una sociedad militar que una sociedad fascista, en parte porque la Falange presentaba un aspecto militar, uniformado, armado y beligerante. «Los que no llevan uniforme deberían llevar faldas», se decía constantemente. La ley marcial invadió gradualmente todo el campo de la justicia. Todos los funcionarios administrativos y judiciales fueron objeto de «investigación», para comprobar si iban a ser seguros en las nuevas

La composición ingenua, al hilo del oportunismo, refleja la necesidad propagandística de los sublevados. Más tarde, José María Pemán, Luis Felipe Vivanco, Luis Moure-Mariño, Pedro Laín Entralgo y Dionisio Ridruejo, entre otros, compondrán poemas de mayor calidad literaria, aunque sujetos a las servidumbres de la propaganda de guerra.



EL 19 DE JULIO

Oigo, Patria, tu aflicción
y escucho el grito salvaje
de una raza que es linaje
de oprobio, ruina y baldón.
Sobre tu invicto pendón
miro nobles intenciones
y oigo surgir las canciones
henchidas de santa fé
que en Falange y Requeté
guardaban sus corazones.
Lloras porque te han herido
los que a Moscú te vendían,
a ti que te deshacían
las manos de un invertido,
a ti que no has conocido
en luchas trances amargos
y que hoy libre de letargos
lanzas el grito de guerra
para limpiar nuestra tierra
de azañas, prietos y largos.
Doquiera hay un pueblo hispano
y un banco su anuncio enseña,
allí está González Peña
robando, pistola en mano;
desde el solar asturiano
que fué nido del logrero,
hasta el Madrid hechicero,
hoy digno de mejor sino,
no hay dieta, paga o destino
que no lo cobre Cordero.
Temblaron las camarillas,
de la justicia a sus tratos
y para huir como gatos
hicieron alcantarillas;
nadie escapó a las rencillas
destos robadores de oro
y hasta llegó su indecoro
a traspasar la frontera
metidos en la perrera
o en una jaula de toro.

Siempre obrando cual vampiro
estafaron a traición,
Bruno, Remigio, Trifón,
Indalecio y Teodomiro.
En el campo de su giro
no cabe el honrado modo
por que lo sembraron todo
de ruina y desolación,
que es en ellos condición
hundirse en sangre y lodo.
Y aún hubo un maldito Azaña
que desta cuadrilla al frente,
armó a la marxista gente
contra Dios y contra España;
y en denigrante cizaña
degollaron como a ovejas
a obreros de Casasviejas
envenenados por ellos
predicándoles aquellos
disparates y consejas.
Este grotesco malvado
que en material ambición
quiso erigirse en matón
por su tipo averrugado,
alzó su puño cerrado
con la furia de un Otelo,
mas percibió el desconsuelo
de ver a la nueva España
surgiendo en santa campaña
con la bendición del Cielo.
Guerra, gritaron sin calma,
el andaluz y el pasiego,
guerra repitió el labriego,
poniendo en el grito el alma,
guerra, dijeron en Palma
y en Jerez y en toda España,
y entonces vió la patraña
que la honradez y el valor
son prendas que dá el honor
y esto no lo tiene Azaña.

La madre con santa fé
y en la Patria su amor fijo,
pone en las manos de su hijo
la boina del Requeté;
la novia marchar lo vé,
mas como no puede hablar,
ahoga en su pecho el pesar
y en su testa sin mancilla
tiende la negra mantilla
y marcha al templo a rezar.
Y surgen los falangistas
y despierta el pueblo sano
y al bravo Ejército hispano
se incorporan los carlistas,
y hoy aprenden los marxistas,
por que se palpa y se advierte,
que el señorito es muy fuerte,
que aguanta el frío y el sol,
que el señorito español
sabe jugar con la muerte.
Gloria al mártir del honor
que a nuestra España querida
está brindando la vida
rabioso de noble amor;
santa madre que el dolor
rasga tu amor y tu entraña,
odia las hordas de Azaña
y cuando maten a tu hijo
abrázate al Crucifijo
y di fuerte: Viva España.

Laguardia (Alava), Septiembre 1936.

(Arch. C. S. de Tejada.)

El militarismo y el heroísmo, exaltados como virtudes masculinas, dan como resultado un tipo estereotipado de mujer, religiosa y hogareña: «Pensad —dice Rosario Pereda en una carta a los jóvenes falangistas detenidos en Santander— que hasta la mujer española, la auténtica, la heredera directa de Isabel, la enamorada de Fernando, vuelve a ser hoy lo que fue, por vosotros y para vosotros.» En la tarjeta postal se representa, con evidente sentido tópico, ese nuevo estilo de mujer.



(Arch. C. S. de Tejada.)

circunstancias. Un juez tenía que ser un hombre que sintiera simpatía por las derechas y estuviera dispuesto a plegarse a las exigencias militares. Todos los partidos políticos que habían apoyado al Frente Popular fueron prohibidos. La vida política dejó de existir. Incluso desaparecieron los antiguos partidos de derechas y de centro, incluida la CEDA. Los únicos grupos políticos activos eran la Falange y los carlistas, y éstos eran «movimientos» más que partidos. Las casas del pueblo y los periódicos de izquierdas fueron clausurados. Se decretó que las huelgas serían castigadas con la pena de muerte. Quedó prohibido todo desplazamiento privado por ferrocarril y por carretera. En la España nacionalista, los masones, los miembros de los partidos del Frente Popular, los miembros de sindicatos y, en algunas zonas, incluso todos los que habían votado a favor del Frente Popular en las elecciones de febrero, fueron detenidos y muchos de ellos fusilados. «Esta es Aranda la roja», comentó el monárquico conde de Vallellano en agosto al atónito representante de la Cruz Roja suiza, doctor Junod, mientras atravesaban en automóvil aquella ciudad, por donde pasa la línea férrea

principal Madrid-París. «Me temo que hemos tenido que encarcelar a todos sus habitantes y ejecutar a muchos» [1]. Este comentario suscita un tema inevitable: la índole y la amplitud de la represión.

La persecución

El número de ejecuciones varió de un sitio a otro, según el capricho del jefe militar o las autoridades locales. Los gobernadores civiles y militares y los funcionarios del gobierno civil, si habían sido nombrados por el Frente Popular, fueron casi siempre fusilados. La misma suerte corrieron cuantos intentaron seguir la huelga general declarada al principio del alzamiento. A las personas conocidas, tales como generales o gobernadores civiles, generalmente se las sometió a un simulacro de juicio, que duraba quizá dos o tres minutos, a cargo de un tribunal militar. La mayoría de personas corrientes, huelguistas, sindicalistas o anarquistas, no fueron juzgadas. El ejército fusiló a mucha gente, pero también lo hicieron bandas armadas de falangistas o carlistas. El ministro de Agricultura de la CEDA, Giménez Fernández, estuvo a punto de ser fusilado por «unos señoritos de Jerez» que entraron en su casa, en Chipiona. Su mujer perdió la razón. Su hijo, que estaba presente, cree que lo habrían matado si los señoritos no hubieran estado tan borrachos [2]. Las mujeres, hermanas o hijas de los hombres ejecutados a veces corrieron la misma suerte. Estas atrocidades tenían una finalidad especial. Aunque los rebeldes estaban muy decididos y a menudo bien armados, su número era reducido. En ciudades como Sevilla o Granada, la gran población obrera tenía que ser obligada a aceptar el nuevo orden por medio del terror antes de que los militares nacionalistas pudieran dormir tranquilos. Por eso, los rebeldes no sólo actuaron cruelmente con sus enemigos, sino que además tuvieron que actuar abiertamente y exponer los cadáveres de los que mataban a la contemplación pública. Lo único que pidió oficialmente la Iglesia fue que los asesinados después de cualquier tipo de proceso tuvieran la oportunidad de confesarse [3]. «Sólo el diez por ciento de estos amados hijos rechazaron los últimos sacramentos antes de ser fusilados por nuestros buenos oficiales», declaró un venerable hermano de Mallorca. Sin embargo, se prohibió llevar luto incluso a los parientes de aquellos que habían tenido una buena muerte [4]. Estos fusilamientos continuaron durante varios meses.



(Arch. C. S. de Tejada.)

Uno de los mitos que había agitado con innegable eficacia la derecha española, confirma ahora su presencia: «el monstruo ruso». Pese a que el Partido Comunista, en el verano de 1936, no es todavía muy poderoso, la incipiente propaganda de los sublevados acusa tenazmente de los desórdenes de la violencia que el gobierno de la Segunda República no se muestra capaz de controlar, a la influencia de la Unión Soviética. No importa que las acciones violentas procedan de la extremista FAI o de los grupos de delincuentes comunes que vagan sin control por Madrid, Barcelona o Valencia. Casi siempre se aludirá al monstruo ruso y al comunismo.

[1] Junod, p. 89.

[2] Recogido en Sergio Vilar, p. 637.

[3] Hay una descripción de los fusilamientos de Queipo de Llano en Sevilla, hecha por Antonio Bahamonde, que trabajó varios meses con él como «delegado de propaganda»: véase Antonio Bahamonde, *Un año con Queipo*. Más tarde Bahamonde huyó. Teniendo en cuenta que se trata de un elemento de propaganda, no obstante es una terrible acusación. También está Flory, *op. cit.*, y en lo referente a Burgos, Antonio Ruiz Vilaplana (juez de Burgos), *Doy fe*. Puede que algunos de los detalles de estos libros no sean ciertos, pero creo que, en conjunto, dan un retrato desgraciadamente auténtico del clima de auto de fe que reinaba en aquellos tiempos.

[4] Georges Bernanos, *Les grands cimetières sous la lune* (París, 1938), p. 68. En Mallorca, el verdadero terror no empezó hasta después del ataque republicano a la isla en los meses de agosto y septiembre. El limosnero principal de las cárceles de la España nacionalista, fray Martín Torrent, añadió más tarde una nueva puntualización teológica al decir: «Feliz el condenado a muerte, ya que es el único que sabe cuándo ha de morir. Así tiene la mejor



(Col. J. M. Armero.)

Junto a las acusaciones justificadas o exageradas, aparece frecuentemente como motivo en la propaganda política el desprecio insultante al enemigo expresado a través de imágenes tan significativas como las ofrecidas por esta postal nacionalista. La limpieza *simbólica se transforma en la práctica en un afán de eliminación física del adversario político o, simplemente, del sospechoso de desafección a la causa propia.*

La represión fue un acto político, decidido por un grupo de hombres desesperados que sabían que sus planes originales no habían salido según lo planeado. Pero las directrices de Mola desde el mes de abril habían previsto esta eventualidad. En una reunión de alcaldes de la zona próxima a Pamplona, el 19 de julio, Mola repitió el tono de aquellas instrucciones tan explícitas como duras: «Es necesario propagar una atmósfera de terror. Tenemos que crear una impresión de dominación [...]. Cualquiera que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado» [5]. Esto ocurría incluso en Navarra, donde el alzamiento triunfó sin apenas lucha. Y, aunque la proscripción se decidió en la cumbre, es evidente que no hubo ninguna dificultad para encontrar oficiales y soldados, policías, falangistas o carlistas dispuestos a detener a la gente, juzgarla apresuradamente y ejecutarla. Y esto ¿por qué? No parece suficiente decir que eran momentos de apasionamiento. Tampoco pueden explicarse estas atrocidades por las noticias, que pronto empezaron a llegar, muchas veces exageradas, de sucesos similares en la parte de España donde no había triunfado el alzamiento. No hay ninguna explicación fácil. El espíritu de las derechas estaba poseído por la rabia y el miedo, y el odio se había apoderado de mucha gente. Además, las nuevas autoridades militares de la España nacionalista se encontraban con el mismo problema que el gobierno, a saber, el de controlar las acciones «espontáneas». Así pues, muchos fueron asesinados sin la aprobación o la autorización del ejército.

Día tras día, desde el momento en que quedó asegurado el éxito del alzamiento, continuaron las detenciones. Nadie sabía de qué crimen serían acusados los detenidos, ni siquiera si se les volvería a

oportunidad para poner en orden su alma antes de morir.» Francisco Martí Torrent, *Qué me dice usted de los presos*. Alcalá, 1942.

[5] Iturralde, vol. II, pp. 88-89. Sobre esto véase también La Cierva, en Carr, *The Republic and the Civil War*, p. 202.



(Arch. B. M. Patino.)

En la fotografía, un grupo de falangistas navarros, encabezados (primero a la izquierda) por el agresivo jefe territorial José Moreno, conocido en Pamplona como «Pepe Perla». Los falangistas colaboran activamente con el requeté y las tropas de Mola en el fácil triunfo del alzamiento en Navarra.



(The Illustrated London News.)

El castigo, ya aplicado por el fascismo italiano, de afeitar la cabeza a las mujeres —como a estas de Oropesa— se utiliza con cierta frecuencia. Un novio o marido militante de algún partido del Frente Popular o perteneciente a algún sindicato, una acusación de militancia en algún partido, y más aún, el haberse distinguido en hechos revolucionarios cuando se trata de lugares conquistados, son causa suficiente. Sin descartar la pena de muerte en estos últimos casos.

ver. El escritor católico francés Georges Bernanos, que entonces se encontraba en Mallorca, describió cómo eran detenidos los hombres por bandas armadas nacionalistas: «Cada día en los pueblos perdidos, en el momento en que volvían del campo. Salían para su último viaje, con los brazos todavía rendidos por el trabajo del día, dejando intacta la sopa sobre la mesa, y una mujer sin aliento, junto a la puerta del jardín, tendiendo demasiado tarde ya un hatillo con las cosas más necesarias envueltas apresuradamente en una servilleta inmaculada: Adiós [...], recuerdos» [6].

En la mayoría de los casos, sin embargo, las detenciones se realizaban por la noche, y los fusilamientos consiguientes también se hacían al amparo de la oscuridad. A veces las ejecuciones eran individuales, y a veces colectivas. A veces, pura y simplemente, los prisioneros eran torturados antes de ser fusilados. A veces, el oficial encargado de la ejecución, movido a compasión, procuraba tener a mano una buena provisión de vino, para que los condenados pudieran ahogar su desesperación en las brumas de la embriaguez. A la mañana siguiente, se encontraban los cadáveres. A menudo pertenecían a miembros distinguidos de partidos de izquierdas, o a oficiales leales a la República. Pero nadie se atrevía a identificar estos cadáveres. Por ejemplo, los cadáveres de un coronel de caballería leal (Rubio Saracibarí) y de otros conocidos ciudadanos de Valladolid tuvieron que quedar enterrados para siempre bajo una lápida en la que se leía: «Siete cuerpos sin identificar. Encontrados en una colina, cerca del kilómetros 102 de la carretera



(Efe.)

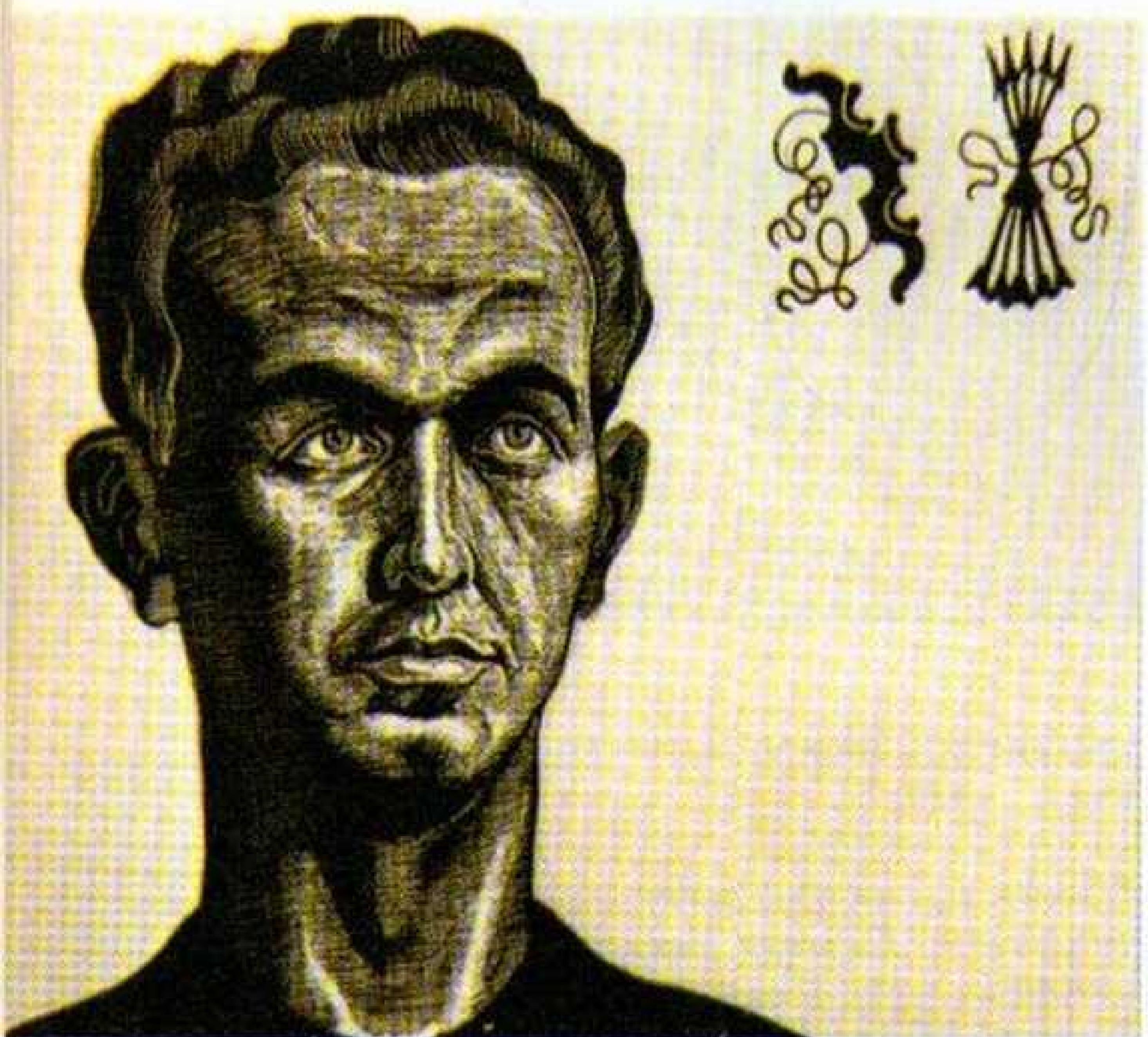
GEORGES BERNANOS (París, 1888-París, 1948)

Novelista y escritor polémico, la vida y la obra de Georges Bernanos parecen divididas entre el amor y la cólera. Profundamente católico, no regateó sus críticas a la Iglesia cuando creyó que ésta traicionaba su misión. Derechista radical en su juventud, su evolución posterior le llevó a oponerse sucesivamente a Franco, al acuerdo de Munich y al gobierno francés de Vichy.
Nacido en París, el 20 de febrero de 1888, se licenció en Letras por la Sor-

[6] Bernanos, pp. 72-73. Bernanos se encontraba por entonces en casa de la familia falangista de los de Zayas. Después del estallido de la guerra civil, el marqués (que entonces era el jefe de la Falange en Mallorca) y su hermano se preguntaron qué podían hacer con Bernanos. Decidieron no fusilarlo y Bernanos, más tarde, se marchó. Los hermanos Zayas nunca leyeron *Les grands cimetières*, y, posteriormente, el hijo del marqués se casó con una hija de Bernanos (manifestaciones de Carlos de Zayas).

bona. En 1936 publica Diario de un cura rural, **su obra maestra indiscutible y una de las mejores de la novela francesa contemporánea. La guerra civil española le sorprende en Mallorca, en casa de la familia del marqués de Zayas. Seducido en un primer momento por el levantamiento militar, se revuelve contra la crueldad de la guerra y escribe** Les grands cimetières sous la lune, **ataque feroz a los excesos franquistas y a los dignatarios de una Iglesia que justifica la matanza de inocentes en nombre de la defensa de la fe.**
Durante la segunda guerra mundial toma partido por su antiguo compañero de estudios Charles de Gaulle y multiplica sus actividades en favor de la Francia resistente en los periódicos de Río de Janeiro y a través de sus mensajes a los franceses transmitidos por la BBC. Vuelve a Francia en 1945, pero pronto se ve decepcionado por las luchas políticas y la falta de renovación espiritual de sus compatriotas, y se traslada a Túnez. Allí terminó su obra póstuma, Diálogos de Carmelitas, **poco antes de volver a Francia para morir en el hospital americano de Neuilly, el 5 de julio de 1948. En su sepelio, un grupo de soldados de la derrotada República española le rindió honores militares.**




(Col. C. S. de Tejada.)

Apenas salido de la prisión de Avila, Onésimo Redondo, en sus primeros contactos con el frente exclama: «He estado en la guerra; las balas pasaban por encima de mi cabeza. ¡Qué bonita es la guerra!» Morirá el 23 de julio.

de Valladolid» [7]. Un testigo ocular que vive en Valladolid dice que una «patrulla del amanecer» de falangistas, al comienzo de la guerra, fusilaba a cuarenta personas cada día: Onésimo Redondo, el fundador de las JONS de Castilla, que recientemente había sido liberado de la cárcel, se entregó a esta labor de purga. Los presos de aquella ciudad eran trasladados en camiones desde la cárcel hasta un lugar determinado, fuera de la ciudad, donde eran fusilados —con tanta regularidad que se instaló un puesto de venta de churros para satisfacer a los espectadores que iban en automóvil a contemplar el espectáculo— [8]. Un fraile capuchino recordaba que le habían ido a buscar, a medianoche, para oír las confesiones en masa de una multitud de condenados, cerca de Estella (Navarra), que después fueron fusilados [9]. Un día estaban enterrando el cadáver de un requeté llamado Castiella, en Tafalla (al sur de Pamplona). Había muerto en el campo de batalla. El público, indignado, pidió que, en represalia, mataran a los cincuenta presos que había

[7] Ruiz Vilaplana, p. 65. Al coronel Mena no lo mataron.
[8] Pueden verse descripciones de los sucesos de Valladolid en Iturralde, vol. II, pp. 107-120. Provienen de falangistas que tomaron parte en ellos y más tarde fueron encarcelados cuando el asunto de Hedilla.
[9] Testimonio recogido por Iturralde, vol. II, p. 74.


(The Illustrated London News.)


(Keystone.)

en la cárcel de la población. El alcalde objetó que no todos los que estaban allí merecían ser fusilados. El público insistió, y el alcalde sometió la cuestión a la junta de guerra carlista de Pamplona. La junta dijo que no, pero el público irrumpió igualmente en la cárcel, hizo salir a todos los encarcelados, los llevó en autobús a 25 kilómetros de Monreal, y allí, en la soledad de la noche, los asesinó a todos, incluidas bastantes mujeres, totalmente desconcertadas [10].
Al cabo de un tiempo (por lo menos en el norte), se suspendió la exposición de los cadáveres a la vista del público, a petición del general Mola, el cual declaró que le molestaba encontrarse los cadáveres tendidos en las cunetas. A partir de entonces, las ejecuciones se llevaron a cabo discretamente en el huerto de un monasterio perdido o entre los peñascos de alguna desolada ladera, mientras que en muchos sitios surgió la práctica iniciativa de llevar a cabo las ejecuciones en el propio cementerio.
Muchos detalles de aquellos días permanecen oscuros. Se inventaron historias con fines propagandísticos, a veces en la España republicana, y a veces en el extranjero. Arthur Koestler, que enton-

[10] *Op. cit.*, p. 93. Pueden encontrarse otros informes sobre asesinatos en Navarra en *No me avergoncé del Evangelio*, de Marino Ayerra (Buenos Aires, 1959), y en *Siete meses y siete días en la España de Franco*, de fray Ignacio de Azpiazu (Caracas, 1964).

En los primeros días de actividad, los sublevados tratan de apuntalar, mediante la dureza con sus adversarios, una evidente inferioridad estratégica. No es fácil precisar cuantitativamente y de forma global el alcance de tales medidas represivas durante julio de 1936, especialmente en lo que se refiere a los civiles fusilados. En el caso de los generales, por ejemplo, sabemos que cayeron ante el pelotón de ejecución Campins, en Sevilla; Núñez de Prado, en Zaragoza; Salcedo y Caridad Pita, en La Coruña; el contraalmirante Azarola, en El Ferrol, y Romerales, en Melilla; el general Batet no fue fusilado hasta febrero de 1937. Por otra parte, los generales Villa-Abrille, López Viota, Mena, Molero, Iglesias, Morales Bosch y Gómez Morato siguieron vivos, aunque en prisión, expulsados del ejército o, en algún caso, pasados a la reserva.

En Vitoria se proclama el «estado de guerra» bajo el mando del general García Benítez y un grupo de jefes y oficiales. Los cornetines del Regimiento de Flandes recorren calles y plazas anunciando la militarización de la ciudad. Soldados y requetés —como estos que refleja Carlos Sáenz de Tejada ante las murallas de Laguardia— toman, sin apenas un disparo, la Rioja alavesa. Destaca la actuación de un teniente coronel, antiguo profesor en la Academia General Militar de Zaragoza, amigo personal del general Franco y compañero suyo en las campañas de Africa: Camilo Alonso Vega. De las tres provincias vascongadas, sólo Alava se suma a la sublevación, lo que decidirá en el futuro un destino muy diferente al de Vizcaya y parte de Guipúzcoa, que habrán de convertirse en el reducto del nacionalismo vasco, incluyendo a la mayoría de sus clérigos.



(Col. C. S. de Tejada.)

ces trabajaba con el departamento de propaganda del Komintern en París, ha descrito cómo muchas tergiversaciones fueron incluidas deliberadamente en su libro *L'Espagne ensanglantée* por su superior, el dirigente checo de propaganda Otto Katz [11]. Pero algunas de las más tremendas acusaciones de atrocidades fueron presentadas por el respetable colegio de abogados de Madrid. Con los años, se han dado a conocer historias horribles. Un maestro de Huesca fue golpeado casi hasta morir por unos falangistas que querían hacerle confesar que conocía los «complots revolucionarios»; para suicidarse, se cortó una vena con sus propios dientes [12]. En Navarra y Alava, los nacionalistas vascos eran fusilados sin permitírseles confesarse. Al parecer, unos requetés dijeron a un hombre que extendiera los brazos en forma de cruz y gritara «¡Viva Cristo Rey!», mientras le amputaban dichos miembros. Su mujer, obli-

[11] Arthur Koestler, *The Invisible Writing* (Londres, 1954), pp. 333-335.
[12] Fernsworth, p. 205.

gada a presenciar la escena, se volvió loca cuando al final lo mataron a bayonetazos [13]. Unos sacerdotes que trataron de intervenir también fueron asesinados [14]. Tanto si estas atrocidades concretas ocurrieron tal como se ha dicho como si no, no cabe duda de que en la España nacionalista se produjeron muchos hechos similares. Incluso se produjeron, en grandes cantidades, en sitios como Córdoba y Granada, donde la rebelión había tenido un éxito casi inmediato [15].

En cuanto a los autores de estas atrocidades, la mayoría eran miembros del ejército o de los antiguos partidos de derechas, o meramente funcionarios u oficiales de la guardia civil. Desde luego, los falangistas mataron a mucha gente, pero no ocupaban puestos de mando y, aunque a veces figuraban en los pelotones de ejecución, también hubo algunos, como el jefe nacional interino de la Falange, Hedilla, que intentaron (en algunos casos individuales con éxito) contener la riada por medio de protestas o utilizando su influencia [16]. El obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea, pidió que cesara el derramamiento de sangre en Navarra, y hubo sitios donde las ejecuciones fueron llevadas a cabo por «incontrolables» contra las órdenes expresas de las autoridades. Sin embargo, en muchas ciudades grandes hubo jefes de policía o gobernadores militares sanguinarios, e incluso sádicos, que impidieron eficazmente cualquier protesta: el coronel Díaz Criado en Sevilla, el comandante Doval (famoso ya desde Asturias) en Salamanca, el mayor Ibáñez en Córdoba, el capitán Rojas y el coronel Valdés Guzmán en Granada, el ex republicano Joaquín del Moral en Burgos... Sus nombres han pasado a la historia como carniceros de su propio pueblo. Jesús Muro, el dirigente falangista de Zaragoza, la Falange de Andalucía y Andrés y Onésimo Redondo en Valladolid también fueron responsables de muchas cosas. Sin embargo, los responsables no siempre eran los dirigentes ni individuos identificables.

Los jefes no acogían calurosamente las peticiones de compasión. Cuando el representante de la Cruz Roja, doctor Junod, se dirigió a Mola para proponerle un intercambio de prisioneros de uno y otro bando, el general contestó: «¿Cómo quiere que cambiemos un caballero español por un perro rojo? Si dejo marchar a los prisioneros, mi pueblo me considerará un traidor... Ha llegado usted demasiado tarde, *monsieur*, estos perros ya han destruido los valores espirituales más gloriosos de nuestra patria» [17]. Evidentemente, a Mola le obsesionaba el miedo a que le consideraran un traidor, pero su respuesta era un reflejo de la realidad de lo que creían la mayoría de los rebeldes, ahora que habían quemado sus naves, y su convicción de que sus oponentes eran perros despreciables se veía


(Efe.)

El general Saliquet Zumeta entra, pistola en mano, en el despacho del general Nicolás Molero, jefe de la 7.ª División Orgánica, en Valladolid. Le conmina a sublevarse. Los ayudantes de Molero hacen frente al ataque. Resultan dos muertos y varios heridos. Y al general Molero (en la fotografía), según diversas fuentes, se le cree fusilado. En realidad es condenado como autor del delito de «adhesión a la rebelión», por el cual paradójicamente, fueron procesados otros muchos republicanos. Tras varios años de prisión será liberado, residiendo en Barcelona hasta su muerte.

[13] Azpiazu, p. 115.
[14] Se han dado nombres: el prior de Carmona (Andalucía); y los padres franciscanos Revilla y Antonio Bombín, muertos en Burgos y Rioja respectivamente. (Iturralde, vol. II, pp. 427-428; véase también Bahamonde.)
[15] Véase Gibson, p. 68 y ss.: allí está el mejor análisis.
[16] Véase García Venero, *Falange*, pp. 234-235, 242, 365.
[17] Junod, p. 98. Sin embargo, Junod hizo una labor maravillosa, consiguiendo incluso, pocos días después de esto, el intercambio del alcalde socialista de Bilbao, Ercoreca, por Esteban Bilbao, un diputado carlista.

reforzada diariamente por las noticias que les llegaban de las ciudades donde el alzamiento había sido derrotado.
Probablemente, siempre será difícil saber el número de personas muertas por los rebeldes o sus partidarios en estos primeros días de la guerra. Cuando no había consejo de guerra, no había registro de ejecuciones. Estas simplemente formaban parte del proceso de depuración necesario para librar a España de masones, marxistas y judíos, una trilogía todavía amenazadora para la derecha española, a pesar de que los primeros eran inofensivos y los terceros habían sido expulsados en el siglo XVI. Sin embargo, un examen paciente de las estadísticas necrológicas de toda España algún día puede que nos revele gran parte de la verdad, aunque quizá no toda.
Ya se han dado cifras, aunque a menudo más con fines propagandísticos que basados en la evidencia. Puede que hayan sido exageradas sin deseos de engañar: por ejemplo, los recuerdos de un superviviente de una cárcel en la que hubiera innumerables ejecuciones nocturnas pueden agrandarse fácilmente por obra de la imaginación. El mejor estudio independiente y el más convincente es el que se ha hecho sobre Granada. En el registro de entierros y en el cementerio de esa ciudad figura una lista de 2.137 fusilados en Granada entre el 26 de julio de 1936 y el 1 de marzo de 1939 [18]. El mes en que figuran más muertos es el de agosto de 1936: fueron fusiladas 572 personas. Por lo tanto, el historiador puede suponer que probablemente, en Granada y en sus alrededores inmediatos, fueron fusiladas unas 4.000 personas, y quizás en toda la provincia el doble de esta cifra, aproximadamente [19].

ESPAÑOLES:

El Ejército es dueño de toda España, menos de algunos puntos aislados donde luchamos con ventaja. Las columnas victoriosas que se dirigen a Madrid están en el Guadarrama a pocos kilómetros de la Capital, que no tardará en caer en nuestras manos. El General Franco se encontraba ayer en Córdoba al frente de una fuerte columna de tropas procedentes de Africa.

El General Caminero, que organizaba la resistencia en León, ha sido hecho prisionero en Puebla de Sanabria.

Es inútil oponerse al avance de la mayor parte del pueblo español sano, que sólo desea una España libre de odios.

El intentar resistir sólo conduciría a derramar sangre que el Ejército quiere evitar, pues está convencido que libres de los errores y malas pasiones que en el pueblo han querido encender malos españoles, podemos, todos unidos, conseguir la grandeza de nuestra Patria.

EL GENERAL MOLA.

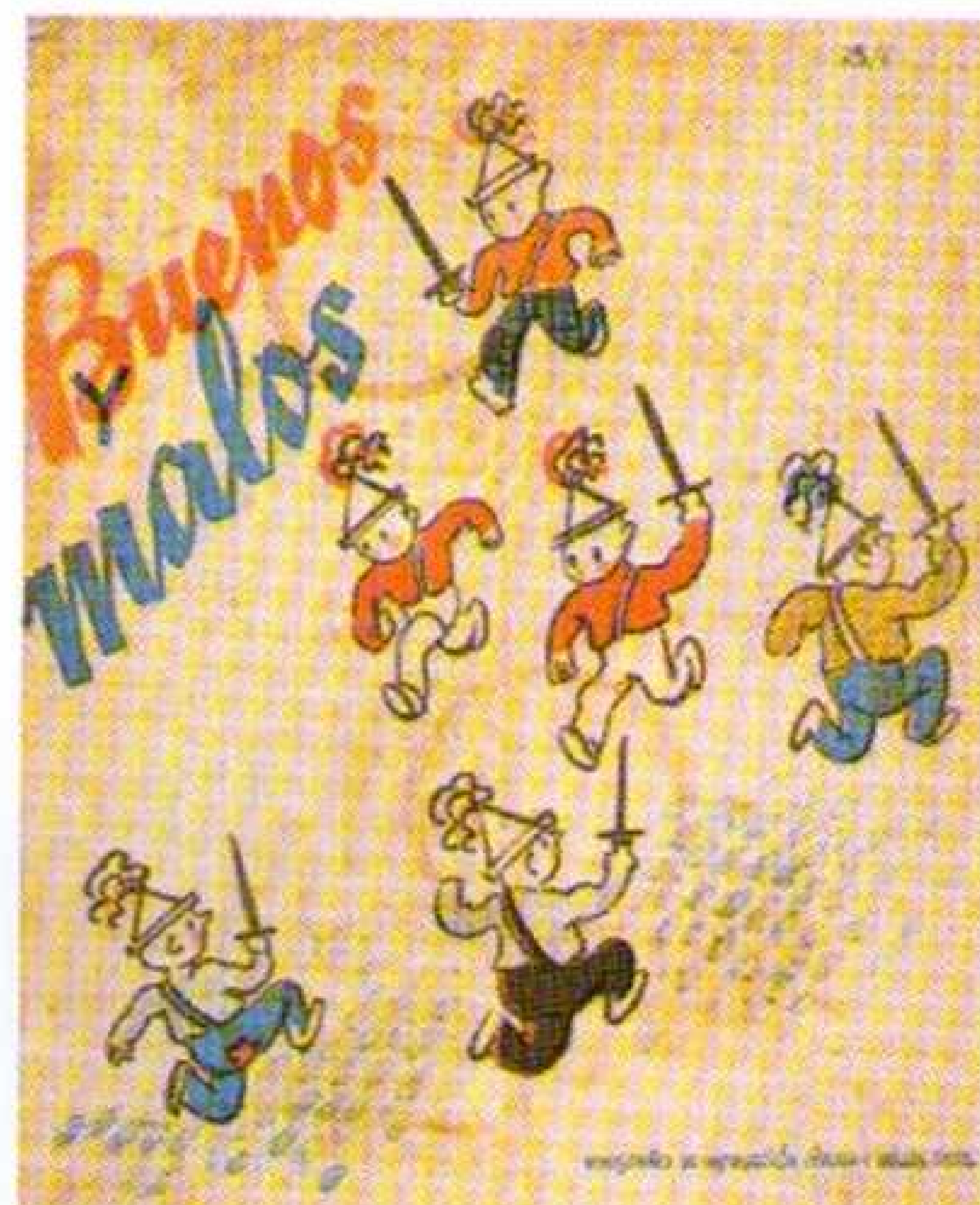
(Arch. C. S. de Tejada.)

Una de las medidas tomadas prontamente por el gobierno de la República es enviar al inspector general García Gómez Caminero hacia la región noroeste de la península, al mismo tiempo que el general Núñez de Prado volaba hacia Zaragoza. Caminero llegó a visitar la guarnición de Astorga el 18, y la de León, el 19 de julio. Después de conocer la declaración del estado de guerra en León, que acababa de abandonar, ganó la frontera portuguesa por la provincia de Zamora. Volvió a Madrid el 1 de agosto, cuando ya el gobierno había iniciado las acciones propiamente militares para contener las columnas rebeldes y tratar de sofocar los núcleos dominados por éstos.

[18] El estudio es el de Ian Gibson, p. 77 y pp. 167-169. La causa de la muerte se describe como «detonación de arma de fuego», y luego, «orden del tribunal militar».
[19] Entre los muertos en Granada se contaron el poeta Lorca; el director del periódico izquierdista *El Defensor de Granada* Constantino Ruiz Carnero; el catedrático de pediatría de la Universidad de Granada Rafael García Duarte; el ingeniero que había hecho la carretera que sube hasta la cumbre de Sierra Nevada, Juan José de Santa Cruz; el rector de la Universidad, Salvador Vila, y su esposa e hija; el catedrático de derecho político Joaquín García Labella; el catedrático de farmacia Jesús Yoldi; el catedrático de historia José Palanco Romero; el médico más conocido de la ciudad, Saturnino Reyes; el alcalde, Manuel Fernández Montesinos, y 23 concejales, unos socialistas y otros republicanos de iz-

Probablemente lo ocurrido en Granada fue característico de la España nacionalista en general, tanto en el momento del alzamiento como después. Aunque en Granada el nivel de conciencia política era elevado y el resentimiento de las derechas era grande, porque en las elecciones parciales de junio habían sido derrotadas. Sin embargo, los odios de Granada existían también en Sevilla, Córdoba, Valladolid, Zaragoza, Pamplona y La Coruña, para nombrar sólo unas cuantas de las capitales ganadas para el alzamiento. Se han sugerido cifras importantes al calcular los muertos en retaguardia en todos estos sitios: en Navarra, entre 7.000 [20] y 8.000 [21], en Sevilla 9.000 [22], en Valladolid 9.000 [23], en Zaragoza 2.000 [24], en las Baleares 3.000 [25]; e incluso se han aventurado cifras más aterradoras [26]. En La Coruña, se dijo que habían sido fusiladas 300 personas en julio y agosto, e incluso en un pueblo tan pequeño como Villagarcía de Arosa (Pontevedra) fueron fusiladas 100 personas [27]. Se ha dicho que en la Rioja fueron fusiladas 200 personas en una masacre que comenzó el 12 de septiembre de 1936 [28]. La cifra de toda España debió de ser del orden de las decenas de millares: probablemente 50.000 en los primeros seis meses de la guerra, y quizá la mitad más durante los meses siguientes, teniendo en cuenta la represión que se llevaba a cabo en los sitios conquistados por los rebeldes [29].

Entre los ejecutados se contaron muchos oficiales leales a la República, incluidos seis generales y un almirante: Núñez de Prado, director general de aviación; Batet, general al mando de la 6.ª Divi-



(Arch. C. S. de Tejada.)

Cada bando, que ya ha tomado consistencia, establece una división tajante: buenos y malos. En la España nacionalista, la situación política es un bloque monolítico, militarizado, con diversos rostros, pero girando sobre un solo eje: el ejército. La República, una de cuyas publicaciones infantiles, que reproducimos aquí, establece asimismo la diferencia entre «buenos y malos», ha de luchar, por un lado, contra los sublevados; por otro, contra las veleidades revolucionarias del extremismo, y, finalmente, contra los compromisos e ideologías contrapuestas de los partidos políticos.

quierdas. Naturalmente, la mayoría de las 2.137 víctimas eran personas corrientes que no eran fácilmente reconocibles por su apellido.

20 Informe del Colegio de Abogados de Madrid (en *Franco's Rule*, editado por la United Editorial, Londres, 1938, p. 223 y ss.).

21 Cálculo del ex presidente de la Adoración Nocturna en Pamplona, Eusebio Garicano, hecho para el obispo de Vitoria (Iturralde, vol. II, p. 228, pero véase comentario en Del Burgo, p. 88).

22 Colegio de Abogados de Madrid, *op. cit.*, p. 225.

23 Cifra citada por un «diputado católico» y por el director del Colegio Inglés de Valladolid al difunto Bernard Malley. Iturralde, sin embargo, habla de «más de 1.600» (vol. II, p. 109).

24 Colegio de Abogados de Madrid, *op. cit.*, p. 229.

25 Bernanos, p. 221.

26 P. ej., Bahamonde dijo que en Andalucía habían sido ejecutadas 150.000 personas entre 1936 y 1938. Gibson cita a un conocido que tenía acceso a la Audiencia de Granada, y que habla de 25.000 víctimas en Granada (p. 167); Jackson (p. 535) tiene una fuente cuyo nombre no da, pero que parece bien informada, y habla de 26.000 en Granada, 32.000 en Córdoba y 47.000 en Sevilla.

27 Carta de Domingo Quiroga. Para la represión en Túy, véase *Historia y Vida*, febrero 1975.

28 Relato de los hijos de uno de los fusilados en el pueblo de Nájera, recordando las ejecuciones habidas en la región (*Interviu*, 13-XI-77).

29 De 50.000 fue el cálculo que hizo el Colegio de Abogados de Madrid durante la guerra. Aunque es un cálculo realizado inmediatamente después de producirse los hechos, parece responder a una compilación seria. En las anteriores ediciones de este libro, yo daba la cifra de 40.000 ejecuciones nacionalistas en total. La mayoría de autores criticaron esta cifra por considerarla demasiado baja: p. ej., Jackson (*loc. cit.*), que da la cifra de 200.000 en toda la guerra, y Gibson (p. 167), que le sigue. Cabanellas evita dar una cifra (vol. II, p. 866); Payne, *The Military* (p. 415), también evita pronunciarse y mantiene este pudor en *The Spanish Revolution*, p. 225. Jesús Salas (*La guerra de España desde el aire*, Barcelona, 1970), p. 491, habla de los 40.000 que daba yo diciendo que «probablemente exageraba». La Cierva (en Carr, *The Republic*, p. 202) cree que la represión fue equivalente en ambas zonas, *ipso facto*, aunque «no podemos ni siquiera aventurar conjeturas». Ramón Salas, en su libro *Las pérdidas de la guerra*, sugiere una cifra global de 35.000, lo que me parece una subestimación.

sión, en Burgos; Salcedo y Caridad Pita, los dos generales de La Coruña; Romerales, en Melilla; Campins, en Granada [30]; y el almirante Azarola, responsable del arsenal de El Ferrol [31]. Entre los demás muertos se contaron casi todos los diputados del Frente Popular capturados en territorio nacionalista, salvo Joaquín Maurín, que logró ocultar su identidad milagrosamente durante unos meses, hasta que hubo pasado lo peor [32]. En 1936 fueron fusilados treinta y cuatro miembros de las Cortes del Frente Popular [33], incluida una cuarta parte (25) del bloque de diputados socialistas. Entre los muertos estaban Arturo Menéndez, el director general de Seguridad en la época de Casas Viejas, al que hicieron bajar del tren en Calatayud, entre Zaragoza y Madrid; el antiguo rector de la Universidad de Oviedo, Leopoldo Alas Argüelles; el penalista Luis Rufilanchas; el apóstol del regionalismo andaluz Blas Infante [34]; y el anarquista autor del programa de Zaragoza, Isaac Puente. Pero



(Popperfoto.)

Eliminar al contrario parece ser la única consideración que tiene alguna importancia para sublevados y leales, durante la confusión de las primeras semanas del enfrentamiento civil, y, aunque mitigada, perdurará a lo largo de toda la contienda. Los vecinos de los pequeños núcleos rurales sufren de modo muy particular las consecuencias de este afán liquidador. En las grandes ciudades son mayores las oportunidades de pasar inadvertido, de ocultarse en domicilios o instituciones libres de sospecha, salvándose así muchas vidas.

unos cuantos ejemplos aislados son poco significativos si tenemos en cuenta la oleada de ejecuciones que se inició en julio de 1936 y continuó, para ser exactos, hasta 1941 ó 1942. Entre las víctimas se contó una gran cantidad de médicos, maestros y gobernadores civiles de las ciudades conquistadas. En Teruel, por ejemplo, el director republicano del instituto de enseñanza media de la localidad, Joaquín de Andrés, fue fusilado por un piquete de antiguos alumnos suyos [35].

[30] Campins fue fusilado por orden de Queipo, aunque Franco hizo lo que pudo para que la sentencia fuese conmutada. La referencia a los esfuerzos de Franco y la carta de Campins pidiendo ayuda está en F. Franco Salgado, *Mis conversaciones...*

[31] Muchos otros militares fueron encarcelados, a veces durante períodos largos; p. ej., los generales Gómez Morato, Molero, Mena, Villa-Abrille y López Viota.

[32] Testimonio de Joaquín Maurín, Nueva York, 1962.

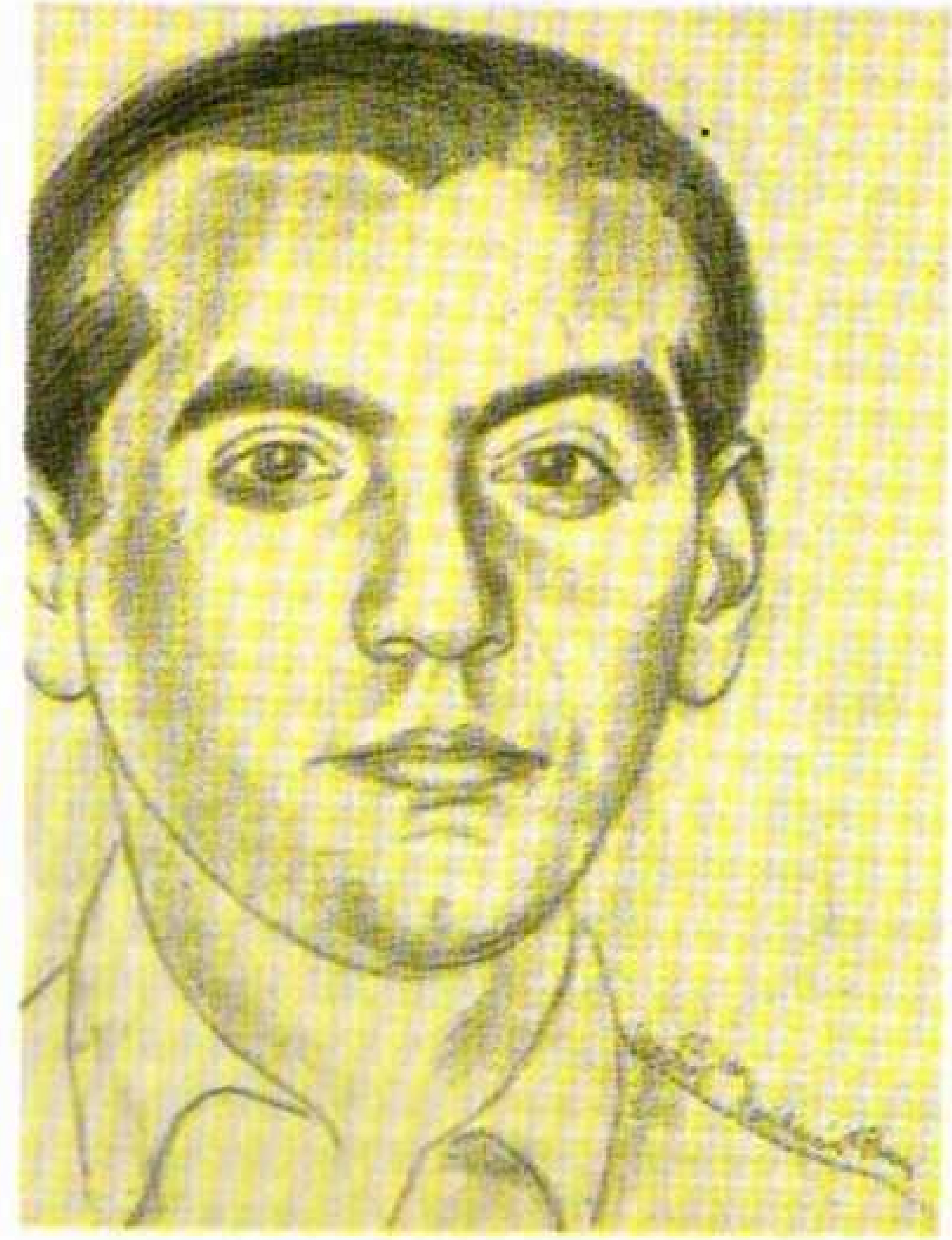
[33] Véase la lista en *Franco's Rule*, pp. 209-211.

[34] Detenido el 2 de agosto de 1936 y fusilado el 10 del mismo mes en la carretera de Conil a Carmona.

[35] Azaña, vol. IV, p. 685.

Muerte de García Lorca

La más inolvidable de estas muertes fue la de Federico García Lorca, el poeta español más grande de su época. Aunque nunca fue miembro de ningún partido político, su cuñado era Fernández Montesinos, el alcalde socialista de Granada, cuya muerte acabamos de referir, y Lorca, naturalmente, estaba muy relacionado con toda la izquierda literaria de España. Después de la victoria del alzamiento en Granada, su ciudad natal (a la que había llegado de visita), Lorca se refugió en casa de la familia Rosales, amiga suya desde hacía años, aunque pertenecía a la Falange (José Antonio también era amigo suyo). A pesar de esta protección, lo descubrieron y lo fusilaron. La responsabilidad exacta de su muerte es una cuestión debatida. Su detención se debió a la actuación del ex diputado de la CEDA por Granada, Ramón Ruiz Alonso, posiblemente más por



(Museo de Bellas Artes. Granada.)



(Alfonso. Madrid.)

FEDERICO GARCIA LORCA (Fuentevaqueros, Granada, 1898-Víznar, Granada, 1936)

El más conocido de los poetas españoles contemporáneos era hombre de fina sensibilidad, no sólo poética, sino también musical y pictórica, y persona de gran vitalidad, lleno de interés por la vida, aunque no exento de los temores y supersticiones tan propios del medio andaluz.

Hijo de un labrador acomodado y de una maestra, estudió Derecho en Granada, y en Madrid vivió en la Residencia de Estudiantes, creación de la Institución Libre de Enseñanza. Muy pronto se relacionó con las personalidades más destacadas de su tiempo, tanto en literatura (Machado, Juan Ramón Jiménez, Guillén, Alberti, Cernuda), como en música (Falla), pintura (Dalí, Gregorio Prieto), política (Azaña, Fernando de los Ríos, José Antonio Primo de Rivera) o cine (Buñuel). Su primer libro, Impresiones y paisajes, data de 1918, y su primer estreno teatral, en el Eslava de Madrid, *El maleficio de la mariposa,* fue en 1920, aunque el fracaso inicial no prefiguró los éxitos de Mariana Pineda (1927), Bodas de sangre (1933) y Yerma (1934).

Sus contemporáneos resaltan unánimemente su sencillez, su carácter risueño y el gran atractivo de su personalidad para cuantos le conocieron, en los más diversos ambientes, lugares y situaciones. En 1929 y 1930 viajó por Europa y Estados Unidos. De este viaje nació uno de sus libros famosos, Poeta en Nueva York.

La personalidad de Lorca no se agota en su producción poética y dramática, sino que abarca muchas otras facetas,

desde la instrumentación musical de sus poesías, hasta el dibujo y la coreografía. En 1931 creó un grupo de teatro, «La Barraca», con el que al año siguiente llevó el teatro clásico español lo mismo a ciudades que a pueblos apartados, casi siempre en medios y ambientes populares.

Sin pertenecer a ninguna organización política, García Lorca dejó bien claro, en repetidas ocasiones, sus inclinaciones sociales, que no pueden achacarse a esteticismo: «Yo siempre seré partidario de los que no tienen nada...», declaraba en 1934 al diario madrileño La Voz.

El 17 de julio de 1936, García Lorca llegaba a Granada para estar con sus padres el día de su santo, el 18 de julio. Y allí, en Granada, en su Granada, le sorprendió la sublevación militar. La ciudad estuvo aislada de Sevilla hasta el 18 del mes siguiente. García Lorca permaneció en una finca de sus padres, la Huerta de San Vicente, hasta el 8 de agosto, en que se refugió en casa de la familia Rosales, falangistas de importancia en Granada. Allí fue detenido el día 16, en ausencia de los hermanos Rosales, por un ex diputado de la CEDA, Ramón Ruiz Alonso, y trasladado al Gobierno Civil, de donde probablemente fue sacado en la noche del 19 al 20, al parecer por orden del gobernador militar, comandante José Valdés Guzmán, y trasladado a la Fuente Grande, en las inmediaciones del pueblo de Víznar, donde fue fusilado, según se cree junto con dos banderilleros granadinos y el maestro de un pueblo cercano.

Su asesinato ha pretendido ser explicado en función de las más peregrinas teorías, desde el supuesto caos de los primeros momentos a las inclinaciones homosexuales de Lorca, sin que esto último parezca tener ninguna relación con el hecho.

agredir a la familia Rosales que al poeta mismo, pero la decisión de fusilarlo la tomó el entonces recién nombrado gobernador civil de Granada, José Valdés Guzmán; jefe de las milicias falangistas locales, además de coronel de la guarnición. La ejecución de Lorca probablemente no tuvo lugar hasta mediados de agosto, alrededor del 18. Lo cierto es que ahora su cuerpo yace en una tumba no identificada en alguna zona perdida de la provincia de Granada [36].

La justificación legal para todas estas ejecuciones sumarísimas se buscó en el estado de guerra que se había proclamado el día del alzamiento. Se dio por sentado que el gobierno de la República era el rebelde, y que los nacionalistas representaban el poder legítimo. Al principio no se utilizaba ninguna forma de juicio. Se consideraba que un hombre fusilado era un hombre juzgado. Sin embargo, no tardaron en formarse una serie de tribunales militares de emergencia, compuestos por militares retirados y por abogados alistados en el ejército. Los primeros adquirieron categoría legal y los segundos militar, de forma que todos quedaron complacidos [37]. Aquella situación jurídica tan paradójica «preocupaba a todos los que no eran ciegamente sectarios» [38]. Pero en aquellos momentos el apasionamiento lo nublaba todo, y seguiría haciéndolo durante mucho tiempo. Un general que en 1935 se habría pasado una semana entera vacilando antes de firmar una sentencia de muerte, en agosto de 1936 aprobaba veinte muertes diarias sin pensarlo dos veces. A partir de entonces, los jefes rebeldes, desde Mola hasta el fascista más joven de Valladolid, estuvieron unidos por un lazo de sangre que fue una de las razones por las que nunca consintieron en llegar a un compromiso, y ni siquiera lo proyectaron. Los que cayeron prisioneros en los combates de aquel verano también fueron fusilados en una cuneta, o en los patios de las cárceles, o en cruces de carreteras. Probablemente mataron a más gente en agosto y septiembre que en julio. Tras este baño de sangre, los rebeldes alcanzaron tranquilamente el poder. Algunos se volvieron más insensibles a la brutalidad gracias a su necesidad de aprobar la muerte de antiguos amigos o parientes: Franco, por ejemplo, no hizo nada por impedir la sentencia de muerte para su primo hermano el comandante De la Puente, al llegar a Tetuán [39]. Otros se volvieron más decididos ante la muerte de camaradas, hermanos o hijos suyos en la zona republicana. De los que dirigían los pelotones de ejecución, unos eran simplemente jóvenes que disfrutaban matando. Otros, sin duda, creían que tenían el deber de extirpar las turbias herejías del liberalismo, el socialismo, el comunismo, el anarquismo y la masonería; y, cuanto más duraba la guerra, más graves se consideraban estas ideologías.

[36] La investigación más completa sobre la muerte de Lorca es la de Ian Gibson, *op. cit.* También se añaden algunos detalles interesantes en J. L. Vila San Juan, *García Lorca asesinado*, Barcelona, 1975. Véase también Brenan, *The Face of Spain* (Londres, 1950), pp. 127-147, y Marcelle Auclair, *Enfances et mort de García Lorca* (París, 1968). Durante diez años, nadie aludió a Lorca en la España nacionalista. Luego, la Falange empezó a echar la culpa de su ejecución a los católicos.

[37] Ruiz Vilaplana, p. 159.

[38] Ansaldo, p. 83.

[39] En F. Franco Salgado, *Mis conversaciones...*, p. 70.

La revolución

Entretanto, la revolución barría las ciudades donde el alzamiento nacionalista había sido derrotado o no se había producido. En todas partes se formaron comités de control, nominalmente constituidos por todos los partidos del Frente Popular, junto con los anarquistas. En la realidad, reflejaban las fuerzas políticas dominantes en cada ciudad [40]. En todas partes desaparecieron los ayuntamientos, a menudo por la fuerza y con derramamiento de sangre. En general, también desaparecieron la policía y la guardia civil, incluso en los sitios donde estas fuerzas habían sido leales a la República, los primeros días de la rebelión. A veces, los alcaldes, si eran izquierdistas, se convertían en presidentes de los comités revolucionarios, y a veces reaparecía la policía bajo el nombre de funcionarios de seguridad. Entonces, los comités intentaban cambiar la estructura social de la ciudad y los pueblos limítrofes, según el criterio del partido más fuerte. Los primeros pasos, los comunes a toda la España republicana, eran: prohibición de los partidos de derechas y la incautación de hoteles, periódicos de derechas, fábricas y casas de los ricos. En estas últimas, los partidos revolucionarios y los sindicatos instalaron sus nuevos y suntuosos cuarteles generales. Las carreteras estaban vigiladas por patrullas de milicianos. Se crearon comités responsables de todos los aspectos de la vida.

La España republicana, igual que la España de la guerra de la Independencia o del final de la Primera República, más que un

[40] Estos comités se formaron en todas partes excepto en Madrid, donde el gobierno de Giral ostentaba teóricamente el poder, aunque, de hecho, éste había pasado a las manos de la UGT y de Largo Caballero.

La vida urbana sufre una radical transformación. En todo el vasto territorio que, por diversas causas, permanece fiel a la República se ensaya la revolución. Tanto como un fin es una respuesta, incontrolada, primaria, a la España tradicional, perezosamente dividida en castas. Todo lo que tenga apariencia de lujo, viviendas, hoteles, lugares de reunión —como el club «tomado» por milicianos y antiguos empleados que vemos en la fotografía— es violentamente requisado, ocupado por partidos o sindicatos. En ocasiones, destruido. Los comités rehúsan la autoridad central. En Madrid, el presidente Azaña es apenas un símbolo, incomunicado con los intentos revolucionarios. Se han prohibido los partidos de derechas, y los grandes órganos de prensa, patrimonio de las viejas familias, son incautados por los comités revolucionarios. A finales de julio se generaliza, además, amenazadoramente el vandalismo antirreligioso.



(Efe.)



(Col. M. T. S. de Tejada.)

La justicia ya no corresponde, en ambas zonas, al Estado. La administran, y cruelmente, las bandas armadas, como la tristemente célebre «Brigada del Amanecer» de García Atadell, en zona republicana —mitificada por Carlos Sáenz de Tejada—. Asimismo, otras funcionan en la zona sublevada.

solo Estado parecía constituir un conglomerado de repúblicas. La revolución empezó al igual que la contrarrevolución con una oleada de asesinatos, destrucciones y saqueos. Las unidades de milicianos de los partidos políticos y los sindicatos se reunían en bandas que tenían nombres parecidos a los de equipos de fútbol. Eran, por ejemplo, los «Linces de la República», los «Leones rojos», las «Furias», «Espartaco» y «Fuerza y Libertad». Otras bandas adoptaron el nombre de dirigentes políticos izquierdistas, españoles o extranjeros. Sus iras se dirigieron en primer lugar contra la Iglesia.



(Sáenz de Tejada. Col. M. T. S. de Tejada.)

El paseo *es un método utilizado en la retaguardia para eliminar con urgencia al enemigo no combatiente; puede tratarse de un fusilamiento informal o, simplemente, de disparos a quemarropa. Carlos Sáenz de Tejada, desde la óptica de la propaganda nacionalista, interpreta imaginativamente el* paseo *tal como muestra el dibujo.*

En toda la España republicana, pero sobre todo en Andalucía, Aragón, Madrid y Cataluña, las iglesias y los conventos fueron saqueados e incendiados indiscriminadamente. La Iglesia no había participado en el alzamiento prácticamente en ningún sitio. Casi todas las historias que se contaron de rebeldes que disparaban desde los campanarios eran falsas [41], aunque quizás, a veces, los

[41] Sin embargo, la iglesia de los carmelitas, en la calle Lauria, de Barcelona, había sido una plaza fuerte de los rebeldes.

párrocos habían permitido a los falangistas almacenar armas en sus tranquilas sacristías. La Iglesia fue atacada porque la religión se había convertido en la cuestión crítica de la política desde 1931, por la general subordinación de los sacerdotes a la clase alta, y por la riqueza provocativa de muchas iglesias y las antiguas sospechas suscitadas por el carácter secreto de las órdenes religiosas y los conventos. Hubo algunas «provocaciones» después del alzamiento, aunque eso era de esperar. Por ejemplo, el boletín de información de la CNT-FAI en Barcelona decía, el 25 de julio: «El sábado, en el hospital de San Pablo, un sacerdote mantuvo una acalorada discusión con un médico, sacó un revólver y disparó todo su cargador, no contra el médico, sino contra los heridos que se encontraban a su alrededor. Los testigos de esta escena se enfurecieron tanto que cogieron a cuatro de los más clericales y fascistas de los enfermeros y los fusilaron a quemarropa.» El móvil principal era la destrucción, más que el robo. Federica Montseny, la anarquista, recibió muy orgullosa un billete quemado de mil pesetas [42]. En Madrid, se oyó a un anarquista reprender a un niño por haber robado una silla, en vez de quemarla [43]. Algunas iglesias y algunos conventos del centro de Madrid se libraron de la destrucción gracias al go-

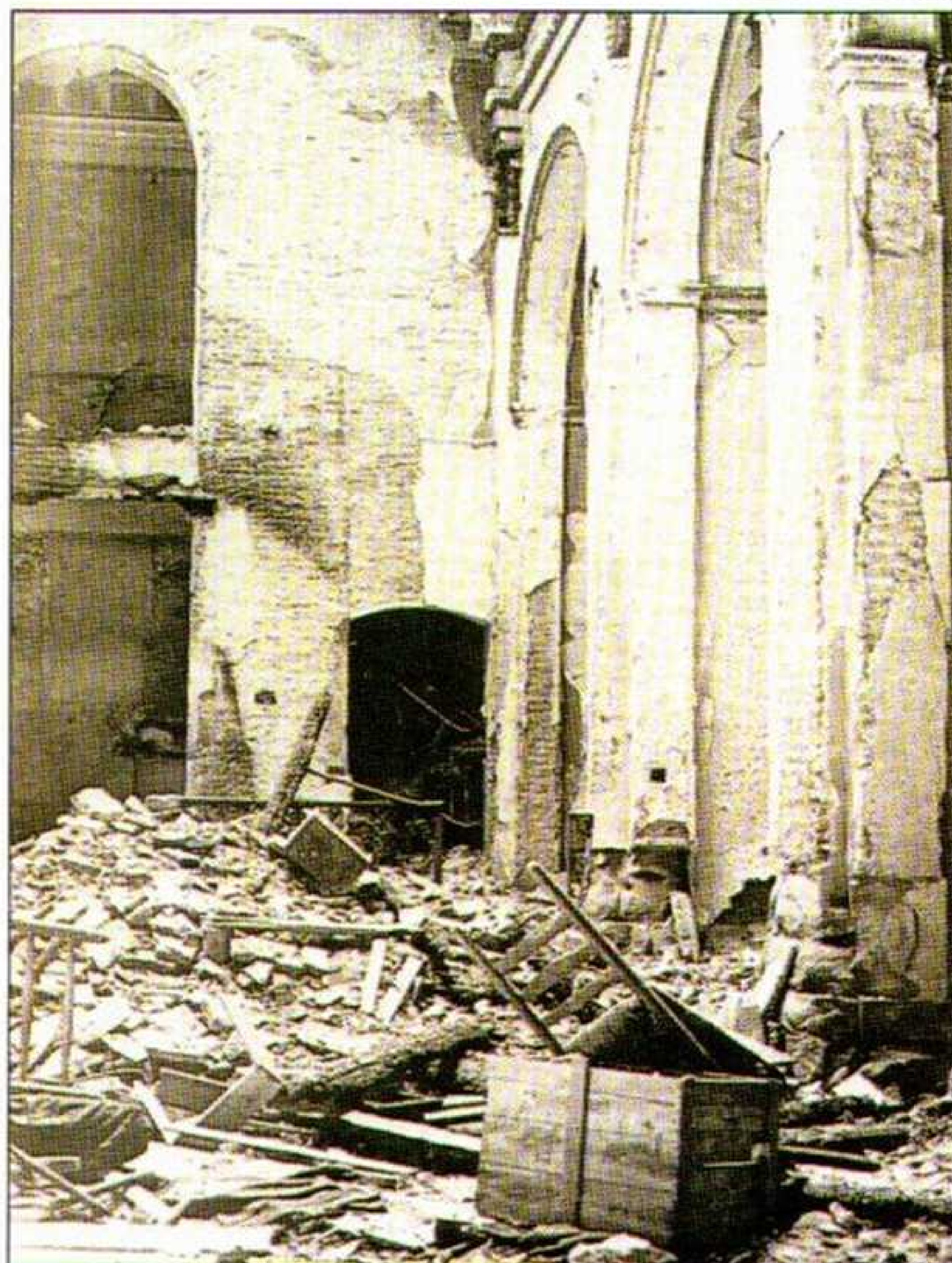
[42] *De julio a julio*, p. 22.
[43] Buckley, p. 123. Las iglesias protestantes no fueron atacadas, y permanecieron abiertas. Sin embargo, por entonces sólo había unos 6.000 protestantes en toda España (Arnold Toynbee, *Survey of International Affairs 1937, The International Repercussions of the war in Spain*, Londres, 1938, vol. I, p. 286 y ss.).

Vive latente en determinados estratos de la sociedad española un profundo rencor hacia la Iglesia Católica. El anticlericalismo, primario, brutal, permanecía soterrado en los estamentos más desarraigados e incultos. La identificación de la liturgia, la pompa y la solemnidad de la Iglesia con el poder y la riqueza es inevitable. De hecho, y pese a que gran número de sacerdotes ejercen su ministerio en barriadas humildes, el refranero español resume el colmo del bienestar en una frase: «Vivir como un cura.» Los recintos sagrados son los que primero reciben el embate de la marejada revolucionaria incontrolada. Tal es el caso del incendio del convento de los salesianos y la destrucción de la iglesia de «La Ayuda», ambos en Barcelona.

(Col. J. M. Armero.)



(Col. J. M. Armero.)



bierno. Pero, en Barcelona, sólo fueron protegidos la catedral y el monasterio de Pedralbes. Sin embargo, se salvaron las principales obras de arte, pues la Generalitat movilizó a sus agentes para salvar colecciones de arte y bibliotecas. Aunque se perdieron muchos tesoros de segundo orden, el único acto de vandalismo fue el incendio de los diez mil volúmenes de la biblioteca de la catedral de Cuenca, entre los que se encontraba el célebre *Catecismo de Indias*. También fueron destruidas las que se consideraban las pinturas más antiguas conocidas de Goya, que estaban en las puertas de madera de una cámara-relicario en la iglesia parroquial de Fuendetodos, su pueblo natal. En Vich, se impidió que se propagase al museo y al palacio del obispo el fuego que destruyó la catedral. Las catedrales de Gerona y Tarragona, así como los monasterios de Montserrat, Poblet y Santas Creus, permanecieron intactos. En general, el incendio de las iglesias fue contemplado con indiferencia, más que con excitación. Pero la destrucción de imágenes y objetos sagrados, o las mascaradas de los milicianos revestidos de ropas eclesiásticas, a menudo eran acogidas con grandes carcajadas. En adelante, las iglesias, tanto las destrozadas como las que todavía eran utilizables como almacén o refugio, estuvieron cerradas al igual que lo estaban las oficinas de los partidos políticos de derechas [44].

[44] Los conventos fueron vaciados de todos sus habitantes. Para algunos, desde luego, esto fue un acto de liberación.

El gobierno de la Generalitat ejerce un poder más teórico que práctico. Los comités revolucionarios antifascistas, con predominio de CNT-FAI, saquean iglesias en toda Cataluña. Las fuerzas de la Generalitat protegen la catedral y el monasterio de Pedralbes, en Barcelona, y lentamente se organiza un servicio de rastreo para recuperar libros, piezas artísticas, objetos de culto y sagrados de valor histórico, algunos de los cuales consiguen ser salvados en las primeras semanas del furor revolucionario. Numerosos testimonios dan cuenta de falsas procesiones con ornamentos sagrados, parodias de culto y mascaradas revestidas del ritual católico, que rememoran los primeros momentos de la Revolución Francesa. Independientemente de la calificación ética de tales hechos, en amplias zonas se pierde un legado histórico y artístico que es pasto de las llamas y, excepcionalmente, del pillaje.



(Centelles. Barcelona.)

La matanza de sacerdotes

Estos ataques fueron acompañados por una matanza colosal de los miembros de la Iglesia y de la burguesía. Los nacionalistas, después de la guerra, han dado la cifra de unos 55.000 seglares asesinados o ejecutados en la España republicana durante la guerra [45]. Este cálculo, a pesar de su magnitud, es muy inferior a las acusaciones de trescientos o cuatrocientos mil muertos que se hicieron durante la guerra [46]. Se cree que murieron 6.844 religiosos: 12 obispos, 283 monjas, 4.184 sacerdotes y 2.365 monjes [47]. Así pues, la cifra de sacerdotes asesinados puede compararse con la glorificación que de ellos hace Claudel en su poema *Aux Martyrs Espagnols* [48]:

On nous met le ciel et l'enfer dans la main et nous avons quarante secondes pour choisir.
Quarante secondes, c'est trop! Soeur Espagne, sainte Espagne, tu as choisi!
Onze évêques, seize mille prêtres massacrés et pas une apostasie!
Ah! Puisse-je comme toi un jour à voix haute témoigner dans la splendeur de midi!

Pero esta comparación es odiosa: las cifras, igual que las de la furia nacionalista, son sobrecogedoras. Muchos de estos crímenes estuvieron acompañados de una frívola y sádica crueldad. Por ejemplo, al parecer, el párroco de Torrijos, Liberio González Nonvela, dijo a los milicianos que le hicieron prisionero: «Quiero sufrir por Cristo.» «¡Ah!, ¿sí? —le contestaron—, pues entonces morirás como Cristo.» Lo desnudaron y lo azotaron despiadadamente. Luego cargaron un tronco sobre las espaldas de su víctima, le dieron a beber vinagre y lo coronaron de espinas. «Blasfema y te perdonaremos», decía el jefe de los milicianos. «Yo soy quien os perdona y os bendice», contestó el sacerdote. Los milicianos discutieron cómo lo matarían. Algunos querían crucificarlo, pero al final lo ma-

En la mañana del 20 de julio, una multitud recorre las calles malagueñas al grito de ¡UHP! (uníos, hermanos proletarios). La sublevación ha fracasado. Bandas armadas recorren la ciudad en busca de enemigos. Son asaltados el Círculo Mercantil y el palacio de los marqueses de Larios, símbolos de la oligarquía local. La mañana del 21 amanece con la humareda de algunas iglesias quemadas, y la furia anticlerical se extiende a toda la provincia. Los ultrajes revelan un simbolismo y un rencor histórico insospechados, como en el caso de este Cristo de la iglesia parroquial de Ojén.



(Arch. C. S. de Tejada.)

[45] La cifra que se da en el Santuario Nacional de Valladolid es de 54.594. Compárese esta cifra con la de *Causa General*, p. 402 (85.940). Gabriel Jackson habla de 17.000 muertos en los tres primeros meses de la guerra civil y sólo unos pocos miles más tarde *(op. cit.*, p. 533). Después de ver las listas de los pueblos de Andalucía (reproducidas, p. ej., en los cinco primeros «Avances» del *Informe oficial sobre los asesinatos*, etc., publicado en 1936-1937), creo que es excesivamente optimista. No sólo mataron a guardias civiles, sacerdotes o industriales, sino también a innumerables obreros, tenderos, administrativos, etc., que eran antisocialistas. (Tampoco todos los guardias civiles estaban en contra de la República.) Mataron a algunas mujeres (quizás unas 4.000), y probablemente a varios centenares de niños. Jesús Salas, en un artículo reciente, supone que mataron de 65.000 a 70.000 personas.

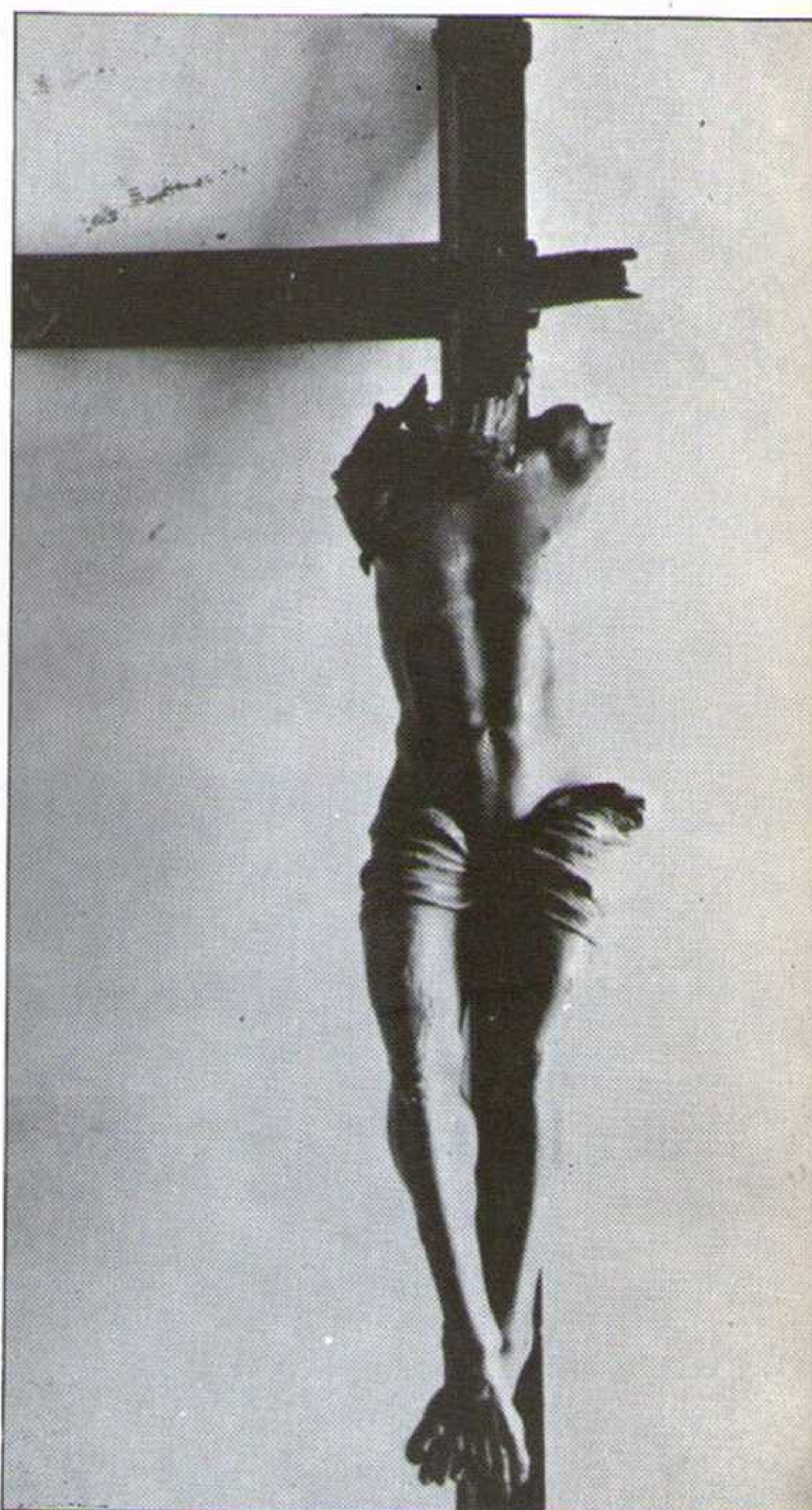
[46] Diego Abad de Santillán *(La revolución y la guerra en España*, Barcelona, 1937, p. 176) da la cifra posible de 5.000 muertos en Cataluña.

[47] Se trataba de los obispos de Jaén, Lérida, Segorbe, Cuenca, Barcelona, Almería, Guadix, Ciudad Real y Tarragona (obispo sufragáneo), el administrador apostólico de Barbastro, que era obispo titular de Epiro, y el administrador apostólico de Orihuela, que tenía categoría de obispo. El obispo de Teruel fue asesinado en Cataluña en 1939. Estas cifras proceden del monumental estudio del padre Antonio Montero *La persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid, 1961), p. 762. Las cifras indican que perecieron alrededor del 12 % de los religiosos españoles, el 13 % de los sacerdotes y el 20 % de los obispos; 283 monjas, de un total de 60.000, es un porcentaje pequeño.

[48] Este poema fue escrito como prefacio para el libro propagandístico de Juan Estelrich *(La Persécution religieuse en Espagne*, París, 1937) sobre los asesinatos en la Iglesia.



(Sáenz de Tejada. Col. C. S. de Tejada.)



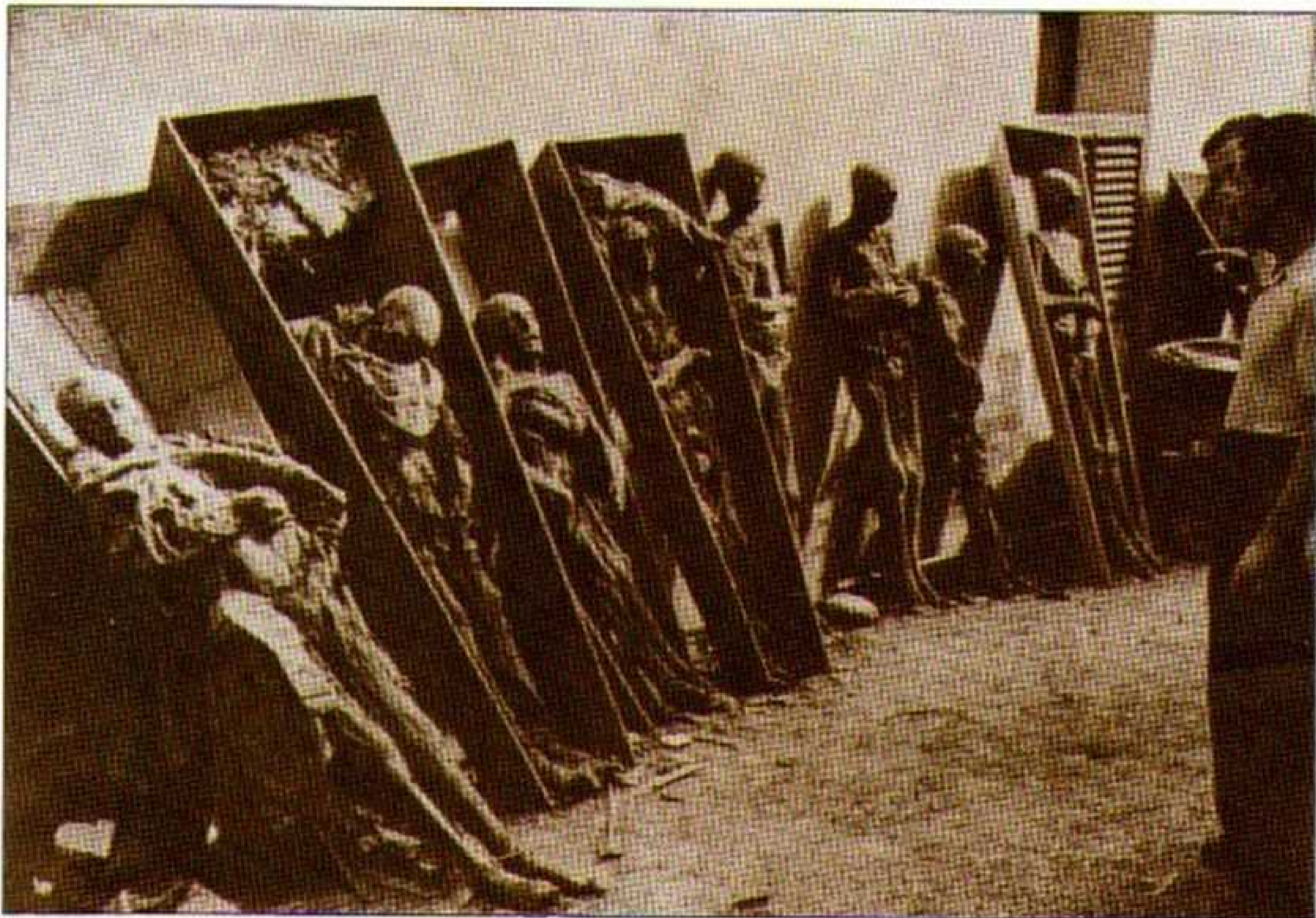
(Arch. C. S. de Tejada.)

En Toledo, mientras los sublevados se refugian tras los gruesos muros del Alcázar, como vana venganza, el furor iconoclasta hace estragos en iglesias y casas religiosas toledanas. En el convento de la Concepción se mutila el crucifijo en madera de uno de los altares en la forma que muestra la cuidada fotografía de los servicios de propaganda nacionales.

taron a tiros. Su última voluntad fue morir de cara a sus torturadores, para poder bendecirlos [49]. El obispo de Jaén fue asesinado con su hermana por una miliciana apodada «la Pecosa» ante una multitud alborozada de dos mil personas, cerca de Madrid, en un terreno pantanoso conocido con el nombre de «el pozo del tío Raimundo». Los obispos de Guadix y Almería fueron obligados a fregar la cubierta del buque prisión *Astoy Mendi* antes de ser asesinados cerca de Málaga. El obispo de Ciudad Real fue asesinado mientras trabajaba en una historia de Toledo. Después de fusilarlo, destruyeron su fichero de 1.200 fichas. Una monja fue asesinada porque rechazó la proposición matrimonial que le hizo uno de los milicianos que irrumpieron en su convento de Nuestra Señora del Amparo, en Madrid. El «Comité de la sangre» de El Pardo, en las afueras de Madrid, se fue emborrachando con vino de misa mientras sus

[49] Manuel Sánchez del Arco, *El sur de España en la reconquista de Madrid* (Sevilla, 1937), pp. 66-67; Luis Carreras, *The Glory of Martyred Spain* (Londres, 1939), p. 104.

miembros juzgaban al párroco. Uno de los milicianos se afeitó utilizando el cáliz para mojar la brocha. Hubo casos aislados de monjas violadas antes de ser ejecutadas [50]. En la calle María de Molina, de Madrid, fue abandonado el cadáver de un jesuita con un letrero colgado del cuello en el que se leía: «Soy un jesuita.» En Cervera (Lérida), a unos monjes les metieron cuentas de rosario en las orejas hasta que les perforaron los tímpanos. En Barcelona, la exposición de los cuerpos exhumados de diecinueve monjas salesianas atrajo a grandes muchedumbres. A Antonio Díaz del Moral, en Ciempozuelos (cerca de Madrid), lo encerraron en un corral lleno de toros de lidia, que lo cornearon hasta dejarlo inconsciente. Después le cortaron una oreja, a imitación de la amputación de la oreja del toro que se hace en honor del torero, después de una buena faena. A menudo se pasearon orejas de sacerdotes. Algunas personas fueron quemadas, y otras enterradas vivas, después de verse obligadas a cavar su propia tumba. En Alcázar de San Juan, a un


(Inst. Municipal de Historia. Barcelona.)

Como repetición de hechos profanatorios que ya habían tenido lugar en Barcelona durante la semana trágica en el verano de 1909, en el convento de las Salesas, del paseo de San Juan, se exponen ante la morbosa curiosidad de unos, el asombro indignado de otros y la indiferencia de los más, las momias del cementerio coventual. Ahora menos que en otras épocas podía darse crédito a rumores relacionados con excesos y castigos secretos ocurridos tras los muros de los conventos.

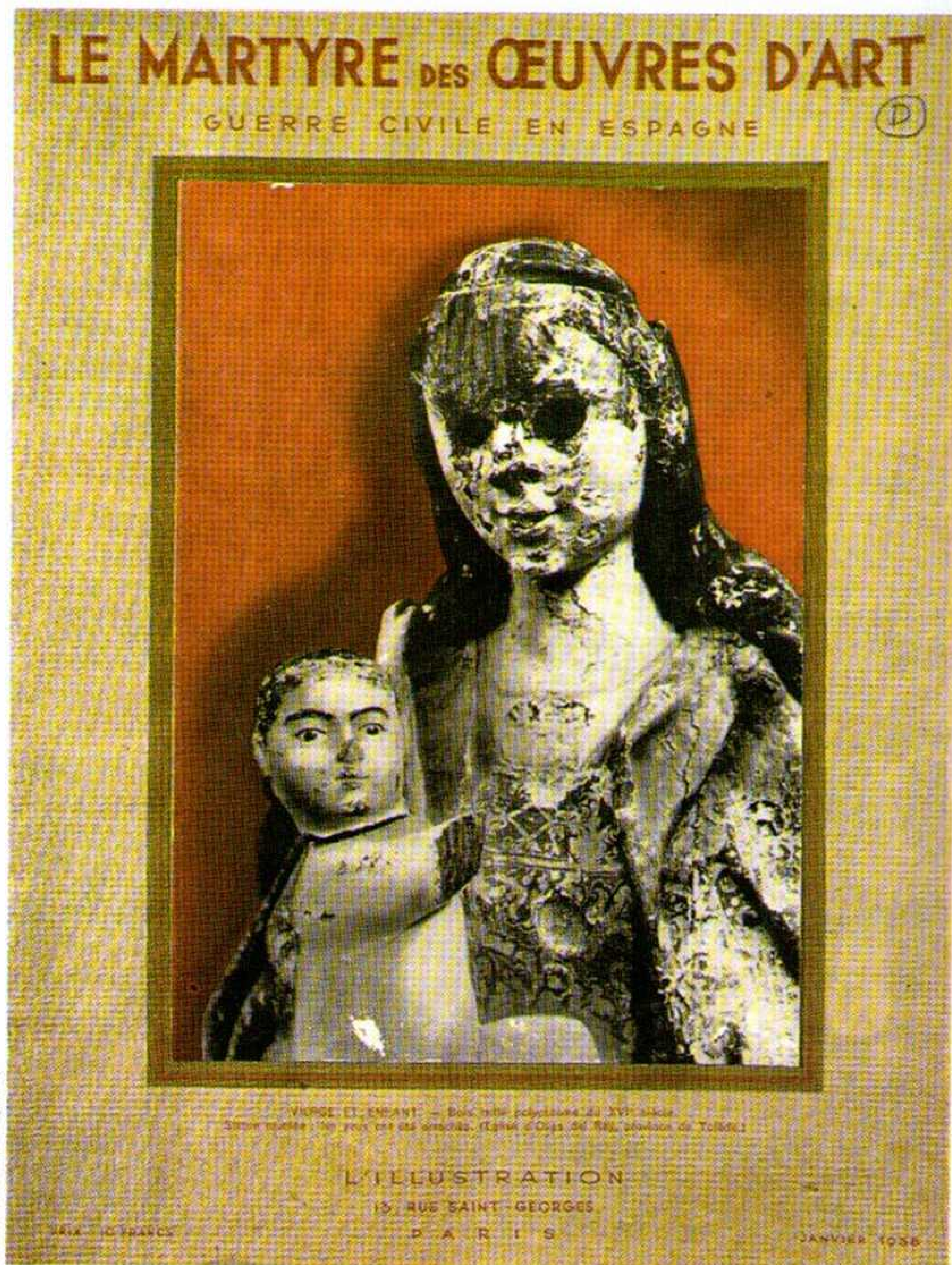
joven que se distinguía por su piedad le arrancaron los ojos. En esta provincia de Ciudad Real, los crímenes fueron realmente atroces. A la madre de dos jesuitas la obligaron a tragarse un crucifijo. Ochocientas personas fueron arrojadas al pozo de una mina. A menudo, el momento de la muerte era acogido con aplausos, como si se tratara del momento de la verdad en una corrida. Luego venían los gritos de «¡Libertad! ¡Muera el fascismo!» Más de un sacerdote se volvió loco ante estas atrocidades. Un párroco de Barcelona se paseó varios días enloquecido antes de que le pidieran su carnet sindical. «¿Qué necesidad tengo de carnet? Soy el párroco de San Justo», contestó sin pensar [51]. La matanza de los miembros de la

[50] Las agresiones a mujeres fueron raras en la España del Frente Popular. Sánchez del Arco, periodista de *ABC* de Sevilla que iba con los ejércitos nacionalistas que avanzaban en el sur de España, señala que no había habido ni una sola violación en los pueblos donde él estuvo (Sánchez del Arco, p. 55).
[51] Joan Estelrich, *La Persécution religueuse*, p. 96.

Iglesia de Cataluña y Aragón dejó atónitos a muchos de los habitantes de estas dos regiones. Casi nadie sospechaba que el anticlericalismo fuera tan grande. Al fin y al cabo, desde 1931 allí no se había quemado ninguna iglesia.
En todo el país, la gente ya no decía «adiós», sino siempre «salud». Incluso un hombre llamado Fernández de Dios escribió al ministro de Justicia preguntando si podía cambiar su apellido por el de Bakunin, porque «no quería tener nada que ver con Dios» [52]. «¿Sigues creyendo en este Dios que nunca habla y que no se defiende ni siquiera cuando son quemados sus imágenes y sus templos? Reconoce que Dios no existe y que vosotros, los curas, sois todos

[52] El subsecretario del ministerio le contestó diciendo: «Parece aconsejable abreviar el largo y complicado procedimiento cuando la necesidad del cambio de nombre se encuentra tan claramente justificada» (*Causa general*, pp. 196-197). Las «atrocidades» cuentan con una cantidad enorme de literatura en la España nacionalista, en la que casi todas las provincias han sido objeto de un relato meticuloso.

Los católicos del mundo se dividen ante el conflicto español. Unos, como Bernanos, Mauriac o el italiano dom Sturzo, protestan por la virulencia de los sublevados. Otros, como Claudel o aquellos cuya opinión se manifiesta a través de L'Ilustration Française, *apoyan a los sublevados, indignados por las mutilaciones sacrílegas, como las que nos muestran estas dos esculturas toledanas. Un santo con la cara cortada de un hachazo, y los destrozos en la policromía de la madera tallada de san Juan Evangelista.*



(Arch. C. S. de Tejada.)


(Arch. C. S. de Tejada.)


(Arch. C. S. de Tejada.)

unos hipócritas que engañáis al pueblo» [53]. Estas preguntas se formularon en innumerables ciudades y pueblos de la España republicana. En ningún momento de la historia de Europa, y quizás incluso del mundo, se ha manifestado un odio tan apasionado contra la religión y todas sus obras. Sin embargo, un sacerdote que, mientras en la provincia de Barcelona morían 1.215 frailes, monjas y sacerdotes, consiguió escapar a Francia gracias a la ayuda del presidente Companys, fue lo suficientemente generoso para reconocer que «los rojos han destruido nuestras iglesias, pero antes nosotros habíamos destruido la Iglesia» [54].

Los sacerdotes que no murieron ni huyeron al extranjero fueron considerados simplemente como hombres que habían escogido un oficio determinado, y no se les trataba de modo diferente a como se trata a un dentista, por ejemplo, o un abogado, excepto en que no se les permitía ejercer ni llevar el uniforme de la sotana. Al sacerdote que había deshonrado su oficio y en el pasado, por ejemplo, nunca se había puesto un alzacuello limpio para ir al entierro de un pobre, pero siempre lo había hecho por un rico, era muy probable que lo mataran [55]. Hubo algunas excepciones a la matanza: por ejemplo, el obispo de Menorca permaneció en su palacio hasta el fin de la guerra, y el vicario general de Tarragona ejerció su ministerio en la cárcel durante toda la guerra [56].

Desde luego, el número de muertos entre los seglares fue muy superior al de los eclesiásticos. Cualquiera de quien se sospechara que sentía simpatía hacia el alzamiento nacionalista estaba en peligro. Al igual que entre los nacionalistas, las circunstancias irracionales de una guerra civil hacían imposible discernir qué era traición y qué no lo era. Morían personas ilustres, y a menudo sobrevivían

[53] Estelrich, p. 115.

[54] Madariaga, p. 377.

[55] Para volver a escribir este párrafo, me he beneficiado de mis conversaciones con el profesor Bosch Gimpera. Lo mismo ocurría con los médicos. Aquellos de quienes se sabía que se habían dedicado a sus pacientes pobres eran dejados en libertad.

[56] Broué y Témime citan *ABC* del 4 de septiembre, que da cuenta de que un cura se casó en Alicante, y otro ingresó en el Partido Comunista. Pero es difícil encontrar otros ejemplos.

(Col. J. M. Armero.)



La exaltación religiosa en el campo sublevado adquiere a veces formas simplistas, como la tarjeta postal en la que soldados y baturros rinden homenaje a la Virgen del Pilar y ensalzan su entorno guerrero como capitana de la defensa de Zaragoza ante el ejército napoleónico. Otra muestra sería la transformación en reliquia de algunos fragmentos del ataúd que contuvo los restos de un militante tradicionalista, con lo que se le eleva gratuitamente a la categoría de mártir.



(Arch. C. S. de Tejada.)

personas indignas. En la Andalucía oriental, los camiones de la CNT llegaban a los pueblos y ordenaban a los alcaldes que entregaran a los fascistas de la localidad. A menudo los alcaldes tenían que decir que todos habían huido, pero muchas veces había alguien que informaba a los terroristas, diciéndoles cuáles de los ricos del pueblo seguían allí; entonces éstos eran detenidos y fusilados en un barranco próximo. En la mayoría de los casos, los muertos fueron labradores denunciados por personas que les debían dinero. Haber apoyado a la CEDA o ser miembro de la antigua policía catalana de la época de Martínez Anido, el Somatén, bastaba para ser fusilado en Sitges (Barcelona) [57]. Haber sido miembro de la Falange era fatal en casi todas partes, aunque muchos escaparon gracias a la negligencia o el arrepentimiento de quienes los habían detenido. Probablemente, algunos de los fusilados merecieron su destino: entre los ejecutados sumariamente se encontraron pistoleros como Ramón Sales, en Barcelona, e Inocencio Faced, en Alicante, considerados en todas partes los asesinos de los dirigentes anarquistas Seguí, Boal, Layret y otros, entre 1919 y 1923 [58]. En las zonas rurales, a menudo la revolución consistió básicamente en el asesinato de los miembros de la clase alta o la burguesía. Y así, la descripción que hace Ernest Hemingway en su novela *Por quién doblan las campanas* de cómo los habitantes de un pueblo golpean primero a los hombres de la clase media y luego los arrojan por un precipicio se aproxima a la realidad de lo que ocurrió en la famosa ciudad andaluza de Ronda (aunque de lo ocurrido fuera responsable una banda de Málaga). Allí fueron asesinadas 512 personas el primer mes de la guerra [59]. En Guadix, un grupo de jóvenes terroristas de ideas más o menos anarquistas se apoderó de la ciudad y mató bastante indiscriminadamente durante cinco meses [60].

En las grandes ciudades, donde los enemigos potenciales eran más numerosos, se utilizaron procedimientos más sofisticados. Los partidos políticos de izquierdas crearon unos cuerpos de investigación que se enorgullecían de llamarse a sí mismos, siguiendo el modelo ruso, con el nombre de «checas». Solamente en Madrid, había varias docenas. Estos primeros días de la guerra civil en las ciudades republicanas se caracterizaron por la aparición de un verdadero laberinto de grupos diferentes, todos ellos con poder para decidir sobre la vida y la muerte, y cada uno responsable ante un partido, un departamento del Estado, o un simple individuo. Las diferentes checas a veces se consultaban unas a otras antes de llevar a sus víctimas a «dar un paseo». (El lenguaje procedía de Hollywood; un reflejo de la gran cantidad de cines construidos en tiempos de Primo de Rivera.) Pero no siempre se respetaba esta formalidad. Los interrogatorios de los sospechosos a menudo se desarrollaban entre insultos y amenazas. A veces, el jefe de la checa enseñaba al acusado un carnet a cierta distancia, para hacerle creer que se tra-



(Sáenz de Tejada. Col. C. S. de Tejada.)

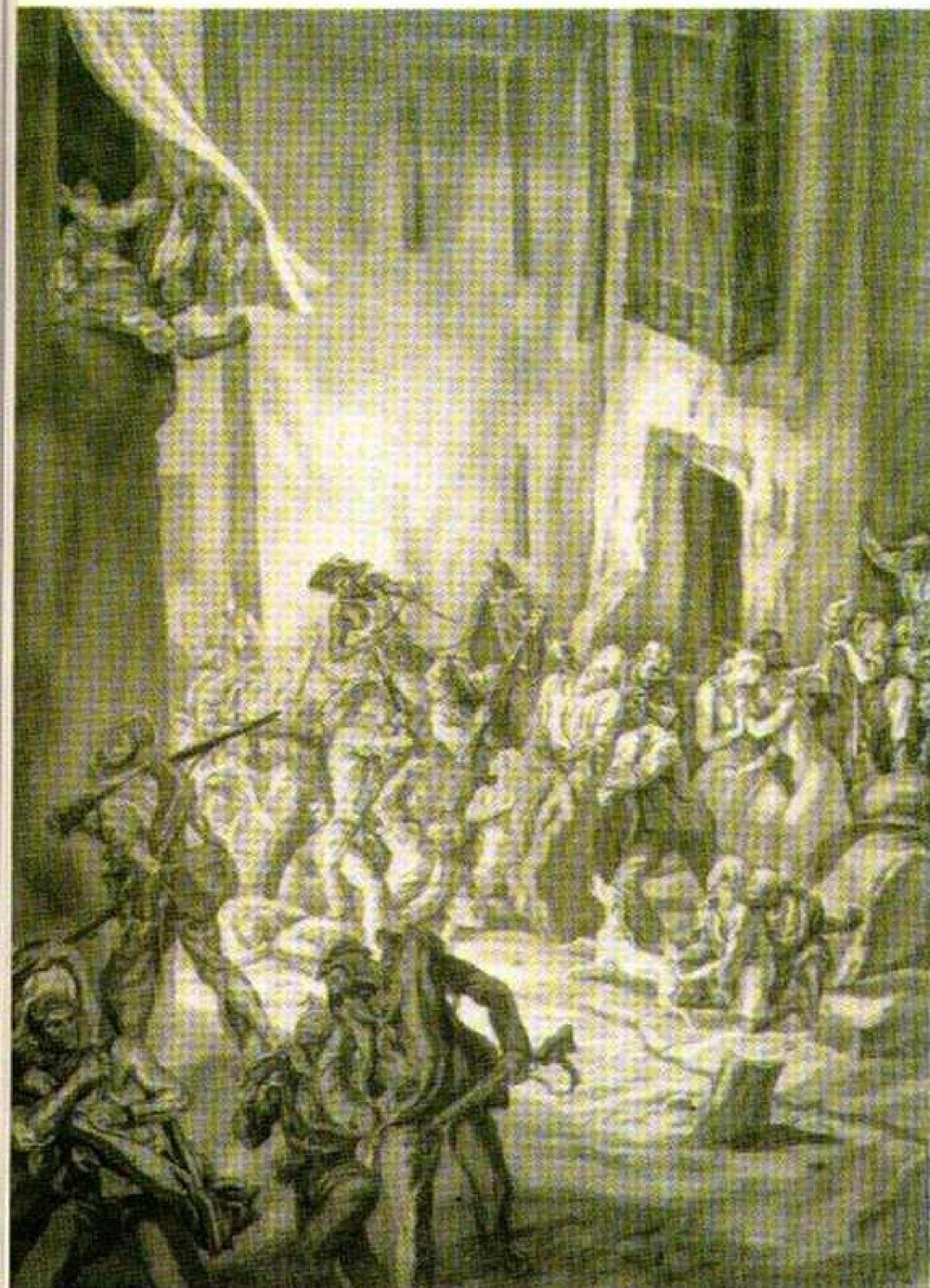
Se abre una estela de odios que se prolongará durante muchos años. Azuzados por una literatura rencorosa y vindicativa, cuyo desprecio al enemigo transforma a éste en una figura monstruosa y sin rostro, se hace necesario evocar la figura del ángel exterminador *bíblico, del que Sáenz de Tejada ha hecho aquí este boceto.*

[57] Carta de Simone Weil a Bernanos, *op. cit.*
[58] Peirats, vol. I, p. 182. En marzo de 1936, Sales había intentado organizar nuevamente una Federación Española de Trabajadores y se creía que también un grupo de activistas provocadores.
[59] Pemán, *Un soldado en la historia*, p. 300; carta de Gerald Brenan, 22 de junio de 1961.
[60] Brenan, *South from Granada*, p. 169.

taba de su carnet de afiliado a un partido hostil al Frente Popular. Las sentencias de muerte de estos «tribunales» se indicaban en los documentos correspondientes con la letra «L» de libertad seguida de un punto. Esto significaba que el prisionero debía ser ejecutado inmediatamente. De esta tarea se encargaban brigadas especiales, con frecuencia compuestas por antiguos delincuentes.

Quizá la checa más temida de Madrid era la conocida con el nombre de «la patrulla del amanecer», por la hora en que llevaba a cabo sus actividades. Pero no había mucha diferencia entre esta banda y la «brigada de investigación criminal», dirigida por un antiguo impresor y ex dirigente juvenil comunista, Agapito García Atadell [61], quien, al parecer con el beneplácito de las autoridades, instaló su «checa antifascista» en un palacio de la Castellana. Ambos grupos utilizaron los archivos del ministerio de la Gobernación para facilitar su tarea persecutoria con los miembros de los partidos de derechas. (La Falange había destruido su lista de miembros; pero los carlistas y la UME no [62].)

Cuenca es tradicionalmente un bastión de la derecha. Por ella se presentan a diputados gentes como el general Fanjul o José Antonio Primo de Rivera, e incluso lo intenta, en 1936, el general Franco. Sin embargo, la guardia civil, la única institución armada de la provincia, se mantiene leal al gobierno. A finales de julio irrumpen en Cuenca columnas anarcosindicalistas. Comienzan los saqueos, algún incendio de iglesias y asesinatos que culminan con la muerte del obispo monseñor Laplana. Durante unas semanas, Cuenca y su provincia vivirán sin control.


(Sáenz de Tejada. Col. M. L. S. de Tejada.)

Las responsabilidades y las explicaciones

En la inmensa mayoría de los casos, estos asesinatos afectaron a los «soldados rasos» de la derecha. A menudo, miembros de la clase obrera eran asesinados por sus propios compañeros que los acusaban de hipocresía, de haber sido demasiado obsequiosos con sus superiores, o sencillamente desconfiaban de ellos. Por ejemplo, en Altea, cerca de Alicante, el propietario de un café murió a hachazos a manos de un anarquista por haber cobrado demasiado por los sellos y el vaso de vino que se veían obligados a tomar los compradores mientras esperaban los sellos [63]. La mayoría de los dirigentes políticos de derechas, así como los generales y otros que habían participado en el alzamiento, fueron encarcelados. Algunos de ellos, como el general López Ochoa, fueron arrancados de sus encierros, o incluso de hospitales, para ser fusilados. Otros, como los que fueron enviados a la Cárcel Modelo de Madrid, fueron bien tratados durante algún tiempo. En Barcelona, el 24 de julio fueron fusilados cuatro alemanes, todos ellos miembros del partido nazi, tras el saqueo del local del frente obrero alemán.

En medio del caos, hubo muchos arreglos de cuentas personales. En su diálogo imaginario escrito en 1937, *La velada en Benicarló,* Azaña presenta un médico amenazado de muerte y encarcelado simplemente por la denuncia de un hombre al que había operado sin mucha fortuna [64]. Un reo convicto que se libró de la cárcel

[61] García Atadell había organizado las juventudes comunistas a finales de la década de los años veinte. Más tarde huyó de la República con una cantidad considerable como botín, pero fue capturado por los nacionalistas cuando el barco argentino (el *Primero de mayo)* que le llevaba a Sudamérica hizo escala en Santa Cruz de la Palma. Arthur Koestler lo vio en la cárcel de Sevilla a principios de 1937. Poco después fue ejecutado a garrote vil. En la cárcel se convirtió al catolicismo. Véase José Ignacio Escobar, *Así empezó...* (Madrid, 1974), y Arthur Koestler, *The Invisible Writing,* p. 347.

[62] Iturralde, p. 124.

[63] El caso ocurrido en Altea me lo contó una persona que vivía allí. Más tarde, el anarquista fue asesinado por un comunista.

[64] Azaña, vol. III, p. 393.


(Popperfoto.)

común se presentó en el piso de un juez que le había condenado unos meses antes, lo mató en presencia de su familia, y huyó con los objetos de plata de la familia envueltos en una sábana [65]. También existieron muchos errores: en la lista de destinados a la muerte en Vendrell figuró, durante algún tiempo, el nombre del gran violonchelista Casals [66].

Durante estos momentos tan confusos, los hombres como el presidente de la República, Azaña (la ventana de cuyo dormitorio, en el Palacio Nacional, daba a la Casa de Campo, donde se estaban cometiendo tantos asesinatos), no podían dormir tranquilos por las noches. Aunque no podían controlar las matanzas, como representantes del gobierno eran responsables de ellas. Al no dimitir, difícilmente podrían esperar que no se les culpara. Parece ser que algunos socialistas e incluso republicanos de izquierdas, además de los comunistas y anarquistas, inspiraron muchas detenciones e «investigaciones» que no eran verdaderamente necesarias para el objetivo último de ganar la guerra. Además, varios de los organizadores de las checas pasaron a ocupar puestos de responsabilidad en la policía de la República una vez restaurado el orden [67]. No obstan-

Inútil discutir la cifra de asesinados en los primeros momentos, en los que el control, tanto por parte del gobierno como por la de los insurrectos, es inexistente. Algunos testigos señalan al presidente Azaña, en las habitaciones que se ha arreglado en el palacio de Oriente, sobrecogido por los acontecimientos. Tras la capitulación del cuartel de la Montaña, los grupos armados toman represalias por su cuenta. Por las mañanas, en la Casa de Campo aparecen los cadáveres de los fusilados. El 22 de julio, Dolores Ibárruri, «La Pasionaria», habla en los micrófonos de Gobernación: «Frente al caos que intenta provocar el enemigo, es preciso defender la República, la democracia, al pueblo. Descubrid y denunciad implacablemente a los provocadores, muchos de los cuales se escudan tras una fraseología revolucionaria para mejor engañar a los combatientes revolucionarios. ¡Disciplina, serenidad, vigilancia para impedir la provocación!»

[65] Madariaga, p. 378.

[66] H. L. Kirk, *Pablo Casals* (Nueva York, 1974), p. 401. Los anarquistas del lugar donde vivía Casals fueron varias veces a su casa en busca de un amigo de Casals, derechista en política, que estaba escondido allí.

[67] Por ejemplo, Julio de Mora, que dirigía una checa en el palacio del conde de Eleta y se convirtió en jefe del departamento especial de información (DEDIDE), con el grado de coronel; o Angel Pedrero, que fue el ayudante y sucesor de García Atadell, y que más tarde se convirtió en jefe del SIM (Servicio de Información Militar), en Madrid, en 1937.

La CNT-FAI, esa fuerza arrolladora, no acaba de encontrar sus cauces en la simple defensa de la República. En Cataluña, en Aragón y Levante ensaya el «comunismo libertario», las comunas campesinas e, incluso, la autogestión industrial. Cuando otras fuerzas políticas republicanas aducen que es necesario sacrificar el esfuerzo revolucionario al bélico, el anarquismo se rebela; como en el cartel, dedicado al campesinado de Levante, en el que se apunta la advertencia de «no dejarse dominar por otros tiranos».



(F.I.E.H.S. - C.D.H.I. Univ. de Barcelona.)

te, muchos otros, movidos por sentimientos personales más que políticos (entre éstos se contaban desde Companys hasta «la Pasionaria»), se preocuparon de intervenir a favor de probables víctimas de la violencia. Companys salvó al cardenal arzobispo de Tarragona, detenido por milicianos anarquistas en el monasterio de Poblet, mientras que el obispo de Gerona y muchos sacerdotes y miembros de la *Lliga Catalana* fueron salvados por Ventura Gassol (el consejero catalán de cultura). Azaña salvó a los monjes de su antiguo colegio, en el monasterio agustino de El Escorial. «La Pasionaria», en Madrid, salvó a muchas monjas de las iras de la FAI. Galarza, aunque era débil como ministro de la Gobernación, salvó al presidente de la asociación de estudiantes católicos, Joaquín Ruiz Giménez [68]. Juan Negrín, diputado socialista y profesor de fisiología, salvó a muchas personas en Madrid. Los dirigentes anarquistas criticaron la violencia, e intentaron contenerla en el espacio de unos días. A partir del 25 de julio, la CNT y la FAI lanzaron una serie de protestas contra la violencia ilegal. El 30 de julio, Federica Montseny, la dirigente anarquista, escribió tristemente: «Hemos confirmado algo que ya sabíamos en teoría: que la revolución es una fuerza destructora y ciega, grandiosa y bárbara, en la que actúan, formidablemente, fuerzas incontroladas e incontrolables... En el fragor del combate, en la furia ciega de la tormenta, ¡cuántas cosas también naufragan!... Los hombres no son mejores ni peores de como los hemos visto... Sus vicios y sus virtudes se manifiestan surgiendo del fondo de los tahúres la honradez dormida y de lo más hondo de los hombres honrados el apetito voraz, la sed del exterminio, el afán de sangre, que parecía más que imposible» [69].
Todavía con más fuerza, Juan Peiró, miembro de la CNT desde hacía mucho tiempo, lanzó un elocuente y sincero ataque contra aquellos que «han derramado sangre por el puro gusto de derramarla, porque podían matar impunemente... muchos muertos han sido fusilados por venganzas personales [...]. En el pueblo en rebelión se han infiltrado elementos amorales que roban y asesinan profesionalmente [...]. Muchos de los que realizan expropiaciones no han tenido otro interés que el de apoderarse del dinero y las propiedades de otras personas» [70].
A pesar de todo, nadie defendió al *comissari general d'Ordre Públic* Frederic Escofet, que fue destituido por haber ayudado a huir a Francia a algunos religiosos [71]. No obstante, el gobierno castigó a unos cuantos comités del Frente Popular por crímenes cometidos, y el capitán miliciano Luis Bonilla y los dirigentes anarquistas de Vallvidrera y Molins de Llobregat fueron igualmente ejecutados por sus crímenes.
Lo mismo que José Olmeda Medina, que había robado cadáveres de la iglesia del Carmen, en Madrid. El periódico anarquista (castellano) *Campo Libre* comentaba en agosto de 1937: «Los instintos

[68] Véase Sergio Vilar, p. 450. Galarza fue nombrado ministro de la Gobernación en septiembre.
[69] Federica Montseny en *La revista blanca,* 30 de julio, cit. por Bolloten, p. 41.
[70] Juan Peiró en *Perill a la reraguarda* (Mataró, 1936), p. 91.
[71] Payne, *The Spanish Revolution,* p. 226. Escofet salvó a muchos.

LA FUERZA PUBLICA ESTABA AL SERVICIO DE LOS CACIQUES Y DE LOS ENEMIGOS DEL PUEBLO



LA FUERZA PUBLICA ES HOY LA GARANTIA DE LA LIBERTAD Y DEL ORDEN REPUBLICANO



COLABORAD TODOS POR UNA RETAGUARDIA FUERTE Y DISCIPLINADA

SUBSECRETARIA DE PROPAGANDA

(F.I.E.H.S. - C.D.H.I. Univ. de Barcelona.)

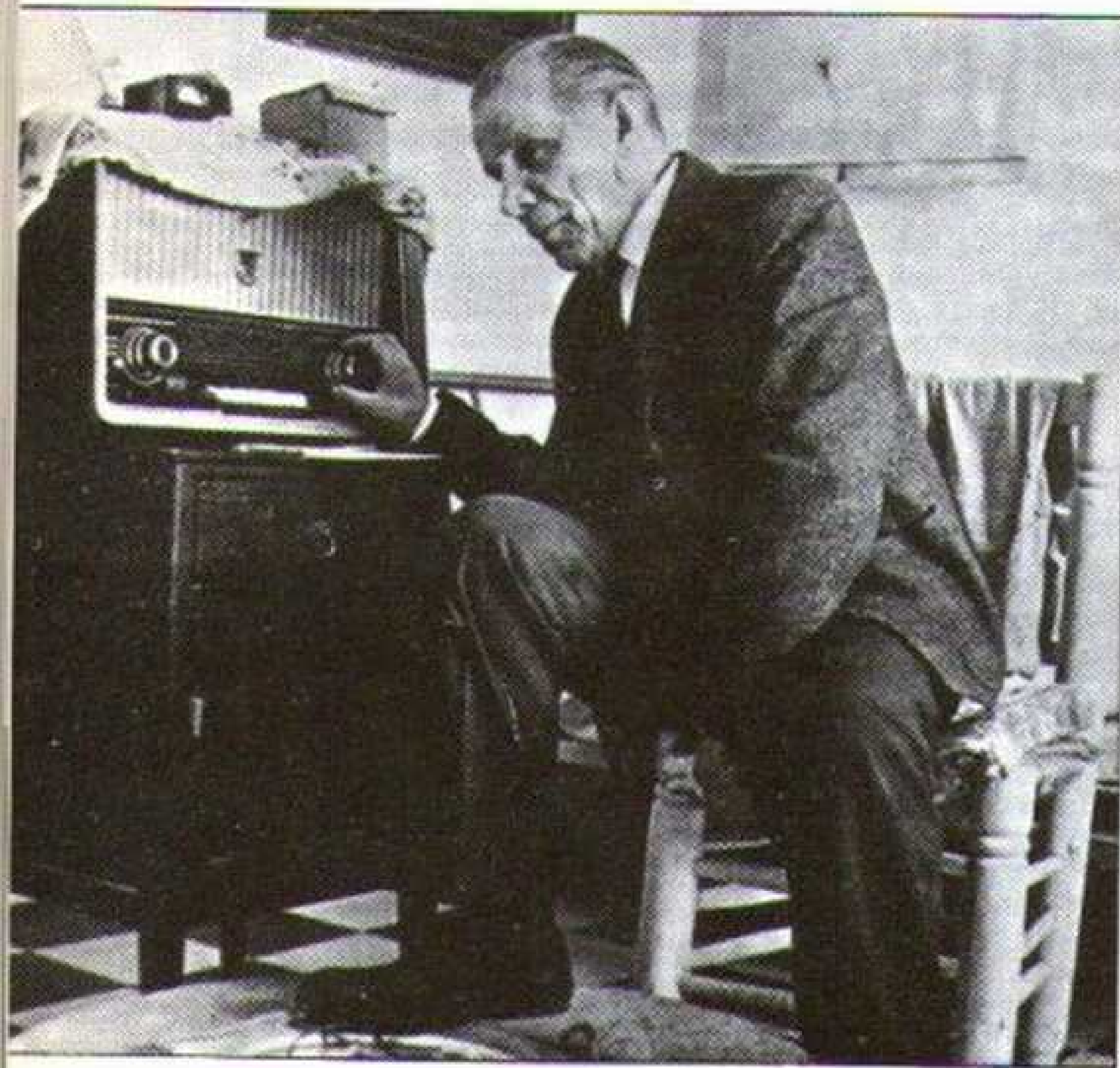
Habida cuenta que superaban a la mitad de sus efectivos las fuerzas del orden público que permanecieron fieles al gobierno legalmente constituido, éste se esfuerza en devolver a esos cuerpos la imagen de servidores de la República y de la seguridad ciudadana. Entre otras medidas, se cambia el nombre de guardia civil por el de guardia nacional republicana, siendo sustituido también el tradicional tricornio por un gorro cuartelero. En realidad, las fuerzas de orden público pasaron a integrarse en unidades combatientes, abandonando las funciones de retaguardia.

criminales de elementos incontrolados (en el pueblo de Cabañas de Yepes, Toledo) [...] creyeron que la revolución era una cuestión de saqueo y gamberrismo, y, en los primeros días del movimiento (los anarquistas usaban la misma palabra que los nacionalistas para referirse a la revolución de julio), actuaron cobardemente contra aquellos cuya única culpa era la de ser desgraciados.» Gran parte de la responsabilidad debe atribuirse —y esto es reconocido generalmente— al impotente ministro de la Gobernación, general Pozas; al horrorizado director general de Seguridad, Alonso Mallol, y al incompetente ministro de Justicia, Manuel Blasco Garzón. Los ministerios y departamentos presididos por estos caballeros se refu-

giaron en la negativa de que se hubieran cometido crímenes, diciendo que los muertos habían sido asesinados por fascistas, y aprobando implícitamente algunas de estas acciones al ascender a quienes habían sido directamente responsables de las mismas.
¿Quiénes fueron los asesinos? Sin duda, muchos más de los que se piensa eran criminales, liberados inesperadamente de la cárcel; muchos eran pobres chicos alocados sin conciencia y sin ideología; probablemente la mayoría eran adolescentes. Muchos pertenecían al tipo de carniceros que aparecen en todas las revoluciones; por ejemplo, el antiguo sacristán que se dedicó a matar sacerdotes en 1936, y más tarde, en 1939, denunció a sus compañeros asesinos y se entregó a la matanza de republicanos [72]. Pero las juventudes

[72] Fue fusilado en la cárcel de Ocaña en 1939. Véase Sergio Vilar, *La oposición a la dictadura*, p. 227.

(Efe.)



El terror originado por los indiscriminados fusilamientos de las primeras fases de la guerra produce casos extremos, como el de Manuel Cortés, alcalde republicano de Mijas, en la provincia de Málaga, que permanecerá encerrado más de treinta años por temor a las represalias.



(The Illustrated London News.)

socialistas-comunistas desempeñaron mucho papel en todo esto, quizá tanto como los anarquistas. En Santander, por ejemplo, un falangista que se alistó secretamente en la CNT declaró más tarde que allí los encargados de las ejecuciones eran los jóvenes socialistas y comunistas, «provistos de enseñas y distintivos anarquistas para que se echaran las culpas a la CNT y la FAI» [73]. Por otra parte, el mismo falangista reconocía que él y algunos otros amigos de ideas análogas a las suyas habían sido responsables de muchos de los fusilamientos «rojos» en Santander [74].

En Andalucía, las bandas asesinas generalmente venían de fuera de los pueblos donde se producían los asesinatos. Estas bandas llegaban en camiones, armadas con fusiles ametralladores y «obligaban a los pueblos a entregar a sus reaccionarios» [75]. En Jaén, los anarquistas acabaron con las matanzas indiscriminadas, y a menudo las



(Inst. Municipal de Historia. Barcelona.)

La cárcel es el símbolo del poder establecido por la burguesía, dicen, no sin cierta mística, los anarquistas. La cárcel de mujeres de Barcelona, en la calle Amalia, es derribada, y el hecho de arrancar sus rejas parece conferir un sentido simbólico propio de los primeros días de la convulsión. Casi simultáneamente, las necesidades de la guerra obligan a habilitar otros edificios como cárceles.

bandas asesinas estaban formadas por gentes sin verdaderas convicciones políticas [76]. Pero también a menudo los anarquistas mataban como si fueran místicos, resueltos a aplastar para siempre las cosas materiales de este mundo, todos los signos externos de un pasado burgués, corrompido e hipócrita. Cuando gritaban «¡Viva la libertad!» y «¡Muera el fascismo!», mientras moría algún administrador injusto, expresaban hondas pasiones de temible sinceridad. Muchos de los detenidos en Barcelona eran llevados cuarenta kilómetros a lo largo de la costa para ser fusilados frente a la maravillosa bahía de Sitges.

Los que iban a morir pasaban sus últimos momentos sobre la Tierra contemplando el soberbio espectáculo del amanecer en el mar Mediterráneo. Parecía como si sus asesinos les dijeran: «Mirad lo

[73] Maximiano García Venero, *Falange*, p. 159; véase también Jackson, p. 308.
[74] Este individuo, José Antonio Baruela, se alistó posteriormente en la aviación republicana y mató a muchos milicianos bombardeándolos antes de que lo descubrieran y lo mataran en Santander. Otros como él escaparon atravesando las líneas.
[75] Carta de Gerald Brenan, 22 de junio de 1961.
[76] Carta de Melchor Ferrer, 7 de agosto de 1961.

hermosa que podría haber sido la vida si no hubierais sido unos burgueses, y os hubierais levantado temprano, viendo el amanecer más a menudo, como hacen los obreros.»

Aunque en la España rebelde hubo muchas muertes arbitrarias, la idea de la *limpieza* del país para eliminar los males que se habían apoderado de él era una política disciplinada de las nuevas autoridades y formaba parte de su programa de regeneración. En la España republicana, la mayoría de las muertes fueron consecuencia de la anarquía, resultado de un colapso nacional, y no obra del Estado, aunque algunos partidos políticos, en algunas ciudades, consintieron las enormidades, y aunque algunos de los responsables últimos ascendieron a posiciones de autoridad. Además, los ataques aéreos provocaban odios y fueron responsables de muchas muertes en represalia. Igualmente, la voz de Queipo de Llano a través de la radio infundía pavor y provocó la muerte de muchos de sus partidarios en territorio republicano. En ambos bandos, la mayoría de los asesinatos fueron cometidos por hombres menores de veinticuatro años de edad.

Las atrocidades cometidas tras las líneas «republicanas» y «nacionalistas» al principio de la guerra civil eran parte del mismo fenó-

La propaganda tiende a esquematizar los bandos en lucha. ¡Defendeos contra el fascismo!, se insiste en la España republicana. En realidad, el fascismo, encarnado por sectores minoritarios —como la Falange y los albiñanistas—, no es más que la forma externa del golpe militar. Por su parte, los insurrectos avisan del peligro comunista como fórmula considerada eficaz de propaganda. Tanto la Falange de las JONS como el Partido Comunista son, en el 18 de julio, dos grupos minoritarios, con escasa implantación en la sociedad española.



(F.I.E.H.S. - C.D.E.H.I. Univ. de Barcelona.)



(Arch. C. S. de Tejada.)


(Keystone.)

meno que, a partir de 1931, había endurecido la política española llevándola a excluir el compromiso; este extremismo político había desembocado en la violencia, la ilegalidad y la intolerancia antes de julio de 1936.

La forma como se llevó a cabo la rebelión militar, y la forma en que respondió a ella el gobierno en las primeras horas provocaron un desenfreno que no se había visto en Europa desde la guerra de los Treinta Años. En una zona, se fusilaba a maestros de escuela y se quemaban casas del pueblo; en la otra, se fusilaba a sacerdotes y se quemaban iglesias. La consecuencia psicológica de este desenfreno fue que las dos partes en litigio se vieron dominadas por el odio y el miedo: «Odio destilado lentamente durante años, en el corazón de los desposeídos. Odio de los soberbios, poco dispuestos a soportar la "insolencia" de los humildes. Odio de las ideologías contrapuestas, especie de odio teológico, con que pretenden justificarse la intolerancia y el fanatismo. Una parte del país odiaba a la otra, y la temía» [77].

De ahí que no hubiera ninguna oportunidad para una tregua de compromiso, y de ahí que, con la excepción de los pesimistas (como Azaña) y de unos pocos neutrales (como Madariaga), nadie comprendiera la actitud del enemigo. Hubo innumerables ejemplos de heroísmo e incontables casos de brutalidad. Las dos cosas parecían yuxtapuestas. Quizás el caso del general Batet, jefe de la 6.ª División, en Burgos, es especialmente significativo: había arrestado a Companys por rebelión en 1934, y él fue arrestado por sus propias tropas, por negarse a rebelarse, en 1936. Tenía entonces sesenta y cuatro años y, después de pasar siete meses en la cárcel, en 1937 fue fusilado junto con su ayudante, igualmente inocente. Queipo de Llano y Cabanellas suplicaron a Franco que lo indultara, pero fue en vano. Batet dijo al pelotón de ejecución las siguientes palabras: «Soldados, cumplid un deber sin que ello origine vuestro remordimiento en la mañana. Como acto de disciplina debéis disparar, obedeciendo la voz de mando. Hacedlo al corazón; os lo pide vuestro general que no necesita perdonaros porque no comete ninguna falta el que obra cumpliendo órdenes de sus superiores» [78]. Batet «supo morir» como un español. Y otros muchos también.

[77] Azaña, *La revolución abortada*, en *Obras*, vol. III, p. 500.
[78] Citado por Cabanellas, vol. II, p. 873. Otro caso es el del general García Aldave, gobernador militar de Alicante, también ejecutado por ser neutral, aunque esta vez por un pelotón de ejecución de izquierdas.

SALVADOR DE MADARIAGA ROJO
(La Coruña, 1886 - Locarno, 1978)

Equidistante de los dos bandos en pugna, Madariaga representa lo que se ha dado en llamar «La Tercera España». Ingeniero, ensayista trilingüe, literato e historiador liberal, nacido en La Coruña, llega a la política como diputado por el grupo federalista gallego, al que más tarde abandonará. Diputado en las Cortes Constituyentes en 1931, ese mismo año es nombrado por la República embajador en Washington y presidente de la Delegación española y miembro del Consejo de la Sociedad de Naciones, en Ginebra. Ya en 1920 había publicado un ensayo en inglés titulado Shelley y Calderón. **Después de algunos trabajos más, en 1925 aparece su primera novela** La jirafa sagrada. **En 1929 lanza** Ingleses, franceses y españoles, **obra que le sitúa entre los ensayistas más conocidos de su generación.**

En 1934, sin abandonar la Sociedad de Naciones, ocupa fugazmente, con el gobierno Lerroux, las carteras de Educación y de Justicia, para volver a París como embajador. Le sorprende la sublevación en Toledo, y consigue huir a Oxford, en donde imparte clases de historia y literatura. Su libro más famoso, España, un ensayo de historia contemporánea, **lo clasifica como observador neutral, distante. Es reconocido mundialmente su antifranquismo, presente en numerosos artículos y en algunos libros como** General, márchese usted, **a lo que la prensa oficial del régimen le responde** Payaso, retírate de la pista. **Posiblemente, tanto como antifranquista se manifiesta Madariaga anticomunista, ya desde su novela** La camarada Ana **hasta sus múltiples artículos, ensayos y biografías. Para explicar su posición de silencio ante la contienda, declaró en Londres, en octubre de 1936: «No podía hablar en pro de los rebeldes, pues representaban una política contraria a la mía, ni por los revolucionarios, no sólo porque no estaba de acuerdo con sus métodos, ni con los fines de algunos de ellos...» Encerrado en su duda, se fue alejando, en un exilio voluntario, de la realidad de España.**



(F.I.E.H.S. - C.D.E.H.I. Univ. de Barcelona.)

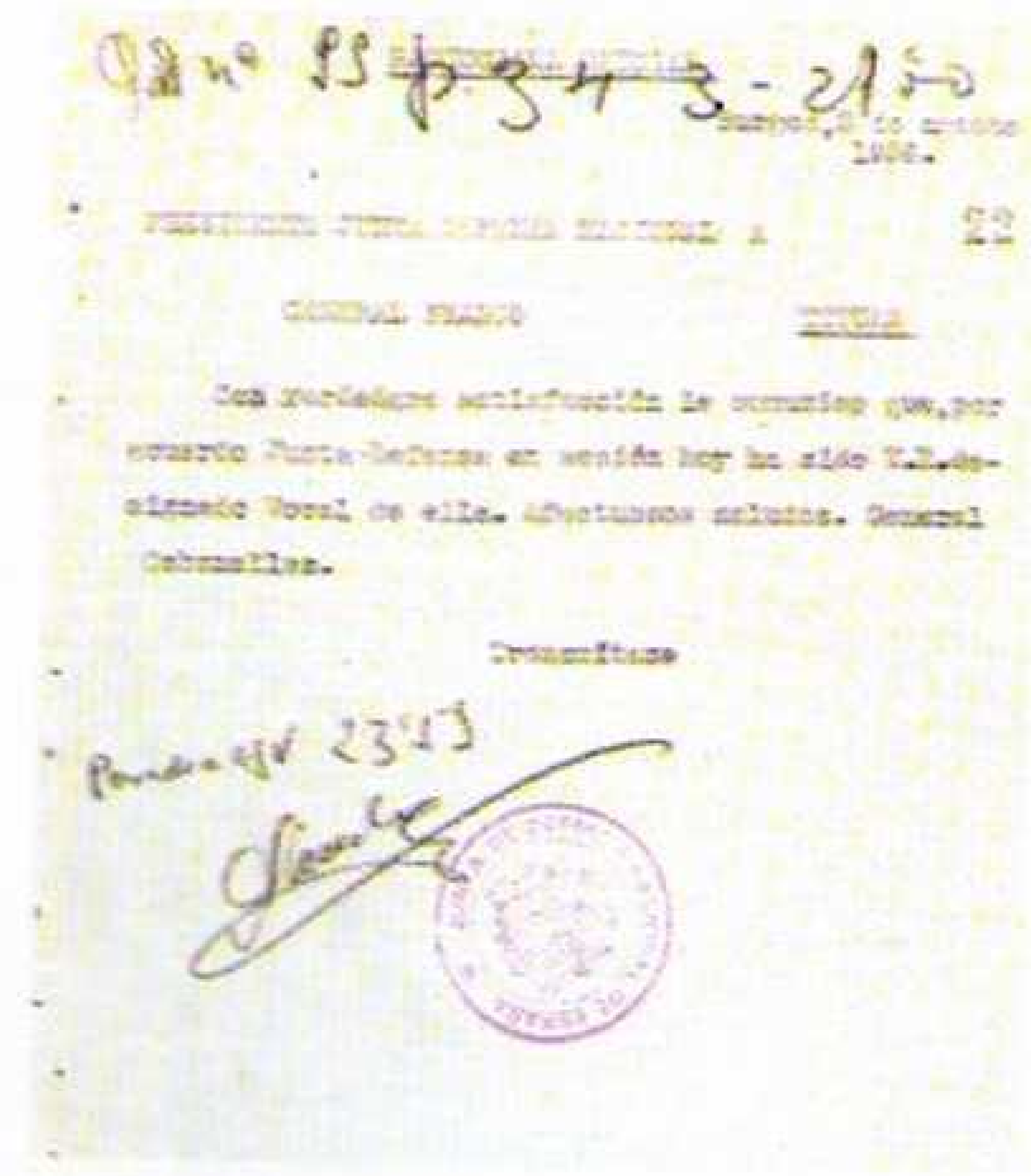
17

El carácter de la España nacionalista

La dirección de los nacionalistas fue conferida, el 24 de julio, a una junta establecida en Burgos bajo la presidencia del barbudo general Cabanellas, el que estaba al mando de Zaragoza. Mola le dio este puesto para apaciguarlo, más que para enaltecerlo. Era el general más antiguo, el único general de división en activo que se sumó a la rebelión: Mola, técnicamente, era un simple general de brigada. Mola consultó a los monárquicos Goicoechea y conde de Vallellano, antes de constituir la junta de Burgos, pero no a Franco [1], ni a los dirigentes carlistas, ni a los falangistas. Mola deseaba que formaran parte de la junta algunas personas no militares, pero no surgió ningún nombre que contara con la general aceptación. Goicoechea instó a Mola a que formara una junta a toda costa: «Aunque sea una junta de coroneles, forme una junta inmediatamente, mi general» [2]. La junta se compuso, al principio, sólo con los jefes del alzamiento en la península: los generales Mola, Saliquet, Ponte y Dávila, así como dos ayudantes de Dávila, los coroneles Montaner y Moreno Calderón. Franco no ingresó en ella hasta principios de agosto. En la península, Franco se estaba convirtiendo en un mito. Se hablaba de él constantemente, pero nadie parecía saber dónde estaba [3]. Al principio del alzamiento, los partes oficiales nacionalistas eran muy optimistas. Decían que Franco ya había llegado a la península, y que Mola estaba a las puertas de Madrid. Pero luego las noticias se fueron haciendo vagas. La gente decía que Franco lo estaba organizando todo con tal grado de perfección que la derrota resultaría imposible [4]. Mola, en realidad, no estableció contacto con Franco hasta el 21 de julio, fecha en que envió a Marruecos un emisario por vía aérea: el capitán Angel Salas Larrazábal [5].

Mola inauguró la junta. Entre el ensordecedor resonar de todas las campanas de Burgos, el astuto general gritó roncamente desde un balcón de la plaza Mayor: «¡Españoles! ¡Burgaleses! El gobierno que era el desgraciado bastardo nacido del concubinato liberal y socialista ha muerto a las manos de vuestro valeroso ejército. España, la verdadera España, ha derribado al dragón, que ahora está caído de cara al suelo y mordiendo el polvo. Yo volveré ahora a ponerme en mi puesto al frente de las tropas, y, antes de mucho tiempo, dos enseñas, el sagrado emblema de la cruz y nuestra gloriosa bandera, ondearán juntas sobre Madrid» [6].

Entonces, la junta celebró su primera reunión, reconoció la exis-

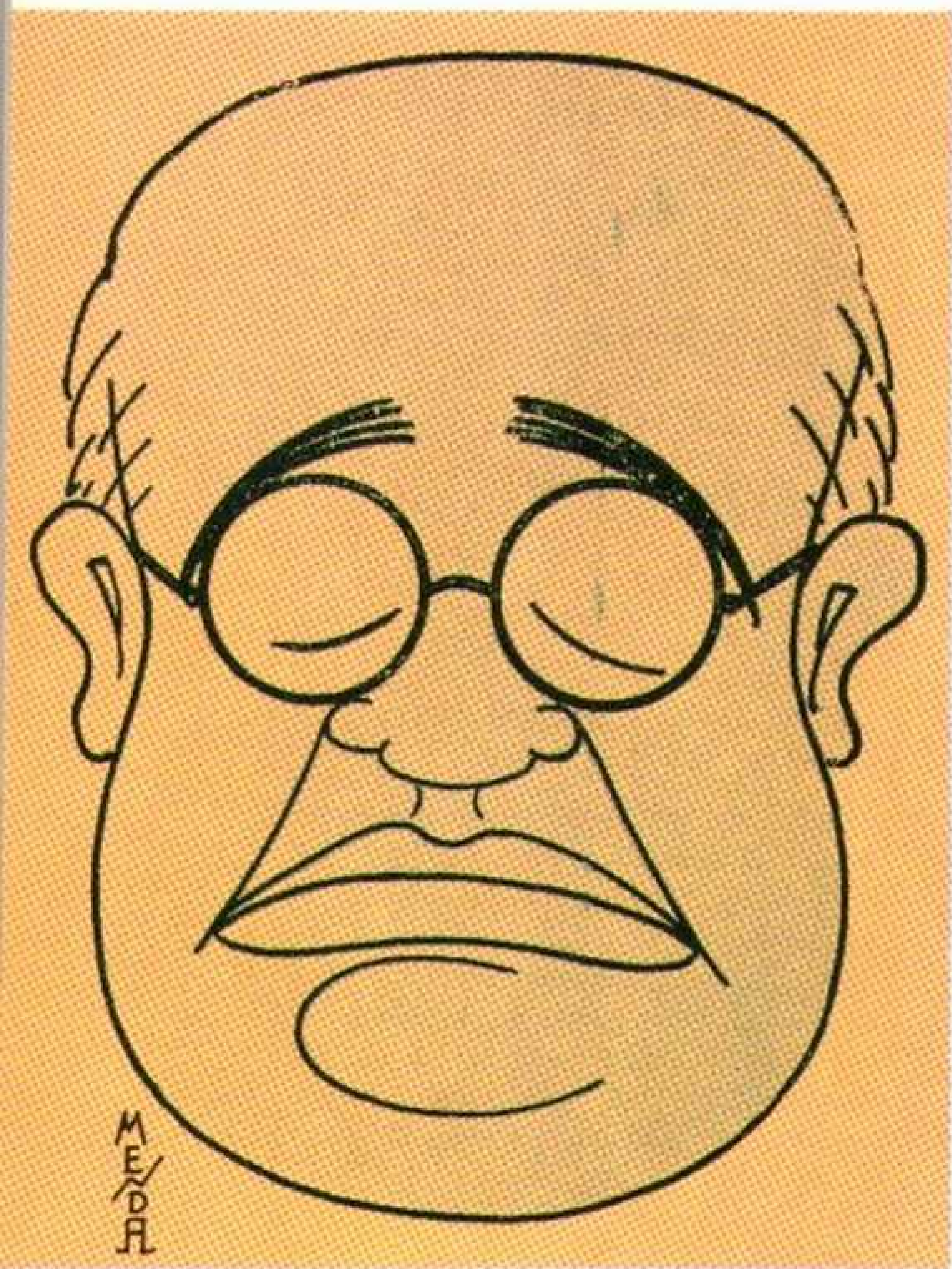


(Serv. Histórico Militar.)

Telegrama del general Cabanellas en el que anuncia, desde Burgos, al general Franco su designación como miembro de la Junta de Defensa. Los sublevados del norte y del sur de la península todavía se encuentran aislados entre sí, y la mayor parte de las comunicaciones telegráficas se realizan a través de Portugal.

Posiblemente, el cartel de «Los Nacionales» es uno de los más conocidos de los que crea el ministerio de Propaganda del gobierno republicano. En una misma nave aparecen un banquero, un militar, un cardenal y un moro de regulares, sobrevolados por el águila, mientras asoman por los ojos de buey otras gentes armadas.

[1] Ruiz Vilaplana, p. 225.
[2] Gil Robles, p. 729 y ss.
[3] Ruiz Vilaplana, p. 45.
[4] Lawrence Dundas, *Behind the Spanish Mask* (Londres, 1943), p. 56.
[5] J. Salas, p. 73. Nadie sabía lo que pasaba. Véase Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil, I. La España nacional* (Barcelona, 1973), p. 27 y ss., donde hay fotografías de periódicos que anuncian la detención de Azaña en Santander, la caída de Madrid, etc., en la primera semana de la guerra.
[6] Ruiz Vilaplana, p. 219.



(Hemeroteca Municipal. Barcelona.)

Manuel Azaña es blanco preferido de los caricaturistas. Lo mismo amigos que enemigos se recrean en su poco agraciado rostro. En el caso de la ilustración, una caricatura bastante favorable publicada en La Traca.

tencia de dos ejércitos en la España rebelde: uno en el norte, bajo el mando de Mola, y otro en el sur (incluido Marruecos), bajo el mando de Franco, y se trasladó a una discreta mesa de café del Casino. Después de esto, Cabanellas y los dos coroneles formaron una secretaría para dar a la España nacionalista las directrices administrativas que fueran necesarias. Las tareas de gobierno se hacían difíciles tanto por la falta de funcionarios como por la carencia de documentos. Pero la necesidad de funcionarios se cubrió mediante el servicio voluntario de miembros de la clase media. En cuanto a la falta de documentos, quedaba compensada por una simple adhesión a las bien probadas normas de la ley marcial. Además, la mayoría de los jueces, procuradores y policías se limitaron a continuar ejerciendo su profesión sometidos a la junta rebelde, anulando, si era necesario, todas las concesiones al cambio hechas durante la República. No se entró en ningún compromiso ni con el carlismo ni con ningún partido de derechas; todo el regateo de Fal Conde había sido en vano. En realidad, Cabanellas y su junta eran figuras decorativas, lo mismo que Giral, Azaña y Companys. Mola era quien, en la práctica, gobernaba el norte de España, desde El Ferrol hasta Zaragoza y desde los Pirineos hasta Avila. Franco controlaba Marruecos y las Canarias. Queipo de Llano dominaba la Andalucía nacionalista. Se hizo famoso en toda España por sus emisiones de radio nocturnas, llenas de absurdas obscenidades, de amenazas de muerte para las familias de los «rojos» de la escuadra republicana, de alardes sobre la terrible potencia sexual de los regulares y de promesas de matar a «diez canallas marxistas» por cada rebelde muerto. Reunió en torno a él un corrillo de falangistas, carlistas sevillanos, ganaderos de reses bravas y cosechadores de jerez, junto con el torero «el Algabeño», que se convirtió en su ayudante. En el norte, Mola habla de vez en cuando por radio Navarra, radio Castilla o radio Zaragoza, reservando su odio de modo especial para Azaña, «monstruo que más parece la absurda invención de un Frankenstein doblemente loco que el fruto del amor de una mujer. Azaña debiera ser encerrado en una jaula, de manera que los mejores especialistas del cerebro pudieran estudiar el caso más interesante de degeneración mental de toda la historia» [7]. Las huelgas generales declaradas por todas las organizaciones de trabajadores habían finalizado, por lo general, fusilando a los dirigentes de las huelgas y a los líderes de la UGT y la CNT, como ocurrió en Zaragoza [8]. Se permitió el mantenimiento de la reforma agraria de la República, siempre que hubiera sido anterior a febrero de 1936; pero todo lo que había hecho el Frente Popular fue abolido, excepto en Extremadura, donde se permitió a algunos yunteros, que habían recibido unas concesiones en la primavera de 1936, que conservaran sus tierras durante un año o dos más, aunque con la obligación de devolverlas después [9].

[7] *Diario de Navarra,* 16 de agosto de 1936.
[8] Broué y Témime, pp. 90-91.
[9] Malefakis, p. 386, nota 76. Incluso las leyes de 1932-1936 acabaron siendo abolidas, en 1941.

La Falange en la primera hora

Bajo el gobierno militar, la Falange estaba desorganizada. José Antonio, Ledesma, Ruiz de Alda y la mayoría de los restantes dirigentes conocidos estaban en las cárceles republicanas. A Redondo lo mataron en los primeros días de la guerra, en una emboscada cerca del Guadarrama. Los dirigentes locales que sobrevivieron, y que generalmente salían de la cárcel donde habían pasado las últimas semanas de vida de la República, no estaban muy bien situados a nivel nacional. Durante el mes siguiente, los antiguos militantes actuaron más como una policía política que como un partido político. Es cierto que algunos miembros de la Falange organizaron columnas de voluntarios, pero eran más indisciplinados que los carlistas, y se encontraron metidos en la organización burocrática, sirviendo en hospitales, llevando a cabo detenciones y ejecuciones y combatiendo: tenían poco tiempo para asegurarse puestos políticos clave

«No hay otro camino —había dicho Onésimo Redondo en el semanario Libertad, *en 1934— que el de la propia acción, ni otra actitud que la de la virilidad insuperada, ni otro recurso defensivo que el de la propia violencia.» La muerte de Onésimo Redondo, en Labajos, apenas iniciada la contienda, crea la inevitable mitificación. Los escaparates, como este de Valladolid, ofrecen recuerdos y postales con la figura del fundador de las JONS.*



(The Illustrated London News.)

(Col. C. S. de Tejada.)





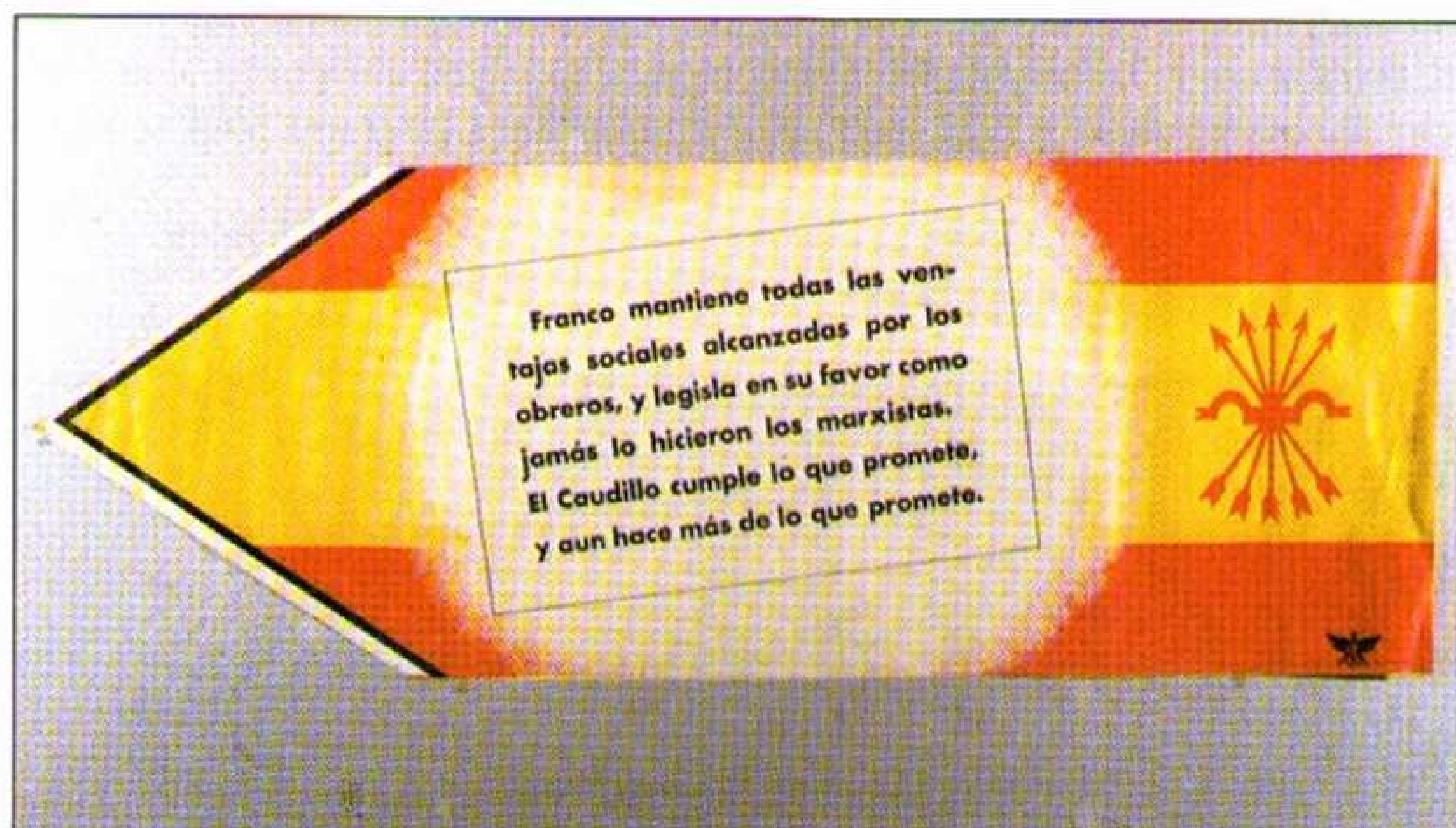
(Col. C. S. de Tejada.)

«Poco diría el Yugo —afirma Rafael Sánchez Mazas, atribuyéndose la idea de incorporar los símbolos de los Reyes Católicos al escudo falangista— si sólo dijese: sujeción. Dice también instrumento para realizar la fatiga, ayuda piadosa, domesticidad, mansedumbre, coyunda sacramental de amor. Poco diría el Haz si sólo dijese: la unión es la fuerza. Dice también que tiene, en ligadura presta a soltarse, alas de pluma y aguijones de acero.» Tras una decoración y un verbalismo exagerados, Falange de las JONS comienza a agrupar alrededor de sus núcleos primitivos a los que temen por su seguridad o ven en la camisa azul una oportunidad de medro. Los antiguos falangistas, los «camisas viejas», pronto se verán desbordados. Estos dibujos pertenecen al libro El Cara al Sol, *sobre el himno de la Falange, realizados por Carlos Sáenz de Tejada.*

en el nuevo orden, al lado de los generales [10]. Algunos falangistas recorrieron el campo con bandas de seguidores, fusilando a la gente que no merecía su aprobación, y después se presentaron voluntarios para entrar en alguna de las columnas ya establecidas. Estas acciones eran deploradas, más de lo que a veces puede parecer, pero también eran perdonadas. Un representante alemán, Eberhard Messerschmidt, que recorrió la España nacionalista en agosto, se quejaba de que la Falange no tenía verdaderos objetivos ni ideas. Parecían simplemente «jóvenes a los que divierte jugar con armas de fuego y perseguir a los comunistas y los socialistas» [11]. Las calles de la España nacionalista solían ser recorridas por patrullas de falangistas que saludaban brazo en alto al estilo fascista, detenían a personas sospechosas, pedían la documentación y gritaban «¡Arriba España!» a la primera oportunidad. Pero después de cierto tiempo cambiaron las cosas. Todos los antiguos partidos políticos estaban desacreditados. Los carlistas sólo atraían a los ultraconservadores. Muchos jóvenes de las JAP habían participado en las luchas del 18 de julio y ahora cambiaron alegremente sus

[10] García Venero, *Falange*, pp. 172-173.
[11] *GD*, p. 88.

camisas verdes por las azules, pasándose en masa a la Falange. Aunque Mola invitó a Gil Robles a regresar a España, éste delegó sus responsabilidades en una «junta de mando de las milicias» y se retiró de la política. «Autorizó» a sus seguidores a sumarse al ejército, como reclutas normales, y les dijo que evitaran participar en las fuerzas de represión. Por lo general, siguieron sus instrucciones; aunque ya las habían previsto. El se quedó en Portugal [12]. Lerroux, que huyó de Madrid a tiempo, declaró su apoyo al alzamiento, pero también se retiró de la política activa. La masa de la clase media no militar empezó a ver a la Falange como su forma de identificarse con la «Cruzada». Estos nuevos afiliados no tardaron en sobrepasar y anular a los antiguos supervivientes. Casi ninguno de ellos sabía nada de ideología. Sabían que la Falange estaba contra los «rojos». ¿Qué otra cosa importaba? Así pues, en julio, en



(Arch. C. S. de Tejada.)

Insignias, escarapelas, banderines comienzan a aparecer en el bando sublevado. Repiten machaconamente las consignas en las que —como en este banderín en que se promete mantener las ventajas sociales a los obreros— se adivina un populismo solapado. Aparecería después el «Mecagoenfrancia», una escarapela orlada por las banderas alemana, italiana, portuguesa, nicaragüense y la bicolor española. En el concepto «Francia» se desprecia al oscuro mundo de «la masonería, el judaísmo y la democracia».

Sevilla, se afiliaron a la Falange 2.000 personas en veinticuatro horas [13].

En Sevilla, el vistoso retrato de Queipo de Llano podía verse en toda la ciudad. Al cabo de unos días, también se podía ver por todas partes la fotografía de Franco. En las tiendas vendían emblemas patrióticos. Los carteles de Falange cubrían fachadas enteras de los edificios. «La Falange te llama», decían. «Ahora o nunca. No hay término medio: con nosotros o contra nosotros.» Los carteles carlistas también eran grandes, y no sólo en Navarra. «Nuestra bandera es la única bandera», anunciaban. «La bandera de España. ¡Siempre la misma!» Todavía estaba pendiente la cuestión de la bandera que habían de usar los rebeldes. Este seguía siendo su problema político más importante. En Burgos, cuando Mola había llegado el 21 de julio, las banderas de los balcones eran todas rojo y gualda, como la bandera de la monarquía: esto lo había conseguido Eugenio Vegas Latapié. Sin embargo, cuando se fue Mola, insistió en que las quitaran todas [14].

[12] Fue a España y vio a Mola en agosto.
[13] Payne, *Falange*, p. 121.
[14] Gil Robles, p. 734, nota 79.

La clase obrera en la España nacionalista estaba acobardada, y con razón. En un decreto del 23 de julio, por ejemplo, Queipo incluía la resistencia pasiva entre los delitos graves. Muchos de los que antes habían pertenecido a algún partido obrero se ponían el salvavidas, como llamaba Queipo a la camisa azul de la Falange, para conseguir protección. En varios casos, estos chaqueteros políticos fueron descubiertos y más tarde castigados, a veces con la muerte [15]. Otros fueron enviados al frente con batallones de choque.

El papel de la Iglesia

Para establecer la nueva sociedad, los nacionalistas necesitaban el apoyo de la Iglesia, cosa que consiguieron, a excepción de la Iglesia vasca. Franco empezó a hablar de Dios y de la Iglesia con el mismo tono reverente que hasta entonces había reservado para los regimientos y los cuarteles [16]. A pesar de todo, así como había algunos sacerdotes y religiosos que apoyaban a la República aunque

[15] Bahamonde, pp. 20-21.
[16] Véase Iturralde, vol. II, pp. 55-70.



Las autoridades eclesiásticas del bando sublevado no temen adoptar el saludo fascista, denominado «a la romana». Salvo excepciones, los purpurados, obispos, canónigos y órdenes religiosas se suman al nuevo estilo. En la fotografía, tomada a la salida de la basílica compostelana, y de izquierda a derecha, el obispo de Lugo, el arzobispo de Santiago, Muñiz de Pablos, y el obispo de Madrid, que reside ya en zona nacionalista, muestran unas actitudes sorprendentes. En el centro de la ilustración, los generales Dávila, en primer término, y Antonio Aranda. El documento gráfico fue aprovechado por la propaganda republicana, que se encargó de su distribución en el exterior.

(Col. J. M. Armero.)

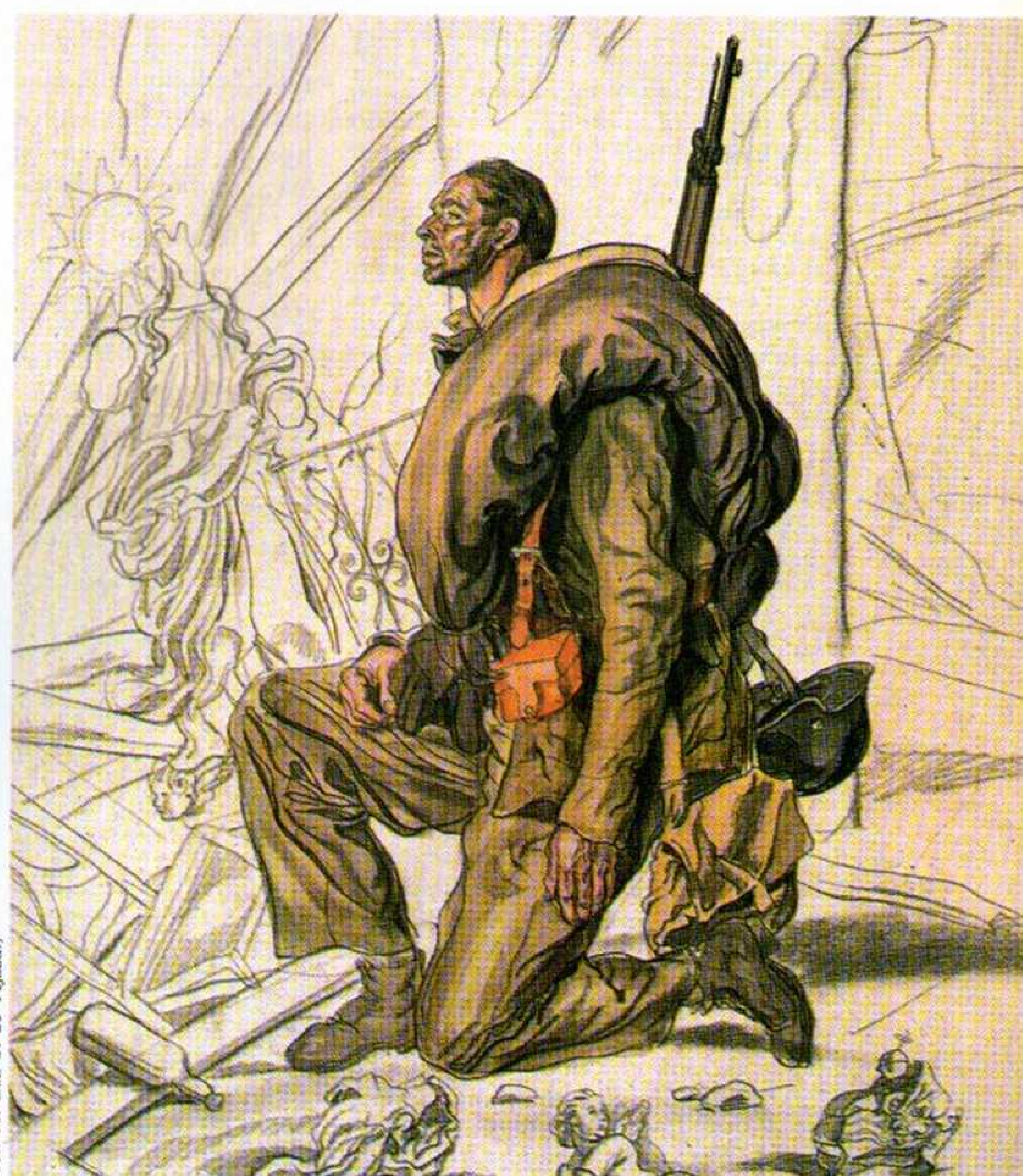
hubieran matado a tantos hermanos suyos, también había eclesiásticos que sentían náuseas ante los asesinatos a sangre fría que se estaban cometiendo en la España nacionalista en nombre de Cristo. Por ejemplo, dos padres del Corazón de María de Sevilla se quejaron a Queipo de Llano por la ejecución de tantas personas inocentes. El párroco del pueblo andaluz de Carmona fue asesinado por unos falangistas porque protestaba ante sus ejecuciones [17]. Lo mismo ocurrió con dos franciscanos fusilados en Burgos y Rioja. Cuando, más tarde, las fuerzas de Mola entraron en Oyarzun (Guipúzcoa), un vicario, Eustaquio de Uriarte, fue obligado a escribir mil veces «Viva España» para reparar una supuesta actitud tibia que había tenido respecto al alzamiento [18].

Entre la jerarquía, sólo el arzobispo de Tarragona, doctor Vidal y Barraquer, y (en menor medida) el doctor Mateo Múgica, obispo de Vitoria (cuya diócesis estaba en la más meridional de las provincias vascas), se mostraron reacios a prestar plenamente su apoyo al «movimiento». Vidal y Barraquer escapó de la Cataluña revolucio-

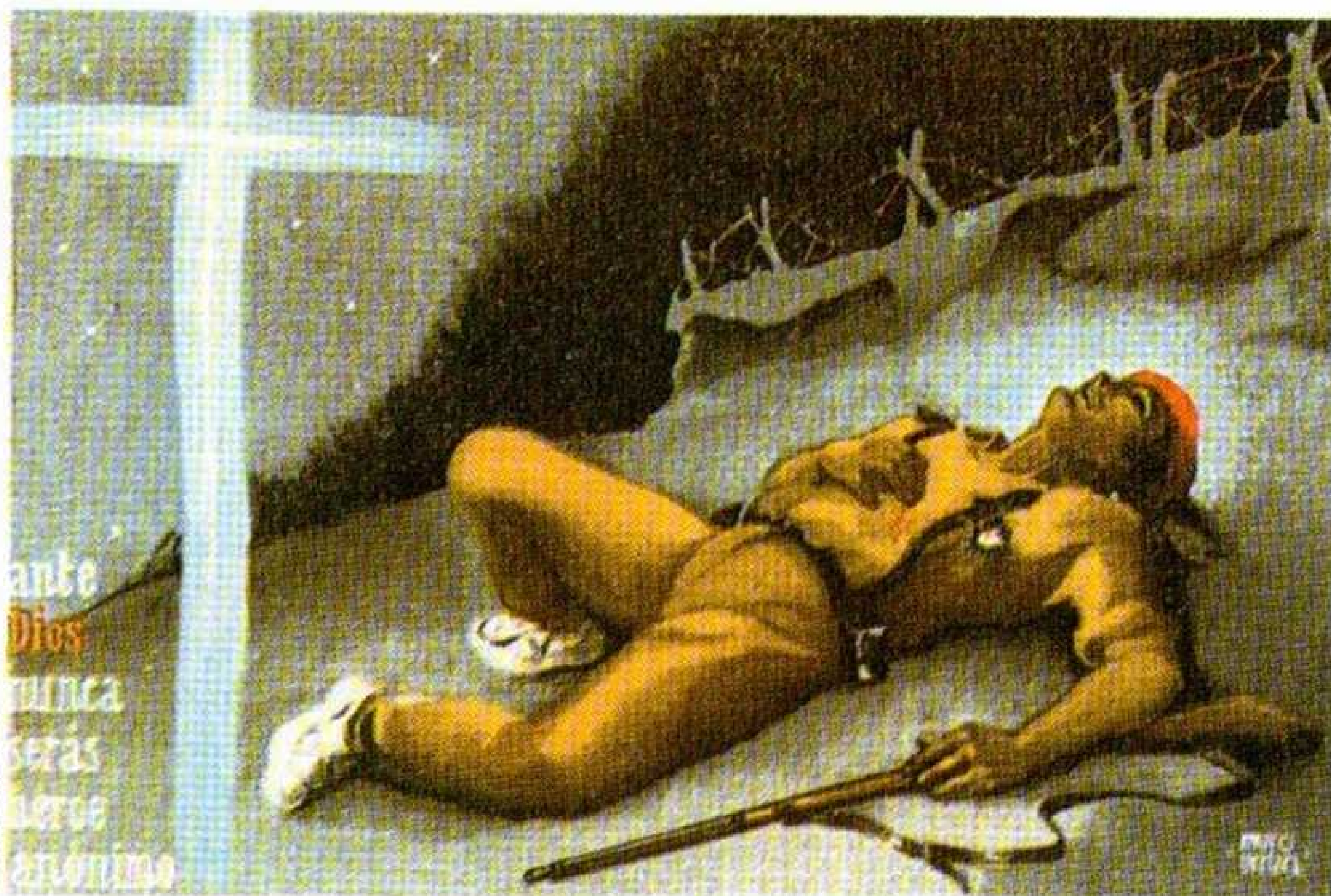
[17] Bahamonde dice que lo fusilaron. No he encontrado confirmación de esto. En Carmona hubo 700 ejecuciones, según decía el periódico portugués *O Seculo* en agosto.
[18] Iturralde, p. 71.

«Nuestros místicos, justicieros y antiguos autos de fe —dice en el Arriba España *de Pamplona uno de los ideólogos fascistas, Ernesto Giménez Caballero— pueden transformarse pronto en autos de F.E. (Falange Española).» Esta actitud justifica el carácter de participante en una «guerra santa» que se le atribuye al soldado, falangista o requeté sublevados. Rodilla en tierra, el combatiente ora en desagravio a los desmanes cometidos por el enemigo. La interpretación artística se debe a Carlos Sáenz de Tejada.*





(Col. M. Luz S. de Tejada.)



Involucrar la religión con la guerra y la mitificación sistemática del combatiente caído es una de las constantes de la temática de la propaganda nacionalista. Dios, como explica esta postal, es el último y definitivo testigo, manipulado con frecuencia para justificar decisiones políticas. (Col. J. M. Armero.)

naria y huyó al extranjero. El obispo de Vitoria apoyó el alzamiento al principio, pero cambió de actitud ante los fusilamientos de Navarra. Al final, también saldría de España, oficialmente para proteger su vida contra los ataques de los falangistas, pero en realidad porque era inaceptable en el territorio nacionalista [19]. El primado, cardenal Gomá, arzobispo de Toledo, tardó en dar su pleno apoyo al movimiento, aunque el comienzo de la guerra le cogió en Pamplona; no se mostró plenamente convencido hasta la liberación de Toledo (a finales de septiembre) [20]. Monseñor Marcelino Olaechea, obispo de Pamplona, en una ceremonia celebrada en la ciudad el 25 de agosto, exclamó generosamente: «No más sangre, hijos míos, no más castigos sangrientos. La sangre derramada en los campos de batalla ya es suficiente» [21]. También se negó, en una ocasión, a bendecir a una columna de falangistas que partían para el frente, porque iban a matar a sus hermanos trabajadores [22]. Mientras tanto, tan pronto como se inició la guerra, los falangistas, como partido, empezaron a dar muestras de un fervor religioso que no había caracterizado a su política anterior. Los falangistas empezaron automáticamente a ir a misa, confesarse y comulgar. Los propagandistas empezaron a presentar al falangista ideal como mitad monje y mitad soldado. La mujer ideal falangista era descrita

«O la República acaba con Juan March —había dicho el ministro de Hacienda Jaime Carner— o éste acaba con la República.» El banquero mallorquín, uno de los financiadores, y no precisamente desinteresado, del levantamiento, toma parte activa en el derrocamiento de la República. En la fotografía de la derecha llega al Bosque de Bolonia, en París, protegido por unos guardaespaldas.

[19] Iturralde, vol. II, p. 279. El doctor Múgica era un monárquico y un conservador que, para la República, había sido casi tan bestia negra como el cardenal Segura. En las primeras semanas de la guerra apoyó al alzamiento. Se fue de Vitoria el 14 de octubre. Antes de esto, su nombre figuró en una lista negra de personas a quienes iba a matar un grupo de falangistas, que probablemente estaban respaldados por las autoridades locales nacionalistas. Véanse sus memorias, *Imperativos de mi conciencia* (Buenos Aires, sin fecha), y las críticas a éstas que hay en Del Burgo, pp. 88-89.

[20] Iturralde, vol. II, pp. 261-265.

[21] El texto está en Iturralde, vol. II, pp. 454-456. En el mismo momento, a quince kilómetros de allí, en las faldas del Pirineo, estaban siendo fusilados cincuenta y seis hombres, que se confesaban en grupos de siete. Pero cuando llegó el turno de los siete últimos, el jefe del escuadrón de Falange encargado de la ejecución dijo: «Coño, matémosles sin confesión; yo no he comido todavía» *(op. cit.*, vol. I, p. 74).

[22] *Op. cit.*, vol. II, p. 299. Monseñor Olaechea reconoció que no tenía «madera de mártir», y apoyó en general a la «Cruzada».

como una mezcla de Santa Teresa e Isabel la Católica [23]. Entretanto, obispos, canónigos y sacerdotes imploraban diariamente la protección de la Virgen para las tropas nacionalistas, pidiéndole que les concediera una rápida entrada en Madrid [24]. En realidad, la España nacionalista parecía estarse convirtiendo en una inmensa iglesia, llena de imágenes y pasiones fantásticas, estandartes, reliquias y comulgantes de la clase media. Algunos sacerdotes incluso lucharon con las fuerzas nacionalistas. El párroco de Zafra (Extremadura) se hizo famoso por su brutalidad [25]. Otros sacerdotes, como el fanático fray Fermín Yzurdiaga, de Pamplona, miembro de la Falange desde 1934, actuaron por su cuenta. Yzurdiaga fue durante un tiempo jefe del departamento de propaganda en el cuartel general nacionalista.

Respaldo económico de los rebeldes

Los rebeldes necesitaban mucho dinero, y la Iglesia también. Sus dirigentes lo pedían por radio, en discursos públicos y en los periódicos. Juan March, cuya fortuna estaba en el extranjero, les había proporcionado créditos, y éstos ayudaban para comprar armas en el extranjero, pero se necesitaba mucho más. Al cuartel general nacionalista llegó un aluvión de joyas, piedras preciosas y donaciones grandes y pequeñas de dinero y propiedades. El ex rey Alfonso envió una gran cantidad de ayuda [26]. La necesidad constante de

[23] Dundas, p. 48.

[24] Véanse casi todos los periódicos publicados en la España nacionalista a fines de julio o en agosto, especialmente los días de Santiago (25 de julio) y la Virgen de la Asunción (15 de agosto).

[25] Bahamonde, p. 77.

[26] En una conversación mantenida en Londres a principios de 1975 con don Juan de Borbón, el entonces pretendiente al trono afirmó que su padre había estado implicado «hasta el cuello» en la sublevación.

(UPI.)



JUAN MARCH Y ORDINAS
(Santa Margarita, 1880 - Madrid, 1955)

Hijo de un humilde criador de cerdos, Juan March y Ordinas contaba a su muerte con la séptima fortuna mundial, según la prensa especializada. Su figura, como la de casi todos los fundadores de las grandes dinastías del dinero, ha concitado grandes admiraciones y grandes odios.
Juan March nació, en 1880, en Santa Margarita, Mallorca. La base de su inmensa fortuna parece encontrarse en el contrabando de tabaco entre el norte de Africa y la península y en el subarriendo que le concedió el Monopolio de Tabacos de Marruecos en una zona del país. Su vida política la inició con el grupo de Santiago Alba, y en 1923 obtuvo un escaño en las Cortes por las Baleares. Durante la Dictadura conoció situaciones tan extremas como el exilio y la amistad con Primo de Rivera, lo que no le impidió proporcionar fondos económicos a los que conspiraban contra él. En 1928 fundó la banca que lleva su nombre.
Con la República vuelve a ser elegido diputado en las elecciones a Cortes constituyentes y en las de 1933. Sin embargo, se le exigieron responsabilidades y se abrió una investigación sobre el origen de una parte de su fortuna. Como consecuencia, fue encarcelado, pero se fugó de la prisión de Alcalá de Henares acompañado del director del establecimiento penitenciario. Desde su exilio en Francia y en Suiza saboteó económicamente a la República, ofreció su apoyo financiero a los partidos de derechas y se mantuvo en contacto con los militares que planeaban la sublevación. Tras el levantamiento, aportó una importante ayuda al bando nacional, decisiva para hacer frente a los primeros suministros de gasolina y armas, y estableció una red internacional de apoyo al esfuerzo bélico. Terminada la guerra, una serie de diferencias con Carrero Blanco y Demetrio Carceller le llevaron a Lisboa, donde parece que se inclinó a favor de la monarquía exiliada. Sin embargo, pronto regresó a España para continuar su «irresistible ascensión» al frente de un grupo de empresas que abarcará compañías eléctricas, navieras, consignatarias de buques, minas, refinerías de petróleo, inmobiliarias, banca... En 1955 creó la Fundación Juan March. Murió en Madrid, el 10 de marzo, a consecuencia de las heridas recibidas en un accidente de automóvil cerca de Torrelodones.



(Salmer.)



(Salmer.)

más dinero explica la impetuosidad de los discursos y la propaganda: la gente reacia a ayudar al general Cabanellas o al general Mola no podía negarse a colaborar con el bando del Cid, de Isabel y Fernando y de la Virgen del Pilar. Así llegaron a Pamplona veinte mil frascos de mermelada, mil capas de lana, miles de botas, cascos, automóviles y camiones a centenares, o de uno en uno [27]. El apoyo de la clase media al «movimiento salvador» era incuestionable. Las ciudades de la España nacionalista, con la llegada de la guerra, despertaron de un sueño de siglos: las bandas, los tambores, las banderas, los mítines, los discursos radiofónicos sostenían a los rebeldes, como si la guerra fuera una fiesta continua, en la que serían «exterminados» los «marxistas» en vez de los toros. Los altavoces repetían antiguas canciones como *El novio de la muerte* o *Los voluntarios*. Entretanto los gobernadores militares locales tenían poder para requisar autobuses, taxis, automóviles privados e incluso casas particulares. La mayoría de los edificios públicos fueron ocupados, incluidos todos los locales de los partidos de izquierdas. En algunos sitios se obligó a hacer contribuciones al «movimiento», y en otros se investigaron las cuentas corrientes. Los salarios y los precios estaban controlados, generalmente de acuerdo con el nivel de febrero de 1936 (mucho más favorables a los patronos que en julio), y uno de los primeros decretos de Queipo de Llano fue el de aumentar la semana laboral en las minas de cobre de Riotinto a cuarenta y ocho horas. Se abrieron listas de suscripciones para contribuir a los gastos de la guerra. Además Queipo de Llano garantizó la continuidad de las exportaciones de vino, aceite y fruta, complaciendo así a la importante comunidad angloandaluza, y estableció buenas relaciones con los negociantes portugueses. En la zona de Mola existían menos reglas que en la de Queipo, pero en el norte se crearon, en agosto, una serie especial de comités (Comisiones Provinciales de Clasificación) para investigar la situación económica. Estas comisiones se convertirían más adelante en un cuerpo estatal público (la Comisión de Industria y Comercio). Tal era el carácter de la nueva España en los primeros días de lo que se llamaría la «Era azul», por el color falangista, o el «Primer año del Movimiento».

Los rebeldes cuentan, en un principio, con fondos para un golpe militar, pero no para una guerra. Se hace necesario recurrir a los donativos, a las joyas. El general Miguel Cabanellas, presidente de la teórica Junta de Defensa Nacional, comprueba con sus ayudantes las aportaciones de las familias de Burgos.



(The Illustrated London News.)

[27] Del Burgo, p. 34.

18

La revolución en la España republicana

Al apagarse los primeros desenfrenados entusiasmos ante la victoria sobre el alzamiento, Madrid se convirtió en una ciudad tan belicosa como revolucionaria. Las calles estaban llenas de milicianos vestidos con monos azules, prenda que se convertiría en una especie de uniforme de los ejércitos republicanos en el frente de Madrid. Los fusiles se llevaban (mejor dicho, se desperdiciaban) como símbolos revolucionarios. Muchos consideraban que esto era alentador; pero Azaña no. El consideraba «amenazadora» esta confu-



(The Illustrated London News.)

«Mientras en la zona roja —explica Rafael Casas de la Vega en su libro Las milicias nacionales en la guerra de España*— las milicias son fuerzas fundamentales, en la nacional tienen un carácter auxiliar, perfectamente definido.» En las* milicias *se encuadran un cierto número de mujeres, más como excepción que como norma. La* miliciana *de mono, correajes, cartucheras y fusil al hombro, llena las primeras páginas de la prensa republicana. Algunas guerrilleras, como Angelita Martínez, asaltante del cuartel de la Montaña; la cubana Josefina Díaz Puerto, miliciana de color, turista en Valencia que se enrola en las Milicias Voluntarias; Consuelo Martín, herida en el frente de Somosierra; Margarita Fuente, que primero acude al frente de Guadarrama y más tarde dirige el Grupo Femenino de Investigación; Margarita Ribalta, de las Juventudes Socialistas, herida en las primeras escaramuzas, o la rejoneadora Luisa Paramont, que utiliza sus monturas para servicios de enlace, son comparadas, por la propaganda, a las heroínas de la guerra de la Independencia, como María Pita o Agustina de Aragón. La portada de* The Sphere*, de Londres, muestra a la asombrada clase media europea a dos milicianas comiendo su ración de sardinas en un alto de su marcha al Guadarrama.*



(Arch. C. S. de Tejada.)



(Col. C. S. de Tejada.)

El miliciano tiene su propia literatura, su leyenda y sus detractores. Desde verse ensalzado por el lápiz de Sim —que lo presenta desde la óptica republicana, como el héroe popular de torso erguido y lazada roja anudada al fusil—, hasta la interpretación de Carlos Sáenz de Tejada, quien lo cataloga vinculado al pillaje, a la destrucción, hay dos estéticas contrapuestas que trascienden del mero cartel propagandístico.

sión de «frivolidad y heroísmo, de batallas verdaderas y desfiles inofensivos». «La población exhibía la uniformidad nueva del desaliño, la suciedad y el harapo; —y añadía— la raza parecía más morena, porque los jóvenes guerreros se dejaban la barba, casi siempre negra, y los rostros se ensombrecían» [1]. La clase media prescindió de sombreros, corbatas y cuellos, en un esfuerzo para parecer proletaria en una ciudad donde, en otros tiempos, habría sido una ofensa pasear sin corbata o chaqueta. Cientos de muchachas trabajadoras recorrían las calles pidiendo dinero, en particular para el Socorro Rojo Internacional del Komintern. Constantemente, unos altavoces muy optimistas anunciaban victorias en todos los frentes; «heroicos» coroneles e «indómitos» comandantes aparecían brevemente en la prensa republicana, y luego se desvanecían en el olvido. Los cafés, los cines y los teatros estaban llenos; se celebraron unas cuantas corridas de toros, en las que los alguaciles

[1] En realidad, «Lluch», en *La velada en Benicarló,* el diálogo socrático que escribió Azaña durante la guerra: véase *Obras,* vol. III, , p. 394, y su artículo *La revolución abortada,* en vol. III, p. 500.

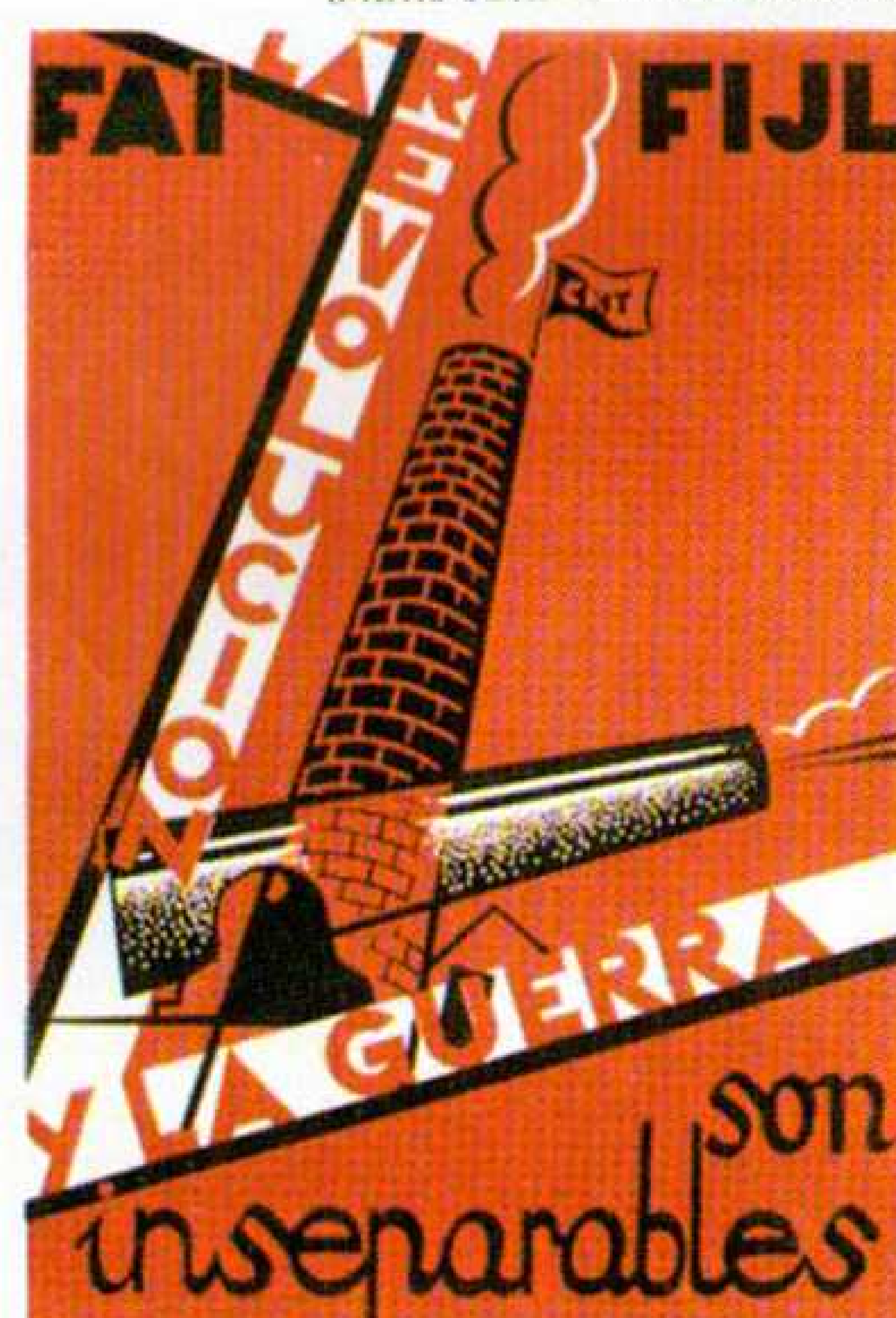
«Pensad —dice Dolores Ibárruri, ''la Pasionaria'', en una arenga madrileña— que más vale ser viudas de héroes que mujeres de cobardes. Que si es preciso ir, como fueron las mujeres rusas, a luchar al lado de nuestros hombres, hay que hacerlo.» La propaganda anima a las jóvenes de Madrid y Barcelona a participar activamente. Unas, en la agitación de retaguardia —como esta joven comunista en la plaza Mayor de Madrid—; otras, formando en las Milicias Voluntarias, en los puestos de control, en los transportes, e incluso en la apertura de trincheras. Las anarquistas, por su parte, intentan la revolución, que, como explica el cartel de CNT-FAI, es inseparable de la guerra. La participación de la mujer en la guerra tiene, en el bando republicano, una trascendencia sociológica, especialmente en la primera fase de la guerra, de la que poseemos pocos datos.

(The Illustrated London News.)

saludaban con el puño cerrado y los toreros llevaban boina en vez de montera [2].

La UGT fue la que, en realidad, se hizo con la autoridad en Madrid, ya que tenía a su cargo el abastecimiento de alimentos y los servicios esenciales. Los funcionarios, en muchos casos, eran hostiles a la causa para la que estaban trabajando, y fueron perdiendo importancia en sus funciones; lo mismo, en realidad, que ocurrió con el propio gobierno de Giral. Hubo purgas de funcionarios, pero muchas personas potencialmente desleales conservaron sus puestos. La UGT trabajaba en relativa armonía con la CNT, su antigua enemiga, aunque la huelga de la construcción, causa de sus últimas rivalidades, no se resolvió hasta principios de agosto, y a pesar de que surgieron algunos incidentes violentos: un joven comunista, Barzona, fue asesinado por la CNT en julio [3]. Sin embargo, un cartel muy popular mostraba a dos milicianos muertos, uno de la CNT y el otro de la UGT, cuya sangre se mezclaba en un charco común.

(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)



[2] Mikhail Koltsov, *Diario de la guerra de España* (París, 1963), p. 51.
[3] Tagüeña, p. 122.

No obstante, la CNT, que ya se había extendido mucho por Madrid a principios de 1936, tuvo muchos nuevos afiliados en estos primeros días de la revolución: su prensa diaria (por ejemplo, *Castilla Libre, CNT* y *Frente Libertario)* gozó de enorme difusión [4].

Crecimiento del Partido Comunista

Detrás de la UGT, se vislumbraba al Partido Comunista. La habilidad de la propaganda y la táctica política de que dieron muestras sus dirigentes fue la principal razón de los éxitos comunistas, aunque la hostilidad entre los grupos de Largo Caballero y de Prieto en el seno del Partido Socialista les favoreció mucho [5]. La propaganda comunista, dirigida por Jesús Hernández y Antonio Mije, se concentraba en dos temas: una política social moderada y no revolucionaria, y la identificación de la resistencia contra el alzamiento con la resistencia del pueblo español, en 1808, contra Napoleón. El periódico comunista *Mundo Obrero* hablaba del combate como si estuviera motivado exclusivamente por el deseo de defender a la República democrática.

Muy diferente era *Claridad,* el periódico de ideal socialista, que, más o menos por las mismas fechas, anunciaba que «el pueblo ya no estaba luchando por la España del 16 de julio» [6]. Sin embargo,

Mundo Obrero *insiste en la* lucha democrática, *en la* legalidad, *en los aspectos de* independencia nacional y orden republicano. *Es su baza nacionalista y la juega fuerte. La crisis entre Largo Caballero e Indalecio Prieto, en el seno del PSOE, y la deserción en masa de las Juventudes Socialistas, hacen tomar al Partido Comunista un peso decisivo en el frente de Madrid, que se incrementa con la creación del 5.º Regimiento. Mientras tanto, la redacción del* Ahora, *en cuya plantilla se encuentra un miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas, de posterior importancia en el Partido Comunista, Fernando Claudín, se apodera del periódico, y así lo anuncia a sus lectores.*

[4] La circulación de estos tres en 1936 era de 40.000, 40.000 y 35.000 ejemplares diarios, respectivamente.

[5] Los comunistas ganaron mucho prestigio gracias a su eficaz organización del llamado Quinto Regimiento.

(Serv. Histórico Militar.)

Mundo Obrero

¡VIVA LA REPUBLICA DEMOCRATICA!

Ha quedado aplastado el último foco rebelde de San Sebastián.—Los mineros, a punto de rendir a los traidores de Oviedo.—Reconquista inminente de Sevilla y Córdoba.—Los facciosos de Zaragoza están aprisionados entre el fuego de las columnas de Madrid y Cataluña

OBJETIVO FUNDAMENTAL: ¡BATIR AL ENEMIGO!

LOS QUE INTENTAN SURGIR DE LAS CENIZAS

TODO EL QUE NO ESTE MOVILIZADO DEBE HACER SU LABOR HABITUAL

PARA LOS ANTIFASCISTAS CON INSTRUCCION MILITAR

LOS FASCISTAS Y NOSOTROS

DESPUES PAZ CULTURA CIENCIA TRABAJO ARTE

(Arch. B. M. Patino.)

AHORA

ALBACETE, EN PODER DE LOS LEALES

Los que se creían en camino franco sobre Madrid por los pasos de Guadarrama, vuelven la espalda y abandonan sus posiciones

ZARAGOZA EMPIEZA A SENTIR LOS RIGORES DEL ASEDIO Y HA EXPERIMENTADO YA LAS AMARGURAS DEL ABANDONO Y DEL FRACASO

El personal de Redacción, Administración y Talleres de EDITORIAL ESTAMPA, en virtud de acuerdos adoptados con anterioridad, se incautó ayer de las publicaciones AHORA, "Agencia Periodística Internacional", "Estampa", "As" y "La Farsa", y asimismo de los edificios y máquinas propiedad de la Empresa. La incautación se verificó ante el notario del Colegio de Madrid señor López Peláez, quien extendió el acta correspondiente, que fué firmada por la representación de las organizaciones sindicales a que pertenecen los trabajadores de la EDITORIAL ESTAMPA

AHORA defenderá, en lo sucesivo, la causa de LA REPUBLICA DEL FRENTE POPULAR

las juventudes socialistas-comunistas unificadas, y dirigidas por Santiago Carrillo, para entonces ya estaban comunistizadas [7]. Las divisiones de los socialistas y las dificultades intelectuales con que se encontraban los anarquistas (no podían colectivizar el Estado) dieron pie a que aumentara progresivamente la influencia comunista en la capital.

La revolución que presidía la UGT, al principio, no pareció muy avanzada. Sólo se expropiaron las industrias y las casas de cuyos propietarios se sabía que habían apoyado a los nacionalistas. Esto supuso, sin embargo, la apropiación forzosa de miles de cuentas bancarias e innumerables confiscaciones de residencias, joyas y artículos de valor privados [8].

Las juventudes socialistas-comunistas establecieron su central en la Gran Peña, el famoso club conservador de la Gran Vía; el hotel Ritz se convirtió en hospital militar, y el hotel Palace, en refugio para niños abandonados. Los periódicos de derechas fueron incautados por sus rivales de izquierdas [9]. Todas las industrias relacionadas con la producción de material de guerra también fueron requisadas, nominalmente por el ministerio de la Guerra, pero de hecho por comités de trabajadores. Más adelante, los directores de otras empresas pidieron ellos mismos la formación de esta clase de comités, para compartir las responsabilidades y así evitar, tal vez, peores consecuencias. Pero, en agosto, sólo una tercera parte de la industria de Madrid estaba controlada por el Estado, a pesar de todo. Los bancos no fueron incautados, aunque funcionaron bajo la supervisión del ministerio de Hacienda. Hubo una moratoria para las deudas y una limitación de las cantidades que se podían retirar de las cuentas corrientes, pero, aparte de esto, la actividad de los bancos continuó normalmente. Otra medida financiera consistió en la reducción de todas las rentas en un 50 por 100 [10]. Aparte de los asesinatos nocturnos, y de la consiguiente aparición de cadáveres en la Casa de Campo, los signos externos más obvios de la revolución en Madrid eran los restaurantes colectivos organizados por los sindicatos. En ellos se repartían los alimentos que requisaban los sindicatos a su llegada de las zonas agrícolas de Levante. En estos restaurantes, se servía un plato barato pero abundante de arroz y patatas guisadas con carne, en cantidades prácticamente ilimitadas [11]. Pero escaseaba el pan, consecuencia del dominio de los rebeldes sobre las llanuras trigueras del norte de Castilla. En estos restaurantes colectivos y, cada vez más, en los almacenes y en las tiendas, las comidas y los artículos se pagaban por medio de vales extendidos por los sindicatos. Al cabo de un tiempo, se empezaron a pagar cada vez más los sueldos en Madrid por medio de aquellos



(Arch. B. M. Patino.)

La clase media urbana, habituada a unas formas de vida basadas en prejuicios sociales, se ve forzada a utilizar los comedores colectivos organizados por los sindicatos, que, en cierta medida, atenúan la escasez provocada por la guerra, aun a costa de la ruptura de las costumbres familiares.

6 *Mundo Obrero*, 9 de agosto; *Claridad*, 22 de agosto; ambos citados por Payne, *Spanish Revolution*, p. 232.

7 Véase Ibárruri, p. 283.

8 Según *Causa General*, p. 390, la confiscación de dinero y valores se elevó (en toda España, durante la guerra) a 330 millones de pesetas, y la de oro y joyas, a 100 millones de pesetas.

9 El monárquico *ABC* continuó saliendo con el nombre de *ABC de Madrid*, dirigido por Unión Republicana; el carlista *Siglo Futuro* pasó a manos de la CNT; etcétera.

10 *The Times*, 21 de julio de 1936.

11 Barea, p. 124.



Vale Tres Kilogramos de filetes, libra y media para caldo y
un Kilogramos de Chorizo Cruz roja de Tolosa
Villabona 10 de Agosto de 1936
Aguirrezabala

Cada vale ha de cumplir interminables requisitos de sellos y firmas de sindicatos, partidos y grupos armados. Sustituye al dinero y, consecuentemente, asusta al pequeño comerciante, cuya fe en la posible recuperación de lo avalado es mínima. La República no consigue mantener el comercio, que decae entre la escasez y la revolución. En uno de los sellos podemos ver cómo los nacionalistas vascos utilizan la esvástica, hecho que dio lugar a algunas confusiones. (M. Barcelona.)

papeles. El dinero empezó a desaparecer, y los comerciantes sólo compraban los artículos que estaban seguros de que podrían vender. Este caos económico acabó resolviéndolo el ayuntamiento de Madrid, que se hizo cargo de la emisión de vales, y proporcionó los medios de subsistencia a las familias de los milicianos que pertenecían a las fuerzas de defensa de la República, a los parados y a los mendigos de Madrid. Pero muchos comerciantes perdieron dinero por aceptar aquellos prometedores vales, cuyo equivalente en metálico no cobraron nunca. Los milicianos empezaron a cobrar diez pesetas diarias (que les pagaban, en algunos casos, las fábricas donde habían trabajado, y en otros, el gobierno o los sindicatos) [12], cantidad que seguían pagando a sus familiares en caso de muerte. Esta paga, el triple de la paga que recibían los soldados antes de la guerra, los convertía en los soldados más ricos de Europa. Pero esto perjudicaba a la economía. Entretanto, grandes cantidades de refugiados atestaban las embajadas extranjeras en Madrid, sobre todo las latinoamericanas, y estas misiones diplomáticas, en muchos casos, usaron casas particulares para alojar a sus huéspedes: a veces, incluso, los que buscaban refugio se inventaron embajadas para ellos. Por ejemplo, un rico ingeniero, Alfonso Peña Boeuf, montó una embajada del Paraguay, que albergaba a trescientas personas en tres edificios, donde antes no había ninguna embajada [13].

El gobierno, incapaz de coordinar los esfuerzos para restablecer la economía, insiste en el pago de los impuestos como garantía de la continuidad del Estado.



(Col. J. M. Armero.)

Expropiaciones y colectivización

Las ciudades y el campo de Castilla la Nueva, de la Extremadura republicana y de la Mancha estaban, al igual que la capital, dominadas por la UGT y por las juventudes socialistas-comunistas. Los anarquistas aumentaban de una semana para otra, y a lo largo de Castilla la Nueva hubo interesantes proyectos de colectivización. Las antiguas autoridades municipales, por lo general, continuaron sus actividades, acompañadas por los comités del Frente Popular. La expropiación de industrias y de pequeños negocios privados fue

[12] Los nacionalistas pagaban a sus soldados las tres pesetas diarias habituales antes de julio.
[13] Alfonso Peña Boeuf, *Memorias de un ingeniero político* (Madrid, 1954), p. 166 y ss. Peña Boeuf se convirtió en ministro de Obras Públicas de Franco en 1938, tras haber sido intercambiado con un republicano que se encontraba en manos de los nacionalistas.

algo excepcional. Las tiendas e industrias, por ejemplo, de Talavera de la Reina, en el valle del Tajo, estaban llenas de carteles que anunciaban: «Aquí se trabaja colectivamente.» Pero esto indicaba que se había llegado a un acuerdo con los obreros para repartir con ellos parte de los beneficios, y no que los trabajadores tuvieran el control de la industria. En el campo, en la Mancha tanto como en Castilla la Nueva, las grandes fincas fueron todas confiscadas, y estaban dirigidas por la rama local de la UGT. Había numerosas colectividades, establecidas de acuerdo con los dictámenes anarquistas del congreso de mayo, pero no se crearon en todas partes, ni inmediatamente, ni en los pueblos donde existían colectividades éstas solían ser la única unidad económica: se autorizó a personas privadas (principalmente gracias al apoyo de la UGT o de los comunistas) a continuar trabajando la tierra, y a proseguir con sus comercios, y, por lo menos teóricamente, todo el que había entrado a formar parte de una colectividad podía salirse de ella cuando lo deseara, llevándose consigo bienes por un valor equivalente a los que tenía cuando había entrado. Tanto la UGT como la CNT (aquí como en la mayoría de los lugares de la España revolucionaria) reconocían la superioridad de la colectivización sobre la distribución de la tierra, por razones económicas y sociales [14].

Más al sur, en Ciudad Real, la principal ciudad de La Mancha, sólo fue expropiada una industria, una central eléctrica. El mercado, las tiendas y los cafés seguían igual que antes. El sociólogo austriaco Franz Borkenau, que visitó esta zona en agosto, observó que, en una granja colectiva, el ganado parecía disfrutar de buena salud, el trigo se cosechaba a tiempo y se almacenaba en una capilla. Antes de la colectivización, los campesinos vivían en Ciudad Real y acudían a la finca para la cosecha. Ahora se habían instalado en la casa de los antiguos dueños. La comida, aunque no abundante, había

[14] Véase más adelante un estudio más detallado de las colectividades.

«La grandeza del ideal que había suscitado el alzamiento —afirmará en Historia del Banco de Bilbao *su presidente, el conde de Arteche— infundió ímpetus de generosidad en los espíritus; y la banca no pudo, ni quiso, escapar a esta realidad (...) tiempos del que llamaban las gentes* crédito facial, *porque se pedía con la cara, y sobre el valor de la cara solía ser otorgado.» La afluencia de clientes a los bancos, como en este de la plaza de Cataluña de Barcelona, tiene su justificación en las limitaciones impuestas en los últimos días de julio para la obtención de fondos de las cuentas corrientes.*
Los milicianos, ajenos a las complejidades financieras, descansan en una mansión requisada bajo la imponente panoplia del cazador. El dibujo es de Sim.


(Inst. Municipal de Historia. Barcelona.)


(Arch. C. S. de Tejada.)

mejorado. Antes de la guerra, estos mismo campesinos destrozaron la maquinaria que había traído el propietario, porque suponían que estaba intentando disminuirles los jornales. Ahora, una trilladora que les llegó de Bilbao fue recibida con alegría y admiración [15]. La regla general para la colectivización era que no podía poseerse más tierra que la que se pudiera cultivar sin necesidad de contratar mano de obra. La distribución de alimentos sólo podía hacerse a través del comité local. En unos lugares, se repartían gratuitamente tres litros de vino semanales, mientras en otros se distribuía el doble [16]. En algunos pueblos, colectivistas e individualistas convivían pacíficamente; en un pueblo podía haber dos cafés: uno adonde iban los campesinos-propietarios individuales, y otro frecuentado por los que trabajaban en la colectividad [17]. En algunos sitios, la iglesia se convirtió en almacén, pero en otros, era un lugar de reflexión tranquila [18].

(Col. J. M. Armero.)



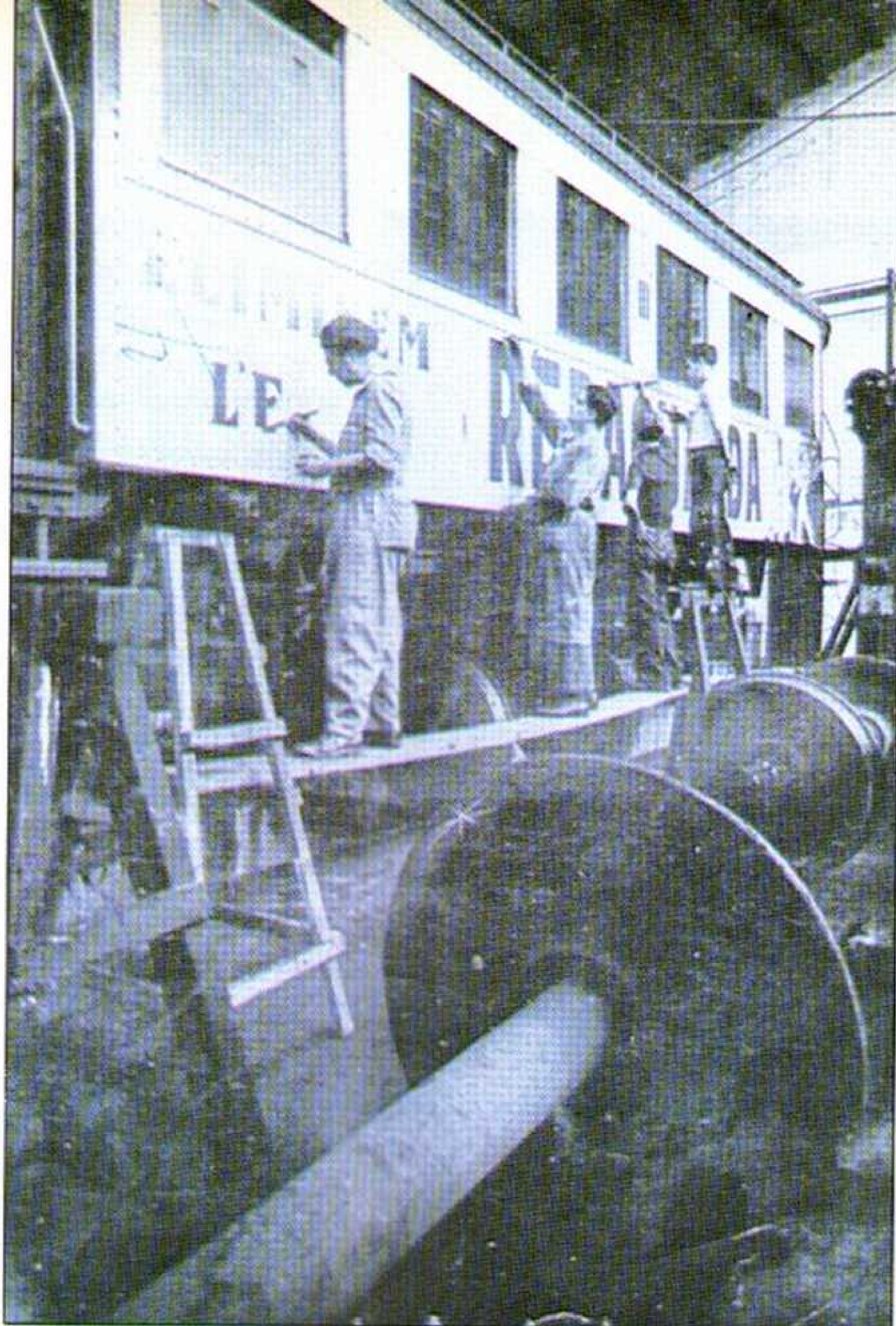
Uno de los objetivos del gobierno de la República, en los primeros meses de la guerra, es dejar bien sentada la imagen que consideran característica de la composición socioeconómica del enemigo. En esta tarjeta postal, se insiste en la capacidad popular para aplastar la sublevación de los militares. Un fornido miliciano golpea, expulsando del mapa, a los que acusa como responsables de la sublevación: militares, sacerdotes, oligarcas, moros y requetés.

La revolución en Cataluña

La revolución que se inició en Barcelona en julio de 1936 se diferenció de la del centro de España en que fue primordialmente anarquista. Con una emisora de radio incautada, ocho diarios e innumerables semanarios y publicaciones periódicas que trataban sobre todos los aspectos de la sociedad, y con constantes mítines públicos, el movimiento anarquista verdaderamente se había apoderado de Barcelona. Sólo en esta ciudad había entonces 350.000 anarquistas. El verdadero órgano ejecutivo de Barcelona, y, por tanto, de Cataluña, era el Comité de Milicias Antifascistas, que se había formado el 21 de julio, y en el cual, como hemos visto, la FAI y la CNT eran las fuerzas más influyentes. A las reuniones de este comité solían asistir varios representantes de la Generalitat [19]. Este comité intentó restablecer el orden público, organizar la producción y la distribución de alimentos y, al mismo tiempo, creó un ejército para defender Barcelona y «liberar» Zaragoza. Generalmente, las reuniones del comité tenían lugar por la noche, dado que sus miembros estaban muy ocupados haciendo otras cosas durante el día. Entretanto, todas las grandes industrias de Barcelona habían pasado a manos de la CNT: la CAMPSA, la Ford Iberia Motor Company, la compañía de obras públicas conocida con el nombre de Fomento de Obras y Construcciones..., todas estaban dirigidas por los anarquistas. Y lo mismo ocurría con los servicios básicos: agua, gas y electricidad. Así pues, Barcelona se convirtió en una

[15] Borkenau, p. 149.
[16] Eran tres litros en Albalate de Cinca, y cinco cuartos en Calanda (Teruel).
[17] Esto también ocurría en Calanda (Teruel).
[18] Lo primero era corriente; lo segundo sucedió en Mazaleón (Aragón) (Agustín Souchy, *Colectivizaciones* [Barcelona, 1937], p. 87). Estos hechos que se refieren aquí constituyen sólo ejemplos de lo que ocurría a finales de julio, pero el proceso no se completó hasta mucho más tarde, en aquel mismo año.
[19] Aunque, como hemos visto, en él estaban representados todos los partidos de Barcelona en una proporción aproximada a su fuerza, como ocurría en su consejo económico (constituido el 10 de agosto) y en el comité de educación. En las «patrullas de control», responsables del orden público y de las detenciones, los anarquistas tenían al comandante José Asens, y a 325 de los 700 hombres alistados: los demás eran de los partidos catalanes, del POUM, y socialistas o comunistas.


(R. Sintes. Barcelona.)


(Serv. Histórico Militar.)

La euforia revolucionaria inunda Cataluña, Aragón y Valencia. Es la primera experiencia mundial del anarquismo. La FAI y la CNT controlan las grandes empresas. Se pone en práctica la autogestión en la industria, los transportes terrestres, servicios sanitarios y otras muchas actividades. El arte se pone al servicio de la transformación de la vida económica, como muestra la fotografía de la derecha, donde los vagones de ferrocarril están siendo decorados como propaganda móvil del ímpetu revolucionario.

ciudad proletaria como Madrid nunca llegó a ser. La expropiación era la norma general: hoteles, almacenes, bancos y fábricas fueron requisados o cerrados. En los requisados, se formaron comités directivos compuestos por antiguos técnicos y obreros [20]. Se colectivizó la distribución de alimentos, la pasteurización de la leche y hasta la producción de los pequeños artesanos. Los nuevos gerentes examinaban los libros de cuentas y quedaban fascinados. ¡Qué derroche, qué beneficios y qué corrupción ponían de relieve! Y entonces (como dijo un comité de trabajadores del metro de Barcelona) «nos lanzamos a la gran aventura» [21]. Teniendo en cuenta que la FAI y la CNT habían instalado su cuartel general en el gran edificio del *Foment del Treball,* de estilo seudogótico, era de esperar que la aventura funcionara bien.

Diez días después del alzamiento la mayoría de industrias ya estaban trabajando de nuevo. Los sindicatos anarquistas se encargaron

[20] La mayoría de propietarios de fábricas de Barcelona habían sido fusilados o habían huido. Los que se quedaron fueron principalmente los que tenían buena reputación en sus relaciones laborales. Las fábricas de la Ford y la General Motors en Barcelona fueron incautadas a primeros de agosto. Ante la protesta del gobierno americano, el gobierno español se comprometió a pagar una indemnización. En general, la República procuró no ofender a otros países incautando empresas extranjeras, y la CNT confeccionó una lista de 87 empresas inglesas que no había que tocar (Peirats, vol. I, p. 177).

[21] *Boletín de la CNT-FAI,* n.º 3, del 10 de agosto, p. IV. Véase también Frank Mintz, *L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire* (París, 1970); Bricall, *Història económica de la Generalitat,* vol. I, (Barcelona, 1970); Albert Pérez-Baró, *Treinta mesos de collectivisme a Catalunya* (Barcelona, 1970).


(Arch. B. M. Patino.)

Guerra y revolución borran diferencias, hacen saltar barreras. Teóricamente, cualquiera es útil para empuñar un fusil, como José Huguet, de setenta y tres años, esperando el rancho camino del frente. La Esquerra, *que en Cataluña agrupa a la clase media, se diluye, mientras que las militancias se radicalizan. El furor revolucionario de retaguardia irá disipándose a partir de las primeras derrotas en el frente, y paulatinamente se impondrá la necesidad de enfrentarse a la guerra, abandonando la revolución.*

de los servicios públicos y los obreros del ramo de la electricidad garantizaron la continuidad del suministro vigilando los embalses y las plantas hidroeléctricas de los Pirineos Orientales, que proporcionaban la energía eléctrica a Barcelona. Las sesenta líneas de tranvía de Barcelona pasaron a ser dirigidas por los 6.500 anarquistas que trabajaban en ellas, y, poco después, funcionaban ya igual que antes del alzamiento. Así y todo, se logró una extraordinaria variedad de soluciones. En algunos sitios, se mantuvieron los antiguos salarios, diferentes unos de otros; en otros, se estableció un nuevo salario uniforme. Los tranviarios de Barcelona buscaron una solución de compromiso, reduciendo a cuatro el número de salarios diferentes. Sin embargo, continuaron las diferencias para los técnicos y obreros especializados, y, aunque en las fábricas prósperas probablemente los obreros estaban mejor pagados que antes, en las pobres, a menudo siguieron tan mal pagados como antes [22]. Si una fábrica tenía suficientes existencias y dinero en el momento de la revolución, se autofinanciaba; si no, no tardaba en venir a menos. Parecía más difícil de lo que había supuesto la gente organizar una fábrica siguiendo la línea anarquista si necesitaba materias primas procedentes de fuentes no controladas por los anarquistas. Si las materias primas procedían del extranjero (y la mayor parte del algodón que se usaba en las fábricas de Barcelona era importado de Egipto), las fábricas tenían que negociar con los obreros portuarios socialistas e incluso con comerciantes. Así pues, el compromiso, e incluso la centralización, empezaron ya en los primeros días de la revolución. Además, la falta de materias primas y la escasez de dinero abrieron las puertas a la intervención estatal. El gobierno catalán trató de regularizar las cosas reconociendo, en primer lugar, un comité de control de los trabajadores para cada gran fábrica, y nombrando, después, un delegado oficial para que formara parte de aquel comité; sin embargo, para empezar, el delegado solía ser también un trabajador, y no hacía gran cosa. La teoría anarquista no tenía prevista una situación en la que ellos se hicieran con el poder en algunas empresas, pero sin destruir el Estado ni a sus oponentes políticos. Los dictados de la guerra también tuvieron su papel: el 19 de julio, García Oliver ordenó a uno de sus camaradas anarquistas, Eugenio Vallejo, que creara una industria de guerra en una ciudad donde antes no existía ninguna fábrica de armas. Evidentemente, el plan requería, desde el principio, la colaboración entre los anarquistas y otros movimientos políticos, aunque las industrias químicas y metalúrgicas que tendrían que fabricar armas estaban en manos de anarquistas. Aquí también intervino el gobierno catalán. (En octubre de 1936, la Generalitat controlaba 50 fábricas de éstas en Barcelona, y unas 75 fuera de la ciudad.) Además se habían de resolver innumerables cuestiones con consejo técnico: ¿podría realmente reorganizarse una fábrica de lápices labiales para hacer vainas para balas? Por lo demás, los anarquistas tenían que colaborar con los bancos, que estaban con-

[22] Puede leerse un estudio meticuloso de los tranvías barceloneses en el análisis hecho por Walter Tauber en Fondation Internationale d'Etudes Historiques et Sociales sur la Guerre d'Espagne de 1936-1939, *Bulletins d'Information*, n.º 2, marzo de 1977.

trolados por la UGT [23], es decir, en la práctica, por los comunistas. Así pues, desde el principio de la guerra, los partidarios del concepto de gobierno —desde la *Esquerra Catalana* hasta los republicanos, socialistas y comunistas— fueron quienes controlaron el crédito, incluso en el reducto anarquista que era Barcelona. Debido a todas estas dificultades, la industria textil de Barcelona pronto empezó a trabajar sólo tres días por semana. Para superar esto, era deseable un esfuerzo nacional, organizado por un gobierno enérgico. Enfrentados a una situación sin precedentes, los anarquistas de Cataluña, que de repente se habían convertido en los amos de la industria, improvisaron varias soluciones provisionales; algunas funcionaron bien, pero el fracaso de las que no funcionaron señaló fallas imprevistas en la «Idea» anarquista.

Un ejemplo característico de lo ocurrido fue la colectivización de los cines de Barcelona: todos los cines fueron agrupados en una sola empresa, dirigida por un comité de diecisiete hombres, de los cuales dos eran elegidos por una asamblea general de trabajadores, y los quince restantes por trabajadores de los diferentes grupos profesionales de aquella industria. Los miembros del comité recibían su sueldo normal, pero abandonaron su trabajo, dedicándose a la administración. Para despedir a alguien era necesaria la aprobación de las tres cuartas partes de la asamblea general de trabajadores. Se decretó un mes y medio de vacaciones anuales, incluidas dos semanas en invierno. En caso de enfermedad, el trabajador recibiría su paga completa, y los inválidos permanentes, el 75 por 100

[23] Los empleados de banco de la UGT dijeron (al POUM, en realidad): «Podéis matarnos, pero no os entregaremos las llaves» (Manuel Benavides, *Guerra y revolución en Cataluña* [México, 1946], p. 210).

La transformación revolucionaria de la sociedad afecta a cualquier faceta de la vida. Se viste, se habla y se actúa con un nuevo estilo. El miliciano, encarnación del héroe popular, mitificado por la propaganda, se constituye en uno de los ejes de la nueva sociedad. Sin embargo, la experiencia profesional de los militares y de las fuerzas de orden público leales a la República será aceptada gradualmente. Fracasado el sistema de milicias, se disolvieron éstas y se creó el Ejército Popular. En el control de carretera, próximo a la frontera francesa, es el miliciano el que da el alto; no obstante, el antiguo agente lleva a cabo la revisión de salvoconductos y acreditaciones.

(Efe.)




(Inst. Municipal de Historia. Barcelona.)

Por una ley de 1932, y tras una amplia discusión en el Congreso de Diputados, la República había aprobado el divorcio. Después de la sublevación, en el bando nacionalista siguió vigente hasta su derogación por el gobierno de Burgos constituido en el 1 de febrero de 1938. En la zona republicana, desde luego, se mantienen el divorcio y el matrimonio civil, como el que vemos en el Hotel Colón de Barcelona, que toma características especiales, al incorporar la sensación de guerra a la inestabilidad de una sociedad embarcada en la gran crisis de su historia.

de su antiguo salario. Los beneficios se destinarían a construir una escuela y una clínica [24].

La revolución en Barcelona tuvo también otros aspectos. Igual que en Madrid, no se veía a nadie vestido con ropa propia de la clase media. Llevar corbata era arriesgarse a ser detenido. *Solidaridad Obrera* llegó a denunciar al ministro ruso de Asuntos Exteriores, Litvinov, tachándole de burgués, porque llevaba sombrero. (El sindicato de sombrereros, anarquista, hizo constar su protesta.) Ardieron casi todas las 58 iglesias de Barcelona, excepto la catedral (preservada por orden de la Generalitat). Unas quedaron en ruinas, otras sólo resultaron dañadas. Se gastó una gran cantidad de valiosa gasolina en el intento de quemar la inacabada Sagrada Familia de Gaudí, sin tener en cuenta que era de cemento. A primeros de agosto, la excitación que pudiera haberse producido ante este tipo de escenas ya había desaparecido, y las brigadas de bomberos se encargaban de limitar cuidadosamente la destrucción. Se cerraron las escuelas religiosas: «La voluntad revolucionaria del pueblo ha suprimido la escuela de tendencia confesional. Es la hora de una nueva escuela, inspirada en los principios racionalistas del trabajo y de la fraternidad humana» [25].

Después del asesinato de Desiderio Trillas, presidente de los obreros portuarios de la UGT —probablemente muerto por los anarquistas—, la FAI y la CNT se sumaron a otros partidos en la condena de los crímenes. Todos juntos amenazaron con la muerte a todo el que llevara a cabo fusilamientos y saqueos indiscriminados: «los bajos fondos de Barcelona están deshonrando la revolución».

[24] Peirats, vol. I, pp. 364-369, da decretos de colectivización. Los cines y los teatros se abrieron a primeros de agosto, todos colectivizados, tras una corta interrupción de sus sesiones.

[25] Peirats, vol. I, p. 200.



(Centelles. Barcelona.)

La FAI ordenó a sus miembros que vigilaran y «aplastaran a esa gentuza. Si no lo hacemos, los estafadores aplastarán la revolución deshonrándola» [26]. Incluso fueron fusilados varios destacados anarquistas, como José Gardeñas, de los obreros del ramo de la construcción de Barcelona, o Fernández, presidente del sindicato de la alimentación, «que fueron incapaces de superar un momento de confusión y debilidad» y habían matado a un hombre y una mujer que años atrás los habían denunciado a la policía [27]. Pero por las noches continuaban oyéndose disparos en la carretera que va de Barcelona a la montaña del Tibidabo. Continuaban las detenciones de «fascistas». En los primeros días de la revolución, un conocido diputado y abogado de extrema izquierda, pero independiente, Angel Samblancat, había irrumpido en el palacio de Justicia a la cabeza de un grupo de milicianos de la CNT-FAI, habían arrojado por la ventana documentos legales, contratos, arrendamientos y crucifijos, y habían matado a muchos abogados y jueces. Sin embargo, poco después, Samblancat instaló un comité de justicia revolucionario, cuyo primer acto fue hacer volver a los funcionarios y secretarios de los tribunales.

El dominio de los anarquistas en Cataluña los situó en una relación incómoda con el gobierno catalán en lo que Azaña describiría como «un complot para anular al Estado español». El avance de las milicias de Barcelona, encabezadas por los anarquistas, hacia Aragón, podía considerarse como una defensa responsable del gobierno central. Pero se había llevado a cabo sin discutirlo previamente con el ministerio de la Guerra, en Madrid. Hubo otros cambios: ante la debilidad demostrada por el gobierno de Madrid, la Generalitat

La 4.ª División Orgánica, reorganizada solamente sobre el papel tras los acontecimientos del 19 al 21 de julio en Barcelona, es puesta bajo el mando del general de la guardia civil José Aranguren, uno de los hombres clave de aquellos días. Sin embargo, la mayor parte de las unidades armadas organizadas en Barcelona para combatir al enemigo lo son por la actividad de los partidos políticos y organizaciones sindicales, bajo el mando de dirigentes muy conocidos, a quienes acompañan, en calidad de asesores, militares de confianza de aquéllos.
En la fotografía, componentes de una columna esperan, estacionados en el paseo de Gracia, la orden de salida hacia el mal delimitado frente de operaciones; en el camión situado en primer plano pueden verse algunas mujeres.

[26] *Boletín de la CNT-FAI*, 25 de julio. Véase también *Solidaridad Obrera*, 30 y 31 de julio, citado por Payne, *The Spanish Revolution*, p. 227.
[27] Peirats, vol. I, p. 182.



(Centelles. Barcelona.)

pudo hacerse cargo, sin protestas, de los puestos aduaneros y fronterizos, los ferrocarriles y los puertos, los servicios de seguridad en las plantas hidroeléctricas, la fortaleza de Montjuich y el banco de España; incluso con derecho a acuñar moneda y a conceder indultos. Según el Estatuto Catalán, todos estos poderes pertenecían a España. Ahora, con el pretexto de que corrían el peligro de caer en manos de la FAI, la Generalitat se hizo cargo de ellos. La universidad de Barcelona fue rebautizada con el nombre de universidad de Cataluña. La Generalitat, en palabras de Azaña, «se aprovechó de la rebelión militar para acabar con el poder del Estado en Cataluña y luego intentó explicarlo todo diciendo que el Estado no existía» [28]. Un político de la *Esquerra,* José Tarradellas, pensaba que, ya que Cataluña había podido defenderse contra el alzamiento militar por sí sola, podía lavarse las manos respecto a España [29]. El 9 de agosto, en el teatro Olimpia, de Barcelona, se celebró una reunión masiva anarquista para protestar contra el llamamiento a filas de las quintas de 1933 y 1934 que había hecho el gobierno de Madrid, para que sirvieran a las órdenes de oficiales del ejército. «No podemos convertirnos en soldados uniformados. Queremos ser milicianos de la libertad. Estamos dispuestos a ir al frente, pero no a los cuarteles como soldados no pertenecientes a las fuerzas populares» [30]. Así, al protestar contra el gobierno central, coincidían con el tradicional separatismo catalán. Pero la Generalitat, que temía las consecuencias de la legalización de los ejércitos políticos,

[28] Véase la conversación sostenida por Azaña con Carlos Pi y Suñer sobre este tema en septiembre de 1937 en Azaña, vol. IV, p. 796; y con Comorera en octubre de 1937, *op. cit.*, p. 821.
[29] Azaña, vol. IV, p. 707.
[30] *Boletín de la CNT-FAI,* 10 de agosto. El documento continúa recordando que el pueblo de la revolución francesa desafió al mundo, pero el ejército uniformado de Napoleón llevó al desastre de Waterloo.

JOSEP TARRADELLAS I JOAN
(Cervelló, 1899-)

Hombre poco conocido durante la etapa franquista —fuera de los círculos catalanes—, Josep Tarradellas i Joan volvió al primer plano de la escena política tras su nombramiento como presidente de la Generalitat, el 18 de octubre de 1977, que suponía el fin de veintitrés años de presidencia en el exilio y el restablecimiento en su persona de la legalidad anterior, defendida por todo el elenco político catalán. Catalanista convencido desde siempre, Tarradellas destaca por la inconmensurable fidelidad a sí mismo y a sus ideas. Su imagen apacible, unida a una gran capacidad negociadora, contrasta con su carácter personalista y una cierta dureza en la defensa de sus convicciones políticas más íntimas.
De origen campesino, Josep Tarradellas nació en Cervelló (Barcelona), el 19 de enero de 1899. Desde los catorce años vivió intensamente las vicisitudes políticas de Cataluña. En 1916, era ya secretario de propaganda del Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Industria **(CADCI). A los dieciocho años fundaba el semanario regionalista** Abrandement **y, dos años más tarde, el semanario** Intransigent. **Asimismo, participó con el coronel Francesc Macià en la creación del partido Federación Demócrata Nacionalista, germen de lo que sería más tarde la Esquerra.**
En 1920 fundó el grupo Joventut Nacionalista «La Falç» **y, al año siguiente, el semanario** Esquerra. **A la caída de la dictadura de Primo de Rivera contribuyó a la formación, en marzo de 1931, de Esquerra Republicana de Catalunya, presidida por Macià y en la que Tarradellas ocupó el cargo de secretario general durante**



(Inst. Municipal Historia. Barcelona.)

y estaba atrapada en un laberinto de argumentaciones contrapuestas, apoyó la idea de mantener el ejército regular, con oficiales nombrados desde arriba, y sin un credo político manifiesto. En esta cuestión, Companys contaba con el apoyo del nuevo *Partit Socialista Unificat de Catalunya* (PSUC). A pesar de que fue nombrado secretario general de este partido un socialista, Joan Comorera, los comunistas lo dominaban, gracias a la superioridad de su eficacia, frialdad y habilidad. El PSUC llegó incluso a afiliarse al Komintern. Comorera, hijo de un herrero, que había emigrado a Argentina en los años veinte y había vuelto a los treinta, había sido consejero de Agricultura en la Generalitat en 1934 y en aquel mismo año había contribuido a que los *rabassaires* se decantaran más hacia la izquierda. No tardó en convertirse en comunista, e incluso, al cabo de unos meses, en miembro del comité central del Partido Comunista Español, junto con otro dirigente ex socialista del PSUC, Rafael Vidiella [31]. La UGT de Barcelona, también bajo influencia comunista, aumentó sus miembros de 12.000, que tenía el 19 de julio, a 35.000 a finales del mismo mes, en parte por las ventajas que suponía la posesión del carnet de un partido o un sindicato para obtener comida, y en parte por la necesidad urgente de asociación que se crea en todas las circunstancias revolucionarias. El PSUC era partidario del «sistema ejército» más que del de las milicias, dado que contaba con seguidores organizados, y que su principal esperanza de influir se basaba en la infiltración en el gobierno oficialmente reconocido. En realidad, ningún partido estaba más interesado que él en inculcar intereses políticos en el ejército, pero planeaban hacerlo desde arriba. Sin embargo, en teoría, la política comunista en Barcelona, al igual que en Madrid, preconi-

[31] Bolloten, p. 113. Vidiella había sido anarquista, representando a la CNT en las discusiones de 1925 entre comunistas, anarquistas y *Esquerra*.

veintiún años. Designado conceller **de Gobernación del primer gobierno de la Generalitat, dimitió en 1932 por discrepancias con Macià.**
El 5 de octubre de 1934, después del fracaso de la sublevación de la Generalitat, Tarradellas fue detenido y encarcelado en un barco. Durante la presidencia de Companys había fundado el diario L'Opinió, **que desempeñó el papel de portavoz informativo de la Esquerra.**
En 1936, al producirse el levantamiento contra la República, Tarradellas se puso incondicionalmente a las órdenes del presidente Companys, olvidando las diferencias de criterios políticos que ambos habían sustentado. Fue nombrado conceller **de Servicios Públicos y, poco después, de Finanzas y responsable del Comité de Milicias. Nombrado en septiembre de 1936 jefe del gobierno, asumiría más tarde las concellerías de Economía, Gobernación y Cultura. Durante la guerra, como primer** conceller **del gobierno catalán, llevó a cabo una intensa labor: organizó las industrias de guerra y decretó la colectivización de las tierras y el control obrero en las fábricas.**
El 14 de febrero de 1939 huyó a Francia. Fue detenido varias veces por la Gestapo, y en 1941 el gobierno español pidió su extradición, sin conseguirla. Se refugió en Suiza, donde estuvo prisionero en un campo de concentración. Consiguió la libertad por intervención del gobierno mejicano. Tras la dimisión, en 1954, del presidente de la Generalitat Josep Irla, el 7 de agosto de ese año Tarradellas fue elegido para sustituirle.
Exiliado en Francia desde el fin de la segunda guerra mundial, su residencia en Saint-Martin-le-Beau se convirtió, durante muchos años, en el lugar de peregrinación de los políticos catalanes. Tarradellas volvió a la actualidad política en agosto de 1976, cuando el Concell des Forces Politiques de Catalunya **le reafirmó en su papel de líder indiscutido para la restauración de la autonomía catalana.**



(Ins. Municipal Historia. Barcelona.)

La primera columna organizada en Barcelona, la de Durruti, se nutre de voluntarios, tan numerosos que se hace necesaria una selección. Después serán trece las columnas desplegadas entre el Pirineo y el Ebro.



(Photo Research Int.)

En los primeros días de la contienda civil surge en Cataluña un nuevo partido marxista, el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), formado por la unión de las secciones catalanas del PSOE y PCE y dos partidos políticos de menor importancia, la Unió Socialista de Catalunya y el Partit Catalá Proletari. El nuevo partido, adherido a la Internacional Comunista, aumentará rápidamente su influencia, alterando la correlación de fuerzas, tan favorable hasta entonces a la CNT, en el territorio catalán.

zaba que no había que hacer nada que pusiera en peligro la victoria en la guerra, y que «los ajustes políticos entre camaradas» bien podían esperar hasta que llegara la victoria. Así pues, el PSUC apoyó plenamente a la Generalitat en varias reformas: un aumento de un 15 por 100 en los salarios, la devolución por parte de las casas de empeños de todos los artículos pignorados por menos de 200 pesetas, y la semana de cuarenta horas (Malraux, en *L'Espoir*, hace una vívida descripción del ruido que se oyó en Barcelona cuando de repente se empezaron a utilizar de nuevo todas las máquinas de coser que devolvieron las casas de empeños.) El PSUC también presentó reivindicaciones económicas en favor de las viudas de los combatientes muertos. Todas sus actitudes fueron reformistas y conciliadoras, es decir, pretendían mejorar las condiciones de vida dentro de la sociedad ya existente; la nueva sociedad podía esperar.

El 31 de julio, Companys se elevó a sí mismo de presidente de la Generalitat —esto es, del gobierno catalán— a «presidente de Cataluña». Esto constituía un paso más hacia la soberanía catalana, y, naturalmente, para darlo no consultó al gobierno de Madrid. Se pidió a tres miembros del PSUC (Comorera, Vidiella y Ruiz) que entraran a formar parte de la reconstituida Generalitat, presidida por Joan Casanovas, anteriormente presidente del parlamento catalán. Los anarquistas amenazaron con abandonar el Comité de Milicias Antifascistas si el PSUC entraba en el gobierno. Los hombres del PSUC se retiraron y, de momento, la Generalitat quedó formada por nueve miembros de la *Esquerra,* uno de los *rabassaires* y uno de la más derechista *Acció Catalana.* «Os entrego el gobierno» —dijo grandilocuentemente Companys a Casanovas—; y éste contestó: «No entrega nada, porque no hay nada que entregar» [32]. El

El día 31 de julio se forma un nuevo gobierno de la Generalitat, presidido por Josep Casanovas, que incluye 10 concellerías *en manos de políticos catalanistas, más la de defensa, a cargo del comandante aviador Felipe Díaz Sandino. Este gobierno tiene que habérselas con un verdadero órgano paralelo de poder, el Comité de Milicias Antifascistas, que, dominado por los libertarios, presionará constantemente por la puesta en práctica de medidas radicales en los ámbitos social y económico.*


EL NOTICIERO UNIVERSAL

El nuevo Gobierno de Cataluña

Ha caído Cádiz en poder del pueblo

LAS FUERZAS LEALES HAN TOMADO CADIZ

IMPRESION

(Hem. Municipal. Madrid.)

[32] Azaña, vol. IV, p. 702.

gobierno intentó desarmar a los milicianos anarquistas de las patrullas de control, encontrándose con una resistencia furiosa por parte de la CNT. «Camaradas —pedía entretanto la FAI al PSUC generosamente, el 5 de agosto—, unidos hemos conseguido vencer a las sanguinarias bestias del militarismo fascista. Seamos dignos de nuestra victoria y mantengamos la unidad de acción hasta el triunfo final. ¡Viva la alianza revolucionaria y antifascista!» El gobierno catalán, impotente por sí solo, durante las semanas siguientes, por haber avalado al Comité de Milicias Antifascistas, continuó minando sustancialmente la autoridad del gobierno de Madrid. Cuando, unas semanas más tarde, Prieto (que para entonces era ministro en Madrid) visitó Barcelona, el coronel Díaz Sandino, consejero catalán de defensa, le recibió como si fuera ministro de una potencia extranjera [33].

En Cataluña, tan alejado de los anarquistas como de la *Esquerra* y del PSUC, estaba el POUM, el partido revolucionario antiestalinista dirigido por ex comunistas catalanes. El número de sus afiliados también había aumentado mucho. Algunos se unieron a este partido creyendo que representaba un término medio entre la indisciplina de los anarquistas y la rigidez del PSUC. Algunos ex-

[33] Azaña, vol. IV, p. 704.

La figura de Angel Pestaña suple con su prestigio la escasa importancia cuantitativa del Partido Sindicalista, último vestigio de la escisión protagonizada por treinta destacados militantes de la CNT, conocidos como los treintistas. *El fervor militante desatado por los acontecimientos de julio en Cataluña no hace aumentar las filas de los seguidores de Pestaña; es la UGT catalana, más comunista que socialista, el sindicato de mayor crecimiento proporcional en estas semanas.*



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

(Centelles. Barcelona.)



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)



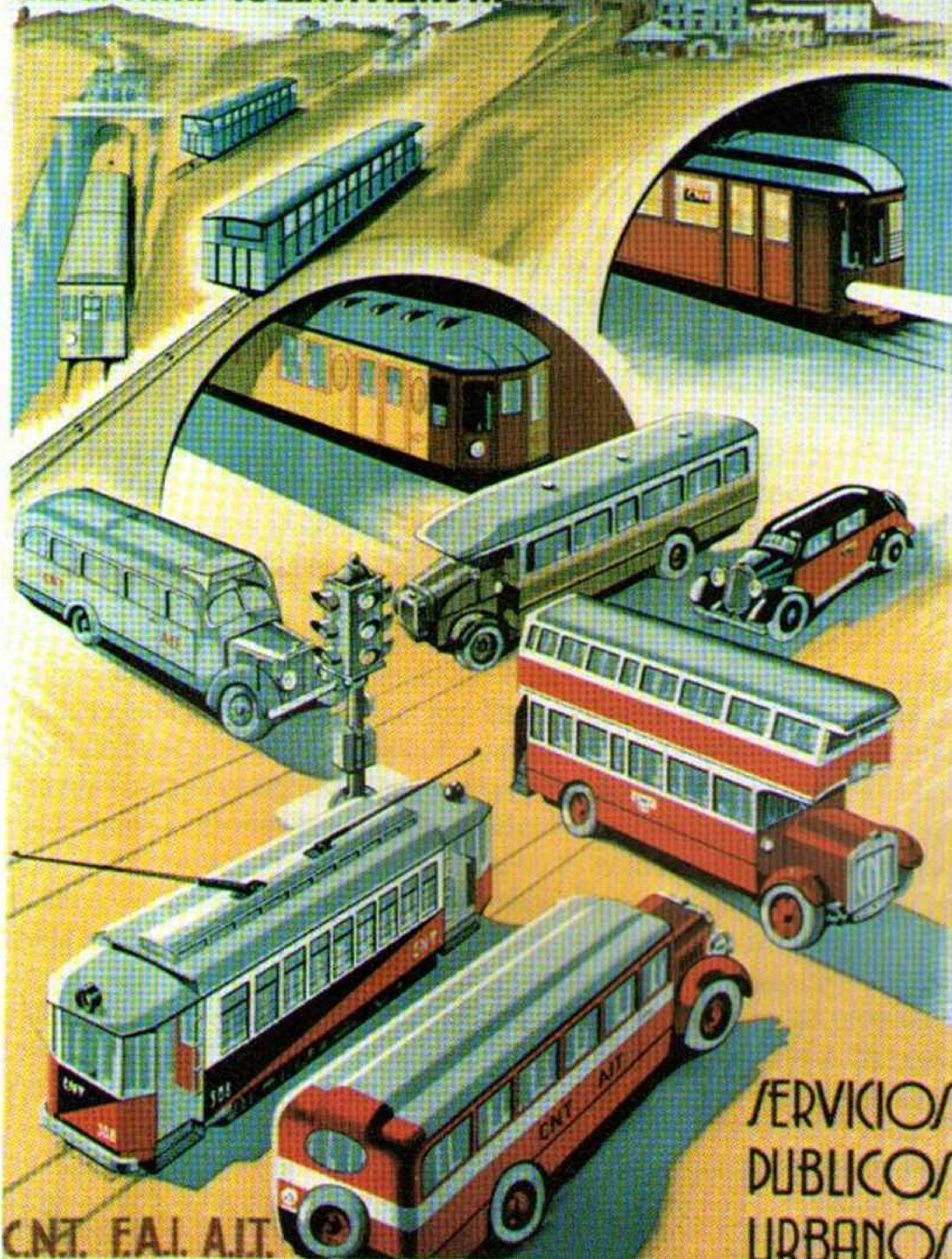
El Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) defiende un programa marxista revolucionario a la izquierda de las directrices emanadas de la Internacional Comunista moscovita. En julio de 1936, el POUM bautiza el cuartel barcelonés de la calle Tarragona con el nombre de Lenin, y organiza dos columnas para la marcha contra los sublevados de Aragón.

tranjeros que vivían en Barcelona ingresaron en el POUM basándose en la romántica suposición de que encarnaba una magnífica aspiración utópica. Franz Borkenau señala la atmósfera de entusiasmo político que reinaba entre estos emigrados, que disfrutaban claramente de la aventura de la guerra y tenían una fe completa en el «éxito absoluto». El POUM, con sus nuevas oficinas instaladas en el hotel Falcón, en las Ramblas, se dedicó a familiarizar al público con su nombre, hasta entonces poco conocido, pintando sus iniciales en grandes letras en automóviles y autobuses, y agitándose en favor de «un gobierno sólo de trabajadores». Aunque a uno de los fundadores, Maurín, se le creía (falsamente) muerto en la España nacionalista, los otros dirigentes, que todos eran ex comunistas de los años veinte —Nin, Gorkin, Andrade, Gironella—, hablaban frecuentemente. El movimiento juvenil del POUM, la JCI (Juventud Comunista Ibérica), parecía el más radical de todos los ejércitos particulares de la izquierda y exigía continuamente la «formación de soviets», mientras mataba implacablemente a los «enemigos del pueblo».

El conjunto de Cataluña y de la zona republicana de Aragón reflejaba los acontecimientos de Barcelona. Se formó un comité político en todos los pueblos. El poder, igual que en todas partes, se encontraba en manos del partido más fuerte, independientemente del número de representantes que tuviera. Así, el POUM predominaba en la provincia de Lérida, y la CNT, en los restantes sitios [34]. Generalmente, en el ayuntamiento se podía ver una bandera roja, con la hoz y el martillo, que indicaba la atracción magnética que ejercía Rusia sobre todos los partidos proletarios, y no sólo sobre los comunistas. Los ferrocarriles y demás servicios públicos estaban di-

[34] A veces, como ocurrió en el pueblo de Hospitalet, la CNT llevó su hostilidad contra la *Esquerra* y los partidos nacionalistas catalanes hasta el extremo de poner por las calles letreros en los que se prohibía hablar en catalán. (Jaime Miravitlles, en *La Flèche*, 24 de febrero de 1939.)

rigidos por comités de la UGT y de la CNT. En la mayor parte de los sitios, todos los miembros de profesiones liberales y los artesanos tenían que recibir órdenes del comité. La mayoría de las iglesias fueron quemadas. En algunos sitios, sobre todo en aquellos donde la quema no tuvo lugar hasta agosto, y especialmente en los pueblos de veraneo de la clase media a lo largo de la Costa Brava, la tristeza era manifiesta. Borkenau observó a mujeres que llevaban tristemente a las hogueras libros religiosos, imágenes, estatuas y otros talismanes, que tenían valor no tanto religioso, sino por el hecho de pertenecer a la vida cotidiana familiar. Sólo los niños parecían divertirse, al arrancar la nariz de las estatuas antes de arrojarlas a las llamas. El ayuntamiento se incautaba de las casas y las



(Col. CEHC.)



(Centelles. Barcelona.)

En Cataluña, una primera etapa de expropiaciones espontáneas de objetos de consumo y bienes inmuebles es pronto superada por un intento de nueva organización económica, plasmada en el interesante decreto de Colectivizaciones y Control Obrero, *que se aplicará a buena parte de la producción de bienes y servicios —de los transportes públicos a la cultura— durante toda la guerra, bajo el control del Consejo de Economía de Cataluña. La revolución económica en Cataluña, a diferencia de la espontaneidad imperante en el resto de la España republicana, se plasma en unas normas legales emanadas del poder constituido.*



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

«Se imagina corrientemente al proletariado como una aplastante mayoría social; se han hecho los cánticos más exagerados al poder omnipotente de los trabajadores de la industria. Sin embargo, esos trabajadores son una minoría social, menos importante numéricamente de lo que se cree. Es mejor vivir de realidades que de fantasías. El campesino, por ejemplo, no es una fuerza social que sienta y actúe unánimemente al lado de los trabajadores de la industria y es, además, más fuerte en número», escribe el libertario Abad de Santillán en el verano de 1937. Sin embargo, un año antes los anarquistas catalanes actuaron con menos prudencia al intentar colectivizar las propiedades de los pequeños agricultores de Cataluña y Aragón, encontrando mayor oposición de la esperada por parte de muchos de ellos.

tierras de los burgueses asesinados o huidos. Igual que en todas partes, la crueldad de los revolucionarios se vio templada por arranques de generosidad. Por ejemplo, el poeta francés del aire, Antoine de Saint-Exupéry, que entonces era corresponsal de *L'Intransigeant,* consiguió convencer al comité revolucionario de un pueblo para que perdonase la vida a un fraile que habían cazado en el bosque. Una vez convencidos, los anarquistas se estrecharon las manos unos con otros, muy excitados, y también estrecharon la mano al fraile, felicitándole por haber escapado [35].

En Cataluña no existían muchas fincas grandes, y ni siquiera los anarquistas sabían qué hacer con las tierras expropiadas. La solución final —a la que no se llegó hasta el otoño en la mayor parte de Cataluña— dispuso que la mitad de la tierra expropiada fuera administrada por el municipio, mientras la otra mitad se dividiría entre los campesinos más pobres. El comité del Frente Popular del pueblo recibiría la mitad de las rentas, y la otra mitad quedaría condonada. En Cataluña la revolución distó mucho de ser completa, ya que tanto la *Esquerra* como la UGT apoyaban a los pequeños propietarios. Sin embargo, hubo una falta de previsión en la forma como los campesinos trataron las propiedades burguesas. En Sariñena, población situada entre Lérida y Zaragoza, donde se había perdonado la vida a algunos miembros de la clase media (incluido el veterinario), Borkenau contempló la destrucción de todos los documentos relativos a la propiedad rural. Se hizo una hoguera en la plaza mayor, cuyas llamas sobrepasaban el campanario de la iglesia, mientras jóvenes anarquistas arrojaban nuevo material al fuego, con gestos triunfales [36].

En el campo de Cataluña y Aragón, al igual que en el de Castilla, se estaba realizando un experimento social y económico sorprendente. En muchos sitios, por ejemplo, ya no circulaba el dinero. Hans Erich Kaminski, un agudo observador alemán, hizo una descripción cuidadosa de lo que ocurrió en Alcora (Castellón): «Todo el mundo puede obtener lo que necesita. ¿De quién? Del comité, desde luego. Pero es imposible proveer a cinco mil personas en un solo punto de distribución. Hay almacenes donde se pueden satisfacer las peticiones de uno, igual que antes, pero son simples centros de distribución. Pertenecen a todo el pueblo, y sus antiguos dueños ya no obtienen ningún beneficio. El pago no se realiza con dinero, sino con cupones. Incluso el barbero afeita a cambio de cupones, que proporciona el comité. El principio según el cual cada habitante recibirá bienes de acuerdo con sus necesidades se realiza sólo de manera imperfecta, porque se postula que todo el mundo tiene las mismas necesidades [...]. Cada familia y cada persona que vive sola ha recibido una tarjeta. Esta se perfora diariamente en el lugar de trabajo; de esta manera nadie puede dejar de trabajar, porque los cupones se distribuyen sobre la base de estas tarjetas. Pero el gran fallo del sistema es que, debido a la ausencia de cualquier otra medida de valoración, ha sido necesario recurrir de nuevo al

[35] Richard Rumbold, *Winged Life* (Londres, 1953), p. 146.
[36] Borkenau, pp. 93-94.



(Centelles. Barcelona.)

Muchos son los enemigos de las colectivizaciones catalanas. Resulta fundamental la oposición del gobierno de la República, y la del PSUC, que consiguen por ello atraerse las simpatías de pequeños propietarios descontentos y, no menos importante, la solapada oposición del capitalismo internacional, con fuertes intereses en la industria de Cataluña. En la fotografía, un bar de la Rambla colectivizado, bajo las siglas UGT-CNT, con un público despreocupado que ocupa las mesas de la terraza. Entre los clientes, un limpiabotas trabaja en la postura característica de su oficio.

dinero para dar un valor al trabajo realizado. Todo el mundo —el obrero, el médico, el comerciante— recibe cupones por valor de cinco pesetas por cada día de trabajo. Una parte del cupón lleva la inscripción «pan», del que cada cupón da derecho a un kilo; otra parte representa una cantidad de dinero. Pero estos cupones no pueden considerarse como billetes de banco, ya que sólo pueden cambiarse por bienes de consumo, y aun esto en un grado limitado... [...]. Todo el dinero de Alcora, unas cien mil pesetas, está en manos del comité. El comité cambia los productos de la comunidad por otros bienes que escasean, pero lo que no puede conseguir con el intercambio, lo compra. El dinero, sin embargo, se conserva sólo como último recurso [...].»

A pesar de todo, podía conseguirse dinero del comité si un campesino lo necesitaba, por ejemplo, para visitar a una muchacha en el pueblo vecino o a un médico especialista [37]. En todos estos lugares, los comités de justicia tenían un papel importante: en Lérida —un buen ejemplo— estaba constituido por un tercio del POUM, un tercio PSUC-UGT, y un tercio CNT-FAI; el POUM estaba tan bien situado debido a la fuerza que ya tenía anteriormente en aquella ciudad. El presidente y el procurador eran dos deshollinadores [38].

La revolución en Valencia

Más al sur de la costa, en Valencia, el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, que había llegado allí después de fracasar en su intento de formar un gobierno en Madrid el 18-19 de julio, había organizado una junta para controlar las cinco provincias de Levante, que fue más ineficaz ante el Comité local que la Generali-

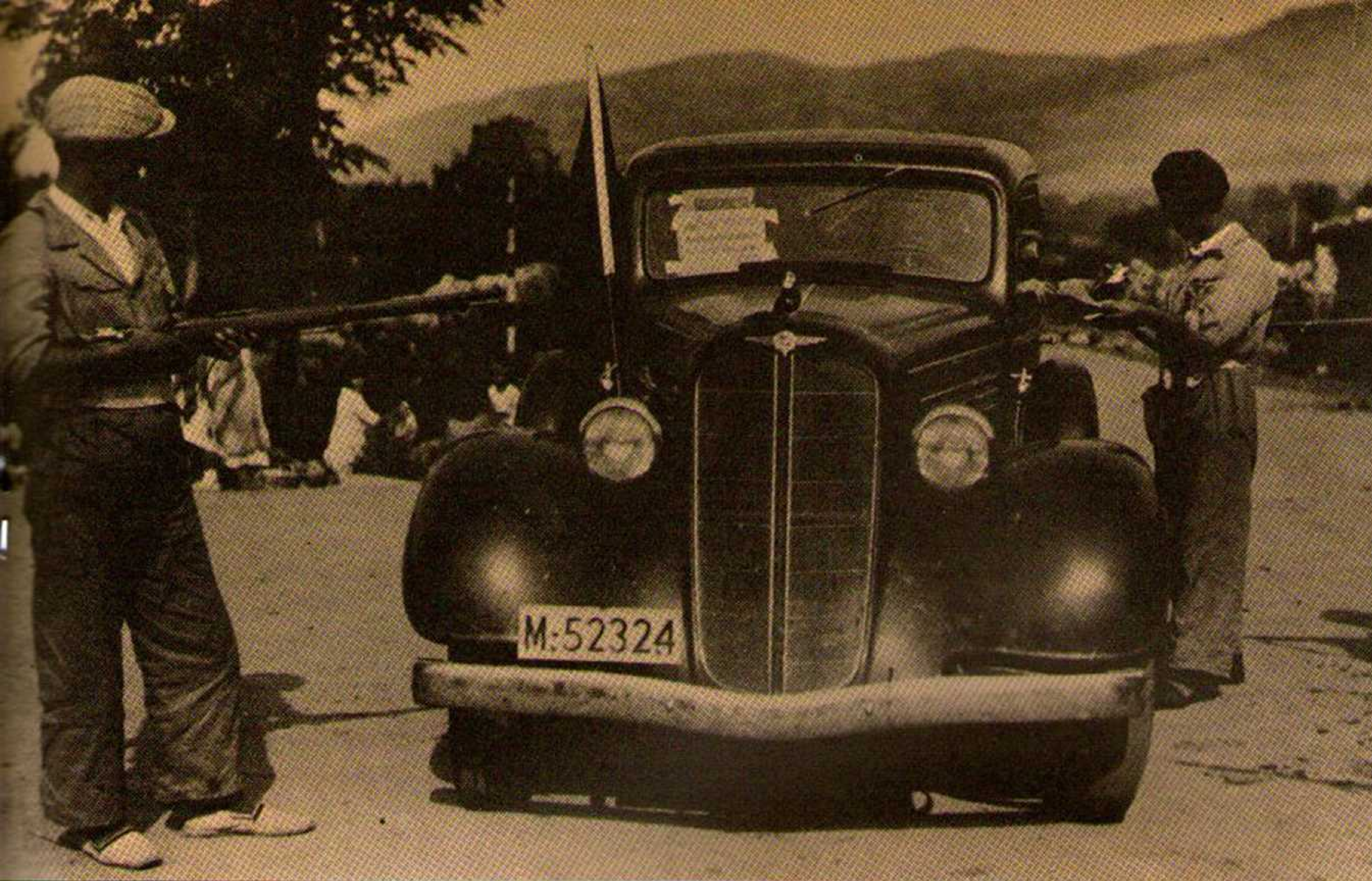
[37] Hans Erich Kaminski, *Ceux de Barcelone* (París, 1937), pp. 118-122. Véase también *Colectividades de Castilla* (Madrid, 1937); Agustín Souchy, *Entre los campesinos de Aragón* (Valencia, 1937), p. 92.

[38] Broué y Témime, p. 123, nota. Manuel Casanova (*L'Espagne livrée*, reedición, París, 1971) hace un relato horripilante.


(Arch. B. M. Patino.)

En un pueblo de nombre perdido de Extremadura, Castilla o La Mancha, un grupo de hombres armados de escopetas de caza y pistolas de museo desfila cerca del fotógrafo. En muchos casos, el único atributo militar que poseen es el cinturón de hebilla metálica, que conservan desde su servicio al rey o a la República. Las unidades de escopeteros entusiastas e ineficaces abundan en estos primeros días, y ponen en pie de guerra pequeñas localidades, a veces tan aisladas de los focos principales de lucha como las que describe Cipriano Mera en sus memorias, en las abruptas tierras altas de Cuenca, cerca ya de Albarracín.

tat ante el Comité de Milicias Antifascistas. Martínez Barrio se vio incluso obligado a vivir en el campo, fuera de Valencia, después de la rendición de los oficiales rebeldes en los cuarteles, el 31 de julio. Este éxito dio autoridad al comité local de CNT-UGT, presidido por un militar izquierdista perteneciente a la antigua UMRA, el coronel Ernesto Arín. El poder real estaba en manos de un teniente revolucionario, José Benedito, miembro del partido izquierdista autonomista valenciano y presidente del comité de defensa local. Sin embargo, aunque la CNT era fuerte, ya que dominaba a los trabajadores portuarios, del transporte y de la construcción, Valencia era más burguesa que Barcelona, y se realizaron menos expropiaciones. Los anarquistas de Valencia habían sido, en su mayoría, treintistas, y las zonas rurales habían votado decididamente a la CEDA en febrero. La UGT era muy influyente entre los empleados. Los republicanos, que contaban con bastantes seguidores entre la clase media baja y los campesinos ricos de la huerta valenciana, se encontraban divididos entre los que veían en aquellas circunstancias una oportunidad para el movimiento separatista valenciano y los partidarios de Azaña y Giral. La delegación del gobierno encabezada por Martínez Barrio no contó con más apoyo que el del diminuto Partido Comunista de Valencia. Más tarde, este partido obtuvo el apoyo de los ricos campesinos valencianos, gracias a su propuesta de distribuir la tierra expropiada entre los propios campesinos, en contra del plan anarquista de colectivización. En el resto de Levante, los anarquistas y los socialistas se disputaron el poder en diferentes pueblos. Alcoy, antiguo bastión de los libertarios, era anarquista, y también lo eran Játiva, Elche y Sagunto mientras que Alcira y Elda eran socialistas. En Castellón, Alicante y Gandía, los dos movimientos se repartieron la autoridad.



(Arch. C. S. de Tejada.)

En cruces de caminos y afueras de las ciudades, los controles se multiplican. Su efectividad no resulta probablemente muy elevada en la detención de sospechosos, pero, como en el caso de la fotografía, cumplen escrupulosamente con su papel: el coche sometido a investigación parece reunir todos los requisitos posibles en el cristal de su parabrisas, bandera en la aleta derecha y conductor uniformado. Probablemente se trata de un automóvil requisado para los servicios del frente, de carrocería majestuosa y matriculación reciente.

Revolución en el campo andaluz

En Andalucía, la revolución fue de inspiración anarquista, careciendo incluso del foco que constituía Barcelona para la revolución de Cataluña [39]. En la mayor parte de los pueblos, los antiguos ayuntamientos se fundieron con los nuevos comités. El control de las carreteras y de los servicios públicos era compartido por los funcionarios anteriores y los milicianos nombrados por el comité. Cada población actuaba bajo su propia responsabilidad. Además, había hostilidad entre los dirigentes anarquistas de ciudades como Málaga y los de los pueblos pequeños. Los primeros deseaban intervenir en los pueblos, y se topaban con la resistencia de los dirigentes locales, que consideraban aquello como un ataque contra sus derechos [40]. El sindicato agrícola socialista, la FNTT, a pesar de sus dimensiones, fue relegado por los extremistas: «Los del Partido Socialista fuimos arrollados. ¿Qué podíamos hacer? Los que se hicieron con el mando sólo pensaban en la violencia. Eramos el partido más fuerte de aquí y, no obstante, éramos impotentes. Casi nunca nos reuníamos, para ser sinceros. Los que asumieron el poder tenían tan poca conciencia política que robaban a los pequeños arrendatarios lo poco que tenían» [41]. En muchos sitios fue abolida la propiedad privada, así como la obligación de pagar las deudas a los tenderos. En Castro del Río, cerca de Córdoba (durante muchos años, uno de los grandes centros del anarquismo en España [42]), se estableció un régimen que puede compararse con el de

[39] Véase Ronald Fraser, *In Hiding*, pp. 133-134; véase también Ronald Fraser, *The Pueblo* (Londres, 1973).
[40] Julian Pitt-Rivers, *People of the Sierra* (Londres, 1954), pp. 18-19.
[41] Fraser, *The Pueblo*, p. 56.
[42] Véase Díaz del Moral, p. 252 y ss.

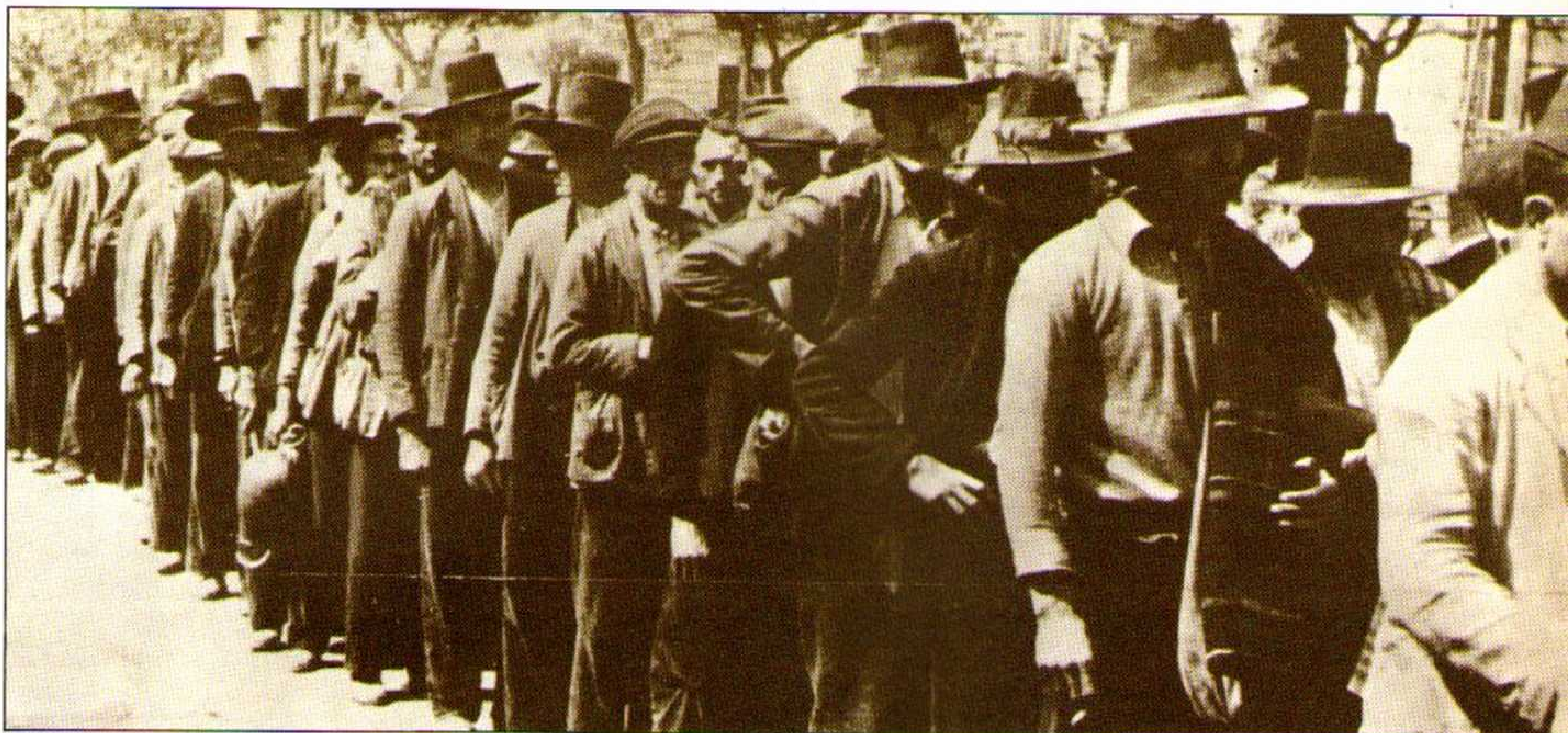
En Andalucía, la sublevación consigue asentarse firmemente en las ciudades de Sevilla, Cádiz, Jerez, Córdoba, Granada y Algeciras. Con los medios de la 2.ª División Orgánica de que el general Queipo de Llano dispone, y con los auxilios que llegan de Africa, se organizan pronto columnas un tanto precarias, como débiles son también los recursos que sus oponentes pueden poner en juego. Son las fuerzas locales, partidos y sindicatos, y no el gobierno de la República, quienes toman la iniciativa de enfrentarse a los avances de tanteo de los sublevados, y lo hacen en general con los medios de lucha de que disponen, a pesar del belicoso aspecto de los milicianos motorizados que aparecen en esta ilustración, a quienes la agencia de noticias que distribuye la foto sitúa en las cercanías de Sevilla.

los anabaptistas de Münster de 1530: se prohibió todo intercambio privado de bienes, se cerró el bar del pueblo y sus habitantes realizaron la tantas veces deseada abolición del café. «No querían conseguir el buen nivel de vida de aquellos a quienes habían expropiado —señalaba Borkenau—, sino deshacerse de sus lujos» [43]. En muchos lugares de esta región, los anarquistas habían tomado la iniciativa contra las autoridades y, después, en vez de hablar de su resistencia a la rebelión, cuando hablaban de aquella época, decían: «cuando el pueblo se sublevó contra los señoritos» [44]. Las grandes fincas de esta región continuaron a menudo siendo labradas por los mismos campesinos que antes, que no recibían ninguna paga, pero eran alimentados por el almacén del pueblo, según sus necesidades. (Más tarde algunos se quejaron de que los nuevos comités de los pueblos se comportaban lo mismo que siempre lo hacían los que tenían la autoridad: «se comían el jamón» [45].) Entre los pueblos se mantenía una situación de inseguridad. La región estaba salpicada

[43] Borkenau, p. 167.
[44] Juan Martínez Alier, *La estabilidad del latifundio* (París, 1968), p. 139.
[45] Martínez Alier, p. 140.

(UPI.)



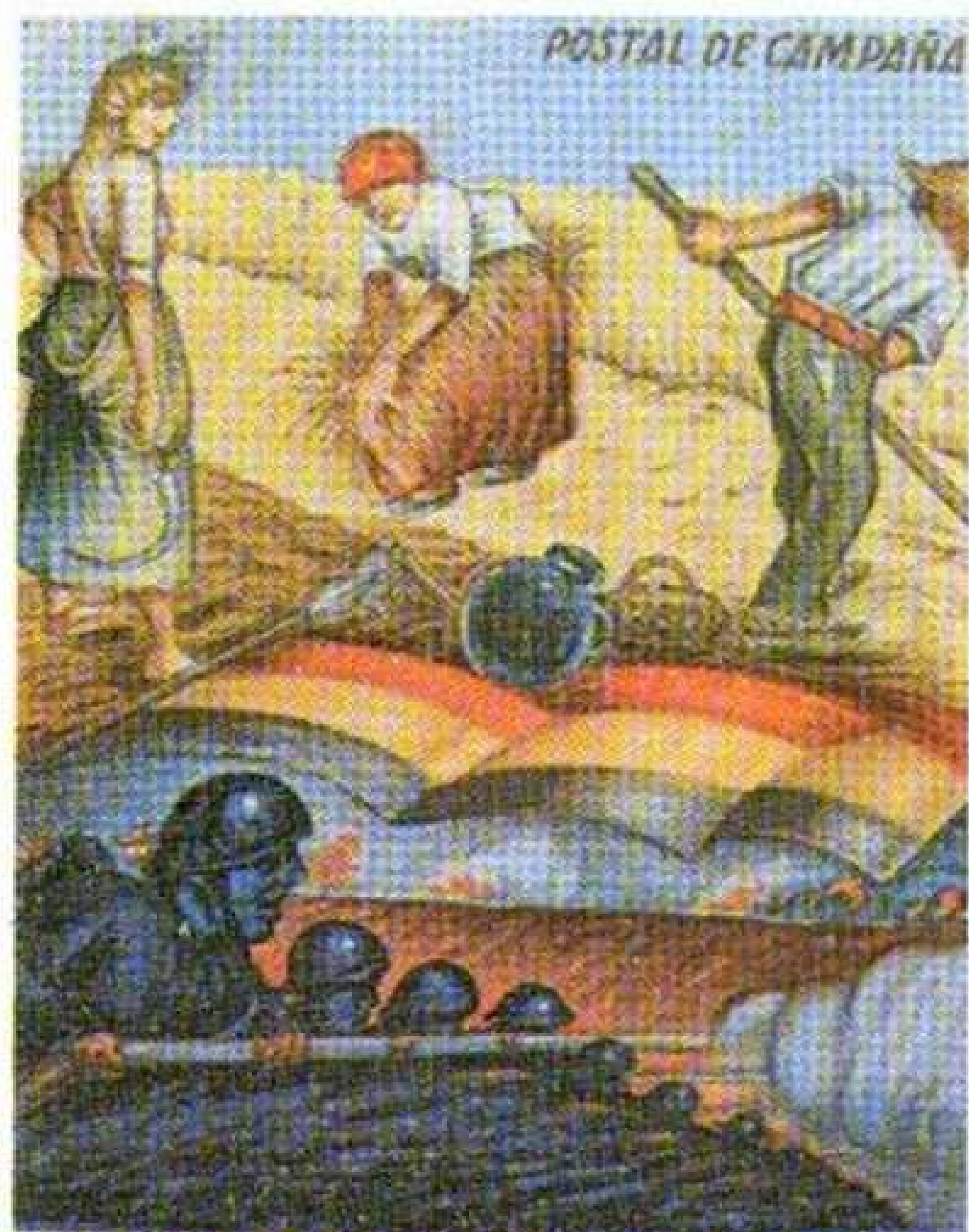

(Keystone.)

Pensativos y ordenados, estos malagueños, movilizados en los primeros días de agosto, constituirán columnas, avanzarán por toda la provincia, e incluso presionarán en dirección a Granada. Sin embargo, no podrán evitar, ya en retroceso, la caída de Antequera, el 12 de agosto, y sobre todo, la pérdida de Ronda, el 16 de septiembre.
El amplio frente malagueño, no mal dotado de armamento —que recibe por mar— y con el apoyo de una pequeña fuerza aérea, adolece de falta de organización, y sobre todo de mando eficaz; en ningún momento llegará a representar un peligro serio para las fuerzas que avanzan desde Sevilla en socorro de Granada.

de lugares donde la guardia civil había abandonado sus cuarteles y, retirándose a las cumbres, los monasterios u otros puntos fáciles de defender, podía resistir indefinidamente, viviendo como bandoleros y efectuando robos en la vecindad. El campamento de este tipo que duró más tiempo fue el establecido por el capitán Cortés de la guardia civil en el santuario de Santa María de la Cabeza, en las montañas de Jaén. En la Andalucía rebelde hubo campamentos similares de «proscritos» anarquistas, que robaban los productos de la tierra y acabaron convirtiéndose en bandoleros. Al fin y al cabo, al principio, los anarquistas habían sido unos bandoleros politizados.
El esquema generalmente anarquista de la revolución en Andalucía varió en Jaén, que tenía desde hacía varios años un fuerte contingente de la UGT, y en Almería, donde los obreros portuarios eran principalmente comunistas. En Jaén hubo poco cambio social. Expulsaron a la guardia civil, pero los comités locales organizaron su propia milicia, cuyos miembros patrullaban por el campo en parejas, al igual que había hecho la guardia civil. El comité solía sustituir al terrateniente, y continuaba recibiendo la mitad de la cosecha que antes se quedaba el terrateniente, con lo que los campesinos se quedaban tan descontentos como antes. En la dispersa y estancada ciudad de Andújar, por ejemplo, aunque fueron asesinados cinco miembros de la clase media, sus tierras no fueron expropiadas. La UGT cedió al ayuntamiento la administración de las grandes fincas próximas, con el resultado de que los campesinos trabajaban el mismo número de horas que antes y recibían los mismos jornales de miseria. Los comités que dirigían estos pueblos eran elegidos por una asamblea popular, y a veces eran nombrados por los partidos del Frente Popular.
En Málaga, la revolución, controlada por la CNT y la FAI, se ca-

racterizó por su arbitraria ineficacia. Casi aislada del resto de la España republicana (a causa de la victoria nacionalista en Granada, al nordeste de Málaga), viviendo bajo la amenaza diaria de ataques aéreos, con rumores constantes de que se iban a realizar avances contra ella, Málaga estaba en tensión: «Van a destruirte, Málaga. Tus vicios te han condenado», dijo un anarquista, contemplando las iglesias en llamas desde un pueblo próximo [46]. Antonio Fernández Vega, el gobernador civil, «una simple máquina de firmar» ante los trabajadores victoriosos, parecía «un pálido girondino, temblando ante los jacobinos, comparados con los cuales los nuestros [el que hablaba era el periodista francés Louis Delaprée] no eran más que unos niños» [47]. Finalmente, el comité de salud pública fue reconocido oficialmente por Madrid, y su presidente, un maestro de escuela socialista llamado Francisco Rodríguez, fue nombrado gobernador civil. Este comité no impuso su autoridad en esa zona: Motril, Vélez-Málaga y Ronda se ocuparon de sus propios asuntos bajo la dirección de los anarquistas, quedando barridos los antiguos ayuntamientos. Pero, cuando las milicias anarquistas ocuparon Puente Genil, en la provincia de Córdoba, se anunció que, después de la guerra, sería anexionada a Málaga. O sea, que debía de existir cierta lealtad a la provincia. En Ronda «no colectivizaron, no repartieron, sino que lo socializaron todo» [48]. Entretanto, en la ciudad de Málaga, un grupo de sargentos se autoproclamaron coroneles y establecieron un mando militar; y luego se convirtió en su jefe un verdadero coronel, Romero Bassart, de los Regulares, que había huido de Marruecos [49].

Las soluciones al problema de la propiedad agraria —reparto, colectivización o socialización— quedan pronto mediatizadas por la marcha de los acontecimientos bélicos. En el futuro, como denota esta tarjeta postal republicana de composición simplista, la necesidad de producción para la guerra enmascarará el conflicto no resuelto de la forma de posesión de la tierra.



(Col. J. M. Armero.)

Situación en las provincias vascas

El territorio republicano que se extendía a lo largo de la costa norte de España quedó aislado de Madrid y Barcelona por las columnas que operaban a las órdenes del general Mola. Aquí surgieron tres sociedades distintas: una centrada en Bilbao y San Sebastián, otra en Santander y otra en Gijón. En las dos primeras ciudades, y en el resto de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, los nacionalistas vascos aseguraron la continuidad del orden social típico de la clase media. Tanto Bilbao y San Sebastián como el territorio que rodeaba a estas ciudades estaban controlados por comités de defensa, pero, en ellos, los nacionalistas vascos tenían la mayoría. Sólo los anarquistas (que tenían cierta fuerza entre los pescadores y los obreros de la construcción) se sentían inclinados a adoptar una postura contraria a la de los vascos, los cuales, a su vez, miraban con desconfianza a los partidos obreros. De ahí que en el nuevo cuerpo de policía vasca motorizada no se admitiera a ningún miembro de los partidos revolucionarios de izquierdas, aunque hubiera personas que tal vez habrían preferido estar del lado de los rebeldes. Parece ser que en las provincias vascas fueron asesinadas unas quinientas personas, aparte del coronel Carrasco y de algunos ofi-

[46] Brenan, *Personal Record*, p. 289.
[47] Louis Delaprée, *Mort en Espagne* (París, 1937), p. 70.
[48] *España libre*, 19 de julio de 1947, cit. por Lorenzo, p. 198.
[49] Salas Larrazábal, vol. I, p. 288.



(Keystone.)

Las noticias que llegan de Pamplona deciden a los partidos y organizaciones sindicales de izquierda de San Sebastián a destacar algunos cientos de militantes a Eibar, centro armero de Guipúzcoa, con el propósito de obtener fusiles, armas automáticas y municiones; con ellos se traslada el gobernador civil, Artola Goicoechea, para asegurar la entrega del armamento. Los obreros metalúrgicos se dedican febrilmente al blindaje de camiones, como el que figura en la fotografía. Amparadas en tales armatostes, las fuerzas populares se sienten seguras frente a la posible llegada del enemigo.

ciales y falangistas que tomaron parte en el alzamiento. Los anarquistas fueron los principales responsables de estas muertes. El dirigente vasco Irujo señaló que, durante varios días, él y sus colegas fueron casi prisioneros de la CNT, que, de hecho, había llevado la iniciativa a la hora de sofocar el alzamiento [50]. Pero, a partir de primeros de agosto, casi no hubo persecución contra las clases alta o media [51]. Los sacerdotes permanecieron libres y continuaron celebrándose oficios religiosos. Sólo se habían incendiado dos iglesias, en San Sebastián. Unicamente fueron expropiados los bienes de los capitalistas que habían participado en la rebelión. Sus bienes fueron encomendados a una junta estatal en la que estaban representados los obreros, pero sin que tuvieran el control.

Las únicas medidas de cambio social que se adoptaron en las provincias vascas consistieron en un decreto que prohibía que alguien pudiera ser director de más de una compañía (un golpe para los millonarios vascos, pero no tanto para la burguesía), en la reducción de las rentas en un 50 por 100, igual que en el resto de la España republicana, y en la creación de una nueva oficina de asistencia pública para ayudar a los necesitados. Naturalmente, el comité de defensa de Bilbao se hizo cargo de la industria de armamento de Vizcaya: las fábricas de fusiles de Eibar, las de armas cortas de Guernica y Durango, y las fábricas de granadas y morteros de Bilbao. Los nacionalistas vascos también se hicieron con el control de la estructura financiera de sus provincias. Se crearon juntas especiales para controlar los bancos vascos.

[50] Lizarza, p. 62.

[51] Aunque había 3.000 presos políticos en buques-prisión y fortalezas, entre ellos bastantes mujeres y niños.

La normalidad es absoluta en el País Vasco si creemos los titulares del diario nacionalista Euzkadi *del 19 de julio de 1936. A través del periódico, el Partido Nacionalista Vasco declara su apoyo a la República mediante un sencillo recuadro, lleno, sin embargo, de trascendencia política. Esta primera página del diario bilbaíno no ofrece más noticias sobre los acontecimientos que están teniendo lugar en el resto del Estado español.*
En la reproducción de la derecha, un mes más tarde, la noticia a toda página sobre «tres patriotas fusilados en Gazteiz». El contrapunto lo dan las necrológicas de estilo tradicional que anuncian entierros católicos.

A pesar de esta moderación, los vascos tuvieron conflictos con la Iglesia católica [52]. Los obispos de Vitoria y Pamplona, en una pastoral que fue radiada el 6 de agosto, condenaron la adhesión de los católicos vascos al bando republicano [53]. Los sacerdotes vascos, presididos por el vicario general de Bilbao, celebraron consultas y aconsejaron a los dirigentes políticos vascos que continuaran apoyando a la República. Las razones que motivaron este consejo eran las siguientes: no había pruebas de que la pastoral fuese auténtica, ya que no había llegado a sus manos ningún ejemplar; la pastoral no había sido promulgada con las formalidades usuales, sino que simplemente había sido radiada; se sospechaba que el obispo de Vitoria no tenía plena libertad de acción; los obispos no podían conocer la verdad de cuanto estaba ocurriendo en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya; y, por último, un cambio de actitud de los nacionalistas vascos atraería incontables calamidades sobre mucha gente y sobre la Iglesia. Por lo tanto, los sacerdotes vascos continuaron en su actitud de desafío, permaneciendo al lado de su grey, cuyas necesidades espirituales siguieron atendiendo. Intercedieron

[52] *Le Clergé Basque*, p. 25 y ss.
[53] Texto en Montero, pp. 682-687. Las circunstancias que rodearon a esta pastoral se comentan en Iturralde, vol. II, pp. 302 y 328. Más tarde, Múgica confirmó que había firmado la pastoral libremente (véase su carta a la *Gaceta del Norte* de 25 de julio de 1937, cit. por Iturralde, vol. II, pp. 326-328). Posteriormente aún se excusó, diciendo que no conocía los hechos (*Imperativos de mi conciencia*).

(Hem. Municipal. Madrid.)

Julio 19 Domingo — Euzkadi — Bilbao, 1936

Las revelaciones de la Historia

Eztakixu...?

Para los niños vascos, maestros vascos

Informaciones del País Vasco

La silla trágica en funciones

Panorama universal

Europa: después del acuerdo austro-alemán

Primer aniversario

El señor Don Francisco Basaldúa y Zulueta (Q. E. P. D.)

Falleció en Bilbao el día 21 de julio de 1935

Agosto 23 Domingo — Euzkadi — Bilbao, 1936

Por las almas de los tres patriotas fusilados en Gazteiz

Hoy, a las nueve de la mañana, tendrá lugar una solemne misa con responso en la basílica del Señor Santiago por su eterno descanso

Tres patriotas vascos

Así murieron

Una misa en Iginñao

Por el alma de M. de Alberdi

Una carta de Elgezabal

Juventud Vasca de Bilbao

Arana eta Erezuma'tar Toma Mirena

El señor Don Tomás M.ª de Arana y Erezuma (Q. E. P. D.)

(Hem. Municipal. Madrid.)



(Photo Research Int.)

La distinta realidad política de Vizcaya y Guipúzcoa se traduce en una muy diferente respuesta a la sublevación de julio. En Bilbao, la guardia civil patrulla junto al teatro Arriaga para mantener el orden republicano, que encuentra además respaldo político definitivo en la actitud favorable del Partido Nacionalista Vasco. En San Sebastián, los anarquistas se atrincheran en el barrio viejo de la ciudad y hacen frente al alzamiento del cuartel de Loyola. Poco después serán una importante fuerza combatiente en la defensa de la ciudad y de la frontera de Irún contra las columnas navarras mandadas por Alfonso Beorlegui. Abajo: canciones y letrillas populares, de vieja tradición española, cuya temática se inspira en los nuevos tiempos.

en favor de personas que se encontraban en peligro ante la violencia izquierdista, especialmente en favor de los sacerdotes de Asturias y Santander. Los dirigentes políticos católicos vascos prosiguieron apoyando a la República y, posteriormente, formaron parte de su gobierno. Sus relaciones con Madrid nunca fueron buenas; la distancia confundía los problemas ideológicos. Generalmente justificaban su actitud diciendo que no habían existido las cuatro condiciones que enumeraba Santo Tomás de Aquino como santificantes

Milicianos U. H. P.

Letra: de PEDRO SAÑUDO — Música: de JOSE MONTFERRER

Debe Vd. oirlo

Debe Vd. aprenderlo

Debe Vd. cantarlo

I

Vivan los bravos soldados
del pueblo, que con tesón
aplastarán la revuelta
del enemigo traidor.

En vosotros todo el pueblo
tiene mucho que admirar,
vuestro entusiasmo guerrero.
¡Viva el FRENTE POPULAR!

ESTRIBILLO

¡Tarari, tarari, tarari!
Somos milicianos,
vamos a vencer,
a la lucha, hermanos,
querer es poder.
Viva la República,
a ella nuestra fé,
Viva España libre,
U. H. P.

II

El mundo entero nos mira
y asombra nuestro valor.
¡A la lucha, milicianos!
contra el felón y el traidor.
La victoria está segura
a luchar hasta vencer,
que surja una España libre
como un nuevo amanecer.

(Arch. C. S. de Tejada.)

La trágica guerra civil en España

El diez y nueve de Julio
día triste para España
que estalló entre sus pueblos
una lucha encarnizada.

En todas las capitales
surgen trágicos sucesos
y en todas ellas cayeron
muchos heridos y muertos.

Pues los fascistas traidores
que a la fuerza quieren tomar
lo que no les corresponde
y eso no lo lograrán.

Con valor encarnizado
luchan por sus ideales
hermanos contra hermanos
y los hijos contra padres.

Salen fuerzas de obreros
guardias de asalto y soldados
que aplastan el movimiento
a tiros y cañonazos.

Esos fascistas rebeldes
que han desencadenado
esta guerra espantosa
que causa inmensos daños.

Por donde quiera que pasa
esa gente criminal
matan niños y mujeres
de una manera brutal.

En Guipúzcoa los obreros
luchan con gran lealtad
derrotando a los rebeldes
en esta lucha infernal.

En toda esta provincia
los rebeldes cometieron
crímenes y atentados
que causan dolor y miedo.

Pues en muchos caseríos
los rebeldes penetraron
y a los hombres que encontraron
con ellos se los llevaron.

Y a la fuerza les obligan
a tirar [illegible]
y a todo el que se negaba
en el momento era muerto.

Y a muchos les hacen decir
viva Cristo, viva España
y muchos dicen que viva
nuestra República amada.

Entonces los criminales
por las armas los pasaban
y al grito de libertad
caían antre sus garras.

Las gentes despavoridas
al monte marchan de prisa
pues los rebeldes al paso
matan a sangre fría.

(Arch. C. S. de Tejada.)


(Efe.)

BELARMINO TOMAS ALVAREZ
(Gijón, 1887 - México, 1950)

Dirigente obrero de familia humilde, empezó muy joven a trabajar como minero. Fue un autodidacta típico, tanto cultural como políticamente, destacando pronto por su intuición y flexibilidad. Protegido por Manuel Llaneza, patriarca del socialismo asturiano, fue concejal del ayuntamiento de Langreo, vocal de la Federación Internacional de Mineros, presidente del Sindicato Minero Asturiano, miembro del Comité Nacional de la UGT (Unión General de Trabajadores) y, en 1926, director de la mina San Vicente, propiedad del Sindicato Minero de Asturias.
Belarmino Tomás fue uno de los principales dirigentes obreros durante la revolución de 1934 y participó, el 18 de octubre de ese año, en el pacto con el general López Ochoa sobre las condiciones de rendición; entre ellas, que las tropas africanas no fueran las primeras en entrar en las cuencas, dominadas aún por los mineros.
Diputado del Frente Popular por Asturias al estallar la guerra civil, Belarmino Tomás volvió a ponerse al frente de los mineros que, el 3 de agosto de 1936, atacaron Oviedo. Después fue presidente del Consejo Soberano de Asturias y León, que incluso llegó a emitir papel moneda con su firma, billetes popularmente conocidos como «belarminos». Permaneció en Gijón hasta pocas horas antes de la entrada de las tropas nacionalistas, huyendo y reintegrándose posteriormente al territorio republicano. En 1938 fue nombrado Comisario General del Aire.
Tras la derrota republicana, se exilió a México, donde murió a los sesenta y tres años de edad.

de una rebelión contra el Estado, y que las últimas encíclicas papales habían indicado que la rebelión nunca era legal [54].

Santander y Asturias

A lo largo de la costa de Asturias, la situación era más compleja a causa de la resistencia de la guardia civil en el cuartel de Simancas, en Gijón, bajo la dirección del coronel Pinilla, y por la defensa de Oviedo que dirigió Aranda. Sin embargo, durante el sitio, las relaciones entre la UGT, la CNT y el Partido Comunista de Gijón se estrecharon aún más que en 1934. Al principio, el poder estaba repartido entre autoridades rivales: el comité de guerra de Gijón, presidido por Segundo Blanco, de la CNT, y el comité del Frente Popular de Sama, dirigido al principio por González Peña, el antiguo dirigente socialista de 1934, y, después, por otro socialista, Amador Fernández. Estas autoridades acabaron uniéndose. Belarmino Tomás, diputado socialista, se convirtió en gobernador de la provincia de Asturias, con poderes delegados por el gobierno central, como los que tenía (aunque con menos eficacia) Martínez Barrio en Valencia. Las importantes minas de carbón de Asturias estaban controladas por un consejo compuesto por un director, que representaba al Estado, varios técnicos, un director delegado y un secretario nombrados por el consejero de minas de Asturias, y tres trabajadores. El director no podía actuar sin la aprobación de los trabajadores [55]. Las operaciones del asedio contra Aranda se realizaban bajo la dirección de los líderes políticos. Gijón era bombardeado constantemente por el crucero nacionalista *Almirante Cervera*. Su población era pobre, recta y confiaba en el futuro. Un gran cartel representaba una España roja, desde cuyo centro un faro lanzaba un rayo de luz hacia Europa. El texto decía: «España iluminará al mundo. ¡Viva el Frente Popular de Asturias!» Por la noche, los altavoces inundaban las calles vacías de falsas buenas noticias procedentes de lejanos campos de batalla. Gijón, asomada al hosco Atlántico, daba la impresión de ser un soviet solitario entregado a sus propias fuerzas [56]. En cuanto a Santander, la ciudad era una inmensa fortaleza de la UGT, como era de esperar, dada su posición como único puerto de Castilla. Su comité de defensa, presidido por un tal Juan Ruiz, también actuaba con una independencia casi total del gobierno central de Madrid.

Desde el principio de la guerra civil, la táctica militar de estas regiones del norte que permanecieron leales a la República se vio perjudicada por la coexistencia de diferentes direcciones políticas. Tras unas cuantas semanas de guerra, lo único que tenían en común era la escasez de comida. Había cerveza, cigarrillos, queso y

[54] Véase la entrevista entre Manuel Irujo, el vasco que más tarde entró a formar parte del gobierno republicano, y el príncipe Huberto de Loewenstein (Hubertus von Loewenstein, *A Catholic in Republican Spain* [Londres, 1937], pp. 90-104).

[55] Véase Jellinek (p. 300) y Koltsov (p. 127), describiendo su visita a Gijón, un poco más tarde; véase también Lorenzo, p. 172; y Fernando Solano Palacio, *La tragedia del norte* (Barcelona, 1938).

[56] Jellinek, p. 415. Escrita desde el punto de vista marxista, esta publicación del Club del Libro de Izquierdas es valiosísima por el detallado análisis social y económico que hace de la vida en la República. Jellinek era corresponsal del *Manchester Guardian* en España.

algo de pescado, pero poco que comer. La figura simbólica del norte de España a fines de 1936 era el habitante de Gijón conocido como «el hombre al que temen los gatos». Podía abalanzarse sobre un gato que estuviera a veinte metros de distancia. Y aquella noche, en el menú de la cena había conejo [57].

En cuanto a las antiguas fronteras de la España republicana, la huida o el asesinato de muchos carabineros fue la causa de que el control de las fronteras pasara a manos de los comités locales. Algunas aduanas fueron regidas por los antiguos funcionarios, bajo el control de los nuevos comités. Así pues, a pesar de las reclamaciones formales del gobierno catalán, los tres principales puntos de

[57] Jellinek, en una conversación sostenida en Ginebra en 1960.



(Serv. Histórico Militar.)

Arturo Reque Meruvia, más conocido por su firma artística de Kemer, es un pintor boliviano, nacido en Cochabamba, que en 1936 trabaja en Madrid. Milita con sus pinceles junto a los nacionales, y ofrece una producción de guerra abundante, entre la cual destaca una numerosa colección de acuarelas dedicadas a temas de la lucha. En este caso se trata de una reconstrucción del cerco y ataques al cuartel de Simancas, en Gijón.



(Keystone.)

Fotografía del asedio de Oviedo. La ciudad, en cuyo centro destaca la silueta de la catedral, se encuentra al alcance de un tiro de fusil de los sitiadores, pero el coronel Aranda, con buen despliegue defensivo, resiste.

control de la frontera catalana con Francia estaban en manos de la CNT; en particular el de Puigcerdá, en manos de su alcalde anarquista, Antonio Martín, «el cojo de Málaga», que rigió la frontera como si fuera una propiedad privada suya, hasta que fue asesinado por los comunistas en abril de 1937 [58].

Azaña, desbordado

Desbordado por acontecimientos que le llenan de amargura, el presidente Azaña permanecerá marginado como figura política durante la guerra. Su fértil pensamiento quedará, sin embargo, registrado en cientos de páginas, de lectura vedada a los españoles por muchos años.



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

El presidente Azaña, que hizo un llamamiento público por Radio Nacional, el 23 de julio, pidiendo a los españoles que apoyaran a la República, no a la revolución, condenó más tarde amargamente a los «revolucionarios», como los llamaba él, poniendo sus palabras en boca de «Garcés», uno de los personajes de su famoso diálogo imaginario *La velada en Benicarló:* «¿Dónde está la solidaridad nacional? No se ha visto por parte alguna. La casa comenzó a arder por el tejado, y los vecinos, en lugar de acudir todos a apagar el fuego, se han dedicado a saquearse los unos a los otros y a llevarse cada cual lo que podía. Una de las cosas más miserables de estos sucesos ha sido la disociación general, el asalto al Estado» [59]. Sin embargo, lo malo era que la casa se estaba hundiendo y, durante las semanas anteriores, Azaña y Casares Quiroga habían sido unos guardianes excesivamente optimistas. Durante el resto de la guerra, Azaña se comportó como un pasivo hombre de letras, pese a continuar siendo presidente, y cultivó, a menudo muy importunamente, la serenidad de Montaigne en su *château* mientras ardía el país. Era ya un hombre muy diferente del orador altivo, escéptico y contundente de 1931 [60].

[58] «El cojo de Málaga» merece una cuidadosa investigación. Con la misma independencia actuaron Ruca en Portbou y André Lerghaf y Sagaró en Le Perthus.

[59] *La velada en Benicarló* (en *Obras,* vol. III), p. 426; el discurso del 23 de julio está en el mismo libro, pp. 607-609.

[60] El jefe de la casa militar de Azaña en 1936, comandante Casado, que desempeñaría un papel decisivo en las últimas semanas de la guerra civil y que compartía los puntos de vista políticos de Azaña, al final atribuyó directamente a éste la culpa del estallido de la guerra civil: «Desacreditar, ofender y despreciar al ejército [...] para ganarse el aplauso de las masas» fue una locura y una provocación (véase Casado, *Así cayó Madrid* [Madrid, 1967], p. 157).

19

La primera campaña

Hacia el 22 de julio, ya se podía decir que en España había guerra, y no una simple rebelión y la resistencia contra ella. En todas partes, el alborozo que había seguido a la derrota (o a la victoria) del alzamiento dio paso al miedo a los ejércitos que estaban avanzando contra la fiesta revolucionaria de las izquierdas o de las derechas. Las milicias de los sindicatos y los partidos, hasta en las ciudades más pequeñas, empezaron a considerarse soldados, además de luchadores callejeros, al mismo nivel que la policía, la guardia de asalto o el ejército regular. Asimismo, los generales organizaron columnas según el modelo que habían utilizado en las guerras de Marruecos, para rematar la destrucción de la revolución; o, al menos, esto es lo que ellos esperaban y suponían. Así pues, el mismo 19 de julio, Mola envió a su ayudante, el coronel andaluz García Escámez, hacia el sur con 1.000 hombres, en su mayoría voluntarios, y con dos compañías de requetés y una de falangistas, con el fin de liberar Guadalajara. Tal vez lo habría conseguido si no se hubiera detenido para asegurar la victoria del alzamiento en Logroño, donde el gobernador militar no había querido comprometerse. Mola tenía vehículos, gasolina y hombres, pero pocas municiones: si quería ganar, tenía que actuar con rapidez. Pero, cuando esta primera fuerza de ataque de la guerra llegó a treinta kilómetros de Guadalajara, se encontró con que la ciudad había caído ya en manos de las milicias y el ejército regular de Madrid. De manera que García Escámez se retiró a la vertiente norte del puerto de Somosierra, que atraviesa el Guadarrama y constituye la más oriental de las entradas del norte de Madrid. Aquí, un grupo de jóvenes monárquicos de Madrid, dirigidos por los hermanos Miralles, llevaban defendiendo el túnel del ferrocarril para los nacionalistas desde el

Después de haber sometido Alcalá de Henares y Guadalajara a la obediencia del gobierno, el coronel Puigdendolas es nombrado jefe militar de Badajoz y sustituido en el mando de la columna que opera en la provincia de Guadalajara por el coronel Francisco Jiménez Orge. Con este jefe, la columna de soldados, guardias y milicianos madrileños, adopta una táctica defensiva, desplegada a la altura del kilómetro 110 de la carretera nacional Madrid-Barcelona. En realidad, sólo el grupo miliciano, mayoritariamente anarquista, parece tener alguna capacidad ofensiva llevando a cabo incursiones a lo largo y ancho de la Alcarria. Aprovechando esta pasividad, las tropas que bajan de Zaragoza ocupan Arcos de Jalón, Medinaceli y el nudo de comunicaciones que enlaza Soria, Zaragoza y Teruel. En la fotografía, soldados de la columna Jiménez Orge toman su rancho bajo el sol del verano alcarreño.



(Arch. B. M. Patino.)

19 de julio [1]. Y ahora avanzaban contra ellos las fuerzas republicanas que antes habían tomado Guadalajara.

En el noroeste de Madrid, a medianoche del 21 de julio, una columna mixta de soldados y falangistas, formada por unos doscientos o trescientos hombres, y dirigida por el coronel Serrador (uno de los conspiradores de 1932), salió de Valladolid en dirección hacia Madrid, también vía Guadarrama, en medio de escenas de indescriptible entusiasmo. Se dirigieron al puerto conocido con el nombre de Alto del León. Esta fuerza iba acompañada por Onésimo Redondo, el fundador de las JONS en Valladolid, liberado recientemente de la cárcel de Avila, y por otro joven dirigente falangista que más tarde adquiriría importancia: José Antonio Girón. El Alto del León había sido ocupado por un contingente de milicianos de Madrid. Los rebeldes se dieron cuenta de la importancia que tenía para ellos mantener a sus enemigos más allá de aquel punto. Estos dos puertos, críticos para la defensa de Madrid, fueron conquistados por los rebeldes el 22 y el 25 de julio, respectiva-

[1] Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España* (Madrid, 1940), pp. 113-114. Entre estos jóvenes monárquicos estaba el dirigente constitucionalista de épocas posteriores Joaquín Satrústegui.

Una columna mandada por el coronel Serrador, sale de Valladolid el día 22 a las dos de la mañana y avanza hacia Madrid por la carretera de La Coruña. La fotografía nos la presenta en los primeros repechos de la subida al Alto del León, en Guadarrama. Los soldados, los falangistas y las dos baterías de Serrador desalojarán del puerto a las fuerzas madrileñas que lo han ocupado. Estas se retirarán en desbandada, sólo contenida en el cercano pueblo de Guadarrama, donde podrán reorganizarse poco después.

(Arch. Ya.)





(Arch. B. M. Patino.)



00048

Telegrama Oficial — Gabinete Telegráfico

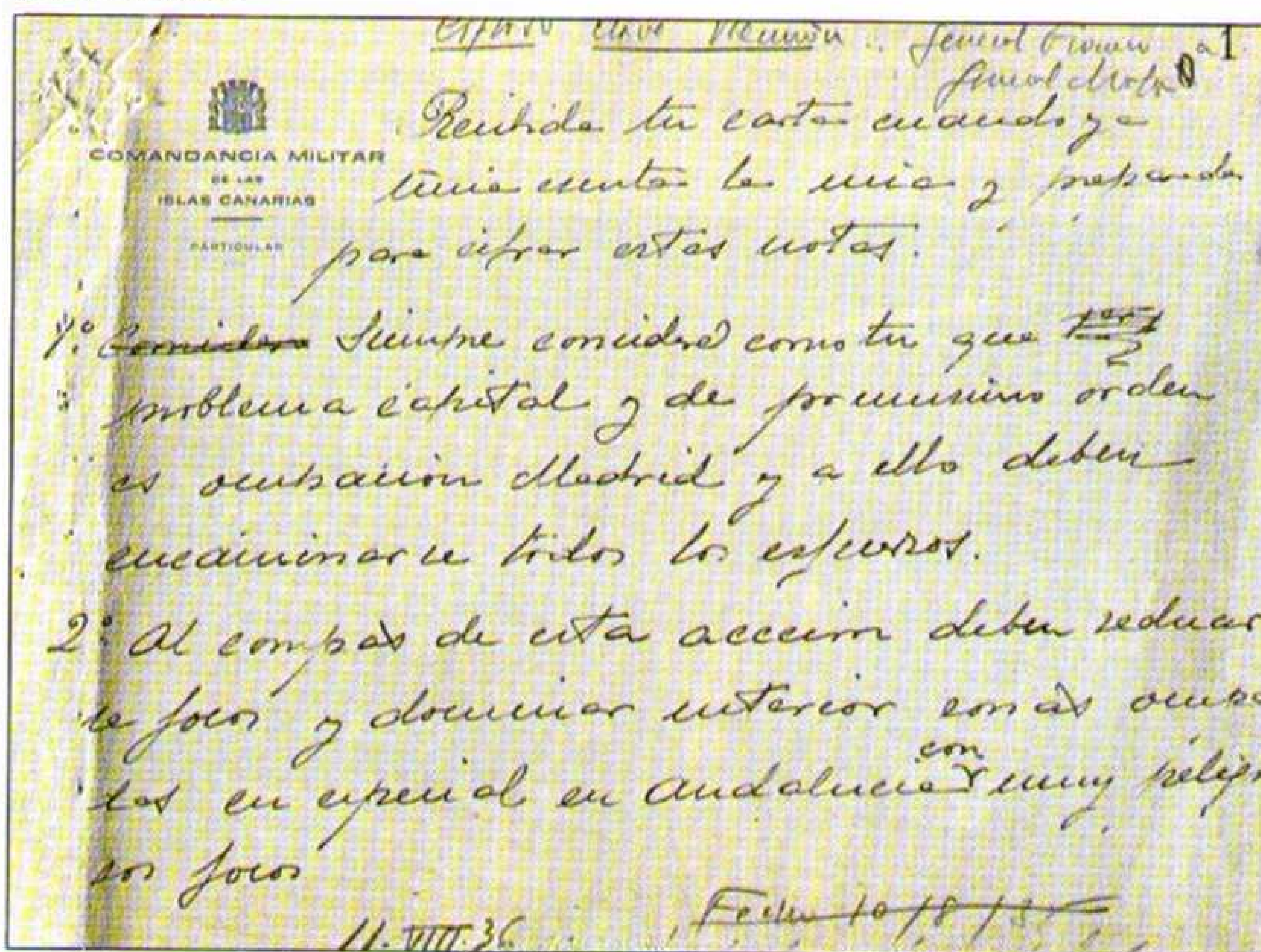
11-8-36

Para ... de Ministerio Guerra

comunicado

(Serv. Histórico Militar.)

Miembros de la heterogénea columna madrileña que ocupa el pueblo de Guadarrama descansan en la terraza de un bar, donde, hasta hace pocos días, la clase media veraneante disfrutaba de su ocio. Guadarrama se convierte en el cuartel general de la batalla por el Alto del León, reducida en realidad a una pugna en unos cuantos centenares de metros a izquierda y derecha de la carretera general. El principal recurso táctico es el solicitar de Madrid refuerzos y, sobre todo, apoyo aéreo.



COMANDANCIA MILITAR DE LAS ISLAS CANARIAS

PARTICULAR

General Franco a General Mola

Recibida tu carta cuando ya tenía cursada la mía y preparada para cifrar estas notas.

1º ~~Considera~~ Siempre consideré como tú que problema capital y de preeminente orden es ocupación Madrid y a ello deben encaminarse todos los esfuerzos.

2º Al compás de esta acción deben reducirse focos y dominar interior zonas ocupadas en especial en Andalucía con muy peligrosos focos.

11-VIII-36 Fecha 10/8/36

(Serv. Histórico Militar.)

Las noticias que el general Mola recibe sobre la marcha de sus columnas resultan poco alentadoras a lo largo de la semana que empezó el lunes 20 de julio. Del sur de España le llegan ecos de mayores éxitos, que permiten concebir esperanzas. La carta de la izquierda es autógrafa del general Franco, quien utiliza todavía el papel con membrete de su cargo en Canarias.

mente. Después, la escasez de municiones obligó a Mola a detenerse. Durante los días siguientes, esta escasez le llevó a una situación desesperada, y sólo pudo resistir gracias a un envío especial que le hizo llegar Franco.

Las batallas de Guipúzcoa, Aragón y Guadarrama

Al mismo tiempo, Mola también había enviado otras tres columnas desde Pamplona, bajo el mando de los coroneles Beorlegui, Latorre

y Cayuela, compuestas de requetés, falangistas y soldados (con predominio de voluntarios), en dirección hacia las provincias vascas. Estas tropas estaban integradas por 3.430 hombres [2], y partieron «en una atmósfera más de fiesta que de guerra». Además, 1.200 carlistas salieron de Pamplona en dirección a Zaragoza. Su presencia permitió a los nacionalistas realizar varias expediciones de castigo contra pueblos aragoneses circundantes. No se pensó en una ofensiva general contra Barcelona. En cambio, de Barcelona salieron dos columnas para «liberar» Zaragoza. Fueron seguidas de otras en todo el frente del este. En los primeros días de la guerra, quizá salieron 20.000 hombres de Barcelona hacia el frente, algunos en tren, ya que no tardaron en poder utilizarse las líneas de ferrocarril, bajo el control de los trabajadores [3]. La primera columna, de 2.500 anarquistas, iba encabezada por Durruti, al cual el éxito de la revolución había infundido confianza en sí mismo y sueños de grandeza. Esta columna salió el 24 de julio en medio de tal excita-

Soldados como los que aparecen en la fotografía desfilando por Barcelona escasean en los efectivos de las columnas que atacan en el sector Huesca-Zaragoza. La mayor parte de las unidades acantonadas en Cataluña participaron en la sublevación y casi todas fueron disueltas, aun cuando algunos de aquellos soldados licenciados se incorporarían a las columnas coordinadas por el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña. La agrupación militar más importante que participa en el despliegue es la media brigada de montaña, mandada por el coronel José Villalba Rubio, quien, con sus tropas, se dirige desde Barbastro, sede de su puesto de mando, hacia la conquista, nunca conseguida, de Huesca.

[2] Aznar, p. 128: Cruzada, XIII, pp. 529-530. La columna de Beorlegui, de 2.000 hombres, estaba formada por tres compañías del regimiento (regular) de América; una sección de guardias de asalto; dos centurias de requetés; cuatro compañías de requetés; dos tercios de Falange; la sección de ametralladoras (regular); la sección de morteros; y una batería del 105. Cayuela tenía 830 hombres, y Latorre 600. Durante la primera semana de lucha, en Pamplona se organizaron once columnas que tenían de 200 a 2.000 hombres cada una. Siete salieron para Guipúzcoa y cuatro para Madrid. (La Cierva, en Carr, *The Republic*, p. 196.) ¿Quiénes eran estos antirrevolucionarios españoles? Eran los campesinos propietarios de Navarra, los hijos de la burguesía de Pamplona y Estella, y sin duda, también había hijos de las clases trabajadoras de la región. Véase también Del Burgo, p. 23, y Redondo y Zavala, p. 417.


(Centelles. Barcelona.)



(Efe.)

ción que no se dieron cuenta de que se habían olvidado los abastecimientos más esenciales hasta dos horas después de haber abandonado Barcelona. Así fue como (tal como decía una hoja de propaganda) «``El Hombre Libre'' se lanzó a la lucha contra la Hiena fascista de Zaragoza». Los asesores militares de Durruti eran el comandante Pérez Farrás (uno de los héroes de 1934) y un ex sargento, José Manzana. Manzana se dedicó a las cuestiones de equipamiento y a animar a otros suboficiales a que ingresaran en las milicias [4]. Todas las columnas que salieron de Barcelona tan valerosamente tenían un componente político: anarquista, catalán o *Esquerra*, POUM, socialista y comunista, generalmente combinados. Famosos anarquistas de los últimos veinte años, renombrados por sus asombrosos delitos, salían ahora para el frente en calidad de jefes. Además de Durruti, estaban, por ejemplo, sus antiguos camaradas de los «solidarios»: Domingo Ascaso (hermano de Francisco, el que acababa de morir), Gregorio Jover, García Vivancos y Antonio Ortiz, mientras que García Oliver se quedó en Barcelona para actuar como animador de todas las columnas. Otro de los «solidarios», Ricardo Sanz, organizó la instrucción de los milicianos anarquistas en el cuartel de Pedralbes [5]. En las columnas también había soldados del ejército regular: quizá 2.000 del total de 20.000 hombres que salieron de Cataluña hacia Aragón en aquellos momentos tan impetuosos.

A primeros de agosto, las posiciones más avanzadas de la República se encontraban en Tardienta (cuartel general de 1.500 hom-

[3] Peirats dice que se presentaron 150.000 voluntarios (vol. II, p. 135). Seguramente es una exageración. Sanz habla de 20.000 (p. 83), y véase también coronel Martínez Bande, *La invasión de Aragón* (Madrid, 1970), p. 276. ¿Quiénes eran? En primer lugar, anarquistas; después, miembros de otros partidos. Probablemente muchos se apuntaron, pero marcharon menos, y se quedaron aún menos.

[4] Paz, pp. 331 y 340. Allí se describe la organización de la columna. Básicamente, la unidad era la centuria de cien hombres.

[5] Sobre Ricardo Sanz, véase su obra *Los que fuimos a Madrid* (Golfech, 1969).

BUENAVENTURA DURRUTI (León, 1896-Madrid, 1936)

El hombre que llegaría a ser una figura mítica del anarquismo español nació en León y era hijo de un ferroviario socialista. Comenzó a trabajar en el ferrocarril a los catorce años, y conoció su primer exilio en Francia tras la huelga general revolucionaria de 1917. No volvió hasta 1920. En Barcelona, junto con los hermanos Ascaso, García Oliver, Jover y otros anarquistas, formó el grupo «Los Solidarios», vinculado a la FAI (Federación Anarquista Ibérica), grupo que preparó un frustrado atentado contra Alfonso XIII, participó en el atraco del Banco de España de Gijón y en el asesinato del cardenal Soldevilla (junio de 1923), a raíz del cual Durruti huyó a Argentina, donde organizó sindicatos anarquistas y pronto se vio perseguido.

Durruti pasó la República desterrado o preso en España. En 1932 fue deportado a Bata por su participación en la sublevación anarquista del Alto Llobregat. Fue detenido en 1933 y, tras la revolución de octubre, en 1934. La victoria electoral del Frente Popular le sacó del penal del Puerto de Santa María. En julio de 1936 fue uno de los más caracterizados dirigentes de las masas cenetistas que contribuyeron a abortar la sublevación militar en Barcelona. Inmediatamente salió al mando de las columnas que partieron hacia Zaragoza con la pretensión de tomar la ciudad. A su paso se fue extendiendo por tierras aragonesas el comunismo libertario, tan discutido como experiencia social.

En noviembre de 1936, convencido por García Oliver y Federica Montseny, acudió a la defensa de Madrid al frente de su columna —unos tres mil hombres—, a la que se encomendó la defensa de un sector de la Ciudad Universitaria, y que no logró impedir que el Hospital Clínico cayese en manos del enemigo. Los nacionalistas seguían en el Clínico el 19 de noviembre. Esa tarde, Durruti resultó mortalmente herido en circunstancias no aclaradas. Su cadáver fue trasladado a Barcelona, y en su entierro participaron más de doscientas mil personas. Al morir, sus pertenencias personales se reducían a una muda, dos pistolas, unas gafas de sol y unos prismáticos. Su fama de incorruptible, su vida de activista y las dudas que suscita su muerte, hicieron que la figura de Durruti se convirtiera pronto en un mito que, de alguna manera, ha logrado resistir el paso del obligado silencio y de los años.


(Centelles. Barcelona.)


(Centelles. Barcelona.)

bres de una columna del PSUC) y Siétamo, tomado por la guarnición leal de Barbastro: ambas cerca de Huesca. La principal columna del POUM, de 2.000 hombres, tenía su cuartel general en Leciñena, en la sierra de Alcubierre, al nordeste de Zaragoza. Los anarquistas de Durruti se establecieron a lo largo del Ebro, en Osera y Pina. En Montalbán, al sur, el carpintero Ortiz era el jefe de un grupo heterogéneo en el que predominaban los anarquistas. La columna de Durruti, que aumentó hasta llegar a los 6.000 hombres, aproximadamente, era la más formidable de estas fuerzas, y había avanzado hasta llegar a una distancia de Zaragoza notablemente reducida, pasando por Caspe, Fraga y Peñalba, hasta alcanzar Bujaraloz. Aquí, el coronel Villalba, jefe de la guarnición de Barbastro, que ahora tenía el mando oficial, aunque vago, de todo el frente, convenció a Durruti para que se detuviera, por miedo a que pudiera quedar aislado; y allí permaneció la columna, con Zaragoza a su alcance, durante dieciocho meses más, mientras las luces de la ciudad titilaban de forma exasperante por las noches «como las portillas de un gran transatlántico», como diría más tarde George Orwell [6]. Probablemente el consejo de Villalba fue un error; las líneas nacionalistas no podrían haber resistido más que

[6] George Orwell, *Homage to Catalonia* (Londres, 1938), p. 38.





(Arch. C. S. de Tejada.)

La columna Durruti, que sale de Barcelona el 23 de julio, se detiene en Lérida, pasa por Fraga y consigue su primer triunfo en Bujaraloz el 2 de agosto; allí instala Buenaventura Durruti su puesto de mando. En el siguiente avance conquista Pina y Osera, acercándose hasta tener Zaragoza casi a la vista. Parapetados a menos de veinte kilómetros de la ciudad, inician una guerra de posiciones en la que nadie pensaba al salir de Barcelona.

con 10.000 hombres, como mucho, y los anarquistas y republicanos eran el doble. Además, las armas de la revolución debían de ser superiores; en Barcelona había por lo menos 100.000 fusiles y unas 150 piezas de artillería [7]. Sin embargo, la 5.ª División regular de Zaragoza era todavía una fuerza de combate organizada, mientras que la antigua 4.ª División de Barcelona se había desintegrado. El frente consistía en una posición avanzada, y en parte fortificada, en un terreno elevado, con unos trescientos hombres en el pueblo que hubiera detrás. Este grupo, que contaba con unas seis piezas de artillería ligera de campaña y dos obuses, tenía un contacto escaso o nulo con la columna del pueblo siguiente, o de la colina siguiente. Desconocedores de la guerra, la disciplina y hasta la geografía, los anarquistas se mostraban reacios a admitir que para las batallas era necesaria la organización. De manera que reinaba la confusión. En todos los pueblos por donde pasaron las milicias de

[7] Véase Sanz, p. 123, y R. Salas, vol. I, p. 329. En agosto, en Aragón había unos 18.000 milicianos, aproximadamente. Pero puede que muchos de ellos fueran antiguos soldados. En Zaragoza, los nacionalistas tenían probablemente 4.000 hombres en el ejército, unas 18 compañías de guardias civiles y carabineros, alrededor de 1.500 carlistas, unos 2.000 falangistas, y quizá 1.000 voluntarios más en la primera semana. El 22 de agosto, en el frente que iba desde los Pirineos hasta Teruel había unos 14.000 hombres en el lado nacionalista (Martínez Bande, p. 98).

Barcelona, sin embargo, echaron una mano a la revolución. Así, el pueblo de Lérida había decidido salvar su catedral de las llamas. Pero Durruti no tardó en poner fin a aquel comportamiento tan tibio. Y la catedral fue quemada. La violencia de Durruti le atrajo los odios de los campesinos de Pina [8], aunque, en algunos otros lugares, hubo incluso monárquicos que atestiguaron que el dirigente anarquista fue un hombre tolerante [9]. Al parecer, el único lugar en que se entabló una seria lucha fue Caspe, donde el jefe de la guardia civil, capitán Negrete, resistió desesperadamente durante muchas horas [10]. Durruti no disimulaba sus expectativas revolucionarias: «Es posible —dijo al periodista ruso Koltsov, en su cuartel general, instalado en una casa de campo abandonada entre

[8] Borkenau, p. 109.

[9] La cuestión es analizada por Jackson, p. 292; Paz, p. 337, y Lorenzo, pp. 146-147, y yo mismo he recibido opiniones muy diversas en Zaragoza.

[10] Véase una descripción feroz de este combate en Sebastián Cirac Estopañán, *Héroes y mártires de Caspe* (Zaragoza, 1939).

De los cientos de miles de entusiastas que llenan las calles de Barcelona cuando parten las columnas, sólo unos pocos millares llegan realmente a tomar contacto con el enemigo. Gran parte de las armas disponibles en Cataluña quedan también en la retaguardia, y el suministro de municiones no estará nunca plenamente asegurado. En la fotografía, jóvenes soldados rodean a un periodista antes de entrar en fuego por vez primera.



(Arch. C. S. de Tejada.)



(Col. J. M. Armero.)

En el frente de Aragón, los sublevados han de padecer una evidente inferioridad aérea durante las primeras cuatro semanas de combate, producida por el desigual reparto de aparatos entre ambos bandos. Por otra parte, la mitificada figura del teniente coronel Díaz Sandino, conceller de Defensa *del gobierno de la* Generalitat, *aumenta la confianza de los combatientes republicanos en el poder aéreo propio.*

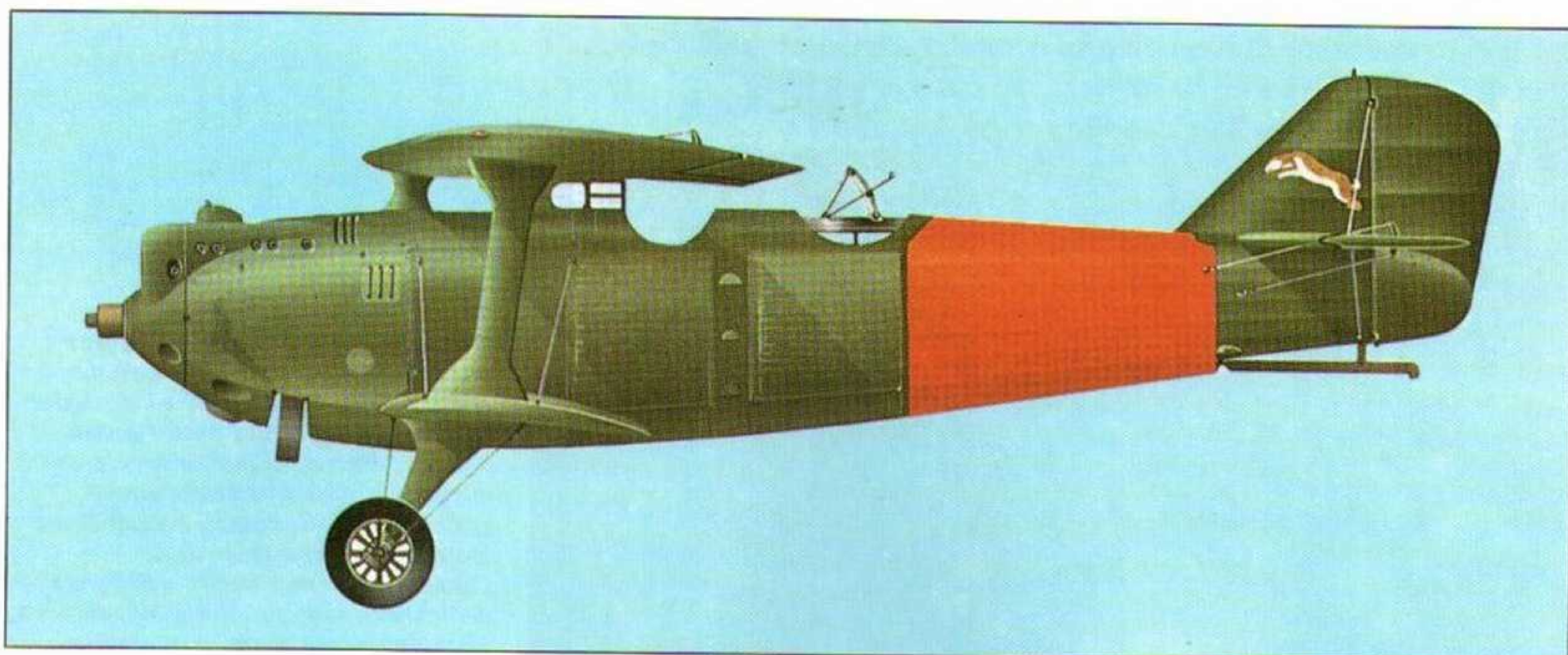
Bujaraloz y Pina— que tan sólo un centenar de los nuestros sobreviva, pero este centenar entrará en Zaragoza, aplastará al fascismo, levantará la bandera de los anarcosindicalistas, y proclamará el comunismo libertario... Yo seré el primero en entrar en Zaragoza, proclamaré allí la comuna libre. No nos subordinaremos ni a Madrid ni a Barcelona, ni a Azaña ni a Giral ni a Companys ni a Casanovas. Si quieren, que vivan en paz con nosotros; si no quieren, nos plantaremos en Madrid [...]. Os mostraremos *a vosotros,* bolcheviques rusos y españoles, cómo se hace la revolución» [11].
La estructura del mando era vaga: teóricamente, la autoridad máxima era el consejero de Defensa del gobierno catalán, coronel Díaz Sandino; pero el verdadero organizador militar de Barcelona era García Oliver. La autoridad del coronel Villalba no llegaba muy lejos. Los jefes de las columnas asistían a las reuniones de la *Delegació del Front d'Aragó,* o se hacían representar en ellas, junto con algunos oficiales del ejército regular, pero esto no era eficaz. No se enviaban informes a Madrid; y la dirección táctica era nula.
En el otro bando, los nacionalistas estaban instalados en posiciones similares, aunque sus oficiales mantenían la disciplina militar. Los requetés y los falangistas, encabezados por Jesús Muro, el jefe territorial local, estaban poseídos de una furia tan grande como la de sus enemigos. Y aún se enfurecieron más cuando un bombardero republicano solitario lanzó una bomba que cayó sobre la famosa efigie de la Virgen del Pilar, de Zaragoza, pero no explotó [12]. No era simplemente un ultraje religioso: la Virgen había sido nombrada solemnemente capitán general de la ciudad. La aviación tuvo un papel modesto en estas escaramuzas: de vez en cuando, un Fokker, un Nieuport o un Breguet republicano entraba en conflicto con un aparato nacionalista del mismo tipo, lo cual apenas si afectaba a la lucha, pero sembraba la alarma.
En el centro de España se estaba desarrollando un drama diferente.

Probablemente, el bombardeo de Zaragoza del día 3 de agosto —sin consecuencias, porque las bombas arrojadas no hicieron explosión—, hubiera pasado inadvertido sin el hábil aprovechamiento del suceso por la propaganda, un tanto ingenua, que trataba de apuntalar la moral de los habitantes de aquella ciudad amenazada.



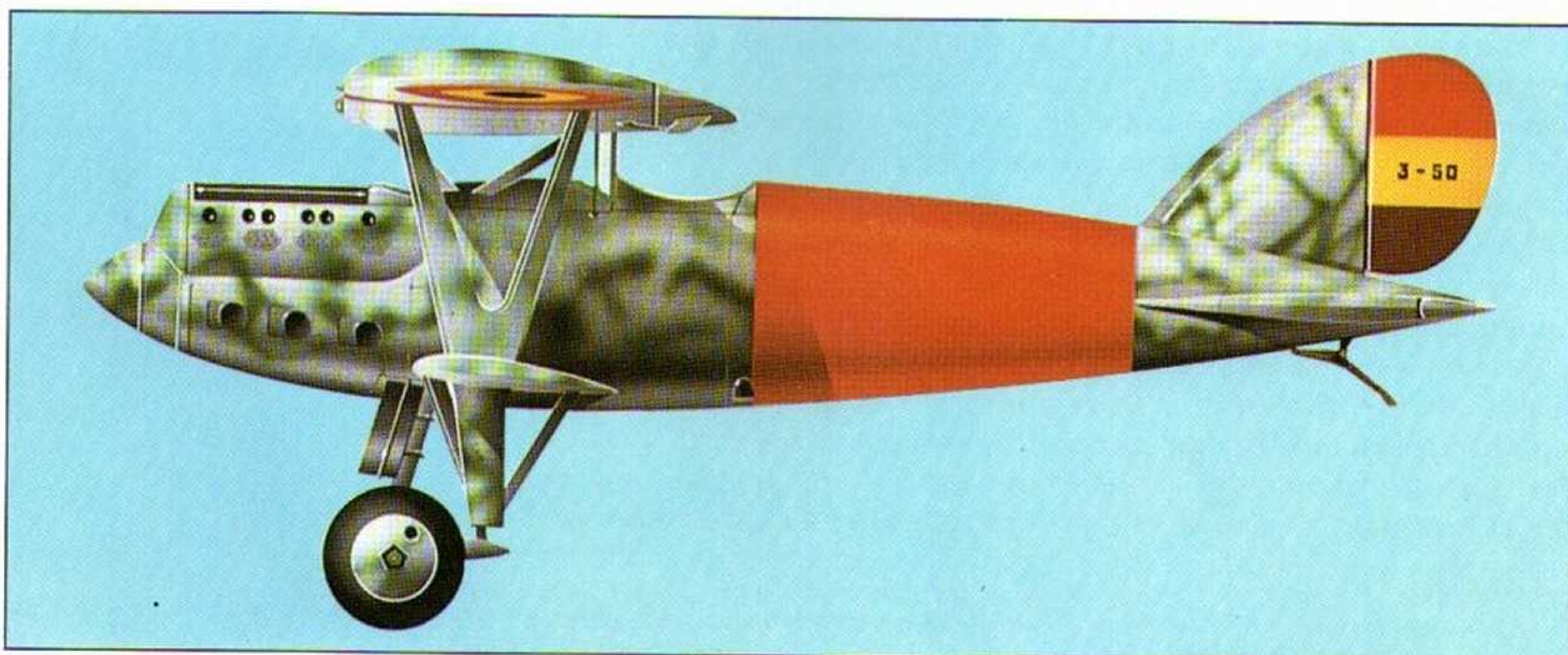
(Col. J. M. Armero.)

[11] Koltsov, p. 29. Véase esta entrevista analizada en Paz, pp. 362-363.
[12] Yo vi esta bomba, todavía sin explotar, sobre la chimenea de la biblioteca de Fal Conde en Sevilla, en 1960.


(Pilot Press.)

Los aparatos de reconocimiento y bombardeo Breguet XIX *(dibujo superior), junto con los cazas* Nieuport 52 *(dibujo inferior), ambos fabricados en España, son los aviones militares más abundantes en la preguerra, y ellos librarán los primeros combates aéreos en julio y agosto de 1936. Los Breguet de los grupos de León, Sevilla, Logroño y de las escuadrillas africanas apoyarán los avances rebeldes, en tanto que el gobierno contará con el grupo de Getafe y las escuadrillas de instrucción de Cuatro Vientos y Los Alcázares. Por otra parte, de los 60 Nieuport, 50 se encuentran en los aeródromos leales a la República.*

Para enfrentarse a las arremetidas que lanzaba Mola desde las sierras, la República y la revolución contaban con los restos del ejército regular y con las milicias, en difícil ensamblaje, y bajo la dirección, también difícil, de un ministerio de la Guerra lleno de oficiales radicales, asistidos por algunos otros de sentimientos neutros, o incluso secretamente desleales. Muchos militares se mantuvieron oficialmente leales a la República, incluidos numerosos generales, y dos jefes de división (en la zona republicana quedaba otro, que sería destituido). De los oficiales leales a la República, probablemente la mitad consideraban que el hecho accidental de encontrarse en territorio republicano en el momento del alzamiento les obligaba a ser leales al gobierno. Otros se habían convertido en hombres de izquierdas, socialistas, republicanos, o incluso comunistas. Algunos simpatizaban con los anarquistas. Indudablemente, la politización de España había afectado al ejército. Entre los que probablemente apoyaron al gobierno más por la fuerza de las circunstancias que por convicción se encontraba el bonachón general Miaja, jefe de la brigada de infantería de Madrid. Otros se sentían



(Pilot Press.)

obligados a defender la República a causa del juramento de fidelidad que le habían prestado, por ejemplo, el comandante Vicente Rojo. El coronel Hernández Sarabia, un republicano que había sido jefe de la casa militar de Azaña en 1932, hacía de coordinador general del ministro de la Guerra, general Castelló, con el comandante Menéndez como ayudante. Debido a la creciente melancolía de Castelló ante el curso de los acontecimientos [13], Hernández Sarabia se convirtió en el ministro de la Guerra de hecho (y obtuvo el nombramiento oficial a primeros de agosto). El general Riquelme, que había participado en una famosa conspiración contra Primo de Rivera en 1926, tenía el mando de las tropas de Madrid, e intentó controlar las fuerzas de milicianos nombrando a oficiales regulares leales para que las dirigieran o, como mínimo, asesoraran a sus jefes. Los dos hermanos Galán, Francisco y José María, teniente de la guardia civil el uno y de carabineros el otro, ambos comunistas, y hermanos del «héroe de Jaca», mandaban las milicias que se dirigieron hacia Somosierra, al lado de miembros destacados de la CNT de Madrid, como Cipriano Mera o Teodoro Mora.

Otra columna avanzó en dirección a Avila, para cortar las comunicaciones de aquella ciudad con el paso del Alto del León. Esta iba dirigida por el coronel Mangada, el excéntrico oficial poeta (vegetariano, nudista y teósofo), famoso en el ejército por su radicalismo. Aunque conquistó varios pueblos donde la guardia civil se había declarado a favor de los nacionalistas, Mangada no pasó de Navalperal, a veinte kilómetros de su objetivo, ya que, a pesar de su popularidad, temía perder la comunicación con Madrid. Los nacionalistas explicaron el hecho de que no avanzara contra la ciudad de Santa Teresa, que estaba muy pobremente defendida, diciendo que


(Alfonso. Madrid.)

El general Luis Castelló Pantoja desempeña el cargo de ministro de la Guerra en el gobierno Giral hasta el 7 de agosto. Agotado por lo confuso de la situación y desbordado por los acontecimientos, sufre una depresión nerviosa, se refugia en la embajada francesa y poco después consigue ser evacuado a Francia. Como ministro aparece en la fotografía (derecha) de visita al frente de Guadarrama. Charlando con él, el general José Riquelme (izquierda), jefe de la 1.ª División en este momento.


(Arch. B. M. Palmo.)

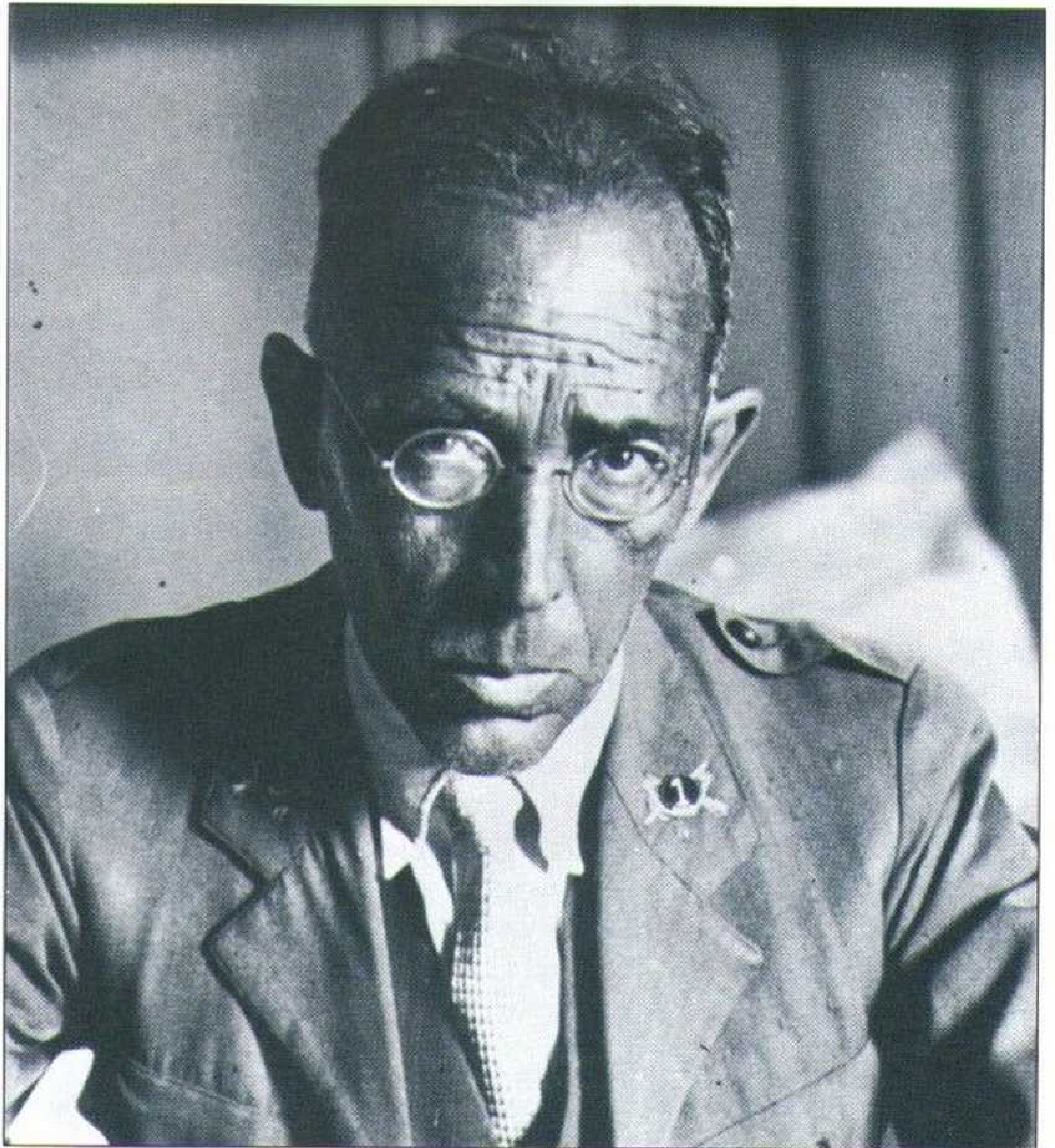
El artillero Juan Hernández Saravia, teniente coronel y amigo de Manuel Azaña, ministro desde el 7 de agosto, intenta controlar desde el palacio de Buenavista los recursos militares disponibles para detener el despliegue contra Madrid que dirige Mola desde Burgos. La caricatura se publicó en el periódico Mundo Gráfico *en agosto de 1936.*

[13] Muy pronto cayó en la depresión y Hernández Sarabia le sucedió (el 6 de agosto). Sus problemas psíquicos se acrecentaron con la muerte de su hermano José en Extremadura, a manos de los anarquistas (Sánchez del Arco, p. 65).

la santa se había aparecido a Mangada y le había engañado diciéndole que Avila estaba «llena de hombres armados». A pesar de todo, el avance de Mangada fue suficiente para que sus hombres lo llevaran en paseo triunfal por Madrid hasta la Puerta del Sol y lo elevaran al rango de general. Se había enfrentado con una fuerza dirigida brutalmente, aunque de forma incompetente, por el comandante Lisardo Doval, y el fracaso de Doval dio a Mangada una reputación que no merecía [14].

Entretanto, las batallas del Alto del León y Somosierra, los primeros auténticos encuentros de la guerra civil, se libraban con ferocidad extraordinaria. La República jugaba con ventaja, porque, aunque el número de hombres de ambos bandos debía de ser equivalente, contaba con los tres regimientos de artillería de Madrid, y su proximidad a esta ciudad le daba superioridad logística. Tenían unos 100.000 fusiles y la superioridad aérea. El gobierno, mediante un decreto oficial, había eximido a todos los soldados de su deber de obedecer a sus oficiales (contribuyendo así a dejar a los oficiales

[14] Antonio Cordón, *Trayectoria* (París, 1971), p. 242. El carácter carnavalesco de la famosa columna de Mangada, con un ejército de parásitos de los cafés de Madrid (prostitutas incluidas), le daba la apariencia de una fuerza de la Edad Media más que del siglo XX. Su mujer estaba constantemente importunando al ministerio, en Madrid, pidiendo plumas, impermeables y hasta silbatos.



Los acontecimientos acentúan el aspecto excéntrico del teniente coronel Julio Mangada Rosenorn, antiguo defensor en el consejo de guerra a los dirigentes de la huelga general de 1917. Vegetariano y exaltado republicano, es el organizador de una columna de soldados, guardias y milicianos que, con unos seis mil hombres, avanza por la carretera de San Martín de Valdeiglesias, ocupa Arenas de San Pedro, Cebreros, Las Navas del Marqués y, cambiando su rumbo, se acerca a Villacastín. En las proximidades de Navalperal, la columna madrileña derrota a otra nacionalista que desde Salamanca se acerca a Madrid a través de Avila, dirigida por Lisardo Doval, comandante de la guardia civil que se destacó en la represión tras la revolución de Asturias, en 1934. Después del triunfo, Mangada es recibido como héroe en Madrid, y en plena euforia organiza una línea de frente en arco apuntando hacia Avila. (Efe.)

rebeldes sin tropa) y luego había requerido la formación de veinte batallones de voluntarios, a las órdenes de oficiales regulares, que se compondrían de ex soldados y lucharían al lado de las milicias. Pero los conflictos entre los intereses de los jefes militares y los de los dirigentes políticos eran incesantes. Por ejemplo, los anarquistas abandonaron un puesto que controlaba los depósitos de agua de Madrid debido a diferencias con el mando republicano. Esto no se supo por pura casualidad [15].

En ambos bandos, los prisioneros eran fusilados [16]. Los combates aéreos fueron poco importantes, igual que en Aragón, y, en realidad, no parecía muy útil tener todos los cazas que poseía la República si casi no había cazas enemigos que atacar, y sólo había unos pocos bombarderos capaces de producir grandes efectos en el campo de batalla [17]. El escaso número de aviones nacionalistas tuvo unos efectos claramente desmoralizadores. Nunca sabremos cuántos hombres murieron aquellos días; porque nadie sabe cuántos salieron para el frente, ni quiénes eran: desde luego, no murieron más de 5.000. A juzgar por la gran cantidad de oficiales regulares que murieron en el bando republicano, capitanes de la guardia civil o de la guardia de asalto, las bajas entre los milicianos debieron de ser muy numerosas, debido a la confusión entre grupos de milicianos y grupos regulares, y también al ingenuo valor de los milicianos. (El falangista Onésimo Redondo fue muerto por unos milicianos que habían penetrado más allá de las líneas, en una emboscada, en el pueblo de Labajos, en la carretera de Madrid.)

En el lado republicano, el coronel Castillo, que tenía el mando en el Alto del León, fue muerto por sus propios hombres, o quizá se suicidó al enterarse de que su hijo había muerto en una acción. Pero no era fácil para un oficial mandar un cuerpo de hombres que se empeñaban en hacer una votación antes de atacar. El capitán Condés y Luis Cuenca, los hombres relacionados con la muerte de Calvo Sotelo, murieron aquí, con muchos otros de su generación pertenecientes a la guardia de asalto y al movimiento juvenil socialista.

Al igual que los efectivos que habían salido de Barcelona, los milicianos de Madrid (que probablemente, en agosto, sumaban un total de 40.000) fueron organizados en columnas de trescientos hombres cada una, aproximadamente. Los batallones adoptaron nombres distintivos, muchos de ellos evocadores de antiguas revoluciones y lejanas luchas callejeras, como «Comuna de París» o «Primero de Octubre». Otros adoptaron el nombre de dirigentes políticos contemporáneos, como «la Pasionaria». Había varios batallones conocidos por el nombre de «Batallón de Acero», que se llamaban así porque se suponía que eran cuerpos escogidos de los sindicatos o los partidos políticos que los habían formado. Las columnas organizadas por el ministerio de la Guerra eran mandadas por oficiales regulares, pero los batallones de milicianos no. La más famosa de

[15] Azaña, vol. III, p. 489.
[16] Tagüeña, p. 128. Los médicos de ambos bandos tuvieron dificultades para evitar incluso que fusilaran a los heridos en sus camillas.
[17] Véase Hidalgo de Cisneros, p. 299.


(Efe.)

ONESIMO REDONDO ORTEGA (Quintanilla, 1905-Labajos, 1936)

Joven vigoroso, de fuerte atractivo personal, apasionado, mezcla de conservador y radical, Onésimo Redondo Ortega fue uno de los pioneros del fascismo español. Su profundo espíritu religioso contrasta con el carácter intolerante de sus ideas y la violencia que propugnaba en la acción política. Su ideario puede resumirse en la defensa de tres objetivos: la unidad nacional, la preeminencia de los «valores hispánicos» tradicionales y la justicia social. Onésimo Redondo nació en Quintanilla de Abajo (Valladolid), el 16 de noviembre de 1905, en el seno de una familia campesina de clase media. Se doctoró en Derecho en la Universidad de Salamanca y, durante un año, fue lector de español en la Universidad de Manheim, lo que le sirvió para recibir la influencia del nazismo alemán.

De regreso a Valladolid, en 1930 y 1931 pasó varios meses tratando de organizar un sindicato de remolacheros. En 1931 fundó el diario Libertad, **que desaparecería en 1934, y en agosto de aquel año formó las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, preconizando, en un programa de dieciséis puntos, una presunta revolución social al margen de las izquierdas. Las Juntas, que no fueron reconocidas legalmente, agruparon a algunos estudiantes y a un puñado de seguidores de la época sindical. El aislamiento de Redondo en Va-**

lladolid propició su acercamiento a Ramiro Ledesma, y de la fusión de ambos grupos surgieron, en diciembre de 1931, las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), primer grupo oficial de ideología nacionalsindicalista. Cuando, en febrero de 1934, Falange Española y las JONS se fusionaron, Onésimo Redondo, a pesar de pertenecer a la Junta Política, pasó a un segundo plano dentro de la organización. A principios de 1936 organizó las milicias fascistas en su provincia, e intervino en numerosos mítines electorales. Encarcelado en Avila y liberado al estallar la guerra civil, participó en los primeros días de la contienda, y el 24 de julio de 1936 murió en Labajos (Segovia), en un encuentro con los milicianos de Mangada.

las milicias republicanas que fueron a la sierra fue el Quinto Regimiento, organizado por el Partido Comunista [18].
Esta fuerza se basaba en la milicia comunista, la MAOC; pero otros se fueron sumando a ella a consecuencia de la campaña de reclutamiento organizada por «la Pasionaria», y su primer cuartel general fue el convento salesiano de la calle de Francos Rodríguez, en Madrid [19]. A finales de julio, habían salido para el frente mil miembros del Quinto Regimiento [20]. Tenía sus propias reservas, su propio sistema de abastecimiento y artillería propia. Además adoptó el uso de comisarios políticos, igual que el Ejército Rojo en la guerra civil rusa, con el fin de explicar muy claro a los soldados para qué estaban luchando. En teoría, en el Quinto Regimiento, igual que en el Ejército Rojo, los comisarios estaban vinculados a los jefes de todos los niveles inferiores al de comandante de la compañía. También en teoría, para cada orden era necesario el visto bueno de los comisarios. Pero no se cumplía ninguna de estas estipulaciones. El comandante en jefe era un joven comunista llamado Enrique Castro Delgado [21]. Pero los verdaderos inspiradores eran el diputado comunista por Cádiz, Daniel Ortega, y el comunista italiano Vittorio Vidali («Carlos Contreras»). Este último era un revolucionario profesional infatigable, implacable e imaginativo. Por ejemplo, no tardó en adquirir la reputación de que fusilaba a los cobardes, mientras que, por otra parte, hacía marcar el paso al Quinto Regimiento contratando los servicios de la banda de la UGT de Madrid, bajo la dirección del compositor Oropesa [22]. Bajo la guía de «Carlos», aparecieron algunos jefes militares famosos, sobre todo, Enrique Líster, un antiguo picapedrero, y Juan Modesto, un ex leñador que había sido uno de los organizadores de la MAOC desde 1933 y había mandado a tropas nativas cuando era cabo, en Marruecos. A Líster, cuando era niño, lo habían llevado de Galicia a Cuba, donde había aprendido la política entre los obreros de la construcción de La Habana, en tiempos del dictador Machado; en 1931, se había unido a los comunistas allí; había pasado tres años en Moscú, entre 1932 y 1935, estudiando y trabajando en el metro,

[18] Sobre éste, véanse los libros de Castro Delgado, Líster, *Nuestra guerra* (París, 1966), y Modesto, y también el estudio sobre el Quinto Regimiento de E. Comín Colomer, *El Quinto Regimiento* (Madrid, sin fecha); y Martínez Bande, *La batalla de Brunete* (Madrid, 1972), p. 18 y ss.

[19] Ibárruri, p. 285; Castro Delgado, p. 275.

[20] Martínez Bande (*loc. cit.*, p. 19, nota 5) calcula que al final por el Quinto Regimiento llegaron a pasar 22.250 hombres, *International Press Correspondence* (Imprecor), vol. XVII, n.º 6, 6 de febrero de 1937. Pero véase R. Salas en Carr, *The Republic*, p. 187, donde se da la cifra de 15.000 hombres en total entrenados en el Quinto Regimiento. Otras fuentes son Modesto, pp. 25-26, y Líster, p. 40. Salas (vol. I, pp. 222-223) argüía que el máximo del Quinto Regimiento fueron 3.500 hombres (en octubre-noviembre).

[21] En Castro Delgado, p. 275 y ss., hay un relato romántico de la organización.

[22] Líster, p. 67. Vidali, hijo de un obrero de Monfalcone, cerca de Trieste, había sido uno de los animadores de los *«Ardite rossi»* de Trieste en los años en que casi había guerra civil en Italia. Emigró a Estados Unidos y después a México; fue a una escuela del partido en Moscú; llevó a cabo una misión en Alemania; y, al parecer, estaba en España desde 1934 como organizador del Socorro Rojo Internacional. Castro Delgado (p. 293) describe a «Carlos» casi como a un monstruo, pero su competencia está fuera de toda duda. Llegó acompañado de su mujer, Tina Modotti, una comunista italiana con la que había estado mezclado en el misterioso asunto del asesinato del comunista cubano Julio Antonio Mella, en 1929. Véase P. Spriano, *Storia del Partito Comunista italiano* (Turín, 1970), vol. III, p. 86.

(Arch. B. M. Patino.)



y había regresado el mes de septiembre anterior [23]. Probablemente los verdaderos encargados de la instrucción del Quinto Regimiento eran un exiliado portugués, el capitán Oliveira, y el «capitán Benito» Sánchez, uno de los oficiales que habían sido condenados por rebelión después de los hechos de 1934. Otro dirigente comunista que aparecería (aunque no en el Quinto Regimiento) durante las batallas de la sierra fue Valentín González, «el Campesino», que se hizo célebre por su barba, su volubilidad y su fuerza física. Sus enemigos decían que tanto su nombre como su barba le habían sido

Los cuarteles de instrucción de las unidades milicianas se localizan en edificios requisados a raíz de la sublevación. El 5.º Batallón de voluntarios madrileños, más tarde 5.º Regimiento, se establece en el colegio de los salesianos de la calle Francos Rodríguez (foto inferior), un lugar clave del barrio madrileño de Cuatro Caminos.

[23] En una entrevista biográfica publicada en *Triunfo* el 19 de noviembre de 1977, Líster relata que su trabajo en 1935-1936 consistía en tratar de establecer células del partido dentro del Ejército. El organizó la publicación de *Soldado Rojo* y se atribuyó el que algunos cuarteles no se sublevaran.

(Arch. B. M. Patino.)





(Serv. Histórico Militar.)

El día 22 de julio, Unión Radio de Madrid transmite la siguiente noticia: «El general Riquelme comunica desde Toledo que ha logrado reducir a los rebeldes, quienes en su huida se han refugiado en la academia de Infantería. Dado el reducido número de los insurrectos del Alcázar, comunica el general Riquelme que de un momento a otro tendrán que rendirse.» La acuarela de Kemer intenta reflejar la resistencia desde la perspectiva de los sitiados.

impuestos por los comunistas para atraer a los campesinos al Partido Comunista. El decía que se le había conocido con aquel apodo desde que, a la edad de 16 años, había hecho saltar por los aires con explosivo a cuatro miembros de la guardia civil en un solitario puesto de vigilancia de Extremadura y luego se había refugiado en el monte. Más tarde había luchado en Marruecos, en ambos bandos, según él. Era un jefe guerrillero brillante, aunque probablemente no era indicado para el mando que se le entregó más adelante de una brigada y una división.

El Alcázar de Toledo

El episodio más famoso de este período de la guerra española tuvo lugar en Toledo. Desde Madrid, el ministro de Instrucción Pública, el ministro de la Guerra y el general Riquelme habían estado telefoneando furiosos al coronel de infantería Moscardó, de 58 años, jefe de la guarnición nacionalista que todavía resistía en el Alcázar,



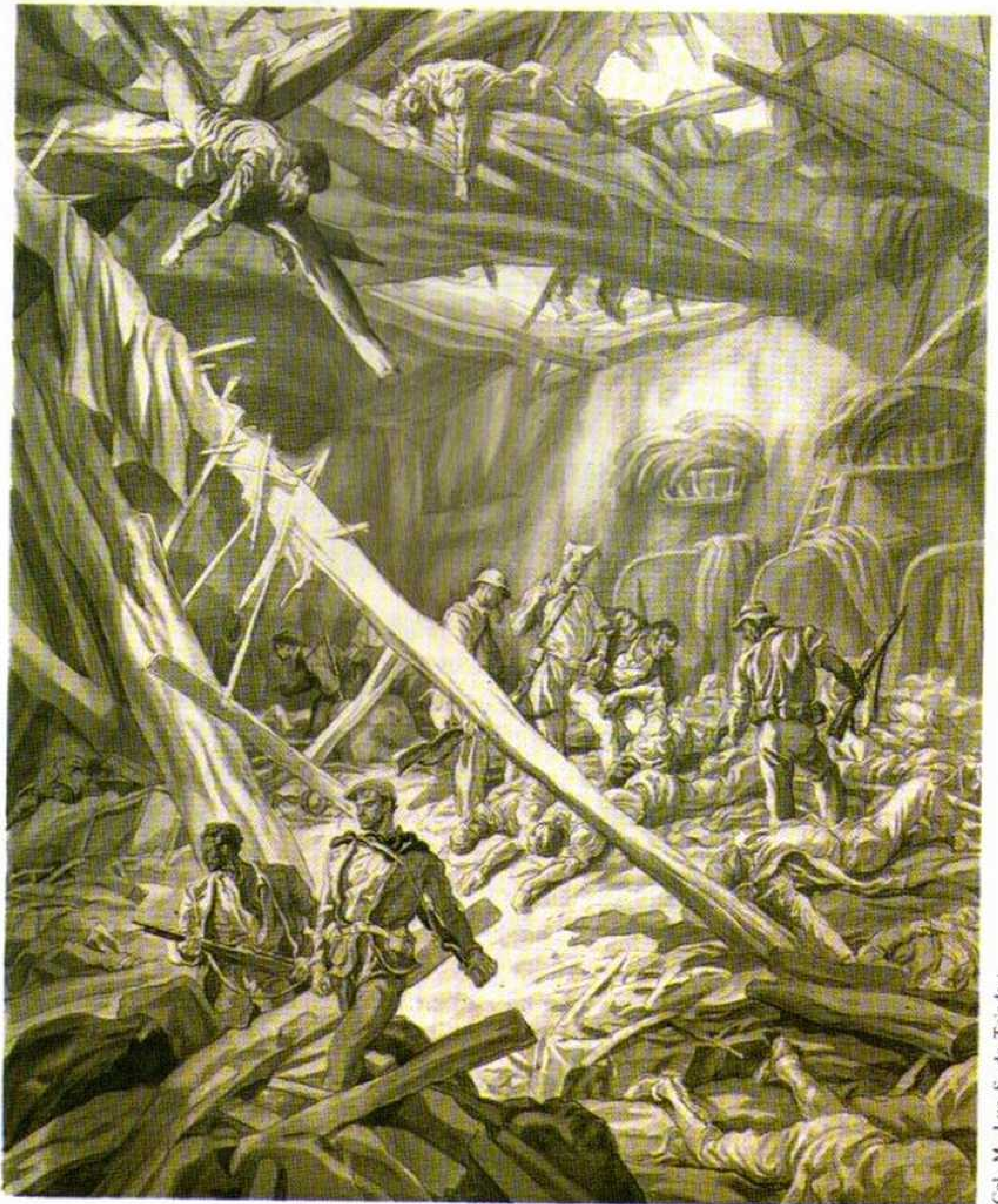
(Keystone.)

Los distintos puestos de resistencia establecidos por los sublevados en Toledo son abandonados, y sus defensores se repliegan el día 22 de julio. Resulta especialmente difícil la retirada de las fuerzas atrincheradas en el hospital Tavera, hasta tal punto que han de emplear seis horas en llegar desde su posición hasta el Alcázar, y sufren 18 bajas. A partir de entonces, los resistentes de Toledo sólo quedan protegidos por el reducto de piedra del Alcázar. Las fuerzas sitiadoras, columna expedicionaria madrileña y milicias locales, serán dirigidas sucesivamente por el general Riquelme, coronel Alvarez Coque, tenientes coroneles Barceló y Burillo y general Asensio Torrado.

para intentar convencerle de que se rindiera. Finalmente, el 23 de julio, Cándido Cabello, un abogado republicano de Toledo, telefoneó a Moscardó para decirle que, si el Alcázar no se rendía en un plazo de diez minutos, fusilaría a Luis Moscardó, el hijo del coronel, de 24 años de edad, al que había capturado aquella mañana. «Para que vea que es verdad, le va a hablar», añadió Cabello. «¿Qué ocurre, hijo mío?», preguntó el coronel. «Nada —respondió su hijo—, que dicen que me fusilarán si el Alcázar no se rinde.» «Si fuera cierto —replicó Moscardó—, encomienda tu alma a Dios, grita "¡Viva España!", y muere como un héroe. Adiós, hijo mío, un último beso.» «Adiós, padre —contestó Luis—, un beso muy grande.» Cabello se volvió a poner al teléfono, y Moscardó le comunicó que el período de gracia no era necesario. «El Alcázar no se rendirá jamás», aseguró, y colgó el teléfono. Sin embargo, Luis Moscardó no fue fusilado inmediatamente, sino que fue ejecutado con otros prisioneros delante de la sinagoga del Tránsito el 23 de

agosto, como represalia por un bombardeo aéreo [24]. Este episodio heroico se convirtió en leyenda en la España nacionalista. Poste-

[24] Moscardó no supo esto hasta finales de septiembre. Parece ser que la llamada telefónica tuvo lugar, a pesar de que algunos afirman lo contrario. El hecho de que no mataran al hijo hasta algunas semanas más tarde hace que la historia parezca no poco menos dramática. Sobre la llamada telefónica y sobre el Alcázar en general hay una abundante literatura. Véase Herbert Southworth, *El mito*, p. 53 y ss., donde hay una investigación fascinante, y también Antonio Vilanova, *La defensa del Alcázar de Toledo* (México, 1963); Luis Quintanilla, *Los rehenes del Alcázar de Toledo* (París, 1967); y Cecil Eby, *The Siege of the Alcazar*. Véase también Vila San Juan, p. 83 y ss. La Cierva, *Historia ilustrada*, I, p. 455, registra la versión de un hombre que oyó la conversación telefónica. La conversación telefónica entre los Moscardó es uno de los episodios más famosos de la guerra civil. Igualmente patético fue el destino del hijo del general Cruz Boullosa, subsecretario de la Guerra desde el 14 de mayo hasta el 22 de julio. El 19 de julio, Cruz Boullosa se enteró de que su hijo, un cadete del Alcázar que estaba de vacaciones, se había ido a Toledo para sumarse al alzamiento. El padre consiguió que el hijo volviera a Madrid, pero éste se sumó al alzamiento en el cuartel de la Montaña. El general telefoneó al coronel Serra al cuartel, y le suplicó que lo dejara salir. El coronel dijo que esto lo había de decidir el cadete en cuestión, y el hijo decidió permanecer con sus compañeros en el cuartel. Lo mataron en el asalto. (Véase García Venero, *Madrid, julio de 1936*, p. 383.) El hermano de Cruz Boullosa era un general de la guardia civil de Valladolid, y el propio Cruz Boullosa fue destituido por desleal en 1938. El personaje interesante de estas dos historias es, desde luego, el teléfono.



(Col. M. Luz S. de Tejada.)

El preciso dibujo de Sáenz de Tejada muestra el asalto final al cuartel gijonés del regimiento Simancas. Durante un mes aguanta su jefe, el coronel Pinilla, con los hombres de la guarnición que permanecen fieles a sus jefes. El regimiento, sublevado el 20 de julio, al mismo tiempo que la guarnición de Oviedo, resistirá hasta el 21 de agosto, auxiliado por la artillería del crucero Almirante Cervera *y la esperanza puesta en el avance de las columnas gallegas. Los asaltantes incendian el cuartel poco antes del ataque final, y las llamas iluminarán la ciudad durante dos días, hasta que las instalaciones militares queden completamente destruidas.*



Las voladuras de vías de comunicación son insuficientes, y el obstáculo, fácil de superar, como en el caso de este puente sobre el río Tinto, cerca de Niebla, en Huelva, dinamitado por fuerzas leales al gobierno que se retiran hacia Riotinto y la sierra de Aracena. Las tropas que aparecen en primer plano llegan de Sevilla, y cruzarán el débil caudal del Tinto sin mayores dificultades.

riormente, se ha dicho que el teléfono ya estaba cortado el 23 de julio, y que en aquellos momentos nadie registró la conversación telefónica. A pesar de todo, es seguro que hubo alguna conversación de este tipo.

El Alcázar permaneció sitiado. Aunque escaseaban los alimentos, había agua y municiones. Las provisiones no tardaron en incrementarse gracias a una incursión en unos graneros cercanos, de donde volvieron con dos mil sacos de trigo. La carne de caballo (al comienzo del sitio había 177 caballos en el Alcázar) y el pan fueron los alimentos básicos en el Alcázar. Con el paso de los días, Moscardó dejó de ser el verdadero jefe del Alcázar, siendo sustituido por el coronel de la guardia civil local, Pedro Romero Bassart. Pero Moscardó siguió siendo el símbolo heroico. El número de atacantes variaba entre los 1.000 y los 5.000, muchos de los cuales eran «turistas» de guerra, que salían de Madrid con su mujer o su novia para pasarse la tarde tiroteando [25]. En cuanto a los rehenes que se llevaron consigo los defensores al principio, de ellos nunca más se supo, y es de suponer que todos (eran cincuenta) tuvieron el mismo fin que Luis Moscardó, al otro lado de las líneas.

Mientras el Alcázar de Toledo seguía resistiendo, el cuartel de Loyola, en San Sebastián, se rindió a los vascos el 27 de julio, y la guardia civil de Albacete fue arrollada el 25 de julio. Los oficiales de Valencia también fueron asaltados en sus cuarteles el 31 de julio, después de sublevarse contra ellos los suboficiales y los soldados. Los que no resultaron muertos en el asalto fueron juzgados y, en muchos casos, ejecutados. Los puntos de resistencia nacionalista dentro del territorio republicano se redujeron, a partir de entonces, a Oviedo, el cuartel de Simancas en Gijón, el Alcázar, y uno o dos puntos aislados en Andalucía.

[25] Véase, p. ej., Líster, *Nuestra guerra*, p. 58.



(Keystone.)

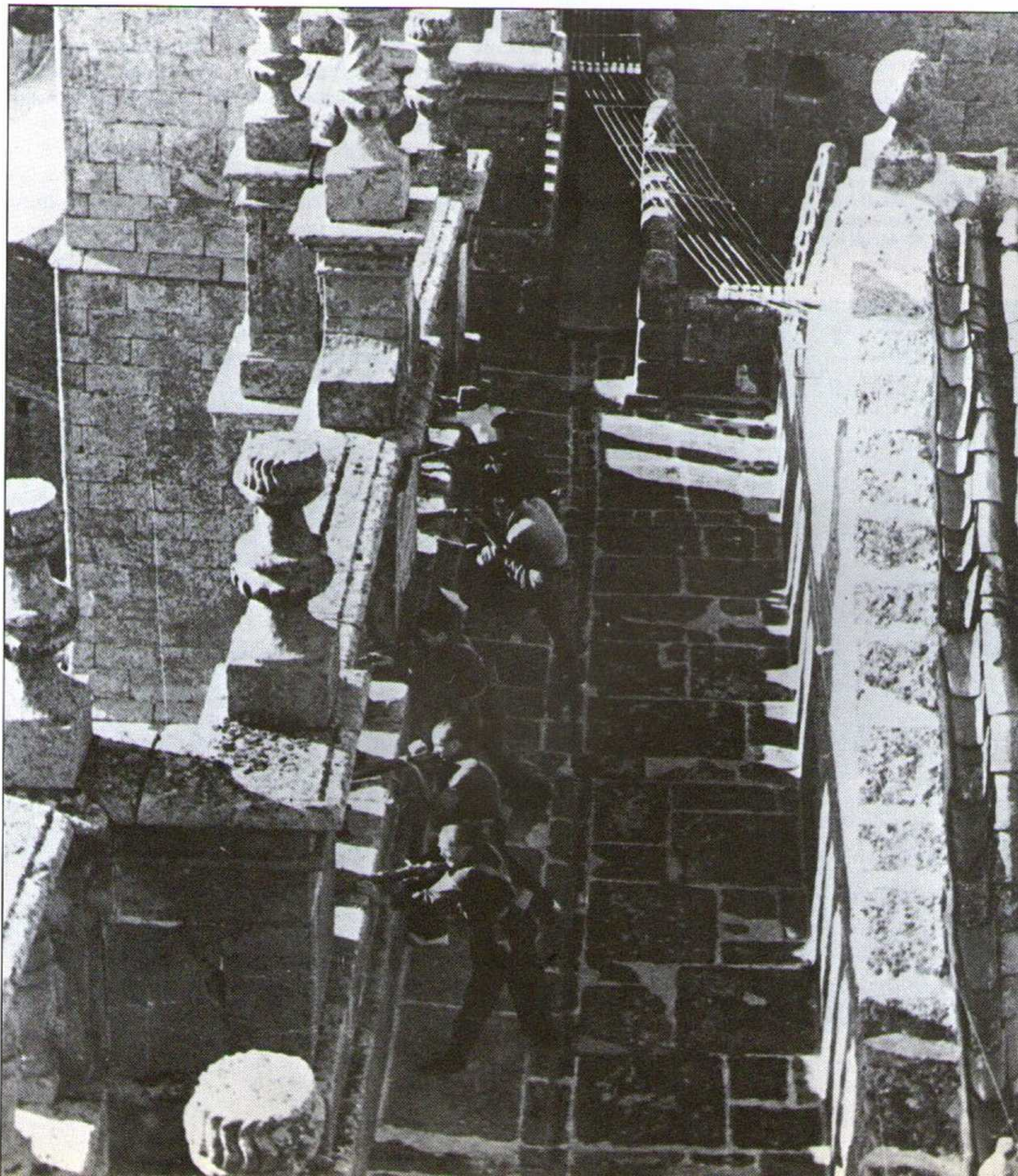
«Marchamos al Arahal en la mañana calurosa de julio; pesa el cielo, plomo ardiente, el aire sucio de la sucia mañana, camino del mediodía. Quietud de muerte. Pesadumbre en la tierra quemada, seca como las entrañas que se agostaron en el rencor que sembraron las predicaciones rojas para dar este fruto de maldición que es la guerra civil. De cuando en cuando, pequeños grupos de campesinos que alzan el brazo abierto, el puño que los marxistas cerraron en presagio de todo esto.» (Manuel Sánchez del Arco. El sur de España en la reconquista de Madrid. *Sevilla, 1937.) Dominada Sevilla, se organiza una columna mandada por el comandante Antonio Castejón Espinosa, cuyos objetivos, prontamente logrados, son Utrera, Carmona, Alcalá de Guadaira, Morón, Arahal, Castilleja de Guzmán, Manzanilla y Palma del Condado.*

Al mismo tiempo, la línea que dividía a las dos Españas se iba alterando en el sur, en el norte y en el nordeste. Aunque todavía eran pocos, los miembros del ejército de Africa, legionarios y regulares, que habían sido transportados a través del estrecho de Gibraltar, fueron suficientes para ampliar sustancialmente el área que dominaba el general Queipo de Llano desde Sevilla. Huelva, toda la costa del sur desde ese puerto hasta la frontera portúguesa, las tierras (ricas en tiempos, aunque ahora abandonadas) que hay entre Sevilla, Cádiz y Algeciras, y entre Sevilla y Córdoba, pasaron a poder de los nacionalistas, después de una serie de marchas rápidas realizadas por oficiales y soldados entrenados en las guerras de Marruecos [26]. Por lo tanto, en vez de controlar en Andalucía solamente las pocas ciudades donde había triunfado el alzamiento, los nacionalistas tenían un territorio compacto que era como una herida en el corazón del sur revolucionario. De momento, Granada y varias ciudades en su camino estaban todavía sitiadas. Pero su liberación no parecía lejana. En todas estas ciudades o pueblos, cuando eran conquistados, se realizaban sangrientas represalias como compensación por las atrocidades de los días precedentes.

[26] Huelva había caído en poder de los nacionalistas después de un alzamiento retrasado de la guardia civil, cuyos oficiales se había negado primero a dirigir una expedición contra Sevilla.

Entre Barcelona y Madrid, los dos principales centros y frentes republicanos, la línea de batalla no era fija. La columna que había conquistado Guadalajara y Alcalá avanzó para tomar la ciudad catedralicia de Sigüenza. Pero eran imposibles nuevos avances, igual que en el lado nacionalista, por escasez de municiones. Desde Valencia, una columna de milicianos salió hacia el noroeste, hacia Teruel, la más meridional de las ciudades rebeldes de Aragón. La guardia civil, que formaba parte de aquella fuerza, se pasó a los nacionalistas en cuanto llegaron al frente. Aunque Teruel fue rodeado por tres lados, y mataron a su jefe nacionalista, el comandante Aguado, no se hizo ningún progreso de cara a su conquista.

Milicianos anarquistas parapetados en la catedral de Sigüenza. La ciudad viene a ser el punto de mayor penetración hacia el norte de la columna madrileña que opera en la Alcarria. El 8 de octubre, las tropas nacionales ocuparán Sigüenza. Amparados por los muros catedralicios, un grupo de hombres de la CNT resistirá aislado una semana más.



(Keystone.)

Aquí, como en todas partes, la revolución ocupó a los milicianos tanto como la guerra. La confusión en Valencia aumentó al dejar en libertad a los delincuentes comunes del penal próximo de San Miguel de los Reyes. Estos delincuentes ingresaron sobre todo en la Columna de Hierro, de la CNT. Uno de los convictos puestos en libertad (que tenía 34 años en el momento de la liberación, y llevaba once en la cárcel) describía cómo él y sus compañeros «cambiaron el sistema de vida en los pueblos por donde pasaban, aniquilando a los caciques feroces que intranquilizaron la vida de los campesinos, después de robarles, y poniendo la riqueza en manos de los únicos que supieron crearla: en manos de los trabajadores...». Añadía que la burguesía (que, según él, seguía controlando las cosas) tramó la posterior destrucción de la Columna de Hierro, porque «únicamente al burgués han podido y pueden perjudicar nuestras actividades, nuestras rebeldías, y estas ansias locamente incontenibles que llevamos en nuestro corazón de ser libres, como las águilas en las más altas cimas, o como los leones en medio de las selvas» [27].

Sin embargo, aunque la retórica inspirara los corazones de los combatientes, los ferrocarriles tenían también mucha importancia

[27] *Nosotros (Diario de la Columna de Hierro,* 12, 13, 15, 16 y 17 de marzo de 1937); cit. por Bolloten, p. 266.

El fervor guerrero de las masas populares se manifiesta también en la zona sublevada. Aunque proporcionalmente se movilizan menos civiles, también parece cierto que su encuadramiento supeditado al mando militar les proporciona mayor eficacia operativa. En la fotografía, un grupo de paisanos armados desfila por Valladolid camino del frente. Valladolid y el resto de las provincias que corresponden a la 7.ª División Orgánica aportan a las unidades milicianas, de falangistas, Acción Popular y Requeté, unos doce mil hombres en las primeras semanas de lucha.

(Camera Press.)



para transportar hombres y provisiones de las ciudades a los frentes, y de una ciudad a otra. Detrás de las líneas republicanas, la CNT se esforzaba por mantener en circulación los mismos trenes que había antes de la guerra, lo cual era un derroche, ya que había menos viajeros y las necesidades eran diferentes.

Entre estos campos de batalla principales, a lo largo de la línea divisoria a la que pronto llamarían todos «el frente», de unos 3.000 kilómetros de longitud, había muchas brechas por donde era fácil, desde las dos zonas, pasarse a la otra España. Muchos refugiados, en estas primeras semanas, pasaron secretamente de una zona a la otra. Así, muchos guardias civiles «leales» se unieron a sus amigos, mientras que otros escaparon en lanchas. Y así, gradualmente, las pasiones en España maduraron, o se degradaron, al canalizarse en una guerra regular.

La guerra que empezaba entonces era, en muchos aspectos, una guerra de clases. Pero, como es habitual en tales circunstancias, eso significaba concretamente que la clase media estaba dividida. Hubo innumerables casos de padres e hijos o hermanos que estaban en diferentes bandos. El general Pozas, jefe de la guardia civil y ministro republicano de la Gobernación, tenía un hermano que luego fue ayudante del general Mola; el coronel Romero Bassart, asesor militar de las milicias de Málaga, tenía un hermano que fue

Cualquier indicio de moderación desaparece de las publicaciones de ambas zonas contendientes, y resulta difícil aventurar si los excesos verbales provocan como consecuencia la dureza de los primeros encuentros bélicos, o bien si la literatura periodística responde como un reflejo a la situación de violencia desencadenada. Afirmaciones tajantes, extremismo verbal y desprecio total por el enemigo llenan las páginas impresas, y éstas encienden los ánimos con burdos tópicos y desmedidos insultos. Tal es el caso de los dos periódicos aquí reproducidos, Diario de Córdoba, *en manos de los insurrectos, y el pro republicano* Heraldo de Madrid, *ocupado ahora por sus redactores y operarios.*

HERALDO DE MADRID

EL CRETINISMO, VENCIDO

EL PUEBLO ESTÁ PARIENDO CON DOLOR UNA GLORIOSA ESPAÑA NUEVA

La justicia que no se hizo durante el primer bienio ni a raíz de la gran jornada del 16 de febrero tendrá que hacerse ahora, después del sangriento fracaso de unos traidores contumaces

¿De qué casta se creían esos señoritos que siendo los menos siempre han querido imponerse a los más?

SOLDADITOS DE LA REPUBLICA

Muestras de su horrendo martirio


(Hemer. Municipal. Madrid.)

DIARIO DE CORDOBA

PERIODICO INDEPENDIENTE DECANO DE LA PRENSA CORDOBESA

DIARIO DE LA MAÑANA. ULTIMAS NOTICIAS DE LA MADRUGADA

EL EJERCITO PROSIGUE BRILLANTEMENTE SU ACTUACION CONTRA EL MARXISMO

LAS COLUMNAS DE LOS GENERALES MOLA, SALIQUET Y CABANELLAS HAN COMENZADO EL ASEDIO DE MADRID Y SE CREE QUE EN UN PLAZO BREVISIMO SE APODERARAN DE LA CAPITAL DE ESPAÑA

ORDENES DE LA COMANDANCIA MILITAR

DE LOS SUCESOS DE ALMODOVAR

¡SANTIAGO Y CIERRA ESPAÑA!

La suscripción para la fuerza armada

Más detenciones

Falangista herido

Importantes disposiciones de la Alcaldía

EL GENERAL QUEIPO DE LLANO INFORMA DE LA SITUACION

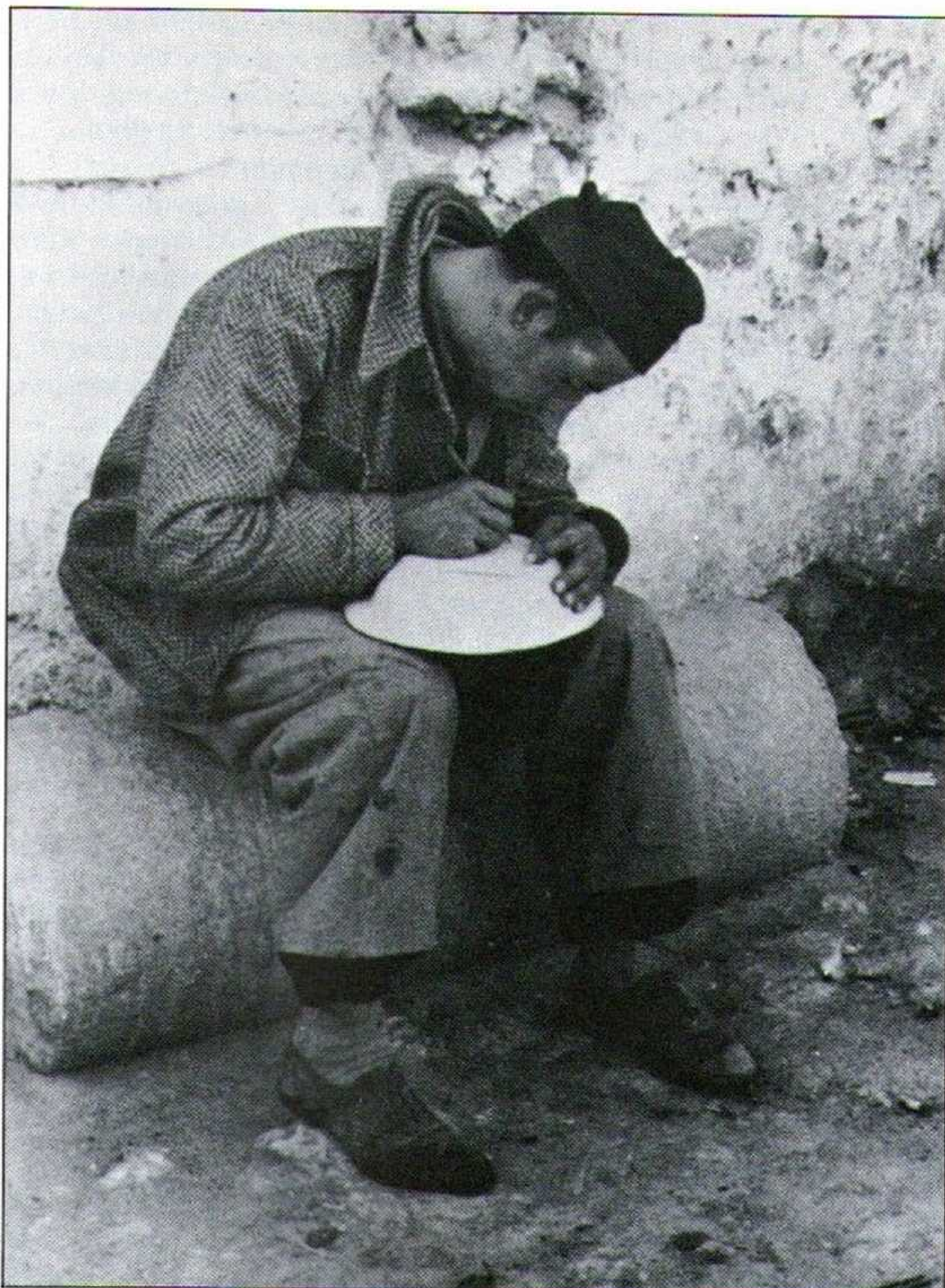
GOBIERNO CIVIL

Una intentona marxista rechazada

La Guía de Bolsillo

Córdoba Automovilista


(Hemer. Municipal. Madrid.)



(Arch. B. M. Patino.)

La falta de noticias entre ambas zonas, aisladas entre sí por la guerra, hace aumentar el malestar ocasionado por las privaciones. Frecuentemente, la escucha de las noticias emitidas por las emisoras de radio enemigas mitigan o aumentan la ansiedad por la suerte de familiares y amigos. Las cartas a veces llegan a sus destinatarios a través de incomprensibles caminos o fatigados tránsfugas.

quien en realidad dirigió la defensa del Alcázar de Toledo; el hermano del jefe de la armada republicana, almirante Buiza, moriría pronto en Andalucía luchando dentro de la legión. El coronel Escobar, al mando de la guardia civil en Barcelona, luchó en el bando republicano, y su hijo, en el de los rebeldes [28]. Hidalgo de Cisneros, que no tardaría en convertirse en jefe de la fuerza aérea de la República, también tenía un hermano con Franco. El comisario general de Orden Público de Barcelona, Federico Escofet, tenía un hermano que combatió con los rebeldes. En 1936, cuatro hermanos Pérez Salas estaban combatiendo en el ejército republicano, y un quinto estaba con los carlistas, en la columna de Beorlegui. El propio Franco, como ya hemos dicho, condenó a muerte a un primo hermano suyo. (Otro primo hermano, y hermano de su ayudante,

[28] Al padre lo fusilaron los nacionalistas en 1939, y el hijo murió en Belchite, según relata Daniel Sueiro, *La verdadera historia del valle de los Caídos*, Madrid, 1976.

era Hermenegildo Franco Salgado, capitán del *Libertad;* fue asesinado por sus marineros en El Ferrol.) Carlos Baraibar, director de *Claridad,* y consejero de Largo Caballero para asuntos militares, tenía un hermano que era oficial de ingenieros de Franco. Esta lista podría alargarse indefinidamente. Desde luego, la burguesía supo lo que significaba la lucha de clases. Y no sólo la burguesía: la aflicción de Largo Caballero ante la noticia (falsa) de que habían fusilado a su hijo favorito en la zona nacionalista afectó a su claridad de juicio. Hasta Durruti tenía dos hermanos que eran falangistas. «Casi todo el mundo tenía a alguien en el otro bando», comentaba un antiguo partidario de la CEDA, que acabó luchando al lado de las derechas. Y añadía, con amargura, aunque quizá con poca exactitud: «La inmensa mayoría no quería combatir con un bando ni con el otro» [29].

La rebelión de las derechas fue, en muchos aspectos, una rebelión juvenil. El nombramiento para la jefatura de la junta de defensa de Cabanellas, un general de 64 años, oscurece el hecho de que Franco era el general de división más joven, y de que los dirigentes de la Falange tenían, en su mayoría, veinte años menos que los de sus enemigos socialistas o republicanos de izquierdas. Las familias quedaron a menudo divididas en la guerra civil, pero no así las generaciones, o, por lo menos, no de una manera tan obvia.

Estudio del equilibrio de fuerzas en julio de 1936

El total de hombres movilizados en 1936 era, sobre el papel, ligeramente superior a 100.000 en el ejército de la península y 30.000 en Marruecos, junto con 33.000 guardias civiles, 14.000 carabineros y 18.000 guardias de asalto. Pero en España las cifras sobre el papel nunca son la última palabra, ya que, como de costumbre, alrededor

[29] Fraser, *The Pueblo,* p. 41. Durante el juicio celebrado contra él en 1939, acusado de no haber apoyado la sublevación, el general Cardenal se defendió diciendo que no sabía que se estaba preparando ni fue invitado a participar en ella (citado en Arenillas de Chaves, p. 132).

Soldados, hijos del pueblo todos:

Terminar esta guerra cruenta, abandonar vuestras filas y venid a nuestros frentes donde seréis recibidos con el cariño de hermanos, hacer vosotros mismos que la victoria final lleve la paz a vuestros hogares, y a vuestras familias.

Luchamos y defendemos a la República, a la Constitución dictada por el Gobierno legítimamente constituido, y a la promesa que ante la Bandera hicimos, como militares y españoles; defendemos vuestros privilegios, vuestras libertades, luchamos para que seáis hombres libres, y sin embargo vosotros hijos del pueblo no lo queréis comprender y os dejáis engañar por los que haciendo de vosotros carne de cañón sólo se preocupan de medrar y de defender su régimen capitalista.

Venid a nuestras filas donde se respetarán vuestras vidas lo mismo que hemos hecho con vuestros 5 compañeros de Marquina, 14 de Mondragón, 17 de «Los Embalses», 7 de Elosu y 120 que como soldados leales están en nuestras filas desde el primer día de combate.

CESAR ESTA GUERRA ENTRE HERMANOS, ABANDONAR VUESTRAS FILAS, y seguir los consejos que os da el General,

Francisco Llanos Encomienda.

(Arch. C. S. de Tejada.)

Son numerosos en ambas zonas los evadidos, más que desertores, en estos primeros meses de guerra, aunque no parece que estas evasiones se produzcan como consecuencia del efecto propagandístico de pasquines como el reproducido en la ilustración. Lanzados frecuentemente desde las líneas gubernamentales, se confía en ellos para convencer a los soldados del campo sublevado de lo errado de su causa, y al mismo tiempo, fortalecer la esperanza de los simpatizantes del Frente Popular en las líneas enemigas. Con este pasquín, el general Llano de la Encomienda, ya en el mando supremo del ejército del Norte, se dirige en tono paternalista a las clases de tropa encuadradas en el ejército enemigo, resaltando el sentido de confrontación social que tiene la guerra.



En agosto de 1936, la división de la península se consolida poco a poco. Todavía una gran extensión de la baja Extremadura no ha sido ocupada por las columnas que avanzan desde Sevilla, y que pronto establecerán el enlace geográfico entre el mando de Franco en el sur y Mola en el norte: Mérida es conquistada el 11 de agosto, y Badajoz, tres días después. En la estratégica cornisa cantábrica, la sublevación ha fracasado, pero la autoridad del gobierno central es allí precaria. Igualmente parece difícil la coordinación entre los poderes políticos establecidos en Asturias, Santander y el País Vasco.

de un tercio de los reclutas estaban de permiso: los hombres eran llamados a filas en febrero, se les daba tres meses de instrucción, y luego tenían permiso como mínimo durante el verano, y quizá durante el resto del servicio militar. Así pues, el total de hombres que realmente servían en el ejército español era de unos 66.000, de los cuales unos 34.000 estaban en la zona republicana (además de unos 12.000 que estaban de permiso) y unos 32.000 en la zona rebelde (más 13.200 de permiso). Por otra parte, el ejército de Africa, de unos 30.000 hombres, estaba plenamente con los rebeldes. Probablemente alrededor de 18.000 guardias civiles estaban con el gobierno, frente a 14.000 que estaban con los rebeldes; y 4.000 carabineros con el gobierno, mientras que 10.000 con los rebeldes. En cuanto a la fuerza aérea, 3.000 estaban probablemente con el gobierno y 2.000 con los rebeldes; mientras que, en lo que respecta a la marina, las cifras podrían ser de 13.000 leales y 7.000 rebeldes [30]. Estos cálculos ignoran la existencia de una cantidad igualmente grande de hombres, también en ambos bandos, que eran «leales» o

«rebeldes» sólo por accidente geográfico. Y, en la guerra moderna, los hombres no significan mucho, si se consideran aparte de sus armas, organización y entrenamiento. Por ejemplo, los 30.000 hombres de la legión y de los regimientos de Marruecos constituían una fuerza excelente, aunque brutal; el único problema era transportarlos a la península. Los reclutas de la península a menudo eran analfabetos y tan desconocedores de la disciplina como los anarquistas. Además, muchos de los oficiales regulares y suboficiales que se mantuvieron leales a la República no eran veteranos de Africa, y, por ello, tenían poca experiencia de combate. De unos 12.000 oficiales que estaban en servicio activo o retirados, probablemente unos 7.000 se pusieron al lado de los rebeldes, o, como mínimo, éstos pudieron contar con ellos (incluidos oficiales de la

[30] Agradezco a Michael Alpert su ayuda para analizar estas cifras. Véanse también R. Salas, vol. I, p. 185; Hills, p. 240; y Payne, *The Politics*, p. 346, para contrastar cifras.



(The Illustrated London News.)

El multiforme aspecto de los rebeldes es recogido por esta instantánea tomada en Burgos en el verano de 1936. La improvisación impuesta por la marcha de los acontecimientos todavía no ha posibilitado la uniformidad ortodoxa. En cualquier caso, el estilo militar está de moda en esta zona, controlada por jefes militares.



(Efe.)

Las unidades de milicias en zona gubernamental toman variados nombres. Algunos son denominaciones profesionales, como el batallón Artes Blancas, *de panaderos, o las milicias de artistas de variedades de UGT; otros adoptan nombres de héroes de la izquierda: así, el batallón* Aída Lafuente *o el* Condés. *Abundan unidades con nombres de consigna política, tales como las compañías* Acero, *de comunistas madrileños, o* Tierra y Libertad, *anarquista. En la fotografía, el batallón UHP —uníos, hermanos proletarios—, donde se encuadran socialistas seguidores de Indalecio Prieto.*

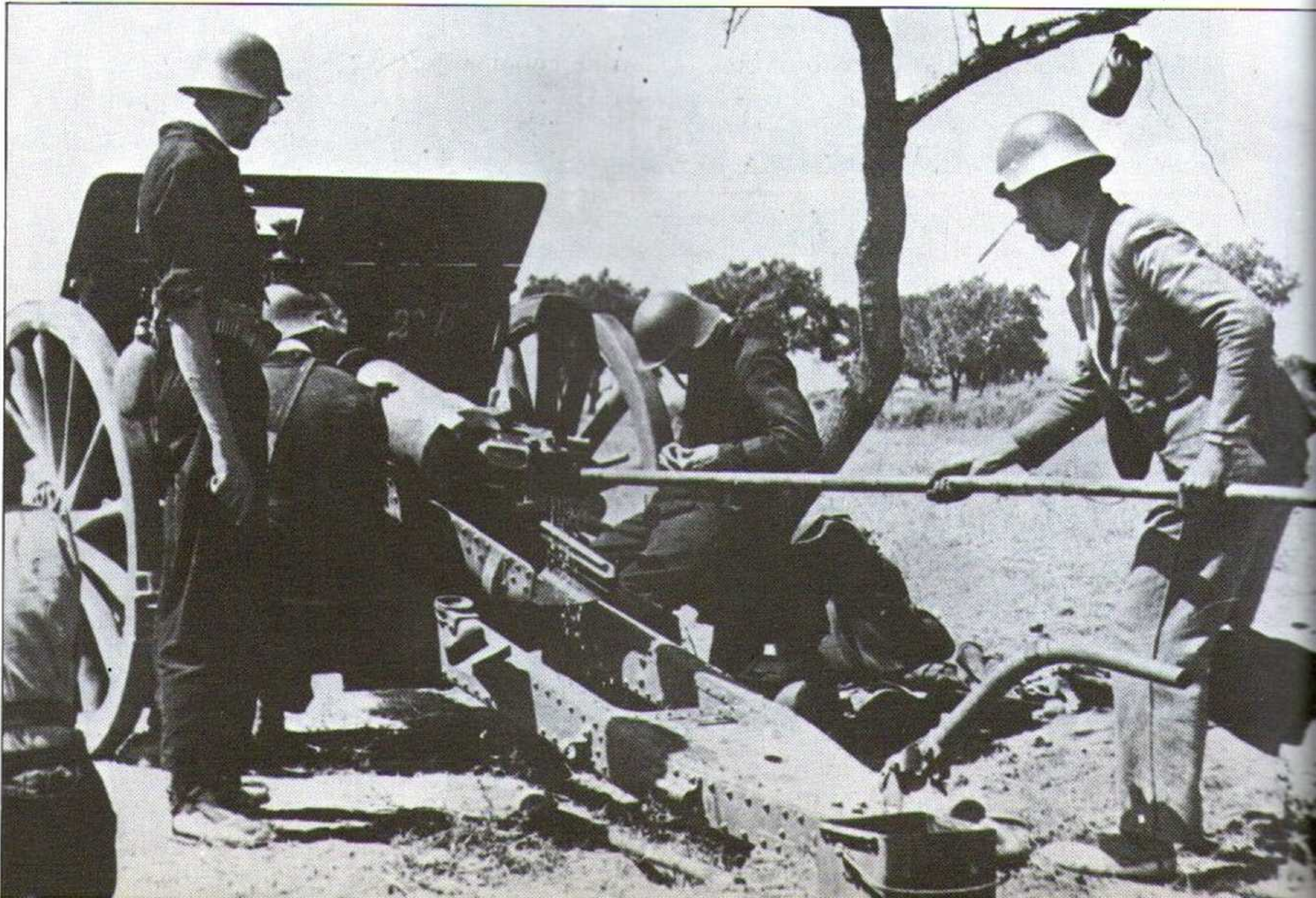
guardia civil e incluidos unos 2.750 de Africa). Al principio de la guerra había unos 5.000 oficiales en lo que se convirtió en zona republicana. De éstos, 1.500 fueron fusilados y otros 1.500 expulsados del ejército. Alrededor de 1.000 se escondieron en embajadas u otros lugares, y quizás huyeron a la España nacionalista. En teoría, el gobierno debería de haber dispuesto de unos 1.000 jefes y oficiales en activo (incluidos más de 20 generales). Además había muchos oficiales retirados, algunos de los cuales estuvieron encantados de que los llamaran de nuevo para servir en el ejército, aunque algunos fueran desleales [31].

En cuanto a las armas, probablemente había más de medio millón de fusiles o armas portátiles, en total, en España y Marruecos: la guardia civil, los guardias de asalto y la policía local del País Vasco y Cataluña tenían unos 100.000 fusiles, y el ejército unos 400.000. La armada tenía unos 30.000 fusiles, y la fuerza aérea, 6.000. En su mayor parte eran Mausers de 1893. También había unos 3.000 rifles automáticos, de tipo Trapote, hechos en España, y 1.650 ametralladoras Hotchkiss, compradas a Francia. De este armamento, el gobierno probablemente tenía, después de la rebelión, algo más de la mitad de los fusiles (quizá 275.000) y tal vez una tercera parte de las armas automáticas. Nadie sabe cómo, muchas armas útiles militarmente estaban, antes de la guerra, en manos de particulares o en manos de los partidos políticos. El gobierno conservaba unas 400 de las 1.000 piezas de artillería que había en el país, así como las fábricas de armas de Trubia, Reinosa y Plasencia de las Armas.

[31] Véase una sorprendente variedad de cálculos en R. Salas, vol. I, p. 185; Hills, p. 240; La Cierva, *Historia ilustrada*, pp. 201-202; y Azaña, vol. III, p. 487.

Los artilleros no se improvisan. Afortunadamente, las milicias catalanas pueden contar con las unidades de Artillería de la división orgánica de Cataluña, no disueltas, como lo fueron otros regimientos sublevados. En estas semanas, las fuerzas republicanas poseen una generalizada superioridad artillera, derivada más de las piezas obtenidas en los parques y fábricas militares que en los regimientos. En la fotografía, los servidores de una pieza de 75 mm hacen fuego no lejos de Zaragoza.

(Keystone.)





(Popperfoto.)

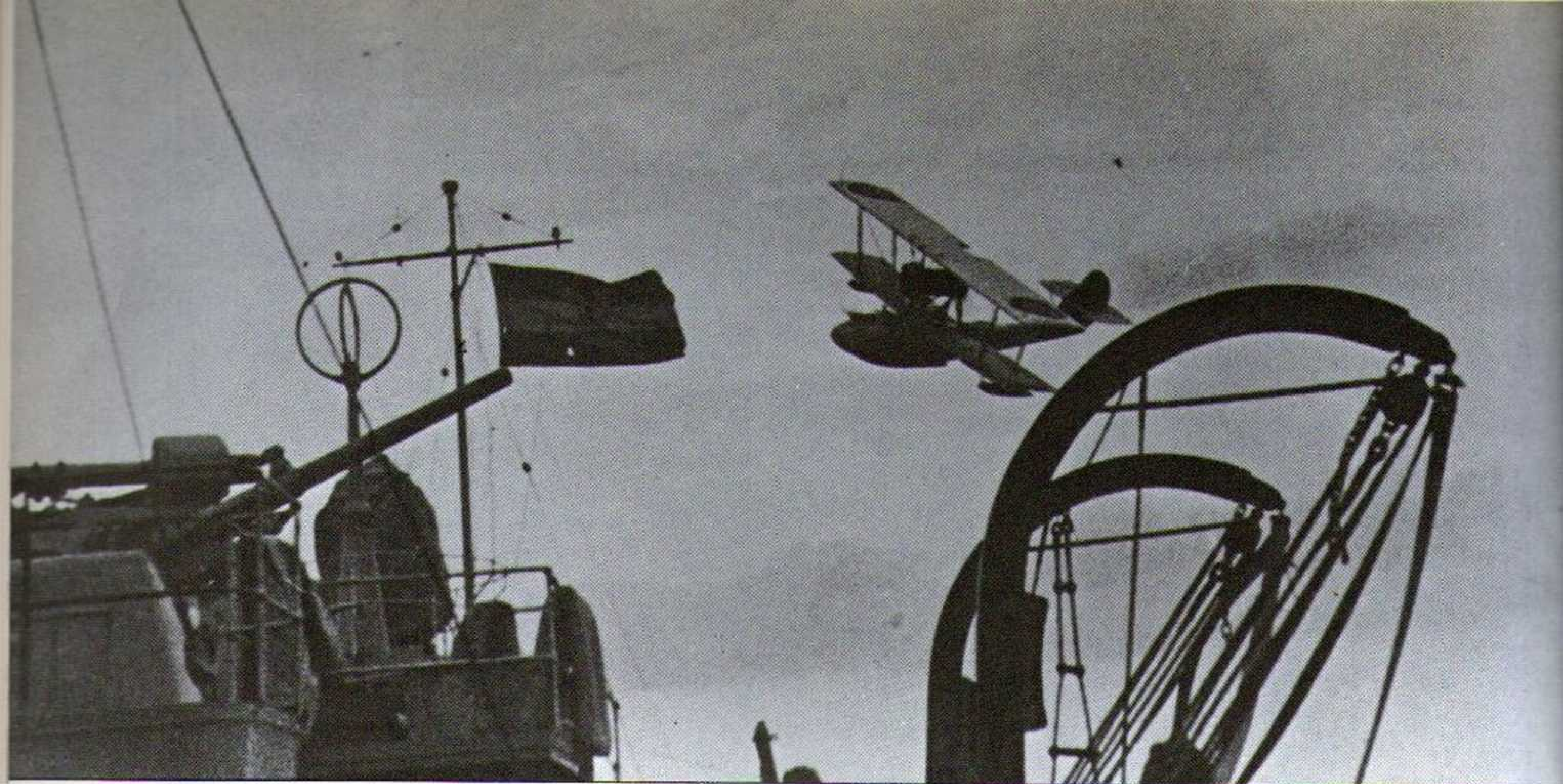
La población de Badajoz, ya en manos de las columnas nacionales, observa con curiosidad el aparato posado en una de sus calles. Se trata de un Hawker Fury, de los que solamente hay en España tres unidades el 18 de julio, precisamente en la fábrica de Guadalajara, como modelos para una serie proyectada por aquel centro. En el furioso aprovechamiento de todos los aparatos disponibles, son armados en Cuatro Vientos en una semana y entran en combate.

Toda esta artillería era anticuada, en su mayor parte fabricada por Schneider, pero, a pesar de todo, no era fácilmente coordinable: los obuses iban de los 105 a los 155 milímetros; los cañones, de los 70 a los 150 milímetros, y la artillería costera era de mayor calibre. Pero en las fábricas de armas, de municiones y de explosivos (en Toledo, Murcia, Galdácano, Guernica, Eibar y La Manjoya), había posibilidades de renovación y de nueva producción. En cuanto a los tanques, en 1936, en toda España no había más que veinte: los rebeldes tenían ocho, y la República doce. En general, al gobierno no le faltaban armas en 1936. Lo que le faltaba era mando militar, organización, eficiencia y disciplina.

En el país había unos 400 aviones: alrededor de cien eran aviones civiles, o particulares o utilizados para el correo [32]. La marina tenía unos cien aviones, sobre todo hidroaviones [33], mientras que la fuerza aérea propiamente dicha (una división del ejército, mandada por oficiales regulares del mismo) tenía 50 cazas, 100 aviones de

[32] Había 18 aviones de transporte pertenecientes a la LAPE (Línea Aérea Postal Española).

[33] Una escuadrilla de hidroaviones bombarderos Dornier fabricados en Cádiz; tres escuadrillas de aviones torpederos (Vickers Vildebeest, construidos por CASA en Getafe); una escuadrilla de entrenamiento (Hispano-Suiza E. 30, fabricados en Guadalajara); una escuadrilla de antiguos Martinsyde; una flotilla de aviones de reconocimiento Savoia 62 procedentes de Italia; y una escuadrilla de Macchi M 18 y algunos Martinsyde más de la escuela aeronáutica de pilotos de Barcelona.



(Serv. Histórico Militar.)

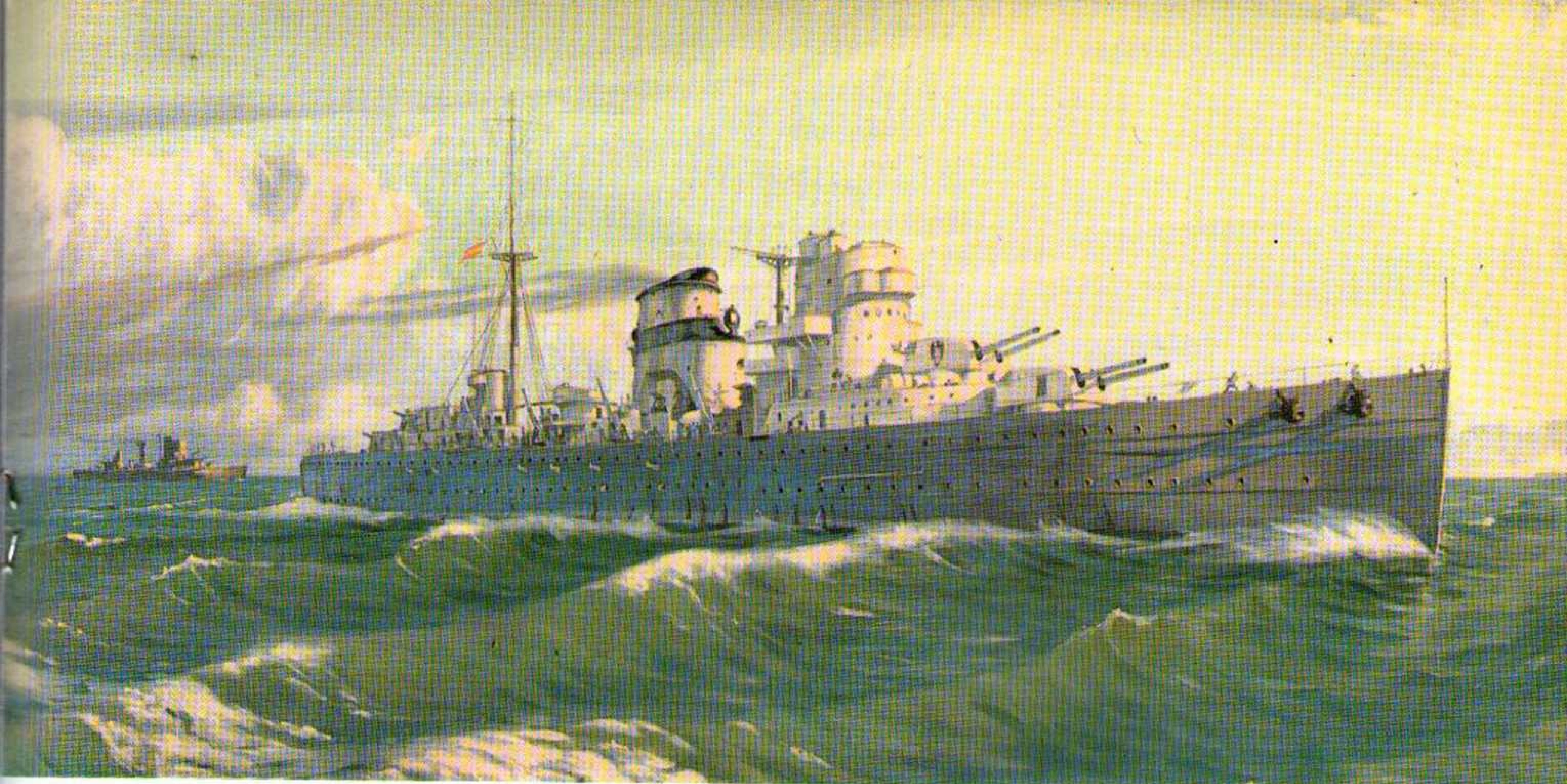
El desarrollo de la aviación naval, creada en España en 1917, fue brillante hasta la guerra civil, desapareciendo al terminar ésta. Dispone en 1936 de 12 escuadrillas, con unos cien aviones e hidroaviones Savoia, Dornier Wall y Martinsyde, además de una escuadrilla de torpederos Vickers Vildebeest, que son el material de vuelo más avanzado de toda la aviación española. Veintisiete de estos últimos aparatos permanecen en manos del gobierno de Madrid, además de otros 60 aviones más anticuados. Cuenta también la República con las bases aeronavales de San Javier y Barcelona, y con las instalaciones más reducidas de Mahón. No hay en la Armada española aviación embarcada, ya que el buque designado corrientemente como portaaviones, el vapor Dédalo, *de 10.000 toneladas, no es más que un transporte taller para hidros, y se encuentra además en situación poco operativa. Solamente los dos cruceros en construcción,* Baleares *y* Canarias, *están proyectados para albergar aviones, y para ello van dotados de un sistema de catapultas.*

reconocimiento y 30 bombarderos ligeros [34]. Muchos de los aviones militares (quizás un tercio) estaban en mal estado, no estaban armados o no podían volar por alguna otra razón. Por consiguiente, en julio de 1936 resultó que había unos doscientos aviones utilizables en manos del gobierno, mientras que los rebeldes tenían algo menos de 100 [35]. El gobierno conservaba las cuatro escuadrillas de combate que había en España, con base en Getafe y Barcelona, y una escuadrilla de patrulla [36]; los rebeldes no tenían ninguna escuadrilla completa, sólo unos 10 cazas que, por casualidad, estaban en uno de los pocos aeródromos que cayeron en sus manos. Los 90 aviones de reconocimiento Breguet XIX estaban repartidos casi equitativamente entre ambos bandos. La República tenía cinco bombarderos Fokker, frente a los tres que tenían los rebeldes (incluido el que llevó los primeros legionarios a Sevilla), y cuatro bombarderos Dragon de Havilland, frente a uno que tenían los rebeldes (el avión que llevó a Zaragoza al desdichado general Núñez del Prado). La República conservaba los cuatro Douglas DC2, y algunos bombarderos Dornier Wal comprados por el ejército el año anterior, así como la mayor parte de la aviación naval. Los aviones correo y unos cincuenta aviones ligeros siguieron con el gobierno, pero los rebeldes tenían una docena de aviones deportivos muy útiles pertenecientes al aeroclub de Andalucía. Las reservas de bombas y municiones en ambos bandos eran insignificantes. De los pilotos de la aviación militar, 150 eran republicanos y unos 90 na-

[34] Los cazas eran: Nieuport 52, construidos por Hispano-Suiza en Guadalajara, con patente francesa; tres cazas Hawker Spanish Fury (reconstruidos en Tablada, en España); y seis viejos Martinsyde de la marina. Había unos 90 aviones de reconocimiento Breguet XIX, todo lo que quedaba de una compra a Francia que hizo Primo de Rivera. Los bombarderos eran unos pocos Fokker VII, algunos Dragon de Havilland y algunos Douglas DC2.

[35] La Cierva *(op. cit.*, vol. I, p. 298) dice que el gobierno tenía 207 y los rebeldes 96. Véase un análisis en Jesús Salas, pp. 56-63; véase también R. Salas, vol. I, pp. 194-195; Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 286; y Miguel Sanchís, *Alas rojas sobre España* (Madrid, 1956), p. 8.

[36] Había 50 Nieuport 52, 3 Hawker Spanish Fury y los viejos Martinsyde.



(Museo Naval.)

En julio de 1936, dos nuevos cruceros gemelos de 10.000 toneladas se encuentran en avanzado estado de construcción en el arsenal de El Ferrol. El Canarias, con su armamento de gran calibre ya montado, y el Baleares, en el que se trabaja en el artillado de proa. Ambos buques representarán una aportación clave para la frágil marina nacional.
El crucero Baleares, que aparece representado en la ilustración, navegará en diciembre de 1936 hasta Cádiz para terminar sus instalaciones, y se incorporará poco después a las operaciones navales del Mediterráneo, donde su gemelo ya está actuando.

cionalistas, pero los rebeldes podían recurrir a algunos pilotos particulares o retirados, y podían entrenar rápidamente a otros para volar [37].

En cuanto a la marina, aquí, al parecer, el gobierno tenía una superioridad mucho mayor que en las otras armas, ya que en sus manos estaban el viejo acorazado *Jaime I,* tres cruceros (el *Libertad,* el *Miguel de Cervantes* y el *Méndez Núñez),* veinte destructores modernos y doce submarinos. Los rebeldes sólo tenían el gemelo del *Jaime I,* el acorazado *España,* igualmente viejo, y que entonces estaba en un dique seco; los cruceros *República* [38] (un navío viejo) y *Almirante Cervera;* un destructor, *El Velasco;* cinco cañoneras, dos submarinos y algunos guardacostas. La ventaja del gobierno era sólo aparente. Los rebeldes tenían el principal astillero de la marina en El Ferrol, donde estaban a punto de terminar dos nuevos cruceros, el *Canarias* y el *Baleares,* junto con los dos únicos dragaminas de España. También tenían una pequeña base naval en Cádiz y un puerto en Algeciras. Frente a esto, la República sólo tenía el pequeño astillero de Cartagena, y ningún dique seco adecuado para sus cruceros: en Mahón (Menorca) había uno adecuado para destructores y submarinos, pero no para embarcaciones de

[37] Véase la obra del duque de Lerma, *Combat over Spain* (Londres, 1966). La Cierva *(op. cit.,* p. 300) va demasiado lejos al decir que la aviación republicana estaba encabezada por un «puñado de aristócratas», mientras que sus enemigos eran los oficiales más progresistas del país. En realidad, Ramón Franco había ejercido una poderosa influencia para inclinar a las fuerzas aéreas hacia la izquierda.

[38] Más tarde se le cambió el nombre por el de *Navarra.* Los acorazados *España* y *Jaime I* pesaban 15.000 toneladas y habían sido construidos antes de 1914. Transportaban de 700 a 850 hombres. De los cruceros, el *Libertad,* el *Miguel de Cervantes* y el *Almirante Cervera* eran barcos de 7.500 toneladas, construidos a finales de los años veinte. El *Méndez Núñez,* de 4.500 toneladas, fue botado en 1923, y el *República* (que antes se llamaba *Reina Victoria Eugenia),* de 4.800 toneladas, fue botado en 1920. Los dos nuevos cruceros, el *Baleares* y el *Canarias,* serían buques de 10.000 toneladas, con una tripulación de 765 hombres. La armada española se componía, además, de 21 destructores, 11 torpederos, 12 submarinos, 9 guardacostas y 8 guardapescas.

mayor calado. Y, cosa muy importante, la revolución en la flota significó que la República sólo podía contar con 2 almirantes de un total de 19, 2 capitanes de navío de un total de 31, 7 capitanes de fragata de un total de 65, y sólo 13 capitanes de corbeta de un total de 128. Además, estos pocos oficiales estaban desmoralizados por el asesinato de muchos de sus compañeros y la inseguridad de su propia posición. Pero otras cosas favorecían a los republicanos en el mar. Los puertos de Barcelona y Bilbao podían acondicionarse para servir a una armada, y tenían más de las dos terceras partes de la flota mercante de España (unos 1.000 barcos, muchos de los cuales podían fácilmente convertirse en barcos de guerra).

Si la guerra iba a ser una lucha prolongada, la República parecía estar en una posición fuerte desde el punto de vista económico: tenía la mayor parte de la industria, en Cataluña y en el País Vasco, sedes de la industria textil y metalúrgica de España, respectivamente. En Asturias, controlaba el carbón del país, y poseía las fábricas de productos químicos y explosivos. Contaba con las reservas de oro del Banco de España. Además tenía las dos ciudades de España donde había más de un millón de habitantes (Madrid y Barcelona), y cinco de las nueve restantes que pasaban de los 100.000 habitantes [39]. Tal vez controlaba una población de unos catorce millones de personas, frente a los diez millones que controlaban los rebeldes, y así como Burgos, Pamplona y, quizás, algunas otras ciudades del norte estaban entusiásticamente a favor del alzamiento, en Zaragoza, Sevilla, Granada y Córdoba, evidentemente, el entusiasmo no era indescriptible, ni de lejos. El gobierno probablemente tenía dos terceras partes de los 200.000 automóviles que había entonces en España, la mayoría de los 60.000 autobuses y camiones, la mayoría de las 4.000 locomotoras, y los 100.000 vago-



(IEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

A pesar de que la mayor parte de la industria y los recursos energéticos quedan en territorio republicano, la producción reconvertida hacia las necesidades de la guerra se estanca, produciendo una dura crisis en la economía de la zona leal. Entre julio de 1936 y febrero de 1937 se registra un desplome de los índices de producción de alrededor del 30 por 100. Este fracaso se achacará a las nuevas formas de gestión empresarial que el anarcosindicalismo impone en Cataluña y otras regiones. La respuesta política al experimento tiene lugar de inmediato, patrocinada por socialistas y comunistas. José Díaz, secretario general del PCE, alude al problema en un discurso pronunciado en las Cortes, reunidas en Valencia en diciembre de 1936: «Para ganar la guerra —argumenta— es preciso, sobre todo, producir. No pararse demasiado en ensayos de tal o cual doctrina económica, de tal o cual sistema teórico, en querer construir demasiado el futuro olvidándose del presente...» Las consignas para lograr la centralización de las decisiones económicas serán, en adelante, una constante de la propaganda.

Entre los artículos que comienzan a escasear ya desde agosto figura el tabaco. En la fotografía inferior de la página siguiente, una fila de pacientes barceloneses espera recibir su ración de un estanco con los cierres metálicos de sus escaparates bajados.

[39] Valencia, Málaga, Murcia, Bilbao y Cartagena; Zaragoza, Sevilla, Granada y Córdoba estaban con los rebeldes.



(Arch. C. S. de Tejada.)

nes. En cambio, las áreas de cultivo de cereales de España estaban repartidas casi equitativamente, aunque, al cabo de unas semanas, los avances nacionalistas darían a los rebeldes dos tercios de las zonas trigueras. Los rebeldes tenían los corderos de Castilla y Extremadura, los cerdos de Galicia y Extremadura, y el ganado vacuno de Galicia y Castilla. Los rebeldes contaban también con la mayor parte de la producción de queso y mantequilla, con las regiones donde se cultivaba el algodón, el azúcar, las patatas y el lino, y con la industria pesquera. En cambio, el gobierno tenía las mejores zonas de cultivo del aceite y del vino, en La Mancha y Cataluña (aunque no tenían La Rioja), y de la fruta, y las regiones arroceras y las huertas de la costa mediterránea. Los nacionalistas tenían gran parte de los bosques, incluidos los alcornoques de Extremadura y las frondosas colinas de Galicia; también poseían el es-

Los vehículos automóviles en España alcanzan, ya en 1936, la cifra de unos 100.000 coches y autobuses y más de 40.000 camiones. La requisa de estos medios de transporte es inmediatamente puesta en práctica en ambas zonas contendientes. Con la progresión de la guerra, la destrucción de vehículos reducirá drásticamente el parque, sobre todo en territorio republicano, a pesar de que sólo las matrículas de Barcelona, Madrid, Valencia y Vizcaya engloban más del 40 por 100 de los vehículos registrados.

(Centelles. Barcelona.)





(Arch. A. Viñas.)

Un centinela de las tropas regulares indígenas observa la ciudad de Tetuán a contraluz. En la capital del protectorado, el general Franco, prácticamente sin capacidad operativa para influir en los acontecimientos de la península con el ejército a sus órdenes, intenta salir del bloqueo. Entre otras medidas busca aviones de transporte, y decide pedirlos en Alemania, confiado en las gestiones de un alemán conocido en los medios militares de Marruecos, Johannes Eberhard Bernhardt, director de ventas de la firma H. O. Wilmer y uno de los treinta miembros del partido nazi de Tetuán.

taño, el cobre y el manganeso, lo cual compensaba parcialmente el hecho de que la República controlara el hierro. Pero Almadén, con su mercurio, se encontraba en la España republicana. A finales de julio de 1936, la España republicana contribuía al presupuesto en un 70 por 100, y la España nacionalista sólo en un 30 por 100. El gobierno controlaba unos 380.000 kilómetros cuadrados, y los rebeldes sólo 175.000. Pero el hecho de que los rebeldes poseyeran Marruecos, los dos archipiélagos de las Canarias y las Baleares (excepto Menorca) y la mayor parte del territorio colindante con Portugal les daba una ventaja estratégica. La República tenía los dos principales accesos a Francia, así como la costa del norte.

¿Armas del extranjero?

En esta situación equilibrada, aunque trágica, los dos contendientes empezaron a pensar, cada uno por su parte, en procurarse la ayuda decisiva del extranjero. Ambos pensaban, también cada uno por su parte, que la mejor forma posible de ayuda sería que enviaran aviones (aunque Mola andaba escaso de municiones y, por esa razón, básicamente, no pudo avanzar a finales de julio). El avión era el factor desconocido. Parecía el arma del futuro; así pues, la guerra que entonces empezaba sería la primera guerra en la que el aire sería algo importante (así como había sido la primera rebelión de la era del teléfono).

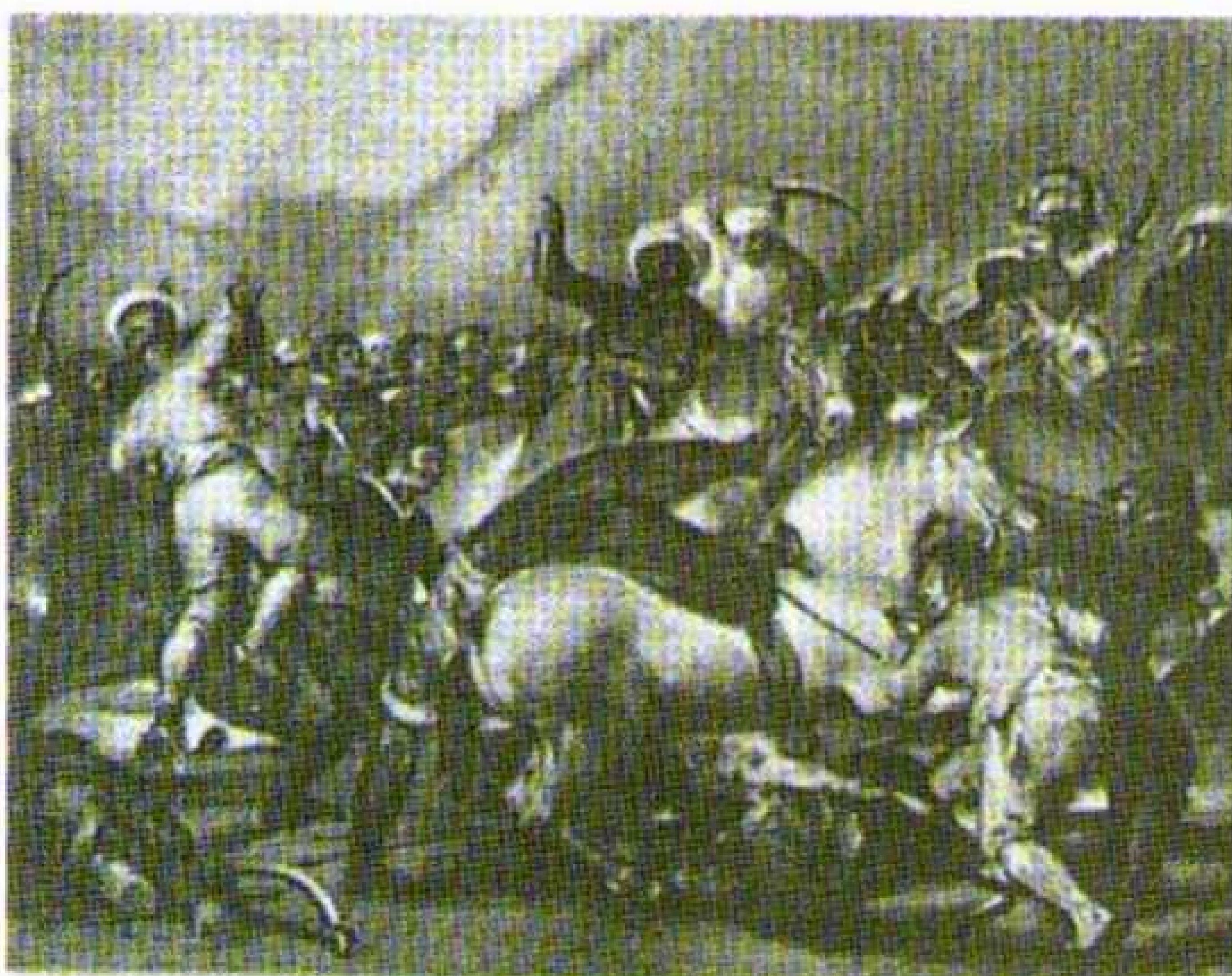
20

Las relaciones de España con el resto de Europa

Durante muchas generaciones, España había tenido poca participación en la política internacional, y los asuntos extranjeros habían tenido un papel secundario en la política nacional. Durante los primeros años de la República, España había sido un miembro respetuoso de la Sociedad de Naciones, aunque Gil Robles había criticado que ésta hubiera condenado a Mussolini. Y ahora, a pesar de que la guerra civil española se convertiría en una crisis internacional, a pesar de que ambos bandos no tardarían en acusarse el uno al otro de provocar una invasión extranjera, a pesar de que, en los solitarios valles de Aragón, resonarían gritos de «¡aquí no queremos extranjeros!» como lemas de combate, y a pesar de que casi todos los extranjeros que han escrito sobre la guerra hablan de algún español, de uno u otro bando, que deseaba que los «extranjeros» dejaran a los españoles librar sus propias batallas, no fueron las potencias de Europa quienes insistieron en intervenir, sino que fueron los propios españoles los que, para empezar, buscaron ayuda en el exterior [1].

Estos llamamientos fueron la culminación de varias generaciones de ambigüedad en los sentimientos de los españoles hacia el mundo exterior. ¿Había que emular a Europa, o había que mantenerla a cierta distancia? En el primer caso, ¿de dónde había de venir la inspiración, de la marcial Alemania o de la pacífica Inglaterra? Unamuno pensaba que «japonizar» a España destruiría toda posibilidad de resurgimiento nacional. Este «africanismo» hacía muy simpático a Unamuno para las derechas, que, desde 1808, habían

[1] Como reconoció Azaña en *El eje Roma-Berlín y la política de no-intervención*, en Azaña, vol. III, p. 469.



(Col. J. M. Armero.)

El nacionalismo es un tema tardío en la propaganda republicana de guerra. Aparece aquí plasmado en una tarjeta postal de una serie que busca crear sentimentalmente un paralelismo entre dos situaciones bélicas, la de 1808 y la de 1936. Aun sin pretenderlo, esa campaña, de inspiración comunista, pone de manifiesto una de las características coincidentes en ambas crisis españolas: de nuevo en 1936, la intervención diplomática o la ayuda militar recibida de los gobiernos de las potencias europeas tiene su origen más en sus intereses estratégicos que en motivaciones altruistas o coincidencias ideológicas.

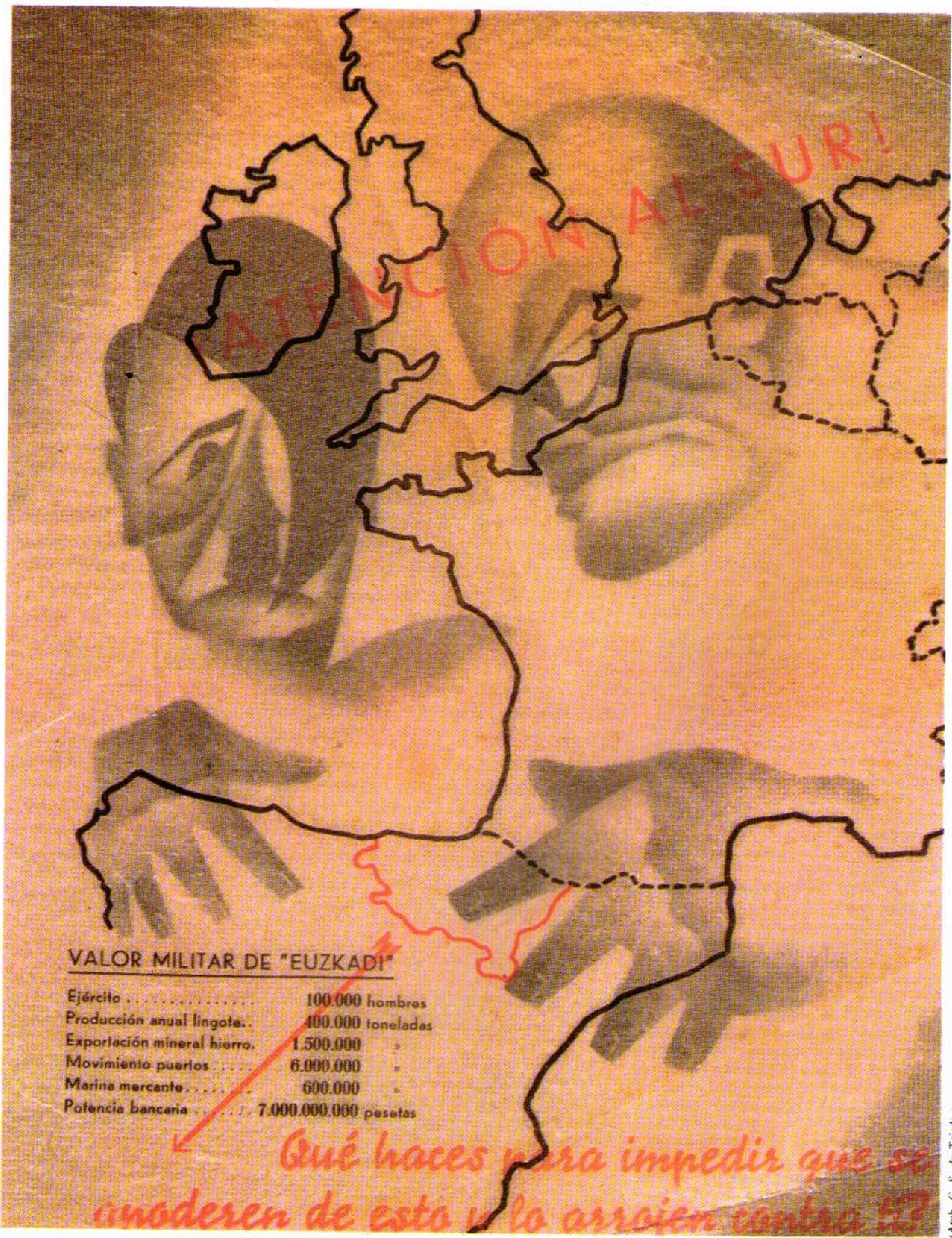
considerado afrancesado a cualquier reformador. Pero las derechas no eran consecuentes. Los que acusaban a los socialistas de ser «antiespañoles» pasaban el verano en Biarritz. Si los católicos veían en la masonería una maquinación internacional, los masones tenían la misma justificación para creer que los que eran fieles a la Iglesia de Roma estaban metidos en una conspiración de igual magnitud, dirigida por el Papa, y también por el Papa Negro. Desde luego, la clase media de España tenía fuertes vinculaciones comerciales y financieras con otros países. El sistema telefónico español era propiedad de la famosa International Telegraph and Telephone Company [2]. Otros intereses norteamericanos (que sumaban un total de 80 millones de dólares) eran la General Motors, la Ford, la Firestone Rubber, y algunas sociedades algodoneras [3]. La Compañía Inglesa de Río Tinto, con un capital valorado en cinco millones y medio de libras esterlinas, poseía gran parte de los yacimientos de cobre y piritas, y la Tharsis Company, de Glasgow, también era dueña de muchos yacimientos españoles de cobre. Estas dos eran las empresas mineras más grandes del sur de España. La compañía Armstrong poseía la tercera parte del corcho español. La sociedad de aguas de Sevilla era también de propiedad inglesa. Gran Bretaña, el mayor inversor extranjero, tenía unos 40 millones de libras (194 millones de dólares) invertidos en España, de un total de 200 millones de libras (970 millones de dólares) que era el capital extranjero invertido en el país [4]. Los franceses controlaban las minas de plomo de Peñarroya y San Plato, y habían construido los ferrocarriles. El total de su inversión era de unos 28 millones de libras (135 millones de dólares). Los belgas también tenían grandes intereses en la producción maderera española, en tranvías y ferrocarriles, y en las minas de carbón de Asturias. Una compañía anglo-canadiense (la Barcelona Traction and Light Company) había organizado la distribución de electricidad en Cataluña. Estas inversiones, las más importantes de las numerosas extranjeras, eran grandes intereses en un país tan poco desarrollado como España. Estados Unidos, Alemania, Inglaterra y Francia proporcionaban respectivamente el 34, el 28, el 22 y el 12 por 100 de las importaciones españolas, e Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos recibían el 43, el 26, el 12 y el 10 por 100 de las exportaciones. Hacía muchos años que el mineral de hierro español era un elemento habitual en la industria inglesa del hierro y del acero —en 1935, el 57 por 100 de la producción española fue a Inglaterra—, y el mineral de hierro con destino a Gran Bretaña ocupaba a la mayor parte de la flota mercante española. La Falange, con todo su nacionalismo, no representaba la tradición española más que los anarquistas, por ejemplo; y aunque es cierto que, antes de la gue-

«El improvisado gobierno vasco hace política internacional», escribe Manuel Azaña en su libro La velada en Benicarló. *En los casos concretos del nacionalismo vasco, y también de algunos grupos catalanistas, la búsqueda del apoyo de los intereses extranjeros formará parte de su política de guerra. La atención de Euzkadi se dirigirá sobre todo hacia Inglaterra, pero el gobierno británico, sin olvidar las inversiones de sus súbditos, no se muestra dispuesto a acomodar las peticiones vascas. Independientemente de ello, no dejará de respaldar al gobierno del* lendakari *Aguirre en el intento de conseguir una paz pactada con el general Franco. La página de la derecha reproduce la portada de un folleto propagandístico editado en el País Vasco como parte de la campaña de alerta a las potencias democráticas y concretamente a la Gran Bretaña.*

[2] Un funcionario norteamericano de esta compañía en los años 20, Philip Bonsal (que más tarde sería embajador de su país en Cuba), dice que los terratenientes andaluces con los que él trataba estaban horrorizados con este invento, porque suponían que tendría el efecto de «permitir que los revolucionarios hablaran los unos con los otros de una ciudad a otra».

[3] Cit. por Richard Traina, *American Diplomacy and the Spanish Civil War* (Bloomington, 1968), p. 62.

[4] *Survey of International Affairs 1937*, II, p. 170. Véase también Robert Whealey, en Carr, *The Republic*, p. 213, y la nota de la p. 235.



(Arch. C. S. de Tejada.)


(Keystone.)

LEON BLUM (París, 1872-Jouy-en-Joses, 1950)

Jurista brillante, que guardará toda su vida una auténtica pasión por la justicia, estudioso apasionado de la literatura, Léon Blum fue el prototipo del intelectual «comprometido». De origen burgués, llegó a ser el líder indiscutible y el ideólogo del Partido Socialista francés. Inclinado a los análisis abstractos y a las actitudes morales, identificó siempre el socialismo con la solidaridad humana y con las exigencias profundas de la conciencia. Su llegada al poder en 1936 despertó inmensas expectativas en gran parte de la población —el gobierno de Vichy le acusará de haber «inoculado al país el veneno de la esperanza»— y desencadenó el odio de la derecha, que le declaró «el hombre más detestado de Francia».
De familia judía acomodada, Léon Blum nació en París, el 9 de septiembre de 1872. Auditor del Consejo de Estado en 1895, inició en esa época su actividad literaria en La Revue Blanche **y en** Gil Blas. **Como a muchos intelectuales de su generación, el asunto Dreyfus le llevó a la política, y la influencia de Lucien Herr le orientó hacia el socialismo. En 1919 fue encargado de redactar el programa de acción del Partido Socialista, y consiguió un escaño de diputado, en el que se mantuvo hasta 1928, perdiéndolo tras una feroz campaña de la derecha antisemita. Sin embargo, volvió a la Cámara a través de una elección parcial, en 1929, continuando en ella hasta 1940.**
En 1936 triunfa en Francia el Frente Popular, y Blum accede a la presidencia del Consejo de Ministros. Su efímero mandato (4 de junio de 1936 a 21

rra civil, en España aumentó la propaganda rusa, también es cierto que existía mucha información sobre la Alemania nazi. El partido nazi tenía unos 600 seguidores entre la colonia alemana en España, que se elevaba a unas 13.000 personas [5]. La sección española del Frente Alemán del Trabajo tenía más de cincuenta delegaciones. Las agencias turísticas y las librerías alemanas proliferaron durante los meses anteriores a la guerra civil, aunque la principal actividad de los nazis era la de examinar la conducta de los funcionarios y diplomáticos alemanes. En un momento en que se proponían tantas «soluciones» para los problemas de España, el ejemplo de la Alemania nazi, la disciplinada enemiga de la decadente Francia, ejercía, naturalmente, una poderosa influencia sobre la imaginación de los jóvenes españoles de la clase media; y además, varios militares monárquicos tenían buen recuerdo de las relaciones con Alemania en los años veinte.
En un sentido amplio, la guerra civil española fue la consecuencia del influjo sobre España de las ideas que circulaban por Europa. Todas las principales ideas políticas de Europa, a partir del siglo XVI, habían sido recibidas con entusiasmo por un grupo de españoles, y rechazadas ferozmente por otro, sin que ninguno de los dos grupos mostrara ningún deseo de compromiso: el catolicismo romano universal de los Habsburgo, el absolutismo de los Borbones, el liberalismo revolucionario francés, el separatismo romántico, el socialismo, el anarquismo, el comunismo y el fascismo. Por tanto, era inevitable que la guerra iniciada en 1936 diera lugar a una crisis europea. Igual que en la guerra de sucesión, en la guerra de la independencia, y durante la primera guerra carlista, el prestigio, el dinero y, en algunos casos, los habitantes del resto de Europa, en 1936, llegaron a vincularse íntimamente con el conflicto español. Las ideas generales europeas habían llevado a los españoles al borde de la guerra. Y las potencias europeas quedaron complicadas en la guerra a petición de los españoles. Luego, las mismas grandes potencias fueron responsables de gran parte de su desarrollo, sobre todo por la ayuda que proporcionaron a uno u otro bando, cuando parecía que iba a perder. A lo largo de la guerra civil, la antipatía y la atracción alternativas que el resto de Europa siempre había sentido por España, y ésta por el resto de Europa, se reflejaron en las implicaciones internacionales de la contienda [6].

La República y Francia

El 19 de julio por la noche, José Giral, el nuevo jefe del gobierno de la República, envió un telegrama, en *clair*, al jefe del gobierno de

[5] *GD*, p. 483. Véase en Buckley, p. 203, una descripción de los intereses económicos alemanes, y en Viñas, *pássim*, un análisis magistral en profundidad. Algunos españoles pro nazis, como el profesor Vicente Gay, habían recibido ayuda de Alemania para editar sus libros sobre *La Revolución Nacional Sindicalista* (Viñas, p. 169). La prensa de derechas también recibía subsidios; por ejemplo, Juan Pujol aceptó de 3.000 a 4.000 pesetas por hablar del caso nazi en el número de marzo de *Informaciones*.

[6] Más adelante se encontrará una consideración detallada del efecto total de la intervención extranjera en la guerra civil. Un buen resumen de la investigación más reciente sobre este tema es Robert H. Whealey, «Foreign Intervention in the Spanish Civil War», en Carr, *The Republic*.

Francia: «Sorprendido por un peligroso golpe militar. Le ruego nos ayude inmediatamente con armas y aviones. Fraternalmente, Giral» [7]. El hecho de que Giral pensara en comunicarse directamente con su colega francés se explica por la camaradería de la fórmula de despedida utilizada en el telegrama. Porque era probable que Léon Blum, el nuevo jefe del gobierno francés, socialista, acogiera con más simpatía una petición de ayuda que el embajador español en París, Juan Cárdenas, un diplomático de la vieja escuela [8]. (Ya se había anunciado la sustitución de este último por el político republicano de izquierdas Alvaro de Albornoz.)

Léon Blum, aquel francés apasionado y sensible, era jefe del gobierno de Francia sólo desde el 5 de junio, a la cabeza de un gabinete de socialistas y radicales que contaba con el apoyo de los comunistas. Igual que el gobierno español, había surgido como resultado de una alianza electoral de frente popular. Aunque de inclinaciones pacifistas y ansiosos por resolver los problemas sociales de su país, Blum y sus colegas sabían que los apuros de la República española eran sumamente importantes para Francia. Porque, en aquella época, en París, Lyon y en todas las ciudades de Francia había muchas luchas callejeras entre las izquierdas y las derechas, entre los socialistas o comunistas y grupos fascistas, como *La Croix du Feu* y *L'Action Française*. La simpatía de Blum hacia la República se veía reforzada por cálculos estratégicos, ya que una España nacionalista sería probablemente hostil a Francia. Por tanto, cuando Blum recibió el telegrama de Giral, el 20 de julio por la

[7] *Les événements survenus en France 1936-1945, Rapport fait au nom de la Comission de l'Assemblée Nationale* (París, 1955), Témoignages I, p. 215. Aquí los políticos franceses de los años treinta dan cuenta de su gestión en el poder a una comisión parlamentaria de investigación, en 1946.

[8] El alzamiento provocó una semiguerra civil en muchas embajadas y legaciones españolas en el extranjero. Así, el embajador Zulueta, en Roma, se vio cerrado el paso por sus subordinados rebeldes. Finalmente, sin embargo, todos los países respetaron la tradición diplomática y dejaron la representación diplomática en manos de republicanos, hasta que cambiaron el reconocimiento. Pero probablemente sólo el 10 por 100 del cuerpo diplomático de España apoyaba al gobierno (Julio Alvarez del Vayo, *Fredom's Battle* [Nueva York, 1940], p. 261).

de junio de 1937) se caracterizó por una serie de reformas económicas y sociales que, sin embargo, se mantuvieron dentro del contexto de la economía liberal. En política exterior, Blum se enfrentó al problema de la guerra civil española con una actitud vacilante, que a la larga acentuó las divisiones en el seno de la coalición radical socialista que presidía. Desde el principio proclamó su simpatía por el bando republicano, e incluso su intención de enviarle ayuda militar, pero la oposición de los radicales y las objeciones del presidente de la República, del presidente de la Cámara de Diputados y del ministro de Asuntos Exteriores, que temían que el conflicto pudiera degenerar en una guerra general, junto con la reticencia a aislarse de la Gran Bretaña, le decidieron a preconizar, desde el 1 de agosto de 1936, una política de no intervención.

El 10 de julio de 1940, Léon Blum fue uno de los ochenta parlamentarios que se opusieron a la concesión de plenos poderes al mariscal Pétain. Detenido en septiembre de ese mismo año, fue juzgado en febrero de 1942 por un tribunal de excepción. Sus brillantes y decididos alegatos, que volvieron las acusaciones contra los que le juzgaban, obligaron al gobierno a suspender el proceso. Tras la invasión alemana de la zona sur francesa, fue deportado a Alemania y liberado en 1945. Desde entonces, su actividad política se centró especialmente en el Partido Socialista, aunque a finales de 1946 presidió un gobierno de transición. Murió súbitamente el 30 de marzo de 1950.



(HEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

La propaganda en favor de los republicanos españoles promovida por los partidos de izquierda europeos no conseguirá hacer cambiar la cautelosa postura, poco comprometida, de los gobiernos democráticos, preocupados ante todo por la precaria estabilidad del equilibrio estratégico internacional. Ejemplo de bono por aportación económica para la causa del pueblo español.


(Keystone.)

Edouard Daladier, ministro francés de Defensa, rodeado de militares durante una visita a la línea Maginot *en 1936. Propicio a prestar ayuda militar al gobierno español, apoya las intenciones del primer ministro Léon Blum en las consultas mantenidas por éste entre el 20 y 22 de julio, pero en el consejo de ministros del día 25 no consiguen la unanimidad del gabinete.*

mañana, llamó a su ministro de Asuntos Exteriores, Yvon Delbos, y a Edouard Daladier, ministro de la Guerra. Ambos eran radicales. Aunque tal vez se hubiera podido temer que mostraran menos simpatía hacia la República española que los miembros socialistas del gobierno, se pusieron inmediatamente de acuerdo en que había que ayudar a Giral.

Mientras tanto, el 19 de julio a última hora, Luis Bolín, enviado por el general Franco, salió para Biarritz en el *Dragon Rapide,* que continuaba pilotado por el capitán Bebb, y luego para Roma, para solicitar oficialmente al gobierno italiano doce bombarderos, tres cazas y cierto número de bombas. Esta petición de Franco estaba firmada también por Sanjurjo, en Lisboa, y probablemente fue lo último que firmó antes de su muerte [9]. Al mismo tiempo, un parte nacionalista anunciaba orgullosamente que «los intereses de España no se encuentran solos en su lucha, mientras nuestra trompeta lanza sus sonidos más allá del estrecho de Gibraltar» [10]; mientras tanto, las autoridades británicas de Gibraltar ponían a la disposición del general Kindelán, el oficial más antiguo de los de las fuerzas aéreas que estaban con los rebeldes, líneas telefónicas para que él y sus amigos pudieran hablar directamente con Berlín y Roma durante las semanas siguientes [11].

[9] Testimonio de Luis Bolín. Véanse las memorias de Bolín, p. 165.
[10] *New York Times,* 21 de julio de 1936.
[11] Kindelán a Jackson, en Jackson, p. 248.

La República y Rusia

El 21 de julio, al parecer también se produjo en Moscú la primera reacción ante la crisis española. Se celebró una reunión conjunta de los dirigentes del Komintern y del Profintern (la entidad creada para coordinar la actividad comunista en los sindicatos occidentales), en la que se apoyó la idea de ayudar a la República, y se decidió celebrar una nueva reunión el 26 de julio [12]. La reacción de Stalin y del gobierno ruso ante el estallido de la guerra española (independientemente de la actitud que hubieran tenido antes los comunistas españoles) estuvo dictada por sus posibles repercusiones, teniendo en cuenta las necesidades de la política exterior rusa. Si, igual que en el caso de China en 1926, había que sacrificar las oportunidades de los comunistas, se sacrificarían: los objetivos del comunismo no podían ser diferentes de los de Rusia. El miedo a una guerra había sido la causa de que Rusia abandonara su aislamiento de finales de los años veinte y entrara a formar parte de la Sociedad de Naciones en 1934, y de que firmara el pacto con Francia en 1935. Litvinov, el ministro de Asuntos Exteriores, había hablado elocuentemente en la Sociedad de Naciones en favor de la

[12] Esto procede de fuentes nacionalistas y se apoya en documentos descubiertos en Madrid después del final de la guerra. Puede verse en *Cruzada*, XXVIII, p. 99. La información apareció en 1937 en *I accuse France*, un folleto editado en Londres por «un abogado», reproducción de una información aparecida en *The Catholic Herald*. La existencia de la reunión fue confirmada a Julián Gorkin por Albert Vassart, un obrero metalúrgico que había sido representante francés en el ECCI. El secretariado del ECCI entonces estaba constituido por Dimitrov (secretario general), Togliatti, Manuilsky, Pieck, Kuusinen, Marty y Gottwald.



(The Illustrated London News.)



(Serv. Histórico Militar.)

Desde los primeros días, la URSS se muestra obviamente partidaria de la causa gubernamental, que es, al mismo tiempo, la «del pueblo español», la del «proletariado» y el antifascismo; aquella por la cual luchaba en España el PCE. Pero Stalin obra cautelosamente y usa de prudencia en las relaciones internacionales, y además va a iniciarse un período de purgas internas que pueden originar problemas. En las primeras semanas, el apoyo es más bien moral y económico. Se celebran grandes mítines como el de la foto superior, y se abren colectas entre los obreros de las fábricas que, aparte de reunir fondos de auxilio, contribuyen a crear un ambiente general apropiado a futuras decisiones. En España (foto de la izquierda), y en especial los comunistas y sus seguidores, creen recibir incondicional apoyo soviético, y manifiestan su fe y entusiasmo como si su propia causa y la de la URSS se confundieran en una sola.





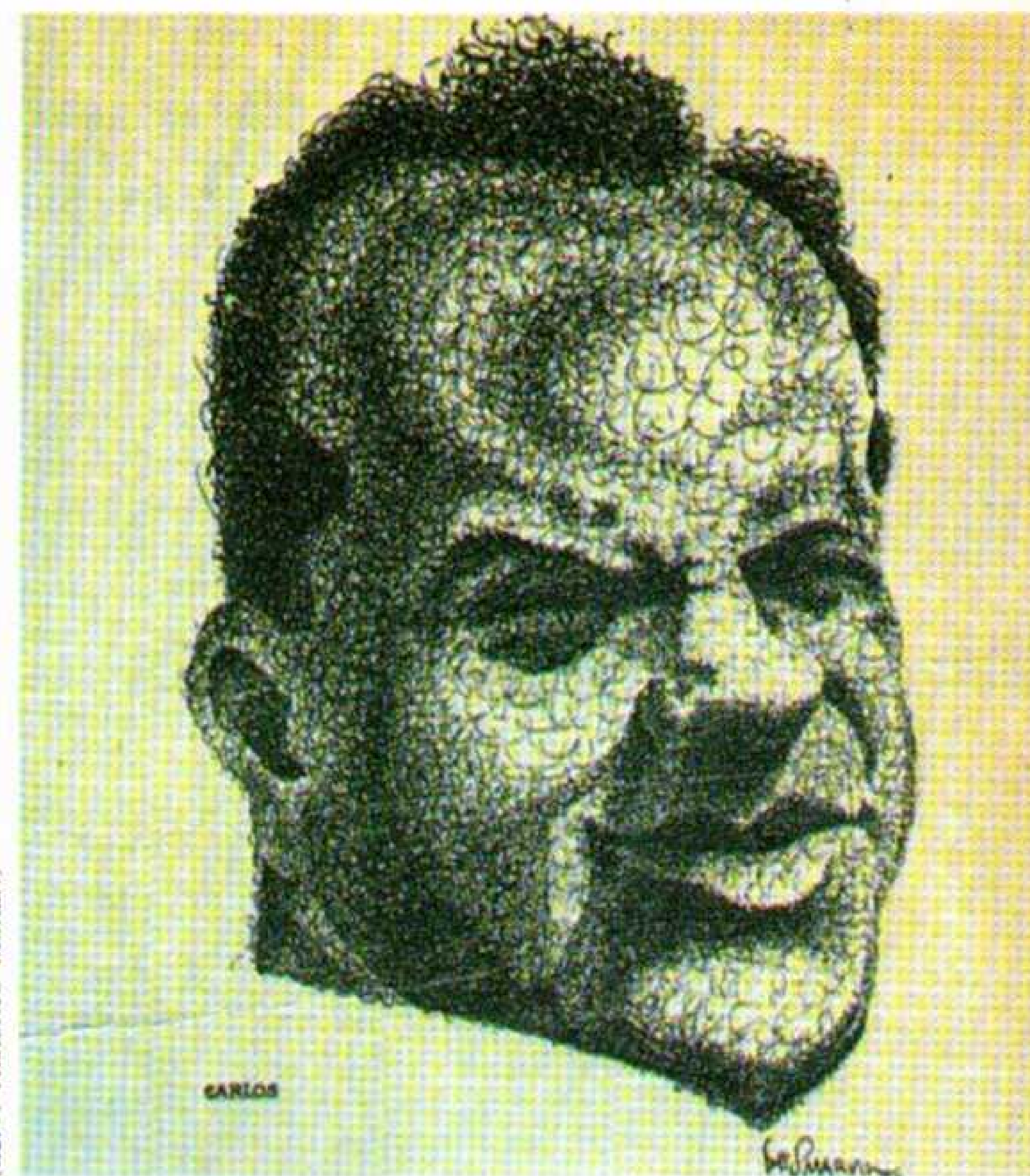
De dos brazos dispone la URSS para intervenir, según su conveniencia, en la guerra civil: los organismos del gobierno y el partido propios, y el Komintern, o Tercera Internacional. Entre los que actúan en la política soviética dentro de España figuran Giorgi Dimitrov (ilustración de la izquierda), revolucionario búlgaro, secretario del Komintern, que apoyará a la República y se apoyará en ella, y André Marty (ilustración de la derecha), diputado comunista francés, con un destacado historial, que se convertirá en uno de los principales organizadores de las Brigadas Internacionales. La dureza de los métodos y el sectarismo de este catalán-francés dejarán mal recuerdo; después de la segunda guerra mundial será expulsado del PC.

seguridad colectiva [13]. Una victoria nacionalista en la guerra civil española supondría que Francia se encontraría rodeada en tres de sus fronteras por países potencialmente hostiles. Con ello, sería más fácil para Alemania atacar a Rusia sin temor a ser atacada por Francia por la espalda. Sólo por esta razón, a Stalin le interesaba mucho impedir una victoria nacionalista.

Era evidente que la guerra española daba grandes oportunidades al Partido Comunista español, con su disciplina, su habilidad en la propaganda y su prestigio derivado de su relación con Rusia, pero, al mismo tiempo, nadie podía prever el poder que alcanzaría este partido. Sin embargo, si los comunistas se comportaban con arrogancia, Inglaterra y Francia se alarmarían. Probablemente por esta razón, Stalin no ordenó al Partido Comunista español y a sus principales agentes en España, Codovila y Stepanov, que aprovecharan al máximo cualquier oportunidad para hacerse con el control de la República española. Y también vaciló a la hora de enviar armas a España [14]. Para entonces, Stalin estaba a punto de iniciar una nueva etapa en sus purgas contra los antiguos bolcheviques. Esto quizás hizo que el dictador ruso escuchara con desacostumbrada atención a los dirigentes del Komintern de aquella época. Dimitrov, Togliatti y Marty, para citar sólo tres de los comunistas internacionales más importantes que entonces estaban en Moscú, debían de tener ideas propias sobre cuál había de ser la reacción

[13] Stalin quizá tenía la idea de llegar a un acuerdo con Alemania en el fondo de su mente, en el caso de que Litvinov no pudiera conseguir una alianza con Inglaterra y Francia.
[14] Se pensó que en julio habían salido de Odesa hacia España unos cuantos aviones militares rojos. Este rumor procede de las memorias de uno de los pilotos, Achmed Amba, *I was Stalin's bodyguard* (Londres, 1952), p. 27; también lo menciona Clara Campoamor, p. 174. Sin embargo, luego nadie vio estos aviones en el cielo y creo que no es probable que llegaran antes de octubre. Amba, sin embargo, parece bien informado, por otra parte.

comunista ante la guerra de España. Podían observar cómo, mientras Stalin se entretenía, Trotsky ya le estaba llamando «aniquilador de la revolución española y traidor, cómplice de Hitler y Mussolini». Con prudencia de reptil, pues, parece ser que Stalin llegó a una conclusión respecto a España: no permitiría que perdiera la República, aunque no necesariamente la ayudaría a ganar. La continuación de la guerra le dejaría con las manos libres para actuar como le conviniera. Incluso podría hacer posible una guerra mundial en la que Francia, Inglaterra, Alemania e Italia se destruirían entre sí, mientras Rusia, el árbitro, se mantendría al margen [15]. Así pues, el gobierno ruso apoyaría la agitación en favor de la ayuda a España, de momento sólo en forma de alimentos y materias primas, y procuraría que los obreros rusos hicieran una «contribución». Se incrementaría el número de representantes del Komintern en España. El competente, cortés, educado y despiadado dirigente del Partido Comunista italiano en el exilio, Togliatti, que antes, durante un tiempo, había sido el encargado de los asuntos españoles e italianos en el Komintern, llegó, pues, a España, utilizando el nombre de «Alfredo», para dirigir la táctica del Partido Comunista español [16]. El comunista livornés Ettore Quaglierini se encargó de las publicaciones del Partido Comunista español y ayudó a su compatriota Vidali («Carlos»), como hemos visto, a organizar el Quinto Regimiento como un modelo de eficacia militar. Otro dirigente comunista internacional que acudió a España fue el húngaro Erno Geroe, «Pedro» o «Gueré», que se hizo responsable de la dirección de los comunistas de Cataluña [17]. También siguieron en sus puestos los búlgaros Stepanov y Codovila, los dos representantes del Komintern que llevaban ya unos años en España [18]. La combinación de un partido que se había desarrollado rápidamente y unos dirigentes inexpertos dio especial importancia a los funcionarios internacionales. Hombres como Stepanov entraron



(Serv. Histórico Militar.)

Vittorio Vidali, llamado «Carlos Contreras» y «Comandante Carlos», es uno de los agentes comunistas que ya conocía España y había operado en Hispanoamérica. Natural de Trieste, se ha formado en Moscú. Activista y agitador nato, es, junto con Castro Delgado, fundador del Quinto Regimiento, que da lugar a las llamadas compañías de Acero, y que va a convertirse en vivero de mandos para el futuro Ejército Popular. Hombre vital, violento, expeditivo en sus métodos (Castro testimonia que miembros de esta unidad se encargaban de las operaciones de «limpieza» en Madrid), asume el comisariado del Quinto Regimiento y logra para el PCE la adhesión de milicianos de otros partidos. Buen organizador y captador de voluntades, es el hombre adecuado para cumplir las misiones que se le encomiendan.

[15] Esto explicaría por qué Rusia y los comunistas franceses estaban tan inquietos ante la posibilidad de que Francia entrara en la guerra del lado de la República. Esta interpretación de la política de Stalin se ve en parte confirmada por la respuesta de Litvinov a una pregunta que hizo el gobierno francés sobre cuál sería la reacción de Rusia ante una guerra general que estallara a causa de la intervención francesa. Aun reconociendo que el pacto franco-soviético impulsaría a Rusia a ayudar a Francia si ésta era atacada por una tercera potencia, «sería un asunto completamente diferente si la guerra estallaba a consecuencia de la intervención de uno de nuestros países en los asuntos de un tercero». (Declaración hecha por Jules Moch, entonces subsecretario de Estado, a Julián Gorkim.)

[16] El propio Togliatti (*Rinascita*, 19 de mayo de 1962) y el historiador «oficial» del Partido Comunista italiano, P. Spriano, vol. III, p. 215, nota, dicen (y este último ha investigado el asunto detenidamente) que Togliatti no llegó a España hasta junio de 1937. Hernández, en cambio, lo da por establecido en agosto de 1936, y Justo Martínez Amutio, *Chantaje a un pueblo* (Madrid, 1974), p. 236, dice que estaba en España en el invierno de 1936-1937. Como veremos, había buenas razones para que Togliatti intentara declarar «ante la Historia» que no estaba en España antes de esa fecha. Quizá sólo hizo una breve visita a España en 1936.

[17] Véase José Esteban Vilaró, *El ocaso de los dioses rojos* (Barcelona, 1939); y Martínez Amutio, p. 317 y ss. Su verdadero nombre era «Singer». Geroe había sido «instructor» del partido comunista francés a finales de los años veinte y principios de los treinta.

[18] Véase Hernández, *Yo, ministro de Stalin en España*, p. 33 y ss. Este desagradable libro del renegado dirigente comunista español es la fuente más íntima, pero también la más discutida, de la política comunista en España. Otros comunistas italianos que estuvieron entonces en España fueron Pietro Ravetto, de Biella, y, según Spriano (p. 215, nota), una sombra de la NKVD que seguía a Codovila y se llamaba ¡Codevila!

GALEAZZO CIANO, conde de Cortellazzo (1903-1944)

Hijo del almirante Constancio Ciano, que se había destacado durante la primera guerra mundial y que fue la primera personalidad italiana de importancia nacional que se incorporó a las filas del fascismo, Galeazzo Ciano, nacido el 18 de marzo de 1903, en Livorno (Italia), se convirtió en una de las figuras centrales del régimen fascista a partir de su matrimonio en 1930 con Edda, hija de Mussolini, hasta ser considerado generalmente como el número dos del régimen y posible sucesor del Duce. **En 1922 tomó parte en la marcha sobre Roma. Se licenció en Derecho, y en 1925 ingresó en la carrera diplomática. En 1934 fue nombrado jefe de la oficina de prensa del gobierno, y en junio de 1935, ministro de Prensa y Propaganda y miembro del Gran Consejo Fascista. Cuando Italia invadió Etiopía, dirigió una escuadrilla de bombarderos, regresando a Roma convertido en héroe nacional. El 9 de junio de 1936, Mussolini le encarga la dirección de la política exterior. Es el ministro de Asuntos Exteriores más joven de los de las grandes potencias.**

arrogantemente en el escenario de la historia revolucionaria española como si fueran dioses, desdeñando a los españoles, con un halo de misterio y poder, pero en realidad eran unos burócratas cínicos, que tenían mucho miedo a Stalin. El propio Stepanov, protegido por un equipo de secretarias como «Angelita», «un verdadero demonio, hermosa, pero fría y cruel», y «Carmen la Gorda», una rusa que se convirtió en la jefa de la sección de cuadros de las juventudes unificadas, estableció una verdadera tiranía sobre el comité central del partido [19].
La sección del Komintern de la Europa occidental, bajo la dirección de su brillante jefe comunista alemán Willi Muenzenberg, también se ocupó activamente, desde su cuartel general de París, de vincular la causa de la República española con la cruzada general antifascista, que había empezado cuando el gobierno soviético había adoptado las políticas gemelas del Frente Popular y de la seguridad colectiva [20]. En realidad, la guerra española fue un re-

[19] Martínez Amutio, p. 269 y ss.
[20] Koestler, *Invisible Writing*, pp. 198, 313. Muenzenberg, conocido anteriormente como el «Hearst rojo» de Alemania, era un genio periodístico. Con su talento para obtener el apoyo de duquesas, banqueros y generales, así como el de intelectuales, para cualquiera de sus causas, fue el verdadero inventor del «compañero de viaje». Su ayudante en París era Otto Katz, *alias* Simón, *alias* Spielhagen, un checo que era también su guardaespaldas. En julio de 1936, Muenzenberg ya estaba empezando a pelearse con sus jefes de Moscú, que le consideraban demasiado independiente.


(Keystone.)

galo de los dioses para los propagandistas del Frente Popular y de la causa antifascista y, por tanto, prosoviética. *«A notre secours, à votre secours»*, decía Romain Rolland, el novelista francés cuyas actividades son una muestra de la breve alianza entre la literatura, el pacifismo y la amistad con Rusia, *«au secours de l'Espagne!»* [21]. Mientras en Moscú y París se discutían precipitadamente estos asuntos, el agente de Franco, el periodista Bolín, había llegado a Roma el 21 de julio. Al día siguiente, él y un monárquico, el marqués de Viana (que venía de ver al ex rey Alfonso en Viena), visitaron al conde Ciano, el ministro italiano de Asuntos Exteriores. Unos años más tarde, Ciano diría a Hitler que Franco había dicho que, con doce aviones de transporte, podría ganar la guerra en unos días [22].

Los primeros emisarios de Franco entusiasmaron a Ciano, pero, naturalmente, había que consultar a Mussolini. Para el Duce no estaba clara la relación que tenía Franco con los conspiradores monárquicos a los que él, Mussolini, había prometido ayuda en 1934 [23]. Y, al parecer, Franco tampoco conocía los detalles de aquel acuerdo. Hasta que Mola no envió a Roma al monárquico Goicoechea, la principal figura de las conversaciones de 1934, el 24 de julio, los italianos no estuvieron dispuestos a tomarse en serio a los rebeldes españoles [24].

Franco y Hitler

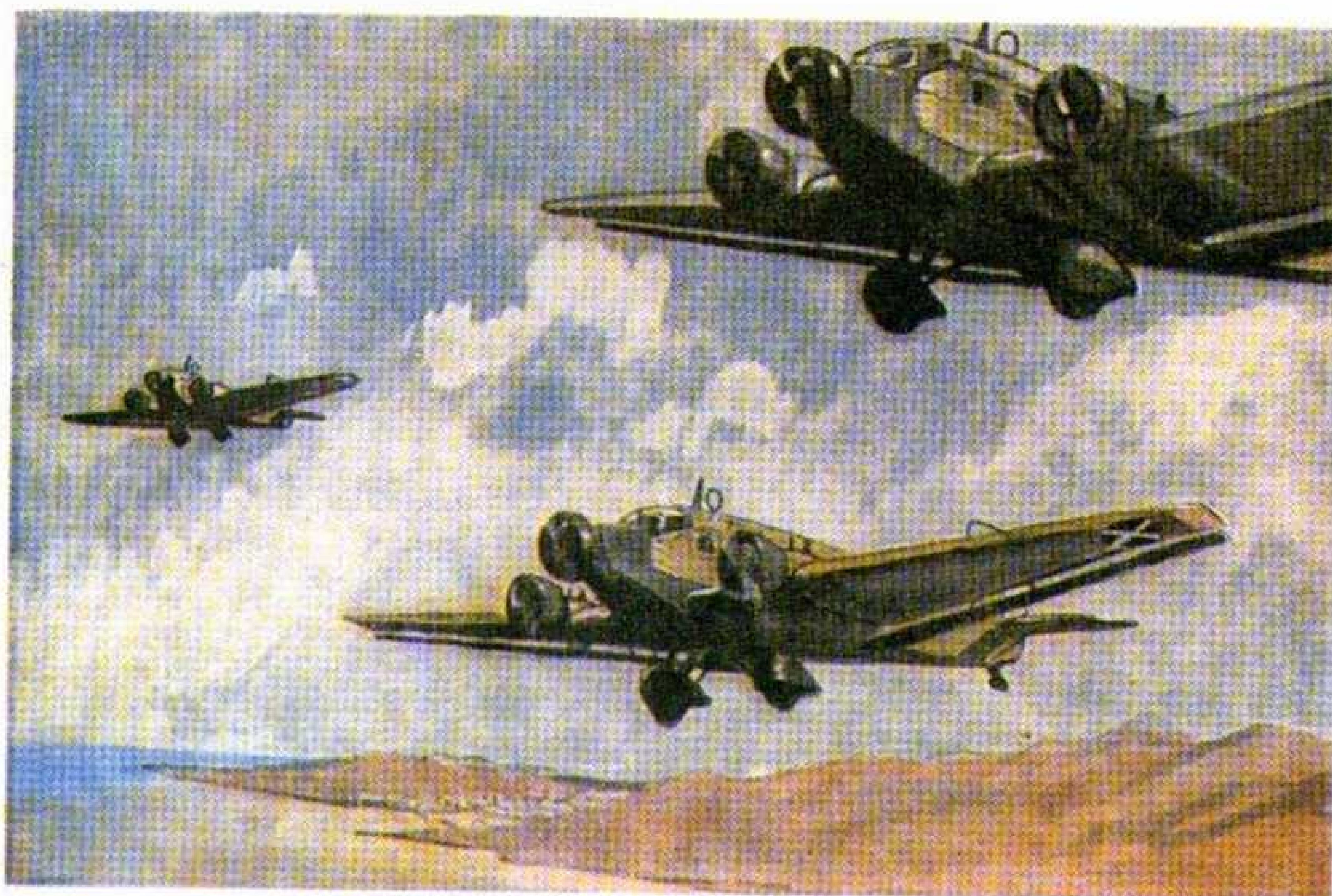
Pero, además, el 22 de julio, Franco realizó su primera tentativa para obtener ayuda de Alemania. En su nombre, el coronel Beigbéder, el antiguo agregado militar en Berlín, que se había instalado en el departamento de asuntos indígenas en Tetuán, envió una «petición muy urgente» al general Kuhlenthal, agregado militar alemán en París, acreditado también en Madrid, en la que solicitaba «diez aviones de transporte, con la máxima capacidad de asientos», que serían comprados a través de empresas comerciales privadas alemanas y llevados al Marruecos español por pilotos alemanes [25]. Estos aviones eran necesarios para transportar a través del estrecho al ejército de Africa, para lo cual sólo se contaba con los viejos Breguet. (Beigbéder conocía muy bien los antiguos lazos de Alemania con España en cuestiones de suministro de armas. El y Kuhlenthal habían viajado juntos por Marruecos en 1935, y este último conocía a Franco desde la época de la revolución de Asturias.)

El mismo día, un oficial de las fuerzas aéreas nacionalistas, el capitán Francisco Arranz, acompañado por Adolf Langenheim, jefe del partido nazi en Tetuán, y por Johannes Bernhardt, un negociante nazi de origen prusiano, fueron a ver a Franco y, al día siguiente, salieron con una carta privada (de estilo «infantil», según Bern-

Artífice de la política imperialista del Duce, supo convencerle de la conveniencia de continuar ayudando a Franco para respaldar los designios italianos de realizar una «gran política mediterránea». Convencido de la rápida victoria de los nacionalistas, Ciano pensaba ganar un fiel aliado a bajo precio; la prolongación de la guerra española le obligó a sostener un esfuerzo en los envíos de material de guerra y hombres superior a lo previsto, lo que se haría sentir al entrar Italia en la segunda guerra mundial.
Ardiente defensor de la alianza germano-italiana, preparó personalmente el Pacto de Acero (mayo 1939), que consagraba el eje Roma-Berlín. Sin embargo, a partir de la invasión de Polonia (septiembre de 1939) sin consulta previa a Italia, mostró su inquietud por ver a su país arrastrado a la guerra. Cambió de postura al ver que la caída de Francia era inevitable. Tras la serie de reveses del Eje en 1942, Ciano abogó por una paz separada con los aliados, lo que a la larga le llevó al enfrentamiento directo con su suegro. El 5 de febrero de 1943, Mussolini le apartó del ministerio de Asuntos Exteriores y le nombró embajador en el Vaticano. En la reunión histórica del Gran Consejo Fascista de 24-25 de julio de 1943, que provocó la caída del Duce, Ciano votó a favor de la moción. Capturado por los alemanes, fue juzgado en Verona, condenado a muerte (10 de enero de 1944) y fusilado dos días más tarde. Sus Diarios constituyen unos documentos de los más interesantes para el estudio de esta época.

En la página de la izquierda, Joachim von Ribbentrop y Galeazzo Ciano, ministros de Asuntos Exteriores de Alemania e Italia.

[21] Cit. por David Caute, *The Fellow Travellers* (Londres, 1973), p. 170.
[22] Entrevista de Hitler con Ciano en Brenner, 28 de septiembre de 1940. *Documents of German Foreign Policy 1918-1945*, Serie D (Londres, 1961), XI, p. 214.
[23] Bolín, p. 168 y ss.
[24] Testimonio de Luis Bolín. Véase también *Cruzada*, X, p. 126. A Goicoechea le acompañaron Pedro Sainz Rodríguez y Luis Zunzunegui. Para una discusión de este episodio, véase la segunda edición de Viñas, *La Alemania nazi...*, p. 308.
[25] *GD*, p. 4.



(Arch. C.S. de Tejada.)



(Arch. A. Viñas.)

La ayuda alemana se concretaría en la creación, a fines de octubre, de una unidad militar, la Legión Cóndor, que se compondrá principalmente de aviación, y también de artillería antiaérea y antitanques, transmisiones y carros de combate. Además, habrá suministros de material de guerra de todo tipo. El 22 de julio, Franco vuelve a entrevistarse con un comerciante alemán establecido en Marruecos, Johannes Bernhardt, quien se ofrece a establecer contacto en Alemania con los dirigentes nazis. El capitán de aviación Francisco Arranz, portador de una carta de Franco dirigida a Hitler, en la cual se solicita una pequeña cantidad de aviones de transporte y material de guerra; el jefe del grupo local nazi en Marruecos, Langenheim, y Bernhardt se trasladan a Alemania y consiguen entrevistarse con Rudolf Hess, que les conduce hasta Hitler. Recibe éste a los enviados de Franco en la noche del 25 de julio, y al día siguiente decide apoyar a aquel general para él desconocido. La fotografía inferior corresponde a la repatriación de la Legión Cóndor: aparecen el mariscal Göering; detrás, Bernhardt, con gorra, y Von Richthoffen, último jefe de aquella unidad, con gorro de campaña.

hardt) para Hitler, en la que se apoyaba la petición de Beigbéder. Viajaron en un Junker requisado a la Lufthansa en Las Palmas [26]. Bernhardt era un antiguo comerciante de azúcar, de Hamburgo, arruinado en 1929, que había llegado a Marruecos para emprender una nueva vida. En Tetuán, primero estuvo empleado en una compañía que vendía cocinas y equipo a la guarnición española. De esta manera se había hecho amigos entre los oficiales. Tanto él como Langenheim veían las posibilidades de obtener beneficios

[26] Véase Viñas, p. 394 y ss., y *Cruzada*, x, p. 127; véase también Acta de *GD*, p. 1. La carta no apareció en los archivos del ministerio de Asuntos Exteriores alemán y no ha sido publicada. Bernhardt me la describió en Buenos Aires, en 1971. Mola también envió un agente, el marqués de Portago, a Berlín. Los alemanes no podían creer que los emisarios de Franco y de Mola no se conocieran el uno al otro, y pidieron a Arranz que se presentara en un café concreto donde estaba sentado el hombre de Mola. Al ver que los dos españoles no daban muestras de reconocerse, se convencieron de la falta de coordinación que había entre el norte y el sur de España. Sobre este viaje, véase Valdeiglesias, *Así empezó* (Madrid, 1974), pp. 110-111.

personales, además de influencia alemana, con la venta de material de guerra a los rebeldes [27]. Bernhardt estaba buscando un nuevo mercado; pensó irse a la Argentina.

Mientras tanto, en París, el embajador español, Cárdenas, visitó a Léon Blum y, en nombre de Giral, presentó una petición de 20 bombarderos Potez, 50 ametralladoras ligeras Hotchkiss, 8 cañones Schneider con municiones, 1.000 fusiles Lebel, 250.000 cartuchos de ametralladora, un millón de cartuchos de fusil y 20.000 bombas. Dado que la industria de armamento francesa había sido nacionalizada, para realizar aquella compra se necesitaba la aprobación del gobierno francés. Con gran sorpresa de Cárdenas, Blum aceptó [28]. Pero, casi al mismo tiempo, en el Quai d'Orsay se recibió una lla-

[27] Testimonio de Bernhardt. Langenheim era ingeniero de minas. Véase también Herbert Feis, *The Spanish Story* (Nueva York, 1948), p. 280 y ss. y Viñas, p. 364.

[28] Testimonio del señor Cárdenas. Véase también los documentos franceses de Política Exterior 1936-1939 (a partir de aquí *FD*), vol. III, p. 52, que hablan de una petición de 20 aviones, el 24 de julio. Las otras peticiones constaban en la lista posterior. Véase *FD*, p. 61.



(Keystone.)

Tan pronto como Giral se hace cargo del gobierno solicita de Francia ayuda militar; Léon Blum, que preside el gabinete francés, está dispuesto a prestársela. Pero surgen dificultades, tanto por parte francesa como por presiones de Inglaterra, que desea mantenerse al margen del conflicto español, ante el temor de que acarree consecuencias internacionales. Las derechas francesas desencadenan un escándalo periodístico, y sólo gracias a la decidida actitud del ministro del Aire, Pierre Cot, los aviones podrán ser enviados al gobierno de Madrid. De estas primeras tensiones surgirá el Comité de No Intervención, que perjudicará a la República a lo largo de la guerra. La frontera francesa se cerrará y abrirá alternativamente para cortar los suministros bélicos o para darles paso libre. Pequeñas tolerancias permitirán insuficientes contrabandos. *La República sobrevivirá gracias al material de guerra que en grandes cantidades recibirá de la URSS por vía marítima.*

De no haberse producido en toda España el estallido revolucionario que desborda al gobierno, quizá las democracias le hubiesen prestado inmediata ayuda. Las noticias que se reciben ponen en guardia al gabinete conservador de Baldwin y dividen la opinión británica. Aunque el titular del Foreign Office, Anthony Eden, y el influyente Winston Churchill están en contra de cualquier dictadura, tampoco desean favorecer una situación que se anuncia caótica y perjudicial para los intereses británicos en España. La primera medida es enviar buques de guerra para la protección de los ciudadanos ingleses. En Gran Bretaña, nadie desea que surjan complicaciones internacionales a causa del conflicto español.

mada telefónica de Corbin, el embajador francés en Londres. Corbin, que personalmente se consideraba un hombre de derechas, era un intérprete celoso de los deseos ingleses. Según dijo, el gobierno británico estaba alarmado ante la reacción francesa con respecto a la crisis española. Anteriormente se había preparado una entrevista en Londres, para los días 23 y 24 de julio, entre los ministros de Asuntos Exteriores de Inglaterra, Francia y Bélgica, con el fin de discutir un posible acercamiento a Hitler y Mussolini para firmar un nuevo tratado de seguridad colectiva entre las cinco potencias. Ahora Baldwin quería que Blum acompañara a su ministro de Asuntos Exteriores, Delbos, a Inglaterra para hablar de España. Blum accedió, siguiendo el consejo de Alexis Léger, el martiniqués secretario general del Quai d'Orsay (autor de *Anábasis*, y más tarde famoso por haber obtenido el premio Nobel con el seudónimo de Saint-John Perse [29]). La pesadilla de Léger era que la Inglaterra de Baldwin pudiera apartarse de una Francia izquierdista para unirse a Alemania [30]. Al mismo tiempo, dimitía Cárdenas, el embajador español en París (a causa de sus simpatías nacionalistas), dejando encargados de la transacción de las armas a dos oficiales de las fuerzas aéreas españolas, Ismael Warleta y Juan Aboal, hasta que llegó de Ginebra Fernando de los Ríos, el profesor socialista y ex ministro, para hacerse cargo del asunto [31].

El 23 de julio, por la mañana, empezó la conferencia en Londres. Blum llegó a la hora del almuerzo. En el hall del hotel Claridge, Eden le preguntó: «¿Enviará armas a la República española?» «Sí», dijo Blum. «Eso es cosa suya —replicó Eden—, pero he de pedirle una cosa: sea prudente» [32].

Este consejo de Eden reflejaba naturalmente el deseo de paz que sentían los ingleses en aquellos momentos. El líder de la oposición, Clement Attlee, había manifestado las simpatías del Partido Laborista hacia sus camaradas españoles, cuando, el 20 de julio, había pedido «todo el apoyo posible»; sin embargo, la clase media y alta inglesa era partidaria de los nacionalistas; pero no había ni un solo político inglés que afirmara que su país había de complicarse a favor de uno u otro bando del conflicto. La cuestión era definir qué clase de neutralidad había que observar. El Partido Laborista, al principio, entendía que la neutralidad significaba que se podía permitir a la República que comprara armas en Inglaterra como en cualquier otro lugar. En esto estaban en desacuerdo con los críticos

[29] United States Foreign Policy (*State Department Papers*, a los que nos referiremos en adelante como *USD)*, 1936, vol. II, pp. 447-449. Los documentos del Gabinete Británico para el 16 de julio demuestran que el gobierno británico esperaba entonces que Blum fuera a Londres para encontrarse con Baldwin por primera vez.

[30] Sobre Léger, véase *The Diplomats 1919-1939* (Princeton, 1953), un conjunto de artículos editados por Gordon Craig y Félix Gilbert.

[31] Sanchís, p. 11. Cárdenas convocó al primer secretario de embajada, Cristóbal de Castillo, para excusarse por dejarle con aquellos problemas. Castillo dijo que él también dimitiría al cabo de poco, aunque lo retrasaría un día o dos para dificultar las cosas a la República. Cárdenas permaneció una semana más en París para hacer todo lo posible por impedir que se enviara material de guerra a la República, y se lo explicó privadamente a sus amigos de la embajada británica.

[32] *Les événements survenus*, pp. 216-217. Pero Eden dijo específicamente que recordaba que no se había hablado de España (Anthony Eden, *Facing the Dictators* [Londres, 1962], p. 406).



(Keystone.)



(Keystone.)

conservadores del gobierno, como Winston Churchill, el cual, aunque era tan contrario a Alemania e Italia como lo era la oposición, no creyó inmediatamente que el conflicto español tuviera ninguna trascendencia para Inglaterra. A Churchill le alarmaba el carácter revolucionario de la República, y, unos días más tarde, escribió a Corbin para protestar contra la ayuda francesa a la República, y para exigir «una neutralidad absolutamente rigurosa» [33]. Eden, en el Foreign Office, intentó asegurar que se realizara esta política, tanto por parte de Inglaterra como de Francia, aunque él, personalmente, odiara los gobiernos dictatoriales. Los ingleses suponían que la remilitarización de la zona del Rhin en febrero y la conquista italiana de Abisinia habían saciado a los dictadores, a los cuales se podría convencer ahora para que colaborasen en la creación de un nuevo orden europeo. El estallido de «la crisis española» representaba, ante todo, un desdichado obstáculo para este proyecto. Las instrucciones que Baldwin dio a Eden fueron las siguientes: «De ningún modo, prescindiendo de lo que haga Francia o cualquier otro país, debemos entrar en la lucha al lado de los rusos» [34]. La

[33] Winston Churchill, *The Gathering Storm* (Londres, 1948), p. 168. Churchill expuso muy claramente su actitud ante el recién nombrado embajador republicano en Londres, Pablo de Azcárate, en octubre. Al ser presentado a Azcárate por lord Robert Cecil, Churchill se puso rojo de cólera, y murmuró: «Sangre, sangre, sangre», y se negó a estrechar la mano que le tendía el español. (Memorias manuscritas de Pablo de Azcárate, que ha podido leer el autor, Ginebra, 1960). En agosto, Azcárate sustituyó a López Oliván.

[34] Thomas Jones, *Diary with Letters* (Londres, 1954), p. 231.

ANTHONY EDEN (1897-1977)

Robert Anthony Eden, lord Avon, puede ser recordado injustamente por algunos sólo como el hombre que llevó a Gran Bretaña a una de sus aventuras más desafortunadas, la invasión del canal de Suez, originando una polémica que prácticamente dividió al país. Sin embargo, aunque paradójicamente fuese una acción internacional la que arruinase su carrera política, Eden cuenta entre los diplomáticos más destacados de este siglo. «Especialista en situaciones desesperadas», su nombre va asociado a la mayoría de las grandes operaciones diplomáticas de su época, y sobre todo, durante los años treinta, fue para muchos el símbolo de la fidelidad a unos principios en un ambiente internacional totalmente enrarecido, el único que en un gobierno de «conciliadores» supo alzarse con firmeza frente a las dictaduras y los hombres que las representaban.

Anthony Eden nació el 12 de junio de 1897, en Windlestone-Hall, Durham (Inglaterra). Siguiendo la tradición familiar, realizó estudios en el célebre colegio de Eton. En 1923 obtiene un escaño en los Comunes como diputado conservador por Durham, puesto que

mantendrá durante treinta y tres años. Substituye a Samuel Hoare al frente del Foreign Office en diciembre de 1935. Con treinta y ocho años, era el ministro de Asuntos Exteriores más joven que Gran Bretaña había tenido desde hacía un siglo.
Su primera preocupación al estallar la guerra civil española fue la de conservar el equilibrio de poderes en Europa. Frente a las ayudas exteriores que empezaban a recibir los dos bandos, propugnó la política de no intervención, esperando que los dictadores siguieran su ejemplo. Esperanzas defraudadas, que progresivamente fueron inclinando sus preferencias por una de las partes: «Cuando comenzó la guerra civil española yo no simpatizaba políticamente con ninguno de los dos bandos... Desde los primeros meses de 1937, si hubiera tenido que elegir, hubiese preferido una victoria gubernamental.» En mayo de 1937, Neville Chamberlain substituye a Baldwin como primer ministro. A diferencia de su predecesor, Chamberlain estaba decidido a dirigir personalmente la política exterior. Negocia directamente con Mussolini y rechaza una propuesta de Roosevelt para reunir una conferencia internacional que examinase la situación europea. Eden, que no estaba dispuesto a admitir esta situación, dimitió el 19 de febrero de 1938.
Churchill, que había sucedido a Chamberlain en abril de 1940, le elige como secretario de estado para la Guerra y, desde 1941, como ministro de Asuntos Exteriores. En calidad de tal, participa en las grandes conferencias de Washington, Moscú, Teherán, Yalta y Potsdam. En 1951, tras la victoria conservadora en las elecciones generales, vuelve a hacerse cargo de la cartera de Asuntos Exteriores. En abril de 1955 sucede a Churchill al frente del gabinete británico. Sus comienzos fueron afortunados, ya que en las elecciones del mes siguiente los conservadores aumentaban su mayoría. Sin embargo, en poco tiempo, la crisis del canal de Suez y el deterioro progresivo de su salud le llevaron a presentar su dimisión el 9 de enero de 1957. Murió el 14 de enero de 1977.

única medida que había adoptado Eden, de hecho, había sido ordenar a los buques de guerra ingleses que se dirigieran a los puertos españoles para proteger las vidas inglesas [35]. También había recibido al embajador español, López Oliván, y le había dicho que no habría ninguna prohibición para la exportación de aviones civiles a España y que, aunque una petición de material militar requeriría un permiso especial, «se consideraría el caso» [36]. El mismo día, 28 de julio, Eden dijo al gobierno británico que se seguiría el «procedimiento ordinario» si el gobierno español, o los rebeldes, querían

[35] Eden, p. 401. El 24 de julio, diecinueve barcos, en parte de la flota nacional y en parte de la flota mediterránea, quedaron distribuidos alrededor de la costa española.
[36] Eden, p. 400; también *FO* 371/21524/224-225.



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

comprar armas; y «desde luego estaba descartada la intervención» [37]. Entretanto, ya se había realizado la primera venta de aviones, privadamente: British Airways había vendido cuatro aviones Fokker para transporte de pasajeros, por 38.000 libras, a un representante de Franco, un tal señor Delgado, de la Compañía Petrolera Ibarrola, de Ceuta. Pero los franceses se negaron a dejarlos despegar de Burdeos cuando hicieron escala allí para repostar [38]. El 31 de julio, sin embargo, el gobierno británico presentó una prohibición unilateral de envíos de armas a España.

[37] *CAB* 23/85/130.
[38] *FO* 371/205/24/243.

(FIEHS-CEHI, Univ. de Barcelona.)

Si la opinión inglesa se divide en relación con los problemas de España, la mayoría se pronuncia por el gobierno, por los combatientes, por los obreros, por los niños de la zona republicana. Su propaganda es más directa y eficaz, aunque en ocasiones se manifieste de manera insólita, como lo será esta caravana ciclista que dos años después se trasladará desde Glasgow a Barcelona. Peticiones de ayuda para las víctimas de los bombardeos de Madrid, que iban a conmover la opinión mundial, solidaridad con el pueblo español o llamamientos a la conciencia sobre los horrores de la guerra figurarán entre los principales motivos y temas.

El embajador inglés en España, sir Henry Chilton, entretanto, después de enviado sin ceremonia y presurosamente desde San Sebastián a Zarauz antes de llegar a Francia el 1 de agosto, había trasladado la embajada británica a una tienda de comestibles de Hendaya, en el lado francés del Puente Internacional [39]. Era un diplomático sin imaginación, de la vieja escuela: su colega americano, Claude Bowers, cuyas simpatías estaban claramente con la República, informó a Washington de que todo lo que hacía Chilton estaba «encaminado a atacar al gobierno y ayudar a los insurgentes» [40]. Además, Chilton estaba convencido de que la victoria de Franco sería mejor para Inglaterra [41].

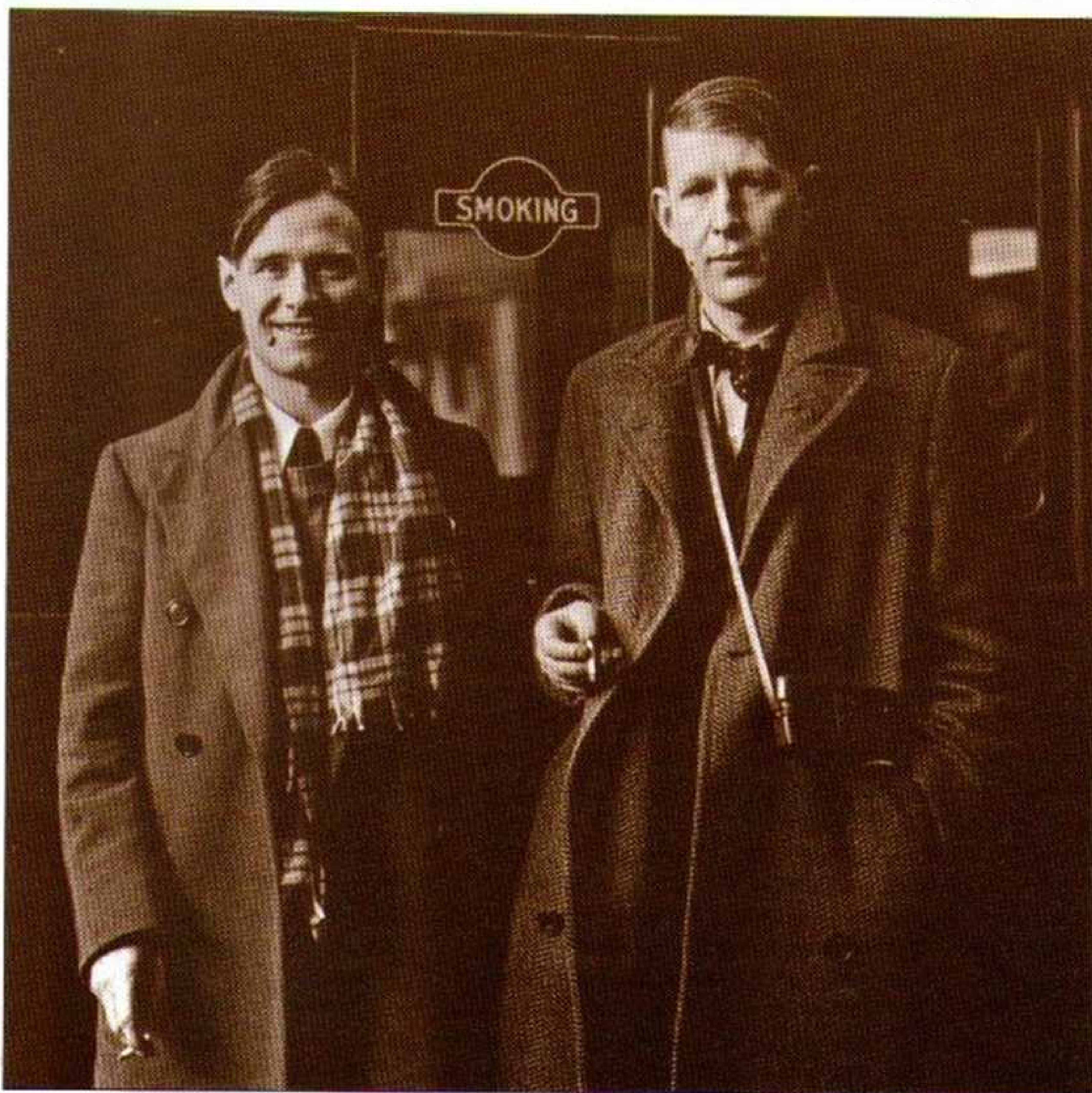
La opinión pública inglesa no tardó en apasionarse tanto por la guerra española como lo había hecho por la revolución francesa. El Club del Libro de Izquierdas, del editor Victor Gollancz, que se proponía editar cada mes un libro contra «el fascismo y la guerra», había empezado a funcionar en mayo. Inmediatamente después, se había creado el Club del Libro de Derechas. Este interés literario por la política era el reflejo de grandes problemas sociales, así

[39] El cuerpo diplomático ya había salido de Madrid con destino a la capital veraniega de San Sebastián antes del alzamiento. En agosto, ya estaban todos instalados sanos y salvos (después de varias aventuras) en San Juan de Luz, al otro lado de la frontera francesa. Las embajadas en Madrid estaban en manos de miembros jóvenes del cuerpo diplomático, o de cónsules. Por entonces no había embajador alemán en España, ya que, desde que el conde Welczeck en abril se había ido a París, no había sido nombrado nuevo embajador.

[40] *USD*, 1937, vol. I, p. 224.

[41] Cit. por Dante Puzzo, *Spain and the Great Powers* (Nueva York, 1962), p. 100.

«Entre los intelectuales ingleses de izquierda, España se convirtió en el centro de interés de su vida, su trabajo y su inspiración artística.» El poeta y dramaturgo Wystar Hugh Auden (a la derecha), retratado con un amigo en el metro de Londres en la época en que vino a España. Cuando escribe Spain 1937 *tenía treinta años de edad. La intelectualidad inglesa se inclina mayoritariamente y con entusiasmo hacia la causa republicana.*



(Radio Times H.P.L.)

A principios de agosto, el doctor Arthur Hinsley, arzobispo de Westminster, escribe esta carta a The Daily Mail, *en cuyo texto expresa su alarma, dolor y repulsa por las matanzas de sacerdotes, monjas y católicos en general, y por las destrucciones de templos. Recomienda a sus diocesanos una oración por los perseguidos.*

como de las alarmas generales, morales o internacionales, que causaban el señuelo de Rusia, el declive de la religión, «el hundimiento de las tradiciones» y el ascenso de Hitler. La oposición laborista oficial al gobierno de Baldwin parecía ineficaz. En el desierto político existente descollaban dirigentes competentes como Churchill y Lloyd George. La época quedaría bien definida por W. H. Auden en su poema *España 1937:*

> Mañana, para los jóvenes, los poetas estallan como bombas,
> Para mañana los paseos junto al lago, las semanas de comunión perfecta;
> Para mañana las carreras de bicicletas
> Por los alrededores, las tardes de verano. Pero hoy, la lucha.

Ahora es oportuno reproducir otros versos del mismo poema:

> ¿Qué te propones? ¿Construir la ciudad justa? Sí.
> Estoy de acuerdo. ¿O buscas el pacto suicida, la muerte romántica?
> Muy bien, lo acepto porque yo soy tu elección, tu decisión.
> Sí, yo soy España [42].

Entre los intelectuales de izquierdas, España se convirtió en el centro de interés de su vida, su trabajo y su inspiración artística. Stephen Spender escribió que España «ofrecía un 1848 al siglo XX» [43]. Philip Toynbee, un universitario miembro del Partido Comunista, recordaba cómo las noticias de la guerra española le habían inducido a pensar que, por lo menos, «alguien se había quitado los guantes en la lucha contra el fascismo» [44]. Rex Warner, también simpatizante republicano, escribió que «España ha rasgado el velo de Europa». Entre la mayoría de los intelectuales, no hubo dificultad alguna para decidir qué bando de la guerra era «el bueno». Para Cecil Day Lewis, futuro poeta laureado, la guerra era un combate de «la luz contra la oscuridad». España daba a los intelectuales ingleses una sensación de libertad, la idea de estar colaborando con los desposeídos de un país semidesarrollado, y, sobre todo, la ilusión de que su «acción» podía ser eficaz [45]. «España» parecía una

[42] Auden cambió los versos de este excelente poema en ediciones posteriores, para suavizar su intención militante.
[43] Stephen Spender, *World within World* (Londres, 1951), p. 187.
[44] Philip Toynbee, *Friends Apart* (Londres, 1954), p. 85.
[45] Nancy Cunard y la revista *Left Wing* hicieron una encuesta entre los escritores ingleses y les preguntaron a qué bando «apoyaban». Sólo cinco —entre ellos Evelyn Waugh, Eleanor Smith y Edmund Blunden— estaban a favor de los nacionalistas. Ruby Ayres, Norman Douglas, T. S. Elliot («Sigo convencido de que es mejor que por lo menos unos cuantos hombres de letras permanezcan aislados y no tomen parte en estas actividades colectivas»), Charles Morgan, Ezra Pound, Alec Waugh, Sean O'Faolain, H. G. Wells y Vita Sackville-West se encontraban entre los dieciséis que se declararon neutrales. Los cien escritores restantes se manifestaron, muchos en términos apasionados, a favor de la República. Entre éstos se contaban Auden («La lucha en España ha sido como unos rayos X para las mentiras sobre las que está basada nuestra civilización»), George Barker, Samuel Beckett (que se limitó a escribir con mayúsculas, en el admirado estilo de *Godot:* «¡VIVA LA REPUBLICA!»), Norman Collins, Cyril Connolly, Aleister Crowley, Havelock Ellis, Ford Madox Ford, David Garnett, Louis Golding, Lancelot Hogben, Laurence Housman, Brian Howard, Aldous Huxley, Storm Jameson, Dr. Joad, Harold Laski, John y Rosamond Lehmann, Eric Linklater, F. L. Lucas, Rose Macaulay, A. G. Macdonnel, Louis MacNeice, Francis Meynell, Naomi Mitchison, Raymond Mortimer, John Middleton Murry, Sean O'Casey, V. S. Pritchett, Herbert Read, Edward Sackville-West, Stephen Spender, James Stephens, Sylvia Townsend Warner, Rebecca West y Antonia White.

"THIS CRUEL ANARCHY"

Archbishop of Westminster's Letter

"The Daily Mail" has received the following letter from the Archbishop of Westminster (Dr. Arthur Hinsley):

THE tragedy of Spain fills us with grief and concern. We read of wholesale murders, of massacres of priests and of religious men and women. Churches and convents have been burnt to the ground. The terror would seem to aim at the wreck of Christianity and the ruin of civilisation.

Human sympathy, not to say Christian feeling for our fellow-men and brethren, will not allow our cry of protest to be stifled and should lead us to lift out hearts in supplication to God for the victims of this cruel anarchy.

Our pity is the deeper because the faithful in Spain as such are innocent of the fratricidal conflict which has been made the occasion of their persecution.

Perhaps also this tragedy touches us nearer than we appear to think, and we may well reflect that our own house is in danger when our neighbour's party wall is aflame.

SINISTER FORCES

At least we ask that we in this country shall not be entangled in the schemes of those sinister forces which are fanning and feeding the conflagration.

Christ foretold that His followers should suffer and be known by the mark of the Cross; He pronounced them blessed when reviled and ill-treated for His Name's sake. St. Peter writes: "Think not strange the burning heat which is to try you, as if some new thing happened to you." (I Peter, iv., 12.)

The Church of God is no stranger to the violence and hatred of the "gates of Hell," but the patience of Christians under persecution does not justify indifference to the fate of our country and of Christian civilisation.

DAILY PRAYER

We have ordered the following prayer from the Missal to be said daily in the Diocese of Westminster till further notice:

"Almighty and everlasting God, in whose hand are all the might and all the lordship of the kingdoms of the earth; look upon and help Christendom, and with the power of Thy right arm crush the heathen peoples whose trust is in their ferocity. Through Christ Our Lord."

From one who is on the scene of the outrages, Mgr. Edwin Henson, rector of the English College, Valladolid, I have to-day received the statement which I append, and which will, I think, be read with interest.

August 6.

+ Arthur

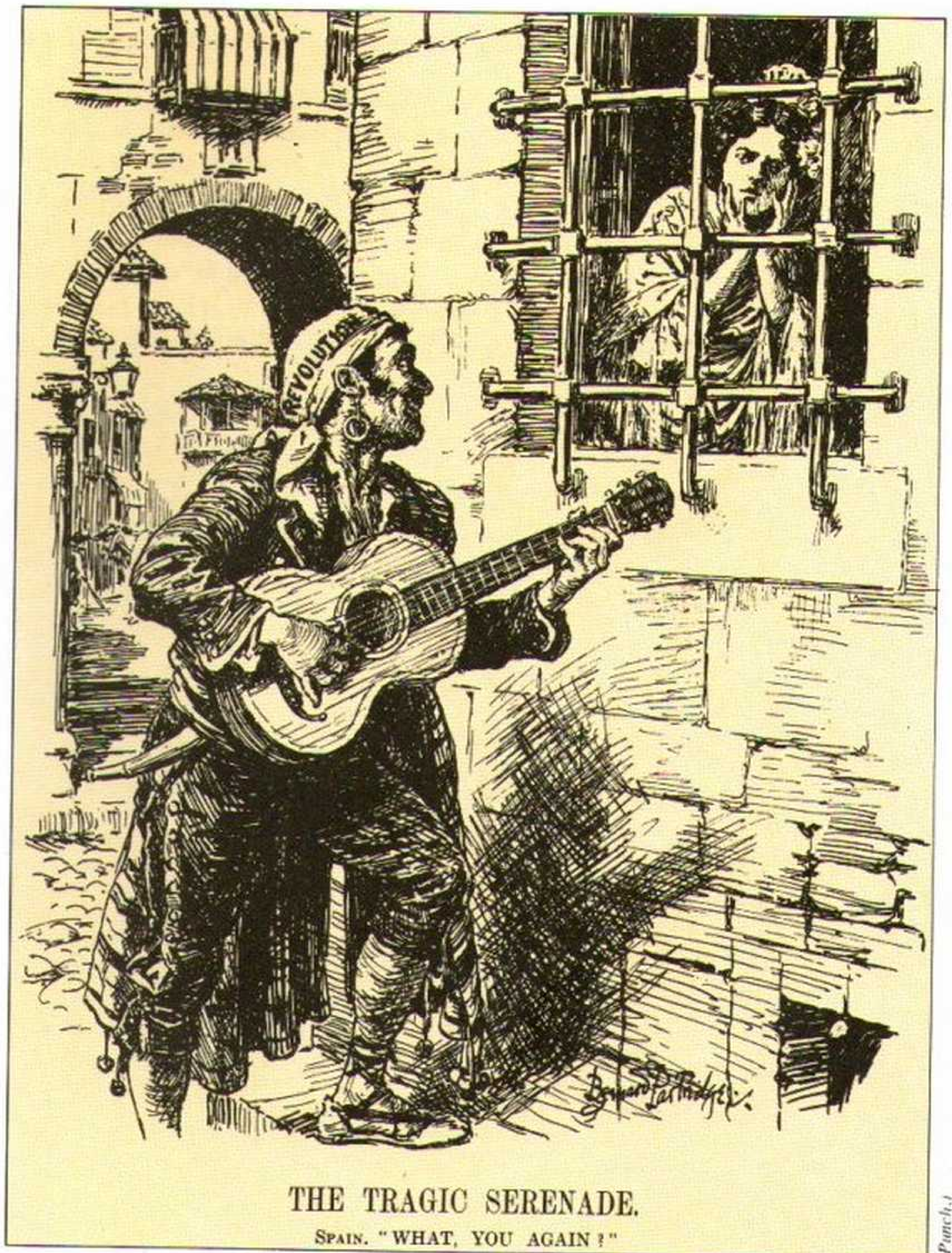
Archbishop of Westminster.

(The British Library Newspaper Arch.)

realidad, e Inglaterra una ficción, muy autocomplaciente, que sólo podía ser despertada «por el estruendo de las bombas» [46].

Pero la sociedad británica, en general, se encontraba dividida: el *Morning Post*, el *Daily Mail*, el *Daily Sketch* y el *Observer* apoyaban a los nacionalistas, y el *News Chronicle*, el *Daily Herald*, el *Manchester Guardian*, el *Daily Express* y el *Daily Mirror* eran republicanos en un sentido amplio. *The Times* y *Daily Telegraph* intentaban ser imparciales. El *Punch* hizo su primera alusión a la guerra civil el 29 de julio, con uno de los famosos chistes de sir Bernard Partridge: un guitarrista llamado «Revolución» se presenta ante la reja de una mujer de aspecto triste en una calle sevillana. «¿Tú otra vez?»», dice ella. Evidentemente, se suponía que las izquierdas eran quienes habían empezado la guerra. El 12 de agosto, sir Bernard se mostraba menos partidista. Sobre un fondo de ciu-

[46] Orwell, p. 248.



La centenaria revista humorística Punch *publica en el verano de 1936 estas dos caricaturas alusivas a la revolución y a la guerra que se han desencadenado en España. En la primera de ellas no se alude todavía a la guerra civil, que ya se había iniciado, sino a la revolución que espanta a la mujer de la reja (España). En el dibujo de la derecha se representa a la nación como víctima del enfrentamiento partidista que, parece dar a entender, se desarrolla al margen o contra su voluntad. La indumentaria y costumbres españolas las concibe sir Bernard Partridge dentro de un tipismo arcaizante y convencional. ¿Comprenden en su verdadera dimensión los ingleses, y el mundo en general, la tragedia que está viviéndose en España? ¿O se dejan influir por esquemas políticos, socioeconómicos y mentales tocados de pasión relacionada con intereses y convicciones propias? Una parte de la prensa deja de ser fuente informativa para convertirse en arma de combate; si algunos logran abrirse paso en la confusión de noticias contradictorias, exageraciones y deformaciones, otros ni se lo proponen siquiera.*

dades en llamas, dos bandidos se disputan a la damisela España: el comunismo y el fascismo. El primero lleva un pañuelo atado a la cabeza. Y el segundo un sombrero negro. Una nota más aguda y contemporánea fue la que dio Low en su serie de dibujos «El baño turco», publicada en el *Evening Standard* el 29 de julio. Bajo el título «Revolución en nuestro baño turco: Blimp se subleva», el coronel Blimp, blanco favorito de los chistes de las izquierdas, aparecía radiando una proclamación desde la sala de baños.

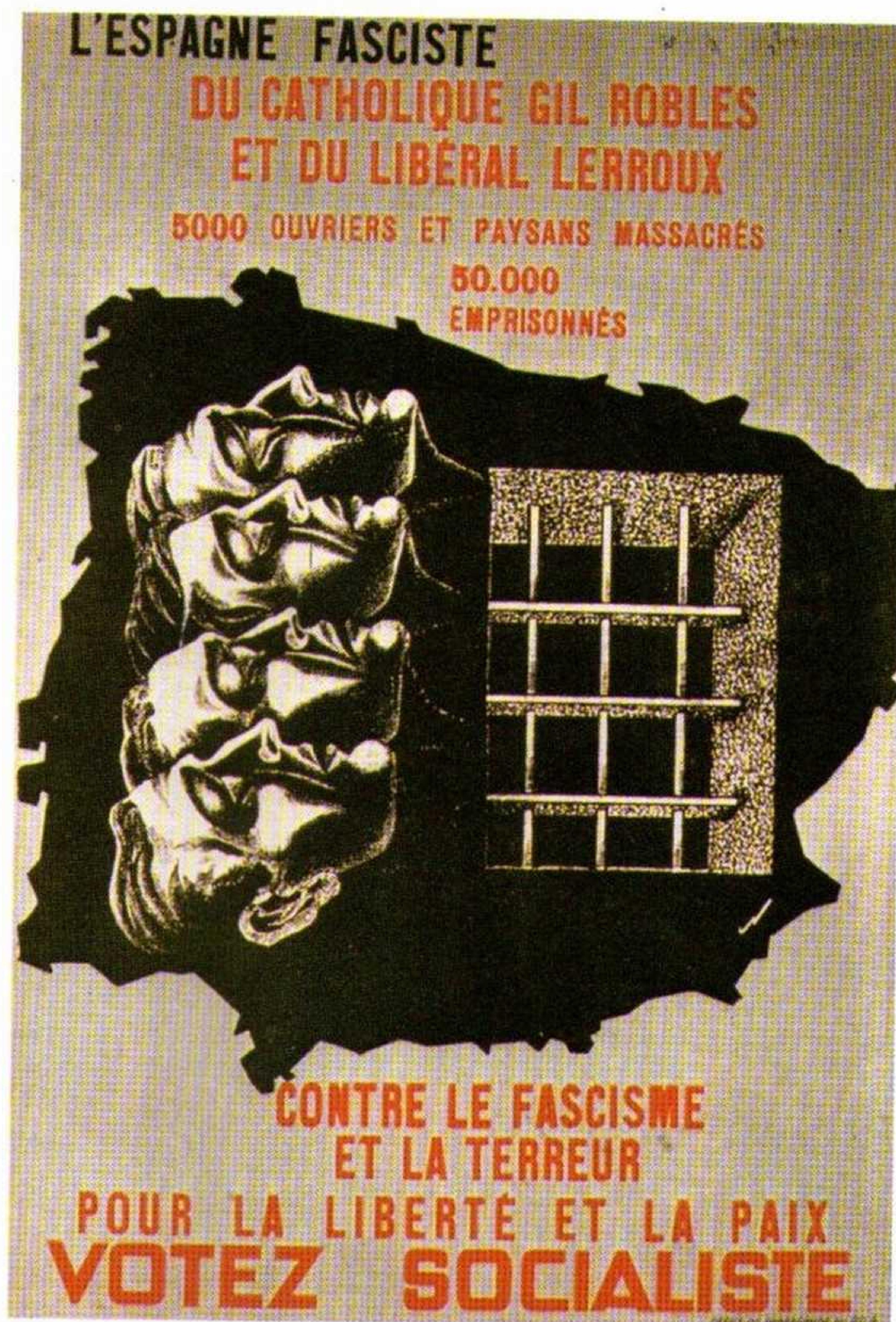
En Francia, la opinión pública todavía estaba más apasionada que en Inglaterra. La mayoría de los escritores franceses destacados adoptaron rápidamente una posición, aun en los casos en que más tarde la cambiaron, por ejemplo, en el de François Mauriac [47]. Al fin y al cabo, España estaba más cerca de Francia que de Inglate-

[47] Un análisis excelente es el de D. W. Pike, *Conjecture, Propaganda and Decrett* (Stanford, 1970).



THE VICTIM.
SPAIN. "WHICHEVER WINS, MY AGONY ENDURES!"

(Punch.)



Los franceses se muestran muy sensibles ante los acontecimientos de España. Comunistas y socialistas, tan numerosos como organizados, apoyan por todos los medios al gobierno del Frente Popular español; lo mismo hacen los progresistas de otros matices. Pero si el apasionamiento por cuanto acontece al otro lado de los Pirineos aumenta en extensión e intensidad, las posiciones estaban tomadas tiempo atrás. En este cartel de propaganda electoral, los socialistas pedían su voto a los electores aduciendo como ejemplo negativo el «bienio negro» español, y englobaban en el calificativo de «fascista» al católico Gil Robles y al liberal Lerroux. Las cifras de muertos y presos como consecuencia de la represión de Asturias en 1934, si en España se habían exagerado, en Francia lo fueron más todavía.

(FIEIS-CEHI, Univ. de Barcelona.)

rra, y el Partido Comunista en Francia era mucho mayor y más serio. Las heridas de la guerra mundial eran mayores. En Francia, las izquierdas veían a España como el «símbolo de la libertad en peligro» y la «prefiguración de nuestro propio futuro», como decía André Chamson. Las derechas francesas, que eran más distinguidas intelectualmente, menos constitucionales y más decididas que en cualquier otra de las democracias restantes, consideraban a España como el único país donde se estaba resistiendo al comunismo. Los *Camelots du Roi* pensaban, igual que Philip Toynbee, que alguien se había quitado los guantes, para luchar «contra la revolución». Para la opinión pública, las izquierdas habían tomado la iniciativa.

21

Blum regresa a París

Mientras Eden y Blum celebraban consultas en Londres, el socialista humanista Fernando de los Ríos, el nuevo representante provisional republicano en París, visitaba a Daladier, el ministro de la Guerra francés, a Pierre Cot, el ministro del Aire, y a Jules Moch, subsecretario del gobierno de Blum. Los franceses se comprometieron a proporcionar pilotos que llevaran a España los bombarderos Potez que habían pedido los españoles. «Un miembro del gobierno francés» dijo secretamente al conde Von Welczeck, embajador alemán en París [1], que Francia se disponía a entregar a la República española armas y bombarderos [2]. Welczeck comunicó la noticia al doctor Hans Heinrich Dieckhoff, ministro de Asuntos Exteriores alemán en funciones, un solemne diplomático de carrera, que pidió a la embajada alemana en Londres que hablara del asunto con Eden [3]. A pesar de esto, Dieckhoff informó al ministerio de la Guerra alemán de que él pensaba que la idea de ayudar a Franco (para entonces ya había llegado la petición que Beigbéder había telegrafiado desde Tetuán) estaba «fuera de lugar» [4]. Así pues, el ministerio alemán de Asuntos Exteriores reaccionó ante la crisis española de una forma similar al británico. El apoyo a cualquiera de los dos contendientes aumentaría el peligro de una guerra general. Para entonces, los enviados de Franco a Hitler no habían pasado de Sevilla, donde estaban detenidos por una avería de su avión [5].

El 24 de julio por la tarde, Léon Blum y Delbos volvieron a París. En el aeropuerto de Le Bourget les estaba esperando el elegante ministro radical Camille Chautemps. Les explicó que la noticia de la decisión del gobierno de ayudar a la República española había llegado a oídos del publicista de derechas Henri de Kerillis (probablemente a través de Welczeck). Kerillis ya había denunciado el plan en las columnas de *L'Echo de Paris*. «Nadie puede entender —dijo Chautemps— por qué vamos a arriesgarnos a una guerra para ayudar a España cuando no lo hicimos por el asunto del Rhin» [6]. Estaba empezando lo oposición radical a la idea de ayudar a España. Todavía resonaban en los oídos de Blum estas palabras, y las que le había dicho Eden, cuando, aquella misma noche, vio a De los Ríos, junto con Daladier, Cot, Vincent Auriol (ministro de Hacienda) y Delbos [7].

[1] Welczeck había sido embajador en Madrid hasta el mes de abril precedente. Había sido amigo del rey Alfonso, y era antinazi, un notable cazador y un incansable hombre de mundo.
[2] *GD*, p. 4.
[3] *Loc. cit.*, nota.
[4] *Op. cit.*, p. 7.
[5] Viñas, p. 395.
[6] *Les événements survenus*, p. 217.
[7] Lo que sigue está basado en una carta de De los Ríos a Giral, una copia de la cual fue robada de la casa del cónsul general español, Cipriano Rivas Cherif, en Ginebra, y publicada en plan sensacionalista a finales de 1936. Véase *Il Messagero*, 10 de diciembre de 1936. La carta puede verse en facsímil en Francesco Belforte. *La guerra civile in Spagna* (Milán, 1938-1939), vol. I, p. 192. De los Ríos aceptó su autenticidad.


(*Mundo Gráfico*, 23-9-36. Arch. B. M. Patino.)

FERNANDO DE LOS RIOS URRUTI (1879-1949)

Catedrático y político socialista, era sobrino de don Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza, en la que se educó, y cuya mentalidad y formas de vida impregnaron toda su existencia. Persona elegante y distanciada, resultaba distinto de la mayoría de sus correligionarios de la época.
Catedrático de Derecho Político en la universidad de Granada, alternó las tareas docentes con la actividad política como diputado socialista desde 1919, año en que, con Largo Caballero y Araquistain, ya entonces directivos del PSOE (Partido Socialista Obrero Español), representó a España en la Conferencia del Trabajo celebrada en Washington. Al año siguiente viajó a la Unión Soviética, y a su regreso preparó un informe sobre el proceso de la revolución rusa que influyó no poco en la negativa del PSOE a integrarse en la Tercera Internacional.
Se enfrentó abiertamente a la Dictadura de Primo de Rivera, y salió de España para enseñar en distintas universidades de México y Estados Unidos. Participó, a título personal, en el Pacto de San Sebastián (agosto de 1930), y trabajó activamente en la conspiración republicana, formando parte del comité revolucionario. Por ello, fue juzgado por el Consejo Supremo de Guerra y Marina el 20 de marzo de 1931. La sentencia —seis meses de prisión— significó el triunfo moral de los encausados y su inmediata puesta en libertad condicional. Del banquillo de los acusados pasó Fernando de los Ríos a ser ministro de Justicia al proclamarse la Se-

gunda República, el 14 de abril de 1931. Como tal tuvo que afrontar las tensas relaciones entre la Iglesia y el Estado, agravadas por la quema de conventos (mayo de 1931) y que terminaron con la expulsión del territorio nacional del cardenal primado, don Pedro Segura. En este contexto promulgó el decreto de 22 de mayo de 1931 que establecía la separación de la Iglesia y el Estado y la libertad de cultos.
De los Ríos fue diputado por Granada en las tres legislaturas de la Segunda República. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en el primer gobierno constitucional de Azaña (diciembre 1931-junio 1933), llevó a cabo buena parte de la ingente labor de la Segunda República en el terreno de la educación, tanto elemental (creación de 7.000 escuelas en 1931, 2.580 en 1932 y 3.900 en 1933), como superior (reforma de la facultad de Filosofía y Letras, creación de una facultad de Pedagogía, etcétera). En el segundo gobierno de Azaña (junio-septiempre de 1933) ocupó la cartera de Estado, actualmente denominada de Asuntos Exteriores, siendo esta su última gestión ministerial.
Al estallar la guerra civil, Fernando de los Ríos fue nombrado embajador de España en Washington. Derrotada la República, permaneció en Nueva York, enseñando en la New School. **De 1945 a 1947, cuando más difícil era la posición internacional de Franco, Fernando de los Ríos desempeñó la cartera de Asuntos Exteriores en el gobierno de la República en el exilio.**
Profesional de sólido prestigio en el ámbito del Derecho y de las Ciencias Sociales, destacan entre sus obras Los orígenes del socialismo moderno **(1911) y** Mi viaje a la Rusia sovietista **(1921), así como numerosos trabajos breves, dispersos por periódicos y revistas especializadas, que no han sido reeditados en España hasta fecha muy reciente.**

De los Ríos

De los Ríos señaló a Blum que la guerra civil «no podía considerarse estrictamente nacional» debido a la estratégica relación de España con Italia y Marruecos. Blum seguía deseando ayudar a la República. Los contratos para la entrega de los aviones ya estaban preparados. Pero no quería actuar prescindiendo de las advertencias de Eden. De manera que preguntó si no sería posible que fueran pilotos españoles los que llevaran los aviones a España. De los Ríos dijo que la escasez de pilotos lo haría imposible. Además, su gobierno esperaba quedarse con los pilotos franceses a su servicio. En este momento, Daladier recordó un tratado francoespañol de 1935. Una cláusula secreta del mismo preveía que España podría comprar material de guerra a Francia por valor de 20 millones de francos. De los Ríos y Blum convinieron en que el envío de aviones y demás material se podría hacer acogiéndose a esta cláusula. Aquella misma noche, De los Ríos fue despertado por Pierre Cot, un profesor radical de derecho internacional que, gracias a su antifascismo, se estaba inclinando hacia la extrema izquierda, y que le telefoneó pidiéndole que fuera inmediatamente a verle a su casa. Así lo hizo, y Cot le dijo que no había manera de convencer a Delbos de que permitiera que fueran pilotos franceses quienes llevaran los aviones a España. Cot, por tanto, había sugerido que los llevaran hasta el sur de Francia, y que, a partir de allí, se ocuparan del transporte los españoles. Esto parecía una buena fórmula de compromiso.
A la mañana siguiente, el 25 de julio, De los Ríos fue a visitar al ministro del Aire francés. Todo parecía favorable para la entrega. Pero, mientras tanto, Castillo, el consejero de la embajada española, se negó a firmar los documentos necesarios. Barroso, el agregado militar, también se negó a firmar el cheque que cubría el precio de los aviones. Acto seguido, ambos dimitieron, alegando que no querían participar en la compra de unas armas que iban a ser utilizadas contra su propio pueblo. Informaron a la prensa de cuanto se estaba haciendo [8]. El escándalo fue inmediato. Todos los periódicos franceses de la tarde, especialmente *L'Echo de Paris*, publicaron narraciones sensacionalistas, sobre el «tráfico de armas».

La angustia de Blum

Lebrun, el presidente, advirtió a Blum que estaba llevando a Francia a la guerra. Herriot, ex jefe de gobierno y presidente de la cámara de diputados, hizo lo mismo: *«Ah, je t'en prie, mon petit, je t'en prie, ne vas pas te fourrer là-dedans!»* [9]. El jefe de gobierno estaba sumamente angustiado. Por la tarde se reunió el gobierno francés. Daladier y Delbos fueron los portavoces de la oposición a la entrega de armas a España, y Cot, el portavoz de la aceptación. Finalmente, el gobierno anunció en un comunicado que rehusaría la

[8] Barroso, amigo de Franco, al que había acompañado a Londres como ayudante en el funeral de Jorge V, luego pasó a formar parte de la plana mayor de Franco.
[9] *Les événements survenus*, p. 217.



(Serv. Histórico Militar.)

Desde la iniciación de la guerra, ambos contendientes atribuyen gran importancia a la fuerza aérea, a pesar de que su eficacia, dado lo anticuado del material de que se dispuso, era más de índole psicológica que puramente bélica. La dispersión de los primeros momentos y la crisis de autoridad hacen que la superioridad gubernamental, que se reflejaba en el número de aparatos y personal, y de altos mandos aéreos, no fuera aprovechada de manera eficaz. En Sariñena tiene su base la escuadrilla «Alas Rojas», cuyos menguados efectivos cubren el frente de Aragón.

petición de armas del gobierno español. Pero no se pondrían impedimentos para la realización de transacciones privadas, siempre que los aviones no fueran armados. Y, en consecuencia, no se enviarían bombarderos. Pero estas normas no se cumplieron. Se prepararon en secreto una serie de aviones militares. Durante el día, llegaron a Le Bourget 140.000 libras en oro, de las reservas de oro español, como garantía de pago. Pierre Cot, el ministro del Aire, organizó todas estas transacciones, y su *chef du cabinet,* Jean Moulin (el futuro héroe de la Resistencia), se encargó de reunir un equipo de especialistas en cuestiones de aviación para ocuparse del envío. El joven ministro de Deportes, Léo Lagrange también colaboró. El Byron de la época, André Malraux, que entonces estaba muy cerca de los comunistas, actuó durante un tiempo como intermediario en nombre del gobierno español [10], aplicando «la inventiva de un gran novelista a la compra y el contrabando de armas» [11]. Malraux había venido a España el 20 de julio; y se había convencido de que el destino de la República dependía de la fuerza

[10] Malraux se había hecho mundialmente famoso en 1934 con la publicación de *La condition humaine*. Puede que Malraux nunca fuera comunista, pero fue la causa de que llegaran a serlo miles de jóvenes.
[11] Fischer, p. 334. Malraux creía entonces que el marxismo era «el único organismo capaz de oponerse con fuerza al fascismo». Véase Walter G. Langlois, «Aux sources de l'espoir», *La Revue des Lettres Modernes*, 1973, 5.

La preocupación por la posible compra de aviones por parte del enemigo es constante; la situación podría inclinarse en favor de quien los consiguiera primero. Un telegrama cifrado de Mola a Franco, y su correspondiente traducción, demuestran que los nacionalistas están informados de que el gobierno de Madrid envía a París 7.000 kilogramos de oro para la adquisición de material y en particular aviación.

nº 80 p 56 - 5 - 9'30

144

TELEGRAMA OFICIAL CIFRADO.

Burgos, 5 de Agosto de 1936.

GENERAL JEFE EJERCITO NORTE

A

GENERAL FRANCO........ TETUAN.

CLAVE REUNION.- «Recogida ayer espoleta avión enemigo distinta reglamentaria nuestro Ejército. Stop. Tengo noticias enviaronse Francia a Madrid 4038-4108-0742-1357-3525-5862- 1096-2685-2248-2397-2018-5525-3449-4742-1300. Stop. Douglas 8661-4108-6878-6540-0713-2642- 7322-5767-2058-8534-4297-2640-6525-8600.

9'56

De O. de S.E.

El Coronel Jefe de E.M.



(Serv. Histórico Militar.)

145

5-VIII-1.936

General Jefe Ejercito del Norte

a

General Franco

Recogida ayer espoleta avión enemigo, distinta reglamentaria nuestro ejercito. Tengo noticias enviaronse Francia Madrid, algunos aviones Potez, adquiridos Douglas, sigue transportando oro a Paris.

(Serv. Histórico Militar.)

aérea [12]. A partir de entonces, la embajada española en París se convirtió en una «verdadera caravana» donde, a todas las horas del día y durante muchas de la noche, iban y venían individuos de todas las nacionalidades, ofreciendo toda clase de armas, municiones y aviones, a todos los precios; con De los Ríos, un tanto incauto, como presidente de la comisión de compra de armas durante unas semanas [13]. Al cabo de algunos meses, sin embargo, la República empezó a utilizar los canales bancarios normales: tenía su cuenta en el Chase National Bank, también utilizado en París por los rebeldes [14].

Mussolini envía Savoias a Franco

En el ambiente más reservado de Roma, el 25 de julio, Antonio Goicoechea, acompañado por Pedro Sáinz Rodríguez, el ideólogo monárquico, llegó para apoyar las peticiones de armas de Bolín. Explicaron satisfactoriamente al conde Ciano la conexión que había entre los conspiradores de 1934 (entre quienes había estado presente Goicoechea) y los rebeldes de 1936 [15]. A Mussolini le influyeron los rumores de la ayuda francesa a la República. Ciano seguía entusiasmado con la idea de ayudar a Franco, y prevaleció su opinión. Italia se dispuso a enviar doce bombarderos Savoia 81 a Marruecos en los próximos días. Una llamada telefónica del ex rey Alfonso, que estaba en Checoslovaquia, con la princesa Metternich, a Mussolini aceleró el envío [16]. Para entonces también estaba en Roma el archifinanciero Juan March, que estaba consiguiendo créditos para estos primeros envíos italianos y coordinando otras políticas financieras para los rebeldes [17].

[12] Jean Lacouture, *André Malraux* (París, 1973), p. 227. Malraux volvió a España el 25 de julio en un Lockheed Orion perteneciente al ministerio del Aire francés, como observador no oficial del gobierno galo y como presidente del Comité Mundial contra el Fascismo y la Guerra. El avión en que viajaba Malraux iba pilotado por el famoso aviador francés Edouard Corniglion-Molinier.

[13] Azcárate, Manuscrito, p. 20. La postura francesa oficial de no intervención causó profundas divisiones y discusiones en la Segunda Internacional, uno de cuyos dirigentes era el Partido Socialista francés. Por ejemplo, la división en el Partido Socialista belga (que por entonces participaba en el gobierno de Bélgica) duró hasta 1940.

[14] Véase *FO* 371/21395/XM 03346.

[15] *Cruzada*, X, p. 126. Bolín, pp. 170-171. Attilio Tamaro (*Venti Anni di Storia*, Roma, 1954, vol. III, p. 2000) dice que Mussolini se negó en dos ocasiones a enviar la ayuda que pedía Franco y sólo accedió cuando se enteró de que Blum estaba ayudando a la República. Probablemente esto fue un factor importante para que se decidiera, aunque no el decisivo. En compañía de Calvo Sotelo, Goicoechea había hablado con Mussolini en 1935 cuando la boda en Roma de don Juan, heredero del rey Alfonso (Arenillas de Chaves, p. 84).

[16] Luca de Tena, p. 251. Tres de estos aviones se estrellaron más tarde. Los oficiales franceses que investigaron el accidente dijeron que uno de los pilotos italianos muertos había recibido órdenes de vuelo el 15 de julio. Aparte de la promesa de ayuda y de la ayuda prestada por Mussolini en 1934, no existe evidencia de ayuda italiana antes del alzamiento. Por tanto, o los papeles que llevaba el piloto muerto tenían una errata (quizá ponía 15 en vez de 25), o fue una falsificación deliberada, o sencillamente el piloto se había reincorporado al servicio, después de un permiso, el día 15. Dado que los aviones no salieron de Cerdeña hacia Marruecos hasta el 30 de julio, y puesto que Franco los había necesitado desde el 19 de julio, es inconcebible que recibieran órdenes de vuelo antes del alzamiento, como se dijo. El documento en el que se menciona el 15 de julio no ha llegado a publicarse. Puede que nunca haya existido. Véase Coverdale, *Italian Intervention*..., p. 4.

[17] Se dijo que había comprado la mayoría de las acciones de la fábrica de aviones Savoia para poder dominar el suministro de bombarderos a Franco. De esto, como de la mayoría de las restantes actividades de March, no hay evidencia. Véase Fernando Schwartz, *La internacionalización de la guerra civil española* (Barcelona, 1971), p. 74. Lo que es seguro es que cualquier cosa que hiciera March la hizo en beneficio propio.

Los motivos de Mussolini para actuar de esta manera eran varios. Le halagaba que le pidieran favores. Aspiraba a dominar el Mediterráneo, y suponía que esta ambición se vería facilitada por el establecimiento de un gobierno de derechas en España. Una «nueva España» de este tipo alejaría a las tropas francesas de la frontera italiana y, en caso de guerra franco-italiana, ayudaría a impedir que llegaran a Francia las tropas francesas del norte de Africa. La triunfal conquista de Abisinia en abril había dejado a Mussolini ansioso por manifestar su personalidad de algún modo nuevo, y no había encontrado lugar propicio para hacerlo. Los italianos, pensaba, habían de «ser mantenidos en forma con patadas en las espinillas». «Cuando termine la guerra de España —comentaría más tarde— tendré que encontrar otra cosa: el carácter italiano se ha de



(Col. J. M. Armero.)



(Col. J. M. Armero.)

Tras la conquista de Abisinia, el fascismo ha alcanzado su punto más alto. Mussolini desea mantener al pueblo en tensión, y para conseguirlo propaga entre los jóvenes, los camisas negras, los soldados, una mística de heroísmo, fuerza y espíritu de sacrificio. España será buen campo de entrenamiento.
Los milicianos fascistas que sirven de «modelo» responden a esa idea de virilidad agresiva, y su representación recuerda las imágenes del realismo socialista que domina el arte soviético. Italia, que ha resistido la prueba de fuego de las «sanciones», se plantea como primer objetivo la hegemonía del Mediterráneo, o por lo menos compartir esa hegemonía con la poderosa Inglaterra.


(Col. J. M. Armero.)

Enviados de Franco desde Marruecos y de Mola desde Burgos, se dirigen por separado lo mismo a Italia que a Alemania para que se les autorice la compra de pertrechos de guerra, principalmente de aviones. Las gestiones en Roma son apoyadas por el propio Franco, a través del ministro plenipotenciario italiano en Tánger, a quien anuncia que Francia envía aparatos al gobierno de Madrid, y comunica otras noticias, verdaderas o falsas, que pueden complicar la situación. Mussolini duda, pero los días pasan y la rebelión no es dominada. El 30 de julio despegan de Cerdeña doce aparatos Savoia S-81 en dirección a Marruecos. En la postal mussoliniana *con matasellos de Jerez de la Frontera, vemos sellos de la República estampillados con «Arriba España» y la efigie de dos insignes republicanos: Blasco Ibáñez y Ruiz Zorrilla, aunque la fecha sea de febrero de 1937.*

formar por medio de la lucha» [18]. En 1936, Mussolini tenía moral de triunfo; el 24 de octubre anunciaría: «Al finalizar el año 14 [de la era fascista] enarbolo una gran rama de olivo. Esta rama de olivo viene de un inmenso bosque; es un bosque de ocho millones de bayonetas bien afiladas» [19]. La razón pública para la intervención italiana en España fue que Italia «no estaba dispuesta a contemplar cómo se establecía en España un Estado comunista». Esta fue también la razón que dio Mussolini en privado a su esposa Rachele [20]. Aunque, antes de julio de 1936, su propaganda se había dirigido más contra las democracias «decadentes» que contra el comunismo, le parecía que un gobierno español de izquierdas, aunque fuera moderado, sería hostil a sus designios. Sin embargo, entonces todavía habría sido posible que, internacionalmente, el Duce se hubiera aproximado más a los burgueses, objeto de su especial desprecio, que a Alemania. Sus relaciones con Hitler todavía eran poco definidas y exploratorias. En este aspecto, así como en sus ataques contra el comunismo, la crisis española le obligó a efectuar un cambio. La guerra española convertiría en aliados a Hitler y Mussolini. Más tarde, Ciano diría a Cantalupo, su primer embajador en la España nacionalista, que el Duce «había accedido de muy mala gana a prestar apoyo militar a Franco» [21]. El rey Víctor Manuel siempre se opuso a la idea de la ayuda, pero era impotente para hacerlo [22].

La diplomacia de Ciano, que representó un papel importante en los acontecimientos subsiguientes, era violentamente antibritánica, sin la fascinación mezclada con el odio que sentían hacia Inglaterra Ribbentrop e incluso Mussolini. En cierta ocasión en que tres falangistas le explicaban, más adelante, cómo todas las desgracias de España, desde el reinado de Felipe II, habían sido causadas por Inglaterra, Ciano les animó a seguir «por aquel camino tan prudente», previniéndoles contra «la peligrosa anglomanía de ciertos diplomáticos de la vieja escuela» [23]. Su tarea durante la guerra española fue facilitada gracias al deseo del gobierno inglés de concluir una alianza con Italia. Esto aumentó el desprecio de Ciano por Inglaterra, aunque se llevaba bien con lord Perth, converso al catolicismo y ex secretario general de la Sociedad de Naciones, que era el embajador en Roma y que cumplía con un celo excesivo las instrucciones de su gobierno para que se mostrara ante Ciano como «un hombre que ha llegado a comprender, e incluso vivir, el fascismo» [24].

Los enviados de Franco, en Bayreuth

También el 25 de julio, llegaron a Berlín los emisarios enviados por Franco a Hitler, el capitán Arranz, Bernhardt y Langenheim. Se habían encontrado con los enviados de Mola a Mussolini en el aeropuerto de Marsella. La carta de Franco fue entregada a Hitler a través del departamento extranjero del partido nazi. En el ministerio de Asuntos Exteriores, tanto Neurath, el ministro, como Dieckhoff, el ministro en funciones, repetían para su satisfacción propia que las entregas de armas para ayudar a la España nacionalista eran imposibles, porque llegarían a ser conocidas, y porque

«entrañarían graves consecuencias para la colonia alemana en España» [25]. Sin embargo, tanto el partido nazi como el almirante Canaris (esto es, el servicio secreto) tenían otras ideas. Canaris recomendó a Franco a sus superiores como «hombre probado» que «merecía plena confianza y apoyo», al que había conocido en alguna de sus visitas a España [26].

Goering, jefe de la Luftwaffe y del plan quinquenal alemán, relató

[18] Pado Monelli, *Mussolini* (Londres, 1953), p. 141.

[19] Eden, p. 424.

[20] Rachele Mussolini, *My Life with Mussolini* (Londres, 1959), p. 91; testimonio de Bolín.

[21] Roberto Cantalupo, *Fu la Spagna* (Milán, 1948), p. 62.

[22] Attilio Tamaro, vol. II, p. 200.

[23] Galeazzo Ciano, *Diaries 1937-1938* (Londres, 1947), p. 48.

[24] Ciano, p. 206. Por entonces, además, un espía italiano perteneciente al servicio doméstico de Perth se apoderaba de los telegramas que se cruzaban entre Roma e Inglaterra utilizando un doble fondo que había instalado en la caja fuerte privada del embajador. Así, Ciano podía actuar con desacostumbrada libertad en sus relaciones con Inglaterra. Por otra parte, en julio de 1936 los ingleses ya habían descifrado la clave utilizada por la marina italiana.

[25] *GD*, pp. 10-11.

[26] Viñas quita importancia al papel de Canaris, y puede que tenga razón para hacerlo. Sin embargo, Canaris había sido el responsable de que España, en 1926, hiciera su pedido de submarinos a una firma holandesa que estaba financiada secretamente por el almirantazgo alemán. Véase F. Carsten, *The Reichswehr and Politics 1918-1933* (Oxford, 1966), p. 243. Franco, más adelante, concedió asilo y una pensión a frau Canaris después de la muerte de su marido en 1944. Según Ian Colvin, Canaris aconsejó a Franco sobre la manera de resistirse a las demandas de Hitler de que España entrara en la guerra mundial (Ian Colvin, *Hitler's Secret Enemy*, Londres, 1957, p. 130). Véase también Karl Abshagen, *Canaris* (Londres, 1956), p. 112. Canaris había estado en el Marruecos español en 1916 y allí había montado una base de suministro para los submarinos alemanes, había preparado un sistema de observación de los barcos aliados en el Mediterráneo, e incluso, según dicen, había dirigido sublevaciones contra Francia. Canaris era fuertemente anticomunista.



(Arch. A. Viñas.)

En Alemania fueron igualmente los enviados de Franco quienes decidieron a Hitler. El ministro de Aviación y jefe de la Luftwaffe, Hermann Goering (en la fotografía, con gorra de plato), se mostró en el primer instante opuesto a la ayuda, pero rápidamente fue «convencido» por el Führer.

lo que ocurrió a continuación en su juicio de Nuremberg, en 1946: «Cuando estalló la guerra civil en España —testificó el mariscal del Reich—, Franco envió una llamada de auxilio a Alemania y pidió apoyo, sobre todo aéreo. Franco estaba detenido con sus tropas en Africa y [...] no podía transportarlas, porque la flota estaba en manos de los comunistas [...]; el factor decisivo era, en primer lugar, transportar sus tropas a España [...]; el Führer meditó sobre la cuestión. Yo le insté a que diera su apoyo en cualquier caso: en primer lugar, para impedir una mayor extensión del comunismo; en segundo lugar, para poner a prueba a mi joven Luftwaffe en algunos aspectos técnicos» [27]. Y en realidad, España proporcionó a la Luftwaffe sus primeras acciones de guerra.

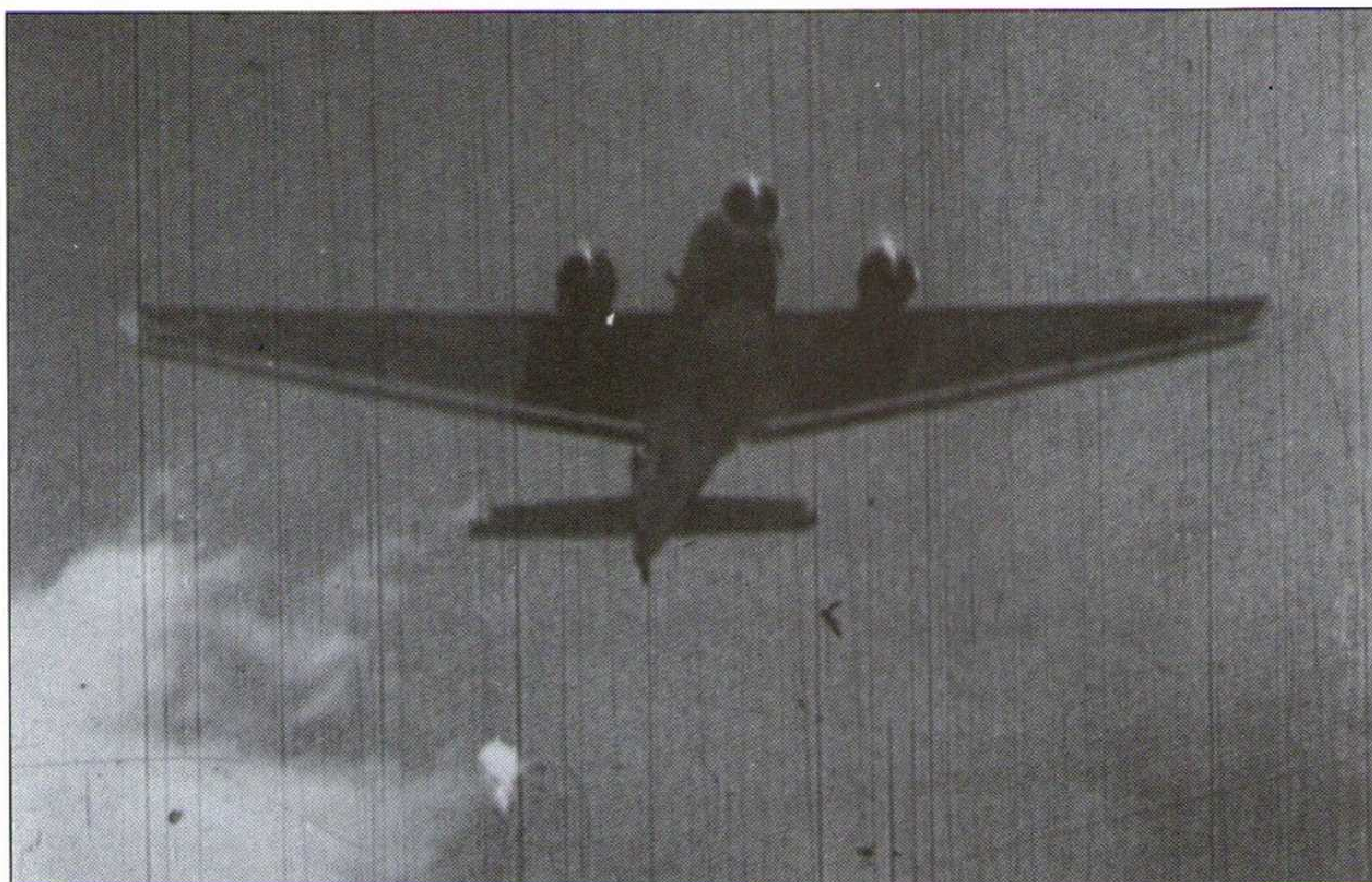
Hitler accedió el 25 de julio a entrevistarse con Langenheim y Bernhardt aquella misma tarde, en Bayreuth, en la villa Wahnfreid, después de una representación de *Sigfrido* [28]. En su carta a Hitler, Franco sólo pedía diez cañones antiaéreos, cinco cazas y algún otro material. Después de la ópera, Hitler preguntó quién era Franco, qué representaba, cómo podría hacer atravesar el estrecho de Gibraltar al ejército de Africa, y cómo pagaría a sus hombres, y a Alemania, si Hitler accedía a ayudarle. La conversación duró hasta las dos de la madrugada del 26 de julio. Hitler, que al principio sólo estaba acompañado por el jefe de la sección legal del departamento extranjero del partido nazi, el AO, Dr. Kraneck, terminó por acceder a ayudar a Franco para «evitar que el estrecho de Gibraltar cayera en manos de los comunistas». El 26 de julio, o el día siguiente, decidió enviar a Franco aviones de transporte, cosa que Franco no había pedido específicamente (aunque Beigbéder sí lo había hecho). Además impuso condiciones: la ayuda alemana iría a Franco únicamente, para evitar conflictos entre los diferentes generales; y su asistencia sería sólo defensiva, no ofensiva [29]. Más tarde, en esta conversación, llegaron Goering, el ministro de la Guerra, general Von Blomberg, y un antiguo oficial de la marina.

Hitler explicó posteriormente que había ayudado a Franco para



(Col. J. M. Armero.)

Las intervenciones extranjeras, que, con el paso de los años, se ha tendido a situar en sus justas dimensiones, son en su momento motivo de exhibición y orgullo. Esta tarjeta postal, editada en Vigo y destinada a la correspondencia internacional, lleva fecha de un año después de la sublevación. Parece dirigida a proclamar el respaldo que la España nacionalista recibe de las potencias amigas, Alemania e Italia, cuyas causas respectivas tienden a confundirse en una sola.


(Arch. B. M. Patino.)

Tanto la recepción de aviones como del resto de material de guerra pretende rodearse del máximo secreto, a cuyo efecto se funda la Compañía Hispano-Marroquí de Transportes (HISMA). Antes de finalizar julio llegan dos aparatos Junkers 52, y a continuación, hasta diez unidades, que jugarán un papel principal en los comienzos de la guerra. Son aviones de transporte que pronto serán armados y adaptados para bombardeo. Dada su gran capacidad, se utilizan para establecer el primer puente aéreo de la historia: el traslado de tropas desde Marruecos, que se halla aislado por la flota republicana que bloquea el Estrecho, a aeródromos de Andalucía.

«distraer la atención de las potencias occidentales hacia España, para que Alemania pudiera continuar su rearme sin ser observada» [30]. Pero, en 1941, Hitler dijo: «De no haber sido por la amenaza de que el peligro rojo arrollara a Europa, yo no habría intervenido en la revolución española. La Iglesia habría quedado destruida», añadía, no sin fruición [31]. El 27 de julio, dio este mismo motivo para la intervención a Ribbentrop [32]. El Führer pensaba además que un triunfo nacionalista en España establecería una potencia fascista «atravesada entre las comunicaciones marítimas de Inglaterra y Francia», lo cual añadía una razón estratégica para la intervención [33]. En 1937, el Führer dio todavía otra explicación: Alemania, que importaba las tres cuartes partes de sus minerales, necesitaba el mineral de hierro español, y otros minerales, y un gobierno nacionalista mantendría o aumentaría las ventas a Alemania, mientras que un gobierno izquierdista tal vez no. Al parecer, Bernhardt no insistió en este último punto, aunque debía de estar implícito, ya que España llevaba muchos años exportando hierro a Alemania, y los alemanes estaban enterados de las posibilidades de

[27] Tribunal Militar Internacional: juicio de los principales criminales de guerra, Nuremberg, 1947-1949, IX, pp. 291-292.
[28] Bernhardt al autor, Buenos Aires, 1971.
[29] Conversación con Johannes Bernhardt. En Viñas, p. 350, puede verse una reconstrucción en detalle.
[30] Basil Liddell Hart, *The Other Side of the Hill* (Londres, 1948), p. 34.
[31] *Hitler's Table Talk*, ed. por Hugh Trevor-Roper (Londres, 1953), p. 320
[32] Joachim von Ribbentrop, *Memoirs* (Londres, 1954), p. 59.
[33] Liddell Hart, *op. cit.*

Marruecos en este terreno desde 1900. Canaris, que probablemente fue consultado muy pronto, recordando su experiencia de la primera guerra mundial, sin duda creía que los submarinos alemanes, en caso de guerra, no podrían repostar si las bases españolas no estaban en manos amigas. Hitler, igual que Mussolini, también se sintió halagado cuando Franco le solicitó su ayuda, y ser tratado por otro país, por tanto, como si fuera indispensable, por primera vez desde su ascenso al poder, tres años antes. El papel representado por Bernhardt y, en menor medida, por Langenheim, muestra que la política que se adoptó fue la del partido nazi, no la del ministerio de Asuntos Exteriores. Este fue el esquema de las primeras decisiones nazis: escepticismo entre los diplomáticos de carrera, compartido por el ejército; acción independiente apoyada por los alemanes en el país de que se tratara; decisiones rápidas de Hitler, que, al conducir a los primeros éxitos, hacían parecer absurda la prudencia de los diplomáticos y los generales [34].

Después de la reunión de Bayreuth, el secretario de Estado del ministerio del Aire, Erhard Milch, creó un departamento en el interior del ministerio del Aire alemán, la unidad especial *(Sonderstab)* «W», bajo la dirección del general Wilberg, encargada del reclutamiento de «voluntarios» y del envío de material de guerra [35]. Además se crearon dos compañías subsidiarias, a través de las cuales se enviaría material de Alemania a España, y que se encargarían de recibir todo el dinero en efectivo o las materias primas que España enviara a cambio. Estas compañías eran HISMA (Compañía Hispano-Marroquí de Transportes), que estaba enteramente bajo la dirección de Bernhardt, con el respaldo de Franco, y ROWAK (Rohstoffe-und-Waren-Einkaufsgesellschaft) [36]. Si un comerciante alemán deseaba vender algo a España, primero tenía que venderlo a ROWAK; HISMA se encargaba de situarlo en el mercado de la España rebelde. Se organizó una flota mercante, y se ordenó a la marina de guerra que le proporcionase la debida protección. No tardaron en enviar a Marruecos veinte Junkers 52 (el sólido avión de transporte o bombardero de la Luftwaffe) y seis Heinkel 51 (un caza menos seguro), con 86 hombres, en su mayoría reservistas de la Luftwaffe: los primeros Junkers llegaron el 29 de julio. Algunos motores de éstos fueron renovados especialmente para que pudieran llegar a España, aunque sólo la mitad se transportó por aire, mientras que la otra mitad llegó por mar [37]. Al mismo tiempo, se organizó un «grupo turístico» (Reisegesellschaftsunion) para enviar alemanes a España bajo la dirección del comandante Alexander von Scheele, un veterano de la primera guerra mundial que había emigrado al Chaco y había regresado hacía poco tiempo. Los hom-

[34] Véase Karl Bracher, *The German Dictatorship* (Londres, 1970), p. 323.
[35] Diario de Milch, del 26 de julio, en David Irving, *The Rise and Fall of the Luftwaffe* (Londres, 1974), p. 48.
[36] El capitán Carranza, un oficial del ejército retirado, se convirtió en una especie de socio formal de Bernhardt. Viñas reproduce el contrato original de la compañía. ROWAK no se fundó hasta más tarde.
[37] Véase Whealey, *loc. cit.;* p. 215 y referencia; sobre los Junkers, véase José Larios. *Combat over Spain* (Londres, 1966), p. 27; véase el testimonio del general Warlimont, ante la US Army Intelligence, 1945 *(UN Security Council Report on Spain,* 1946).



(Arch. C. S. de Tejada.)
El ejército nacionalista no dispone de defensas antiaéreas, por lo cual sufre durante los primeros tiempos los ataques de la aviación gubernamental, sin posibilidad de rechazarlos. Muy avanzado noviembre recibirá cuatro baterías alemanas del 88, que, tanto por la rapidez como por la precisión de su tiro, resultan de considerable eficacia. Estas piezas, de las mejores que existen, pueden utilizarse también en tiro terrestre, y estarán integradas en la Legión Cóndor. Con anterioridad se habían recibido cañones rápidos o ametralladoras de 20 mm.

bres salieron de Hamburgo para Cádiz el 29 de julio con los Heinkel y la mitad de los Junkers en el *Usamoro*. Milch fue a despedirlos personalmente. Llegaron el 1 de agosto [38]. Después vinieron algunos ingenieros, otros técnicos y algunos cazas más [39].
Posteriormente, Scheele se convirtió en el jefe militar de la HISMA; Bernhardt, en el director general en Sevilla; y el coronel Von Thoma, en el jefe de las fuerzas de tierra y los tanques, que empezaron a llegar al cabo de un mes. Von Thoma y sus oficiales vinieron en parte para entrenar a los españoles, y en parte para adquirir ellos experiencia de combate. Encontró —dice él— a los españoles rápidos para aprender, y rápidos para olvidar [40].
En adelante, durante más de dos años, cada semana saldrían de Alemania para España cuatro aviones de transporte. Y zarparían barcos de transporte a un ritmo medio de uno cada cinco días [41].
Bernhardt regresó a España en el primer Junkers el 28 de julio. El jefe nacionalista de las fuerzas aéreas, general Kindelán, le dijo: «Usted no es más que un comediante que intenta sacar dinero de todo esto.» Bernhardt trató de convencerle y le dijo que hablara a

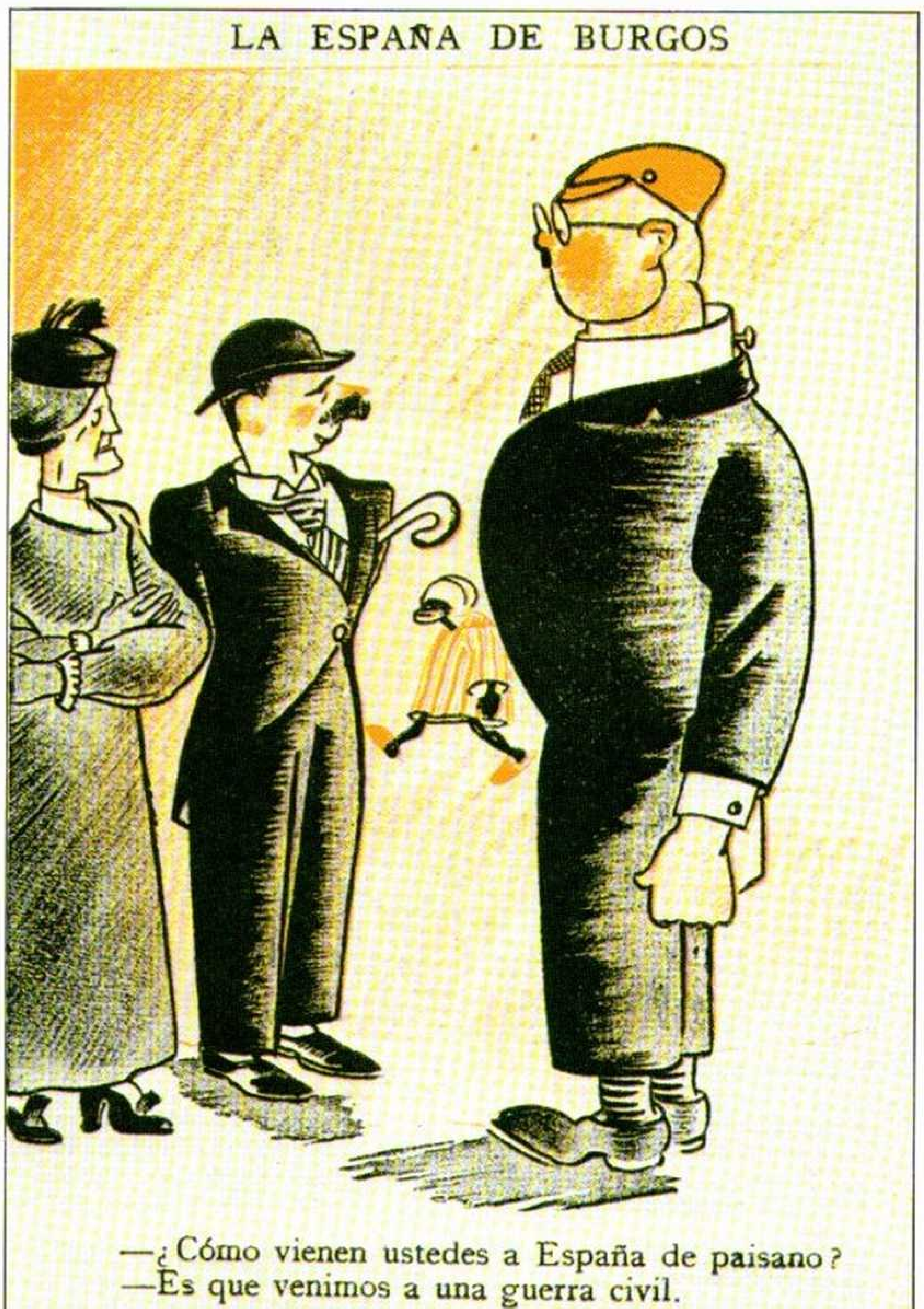
[38] Fechas que da Viñas.
[39] Por entonces también fueron enviados a España veinte cañones antiaéreos de 20 mm, dos emisoras de onda corta, algunas ametralladoras, bombas, equipos antigás, motores de aviación y equipos médicos.
[40] Liddell Hart., *op. cit.*, p. 98.
[41] Estas cifras proceden del historiador nacionalista de la guerra del aire José Gomá, *La guerra en el aire* (Barcelona, 1958), p. 66. Al parecer, en toda la guerra hicieron el viaje a España un total de 170 barcos de transporte, que en su mayoría zarparon de Hamburgo.

Franco de sus sospechas. Los Junkers entraron inmediatamente en acción para ayudar a la aviación. Al día siguiente, una vez llegados los restantes aviones, Bernhardt tuvo que comunicar a Queipo de Llano y a Mola que la ayuda alemana sería sólo para Franco. Queipo recibió la información riendo, mientras que Mola torció el gesto; sabía lo que significaba para él aquella noticia [42].
Todas estas disposiciones se tomaron antes de que transcurriera una semana desde la petición enviada por Franco a Hitler por medio de los dos nazis marroquíes. El ministerio de Asuntos Exteriores alemán fue cogido por sorpresa. El 28 de julio, Dumont, en el departamento español en Berlín, afirmaba una vez más que el ministerio era contrario a la intervención [43]. También eran de esta opinión el ministro de la Guerra, mariscal Von Blomberg, y el gene-
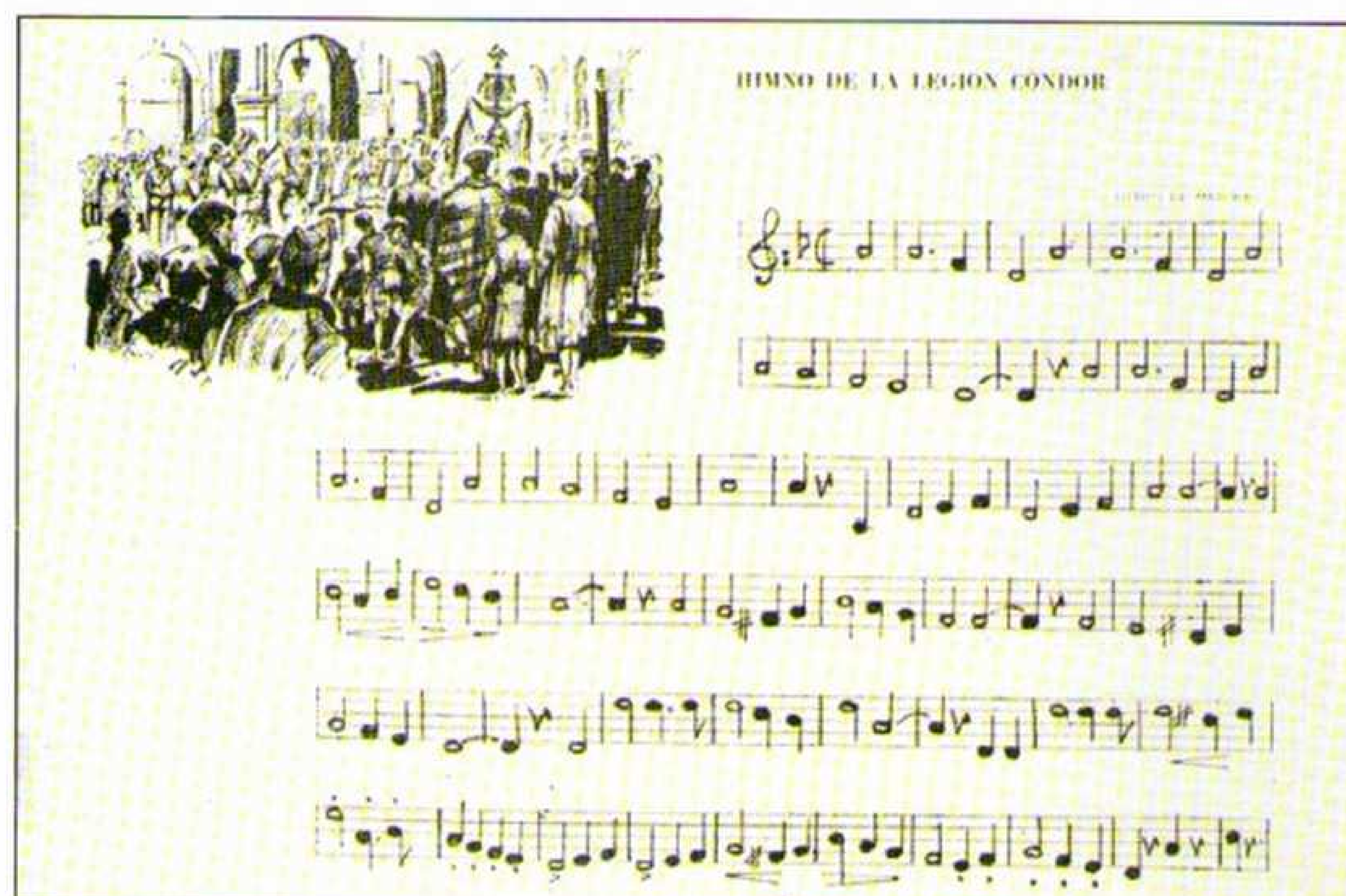


(Col. J. M. Armero.)

El chiste político, más o menos ingenioso, pasa de la intención político-social a convertirse en arma bélica. Los equívocos que se utilizan en estas caricaturas se basan en la presencia de extranjeros en el campo nacionalista. Los contendientes juzgan justas y naturales las ayudas que reciben, y consideran traidoras las que les llegan al enemigo, cuyas cuantía e influencia en las operaciones suelen exagerarse.



(Col. J. M. Armero.)

ral Von Fritsch, jefe del Estado Mayor. Pensaban que la «Operación Fuego Fatuo» *(Unternehmen Feuerzauber)*, como se llamaba oficialmente a la aventura española, era un despilfarro desde el punto de vista militar. Ribbentrop, consejero especial de Hitler para política extranjera, compartía estas dudas [44]. Por tanto, ni el ministerio alemán de Asuntos Exteriores ni el de Economía tuvieron noticias de la existencia de HISMA y ROWAK hasta mediados de octubre; aunque el ministerio de Hacienda lo supo desde el principio, porque tuvo que conceder a ROWAK un crédito de 3.000.000 de marcos [45]. A pesar de todo, el ministerio de Asuntos Exteriores se sometió sin protestar a las decisiones tomadas en contra de su parecer [46]. Cuando el gobierno español se quejó ante la embajada alemana en Madrid de que se habían visto alemanes en



(Arch. C. S. de Tejada.)

Dentro de la cooperación extranjera podrían incluirse los himnos, marchas y canciones políticas o militares, muchos de los cuales serían traducidos o adaptados y arraigarían hasta tal punto, que después algunos creerían que se trataba de canciones propias. Aquí vemos reproducida la música del himno de la Legión Cóndor, acompañada por un dibujo del público militar y civil que escucha a la banda en la plaza Mayor de Salamanca.

Tetuán, en la copia de la protesta que llegó al ministerio de Asuntos Exteriores se escribió la lacónica nota «no contestar» [47]. Todo se hizo en secreto. El as de la aviación alemana Adolf Galland describió cómo «uno u otro de nuestros camaradas [de la Luftwaffe] desaparecía repentinamente en el aire [...]. Al cabo de seis meses volvía, tostado por el sol y muy animado» [48].

Casi todos los alemanes que llegaron a España, especialmente los pilotos, eran jóvenes nazis que creían que, de acuerdo con la letra de sus canciones: «Marcharemos adelante, aunque todo se derrumbe a nuestro alrededor: Nuestros enemigos son los rojos, los bolchevizadores del mundo» [49]. Al parecer, la mayoría eran auténticos voluntarios.

[42] Recuerdos de Johannes Bernhardt.
[43] *GD*, p. 14.
[44] Ribbentrop, p. 60.
[45] *GD*, p. 114.
[46] Ernst von Weizsäcker, *Memoirs* (Londres, 1951), p. 112.
[47] *GD*, p. 16.
[48] Adolf Galland, *The First and the Last* (Londres, 1957), p. 23.
[49] *Wir werden weitermarschieren, wenn alles in Scherben fällt, Unsere Feinde sind die Roten, die Bolschewisten der Welt.*

Salazar

Gran parte de la ayuda alemana llegó a través de Portugal. El papel que tuvo este país en la guerra española fue muy sencillo. Aunque menos clericales que el régimen corporativo portugués, los nacionalistas españoles defendían casi las mismas cosas que el «gracioso Salazar», como llamaría al dictador de Lisboa el poeta sudafricano Roy Campbell [50]. El gobierno portugués temía una invasión si ganaban las izquierdas [51]. No le tentaba la idea, a primera vista atractiva, de fomentar la desintegración de España en pequeños califatos [52]. La ayuda militar que Salazar podía proporcionar a los nacionalistas era poca. Pero les ofreció otras cosas igualmente valio-

El embajador de Portugal, Pedro Teotonio Pereira, da el brazo al general Millán Astray. Junto a ellos, Nicolás Franco, con sombrero de copa, durante una fiesta en honor de los combatientes portugueses celebrada en Salamanca.

(Efe.)



sas: un lugar donde conspirar, un refugio y un medio de comunicación entre sus dos zonas al principio de la guerra. A Nicolás Franco, el hermano mayor del general, se le permitió que estableciera en Lisboa su cuartel general para la compra de armas. El embajador republicano en aquella capital, el eminente historiador y ex ministro de Asuntos Exteriores Claudio Sánchez Albornoz, abandonado por sus subordinados, no tardó en convertirse en un preso en su propia embajada. Salazar comentó el 1 de agosto que se proponía ayudar a los rebeldes «con todos los medios posibles»; incluida la intervención del ejército portugués, si fuera necesario [53]. Por consiguiente, a menudo, los republicanos españoles que huyeron a territorio portugués fueron entregados a los nacionalistas; como sucedió, por ejemplo, con Andrés de Castro, un abogado republicano que, junto con veinticuatro fugitivos de Vigo, fue fusilado en el puente internacional de Tuy [54]. La prensa portuguesa ayudó a los nacionalistas desde el principio. El 20 de agosto, el encargado de negocios alemán en Lisboa informó que el material de guerra enviado por Alemania en los barcos *Wigbert* y *Kamerun* había salido para España sin ninguna dificultad. Salazar, según decía, había eliminado «todas las dificultades [...], por iniciativa personal, y ocupándose de todos los detalles» [55].

El mismo día en que Hitler accedió a ayudar a Franco, Gaston Monmousseau, dirigente de los ferroviarios comunistas franceses y jefe de la sección europea de la organización sindical comunista, el Profintern, presidió, al parecer, una reunión conjunta de los comités ejecutivos de ese organismo y del Komintern [56]. Se decidió que habría que habilitar un fondo de 1.000 millones de francos para ayudar al gobierno español, de los cuales, las nueve décimas partes serían aportadas por los sindicatos de Rusia. La administración del fondo correría a cargo de un comité formado por Thorez, jefe del Partido Comunista francés; Togliatti, «la Pasionaria», Largo Caballero y José Díaz [57]. Además, se organizaría una intensa campaña de propaganda en toda Europa y América encaminada a conseguir ayuda para la República.



(Col. J. M. Armero.)

Portugal se coloca desde el primer momento al lado de los sublevados; desde antes había permitido que Sanjurjo residiera en Estoril y que allí recibiera a emisarios de la conspiración, si bien esta actitud podría interpretarse como réplica a que los gobiernos españoles de izquierda ayudaran a conspiradores portugueses. Aunque no puede suministrarles armas y municiones, las ayudas portuguesas son cualitativamente importantes: facilidades de comunicación mientras las zonas nacionalistas permanecen aisladas, apoyo internacional y ayuda a los transportes alemanes. El número de combatientes portugueses, los viriatos, *se ha exagerado enormemente. En esta apoteosis de banderas de las naciones «amigas», o «hermanas», figura la de Portugal; junto a la roja y amarilla está la de Falange.*

[50] En su poema *The Flowering Rifle*. Campbell fue sorprendido en su casa de Toledo por el comienzo de la revolución en aquella ciudad. Después de conseguir a duras penas salvar la vida (y la de su familia), se convirtió en uno de los más ardientes apologistas de los nacionalistas, aunque nunca llegó a luchar con ellos. Southworth, *El mito*, p. 116 y ss., hace una severa comparación entre la versión de *The Flowering Rifle* publicada en 1939 y la de 1957.

[51] Eden, p. 400. Esto es lo que Monteiro, ministro portugués de Asuntos Exteriores, confesó a Eden el 30 de julio, añadiendo que temía a una España demasiado estrechamente vinculada con Alemania.

[52] El plan, sin embargo, fue examinado y rechazado. Véase Hugh Kay, *Salazar and Modern Portugal* (Londres, 1970), p. 86 y ss.

[53] Con el tiempo, «varios miles» de portugueses lucharon con los nacionalistas. (Salazar, discurso de mayo de 1939, citado por Kay, p. 92.)

[54] Iturralde, vol. II, p. 113.

[55] *GD*, p. 53. En la Izquierda internacional, el odio contra Portugal no tardó en ser tan fuerte como el odio contra Franco. El novelista Louis Golding incluso hizo propaganda en Inglaterra en favor de un boicot contra el vino de Oporto.

[56] La fuente de esta afirmación es la misma que la de la nota 12 del cap. 20.

[57] Nollau (p. 139) dice que el ejecutivo del Komintern (ECCI) constituyó un comité especial para España compuesto por «la Pasionaria», André Marty, Togliatti, André Bielov y Stella Blagoyeva. Los dos últimos eran funcionarios del Komintern, posiblemente nombrados por el NKVD. Stella Blagoyeva, que era búlgara, acabó sus días como embajadora de Bulgaria en Moscú después de 1945.



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

Muenzenberg, en acción

Con este fin se crearon gran número de organizaciones, teóricamente humanitarias e independientes, pero en realidad dominadas por los comunistas. París y Willi Muenzenberg, constituyeron el centro de esta actividad. El más importante de estos grupos fue el Socorro Rojo Internacional, que estaba ayudando a los revolucionarios españoles de izquierdas desde 1934. El 30 de julio, se celebró un enorme mitin en la *Salle Wagram* de París, en el que Malraux, de regreso de España, fue la estrella, con una serie de discursos en los que se pidieron «voluntarios y contribuciones para ayudar a España en su lucha por la libertad», interrumpidos de vez en cuando por *La Marsellesa, La Carmagnole* y *La Jeune Garde*. Después se formó el *Comité International de l'Aide au Peuple Espagnol,* cuyo presidente fue Victor Basch [58]. Este no tardó en tener ramificaciones en casi todos los países. De momento, estas organizaciones sólo se ocuparon de proporcionar dinero, alimentos y medicinas, pero no ayuda militar. Los presidentes nominales de los comités solían ser personas destacadas y no sospechosas, pero los secretarios eran comunistas. Sin embargo, Rusia aún no había enviado ayuda militar. Cuando los comunistas españoles se quejaron, Togliatti contestó ásperamente: «Rusia considera su seguridad como las niñas de sus ojos. Un paso en falso por su parte podría desequilibrar la balanza del poder y desencadenar una guerra en el este de Europa» [59]. Al mismo tiempo, la (no comunista) *International Federation of Trade Unions* y la *Labour Socialist International* se reunieron también, en Bruselas, el 28 de julio, y también decidieron recoger fondos para España, aunque su llamamiento

En diversos países se producen movimientos de solidaridad con la España republicana; los protagonizan grupos de distinta significación política o sindical. Los comunistas, activos y eficientes, suelen promover y coordinar estos actos.

(Keystone.)

[58] Un sabio judío de extracción húngara. El y su mujer fueron asesinados en 1944 por la Gestapo cuando tenían más de ochenta años. Sobre el mitin, véase Langlois, *loc. cit.*
[59] Hernández, p. 36.



(Keystone.)

tuvo un éxito limitado, pues en septiembre sólo habían reunido 45.000 libras [60].

Reacciones del otro lado del Atlántico

No tardaron en observarse las primeras reacciones ante la guerra española al otro lado del Atlántico [61]. Chile, México, Argentina, Uruguay, Paraguay y Cuba habían recibido recientemente muchos emigrantes de España, y todos los países latinoamericanos se sintieron afectados por los acontecimientos de España. Había surgido un fuerte sentimiento a favor de los nacionalistas en Brasil y en la provincia canadiense de Quebec, donde, al igual que en España, existían organizaciones fascistas en los ambientes católicos. El gobierno de Chile era intensamente pro nacionalista. El gobierno mexicano apoyó a la República española desde el principio, como era de esperar en un país cuya constitución había nacido de una sublevación contra los privilegios clericales y aristocráticos. En Vene-

[60] Informe de 1936 TUC, citado por K. W. Watkins, *Britain divided* (Londres, 1963), p. 153.
[61] F. J. Taylor, *The United States and the Spanish Civil War* (Nueva York, 1956), p. 39 y siguientes.



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

Aun cuando las noticias que tienen sobre España son un tanto remotas, los Estados Unidos se apasionan por los sucesos que las mismas reflejan. Católicos y conservadores suelen inclinarse hacia los nacionalistas, mientras que liberales y marxistas lo hacen en favor del gobierno. La enérgica e influyente Anna Eleanor Roosevelt, esposa del presidente, es decididamente pro gubernamental, mientras que Cordell Hull, secretario de Estado, prefiere la neutralidad. En la fotografía central, manifestantes con los puños en alto en Nueva York. Abajo: Eleanor Roosevelt y Cordell Hull en una recepción.

(UPI.)



(UPI.)



zuela, el partido reformista ilegal de Rómulo Betancourt, Acción Democrática, dio cuerpo a la idea de apoyar a la República española, mientras que la izquierda cubana se sintió tan conmovida por el drama de España como por cualquier otro acontecimiento ocurrido después de su revolución de 1933: los españoles eran sumamente importantes en la vida comercial de La Habana.

Los Estados Unidos se estaban preparando para juzgar las realizaciones del primer período presidencial de Roosevelt en las elecciones de 1936. Entonces, los asuntos internacionales quedaban muy lejos para la mayoría de los americanos. La política de los partidos republicano y demócrata era de neutralidad en todas las «aventuras» de Europa. Durante la crisis de Abisinia, en mayo de 1935, en el Congreso se había aprobado una ley de neutralidad que convertía en ilegal para los ciudadanos americanos el vender o transportar armas a un país en que el presidente hubiera proclamado el estado de guerra. Aunque esta ley no se había aprobado para aplicarla a guerras civiles, el gobierno americano actuó desde el principio del conflicto español como si también fuera de aplicación en estos casos, aunque el presidente Roosevelt simpatizaba con la República; punto de vista compartido con mucha más energía por el embajador norteamericano en España, Claude Bowers, de profesión periodista y biógrafo (de Jefferson). La señora Eleanor Roosevelt, Henry Morgenthau, secretario del Tesoro; Henry Wallace, secretario de Agricultura; Harold Ickes, secretario del Interior, y Sumner Welles, subsecretario de Estado, eran también defensores de la República. Pero el secretario de Estado, Cordell Hull, sólo tenía simpa-



tía por la causa de la imparcialidad, y generalmente se salía con la suya. En cambio, algunas compañías como la Texas Oil Company tuvieron carta blanca para ayudar a Franco, como veremos dentro de poco [62].

La opinión pública norteamericana, sin embargo, se apasionó tanto por la guerra española casi como en Europa. De la oficina de información del gobierno español en Nueva York y de la *Peninsular News Service,* la agencia nacionalista de la misma ciudad, surgieron dos torrentes de propaganda. Los periódicos norteamericanos tomaron partido en la guerra con la misma vehemencia, por lo menos, que los ingleses y franceses. Los católicos americanos atacaban a los periodistas que simpatizaban con los republicanos, mientras los liberales criticaban a los que escribían haciendo la apología de los nacionalistas. En el *New York Times,* esta discrepancia de opiniones se extendió a dos de sus periodistas: W. P. Carney, que escribía desde las líneas nacionalistas, y Herbert Matthews, que lo hacía desde las republicanas [63]. Los intelectuales socialistas y liberales norteamericanos abrazaron la causa de la España republicana con un fervor que nunca habían sentido por ninguna otra causa extranjera, y las organizaciones de auxilio antifascistas (pro soviéticas) que ya existían vieron acrecentada su fuerza [64].

62 Roosevelt desconocía la política española: «Espero que, si gana Franco, establezca un régimen liberal», parece ser que dijo al siguiente embajador republicano, De los Ríos, en su primera entrevista en el verano de 1936 (Azaña, vol. IV, p. 630).

63 Véase Allen Guttman, *The Wound in the Heart* (Nueva York, 1962).

64 Véase Caute, p. 139.

Las reacciones de los estados de Iberoamérica suelen estar relacionadas con los regímenes que los gobiernan. El general Lázaro Cárdenas, presidente de México (en la fotografía de abajo), se halla dispuesto a cooperar en todos los órdenes con la República; incluso enviará armamento. En homenaje al pueblo mexicano, la Agrupación Socialista Madrileña edita esta postal.



(Serv. Histórico Militar.)



(Col. J. M. Armero.)

Se estrellan los italianos

El 29 de julio, mientras tanto, de los doce bombarderos Savoia 81 que constituían el primer envío de Mussolini, y que habían despegado desde Elmas (Cagliari) bajo el mando del coronel Ruggero Bonomi, para ayudar a los nacionalistas, uno tuvo que realizar un aterrizaje forzoso en Berkane, en el Marruecos francés; otro se estrelló en Zaida, en Argelia; y un tercero cayó al mar a treinta millas de la costa. Una investigación dirigida por el general Denain, antiguo ministro del Aire francés, demostró que los aviones llevaban borrada la bandera italiana, iban provistos de cuatro ametralladoras, habían salido de Cerdeña al amanecer, y los llevaban pilotos de las fuerzas aéreas italianas vestidos de paisano. Un superviviente reconoció que la expedición tenía por objeto ayudar a los rebeldes españoles [65]. Para entonces, los demás Savoia estaban en el cuartel general de Franco, a las órdenes de Ruggero Bonomi, que contaba entre sus hombres con un amigo especial de Mussolini, el piloto Ettore Muti.

Unas horas antes, el mismo 29 de julio, el Quai d'Orsay había negado que el gobierno francés hubiera enviado material de guerra a

6 - VIII - 1.936 160

General Jefe Ejercito del Norte

Al

General Franco

Recibido hoy radio referente a envio aviones caza y Savvia, Insisto mi petición de que Savvia aterrizen Logroño, por tener mejores condiciones defensa "Stop", los cazas deben aterrizar, Burgos.

(Serv. Histórico Militar.)

La penuria de aviones que padece el Ejército del Norte se refleja en el telegrama cifrado que Mola envía a Franco, a través de quien se canalizan las ayudas extranjeras.

TELEGR CIFRADO

164

Burgos 6 de Agosto de 1936.

«Urgente.»

GENERAL JEFE EJERCITO DEL NORTE

A

GENERAL FRANCO.........................TETUAN.

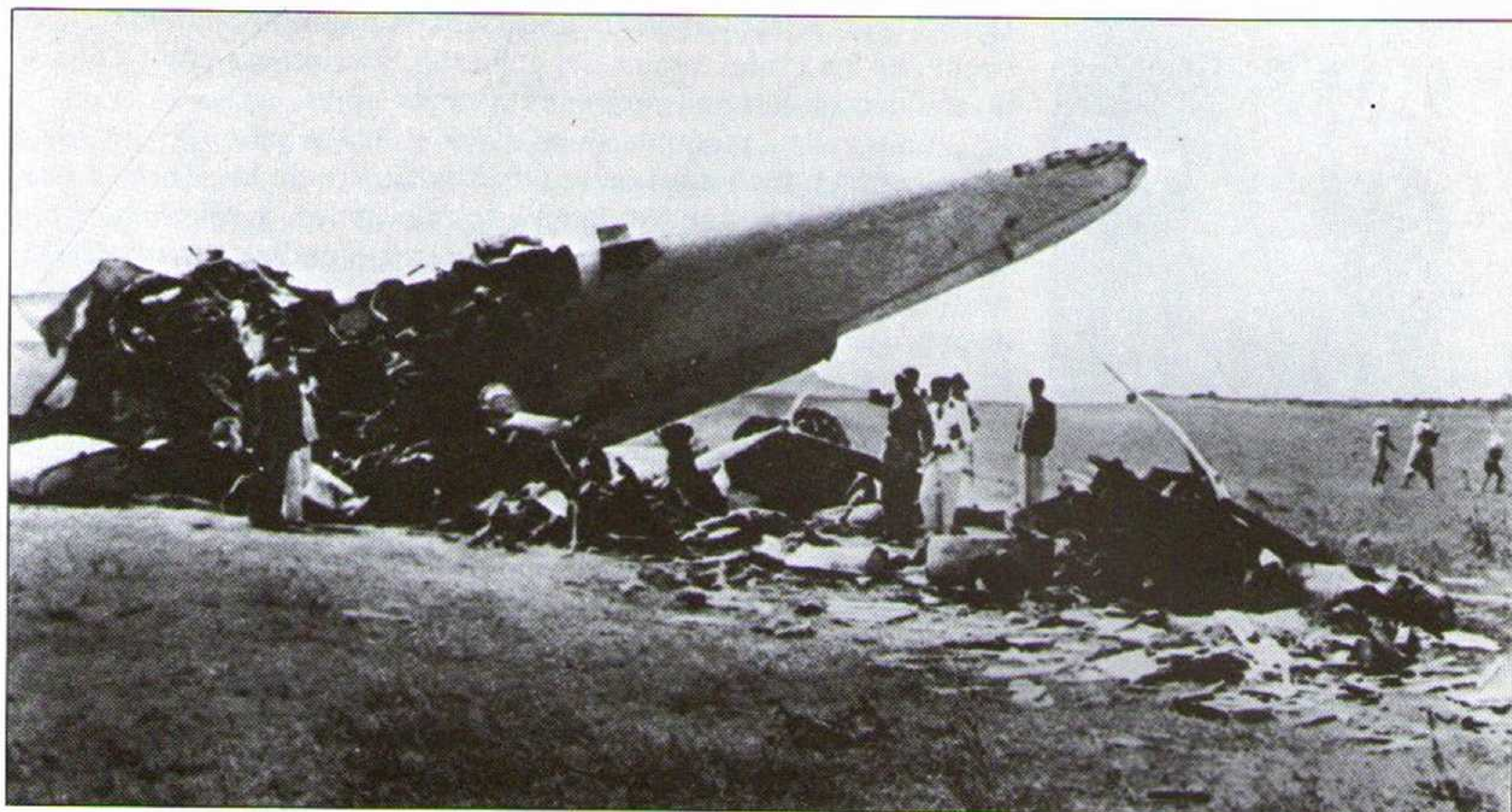
CLAVE REUNION.-Recibido radiograma hoy referente 4862-3561-8524-5735-4942-0710-8639-9723-4043-2986-4035-4225-5725-6286-6113-2285-2125-6448-2249-05618-8562-4768-1808-1013-9795-8561-5740-2210-3469-2539-4862-3885-4134-4217-5801-8534-7898-6268-6521-1033-4234-4886-3942-2120-2539-4958-6298-1320-9832-1007-1357-stop. 3842-8605-9723-5770-4881-1007-9722-4834-7325-5497-6581-0834-4158-8600.

De Orden de S.E.

El Coronel Jefe de Estado Mayor



(Serv. Histórico Militar.)



(The Illustrated London News.)

El sigilo con que se pretendía encubrir el envío de aviones italianos al protectorado español de Marruecos, se transforma en escandalosa noticia difundida en todo el mundo. La fotografía que publica The Illustrated London News, *corresponde a uno de aquellos Savoia S-81 que formaba parte de la primera expedición y se ha estrellado, al mediodía del 30 de julio. Condiciones climatológicas adversas y otras causas difíciles de precisar convierten el* raid *en un fracaso: otro de los aparatos toma tierra equivocadamente en territorio francés, y un tercero se pierde en la mar. Sólo nueve llegan a su destino. En adelante, los aviones italianos aterrizarán en Mallorca.*

la República española, y el día 30 Blum y Delbos repitieron la negativa ante el comité de asuntos exteriores del Senado. El 2 de agosto, hubo una tormentosa reunión del gobierno francés. Cot arguyó que la prueba de la ayuda italiana a los rebeldes demostraba que la política de no intervención había fracasado. Delbos, incitado por Léger y «teniendo en cuenta la postura británica», propuso que se establecieran contactos con todos los países que podían ayudar a uno u otro bando de los combatientes en España para llegar a un acuerdo general de no intervención. El gobierno anunció que había decidido dirigirse urgentemente a los «gobiernos interesados» —Inglaterra e Italia en primer lugar— para proponerles un «pacto de no intervención». Esto fue muy bien acogido por los ingleses, que se tomaron como propia la tarea de garantizar su éxito [66]. Sin embargo, a pesar de estas negativas, y quizá sin que lo supieran algunos miembros del gobierno francés, Pierre Cot, Jean Moulin, Malraux y sus amigos se apresuraron a enviar ya a España algunos de los aviones militares más nuevos: bombarderos Marcel Bloch (Dassault) construidos en 1935, bombarderos Potez 54 que acababan de entrar en servicio, y cazas Dewoitine 371. Estos aviones llegaron a aeródromos del sur de Francia, tales como Montaudran (Toulouse) o Ubarière (Perpiñán), y de allí los llevaron a España pilotos españoles o pilotos reservistas franceses [67]. Fueron recibidos en el Prat de Llobregat, Barcelona, por Abel Guides, un piloto francés nombrado por Cot para el puesto. En conjunto, el 8 de

[65] *L'Echo de Paris,* 1 de agosto de 1936. Véase Bolín, p. 172. Bonomi decía en su libro que había recibido la orden de ir a Marruecos el 28 de julio.
[66] Conversación telefónica con París, el 4 de agosto (FO 371/205/26/23); conversaciones con el difunto Francis Hemming.
[67] Véase Jean Gisclon, *Les avions et les hommes* (París, 1969), donde se relata, de una manera no del todo fiable, lo que ocurrió con los 17 Dewoitine que fueron a Montaudran.



(Ya.)

ANDRE MALRAUX (París, 1901-París, 1976)

El 23 de noviembre de 1976 se apagaba, en un hospital de París, la vida de André Malraux, uno de los «gigantes de nuestro siglo». Pocos hombres viven su existencia con tanta intensidad como Malraux vivió los setenta y cinco años de la suya. Intelectual reflexivo y hombre de acción, su vida irá íntimamente conectada con su obra.

En 1923, el joven Malraux, recién licenciado en lenguas orientales por la Universidad de París, inicia su aventura de vivir. Parte con una expedición arqueológica hacia Indochina. Allí, en las colonias, comienza a interpretar políticamente una realidad conflictiva. En 1926 viaja a China, donde asiste a los primeros combates en los albores de la Revolución. Las vivencias de su experiencia oriental se plasman en una serie de libros, innovadores, comprometidos y de gran madurez intelectual, entre los que destaca La condición humana **(Premio Goncourt 1933).**

La madurez plena la adquirirá con la experiencia trágica de la guerra civil española. Como fruto de su vivencia hispana surgirá L'Espoir, **novela publicada en 1937 y llevada al cine dos años más tarde. La novela, que en un principio iba a llamarse** Sangre de la izquierda, **describe la lucha del pueblo frente a la barbarie. Sus personajes no son estrictamente españoles; llegan a ser arquetipos universales.**

Convencido de que no servían de nada el entusiasmo revolucionario y las barricadas frente a la aviación, regresó a París para reclutar pilotos y aviones, organizando la «Escuadrilla España», financiada por suscripción pública. Esta escuadrilla de aviones variopintos participó en acciones sobre Aragón, Málaga, Madrid y valle del Tajo.

Pero el apoyo de Malraux a la Repú-

agosto habían sido enviados unos setenta aviones, cuarenta o cincuenta de los cuales venían del gobierno, y veinte o treinta a través de traficantes de armas privados o empresarios, como Malraux [68]. El primer avión probablemente salió el 31 de julio. Al final, no había sido tan fácil convencer a los directores de las fábricas Breguet y Potez para que ayudaran a los españoles, y sólo habían enviado material con entusiasmo los directores de las fábricas de Dewoitine y de ametralladoras Hotchkiss [69]. De todos modos, el valor de esta ayuda era muy discutible, porque los Potez, aunque podían transportar 1.000 kilos de bombas, eran lentos: sólo podían ir a 160 kilómetros por hora y sólo podían funcionar con una tripulación de siete personas; de ahí que se los apodara «ataúdes colectivos voladores» [70]. Los franceses habían querido que fuesen una especie de acorazado del aire y, en efecto, eran tan poco manejables como un acorazado *Dreadnought*. Los Dewoitine (que iban a 280 kilómetros por hora) eran más rápidos que los Nieuport, pero llegaban sin armas y no era fácil prepararlos para la guerra. Luego vino el reclutamiento de técnicos y pilotos franceses. Se contrataron obreros especializados, por ejemplo, en Francia, para los trabajos de reparación de los astilleros navales de Cartagena y Valencia. El político radical francés senador Boussutrot organizó el reclutamiento de pilotos (algunos de los cuales cobrarían la enorme cantidad de 50.000 pesetas al mes). Las vidas de estos hombres quedaban aseguradas por 500.000 pesetas en la compañía de seguros de la que precisamente era director Boussutrot [71]. Al mismo tiempo, los cuatro aviones Fokker comprados por Franco en Inglaterra y retenidos en Burdeos volvieron al lugar de procedencia; y pronto el imaginativo André Malraux obtuvo autorización para formar y dirigir una escuadrilla aérea de extranjeros. Reunió unos veinte aviones, en su mayoría bombarderos Potez 54, unos cuantos mecánicos, un intérprete, un encargado de transportes y una docena de pilotos. Algunos de éstos eran idealistas, como el comisario comunista Julien Segnaire, mientras que otros eran simples mercenarios. La mayoría eran franceses, pero había unos cuantos italianos, y más tarde se sumaron algunos americanos, alemanes y un inglés. La «Escuadrilla España», como la llamó Malraux, primero tuvo su base en Barcelona, luego se trasladó a Barajas, en las afueras de

[68] Es difícil decir con seguridad el número y la clase exactos. La cifra de setenta es de Pierre Cot *(op. cit.*, p. 343). Véase también Lacouture, p. 229; Salas Larrazábal, vol. I, p. 436; Sanchís, p. 11; y *Les événements survenus*, p. 219. Lo más probable es que el envío consistiera más o menos en esto: 5 bombarderos Bloch 210; 20 bombarderos Potez 54 (unos 540, y otros 543); 17 cazas Dewoitine 371; 2 cazas Dewoitine 500 y 510; 5 bombarderos Amiot; y 5 bombarderos Potez 25-A-2. Pike, pp. 44-46, tiene una lista de 38 aviones que salieron de Francazal (Toulouse) hacia Barcelona entre el 2 y el 9 de agosto; y de 56 entre el 9 de agosto y el 14 de octubre, que salieron de Montaudran, el campo de aviación vecino, propiedad de Air France. De aquí salieron 6 cazas Loire 46 y un caza Bleriot Spad 510. Probablemente hubo más de estos últimos. Jules Moch, *Rencontres avec Léon Blum* (París, 1969), p. 146, habla de otros 13 Dewoitine que salieron el 8 de agosto.

[69] Jesús Salas, p. 83.

[70] A. García Lacalle, *La aviación roja de CASA en la guerra española* (México, 1973), pp. 134-135.

[71] Jesús Salas, p. 64, reproduce un contrato con un piloto. El sueldo medio de un oficial joven español era de 333 pesetas al mes. Más adelante, estas enormes sumas para los aviadores extranjeros se redujeron a la mitad y, en invierno, los pilotos voluntarios recibían 1.000 pesetas por cada enemigo derribado.

Madrid, y en agosto actuó en el frente de Extremadura; los pilotos vivían en Madrid [72].

En las columnas revolucionarias de tierra también había, ya en agosto, muchos extranjeros, particularmente emigrados alemanes e italianos, comunistas y socialistas, que habían ido a Barcelona para la Olimpíada Popular. En Barcelona se habían instalado hacía muchos años anarquistas italianos, y algunos de ellos lucharon en el combate que hubo allí por la posesión del edificio de la Telefónica. Un anarquista austriaco murió en la batalla del cuartel de Atarazanas, y quizá participaron doscientos extranjeros en las luchas de julio en Cataluña. Los italianos no tardaron en formar el Batallón Gastone Sozzi [73], y los alemanes, a las órdenes de Hans Beimler, ex diputado comunista del Reichstag, se agruparon en la centuria Thaelmann [74]. Una serie de franceses y belgas formaron el Batallón París. Estos hombres (y algunas mujeres) no pertenecían a ningún grupo político en particular, aunque predominaban los comunistas. A fines de agosto, otro grupo italiano, la Columna *Giustizia e Libertà*, luchó cerca de Huesca, dirigida por el líder del grupo de socialdemócratas italianos de ese nombre, Carlo Rosselli, que había actuado entre los exiliados italianos en París desde su fuga de una cárcel fascista. Los primeros voluntarios ingleses en España fueron Sam Masters y Nat Cohen, dos sastres comunistas del este de Londres que estaban recorriendo Francia en bicicleta en el momento del alzamiento. En Barcelona, organizaron una centuria a la que dieron el nombre del comunista inglés Tom Mann. Al parecer, el primer inglés que fue al frente fue John Cornford, comunista de 21 años, estudiante de historia en el Trinity College, Cambridge, bisnieto de Charles Darwin e hijo de un profesor de filosofía antigua [75]. Cosa sorprendente, a pesar de ser comunista, se incorporó a una columna del POUM en el frente de Aragón, en Leciñena, el 13 de agosto. Esto se debió a que no había traído consigo documentos que probaran su «identidad antifascista», y por ello no lo admitieron en la columna del PSUC [76]. El primer voluntario inglés que

[72] Malraux volaba aunque no tenía permiso como piloto. Su tarea era galvanizar e inspirar. Muchos de los parásitos que le rodeaban en el hotel Florida, en Madrid, produjeron una mala impresión. Véase Lacouture, p. 230; la novela de Paul Nothomb (Julien Segnaire) *Le Rançon* (París, 1952), cuyo autor aparece en *L'Espoir* como «Attignies»; Koltsov, p. 93; Pietro Nenni, *Spagna* (Milán, 1958), p. 196. Puede verse un comentario negativo en Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 323 y ss.

[73] Gastone Sozzi era un socialista italiano al que mataron los Camisas Negras.

[74] Thaelmann había sido un obrero portuario de Hamburgo cuya incoherencia apasionada, pese a tratarse de un semianalfabeto, había caído en gracia a Stalin a finales de los años veinte y le había convertido en dirigente de los comunistas alemanes. Por entonces estaba en un campo de concentración, donde más adelante sería asesinado (1944). Beimler había estado preso en Dachau y había escapado estrangulando al SS que le vigilaba y saliendo disfrazado con su ropa.

[75] Cornford estaba acompañado (en un lugar diferente del mismo frente de Aragón) por Richard Bennett, también del Trinity College, de Cambridge. Después de pasar un breve tiempo en el frente, Bennett se incorporó a los servicios de radio Barcelona y en sus emisiones se llamaba «La voz de España».

[76] *John Cornford, A Memoir*, editado por Pat Sloan (Londres, 1938), p. 199. Véase también R. Abrahams y B. Stansky, *Journey to the Frontier* (Londres, 1966), una memoria sobre Cornford y otro inglés que fue a España, Julian Bell. La decisión de Cornford, y quizá más aún una fotografía en la que se le veía plenamente resuelto, le convirtieron en Inglaterra, en el más famoso de los «voluntarios de España». Su decisión de ir fue completamente casual (Abrahams y Stansky, p. 314). Era un poeta excepcionalmente prometedor.

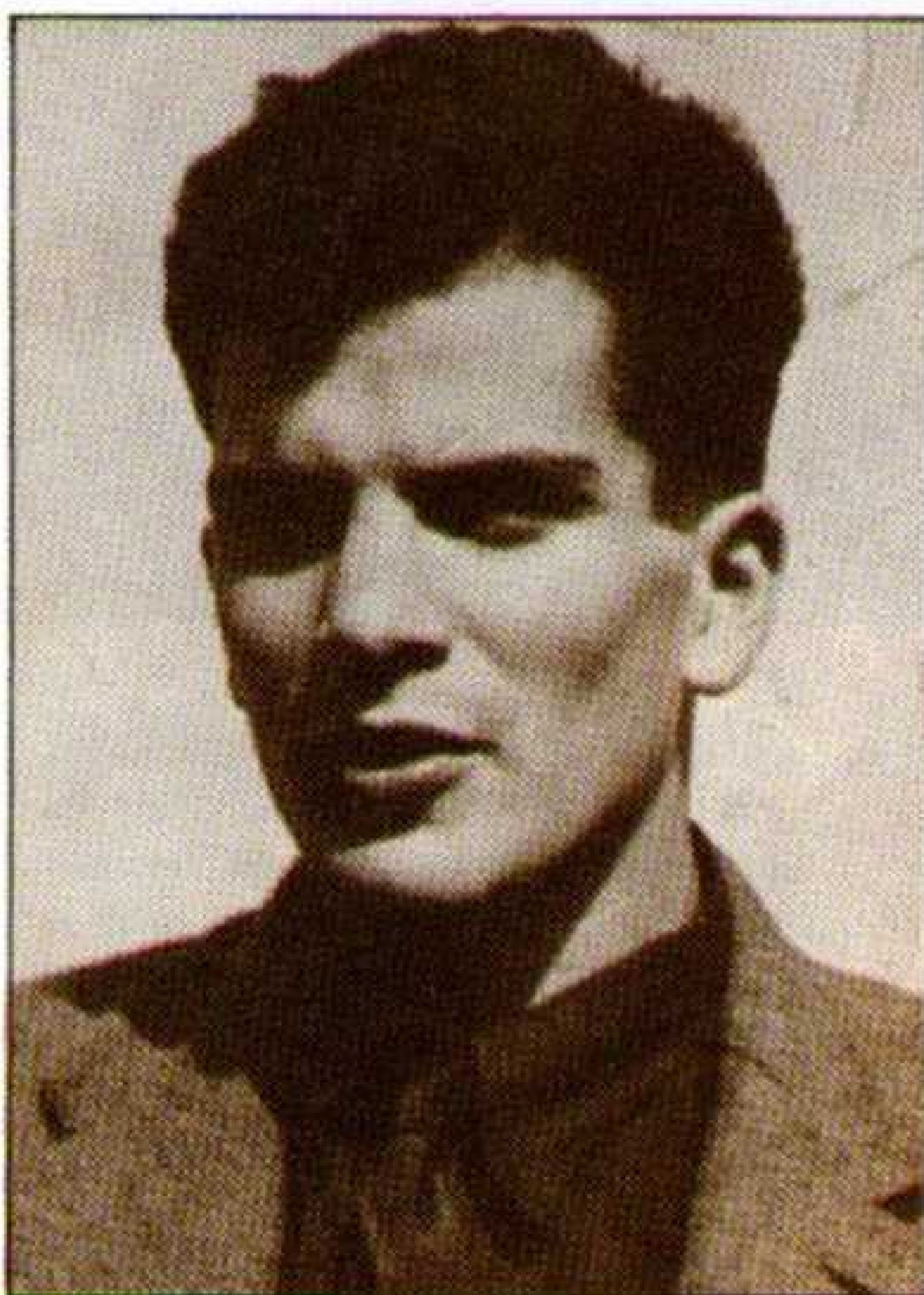
blica se manifestó, sobre todo, en el ámbito propagandístico. Sus conferencias y mítines en Europa y América a favor de la causa popular española tuvieron una importancia mayor que las acciones de sus aeroplanos.

Terminada la guerra de España e iniciada la agresión nazi contra Francia, Malraux entra en la Resistencia gaullista. En 1945 será nombrado ministro de Información en el gobierno provisional de De Gaulle. Las experiencias de esta época de lucha clandestina y resistencia al fascismo se plasmarán en los libros La lucha con el ángel **y** Los nogales de Altenburg.

Durante algunos años, el hombre de acción deja paso al artista-filósofo, que reflexiona sobre el arte, su función y sus misterios. Publica en estos años La psicología del arte **y las diferentes partes de** El museo imaginario.

En 1959 vuelve a la vida pública, como ministro de Asuntos Culturales del general De Gaulle. Diez años más tarde, al producirse la retirada del general, tras la pérdida del plebiscito, Malraux abandonará definitivamente la vida política.

A John Cornford, estudiante y poeta comunista, de ascendencia israelita, se le considera el primer inglés que lucha en España. Paradójicamente se le destina a una columna del POUM en Aragón, si bien pasaría después a las Brigadas Internacionales. Moriría a finales de 1936 en el frente andaluz.



(Arch. H. Thomas.)



(Keystone.)

Una de las primeras unidades extranjeras en Cataluña es la centuria Thaelmann; la manda Hans Beimler. El nombre pasará a una brigada. Ernst Thaelmann, retratado en Berlín durante un mitin, es diputado del Reichtag y está preso desde 1933. Morirá en Buchenwald en 1944.

cayó en combate fue una mujer, Felicia Browne, una pintora comunista, muerta en Aragón el 25 de agosto. Antes vivía en la Costa Brava y había combatido en las luchas callejeras de Barcelona, adonde había ido para asistir a la Olimpíada Popular. En conjunto, estos primeros «voluntarios de la libertad» probablemente fueron unos 1.000 ó 1.500 en Aragón y Cataluña [77].

[77] Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, p. 70

Entretanto, en la extraña partida de ajedrez internacional que constituyó el fondo diplomático de la guerra civil, se estaban realizando nuevas jugadas. Llegó a París Philip Nöel-Baker, portavoz del Partido Laborista inglés para asuntos extranjeros. Blum pensaba que una España nacionalista sería una amenaza para Inglaterra tanto como para Francia. Nöel-Baker sugirió que el gobierno francés comunicara esto al británico. De manera que Blum envió al almirante Darlan, jefe del Estado Mayor naval francés, para realizar una gestión oficiosa ante el gobierno de Baldwin [78], que, en realidad, carecía de una información adecuada. Porque la embajada británica en Madrid creía que la capital iba a caer sólo en cuestión de días; y por ello el gobierno no iba a prestar mucha atención a la situación de los ciudadanos extranjeros. El cónsul en Barcelona, Norman King, pronosticaba un hundimiento económico, mientras que el embajador, en San Juan de Luz, escribía que la lucha era un combate de «los rebeldes contra la chusma». «La situación está empezando a parecerse a la de la revolución francesa, salvo en que el fusil y el revólver han sustituido a la guillotina. Se necesita con toda urgencia un Pimpinela Escarlata...» [79], añadía. Mientras tanto, diariamente se enviaban llamadas de auxilio desde la España republicana, y especialmente desde Cataluña: «¡Trabajadores y antifascistas de todo el mundo! Nosotros, los trabajadores de España, somos pobres, pero estamos persiguiendo un noble ideal. Nuestra lucha es vuestra lucha. Nuestra victoria es la victoria de la Libertad. Somos la vanguardia del proletariado internacional en la lucha contra el fascismo. ¡Hombres y mujeres de todos los pueblos! ¡Ayudadnos! ¡Armas para España!» [80].

Sin embargo, el gobierno de Madrid también estaba demostrando que no permitiría que ningún sentimiento se interpusiera en su búsqueda de armas. El 2 de agosto, Barcia, ministro republicano de Estado, preguntó a un comerciante germano, de apellido Sturm, si Alemania podía venderles cazas y bombarderos ligeros, con bombas de 50 ó 100 kilos. El pago se efectuaría en la moneda que ellos quisieran, o incluso en oro [81]. Esta petición sin duda explica la constante cortesía que, en aquellos momentos, mostraba el gobierno republicano ante Alemania (la censura prohibió incluso el uso despectivo de la esvástica en los chistes), aunque debía de saber que los alemanes habían enviado material de guerra a sus enemigos [82]. El funcionario alemán que recibió la petición, Schwendemann, inició una serie de trámites dilatorios, pero no la rechazó directamente. Entretanto, el 2 de agosto llegó a Marruecos procedente de Italia un barco cargado de recambios para los aviones y también de lubricante para los motores [83]; y, el 4 de agosto, el almirante Canaris llegó a Roma, en visita secreta, para coordinar la

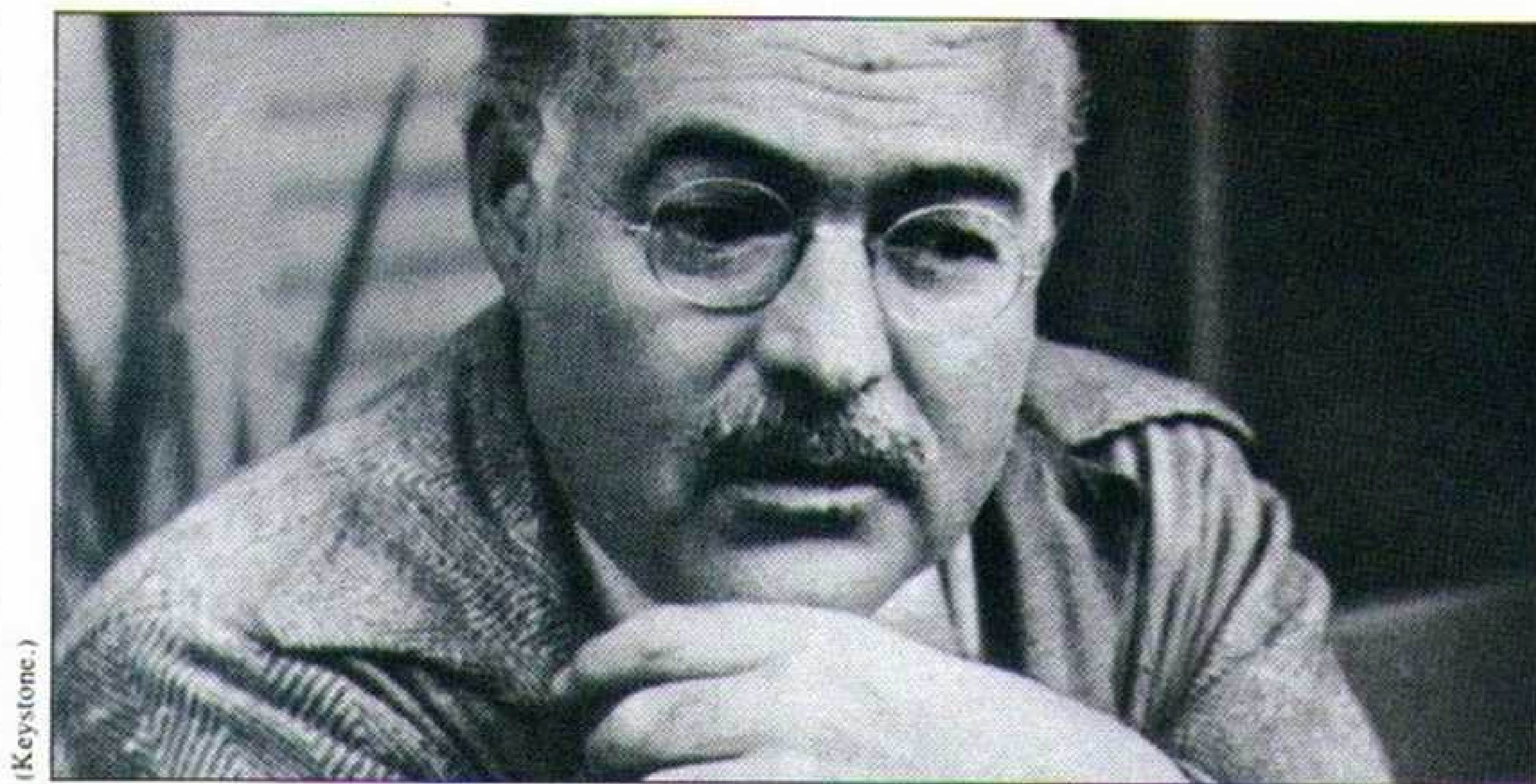
[78] *Les événements survenus*, p. 219.
[79] No tardó en aparecer uno. *FO*, 371/205/26/83; 96; y 120; también 28/177.
[80] *Boletín de la CNT-FAI*, 28 de julio.
[81] *GD*, p. 20.
[82] La República también intentó ganarse a las tropas nativas de la calurosa colonia española de Ifni, antes de que cayera a principios de agosto.
[83] R. Salas, vol. I, p. 441.

El movimiento esperantista se caracterizaba por un progresismo de base idealista, y, manteniendo la independencia política, por su decidido antifascismo. Grupos esperantistas solían desfilar en las manifestaciones celebradas por las izquierdas durante el período republicano llevando sus banderas y estandartes. Al iniciarse la guerra civil, los esperantistas hacen una llamada a la solidaridad internacional en este cartel, en el cual se condena gráficamente lo que ellos consideran agresión, también internacional, de los estados totalitarios europeos.



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

Treinta y siete años tiene el periodista y escritor norteamericano Ernest Hemingway cuando comienza la guerra civil que tanto va a apasionarle. En 1937 se traslada a España, enviado por la agencia North American Newspaper Alliance. Cuatro serán los viajes que realizará desde Estados Unidos a Madrid y a los escenarios de la guerra, y se convertirá en el más famoso de los corresponsales. Su entusiasmo por la causa republicana se ha hecho proverbial, aunque, tras las experiencias últimas y las indagaciones, se descubre en él un moderado desencanto. En sus crónicas, que, igual que les ocurre a sus obras literarias, no sirven para el historiador, demuestra sus dotes de escritor y su capacidad de fabulación. Sus amigos, y él mismo, crearon el mito Hemingway, que bascula entre la historia y la leyenda; un mito que hay que respetar.


(Keystone.)

ayuda alemana e italiana a Franco. Sostuvo una larga conversación con su colega en el servicio secreto italiano, el coronel Mario Roatta. Esta conversación señaló el verdadero principio de la colaboración militar que conduciría al futuro Eje [84]. Italia accedió a proporcionar gasolina a los aviones alemanes y a darles permiso para hacer escalas en su viaje entre Alemania y España [85].

Habría que señalar otro aspecto de la internacionalización de la guerra civil española. Los años treinta fueron la gran época del corresponsal extranjero. Desde finales de julio de 1936, y durante dos años y medio, los nombres más famosos del periodismo se encontrarían al sur de los Pirineos. Las agencias de noticias contrataban a distinguidos escritores para que las representaran en la guerra española. Algunos periodistas escribieron sobre España muchas cosas inexactas, y también redactaron brillantes reportajes. Pero muchos otros escribieron, además, artículos que, más que ser comentarios, eran panfletos destinados a ayudar a uno u otro bando. Esto ocurrió con especial frecuencia en el lado republicano, pues al departamento de prensa nacionalista le resultaba mucho más difícil excitar el entusiasmo de los corresponsales anglosajones. En el bando republicano, los periodistas iban al frente, ayudaban a enseñar a los españoles a usar las ametralladoras, y organizaban el suministro de armas. Un corresponsal de *The Times* fue el primero en señalar al Comité de Milicias Antifascistas que no podrían ganar la guerra si no encontraban un medio para resolver el problema del hambre en Barcelona.

La guerra civil no fue causada específicamente por ninguna acción internacional, aunque es posible que no hubiera existido si las izquierdas no hubieran estado abrumadas por el temor al fascismo, y las derechas, por el miedo al comunismo. Ninguna potencia extranjera tomó la iniciativa de ayudar a ninguno de los bandos. Pero las que se vieron empujadas a la intervención, de una u otra forma, después no supieron cómo zafarse. Igual que Napoleón, se hundieron en las arenas movedizas de la política española. Así pues, el derrumbamiento final del orden europeo empezó en España en julio de 1936.

[84] Whealey, en Carr, *The Republic*, p. 217, citando documentos navales alemanes.
[85] Viñas, p. 429.

22

El avance del ejército de Africa

Pronto se emprendieron dos campañas que alteraron el mapa político de España: el avance del ejército de Africa, bajo el mando de Franco, desde Sevilla hacia el norte; y el del ejército del norte, bajo el mando de Mola, contra la provincia vasca de Guipúzcoa. Los alemanes proporcionaron aviones de transporte, bajo el mando del capitán Von Moreau, que transportaron a Sevilla 1.500 hombres del ejército de Africa entre el 29 de julio y el 5 de agosto. A partir

Telegrama Oficial — Gabinete Telegráfico

00036

Expedido a — Hilo

A las — del — de — de 193

MADRID MALAGA 86 70 2 2/40= URGENTE SS COMANDANTE MTAR A MTRO GUERRA =
DICE JEFE TELEGRAFOS DE MALAGA QUE CAZANDO ESTACIONES CLANDESTINAS HA
COGIDO UN RADIO DE TETUAN PARA A G - T U EN QUE DICE = MAÑANA DIA DOS
SALDRA ANTONIO EL CAZADOR A REUNIRSE CON VOSOTROS Y DESEA SABER COMO SE
ENCUENTRA COLMILLO DE JABALI = LA ESTACION CLANDESTINA LE CONTESTA A TETUAN
NO PUEDO HABLAR = TELEGRAFOS SUPONE QUE ES UNA ESTACION PROXIMA A LA
COSTA QUE VIGILA LAS ACTIVIDADES DE LA ESCUADRA Y DE LA AVIACION =

(Serv. Histórico Militar.)

Romper el bloqueo de la flota gubernamental en el estrecho es una de las mayores preocupaciones de Franco, que domina un instrumento eficaz —las tropas marroquíes— y halla dificultades para emplearlo. En el telegrama de arriba, el gobernador militar de Málaga da cuenta de mensajes interrumpidos que le hacen sospechar que se prepara el paso de fuerzas a la península.

FOMENTAD LOS SERVICIOS DEL ESTADO AL UTILIZAR EL TELÉGRAFO

FACILITAIS RECURSOS AL TESORO Y HACEIS OBRA NACIONAL 00091

TELÉGRAFOS — 3 AGO 1936 — MADRID-CIERRE

MADRID PEÑAFLOR 1 86 3 10 = palabras — depositado el — a las

= PARA DEBIDO CONOCIMIENTO VUECENCIA PARTICIPO QUE PEÑAFLOR LORA RIO
CAZALLA CONSTANTINA PEDROSO NAVAS CONCEPCION PUEBLA INFANTES DE ESTA
PROVINCIA ESTAN EN PIE DE GUERRA DEFENDIENDO LA REPUBLICA DE LA PROVINCIA
DE CORDOBA ESTAN IGUAL PALMA DEL RIO HORNACHUELOS POSADAS DEMAS PUEBLOS
CERCANOS ESTAN PODER FACCIOSOS QUE COMETEN CRIMENES REPUGNANTES SOLICITAMOS
INMEDIATOS REFUERZOS GOBIERNO CONSTITUIDO =

(Serv. Histórico Militar.)

El 1 de agosto, el general Franco firma la orden de operaciones para que, desde lejos y con escasos efectivos, se inicie la marcha sobre Madrid. En los primeros días del mes salen de Sevilla tres columnas, mandadas por Asensio Cabanillas, Castejón y Tella; cada una de ellas se compone de una bandera de la Legión, un tabor de Regulares, una batería de escaso calibre, zapadores, sanidad y otros servicios, más algunas fuerzas auxiliares. El mando directo lo asumía el teniente coronel Yagüe. En el telegrama del centro comunican desde Peñaflor a Madrid la situación militar entre Sevilla y Córdoba el mismo día en que el enemigo emprende la marcha. En el tercer telegrama, el coronel Puigdendolas da cuenta al Ministerio de la deserción de un centenar de guardias civiles. En prosa resumida y patética anuncia lo apurado de la situación.

Indicaciones de recepción — TELEGRAMA 00134 — Indicaciones de transmisión

SERVICIOS, URGENTES Y OFICIALES

4-36

MADRID DE BADAJOZ CONTE MILITAR A MINISTRO DE LA GOBERNACION --------
EN EL DIA DE HOY PROXIMAMENTE CIEN GUARDIAS CIVILES DE LLERENA SE HAN PASADO AL ENEMIGO
EN DIRECCION SEVILLA AYER RECOGIERON LAS ARMAS DE LA GUARDIA CIVIL DE ESTA PLAZA Y FREGENAL
DE LA SIERRA Y HOY A LOS DE FUENTE CANTOS Y LOS SANTOS EN UN TOTAL APROXIMADO DE DOSCIENTOS
QUEDAN UNOS SETENTA EN TRES PUETOS NO CONTINUO PORQUE LA SITUACION DE LA PROVINCIA ME OBLIGA
A DISPONER ACTUACION [redacted] MILITAR DE PERENTORIA NECESIDAD RUEGO COMUNIQUELO A GUERRA--

(Serv. Histórico Militar.)

de esta fecha, se transportaron 500 hombres diariamente. Este fue el primer «puente aéreo» de tropas de la historia [1]. Hitler comentaría más tarde que «Franco tendría que erigir un monumento en honor de los Junkers 52. La revolución española tiene que agradecer su victoria a estos aviones» [2]. Además, el 5 de agosto, «el día de la Virgen de Africa», un convoy de buques mercantes transportó de Marruecos a España a unos 3.000 hombres con material, protegidos por cinco bombarderos italianos Savoia 81 y por algunos otros aviones y barcos [3]. La flota republicana, mucho más poderosa que todo cuanto los rebeldes podían reunir, pero mal dirigida, se retiró a los puertos de Cartagena y Málaga. Además, probablemente los marineros republicanos se atemorizaron ante la presencia en la zona de dos de los tres acorazados que tenía Alemania: el *Deutschland* y el *Almirante Scheer*. Estas victorias del transporte signifi-

En pequeños aviones pilotados por españoles, vuelan de Tetuán a Sevilla los primeros legionarios. El 20 aterriza en Tablada el teniente Gassol con nueve de ellos. Poco después lo hace Castejón, comandante de la 5.ª Bandera. El primero de los Junkers que transporta tropas es el mismo aparato, requisado en Canarias, que se utilizó para que los enviados de Franco volaran a Alemania. De regreso, el 28 de julio, transporta desde Tetuán a 22 regulares con equipo y armamento. A medida que los JU-52 llegan de Alemania se les emplea en el transporte: su capacidad es de unos 15 hombres, pero se hacen viajes con bastantes más. Ante uno de esos aparatos, los legionarios forman equipados a medida que descienden.

[1] En agosto y septiembre, fueron transportados de Africa a España 12.000 hombres, en unos 677 vuelos. A partir de finales de septiembre, cesó la necesidad de estos puentes aéreos al adquirir Franco el dominio del mar. (Kindelán, en *Guerra de liberación* [Zaragoza, 1961], p. 365.) El capitán Alfred Henke actuó como consejero técnico de Franco para el puente aéreo.

[2] *Table Talk* de Hitler, p. 687. El primer puente aéreo de la guerra española lo constituyeron los modestos vuelos de aviones Fokker y Dornier de Tetuán a Sevilla, pilotados por aviadores españoles, entre el 20 y el 29 de julio. Transportaban 10 legionarios en cada vuelo, y así pasaron 837 hombres entre el 20 y el 31 de julio, según J. Martínez Bande, en *La campaña de Andalucía* (Madrid, 1969), p. 36.

[3] Véase una descripción de este día, las bandas, Franco mirando desde la colina del Hacho, cerca de Ceuta, y la llegada de los guerreros cantando, en Larios, p. 32, Bolín, p. 173, y Martínez Bande, *op. cit.*, p. 40 y ss. Los aviones que actuaron este día fueron: los 5 Savoia, 3 trimotores Fokker, un DC2 capturado en Sevilla, 2 hidroaviones, 2 cazas Nieuport y una escuadrilla de Breguet XIX (R. Salas Larrazábal, vol. I, p. 295). Véanse también las memorias del coronel italiano Bonomi, sobre el papel de los italianos.

(Salmer.)



caron que se consiguió reunir una fuerte columna en Sevilla, dispuesta a marchar hacia el norte, para impedir todo contacto de los republicanos con la frontera portuguesa. Este ejército «de Africa», como muy pronto fue llamado, estaba dirigido por Franco, que llegó en avión a Sevilla el 6 de agosto, dejando a Orgaz al mando de Marruecos. En las operaciones, la columna iba dirigida por Yagüe y, a sus órdenes, por los coroneles Asensio, Delgado Serrano, Barrón y Tella, y por el comandante Castejón, todos ellos veteranos de la guerra de Marruecos. Cada uno de estos oficiales mandaba una bandera de la legión y un tabor [4] de regulares, con una o dos baterías. Toda esta fuerza (que se compondría de unos 8.000 hombres, casi todos transportados por aire a través del estrecho) se desplazaba en destacamentos de unos cien hombres, en camiones requisados en Sevilla por Queipo de Llano, que marchaban a toda velocidad por el centro de la carretera. Ocho Savoia 81 italianos y nueve Junkers 52 alemanes, pilotados por italianos y alemanes, respectivamente, daban a los nacionalistas el dominio local efectivo del aire, mientras que los voluntarios del aeroclub de Sevilla se encargaban de misiones de reconocimiento y enlace. (Dos pilotos del aeroclub consiguieron que abandonara su posición un grupo de milicianos bombardeándolos con melones [5].) Antes de entrar en una ciudad, se detenían los camiones, y la artillería y la aviación la bombardeaban durante media hora. A continuación, avanzaban los legionarios y los marroquíes. Si encontraban resistencia, se efec-

[4] Un tabor consistía en 225 hombres.
[5] Larios, p. 44. El mando aéreo republicano concentró —o, mejor dicho, dividió— sus fuerzas, todavía superiores, en las sierras del norte de Madrid. Véase Jesús Salas, p. 64.

La resistencia desordenada y esporádica que se opone a las tropas que ascienden en dirección norte es debida, en la mayoría de los casos, a iniciativas de los comités locales; los milicianos suelen concentrarse al abrigo de los pueblos. La falta de coordinación y mando, sumada a la inexperiencia y penuria de armamento, permite que esos pueblos sean tomados al asalto uno tras otro. Las fuerzas de Yagüe, imperfectamente motorizadas, avanzan 120 kilómetros en cuatro días. En algunos puntos —Llerena, Almendralejo...— los milicianos se hacen fuertes en la torre de la iglesia, pero la marcha no se detiene, y los campanarios se atacan con fuego o explosivos. Se combate en una de las zonas socialmente más injustas y problemáticas; los campesinos, peones en su mayoría, donde hallan protección tratan de resistir. En campo abierto no pueden oponerse a unas tropas entrenadas y aguerridas, y suelen desbandarse y huir.

(Arch. Urbión.)




(Efe.)

JUAN YAGÜE BLANCO (San Leonardo, Soria, 1891-Burgos, 1952)

Juan Yagüe Blanco fue una de las piezas claves en la preparación y en el desarrollo del levantamiento militar del 18 de julio. Militante falangista de primera hora, amigo de José Antonio Primo de Rivera, colaborador de la revista F.E., su actuación política estuvo siempre en función de sus ideas y de una gran fidelidad a Franco, pero cuando ambas entraron en conflicto terminó por imponerse siempre la segunda.
Nació en San Leonardo, un pequeño pueblo de Soria, en 1891. Ingresó muy joven en la Academia Militar y solicitó ser destinado al Ejército de Africa. Allí mandó tropas de regulares, fue herido varias veces y reiteradamente condecorado y se identificaría con el espíritu legionario que Millán Astray había sembrado entre los jóvenes oficiales. En la academia conoció a Franco, y, en 1934, por indicación de éste, fue llamado para ponerse al frente de las tropas africanas encargadas de combatir el movimiento revolucionario de Asturias. Sospechando el gobierno de la República su actividad subversiva entre los mandos militares del Ejército de Africa, fue llamado a Madrid, donde el 6 de junio se entrevistó con Santiago Casares Quiroga, jefe del gobierno, quien le ofreció un puesto de agregado militar en el extranjero. Yagüe rechazó el nombramiento.
Participó en la sublevación de la plaza de Ceuta y, cruzado el estrecho, contri-

tuaba un asalto en regla. Los milicianos podían luchar valerosamente mientras les duraban las municiones, y luego cundía el pánico, sin una disciplina que evitara la fuga desordenada: nadie les decía que se dispersaran para defender un pueblo. Después se encontraban los cadáveres producto de las atrocidades revolucionarias y, en represalia, se perseguía y fusilaba a los dirigentes de partidos de izquierdas que quedaban en el pueblo. Todo el que llevara un arma o tuviera en su hombro la señal de la culata de un fusil se exponía a que lo fusilaran. No se hacían prisioneros. La brutalidad de la legión y los marroquíes fue inesperada. Los «moros» siempre habían sido los malos en los cuentos españoles: ahora se convirtieron en un foco de terror para todo el sur de España. La prensa portuguesa informó que habían matado a 1.000 personas incluso en una población tan pequeña como Almendralejo [6]. Un vasto ejército de refugiados huía del ejército de Yagüe hacia el norte. En todas partes, la matanza de «rojos» coincidía con la reapertura de las iglesias y la celebración de misas y bautizos de los niños nacidos el mes anterior. De esta manera, Yagüe llegó a Mérida, la ciudad de los magníficos monumentos romanos, el 10 de agosto, tras haber avanzado 300 kilómetros en menos de una semana. Este fue el tipo de marcha aventurada en la que se reveló Yagüe, que era un *condottiere* por naturaleza. Ardiente, muy popular con sus hombres, no se parecía en nada al tipo de general moderno y frío, al estilo alemán, que admiraba Franco. Yagüe «quería a sus soldados como si fuesen sus hijos», recordaría más tarde uno de ellos [7]. A seis kilómetros al sur de Mérida, las milicias dieron a Yagüe su primera oportunidad de luchar en la guerra. El combate se libró sobre el río Guadiana, frente a la ciudad. Gracias a una arremetida de Asensio se ganaron el puente y la ciudad. Los miembros del comité de defensa de la ciudad fueron ejecutados, encabezados por Anita López, el alma de la resistencia anarquista.

Badajoz

De este modo, Yagüe estableció contacto con la zona norte de la España rebelde, aunque todavía no con un cuerpo de hombres organizados como una fuerza de combate. Además, había dejado aislada a la ciudad fronteriza de Badajoz, hacia la que avanzó a continuación con Asensio y Castejón, mientras Tella se encargaba de Mérida. El 11 de agosto, las milicias de Mérida, que habían huido de la ciudad y ahora se veían reforzadas por 2.000 guardias de asalto y guardias civiles de Madrid, lanzaron un contraataque. Tella lo resistió, con lo que permitió que se concentraran contra Badajoz Yagüe, Castejón y Asensio, con unos 3.000 hombres, aunque es posible que este ataque fuera un error estratégico: tal vez habría sido mejor avanzar hacia Madrid. Badajoz estaba defendida por el

[6] *O Seculo*, 11 de agosto de 1936. Durante los primeros meses, la prensa portuguesa fue franca en sus comentarios sobre las matanzas nacionalistas. Véase Brenan, *The Spanish Labyrinth*, p. 225, y Southworth, *El mito*, p. 215. Sobre esta campaña, véase también Aznar, p. 102 y ss.; Lojendio, p. 138 y ss.; Sánchez del Arco, y Harold Cardozo, *The March of a Nation* (Londres, 1937); Cecil Gerahty, *The Road to Madrid* (Londres, 1937); y H. R. Knickerbocker, *The Siege of the Alcázar* (Filadelfia, 1936).
[7] José Manuel Lara, en *Domenical del Brusi*, 3 abril 1977.

coronel Ildefonso Puigdendolas (que antes había mandado la columna que había tomado Guadalajara), con unos 8.000 milicianos inexpertos. Inmediatamente antes del ataque, Puigdendolas tuvo que derrochar material, energías y confianza para aplastar un motín de la guardia civil.
La calurosa ciudad de Badajoz está rodeada de murallas y además, por el lado este, por donde avanzaba Yagüe, está resguardada por el ancho río Guadiana. Después de una mañana de bombardeo de la artillería, se ordenó el ataque a media tarde del 14 de agosto. La 16.ª compañía de la 4.ª bandera de la legión se lanzó contra la puerta de la Trinidad, cantando, en el momento del avance, su himno, en el que proclaman que su novia es la muerte. En el primer asalto fueron rechazados por las ametralladoras de los milicianos. Pero, al segundo, los legionarios consiguieron abrirse paso, matando a sus enemigos a bayonetazos.
Habían conseguido entrar, aunque, de la fuerza de asalto, sólo sobrevivieron un capitán, un cabo y catorce legionarios. Al mismo tiempo, otra columna de legionarios asaltaba las murallas próximas

buyó a afianzar el dominio de Sevilla. De aquí salió hacia el norte, al mando de las columnas de Asensio, Castejón y Tella. Conquistó Mérida y Badajoz (14 agosto 1936), donde se desencadenó una dura represión contra los vencidos. Ya coronel, continuó el avance hacia el norte, a lo largo del valle del Tajo, conquistando Navalmoral, Talavera y Maqueda. Sin embargo, cuando Franco y Mola decidieron que las fuerzas de Yagüe se desviaran de su marcha hacia Madrid para liberar al coronel Moscardó, cercado en el Alcázar, Varela substituyó a Yagüe, por enfermedad de éste, según se dijo oficialmente, aunque parece que fue por su desacuerdo con la decisión adoptada.
Tuvo problemas políticos durante los sucesos de protesta contra el Decreto de Unificación (abril 1937), permaneció fiel a Franco y fue miembro del Primer Consejo de FET y de las JONS, aunque un año más tarde, en un discurso pronunciado en Burgos, que le valió una sanción disciplinaria, intercedió en favor de Hedilla y sus seguidores detenidos. En julio de 1937 fue nombrado jefe del Primer Cuerpo de Ejército de Madrid, y en noviembre de dicho año fue ascendido a general de brigada y nombrado jefe del Cuerpo de Ejército marroquí. Sus tropas entraron en Barcelona el 26 de enero de 1939. Terminada la guerra, fue ascendido a general de división y nombrado ministro del Aire el 9 de agosto de 1939.
Ascendido a teniente general en 1942, un año más tarde se hizo cargo de la Capitanía General de la VI Región Militar, con sede en Burgos. Falleció en esa ciudad, en 1952, siendo ascendido, a título póstumo, a capitán general y nombrado marqués de San Leonardo de Yagüe.

DIRECCIÓN GENERAL DE SEGURIDAD
SECCIÓN ESPECIAL DE RADIOTELEGRAFÍA

N.º de origen 58
palabras 31
fecha 11 Agosto 1936
Hora 12

Procedencia Badajoz 00021
El Comandante Militar a Ministro A Guerra.

N.º de orden 1947
Recibido de EEQ-5
Badajoz
a las 13'15 fecha 11
El Funcionario,

TEXTO: Aviación y artilleria enemiga tiene sometida a Mérida a intenso bombardeo. Envien urgentísimo aviación. Situación angustiosa.

Comunicado por teléfono a las 13'20 horas 11-8-936

(Serv. Histórico Militar.)

DIRECCIÓN GENERAL DE SEGURIDAD
SECCIÓN ESPECIAL DE RADIOTELEGRAFÍA

N.º de origen
palabras
fecha 12/8/36
Hora 3,00

00058
Procedencia Badajoz
El Gobernador Civil
A Ministro de la Guerra

N.º de orden 1597
Recibido de
a las 3'05 fecha 12/8
El Funcionario,

TEXTO: Si desde amanecer no hay sobre Badajoz una potente escuadra aerea se repetirá el caso de Mérida fatalmente.

(Serv. Histórico Militar.)

En el primero de estos telegramas, dirigido al ministro de la Guerra, el gobernador militar de Badajoz califica la situación de Mérida de angustiosa. En efecto, dos días después la columna de Yagüe ocuparía la ciudad y establecería comunicación con el Ejército del Norte, que manda Mola.
En Badajoz se hallan concentrados importantes efectivos del ejército y las milicias gubernamentales, pero el gobernador civil solicita, en este telegrama, protección aérea. Los refuerzos aéreos no llegan, y Badajoz sería conquistado al asalto en la tarde del 14 de agosto.



(Keystone.)

Estos milicianos, que costaría identificar a qué bando pertenecen si no constara que son nacionalistas, se fotografían junto a la camioneta acorazada tomada al enemigo. Partidos y sindicales, como los frentepopulistas de Don Benito, se mostraron activos en el blindaje de vehículos, cuyos resultados no pasaron de mediocres, salvo en algunos servicios.

a la puerta del Pilar. Allí entraron con menos dificultad. Entonces la batalla continuó en las calles. Las dos fuerzas atacantes se encontraron en la plaza de la República, bajo la sombra de la catedral, y desde aquel momento, la ciudad fue suya. La lucha cuerpo a cuerpo continuó hasta la noche. Badajoz quedó sembrada de cadáveres. No se podía distinguir entre combate y represión porque, desde el momento en que penetraron en la ciudad, no hubo nadie que diera órdenes para continuar o cesar el fuego. El coronel Puigdendolas huyó a Portugal. Los legionarios mataron a todo el que llevaba armas, incluso a unos milicianos que estaban en las gradas del altar mayor de la catedral. La plaza de toros se convirtió en campo de concentración. Muchos milicianos, y todavía más carabineros, fueron fusilados por orden de Yagüe [8]. Estas ejecuciones continuaron al día siguiente, 15 de agosto, y, con menor intensidad, durante algún tiempo después [9]. Hubo otra racha de represión

cuando Salazar entregó muchos de los refugiados que habían cruzado la frontera en su huida. Esta conquista cortó definitivamente la comunicación del gobierno republicano con la frontera portuguesa.

El valle del Tajo

El 20 de agosto, Yagüe inició un nuevo avance, volviéndose hacia el este, hacia Madrid. Tella avanzó por Trujillo hasta Navalmoral de la Mata, que ocupó el 23 de agosto. Más hacia el este, el valle del Tajo se extendía sin presentar ningún obstáculo natural importante. Todas las colectividades revolucionarias formadas después de las ocupaciones de tierras de marzo se hundieron, sin mucha lucha, aunque tras su destrucción hubo mucha matanza. Asensio y Castejón avanzaron hacia el Tajo por las montañas de Guadalupe. Aquí les presentó batalla el ejército gubernamental de Extremadura, formado por tropas de Madrid, a las órdenes del general Riquelme. Una sección de la columna de Asensio fue casi destruida en la ciudad de Medellín por la escuadrilla aérea de Malraux [10], que realizaba su primera acción importante: la escuadrilla había reunido dos o tres bombarderos Potez, uno o dos Breguet y un Douglas. Pero los milicianos de tierra no pudieron oponerse a los legionarios y los marroquíes, que los sobrepasaron, obligándoles a retirarse precipitadamente de sus posiciones, so pena de quedar cercados. Se retiraron nueve mil hombres, incluidos 2.000 anarquistas que se negaron a obedecer las órdenes de Riquelme y lanzaron inútiles ataques en las colinas de San Vicente.

Por tanto, Asensio y Castejón se reunieron con Tella en Navalmoral. Tras unos días de descanso, el avance se reanudó el 28 de agosto, a lo largo del lado norte del valle del Tajo. La resistencia fue escasa. El ejército de Africa prosiguió avanzando por las carreteras. Las tropas republicanas no estaban acostumbradas a las condiciones de lucha de aquel valle árido y yermo. Hubo deserciones. Los milicianos se negaban a cavar trincheras, porque lo consi-

DIARIO DE HUELVA

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Año XXIX — Sábado 15 de Agosto de 1936 — Núm. 8.360

Ha sido tomada la ciudad de Badajoz

La columna de Castejón entró en la capital extremeña por las brechas abiertas en las murallas por la aviación

CANTO A LA BANDERA

(Hemer. Municipal. Madrid.)

La conquista de Badajoz fue muy festejada por los nacionalistas; ya no se trataba de un simple reajuste de las primitivas posiciones, sino de una operación de guerra. Las conocidas estrofas de Sinesio Delgado, enmarcadas por la bandera, sirven para celebrar el hecho.
Cuando Heli Rolando Tella fue destituido del mando de la 1.ª Legión, se refugió en la zona francesa, de la cual regresó al iniciarse el alzamiento. Ahora manda una de las pequeñas columnas: la que ha partido de Sevilla el 9 de agosto.



(Col. J. M. Armero.)

[*] La noticia de la «matanza de Badajoz» fue dada al mundo por primera vez por los periodistas franceses Marcel Dany y Jacques Berthet, y por un periodista portugués, Mario Neves. Su relato fue desmentido más tarde por el comandante McNeil Moss en *The Legend of Badajoz* (Londres, 1937), que a su vez fue replicado por Koestler en su *Spanish Testament*, pp. 143-145. La versión de McNeil Moss procedía de dos voluntarios ingleses en el ejército de Franco (los capitanes Fitzpatrick y Nangle) que, sin embargo, no se incorporaron al ejército nacionalista hasta el 9 de septiembre. Las investigaciones realizadas por el autor en Badajoz, en 1959, le convencieron de la veracidad de la historia narrada arriba. Probablemente nunca se sabrá el número exacto de muertos. Puede que no llegaran a los 1.800 de que habla Jay Allen, del *Chicago Tribune*. El libro de Southworth, *El mito*, (p. 123) contiene nuevo material sobre estos acontecimientos. Indudablemente se luchó dentro de la catedral, como varios testigos oculares le han asegurado, por separado, al autor, y como se sugiere, de todos modos, en los relatos nacionalistas (p. ej., Sánchez del Arco, *op. cit.*, p. 9). Véase el reportaje de Jay Allen publicado entonces en el *Chicago Tribune* (30 de agosto de 1936), reproducido en Robert Payne, *The Spanish Civil War 1936-1939* (Nueva York, 1962), pp. 89-91; y J. T. Whitaker, «Prelude to War» *(Foreign Affairs*, octubre de 1942), p. 104 y ss. El 27 de octubre de 1936, en *La Voz*, de Madrid, se publicó una versión completamente falsa de esta matanza, en la que se acusaba a Yagüe de haber organizado una fiesta en la que se había fusilado a los prisioneros ante la flor y nata de la sociedad de Badajoz, y que tuvo efectos desastrosos, pues provocó represalias en Madrid.

[9] Yagüe no intervino para impedir la matanza. Pero, por orden de Franco, generalmente prohibió a los moros que castraran los cadáveres de sus víctimas (un rito de guerra moro).

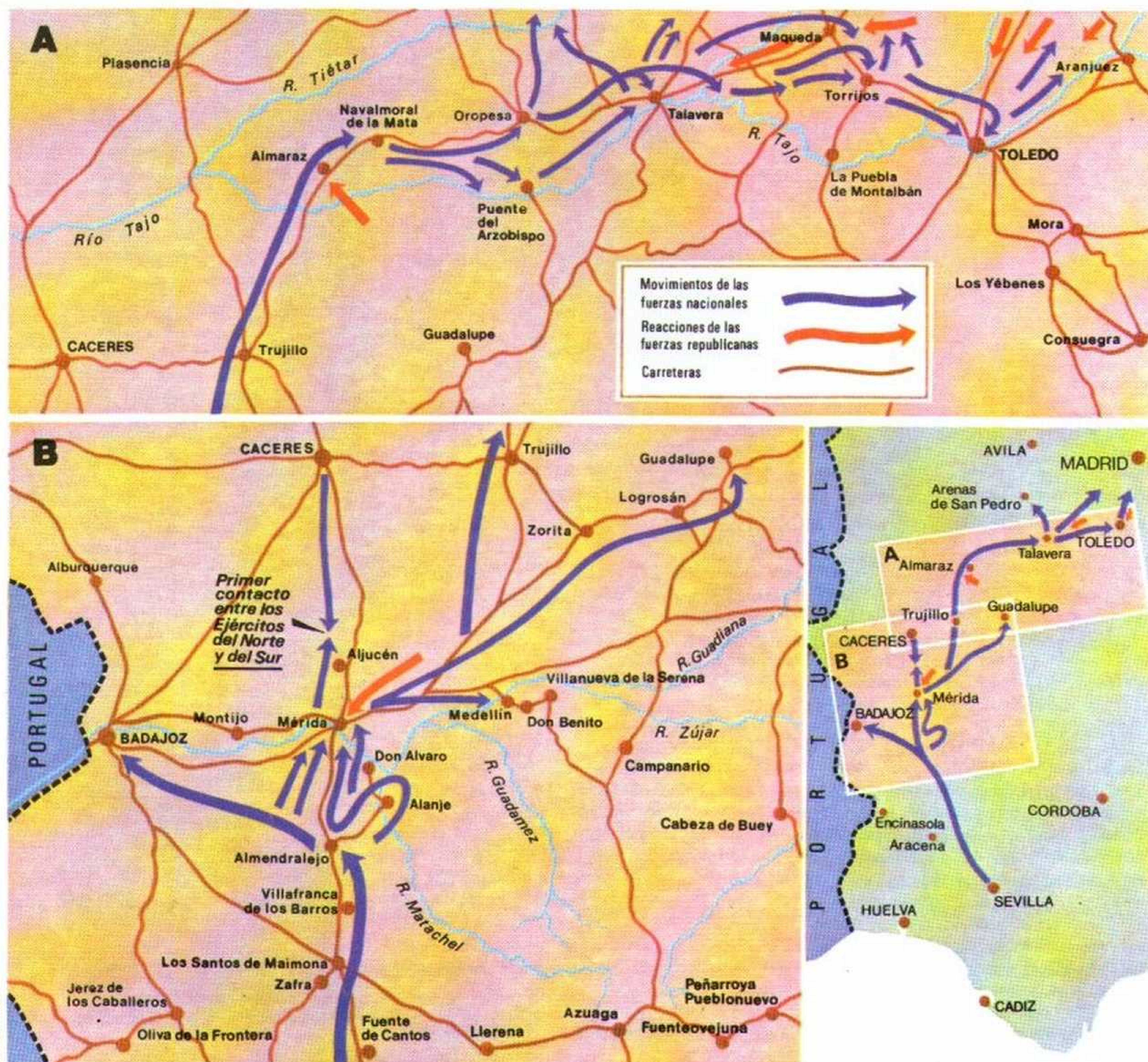
[10] Malraux, pp. 99-105; Lacouture, p. 233.

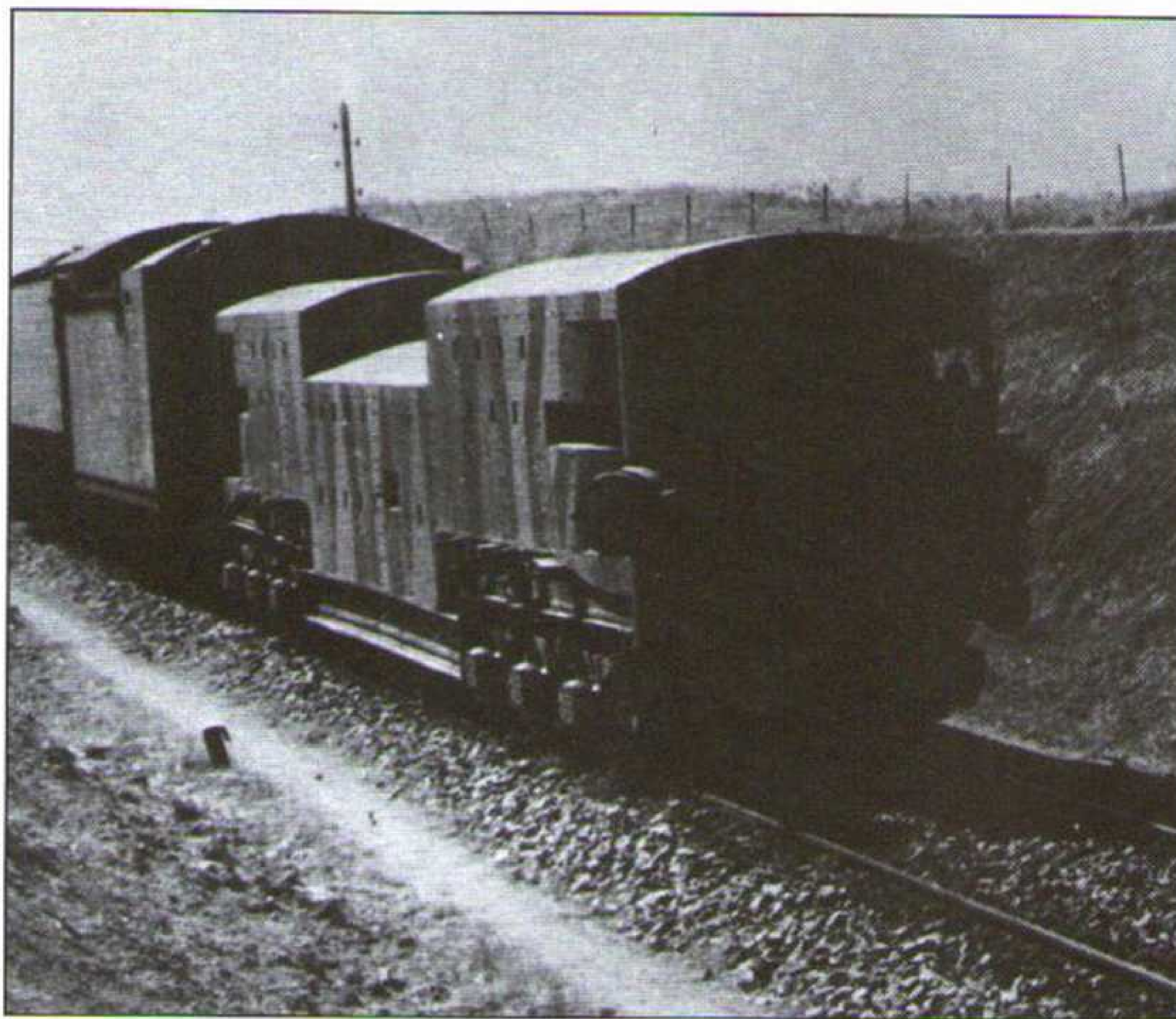
En el fragmento de la derecha, la marcha de la Columna Madrid, nombre que toma la agrupación de columnas que parten de Sevilla en los primeros días de agosto y llegarán en noviembre a las puertas de Madrid, puertas que se le cerrarán.

En la parte de abajo, las operaciones en Extremadura, el enlace con las fuerzas de Mola, el ataque y conquista de Badajoz, y el paso de la cuenca del Guadiana a la del Tajo. Arriba: avance por el valle del Tajo —Oropesa, Talavera...— y la discutida desviación a Toledo.

deraban cobarde. El gobierno no podía exponerse a perder a todos sus hombres en una batalla general, y, por tanto, no hacía más que retirarse. Además, por entonces, la aparición de los cazas Fiat italianos, más rápidos que cualquiera de los aviones que tenían los republicanos, reforzó el control local de los rebeldes en el aire [11]. El 2 de septiembre, las columnas del ejército de Africa alcanzaron Talavera de la Reina, donde se encontraban instalados 10.000 milicianos, con toda la artillería que habían podido reunir (así como un tren blindado), en una excelente posición defensiva en las laderas que hay antes de llegar a la ciudad. El día 3 de septiembre, al ama-

[11] Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 299. Estos cazas Fiat-Ansaldo, los CR32, fueron los cazas italianos que más se usaron en el bando nacionalista durante la guerra civil. Habían empezado a llegar por mar el 14 de agosto y a finales de ese mismo mes establecieron su base en Cáceres.





(Arch. B. M. Patino.)

El entusiasmo por los coches blindados se extiende a los ferrocarriles, cuya supuesta eficacia bélica enlaza con historias, imágenes y mitos relacionados con las revoluciones mexicana y rusa. Los gubernamentales utilizan en diversos frentes trenes blindados; la fotografía corresponde a uno de Extremadura. Vulnerables a la aviación y a la artillería, solían preservarse en el interior de túneles; sus resultados no fueron tan buenos como se había esperado. Cortar los carriles o volar un puente les privaba de toda posibilidad de penetración.

necer, Asensio y Castejón avanzaron para rodear la ciudad. Fueron ocupados el aeródromo y la estación de ferrocarril, que estaban a cierta distancia del centro. Al mediodía, se lanzó un asalto contra la ciudad propiamente dicha, cuyos defensores, para entonces, ya estaban profundamente alarmados. A primera hora de la tarde, después de unas cuantas luchas callejeras, Yagüe conquistó Talavera. Aquella misma tarde, cuando el ministro de la Guerra en Madrid, Hernández Sarabia, telefoneó a Talavera, le contestó un marroquí [12]. Había caído la última ciudad de cierta importancia que se interponía entre Franco y Madrid.

La realización de esta campaña de 500 kilómetros en un mes fue un triunfo para Franco, a quien algunos habían criticado por escoger la ruta del oeste, más larga, de Sevilla a Madrid, en vez de la del este, más corta y más normal, pasando por Córdoba, La Mancha y Aranjuez. La campaña, además, consolidó la posición de Franco frente a las de Mola y Queipo de Llano.



(Arch. B. M. Patino.)

José Riquelme y López Bago era general de división el 18 de julio de 1936. El 20 es nombrado jefe de la 1.ª División Orgánica; actúa en Toledo, en el frente de la sierra, etc. Su actuación, intensa durante los primeros meses, irá oscureciéndose. Quiere frenar el avance enemigo en Talavera y dar tiempo a que se organice el ejército y se fortifiquen los accesos a la capital.

La caída de Guipúzcoa

La segunda campaña importante de agosto fue la del norte. A finales de julio, como hemos visto, Mola había estado a punto de ser presa de la desesperación debido a la escasez de municiones; el 29 de julio, incluso había estado tentado de suicidarse, según dice su secretario. En un momento dado, solamente disponía de 26.000 cartuchos. Luego, Franco le remitió un telegrama comunicándole la llegada de los aviones alemanes e italianos, y le envió 600.000 cartuchos [13]. El plan de Mola, coordinado con Franco, con quien se

[12] Aznar, p. 174. Este fue el último acto de Hernández Sarabia como ministro de la Guerra.
[13] Iribarren, pp. 132, 135.

La revista inglesa The Sphere *publica con epígrafe humorístico esta fotografía. La actitud comodona y aparentemente poco marcial que motiva el comentario pudiera encubrir una natural y dolorosa despeadura, azote de los soldados en marcha. A éste, combatiente de la columna Beorlegui, en algunos libros se le atribuye por error la condición de miliciano de la República.*



(The Illustrated London News.)

Nº 1760 110 - 12 1'10 200

RADIOGRAMA OFICIAL

Burgos 12 de agosto de 1936

GENERAL JEFE EJERCITO DEL NORTE

a

GENERAL FRANCO.............SEVILLA

Cave Burgos.-Cifrado.

Hoy ocupación total de Tolosa despues de combatir en las calles dos dias. En Asturias avanzamos 8386-4849-2855-2895-4368-4258-[illegible]-8832-7367-2131-3436-2448-2581-7121-8548-4820-[illegible]00-Tomamos Trubia y el Puerto de Leitariegos. Apresamos Aviles varios pequeños armados. En Palencia 3846-1287-3518-4756-3432-9161-3[illegible]-4800-cogiendo 4357-3538-8958-4828-1265-3215-4235-8385-4924-8200. Llegó 6824-8111-8347-3231-3446-algunas 8832-7153-8345-4986-8114-8253-1324-8578-8132-2883. Acabamos recibir noticias entrada Mérida. Viva España.

De O. de S. E.

El Comandante de E. M. Jefe de Servº.

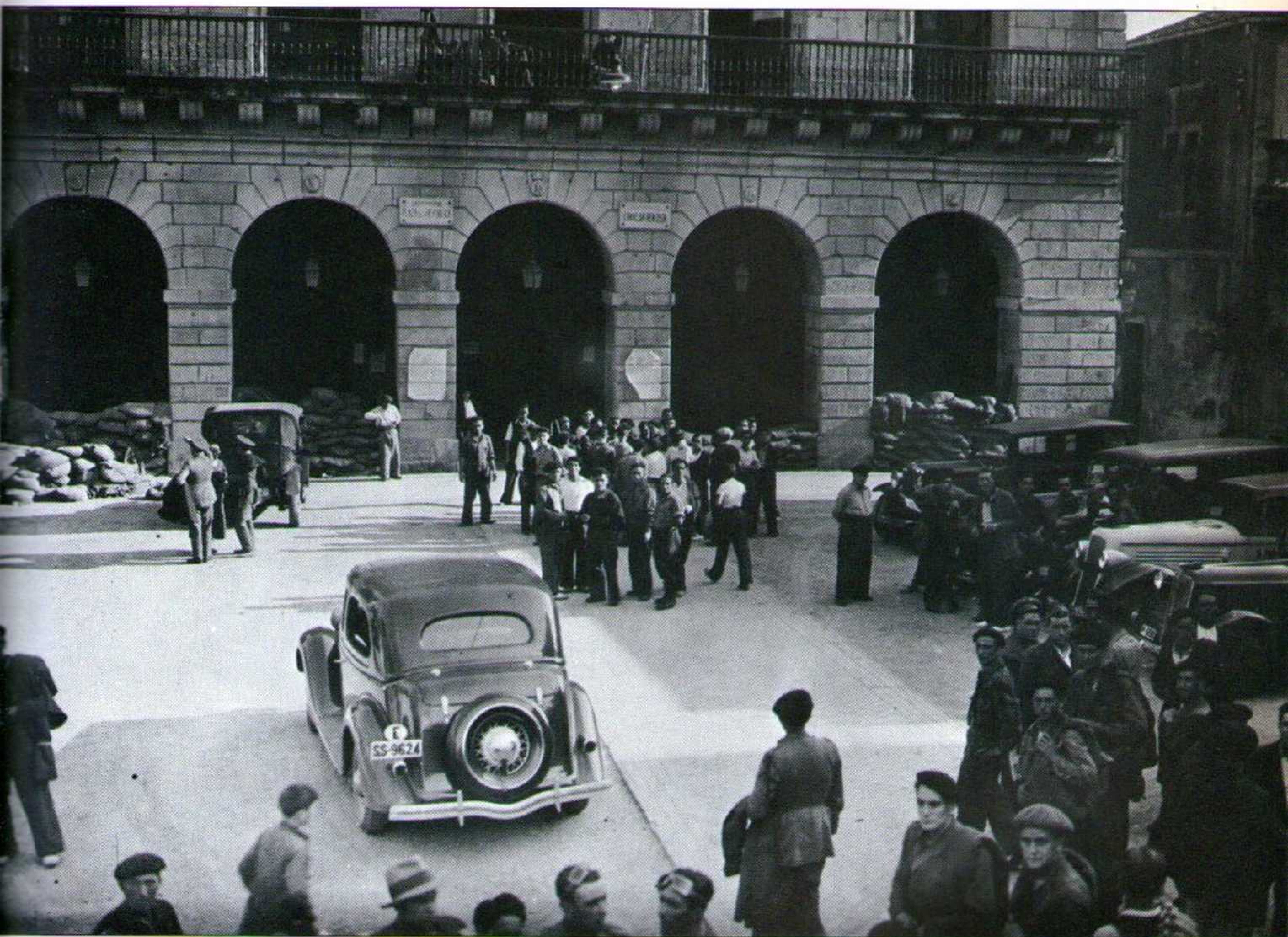
Dtº a E.G.V. [firma] 157

(Serv. Histórico Militar.)

Mola le anuncia en semiclave a Franco la total ocupación de Tolosa, en donde entran las unidades navarras que manda Iruretagoyena el 11 de agosto. Tolosa, donde preponderaban los socialistas, es importante ciudad industrial y nudo de comunicaciones.

entrevistó en Sevilla el 13 de agosto, consistía en conquistar San Sebastián e Irún, aislando así a los vascos de la frontera francesa en el extremo occidental de los Pirineos. Las columnas de tropas principalmente navarras que operaban allí fueron puestas bajo el mando de su paisano el coronel José Solchaga. El 11 de agosto, el comandante Latorre había conquistado la antigua capital vasca de Tolosa. A un socialista que había impedido que los anarquistas y los comunistas locales destruyeran la central eléctrica de la ciudad le pagaron la molestia afeitándole la cabeza, menos una tonsura, y obligándole a recorrer la ciudad gritando: «¡Viva Cristo Rey!» [14]. El mismo día, el coronel Beorlegui conquistó Pikoketa, un cerro clave para el avance hacia Irún. Telesforo Monzón, un destacado político nacionalista vasco, se apresuró a dirigirse a Barcelona para pedir ayuda. Pero la Generalitat sólo podía disponer de 1.000 fusiles. Los

[14] Iturralde, vol. II, p. 72.



(Keystone.)

vascos, por tanto, confiscaron el oro que había en la sucursal local del Banco de España y en otros bancos de Bilbao y lo enviaron por mar a París, para comprar armas con aquella garantía. El primer comandante de las fuerzas republicanas en Guipúzcoa, Pérez Garmendía, cayó en manos de Beorlegui, gravemente herido; Beorlegui, que era antiguo amigo suyo, le dijo rápidamente que tenía suerte de morir a consecuencia de sus heridas, porque si hubiera sobrevivido, le habrían fusilado por traidor [15].

Los rebeldes situaron algunos de los pocos barcos que tenían frente a San Sebastián e Irún. El gobernador civil, teniente Antonio

[15] *Loc. cit.*, p. 141. El valiente, despiadado, simple y gigantesco Beorlegui era un hombre de carácter. Mola no paraba de llamarle por teléfono, pero el coronel odiaba el teléfono y convenció al comandante Martínez de Campos para que le hiciera de intermediario. «Deben tomar San Sebastián», gritaba Mola; «Que tome él Madrid», contestaba Beorlegui. Véase Martínez de Campos, p. 45. En Oyarzun, Beorlegui sacó su paraguas para protegerse de las bombas (Del Burgo, p. 206). Véase también la historia oficial de Martínez Bande, *La guerra en el norte* (Madrid, 1969), pp. 37-99.

La suerte de Irún se decide en el monte y fuerte de San Marcial, donde está entablada una encarnizada y terca lucha que no se resolverá hasta el 2 de septiembre. Frente a la Casa Consistorial, militares, milicianos y paisanos se mantienen a la espera; es el momento de máxima angustia, el que antecede al combate. El día 4, cuando en Madrid Largo Caballero forma nuevo gobierno, las tropas navarras entrarán en Irún; el nombre de esta plaza va a cambiar…

El gobernador civil de Guipúzcoa expone telegráficas dudas sobre la identidad de dos avionetas que han lanzado bombas, y de un trimotor que ignora si las seguía o perseguía. Y solicita aclaraciones de Madrid.

DIRECCIÓN GENERAL DE SEGURIDAD
SECCIÓN ESPECIAL DE RADIOTELEGRAFÍA

N.º de origen 2
palabras 45
fecha 1/8/36
Hora

Procedencia SAN SEBASTIAN
El GOBERNADOR CIVIL
A MINISTRO GUERRA

N.º de orden 1971
Recibido de EEQ3
00020
a las 21'05 fecha 1/8
El Funcionario,

TEXTO:

PONGO CONOCIMIENTO V.E. QUE DOS AVIONETAS EN MADRUGADA HOY HAN BOMBARDEADO ALEGRIA ORIA ESTA PROVINCIA INTERNANDOSE SOBRE NAVARRA SEGUIDAS O PERSEGUIDAS TRIMOTOR AL PROPIO TIEMPO SE DESEA SABER SI TALES AVIONETAS Y TRIMOTOR SON LEALES O REBELDES

(Serv. Histórico Militar.)

La derrota de los militares sublevados en San Sebastián dio superioridad artillera a los gubernamentales de Guipúzcoa y Vizcaya. Para contrarrestarla, los nacionalistas emplean la artillería de la escuadra. Junto a la campesina yunta de bueyes, un artificiero examina el proyectil naval que no ha explotado. Cerrar la frontera francesa se convierte en objetivo urgente para Solchaga, que manda el conjunto de las fuerzas nacionalistas en aquel frente: comienzan a llegar suministros de material por vía terrestre desde Francia.

Ortega, que estaba al mando de las fuerzas de San Sebastián, amenazó con fusilar a cinco prisioneros por cada persona que muriera a consecuencia del bombardeo marítimo. Los prisioneros de la ciudad eran muchos y distinguidos, puesto que San Sebastián era la capital veraniega del país. A pesar de todo, los barcos rebeldes *España*, *Almirante Cervera* y *Velasco* empezaron a disparar el 17 de agosto. La población se ocultó; no obstante, se produjeron cuatro muertos y 38 heridos. Ortega ejecutó a ocho prisioneros civiles y cinco oficiales rebeldes. El bombardeo naval continuó durante los días siguientes, sin causar pánico. Irún y San Sebastián también



(The Illustrated London News.)



(Keystone.)

Algunos de los que habían defendido Irún, antes de abandonar la ciudad destruyen edificios volándolos con dinamita o incendiándolos. Suele culparse de estas destrucciones a los anarquistas, a los asturianos, a los comunistas... También se ejecutan presos políticos. En los combates de estos frentes participan voluntarios extranjeros, los más de ellos llegados a través de la tolerante frontera francesa; hay alemanes, franceses, belgas, italianos, centroeuropeos, polacos..., mandados por oficiales de la reserva franceses y belgas, veteranos de la gran guerra. Las Brigadas Internacionales aún no se han fundado. También a estos extranjeros se les achacan los incendios. Entre las fuerzas atacantes figura una bandera de la Legión, trasladada desde la zona nacionalista del sur.

empezaron a ser bombardeadas a diario. Entre los aparatos atacantes destacaron los Junkers 52. El 26 de agosto, empezó el asalto por tierra contra Irún. El número de hombres que participaron fue reducido: unos 3.000 vascos y republicanos, y casi 2.000 nacionalistas. Beorlegui, sin embargo, contaba con el apoyo de casi toda la artillería que Mola había podido reunir y varios camiones blindados. Los vascos, por su parte, estaban asesorados por una serie de técnicos franceses y belgas enviados por el Partido Comunista francés [16], y también por algunos anarquistas de Barcelona. Tenían un regimiento de artillería.

La batalla que vino a continuación se libró bajo un sol deslumbrador, tan cerca de la frontera francesa que Beorlegui tuvo que prohibir a sus hombres que disparasen en dirección este. Día tras día, hubo un prolongado bombardeo de la artillería rebelde, y, cuando parecía que los vascos habían evacuado sus posiciones, venía el asalto. Pero luego volvían los defensores y, en lucha cuerpo a cuerpo, reconquistaban la posición. Después de una pausa, volvía a empezar el bombardeo de la artillería. El cerro de Puntza, por ejemplo, fue bombardeado, evacuado y reconquistado cuatro veces

[16] Como reconoció él mismo en la cámara de diputados francesa el 16 de marzo de 1939, el dirigente comunista francés André Marty, miembro del comité central del Komintern (ECCI), y futuro jefe de las Brigadas Internacionales organizadas regularmente, se encontraba en Irún en esta ocasión.



(Keystone.)

En lo alto de San Marcial, soldados y milicianos vascos se disponen a la defensa de las posiciones. «Ambos bandos lucharon con un desprecio absoluto de sus propias vidas, desmintiendo las acusaciones de cobardía que se lanzaban unos a otros cuando cesaba el fuego...»

de esta manera antes de ser definitivamente conquistado el 2 de septiembre. Aquel día, los navarros tomaron también el encalado convento de San Marcial, situado en la ventosa colina que domina directamente Irún, y el puesto aduanero de Behovia. Este último fue rodeado, y sus defensores lucharon cuerpo a cuerpo hasta el último hombre, mientras los que pudieron se lanzaron al Bidasoa para pasar a nado a Francia y a la salvación. Ambos bandos lucharon con un desprecio absoluto de sus propias vidas, desmintiendo las acusaciones de cobardía que se lanzaban gritando unos a otros cuando cesaba el fuego, por la noche, o durante la siesta de la tarde.

Los habitantes de Irún empezaron a huir camino de Hendaya atravesando el puente internacional. A pie, en silla de ruedas, en automóvil, en coche de caballos, a caballo, montados en animales domésticos y de granja, con niños, con unos cuantos muebles o cuadros baratos, los refugiados huían hacia la frontera, impulsados por un pánico ciego, muchos de ellos llorando y sin un céntimo. Hasta entonces, los milicianos se habían sentido animados y alentados por la presencia de sus mujeres y sus familias en casa. Ahora estaban solos, y se habían convertido en una retaguardia que no tenía



(The Illustrated London News.)



(Keystone.)



(Keystone.)

Tres secuencias del ataque contra una casa de campo en las inmediaciones de Irún, después de la conquista de la ciudad. Para frenar las posibles represalias de los soldados nacionalistas, primero aparecen en la puerta las mujeres. En la tercera de las tomas, el soldado republicano prisionero es registrado mientras levanta las manos.
Resulta a veces sumamente difícil pronunciarse sobre la autenticidad de ciertas fotografías, en particular si fueron hechas por periodistas gráficos extranjeros. Sólo algunas que, sin embargo, se han utilizado y siguen utilizándose, pueden rechazarse por lo evidente de su falsedad, mientras que otras únicamente presentan aspectos que inducen a la sospecha. Este prisionero usa idéntico pantalón que los enemigos; el cinto y la camisa también son iguales. Pero en ambos bandos combatían soldados de reemplazo con los antiguos uniformes.



(Keystone.)



(The Illustrated London News.)

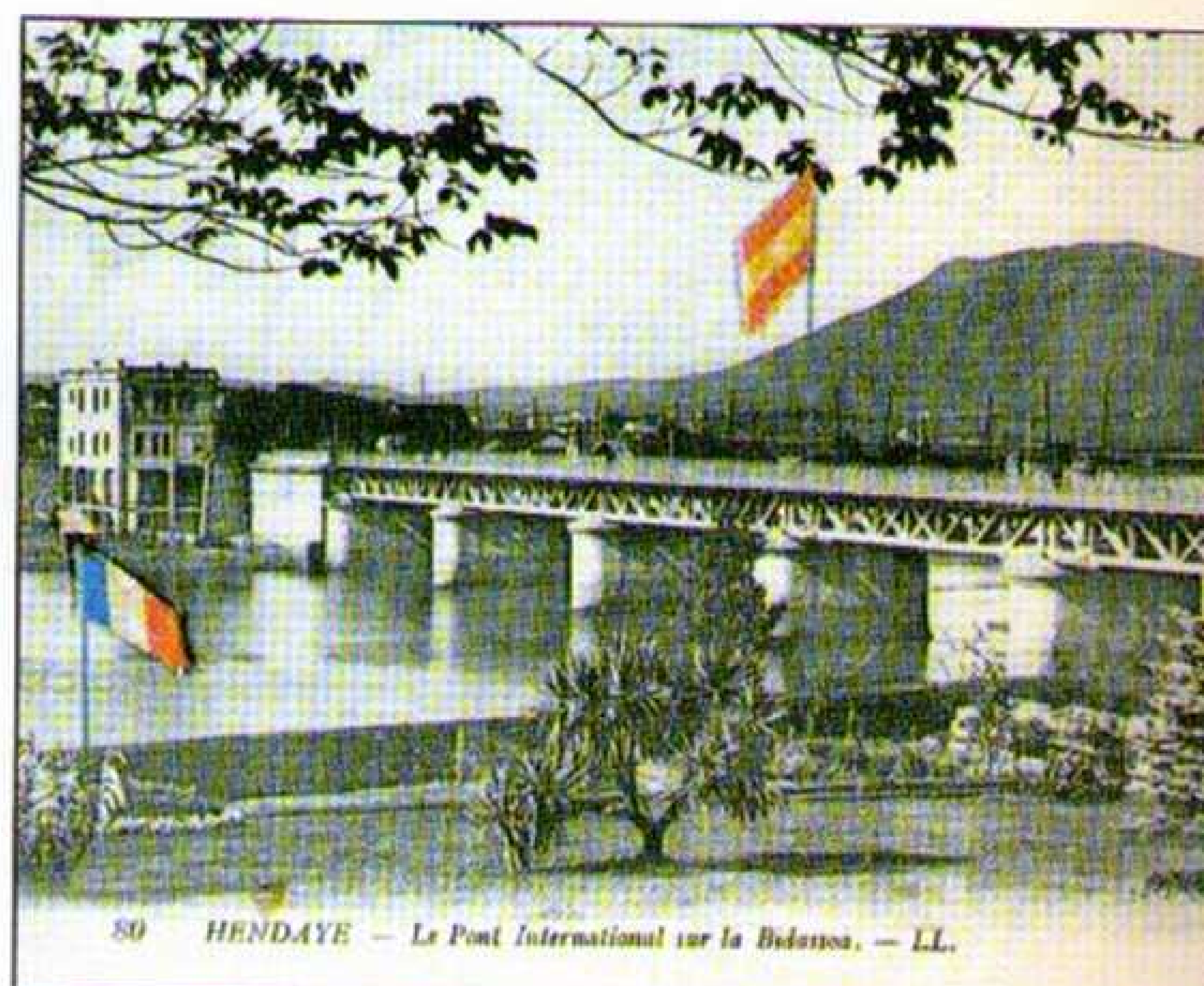
Un oficial de las tropas de Mola se encarama en la farola para colocar la bandera roja y amarilla, y marcar así la frontera del puente internacional entre Irún y Hendaya. A la derecha, los refugiados vascos contemplan desde la orilla opuesta del Bidasoa la batalla y los incendios. La población civil padece las consecuencias de la guerra; a la neutralidad auténtica, si es que existe en las guerras civiles, no se le reconocen fueros. A algunos de estos refugiados se les distribuiría por distintos departamentos franceses, otros —principalmente combatientes—, a través de Francia, se trasladan a Cataluña. El mismo día en que los nacionalistas conquistan Irún, 300 iruñeses regresan a su ciudad; en días sucesivos lo harán muchos más. España está partida, los españoles divididos, y enfrentados.

nada que defender. El 3 de septiembre, Beorlegui, que el día anterior había recibido la visita de la figura, ahora anacrónica, de Gil Robles, y con sólo 1.500 hombres a sus órdenes, lanzó el asalto contra Irún. Una multitud de espectadores le contemplaba desde la ribera francesa del Bidasoa. El ataque no tuvo un éxito inmediato. Sin embargo, a las dos de la mañana fue conquistado el pueblo fronterizo de Behovia. La mayoría de los defensores de Irún, incluido el comité responsable, huyeron a Francia antes de salir el sol. Los últimos que se quedaron fueron un destacamento de anarquistas de Asturias, junto con algunos comunistas locales, y los franceses y belgas. Los anarquistas incendiaron varias zonas de Irún. También fusilaron a cierto número de prisioneros de derechas que se encontraban en el fuerte Guadalupe, en Fuenterrabía, y luego huyeron, dejando a los demás libres para aclamar a Beorlegui al día siguiente, cuando ocupara la ciudad en ruinas. Beorlegui sufrió una herida mortal en la pierna en la batalla final en el puente internacional, obra, al parecer, de un grupo de comunistas franceses que se defendían con ametralladoras. En cuanto a los refugiados, los que desearon continuar luchando —560 hombres, incluidos los franceses y los belgas— fueron enviados en tren a Barcelona, donde se incorporaron a las columnas del frente de Aragón. El resto fue enviado a campos de concentración, en Francia.

Esta campaña puso en manos de los nacionalistas unos 1.600 kilómetros cuadrados de rica tierra de labor, densamente poblada, y con muchas fábricas importantes; además, fue una victoria de incomparable importancia estratégica, porque, al ser derrotados, los nacionalistas vascos, los santanderinos y los asturianos quedaron



(Keystone.)



(Col. J. M. Armero.)

En esta postal francesa, en la cual las banderas han sido añadidas o por lo menos coloreadas, se ve el puente internacional desde Hendaya.
Los que han defendido Irún no tienen más que cruzar ese puente —operación que tiene sus riesgos, por hallarse batido— para acogerse al asilo que Francia ofrece: camino corto, peligro largo. Desde Hendaya y las orillas del Bidasoa, numerosos franceses asistían, como quien lo hace a un espectáculo, a la batalla de Irún. El teniente coronel Beorlegui, que conduce la ofensiva nacionalista, morirá a consecuencia de las heridas que recibe a la entrada de ese puente, que se erige en protagonista de la jornada.

aislados de la Francia amiga. Y ahora los nacionalistas podían ir en tren desde Hendaya hasta Cádiz [17].

Varela, en Andalucía

Aparte de su principal aventura estratégica en el sur de España, en agosto, los nacionalistas hicieron varias incursiones para establecer comunicaciones entre Sevilla, Córdoba, Granada, Cádiz y Algeciras. El general Varela, enérgico, hijo de un sargento auxiliar y ex instructor de los carlistas, cruzó Andalucía con un tabor de marroquíes y conquistó Granada [18]. Así pues, la provincia de Málaga, aunque protegida por montañas, quédaba amenazada por posibles avances rebeldes por el norte y por el oeste. Sin embargo, la posibilidad de un ataque contra la ciudad de Málaga estaba descartada.

Miaja, en Córdoba

Varela recibió la orden de dirigirse al norte para defender la posición nacionalista de Córdoba, amenazada el 20 de agosto por un ataque republicano dirigido por el general Miaja, que había sido por breve tiempo ministro de la Guerra (sólo la noche del 18 al 19 de julio), y ahora estaba al mando de un destacamento de tropas republicanas de Madrid, que, junto con algunos milicianos de Andalucía que se le habían incorporado, sumaba unos 3.000 hombres. El ataque llegó hasta las puertas de Córdoba, que, ocupada por el nacionalista coronel Cascajo, habría caído de no haber sido por el

[17] Martínez Bande, *op. cit.*, pp. 91-92.
[18] Luis María de Lojendio, *Operaciones militares de la guerra de España* (Barcelona, 1940), p. 108. Martínez Bande, *La campaña en Andalucía*, p. 73 y ss.


(Centelles. Barcelona.)

ALBERTO BAYO GIROT (1899-La Habana, Cuba, 1967)

Capitán de infantería y de aviación, permaneció fiel al gobierno y actuó en Barcelona en las primeras jornadas de la sublevación. Después fue el jefe de la más ambiciosa operación de desembarco que fue capaz de realizar el ejército republicano. Al frente de unos seis mil hombres, con el apoyo de hidroaviones, un acorazado, un crucero, dos destructores y otras unidades menores, desembarcó en Mallorca el 16 de agosto de 1936, logrando establecer una pequeña cabeza de puente que iba de Cala Manacor a Punta Amer, con una profundidad de más de diez kilómetros. Esta ventaja inicial no logró ampliarla ni siquiera mantenerla mucho tiempo, pues el 3 de septiembre, ante los ataques nacionalistas y las órdenes de Largo Caballero, hubo de retirar sus fuerzas, que se hallaban en situación precaria, dejando abundante material en tierra. Esta operación, cuya iniciativa partió de la Generalitat de Cataluña, fue vista por el gobierno republicano —que, sin embargo, la apoyó— como un empeño catalán al margen del desarrollo general de las operaciones. Bayo, que fue sometido a juicio por el fracaso de Mallorca, participó posteriormente en la batalla de Brunete, y ascendió a comandante y a teniente coronel. Terminada la guerra civil, se exilió a México, donde publicó un libro sobre el desembarco, y se perdió su rastro hasta la victoria de los guerrilleros castristas en Sierra Maestra. Bayo, que había sido uno de sus primeros entrenadores, moriría en Cuba con el grado de general, en un ejército en el que el grado máximo es el de comandante.

empleo eficaz de las bombas italianas. Entonces Miaja fue rechazado, y muchos milicianos sólo usaron sus fusiles contra los que intentaban detener su huida [19]. El fracaso de Miaja planteó la cuestión de su lealtad a la causa de la República. Posiblemente, Miaja no avanzó sobre Córdoba porque Cascajo amenazó con tomar represalias con su familia, que estaba allí [20], pero más probablemente porque no pudo conseguir que sus hombres avanzaran. Entonces, en Madrid empezaron a preguntarse si podía ser leal algún general u oficial del ejército [21]. Indudablemente, había un espionaje a gran escala. En realidad, el ayudante de Miaja, capitán Fernández Castañeda, estaba esperando el momento propicio para pasarse al otro lado, e incluso entonces hacía todo lo posible para permitir a guardias civiles que escaparan de la República (él huiría en febrero de 1937 [22]). La traición, o por lo menos la ambigüedad de la lealtad, fue muy común en Andalucía: «El encargado de los que cavaban las trincheras —recordaba un escolar de aquella época— era un hombre que había sido enviado desde Málaga para la defensa del pueblo y se convirtió en uno de los dirigentes juveniles. Es increíble, pero cuando entraron los nacionalistas, resultó que era un destacado falangista» [23].

La República también tuvo otras iniciativas en agosto. Aunque el frente de Aragón estuvo tranquilo, salvo por un ataque contra Huesca que efectuó el grupo de anarquistas italianos de Carlos Rosselli y los socialdemócratas de la Columna *Giustizia e Libertà,* que recibieron su bautismo de fuego en el monte Pelato, en la Sierra de Graloche, el 28 de agosto; escaramuza en la que murió su jefe, el abogado Mario Angeloni [24].

Bayo, en Mallorca

El 9 de agosto, una fuerza expedicionaria catalana y valenciana, al mando de un capitán de las fuerzas aéreas, Alberto Bayo, y de un capitán de la guardia civil de Valencia, Manuel Uribarri, llegó a Ibiza en un buque de transporte requisado (el *Marqués de Comillas),* con dos destructores, un submarino y seis aviones. Los trabajadores se alzaron contra los cincuenta hombres de la guarnición, y la isla quedó nuevamente bajo control republicano. Gracias a esto, fueron liberados de la cárcel el hijo del socialista Luis Araquistain, y el poeta comunista Rafael Alberti. Unos días más tarde, después de una discusión con Uribarri, Bayo llegó a la costa oeste de Mallorca. Esta expedición se llevó a cabo bajo la autoridad de la Generalitat, y parece ser que el ministerio de la Guerra de Madrid ignoraba casi todo respecto a ella.

[19] Borkenau, p. 158; Martínez Bande, *op. cit.*, p. 61. Otros lucharon valerosamente: un superviviente recuerda que los moros mataron a bayonetazos, en las trincheras, a todo un batallón de voluntarios, José Cirre Jiménez, *De Espejo a Madrid* (Granada, 1937), p. 20.

[20] Testimonio de Francisco Giral.

[21] Zugazagoitia, p. 110.

[22] Llevándose consigo, secretamente, a Ramón Serrano Súñer. Fernández Castañeda acabó convirtiéndose en general en la España nacionalista.

[23] Fraser, *The Pueblo*, p. 74.

[24] Charles Delzell, *Mussolini's Enemies* (Princeton, 1961), p. 181. Véase también José Luis Alcofar Nassaes, *Spansky*, vol. I (Barcelona, 1973), p. 23.

Al amanecer del día 16 de agosto, Bayo desembarcó con unos 8.000 hombres en la costa oriental, cerca de la pequeña ciudad de Porto Cristo, que fue ocupada rápidamente. Pero, tras el éxito del desembarco, los invasores dejaron transcurrir la mañana indecisos. Por la tarde, desembarcaron también seis cañones de 75 mm y cuatro de 105 mm, junto con hidroaviones procedentes de Barcelona [25]. Se establecieron en el interior de la isla, a unos 12 kilómetros de la costa. Continuaban perplejos ante su propio éxito, y de esta manera permitieron a los nacionalistas organizar un contraataque. En su apoyo llegó una pequeña escuadrilla aérea italiana, que se autodenominaba pomposamente «Los dragones de la muerte», compuesta por tres bombarderos Savoia 81, y un grupo de Camisas Negras italianos, dirigidos por Arconovaldo Bonaccorsi, un fanático fascista de Bolonia de roja barba conocido como el «conte Rossi» [26], junto con tres cazas Fiat (CR32) y algunos otros aviones

[25] Cifras del memorándum de Guarner, p. 4. Originalmente, quizá sólo desembarcaron 2.000, pero probablemente el total ascendió a unos 8.000 (Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, p. 141). La República había hecho otro intento de conquistar Mallorca: un destructor ancló en la bahía de Pollensa, el capitán desembarcó solo, requisó un automóvil y se dirigió a Palma, donde, completamente uniformado, pidió al gobernador militar que se rindiera. Esta audaz petición fue rechazada y el capitán detenido (véase De la Cierva, *Historia Ilustrada*, II, p. 40).

[26] Lojendio, p. 150; véase también Elliot Paul, *The Life and Death of a Spanish Town* (Nueva York, 1937); Jesús Salas, p. 98. Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, tiene un capítulo útil. Este primer envío italiano a Mallorca fue financiado por Juan March. Véanse también los esfuerzos de los falangistas mallorquines, por ejemplo Zayas, para comprar directamente armas para su isla en Roma, en Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, documento n.º 3, p. 268 y ss. Coverdale relata las negociaciones en la p. 127 de su obra citada. Sobre el papel que tuvo Bonaccorsi en el ataque al diputado fascista disidente Misuri, en 1923, véase Adrian Lyttleton, *The Seizure of Power* (Londres, 1974), p. 180.

Mallorca, situada frente a la costa catalana y valenciana, con la base de Menorca a retaguardia y la flota republicana en aguas del Mediterráneo, es una plaza sitiada. Su conquista hubiese influido en el futuro de la guerra al dificultar grandemente cualquier cooperación italiana y la actuación de la escuadra y aviación nacionalista. El capitán aviador Bayo convence al teniente coronel Díaz Sandino, consejero de Defensa de la Generalitat, de la oportunidad de un desembarco. De Barcelona salen contingentes de milicias y guardias, y Mahón aporta unidades del ejército; el gobierno de Madrid cederá buques de guerra, y la base del Prat y la Aeronáutica naval barcelonesa, aparatos. A bordo del Almirante Miranda, *marinería y guardias se retratan antes del desembarco.*



(Centelles. Barcelona.)



(Centelles, Barcelona.)

Tras de someter a la guarnición y habitantes de la isla a la presión de radio y octavillas, y de bombardear distintas localidades, el desembarco se efectúa en la costa oriental el 16 de agosto, bajo cobertura de los cañones de la flota y acción aérea. Lo inadecuado del lugar elegido, la indisciplina de las fuerzas heterogéneas, y la inesperada reacción del enemigo hacen que se frustre el éxito inicial. Se lucha duramente, y la llegada de seis aparatos italianos y la sustitución de los mandos militares de la isla desbaratan la operación de Bayo. La Generalitat se desengaña y el gobierno de Madrid amenaza con retirar la flota. En la fotografía de la izquierda, las fuerzas desembarcando en buen orden. A la derecha, un excelente dibujo alusivo de Sáenz de Tejada.

nacionalistas. Los Fiat, con pilotos italianos (entre ellos un excelente aviador llamado Cerestiato), fueron superiores a sus oponentes republicanos. A partir de entonces, los bombarderos republicanos no pudieron llegar a bombardear Palma. Llegado a Mallorca por instrucciones personales de Mussolini, Bonaccorsi contribuyó en gran medida a la puesta en acción de los falangistas mallorquines. El capitán Margottini por su parte, a bordo del destructor italiano *Firme*, se mantuvo a una corta distancia de la costa, ayudando en la planificación de la resistencia. El 3 de septiembre empezó una contraofensiva nacionalista, dirigida por el coronel García Ruiz. Para empezar, la guarnición tenía 1.200 hombres, 300 carabineros y guardias civiles, junto con una serie de falangistas, dirigidos por el marqués de Zayas. Esto hacía un total de 3.500 hombres. La fuerza expedicionaria catalana se retiró a sus barcos. Los invasores estaban desmoralizados por la aviación, pero la decisión de retirar la cabeza de puente se tomó innecesariamente. La retirada se cubrió, hasta cierto punto, con el despliegue, fuera del puerto, del acorazado *Jaime I* y algunos otros barcos republicanos. Las playas quedaron sembradas de cadáveres, pero muchos milicianos consiguieron escapar, abandonando las armas. Sin embargo, muchos heridos alojados en un convento fueron fusilados ante la vista de la madre superiora [27]. Pocos prisioneros se libraron de la

[27] Bernanos, pp. 111-112.



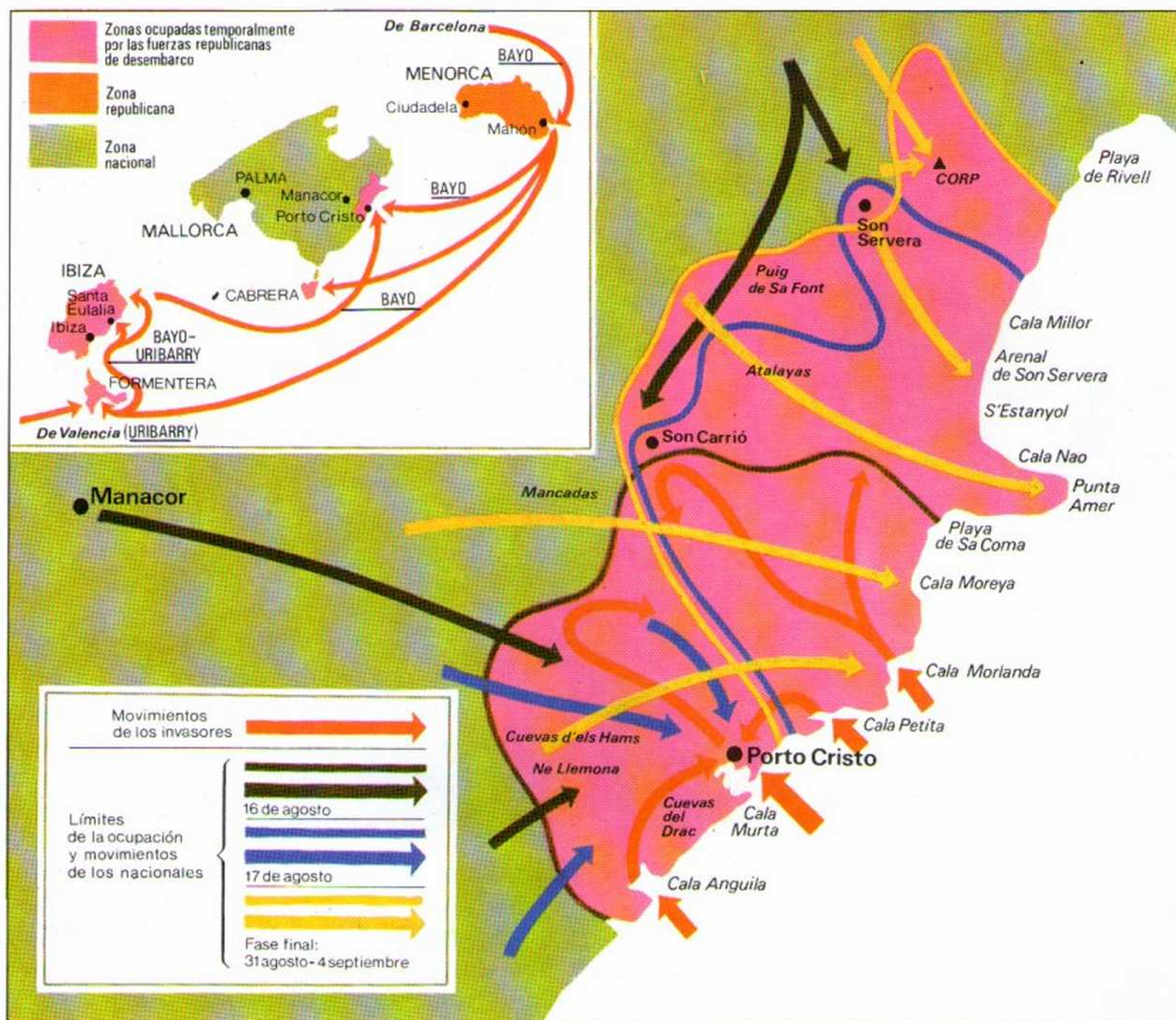
(Col. C. S. de Tejada.)



La operación de Mallorca ha sido precedida de otra sobre Ibiza, en la cual cooperan las fuerzas catalanas de Bayo con otras procedentes de Valencia y Mahón, que manda el capitán Uríbarri, de la guardia civil. La resistencia de Ibiza es pronto vencida por la enorme superioridad de los atacantes, apoyados por fuertes efectivos navales y aéreos. Desembarcan unidades del ejército, guardias civiles y de asalto, carabineros, marinería y gran número de milicianos. Cabrera y Formentera son asimismo conquistadas por los gubernamentales. Pronto surgen desavenencias entre Bayo y Uríbarri. Este último renuncia a participar en la expedición a Mallorca, y regresa a Valencia con parte de sus fuerzas. Después del fracaso de Mallorca, Ibiza, Formentera y Cabrera pasarán de nuevo a manos de los nacionalistas. Las fuerzas de desembarco, utilizando los medios que encuentran, transportan en este carro agrícola una radio de campaña.

(Photo Research Int.)

ejecución. De manera que la expedición tuvo un final poco glorioso; no obstante, radio Barcelona anunció: «Las heroicas columnas catalanas han regresado de Mallorca tras una magnífica acción. Ni un solo hombre ha sufrido los efectos del embarque, ya que el capitán Bayo, con habilidad táctica sin igual, consiguió desarrollarlo con éxito, gracias a la moral y a la disciplina de nuestros invencibles milicianos» [28]. En adelante, Mallorca pasó a ser durante unos meses el feudo privado del «conte Rossi», el «libertador de la isla», quien, vestido con su negro uniforme fascista, adornado por una cruz blanca que llevaba al cuello, se dedicó a recorrer la isla en un coche de carreras rojo, en compañía de un capellán de Falange armado. Fue entonces cuando los asesinatos de obreros mallorquines llegaron a su cumbre [29]. Mientras tanto, Ibiza y Formentera quedaron abandonadas. (El destino de la hermosa isla de Ibiza fue espantoso; la FAI fusiló a 239 prisioneros; y cuando finalmente volvieron los rebeldes, fusilaron a 400 [30].)



(J. Bernal.)

La expedición a Mallorca, que tantos entusiasmos levantó, particularmente en Cataluña, termina en fracaso. El 4 de septiembre, bajo protección de los cañones del acorazado Jaime I *y de otros buques de guerra, la columna Bayo, que ha sufrido muchas bajas, reembarca, dejando importante material. En Barcelona, Bayo tiene que enfrentarse con duras acusaciones y amenazas. Nadie quiere compartir con él las responsabilidades.*
Mapa con la cabeza de puente y esquema de las operaciones.

Pinilla, en Gijón

En Asturias, entretanto, continuaron durante el mes de agosto las luchas para conquistar el cuartel de Simancas, en Gijón, y la ciudad de Oviedo. Mientras no fuera reducido el primero, los mineros asturianos no podrían concentrar sus fuerzas contra Oviedo, donde el coronel Aranda no podía salir de la ciudad que había ganado con su

[28] Cit. por Jellinek, p. 405.
[29] Dundas, p. 69 y ss. Georges Oudard *(Chemises noires, brunes, vertes en Espagne*, París, 1938, p. 196 y ss.), un escritor derechista, escribió: «Si Franco conservó Mallorca, fue gracias a la aviación italiana». Azaña, vol. IV, pp. 629 y 776, manifiesta un especial desprecio por esta expedición para una «Cataluña más grande», de la que no estaba informado. La Cierva, *Historia Ilustrada*, vol. II, p. 83, dice que prácticamente no hubo represión en Mallorca; quizá Bernanos exageraba, pero todo indica que hubo «numerosísimas ejecuciones», como dijo más tarde un informador a Azaña *(op. cit.*, p. 737). El cónsul italiano habría estado de acuerdo con esto; véase Coverdale, p. 140.
[30] Estos detalles se cuentan en el libro de Elliot Paul anteriormente citado. Más tarde, Bonaccorsi tuvo problemas con las autoridades militares y con Juan March hijo. Este le dijo que no deseaba en absoluto que la Falange dominase Mallorca; Coverdale, p. 141.



(Serv. Histórico Militar.)

El proletariado gijonés, afecto en su mayoría a la CNT, y las fuerzas leales se adelantaron a las intenciones del coronel Antonio Pinilla. Las unidades que salen a proclamar el estado de guerra, o son dispersadas o se unen a quienes apoyan al gobierno y a la acción revolucionaria. Los sublevados se encierran en el cuartel de Simancas, y se mantienen a la defensiva contra un enemigo poderoso y resuelto. Aislados por todas partes, incomunicados con Oviedo, nadie podía socorrerles; sólo el Almirante Cervera *les ayuda con su artillería. Cuando, tras denodada resistencia, el cuartel va a ser tomado por asalto, Pinilla, que morirá con la mayoría de los suyos, telegrafía al* Cervera: *«El cuartel está en llamas; el enemigo, dentro; tirad sobre nosotros.» La acuarela de Kemer retrata el punto final.*

estratagema. Su defensa era más fácil porque Oviedo había sido bien equipada con armamento después de la sublevación de Asturias de 1934, particularmente con ametralladoras. Aranda tenía a su disposición unos 2.300 hombres, incluidos unos 860 voluntarios, falangistas en su mayoría. El sitio del cuartel de Gijón se veía dificultado por el bombardeo del crucero nacionalista *Almirante Cervera*, que estaba frente a la costa. Por otra parte, los 180 defensores eran animados constantemente por las emisiones de radio Club Lisboa, radio Coruña y radio Sevilla, con falsas noticias de que pronto les iba a llegar auxilio. Las reservas de agua de los defensores se agotaron, y el nocturno chasquear de labios de Queipo de Llano en radio Sevilla volvió medio locos a varios de los sitiados. Sin embargo, no se rindieron. Aquí, como en Toledo, pero más dramáticamente, los milicianos llevaron a los hijos del coronel que estaba al mando del cuartel, el fanático Antonio Pinilla, y de su segundo, Suárez Palacios, ante el cuartel, para pedir su rendición. Pinilla se negó a rendirse hasta el último momento. Finalmente, el 16 de agosto, este jefe envió por radio un mensaje digno de la antigua Roma a los barcos nacionalistas que se encontraban frente a la ciudad: «La defensa es imposible. El cuartel está en llamas y el enemigo está empezando a entrar. ¡Tirad sobre nosotros!» La petición fue cumplida, y los últimos defensores del cuartel de Simancas perecieron entre las llamas.

Aranda, en Oviedo

A continuación, los mineros pudieron estrechar el cerco de Oviedo. Sus jefes militares eran el minero socialista Otero, y el metalúrgico de la CNT Higinio Carrocera. Aranda carecía de provisiones, pero los sitiadores carecían de casi todo, salvo de su infernal dinamita. O sea que ninguno de los dos bandos se movió. Aranda tenía que mantener toda una ciudad con enemigos dentro y fuera, con menos de 3.000 hombres. Su personalidad fría pero jovial fue el principal apoyo de la defensa [31], pero también reapareció bajo sus órdenes un capitán de ingenieros, Oscar Pérez Solís, que en otros tiempos había sido fugazmente secretario general del Partido Comunista, aunque ahora era falangista, y quizás ansiaba purgar en el combate todas las conductas torcidas, atracos a bancos y asesinatos de su época de comunista, de unos diez años antes.

El Alcázar

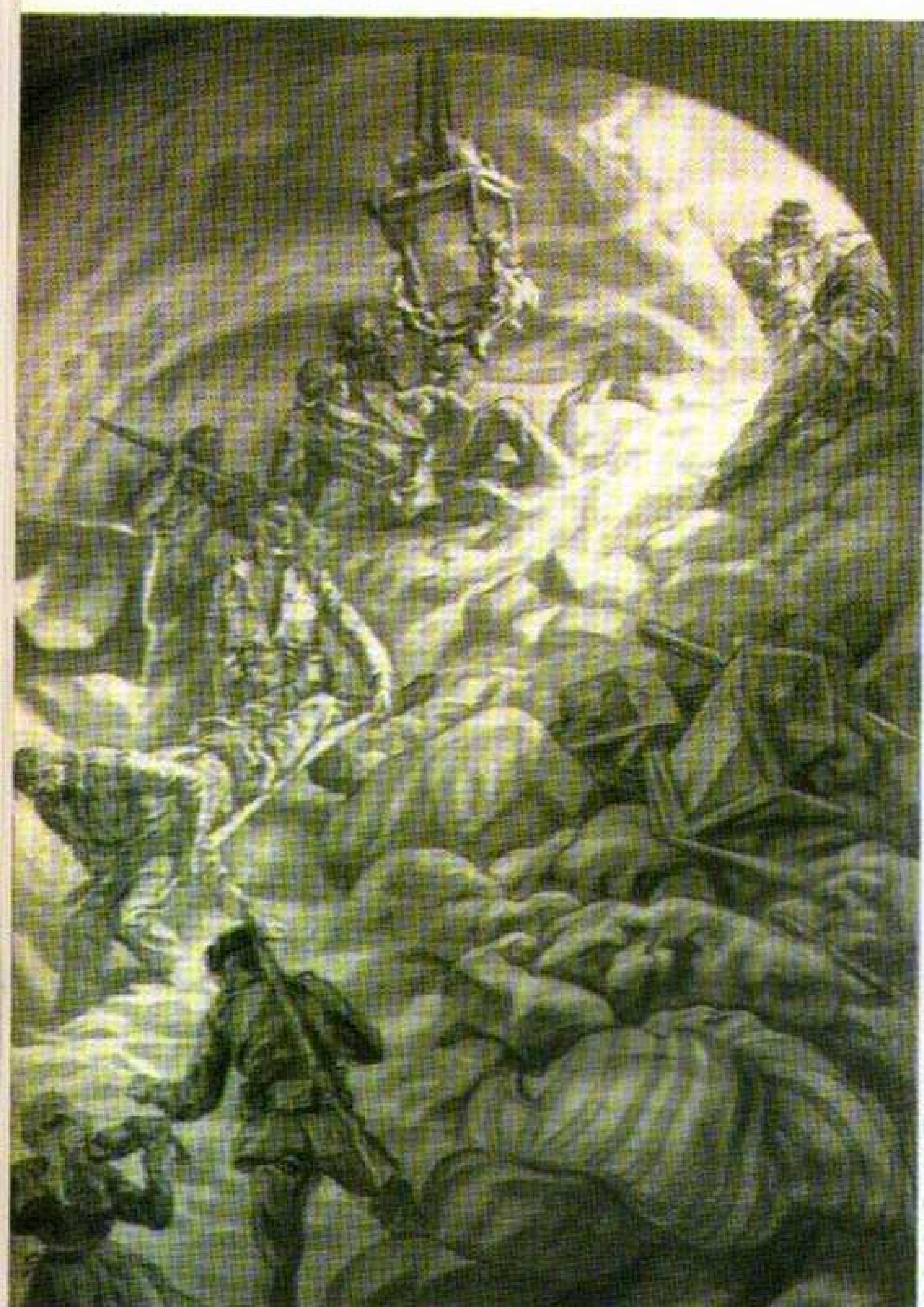
En Toledo, la lucha era intermitente. La resistencia del Alcázar enloquecía a los milicianos que lo sitiaban; con su incompetencia sólo podían derrotar a sus propios jefes. Durante el mes de agosto ambos bandos intercambiaron fuego de fusil. Los defensores, muy expertos, eran buenos tiradores, y los milicianos no hicieron ningún intento de asalto. Por medio de megáfonos se lanzaban unos a otros insultos y baladronadas. Algunas bombas que se lanzaron sobre el Alcázar apenas afectaron a la defensa de la antigua fortaleza, que

[31] Véase Oscar Pérez Solís, *Sitio y defensa de Oviedo* (Valladolid, 1938); *pássim.*; y un nuevo estudio, de Oscar Muñiz Martín, *El verano de la dinamita* (Madrid, 1974).

Los sublevados de Toledo se encastillan en el Alcázar, edificio de notable solidez que domina la ciudad. En su defensa intervienen más de un millar de combatientes resueltos y bien preparados, que disponen de armamento y munición. La mitad son guardias civiles; hay oficiales y soldados de distintas armas y cuerpos, algunos guardias de asalto y un centenar de paisanos voluntarios; cadetes, sólo nueve. Mujeres y niños de los defensores suman medio millar; y se encierra también a un corto número de rehenes. Bombardeo, cañoneo y asedio comienzan inmediatamente, aunque de forma mal coordinada. El Alcázar se convierte en sangriento campo de batalla y en pugna emocional que el gobierno no es capaz de resolver a su favor. Kemer ha dibujado los aljibes del agua que hay que racionar, y los caballos que servirán de alimento a los sitiados.


(Serv. Histórico Militar.)


(Serv. Histórico Militar.)


(Col. C. S. de Tejada.)


(Alfonso. Madrid.)

Los más violentos ataques al Alcázar tienen lugar hacia el final del asedio, cuando las columnas de Varela se aproximan. La última de las minas, que explota el 18 de septiembre, es de extraordinaria potencia: las murallas caen; de los cuatro torreones, sólo uno permanece en pie. Cuando soldados, milicianos y guardias de asalto se lanzan al ataque, parapetados tras los escombros los defensores disparan sin desmayo. Los asaltos se repiten y son rechazados: el Alcázar se convierte en una obsesión y un símbolo. La tremenda explosión que se creyó aniquilaría a los sitiados, causa muy pocas bajas. Sin embargo, en los sesenta y seis días que dura la resistencia tuvieron un centenar de muertos y 550 heridos. El 28 de septiembre, las tropas de Varela entran a sangre y fuego en Toledo y liberan a los sitiados. Sáenz de Tejada se inspira en los últimos momentos. En la fotografía: voladura de una de las minas.

había sido muy reforzada a principios del siglo. La población de Toledo, fuertemente católica, daba la impresión a los sitiadores de que estaban rodeados de traidores. Las autoridades civiles se encontraban entretanto absorbidas por las discusiones sobre la manera de proteger las incomparables pinturas que se encontraban en las iglesias de Toledo y en el museo del Greco. Aunque los defensores del Alcázar tenían todas las municiones que necesitaban, parecía haber pocas esperanzas de liberación. Estaban aislados del resto de España. No tenían electricidad, y utilizaban como sal el salitre de los muros. A pesar de todo, los rebeldes se comportaban con serenidad. Se pasaba revista, y el único caballo de pura raza que había en el interior era cuidado como si estuviera en la mejor de las caballerizas. Incluso se celebró la fiesta de la Asunción en los sótanos del Alcázar, con flamenco y castañuelas. Más tarde, el 17 de agosto, un Junkers pilotado por un joven y audaz piloto alemán, Von Morau, voló sobre ellos y dejó caer mensajes de aliento de Franco y Mola y, lo que era más importante, alimentos. El 4 de septiembre vino la conquista de Talavera de la Reina, a sólo 70 kilómetros Tajo abajo [32]. El Alcázar recibió un mensaje de «las jóvenes de Burgos»: «La heroica epopeya que ha escrito por Dios y por España vuestro valor en nuestro glorioso Alcázar será para siempre el orgullo de España. Caballeros cadetes, somos unas señoritas radiantes de gozo y esperanza, y, como vosotros, somos la

[32] Borkenau, p. 147; *Causa General*, pp. 317-341.

Nueva España del glorioso amanecer.» (Por lo general, entonces todavía se creía que los defensores del Alcázar eran cadetes.)

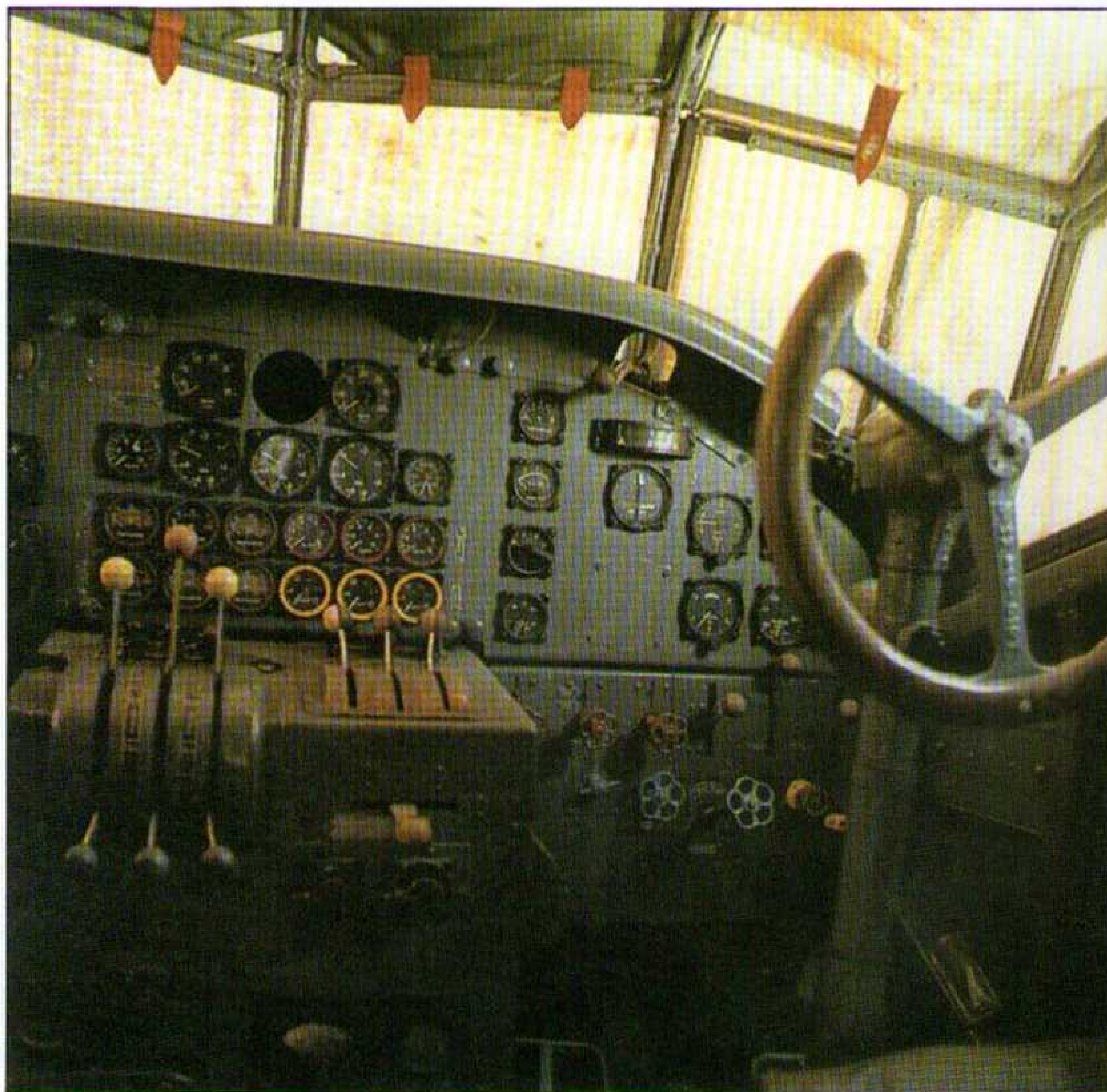
Ataques aéreos

El acercamiento de los nacionalistas a Madrid no tardó en manifestarse muy vívidamente. El 23 de agosto fue bombardeado el aeropuerto de Getafe, y, el 25 de agosto, Cuatro Vientos, un aeropuerto todavía más próximo. El 27 y el 28 de agosto fue bombardeado Madrid mismo. Hans Voelckers, encargado de la embajada alemana, dijo que el ataque del 27 de agosto fue realizado por tres Junkers 52. «Por favor —pidió a Berlín—, procuren que, mientras continúe el tráfico aéreo de la Lufthansa, los Junkers no bombardeen

Aviones gubernamentales han atacado varias poblaciones rebeldes; los efectos materiales fueron escasos. La conversión de los JU-52 en aparatos de bombardeo cambia el signo de los ataques; en adelante, las poblaciones en poder de los republicanos serán atacadas con creciente intensidad. Fotografía del citado Junkers y su cabina de mandos. A la derecha, el público observa todavía con curiosidad los aviones enemigos.



(Museo Aéreo. C. Vientos.)


(Museo Aéreo. C. Vientos.)



(The Illustrated London News.)

Madrid.» Pero el 29 de agosto tuvo que volver a quejarse. Los Junkers 52 habían dejado caer cuatro pesadas bombas sobre el ministerio de la Guerra, causando daños considerables y varias muertes [33]. En Madrid estaba aumentando el sentimiento antialemán. Voelckers insistió en que la embajada y la colonia alemana tendrían que abandonar la ciudad.

Los ataques aéreos dieron lugar, en Madrid, a la formación de comités en las casas de cada bloque para organizar la escucha de las sirenas que serían la señal para refugiarse en los sótanos. Estos comités investigaban además los oscuros textos de los decretos de alojamiento del gobierno, e intentaban proporcionar protección contra las detenciones ilegales. En realidad eran una especie de policía especial local que pasaron a dirigir socialistas y comunistas. Las ramas comunistas locales también organizaron grupos para pintar de azul las farolas y asegurar la oscuridad de la ciudad. Sin embargo, en aquella época del año, era difícil conseguir la oscuridad, porque los postigos cerrados producían un calor intolerable en las habitaciones. Se advirtió a la gente que evitaran las habitaciones que daban a la calle y usaran las interiores, alumbrándose con velas. Estas experiencias serían corrientes en otras partes de Europa en tiempos de la segunda guerra mundial. Pero, con la excepción de las modestas alarmas de la primera guerra mundial, los bombardeos de Madrid fueron los primeros de su tipo en el mundo.

[33] *GD*, p. 61.

Los bombardeos de Madrid ocasionan destrozos y muertes. Nadie puede ni siquiera imaginar ataques como los que muy pocos años después van a asolar Rotterdam y Coventry, o las tremendas matanzas de Hamburgo, Berlín, Dresde, Tokio o Hiroshima. La impresión de los bombardeos es enorme, pero el sufrido pueblo de Madrid, mal que bien, soporta aquella dolorosa experiencia que la guerra impone. La estación del metro de Tetuán de las Victorias se convierte no sólo en refugio durante las alarmas, sino también en asilo nocturno que permite a los estoicos habitantes descansar física y moralmente, aunque sea sólo unas horas. Como réplica irrisoria a lo dramático de la escena, junto a los durmientes envueltos en mantas, este muchacho, inmune al frío, muestra despreocupadamente su trasero.



(Alfonso. Madrid.)

23

Intentos para lograr un pacto de no intervención

Mientras la República fracasaba militarmente, los acontecimientos diplomáticos de agosto estaban también marcados por el signo de la derrota. El 3 de agosto, el conde Charles de Chambrun, embajador francés en Roma, presentó el plan de no intervención del gobierno francés a Ciano, que alegremente prometió estudiarlo [1]. Inglaterra, por su parte, en principio aceptó la idea, cuando le fue presentada, y Eden dio su consentimiento desde su casa de campo en Yorkshire [2]. Aquel mismo día llegó a Ceuta el acorazado alemán *Deutschland*, y el almirante Rolf Carls, que iba al mando del barco, almorzó con Franco, Langenheim, Bernhardt y Beigbéder. Una escolta de falangistas gritó: «¡Heil Hitler!» [3]. Aquel barco y el *Almirante Scheer* habían recibido la orden de zarpar el 24 de julio, de Wilhelmshaven, rumbo a aguas españolas. Al día siguiente, 4 de agosto, André François-Poncet, embajador francés en Berlín, presentó el plan de no intervención al barón Von Neurath, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, que respondió que Alemania no te-

[1] Conde Ciano, *Diplomatic Papers* (Londres, 1948), pp. 25-26.
[2] Eden, p. 402.
[3] *GD*, p. 27.

España tiene al sur una extraña frontera: Gibraltar. En los primeros días, el enclave colonial británico sirve para que bastantes izquierdistas, en particular masones, puedan escapar de la amenaza de los rebeldes, o para trasladarse al campo gubernamental. Más adelante, el paso de refugiados se restringe.



(Keystone.)

nía ninguna necesidad de hacer aquella declaración. Neurath añadió que sabía que los franceses habían entregado aviones a los republicanos. François-Poncet respondió afirmando que los alemanes también se los habían proporcionado a los nacionalistas [4]. En Moscú, el embajador francés realizó una gestión similar ante el gobierno ruso, mientras que, en París, el embajador republicano recién llegado, Alvaro de Albornoz, volvía a pedir fusiles Lebel, ametralladoras Hotchkiss, millones de cartuchos, bombas, cañones y más aviones Potez y Dewoitine [5]. El 6 de agosto, Ciano, después de consultar con Ulrich von Hassel, embajador alemán en Roma, dijo que Italia se adhería al plan francés. Pero quería «verificar

[4] *Ibíd.*, p. 30.
[5] *FD*, p. 120.



La Delegación de Propaganda se muestra sumamente activa en editar y difundir carteles que suelen causar mayor impacto en el extranjero que en la propia España, que conoce y sufre sus propios problemas. En estos carteles, algunos de ellos excelentes, se acentúa lo patético y familiar: la indefensión ante el ataque enemigo. Aunque la publicidad no ha conseguido el grado de desarrollo que alcanzaría después, la calidad de algunos artistas que colaboran, lo arraigado de sus convicciones, de su ira, de su dolor, resuelven por vía intuitiva problemas técnicos: y aciertan.

(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

todas las ayudas financieras que se recogieran» para uno y otro bando, hacer que el plan incluyera a todos los países y establecer un sistema de control internacional [6]. El *Pravda* de aquel día anunciaba que los trabajadores rusos habían contribuido con 12.145.000 rublos a la ayuda a España. Pero el gobierno ruso, igual que el italiano, aceptó el plan francés de no intervención «en principio», y pidió que Portugal se uniera al grupo de países que lo suscribirían, y que «ciertos Estados» —es decir, Alemania e Italia— cesaran en su ayuda [7]. A pesar de todo, el 7 de agosto, François-Poncet volvía a la Wilhelmstrasse (y Chambrun al Palazzo Chigi) con el borrador de una declaración de no intervención, aceptado ya por Inglaterra, Bélgica, Holanda, Polonia, Checoslovaquia y Rusia, que se comprometían a renunciar a todo tráfico de material de guerra o aviones. Neurath arguyó que aquello sería difícil sin un bloqueo: y, además, ¿qué había de las actividades del Komintern? [8]. El mismo día, los representantes inglés y francés en Lisboa pidieron a Monteiro, el ministro portugués de Asuntos Exteriores, que se adhiriera al pacto de no intervención. Monteiro, igual que Ciano, ocultó su juego [9].

Durante todo este tiempo, la frontera francesa seguía abierta y llegaban a la República nuevos bombarderos y cazas, y, desde luego, nuevos pilotos. Pero, el 8 de agosto, el gobierno francés cambió de política. Un comunicado anunció que, a partir del 9 de agosto, se suspenderían todas las exportaciones de material de guerra a España. Se explicó que esto era debido a la respuesta «casi unánimemente favorable» que había recibido el gobierno a sus ideas de no intervención. De hecho, el día anterior, sir George Clerk, el embajador británico, había hablado con Delbos, por iniciativa propia, con mucha dureza. ¿Cómo podía compaginar el envío a España de aviones franceses con la retención en Burdeos de los cuatro aviones Fokker que habían salido de Inglaterra con destino a los rebeldes? Si Francia no prohibía la exportación de material de guerra a España, sería mucho más difícil que se formara un frente común con Inglaterra en aquel asunto [10]. Además, para entonces, el almirante Darlan había vuelto de Londres. Había visto al almirante lord Chatfield, que le había dicho que no serviría de nada hacer una gestión ante Inglaterra a propósito de España, y, además, que Franco era «un buen patriota español». El almirantazgo británico,



(I-IEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

Las sindicales no se limitan a la propaganda propia, sino que contribuyen a la general de la causa republicana. Este cartel de la CNT es al mismo tiempo advertencia y anuncio de amenaza para quienes desde el extranjero se creen a salvo de agresiones. Resultará, en cierto modo, profético. El tema de los niños víctimas de los bombardeos fue muy utilizado: sus efectos eran vivos, directos y punzantes.

[6] *GD*, p. 27.
[7] *The Times*, 7 de agosto de 1936.
[8] *GD*, p. 323.
[9] *USD*, 1936, vol. II, p. 485.
[10] Alvarez del Vayo (*Freedom's Battle*, p. 70) dijo que las palabras del embajador inglés fueron mucho más fuertes y, aunque no hay más evidencia que la de la versión dada arriba, que corresponde al relato de sir George (telegrama de París n.º 252, del 7 de agosto), y la de los Documentos Franceses (*FD*, vol. III, pp. 158-159), es posible que hablara con especial energía: Hugh Lloyd Thomas, representante británico en París, escribió particularmente a sir Alexander Cadogan, subsecretario del Foreign Office, que la conversación del embajador con Delbos «podía muy bien haber sido el factor que había decidido al gobierno [francés] a anunciar su política de no intervención» (*FO*, 371205/31/27). El subsecretario francés, Pierre Vienot, dijo más tarde a Thomas que las «oportunas palabras» del embajador habían sido sumamente útiles y que él había «atendido» al llamamiento del embajador. La creencia general en aquellos momentos era que la «pérfida Albión» había inspirado la no intervención desde el principio, y es probable que Blum no lamentara el que se tuviese tal impresión, ya que a él le ayudaba en sus relaciones con la izquierda.



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

Cartel francés de «Homenaje a los combatientes de la libertad», en el cual, y en propaganda de guerra, se utiliza la palabra Paz. *Lleva como firma comunista la estrella roja de cinco puntas.*

además, estaba «desfavorablemente impresionado» por lo que había oído del asesinato de los oficiales de la marina española. No había que hacer nada que permitiera la propagación del comunismo en España o, peor aún, en Portugal. Darlan, por tanto, informó de que no existía ninguna posibilidad de que Inglaterra mirara con buenos ojos la ayuda francesa a la República [11]. Así pues, el miedo a ofender a Inglaterra fue la principal razón que movió al gobierno francés, el 8 de agosto, a volverse atrás de su decisión del 2 de agosto [12]. Blum lo lamentó amargamente. Estuvo a punto de dimitir, pero su colega Auriol (que estaba a favor de la República española) y Fernando de los Ríos le convencieron para que no lo hiciera. Al fin y al cabo, para la República sería mejor un gobierno con Blum que cualquier otro [13]. El 9 de agosto, Blum, a pesar de todo, fue aclamado en un mitin celebrado en Saint Cloud por una gran multitud que gritaba «¡armas para España!», mientras un avión trazaba la palabra PAIX con humo sobre el cielo azul de verano. Ahora, todos los dirigentes sindicales franceses, tanto los socialistas como los comunistas, eran partidarios de la política que pedía aquella multitud. Léon Jouhaux, el dirigente sindical socialista, y Thorez, el secretario general comunista, coincidieron en declarar que no podía haber neutralidad para «el obrero consciente». Al quedar prohibido el envío de armas, en su lugar se hicieron colectas para enviar a la República ropas, alimentos y medicinas. De hecho, mientras Pierre Cot fue ministro del Aire (hasta junio de 1937), en los aeropuertos franceses se ayudó a los aviones republicanos. Estas violaciones de la no intervención fueron objeto de excusas oficiales, y se explicaron como causadas por «errores de navegación» [14]. Continuaron enviándose algunos aviones directamente desde Francia. Se cree que, entre el 9 de agosto y el 14 de octubre, llegaron a España 56 aviones procedentes del aeródromo de la Air France en Montaudran [15]. El gobierno catalán también consiguió algo de ayuda, tanto en hombres como en material, de Francia y Bélgica, para desarrollar su industria de municiones [16].

Mientras Blum hablaba en Saint Cloud, el consejero de la embajada alemana en Londres estaba asegurando amablemente al Foreign Office que «no se había enviado ningún material de guerra desde Alemania, ni se enviaría en el futuro» [17]. Pero los Junkers, los Heinkel, sus pilotos y sus técnicos ya estaban teniendo su impacto sobre la guerra en el sur de España. El cónsul alemán en Sevilla pidió a la Wilhelmstrasse que estos alemanes no salieran a la calle con uniforme alemán, porque eran reconocidos y recibían «grandes ovaciones» [18]. Sin embargo, un Junkers 52 tuvo que realizar un aterrizaje forzoso en territorio republicano, donde fue apresado, junto

[11] *Les événements survenus*, p. 219; *FD*, p. 130 y ss., y *FO*, 371/20527.
[12] Pierre Cot, *The Triumph of Treason* (Chicago, 1944), pp. 345-346.
[13] De los Ríos convenció a Blum con una elocuente descripción de los jóvenes milicianos que luchaban contra el fascismo en la sierra. Blum lloró (Azcárate, p. 257).
[14] Cot, pp. 353-354.
[15] Pike, pp. 44-46, 48.
[16] Véase la carta de Companys a Prieto del 13 de diciembre de 1937, cit. por Peirats, vol. I, p. 136.
[17] *CD*, p. 36.
[18] *GD*, p. 38.



Mundo Obrero

La Marina portuguesa se subleva contra el fascismo

Nuevas unidades bombardean Lisboa.-También en Italia se manifiesta la solidaridad con nuestra lucha.-El pueblo francés continúa en las calles pidiendo aviones y cañones para la España democrática

¡Viva la solidaridad de la democracia mundial!

La reacción popular del extranjero contra las complicidades fascistas se ha manifestado en Portugal

AVIONES, CAÑONES, ARMAS PARA ESPAÑA

AVIONES, CAÑONES, ARMAS PARA EL PUEBLO DE ESPAÑA

LA RESISTENCIA INVENCIBLE DEL PUEBLO

(Serv. Histórico Militar.)



(Jack Novak.)

Los republicanos se sienten arropados por las muestras de solidaridad que les llegan de todo el mundo. Quienes más y mejor podían atraer y canalizar esas manifestaciones eran los comunistas a través de sus organizaciones internacionales. Esta página de Mundo Obrero, *órgano central del Partido Comunista, del día 11 de septiembre de 1936, se esfuerza en demostrar la activa solidaridad de los trabajadores de todos los países, incluidos los totalitarios. Es posible que se deslice alguna exageración, como la importancia que se atribuye a los motines de la marinería en el estuario del Tajo, en cuyas aguas vemos remolcado al buque de guerra portugués* Alfonso de Alburquerque.

con su tripulación. Al día siguiente, el representante alemán en Madrid, Schwendemann, siguiendo instrucciones de Berlín, pidió que lo dejaran en libertad. El gobierno español se negó. El 12 de agosto, Neurath dijo a François-Poncet que, hasta que los españoles no devolvieran el avión («un simple avión de transporte»), Alemania no podría acceder a un acuerdo de no intervención [19]. Pero, el 13 de agosto, Portugal aceptó la no intervención en principio, reservándose libertad de acción si su frontera se veía amenazada por el desarrollo de la guerra. Unos días antes, el gobierno español había declarado que las Canarias y las provincias gallegas eran «zonas de guerra», y por tanto, estaban sometidas al bloqueo. El Foreign Office dijo que consideraba que esta declaración se situaba en el terreno de la intención: era necesario que se produjera el hecho del bloqueo antes de que pudiera ser reconocido internacionalmente.

Los Estados Unidos se mantienen al margen

Por entonces también se había pedido a los Estados Unidos que manifestaran una actitud ante la guerra española. El 5 de agosto, tras una reunión en el departamento de Estado, el secretario de Estado, Cordell Hull, dejó entrever claramente (aunque no lo anunció) que su gobierno era partidario de la no intervención [20]. El

[19] *Ibíd.*, p. 37.
[20] Traina, p. 50.



(Arch. B. M. Patino.)



(Keystone.)

Las estrellas de cine, con su vida frívola y fastuosa y la sugestión de su belleza sofisticada, gozaban de enorme popularidad en el mundo entero. Muchas de estas estrellas y astros, entre los más famosos, se identificaron con la causa republicana. En la portada del semanario gráfico Crónica *(arriba, a la izquierda) vemos la imagen de una de aquellas célebres* vedettes, *«amiga de la España republicana», como reza el pie: Marlene Dietrich.*

El presidente Cárdenas anunció en septiembre que había enviado 20.000 fusiles de 7 mm y 20 millones de cartuchos. El naciente ejército popular pronto iba a encontrarse con inconvenientes derivados de la diversidad de calibres y de cartuchos aptos para un solo tipo de fusiles. Arriba, a la derecha, la fotografía de un barco que transporta armas de México a España.

10 de agosto, una empresa constructora de aviones, la Glenn Martin Company, preguntó cuál sería la actitud del gobierno si vendía ocho bombarderos a la República. El secretario de Estado en funciones contestó que aquella venta «no estaría conforme con el espíritu de la política de este gobierno, de ''embargo moral'' de armas para España» [21]. A continuación, el departamento de Estado dio instrucciones a Bowers, el embajador norteamericano en España, para que se negara incluso a sumarse a una propuesta de mediación sugerida por el embajador argentino al cuerpo diplomático reunido en San Juan de Luz [22]. Esto escandalizó a la opinión liberal norteamericana: «¡Podríamos preguntar a Jefferson qué partido tomaría en esta cuestión!» Estas palabras eran de Earl Browder, el comunista estadounidense, pero sus sentimientos eran compartidos por muchos demócratas. No obstante, la mayoría de los norteamericanos eran partidarios del embargo. México, entretanto, fue el único gobierno que empezó a enviar públicamente unas cuantas armas a la República. El presidente Cárdenas anunció en septiembre que había enviado 20.000 fusiles de 7 mm y 20 millones de cartuchos al gobierno español.

Los ingleses y los franceses continuaban con sus esfuerzos en pro de la quimera de la no intervención. Inglaterra prohibió la exportación de material de guerra a España el 15 de agosto, después de haberse tenido noticias de que varios aviones ingleses habían despegado de Croydon para dirigirse a la España rebelde [23]. Neurath entregó una nota a François-Poncet el 17 de agosto en la que aceptaba (pendiente de la devolución del Junkers y la aceptación de obligaciones similares por todos los países que poseían industrias de

[21] *USD*, 1936, vol. II, p. 474.

[22] *Ibíd.*, p. 488. El primer «incidente» que se planteó a Estados Unidos a consecuencia de la guerra española fue el bombardeo accidental por parte de los nacionalistas del destructor norteamericano *Kane*, que se dirigía de Gibraltar a Bilbao para evacuar a los ciudadanos americanos que estaban allí. El barco no sufrió daños, y luego Franco envió unas disculpas un tanto evasivas (Taylor, pp. 61-62).

[23] Esta prohibición primeramente dependió de una acción similar de Italia, Alemania, Rusia y Portugal; pero, el día 19, se aplicó condicionalmente (Eden, p. 403).

armamento) prohibir los envíos de armas a España y sugería que esta prohibición se extendiera al envío de voluntarios [24].

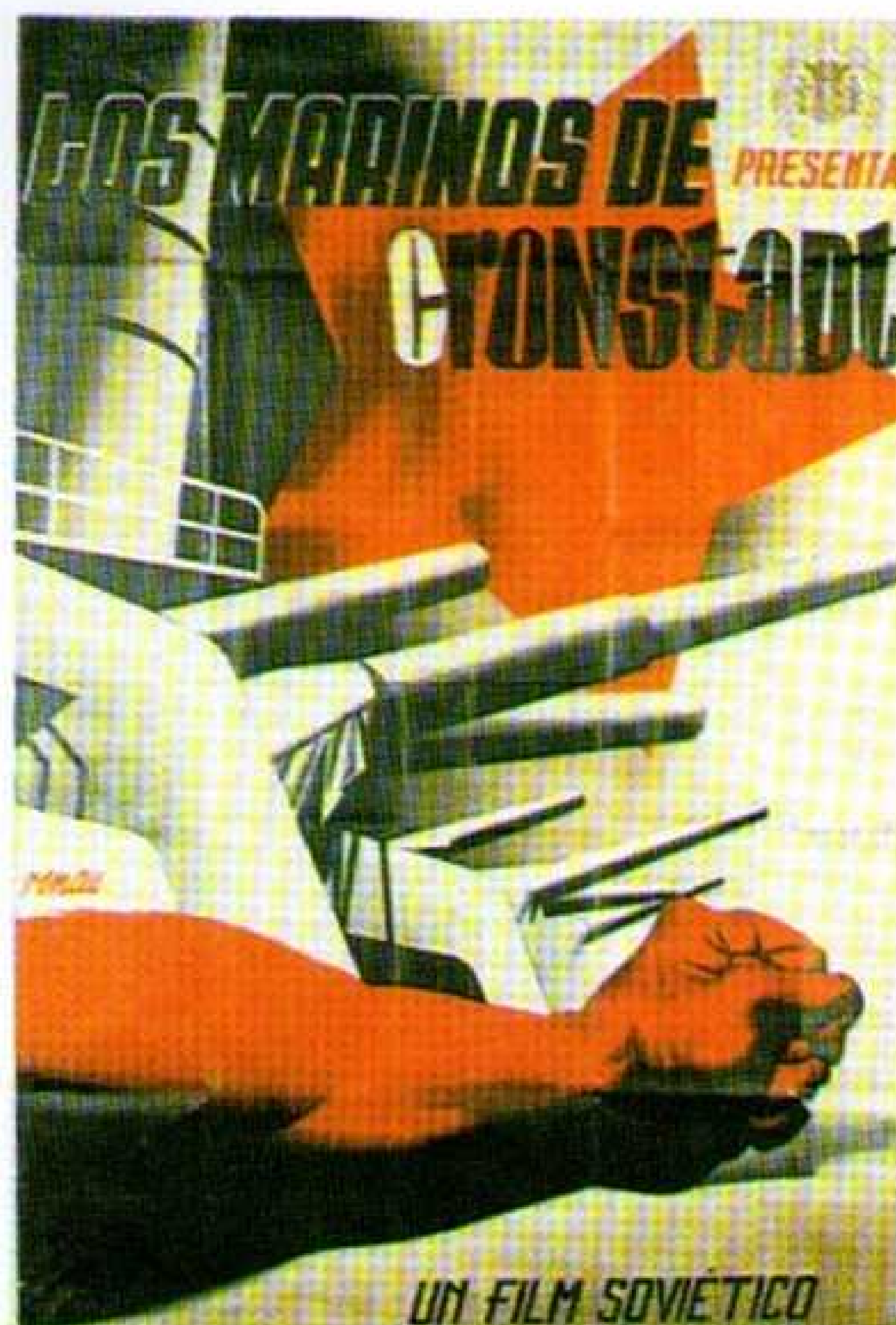
Ardides de Italia y de Stalin

Ciano también insistió en este punto con el embajador francés en Roma, pero prometió que Italia prohibiría la exportación de armas incluso antes de que se resolviera aquella cuestión y la de las ayudas monetarias [25]. Este cambio repentino sorprendió a los franceses. Se debió a que se dieron cuenta, como dijo el encargado de negocios alemán en Roma, de que sería posible «no atenerse a la declaración, en cualquier caso» [26]. El 24 de agosto, sin haberse decidido aún el futuro del Junkers que estaba en Madrid, Alemania firmó la declaración presentada por los franceses [27]. Aquel día, los jefes de Estado Mayor ingleses presentaron un importante documento, que después sería mencionado en muchas ocasiones en el seno del gobierno británico, en el que decían que, por razones estratégicas, Inglaterra tenía que estar en buenas relaciones con cualquiera que ganara la guerra [28].

Rusia no intentó quedar al margen de estas negociaciones y con ello cumplió los deseos del ministerio alemán de Asuntos Exteriores. Stalin, que deseaba una alianza con Francia e Inglaterra, quería participar en todas aquellas discusiones. El 23 de agosto, Rusia aceptó el acuerdo de no intervención y, el 28 de agosto, Stalin publicó un decreto por el que se prohibía la exportación de material de guerra a España, para alinear a la Unión Soviética con las otras potencias. Los funcionarios rusos, durante estas negociaciones, manifestaron un apocamiento todavía mayor que el habitual en ellos, y Litvinov apenas si se permitió detalles insignificantes de su normal fraseología sobre la adhesión de su gobierno a Stalin [29]. *Izvestia* tuvo que hacer muchos equilibrios para denunciar la neutralidad como «algo que no es idea nuestra en absoluto», y que era «una retirada general ante los gobiernos fascistas», y explicar al mismo tiempo que si Rusia la aceptaba, era «debido a que la declaración francesa intentaba terminar con la ayuda fascista a los rebeldes» [30]. Nunca fue más difícil el dilema de la política rusa, deseosa por un lado de agradar a Francia, y temerosa por otro de parecer que abandonaba a la revolución mundial. Pero la lentitud de Stalin también se explica por su preocupación acaparada en aquellos momentos por el proceso del primer grupo de antiguos bolcheviques, que empezó el 19 de agosto: Kamenev fue condenado a muerte el 23 de agosto, y Zinoviev unos días más tarde. La cabeza de Stalin, pues, estaba más ocupada por otras cosas que por España.

[24] *GD*, p. 45.
[25] Ciano, *Diplomatic Papers*, pp. 31-32.
[26] *GD*, p. 60.
[27] La tripulación del Junkers ya había sido puesta en libertad. El avión fue destruido en un bombardeo aéreo nacionalista.
[28] C. O. S. 50q del 24 de agosto de 1936: «Una España hostil o la ocupación del territorio español por una potencia hostil haría sumamente difícil que pudiéramos controlar el estrecho y utilizar Gibraltar como base naval y aérea.»
[29] *USD*, 1936, vol. II, p. 515.
[30] *Izvestia*, 26 de agosto de 1936.

El pintor y cartelista valenciano Josep Renau diseña este vigoroso cartel para el Ministerio de Instrucción Pública. Desde antes de la guerra, el cine soviético tiene amplia difusión en España. Algunos de los filmes son de magnífica calidad, pero lo que más se persigue en ellos, y con su difusión, es hacer propaganda favorable a los soviets. Renau sería pronto director general de Bellas Artes.



(Serv. Histórico Militar.)

La llegada de la misión rusa

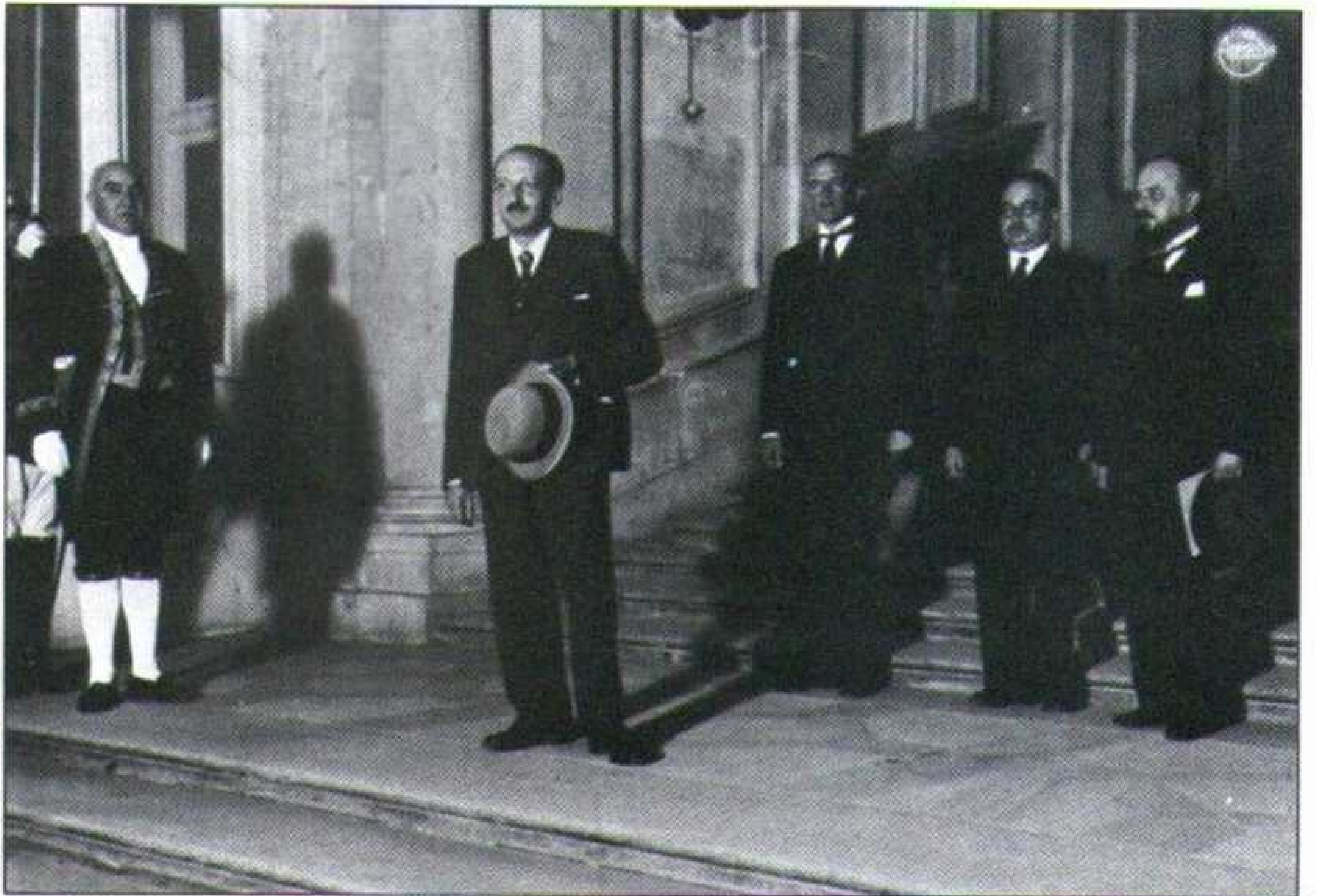
Además, en el mismo momento en que Rusia se adhirió al acuerdo de no intervención, se estaban instaurando relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y el gobierno español formalmente, y en realidad, muy intensamente [31]. El 25 de agosto, llegó a Barcelona como cónsul general un viejo revolucionario, Vladimir Antonov-Ovseenko, que se encontraba al mando de la guardia roja que asaltó el palacio de Invierno de San Petersburgo en 1917, y que posteriormente había sido miembro del primer gobierno bolchevique. A finales de los años veinte, había sido miembro destacado de

[31] La República había reconocido a la URSS en 1933, pero la rebelión de Asturias había impedido el intercambio de embajadores (que estaba previsto desde febrero de 1936), y no tuvo lugar hasta este momento.



(Keystone.)

Al establecerse relaciones diplomáticas entre la URSS y la República, el 25 de agosto es enviado a Barcelona en calidad de cónsul general, Vladimir Antonov Ovseenko (en la foto, rodeado de una multitud entusiasta). Su influencia en Cataluña será considerable, principalmente en los aspectos políticos. Vicente Guarner lo describe así: «De talla escasa, muy delgado, nervioso, de mirada agudísima tras espesos lentes, ex trotskista arrepentido, que decía haber tomado parte en el asalto al Palacio de Invierno de San Petersburgo y dominado a mencheviques y anarquistas, que fueron asesinados en masa.» Terminada su misión en Barcelona, fue obligado a regresar a la URSS, donde sería ejecutado.



(Alfonso. Madrid.)

A Marcel Rosenberg, el mismo Guarner lo describe así: «De poca estatura, moreno, de recortado bigote, cargado de espaldas y de nariz judaica»; le califica también de «desdibujado y, al parecer, insignificante». Le vemos en la foto de al lado en el Palacio de Oriente tras presentar las cartas credenciales al presidente de la República. Al igual que Ovseenko y muchos de los enviados por la URSS y por el Komintern, perecería durante las purgas que están iniciándose.

la oposición trotskista, pero en 1928 había capitulado ante Stalin, y después había ejercido como diplomático en Praga y en Varsovia. El nombramiento de un revolucionario tan experto para Barcelona fue una medida curiosa y, como se vería, irónica [32]. El 27 de agosto llegó a Madrid, como embajador, el competente diplomático ruso Marcel Rosenberg, ex subsecretario de la Sociedad de Naciones. Rosenberg trajo consigo un gran equipo, que incluía un agregado naval, el capitán N. Kuznetzov; un agregado aéreo, el coronel Boris Svieshnikov; y un agregado militar, el general V. Goriev [33]. El

[32] Sobre Antonov-Ovseenko, véase Isaac Deutscher, *The Prophet Armed* (Londres, 1954), p. 221, y *The Prophet Unarmed* (Londres, 1959), pp. 116-117, 160-161, 406.
[33] Sobre la llegada de Kuznetzov (más tarde almirante y jefe supremo de la armada rusa), véanse sus recuerdos en *Bajo la bandera de la España republicana*, una colección de recuerdos rusos editada en Moscú, en 1967.

Desfile por la Gran Vía madrileña de la comitiva del embajador soviético. Formaran o no parte del cortejo, con Rosenberg llegan el marino Kuznetzov, y los célebres generales Goriev y Berzin, más un poderoso equipo de militares, técnicos, policías y activistas. Ayudando a la República española, la URSS se ayuda a sí misma.

(Alfonso. Madrid.)




(Alfonso. Madrid.)


(Centelles. Barcelona.)

La intervención soviética en España es un tema polémico que, de manos de los políticos, está pasando a la de los historiadores, quienes, con mayor facilidad, pueden clarificarla y fijarla en su verdadero alcance. Mikhail Koltsov (arriba, a la izquierda) llega a España como enviado especial de Pravda, *pero es además miembro del Komintern y agente en diversas actividades. Se distingue como corresponsal de guerra, y contribuye a enaltecer o desprestigiar figuras militares o políticas. Antes había estado en España dedicado a la difusión del cine y la literatura soviéticos, y posiblemente creando una red de activistas. Repatriado de España en 1937, su rastro se pierde, lo cual hace suponer que pereció en las purgas.*

Izvestia *destaca otro corresponsal, Ilya Ehrenburg, uno de los mejores escritores soviéticos, que, nacido en Kiev, en 1891, había viajado por distintos países, entre ellos España. Era poseedor de una amplia cultura, que abarcaba la literatura española. Animador de la Unión de Escritores y Artistas Antifascistas, se ocupa asimismo de múltiples actividades. Sorteará el peligro de las purgas, y después de la guerra mundial será miembro del Soviet Supremo. Morirá en 1967, dejando tras de sí una obra considerable. En la fotografía superior, derecha, Ehrenburg en el frente de Aragón, acompañado del coronel Villalba, en el centro, y de Jaume Miravitlles (a la derecha).*

principal asesor militar ruso que había en España era el letón general Jan Berzin, jefe del servicio secreto militar ruso desde los años veinte y probablemente todavía a la cabeza de dicha organización en España. Era un hombre valeroso que había pasado su juventud en Letonia luchando contra la policía zarista. Desempeñó un papel brillante en la guerra civil rusa. Era alto, tenía el cabello gris, y algunos le tomaban por inglés [34]. Antonov-Ovseenko también tenía un asesor económico, Arthur Stashevsky, que en realidad era un agregado comercial ruso en España. Era un polaco, bajo y grueso, casado con una francesa, que parecía un comerciante vulgar, y además había sido ayudante de Berzin. Otros rusos eran el escritor Ilya Ehrenburg, que vino a España como corresponsal de *Izvestia* a finales de agosto, y se dedicó a la propaganda e incluso a la actividad militar, tanto como a la periodística [35]. Y Mikhail Koltsov, otro eminente escritor ruso, corresponsal de *Pravda,* que había llegado a España el 8 de agosto [36]. Así pues, estos rusos se añadieron al grupo de los comunistas influyentes que ya se encontraban en España. La fecha de la llegada de estas misiones indica que la doble actitud expresada en *Izvestia* quedó reflejada en una doble política que demostraba que, como siempre, Stalin procuraba dejarse todos los caminos abiertos. El cuartel general de la misión rusa en Madrid fue el tranquilo hotel Gaylord, entre el Prado y el parque del Retiro [37]. De momento, no se vería equipo militar ruso en España, aunque, en el mismo momento en que Rusia «prohibía formalmente la exportación de material de guerra», Stalin, en realidad, la estaba aprobando.

[34] Walter Krivitsky, *I was Stalin's Agent* (Nueva York, 1939), p. 98. Véase también Elizabeth Poretsky, *Our Own People* (Londres, 1969), pp. 211-212 y Leopold Tropper, *The Great Game* (Londres, 1977), que da una imagen favorable de Berzin como espía brillante. El verdadero nombre de Berzin era Ian Pavlovich Kuzis.
[35] Ilya Ehrenburg, *Men, Years-Life* (Londres, 1963), vol. IV, p. 110. Había estado en España antes, en aquel mismo año.
[36] Koltsov, pp. 9, 59. Koltsov habla de la llegada en ese día de un «comunista mexicano, Miguel Martínez», seudónimo del propio Koltsov. Koltsov probablemente era el agente personal de Stalin en España y en ocasiones tenía línea directa con el Kremlin.
[37] Sobre la vida en este hotel, véase el brillante capítulo 18 del libro de Hemingway *Por quién doblan las campanas*.

Astucias de Alemania

El doble juego de Rusia era comparable al de Alemania. El 25 de agosto, al día siguiente de la firma por parte de Alemania del pacto de no intervención, el ministro de la Guerra, mariscal Blomberg, llamó al coronel Warlimont, un oficial prometedor y ambicioso. El Führer, dijo Blomberg, estaba adoptando una actitud de hostilidad clara y explícita contra Rusia. Hasta entonces, su anticomunismo se había limitado a Alemania. Ahora incluía al Komintern y a todas sus obras. Su discurso en el congreso anual del partido nazi en Nuremberg reflejaría esta actitud. Por consiguiente, continuó Blomberg, Hitler había decidido prestar una ayuda sustancial a Franco. Warlimont dirigiría los contingentes alemanes. El día 26, Warlimont y Canaris visitaron al jefe del servicio secreto militar italiano, coronel Roatta, y luego Roatta y Warlimont salieron para Tetuán, en un crucero italiano. Desde allí, un avión alemán los trasladó a Sevilla, donde hablaron con Queipo de Llano, y a continuación a Cáceres, donde se entrevistaron con Franco. Warlimont se hizo cargo inmediatamente de sus obligaciones [38]. Roatta volvió a Italia, pero, a lo largo del mes siguiente, Mussolini envió a España unos veinte tanques ligeros Fiat-Ansaldo, algunos de ellos equipados con lanzallamas y una serie de piezas de artillería de un modelo muy seguro, el de 65/17 mm, usado en la primera guerra mundial, además de «especialistas» en la utilización de este material, que se sumaron a los pilotos de los Savoia y los cazas Fiat que ya estaban allí.

[38] Declaración del general Warlimont al US Military Intelligence en 1946 *(UN Security Council Report on Spain,* p. 76).

Durante el mes de agosto llega material italiano. En fecha difícil de precisar desembarcan en Vigo cinco tanquetas, acompañadas de un subteniente y diez instructores. Por quedar en zona norte, aquella diminuta unidad —a la cual se le añaden varios españoles, y entre ellos el teniente Tamariz, que mandará el conjunto— colabora en los últimos ataques contra San Sebastián. La misión oficial italiana ignora la presencia de aquellos carros, y su jefe tardará en localizarlos. Después irán llegando más tanques Fiat-Ansaldo, armados con ametralladoras. No podrán oponerse a los blindados rusos, dotados de cañón. Al fundarse el CTV (Comando Truppe Volontarie), *los carros italianos formarán parte de esta gran unidad llamada «legionaria».*



(Camera Press.)

El comité de no intervención

Mientras las demás potencias se dedicaban a faltar a su palabra, Eden aceptó la sugerencia italiana de crear un grupo permanente para supervisar el cumplimiento del pacto de no intervención. Después de varias disputas acerca de los poderes que tendría, se creó un comité. Este, basado en las resoluciones de la conferencia de embajadores que tanto éxito tuvo en la época de la guerra en los Balcanes, se reuniría en el Foreign Office, en Londres. Se decidió que la primera reunión tendría lugar el 9 de septiembre. Así nació el comité de no intervención, que cultivaría desde el equívoco hasta la hipocresía, y que duraría más que la guerra civil [39]. Eden había regresado a Londres el 16 de agosto; a Baldwin, en cambio, le habían prescrito tres meses de descanso, por razones médicas, y estaba en el sur de Gales. El gabinete «no se reunió —informó Eden más adelante— desde finales de julio hasta principios de septiembre, y la política británica fue decidida por el Foreign Office» [40].

El comité de no intervención se reunió por vez primera en Londres el 9 de septiembre. W. S. Morrison, secretario financiero del Tesoro [41], jefe de la delegación británica, ocupó la presidencia. Los demás países, representados por sus embajadores en Londres, eran

[39] A pesar de la no intervención, a partir de entonces el Foreign Office dio asilo a los españoles refugiados del «terror rojo»; y, al cabo de pocas semanas, la embajada en Madrid (dirigida por George Ogilvie Forbes) comprendía siete edificios. El cambio de la política inglesa respecto a los refugiados se debió a las consecuencias de haber rehusado conceder refugio a la marquesa de Balboa y a su hijo de doce años (que más tarde fue fusilado). Durante el resto de la guerra, las embajadas de la capital de España fueron el hogar de varios miles de españoles de las clases alta y media, algunos de los cuales eran miembros activos de la quinta columna; otros estaban aterrorizados y deshechos; y todos hambrientos, helados de frío y pálidos, debido al encierro. Más tarde hubo algunos intercambios de estos refugiados por republicanos que estaban en manos de los nacionalistas.

[40] Eden, p. 222.

[41] «Shakes» Morrison (Morrison «el temblón»), como le llamaban, era un político conservador y había sido presidente de un subcomité del gobierno que se dedicaba a coordinar la no intervención desde principios de agosto.



El Comité de No Intervención celebra su primera reunión el 9 de septiembre: lo preside el conservador británico Morrison, y asisten representantes de muchos países, pero no los de Portugal y Suiza. Charles Corbin (foto de la izquierda) por Francia, Dino Grandi (foto de la derecha, con barba) por Italia, Von Ribbentrop (con sombrero y guantes en la mano) por Alemania. La URSS está representada por Maisky. ¿Qué se proponía este comité? ¿Evitar el envío de armas a los dos bandos? En tal caso, fracasará. Pero si la finalidad era que el conflicto bélico no se extendiera a otros países, aquella política se saldará con éxito. Y tal pudiera haber sido el designio de democracias, países totalitarios y de la URSS.

(Visnews.)

todos los europeos, excepto Suiza, que había prohibido la exportación de armas, pero cuyo código de neutralidad impedía que interviniera ni siquiera en un comité de no intervención [42].

La primera sesión del comité estuvo dedicada a «oscuras cuestiones de procedimiento», como dijo *Pravda* con palabras excepcionalmente precisas. Los representantes asistentes acordaron entregar los textos de las leyes aprobadas en sus respectivos países para la prohibición de la exportación de armas a Francis Hemming, funcionario del gobierno británico, que de España no conocía más que las mariposas de los Pirineos y que, sin embargo, se convirtió en secretario del comité. Aparte del representante británico, sus figuras principales eran Corbin, el embajador francés; Grandi, el fascista ex secretario del ministerio de Asuntos Exteriores de Italia, a quien Mussolini había trasladado a la embajada en Londres por no ser suficientemente fascista; y Maisky, el embajador ruso. Ribbentrop (que pasó a ser embajador alemán el 30 de octubre) y su ayudante el príncipe Bismarck, nieto del Canciller de Hierro, tuvieron un papel menos destacado que Grandi, de lo que se deducía que habían recibido órdenes de dejarle llevar la voz cantante. Ribbentrop hablaría más tarde de lo difícil que le había resultado trabajar con Grandi, «el mayor intrigante que había conocido» [43]. Portugal no estuvo representado en el comité, pese a que los rusos habían insistido en que asistiera. El representante portugués en Berlín dijo el 7 de septiembre (cuando el barco alemán *Usarano* se encontró en dificultades al descargar armas para los nacionalistas en Lisboa debido, según se pensó en Berlín, a la influencia inglesa) que su país no estaría representado hasta que se prohibiera el envío de voluntarios [44]. Al parecer Salazar pensaba que entrar en el comité

[42] «Non-Intervention Committee records in the Public Record Office», primera sesión. En las referencias siguientes, *NIS*. El comité de no intervención estaba atendido en todo por el Foreign Office. Los papeles, documentos, etc., los preparaba una secretaría británica.
[43] Ribbentrop, p. 71.
[44] *GD*, p. 77.


(The Illustrated London News.)

La postal, editada en Italia, parece simbolizar la agresividad del hombre italiano —fusil en bandolera, puñal, granada de mano— y cómo gracias a esa actitud quedan protegidos mujer e hijo. Esa agresividad, en ocasiones más aparente y verbal que verdadera, se ha convertido en ideal del fascismo. Según frase de Mussolini, que escribe Ciano: «Cuando termine la guerra de España tendré que inventar cualquier otra cosa, pues el carácter de los italianos debe crearse en el combate.»



(Col. J. M. Armero.)

WAR RISK INSURANCE RATES

EFFECTS OF THE SPANISH TROUBLES

Certain alterations in rates for war risk insurance on merchandise were yesterday agreed by the joint committee of marine underwriters in the London market. The main features are increases in rates on goods passing through the Straits of Gibraltar, except to destinations for which comparatively high rates were already quoted, and in the rates for dispatches by registered post to Spain, Spanish Possessions, and Tangier.

The rates of premium now quoted for voyages through the Straits of Gibraltar, the ultimate destination being other than Palestine, Spain, Spanish Possessions, and Tangier, are 2s. per £100 for cargo, 1s. per £100 for specie, and 6d. per £100 for sendings by registered post. Until yesterday the rates applicable to these voyages were 6d. per £100 for cargo and specie and 3d. per £100 for sendings by registered post.

The rates for sendings by registered post to Spanish ports, Spanish Moroccan ports, and Balearic Islands (15 days limit), other Spanish Possessions (15 days limit), and interior destinations (30 days limit) have been increased to 20s., 10s., and 20s. per £100 from 10s., 5s., and 10s. per £100 respectively.

(The Times.)

En The Times *del 8 de agosto se publica la noticia del aumento de tarifas para los seguros de transportes marítimos en aquellas mercancías que hayan de cruzar el estrecho de Gibraltar. Las primas se incrementan aún más si las mercancías van consignadas a puertos españoles o de Marruecos. Siempre alerta en cuestiones de seguros marítimos, Londres se anticipa a los acontecimientos.*

implicaría, hasta cierto punto, una cesión de autoridad [45]. Pero los portugueses no tenían por qué preocuparse. Ciano había ordenado a Grandi que «hiciera todo lo posible para dar a todas las actividades del comité un carácter simplemente platónico» [46]. Más adelante, Ribbentrop comentaría bromeando que, mejor que llamarse comité de no intervención, podría haberse llamado «comité de intervención» [47]. La actitud alemana ante el comité fue más ambigua que la italiana, porque el ministerio de Asuntos Exteriores alemán estaba muy mal informado sobre lo que estaban haciendo el ministerio de la Guerra y el partido nazi. En realidad, los diplomáticos alemanes aún no estaban seguros de si una auténtica no intervención ayudaría a Franco o no. En cuanto a Francia e Inglaterra, Bismarck informó de que la primera reunión del comité produjo la impresión de que, para los dos países, «no es tanto cuestión de tomar medidas inmediatamente, como de apaciguar los ánimos exaltados de los partidos de izquierdas [...], con la simple creación del comité» [48]. Desde el principio, a los gobiernos británico y francés les preocupó menos el verdadero final de la intervención en ambos bandos, que la *apariencia* de dicho final. De esta manera, aunque no se impidiera la afluencia de material de guerra hacia los dos bandos españoles, por lo menos podía impedirse la extensión de la guerra española a otros países.

Inglaterra acusó a Italia de haber desembarcado aviones en Mallorca el 7 de septiembre [49]. El 12 de septiembre, Ingram, el encargado de negocios inglés en Roma, dijo a Ciano que «el gobierno británico se sentiría directamente preocupado» si se producían

[45] Kay, p. 95. A principios de septiembre, las tripulaciones de dos barcos de guerra portugueses redujeron a sus oficiales y se dispusieron a zarpar para sumarse a la República. Salazar hizo que los destruyeran a cañonazos.

[46] *Ibíd.*, p. 75.

[47] Ribbentrop, *loc. cit.* En su justificación, escrita en Nuremberg entre el juicio y la sentencia, añadió: «A menudo deseaba que aquella desdichada guerra civil española se fuera al diablo, porque me proporcionaba constantes discusiones con el gobierno británico.»

[48] *GD*, p. 84.

[49] Lord Plymouth en la reunión del comité del 23 de octubre de 1936.

PIO XI (1922-1939). Cardenal ACHILLE RATTI (Desio, 1857-Roma, 1939)

Estudió en Milán y fue ordenado sacerdote en 1879. Inició su carrera eclesiástica en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, pasando luego a la Vaticana y, posteriormente, a la diplomacia curial como visitador apostólico de Polonia y Lituania (1918) y nuncio en Varsovia (1919). Cardenal arzobispo de Milán en 1921, al año siguiente fue elegido papa como sucesor de Benedicto XV, adoptando el nombre de Pío XI.

Su magisterio abarcó una amplia gama de problemas del mundo moderno, de la educación desde el punto de vista católico (Divini illius magistri, **1929), hasta el cine** (Vigilanti cura, **1935), pasando por el matrimonio** (Casti connubi, **1930) o la cuestión social** (Quadragesimo Anno, **1931).**



(Arch. Ya.)

cambios en el Mediterráneo. Ciano respondió que ni había ocurrido ni estaba prevista alteración alguna [50]. Pero, a pesar de todo, Mallorca fue una plaza fuerte italiana durante toda la guerra civil. La calle principal, la rambla de Palma, fue rebautizada con el nombre de Vía Roma, y al principio de la misma se erigieron dos estatuas de jóvenes romanos togados con águilas sobre los hombros. Constantemente llegaba a la isla material de guerra. Los italianos la fortificaron y minaron sus aguas. El incidente demostró que Inglaterra estaba dispuesta a protestar siempre que creyera que sus intereses estaban amenazados por alguna consecuencia de la guerra española, pero que no lo haría por una simple ruptura del pacto. Sin embargo, para ser justos con los gobiernos de Baldwin y Blum hay que decir que ambos creían que sus propios países, España y la paz europea estarían más seguros si se impedía la ayuda militar a España. Ambos gobiernos hicieron todo cuanto les fue posible para mantener el pacto, aunque, en Francia, esto continuara creando problemas a Blum. Pero, por entonces, la mayor parte de la opinión pública de ambos países apoyaba aquella política. El Partido Laborista, en Inglaterra, incluso se lamentó de la lentitud con que se llevaba a cabo la no intervención. En cuanto a los comunistas, Thorez intentó convencer a Blum para que cambiara su política respecto a la ayuda a España el 7 de septiembre [51]. A pesar de que no tuvo éxito, se comprometió a que los comunistas no votaran contra el gobierno en la asamblea nacional. El Komintern patrocinó en Londres la creación de una comisión de investigación sobre supuestas rupturas del pacto de no intervención en España. Formaron parte de la misma personas tan respetables como Philip Nöel-Baker, lord Faringdon, el profesor Trend, de Cambridge, y la señorita Eleanor Rathbone. Los dos secretarios eran Geoffrey Bing y el periodista John Langdon-Davies, de los cuales, el primero, un joven abogado, entonces era miembro del Partido Comunista [52]. Esta era una táctica comunista típica de aquellos tiempos: la favorita, por así decirlo, del inventivo Willi Muenzenberg.

La segunda reunión del comité de no intervención tuvo lugar el 14 de septiembre. Se constituyó un subcomité para ocuparse de los problemas cotidianos de la no intervención, compuesto por Bélgica, Inglaterra, Checoslovaquia, Francia, Alemania, Italia, Rusia y Suecia [53]. Los Estados pequeños, incluso los que formaban parte

[50] Eden en la Cámara de los Comunes, 16 de diciembre de 1936.

[51] D. Cattell, *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War* (Berkeley, 1957), p. 24. «La Pasionaria», Marcelino Domingo y Jiménez de Asúa tampoco consiguieron convencer a Blum en una audiencia que les concedió por entonces (Ibárruri, p. 305). Pero otros quedaron convencidos; por ejemplo, Edith Thomas escribió:

Pasionaria, Pasionaria,
Il n'est plus temps que les hommes t'aiment.
Ils t'écoutent
Comme ils écoutent le vent chanter...

[52] Koestler, *Invisible Writing*, p. 323. Más tarde, Bing sería miembro laborista del Parlamento y fiscal general del presidente Nkrumah, en Ghana. La República española dijo que aceptaría una «verdadera no intervención». Con eso querían decir que no hubiera leyes en ningún país que les impidieran la compra de armas. Esta visión de la no intervención era bastante diferente, por ejemplo, de la que tenía el Partido Laborista, que consideraba que ningún bando había de tener la posibilidad de comprar armas en el extranjero.

[53] *NIS*, segunda reunión.

Fue el primer papa que se interesó por los medios de comunicación modernos, debiéndosele la creación de Radio Vaticano (1931), así como la de la Academia Pontificia de Ciencias (1936). En el terreno político se batió en todos los frentes: en 1926 condenó la «Acción Francesa», el fascismo en 1931, el nazismo en 1937 (Mit brennender Sorge) **y el comunismo en el mismo año. En 1929 regularizó la situación de la Santa Sede con el Estado italiano, firmando con el gobierno de Mussolini los Pactos de Letrán, por los que se reconocía la soberanía temporal del Papado sobre la Ciudad del Vaticano en los límites que tiene en la actualidad. En 1933 firmó un concordato con la Alemania nazi.**
Se interesó extraordinariamente por los problemas misionales de la Iglesia Católica, dando gran impulso a la creación del clero indígena y ordenando obispos chinos y japoneses. Dio también gran impulso a la Acción Católica, proclamó a Juana de Arco patrona de Francia e instituyó la fiesta de Cristo Rey (1925).
Respecto a España, procuró, durante los primeros años del régimen republicano, templar los incidentes promovidos por el cardenal primado, Pedro Segura, que terminaron con su expulsión de España (14 de junio de 1931) y la petición formal del gobierno de su «remoción... de la Silla Metropolitana de Toledo» que el ministro español de Justicia, Fernando de los Ríos, pudo anunciar al país el 30 de septiembre de dicho año. Pío XI, a través de su secretario de Estado y futuro sucesor (cardenal Eugenio Pacelli) y del nuncio, cardenal Tedeschini, procuró por todos los medios que no se agravase la situación y, en abril de 1933, promovió a la sede toledana al cardenal Gomá y Tomás. Sin embargo, nunca logró que el voluntarioso cardenal Segura firmase la renuncia por propia voluntad.
Respecto a la famosa pastoral conjunta de los metropolitanos españoles, en la que se calificaba la guerra civil de «plebiscito armado» y se insistía en el carácter «nacional» de la sublevación, es sabido que el Vaticano tenía conocimiento de tal iniciativa —que partió de Franco, según dejó escrito el propio cardenal Gomá—, pero Pío XI ni prohibió ni aprobó explícitamente tal pastoral, aunque se opuso a la sugerencia de su secretario de Estado, Eugenio Pacelli, de que el documento fuese publicado en el Acta Apostolicae Sedis.
En fecha tan temprana como el verano de 1937, la Santa Sede reconoció al gobierno de Franco y envió a Hildebrando Antoniutti como legado apostólico ante el gobierno de Burgos.



(Alfonso. Madrid.)

La furia iconoclasta reviste características de fanatismo religioso. El incendio de monumentos, altares, tallas, cuadros y bibliotecas continúa destruyendo a veces legados históricos o artísticos singulares. Los símbolos que recuerdan la unión entre el poder político y la Iglesia son objetivo prioritario de la destrucción, como en el caso del monumento al Sagrado Corazón de Jesús del madrileño Cerro de los Angeles, donde la fotografía registra la euforia de cuatro milicianos que festejan su voladura. El lugar es rebautizado como Cerro Rojo.

del subcomité, estaban decididos a seguir las directrices de las grandes potencias, y los verdaderos debates tuvieron lugar exclusivamente entre Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. En realidad, el temor a Hitler y a las responsabilidades internacionales, de los países escandinavos y de los que hoy constituyen el Benelux fue, de alguna manera, el aspecto más desagradable de la historia diplomática de aquellos momentos. Pero ¿qué podían hacer si Inglaterra continuaba con su política de «apaciguamiento»? Y el «apaciguamiento» parecía la única política segura para un imperio que ya había iniciado su larga decadencia, aunque no deseara reconocerlo. Esta reunión coincidió con la primera reacción pública del papa Pío XI ante la guerra de España. El 14 de septiembre, en Castelgandolfo, ante seiscientos refugiados españoles, habló del «odio a Dios verdaderamente satánico» de los republicanos [54]. El mismo día, en Madrid, un sacerdote que había tomado partido por la República, el padre García Morales, conjuró al papa a que condenara a los rebeldes. Unos días más tarde, José Bergamín, el apologista católico director de *Cruz y Raya*, decía que los generales, obispos, moros y carlistas que estaban luchando contra la República estaban representando una «mascarada fantástica de la muerte». Así pues, la guerra civil española creó conflictos en las conciencias católicas, por no decir que en la Iglesia católica, de Europa y de todo el mundo. Las maniobras eclesiásticas fueron tan abundantes como las diplomáticas. También se había declarado la guerra en la opinión pública internacional. De manera que, en septiembre de 1936, el conflicto ya no era una aislada guerra carlista del siglo XIX.

[54] Iturralde, vol. II, pp. 224-225.

24

Derrotas republicanas y sus causas

A principios de septiembre de 1936, Franco estaba en Talavera, y Mola en Irún, amenazando a San Sebastián. La expedición mallorquina había fracasado. Zaragoza, Huesca, Oviedo y hasta el Alcázar de Toledo seguían en manos de los rebeldes. En el sur, la República había perdido gran parte de Andalucía, y casi toda Extremadura. La brutalidad y la experiencia del bien armado ejército de Africa eran las principales razones del éxito de los nacionalistas. El valor podía servir para ganar luchas callejeras, pero era insuficiente para luchar contra legionarios y regulares. Entre las milicias, sólo el Quinto Regimiento sabía algo de disciplina. Los restos del ejército regular, la guardia civil y la de asalto que seguían al lado del gobierno parecían desmoralizados. La República, con sus compras de aviones franceses y su ventaja numérica inicial en cuestión de aviación, podría haber disfrutado a menudo del dominio del aire; pero los pilotos mercenarios franceses no eran muy competentes, y el hecho de que los nacionalistas concentraran sus pocos, pero importantes, aviones nuevos, alemanes e italianos, en los frentes de Extremadura y del Tajo les dio la superioridad allí. Los jóvenes

El 12 de septiembre por la tarde, las tropas de Mola entran en San Sebastián. El impetuoso avance progresa hacia el oeste en combinación con unidades de Alava que cruzan el puerto de Arlabán. En el río Deva se estabiliza el frente. Cuando se aprueba el Estatuto Vasco y se forma el gobierno autónomo de Aguirre, la mayor parte del territorio, y aun de la población, están bajo dominio de Mola, mientras que aquél sólo ejercerá autoridad en Vizcaya, una diminuta porción de Alava y la franja de Guipúzcoa que incluye dos poblaciones importantes: Eibar y Elgóibar. En el norte, los gubernamentales no aciertan a coordinar sus efectivos y esfuerzos; las diferencias políticas dificultan la colaboración. Aquí vemos una posición vasca en el frente de Guipúzcoa.

(Keystone.)





(Keystone.)

La actitud del coronel Villalba, al mantenerse fiel al gobierno de la República en Barbastro, permite que se establezca el frente en las mismas puertas de Huesca. La toma de Siétamo, posición importante en la ruta entre Barbastro y la capital de la provincia, es magnificada por la propaganda libertaria: una película sobre este hecho ocupará durante semanas las pantallas barcelonesas. Villalba, con capa, acompañado de oficiales y jefes de milicias, en el recién conquistado Siétamo.

pilotos alemanes que llevaban estos Junkers y Heinkel, junto con españoles, en las llamadas escuadrillas de «Pedros» y «Pablos», eran superiores a sus equivalentes franceses. Las predilecciones políticas, además, afectaban a las tácticas. En el frente de Talavera, por ejemplo, los republicanos tenían grandes esperanzas en un tren blindado, el descubrimiento favorito de la guerra civil rusa. En España, aquella «palada vital de carbón que mantiene vivo un fuego mortecino», como Trotsky había llamado a su propio tren, resultó inútil. A pesar de todo, los oficiales españoles de la República tenían constantemente presente la guerra civil rusa para buscar precedentes que les ayudaran a resolver sus propios problemas a la hora de dirigir un ejército popular [1]. Y no sólo tenían proble-



El jefe del gobierno, Giral, recibe en la estación del Mediodía de Madrid a una columna valenciana que actuará en el frente de Talavera.

(Alfonso. Madrid.)

(Arch. B. M. Patino.)

(Serv. Histórico Militar.)

mas en la línea de fuego. El ministerio de la Guerra todavía no tenía un verdadero Estado Mayor central, y el movimiento de las fuerzas de milicianos de un sitio a otro entrañaba dilaciones interminables. Las fuerzas catalanas y anarquistas seguían sin tener ninguna relación con el gobierno de Madrid.

[1] Sus seguidores también estaban influidos por una película sobre la revolución rusa en la que se describían las hazañas de Chapaiev, el jefe de guerrilleros. Igual que antes de la guerra, las películas causaban gran impresión en la clase obrera española; incluso Shirley Temple en *El pequeño coronel*, que también se proyectó en Madrid por entonces. También tuvo mucho éxito Groucho Marx, que aparecía como el presidente de «Libertonia» en la película *Sopa de ganso*. Con un aspecto similar al de cualquier político español, contemplaba un informe y comentaba: «Un niño de cuatro años podría entender este informe. Que me traigan un niño de cuatro años.»

se proyectará la magnífica película soviética

CHAPAIEFF

y dos interesantísimas películas cómicas

Obreros - Gudaris - Baserritarras - Intelectuales, ACUDID

(Arch. C. S. de Tejada.)

Al iniciarse la guerra, los comunistas ya han llevado a cabo una importante labor de captación, que después seguirán incrementando. Tres muestras de la propaganda: un tren blindado, bajo la influencia histórico-literaria de la revolución rusa. (¿Será este tren blindado el mismo que incumple la orden de atacar en Talavera?) En el cartel, la URSS se erige en símbolo y promesa. Abajo: la fe, que despierta energías y mueve montañas, elige mitos como Chapaieff o Chapaiev, el guerrillero ruso. El cine es una buena arma propagandística, y en varias unidades surgirá un Chapaiev que evoca heroicidades en una guerra aún individualista y romántica.

COMO HIZO LA U.R.S.S.
ESPAÑA LUCHA POR SU INDEPENDENCIA Y LIBERTAD



(Alfonso. Madrid.)

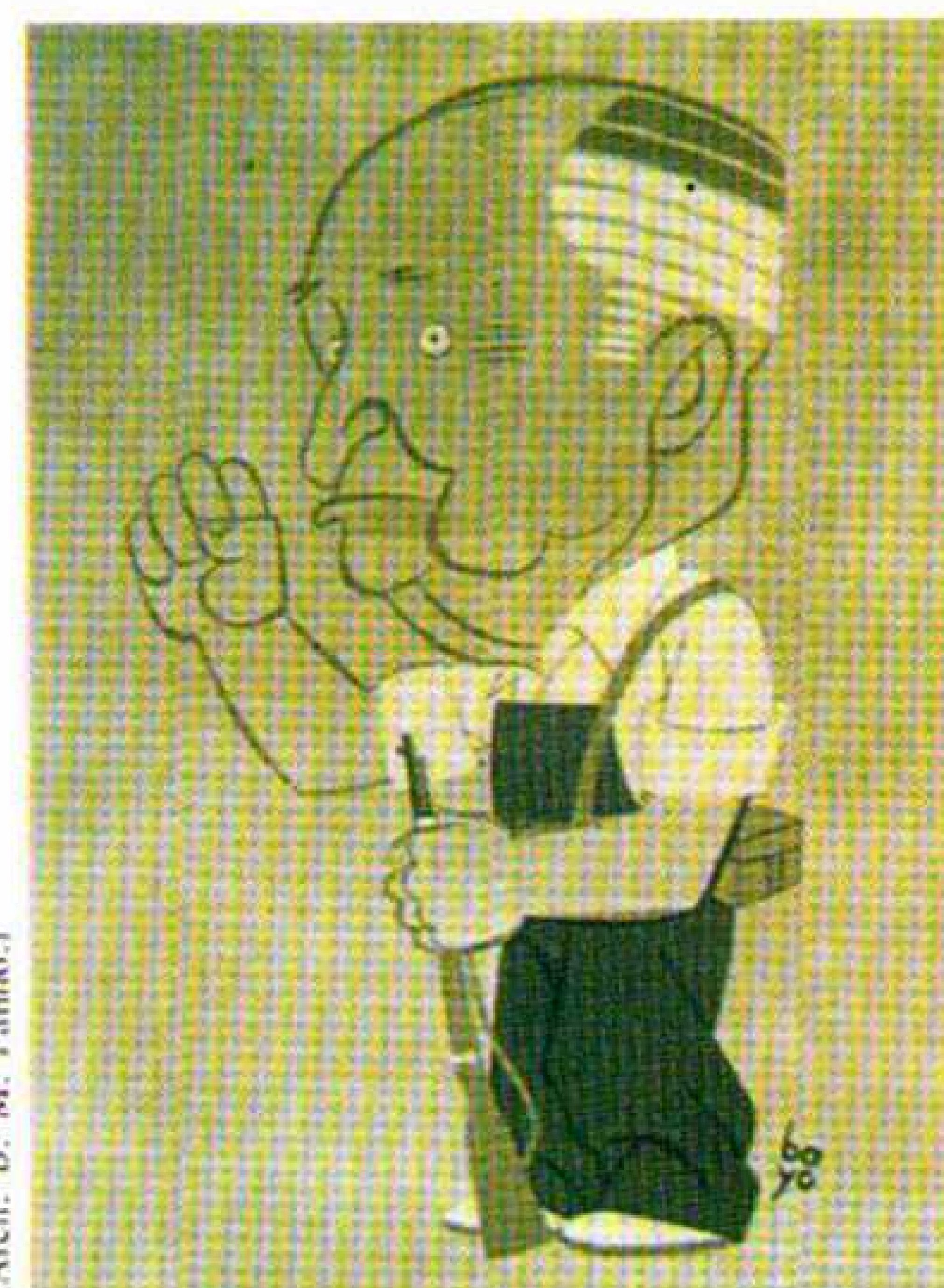
Largo Caballero, el líder socialista más influyente, visita los frentes de la sierra (sentado, a la izquierda de la fotografía) junto a Wenceslao Carrillo; alrededor, milicianos y guardias. Ambos visten el mono proletario, que se convierte en uniforme de aquellas milicias sin uniformar. Entre las piernas del viejo luchador, un rifle Winchester. En la página de la derecha, arriba, una caricatura. El gobierno, cuya autoridad apenas es más que nominal, está formado por republicanos que disimulan su condición e ideología burguesas, pero el hombre fuerte es Largo Caballero. No tardará en presidir un nuevo gobierno.

Había pocas oportunidades de hacer prácticas de tiro, y no había bastantes fusiles para tales prácticas, porque muchos trabajadores seguían llevando las armas como símbolo de libertad, y los partidos políticos retenían todas las armas que podían por si tenían que luchar contra sus rivales. Por ejemplo, se creía que la CNT de Madrid tenía 5.000 fusiles en su cuartel general. Además había escasez de comida, lo cual se debía no sólo a la pérdida de Castilla la Vieja, sino al fenomenal desperdicio de comida en el frente, y al consumo inmediato de alimentos y la matanza excesiva de ganado en muchas colectividades agrarias [2]. Una profunda desconfianza impedía todo entendimiento entre comunistas y anarquistas; «la Pasionaria», que iba a Francia en una delegación para tratar de conseguir armas y simpatía, junto con el ex ministro Marcelino Domingo, fue retenida mucho tiempo en Barcelona por un dirigente lisiado de la FAI, Manuel Escorza, y por Aurelio Fernández, jefe del comité de investigación de Barcelona [3]. Además, el hecho de que los gobiernos británico y francés defendieran la no intervención era desmoraliza-

dor, no porque la República tuviera escasez de armas (que aún no la tenía), sino porque la no intervención producía la impresión de que la República estaba aislada.

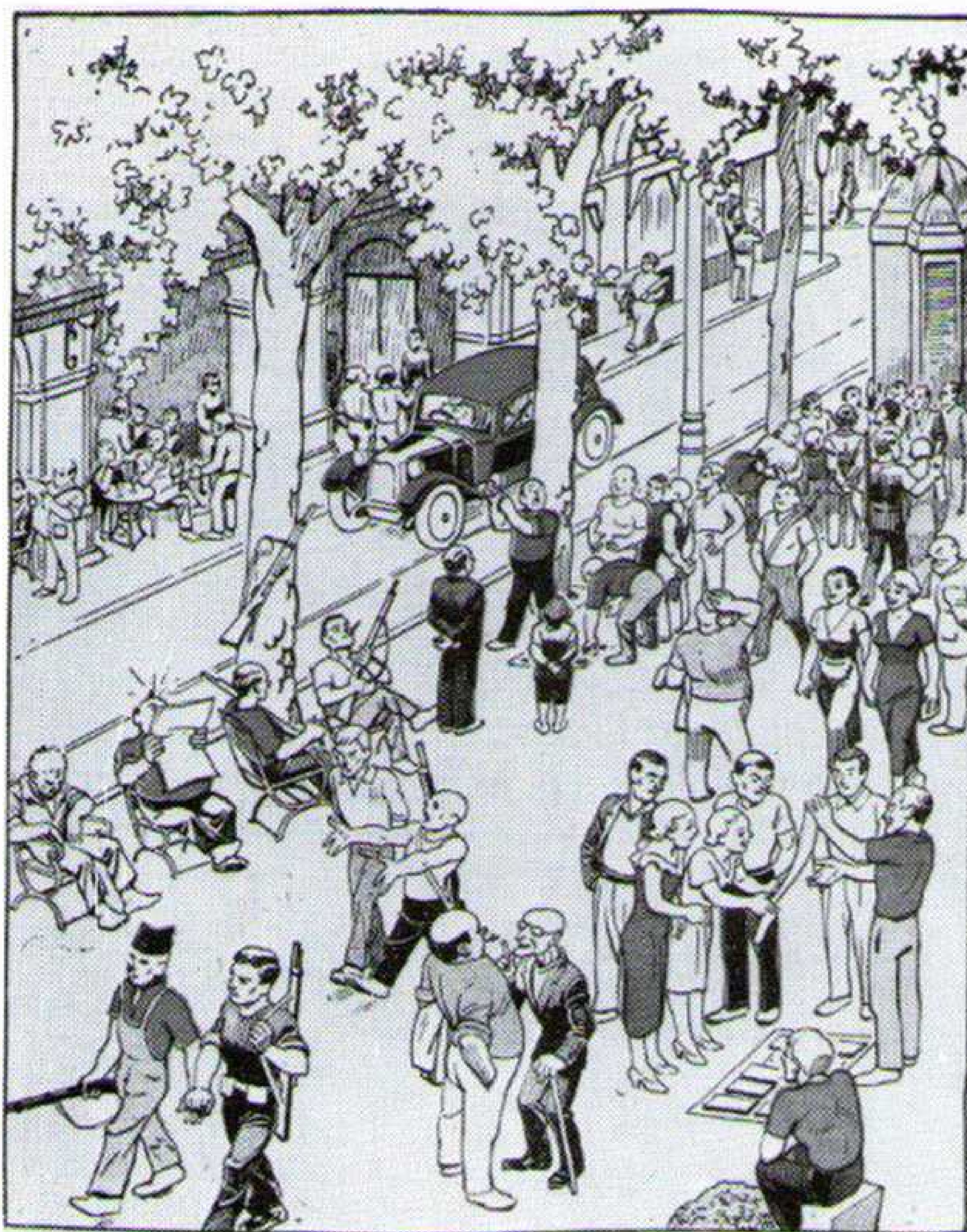
En la capital, este sombrío panorama impulsaba a la gente a apoyar a Largo Caballero, que ahora era virtualmente el rey de Madrid. Casi cada día, él y Alvarez del Vayo iban a la sierra para alentar a los milicianos y ser ovacionados por ellos. Sin embargo, no querían simplemente entrar en el gobierno, sino dominarlo. Hablaban de la necesidad de un gobierno fuerte, capaz de sobreponerse a las expresiones conflictivas de la voluntad popular en toda España. Ellos y sus seguidores ambicionaban, además, un auténtico gobierno proletario. Hasta Prieto se había quejado en *Informaciones* de que en el ministerio de la Gobernación no se veía con buenos ojos la lectura de periódicos socialistas. El propio Prieto podría haber sido un candidato a jefe de gobierno, en agosto, lo mismo que en junio; trabajaba incensantemente en los ministerios, aun sin ser ministro. El socialista italiano Pietro Nenni le describía en mangas de camisa, inmerso en la actividad: «No es nada; no es ministro; solamente es diputado de un parlamento en vacaciones. Y, sin embargo, lo es todo: el animador y el coordinador de la acción gubernamental» [4]. Durante mucho tiempo, Prieto se había

[2] Sobre Madrid en esta época, véase Barea, pp. 569-570.
[3] Ibárruri, p. 297.
[4] Nenni, p. 146.

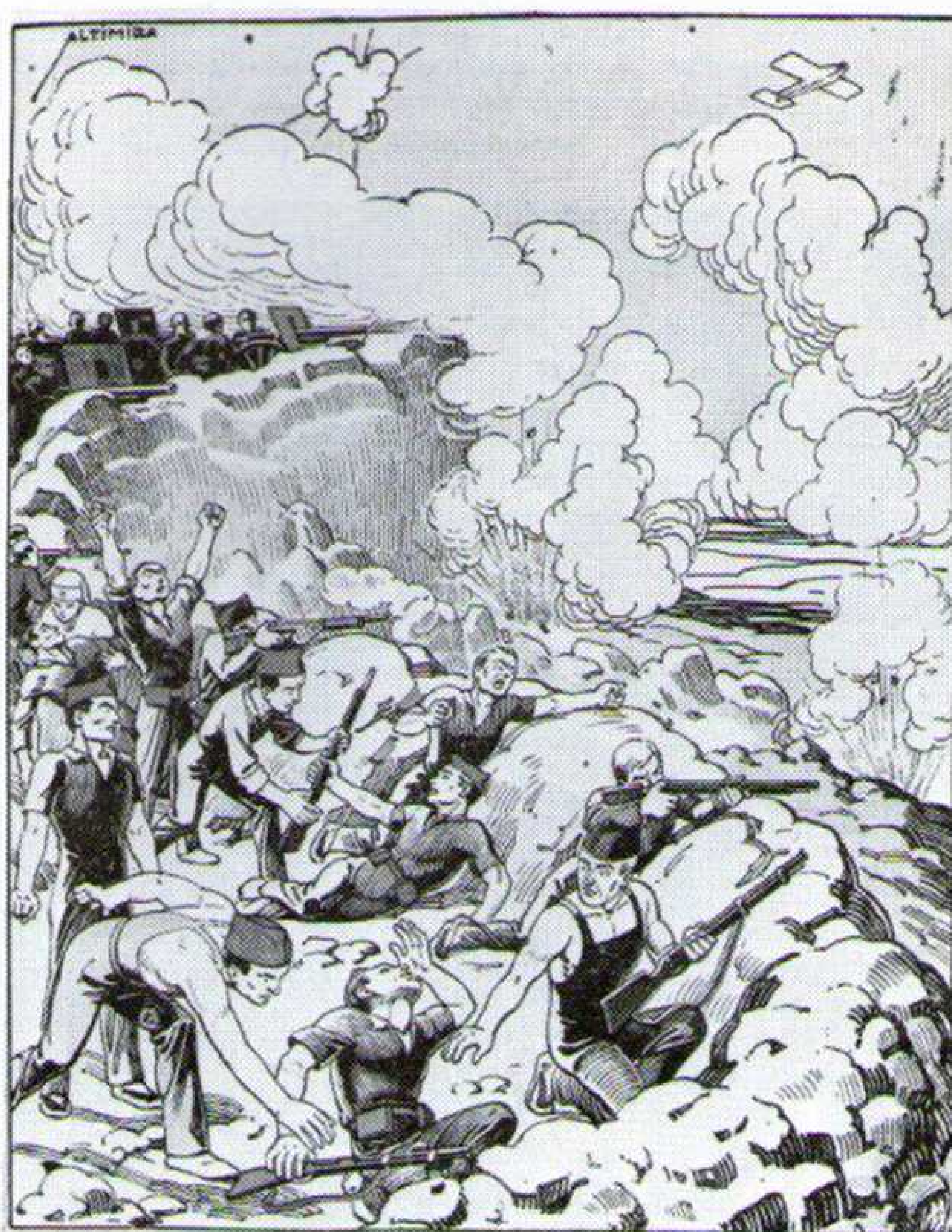


(Arch. B. M. Patino.)

En Cataluña, más aún que en otros puntos, la mayoría de las armas se exhiben o esconden en la retaguardia, mientras que escasean en los frentes. En las caricaturas se critica el hecho con prudente moderación.



(Inst. Munic. de Historia. Barcelona.)



(Inst. Munic. de Historia. Barcelona.)

opuesto a la idea de que su partido se hiciera con el gobierno, porque todavía creía posible influir en Inglaterra y Francia para que ayudaran a la República si se mantenía un gobierno puramente de clase media. Sin embargo, a pesar de que mantenía su aversión a Largo Caballero, Prieto se daba cuenta de que era el único sucesor posible de Giral [5]. Por tanto, sugirió que los ministros socialistas se limitaran a «guiar» al gobierno de Giral, como él mismo estaba haciendo. Los comunistas apoyaban esta política [6]. Largo Caballero creía que aquello comprometería a los socialistas, igual que —según creía él ahora— su participación en el gobierno de Azaña de 1931 les había comprometido, y había ayudado a los anarquistas. De hecho, Largo Caballero quería dirigir el gobierno él mismo. Por esta época, el ambiente en la República se había visto sensiblemente alterado por las muertes de muchos de los prisioneros políticos que estaban en manos del gobierno. En Barcelona, los generales Goded y Fernández Burriel fueron juzgados a principios de agosto. Se encomendó a un oficial retirado, que se había hecho abogado, la defensa de los dos generales, que se comportaron con dignidad. El general Llano de la Encomienda y el general de la guardia civil Aranguren testificaron contra ellos. Los dos generales fueron fusilados por rebelión en la fortaleza de Montjuich. Los miembros liberales del gobierno republicano accedieron de mala gana a confirmar la sentencia de muerte: muchos de ellos conocían bien a Goded.

[5] Véase su entrevista con Koltsov del 26 de agosto: «Es un tonto que quiere pasar por listo [...]. Es un desorganizador [...] capaz de echarlo a perder todo y a todos [...]. Y, a pesar de todo, por lo menos hoy, es el único hombre [...] apropiado para encabezar un nuevo gobierno.»

[6] Ibárruri, p. 285.

Cuando el 11 de agosto se celebra el consejo de guerra contra los generales Goded y Fernández Burriel, la represión en Cataluña alcanza un elevado número de víctimas. Ambos son condenados a muerte, y la sentencia se ejecuta a la mañana siguiente en los fosos de Montjuich. Entre dos guardias civiles, Burriel, de paisano, y Goded, de uniforme, ante el tribunal.


(Centelles, Barcelona.)


(Keystone.)

Matanza en la cárcel Modelo

Unos días más tarde, el general Fanjul y el coronel Fernández Quintana, los rebeldes de la capital, también fueron fusilados en Madrid, tras un consejo de guerra; el primero, después de casarse en el último momento con una viuda que había hecho de mensajera durante los preparativos del alzamiento [7]. Murieron antes de que sus compañeros de prisión de Madrid corrieran una suerte espantosa. Porque, el 23 de agosto, se declaró un incendio en la cárcel Modelo [8].

¿Fue provocado por los tres mil presos políticos que se encontraban allí y atacaron a sus guardianes con colchones a los que habían prendido fuego, en un intento de fuga? ¿O fue obra de los delincuentes comunes de la cárcel, estimulados por milicianos de la CNT, que habían estado buscando armas? Un juez imparcial, Mariano Gómez, que llegó poco después, creyó que había sido lo primero. Parece ser que fueron puestos en libertad los presos comunes y que luego los que quedaban prendieron fuego a sus camas. Esto fue utilizado como justificación de la masacre que siguió. Pero la noticia de que los presos políticos se habían rebelado se extendió por la ciudad, al tiempo que se empezaba a hablar también de la «matanza de Badajoz». Se congregó una multitud, encabezada por milicianos que estaban de permiso, pidiendo que se asaltara el edi-

[7] Ella y un hijo suyo de un matrimonio anterior fueron con el albacea de Fanjul a enterrar al general en el cementerio de la Almudena. Allí fueron asesinados el hijo y el albacea (García Venero, *Madrid, 1936*, p. 364).

[8] Pueden encontrarse dos versiones opuestas en *Causa General* y en Borkenau (p. 127); véase también «Juan de Córdoba», *Estampas y reportajes* (Sevilla, 1939), p. 105, donde aparece la versión de los hechos de Serrano Súñer, repetida en sus *Memorias*, p. 133.



(Hemerot. Munic. Madrid.)



15 cts. **EL NOTICIERO UNIVERSAL** cts. 15

EDICIÓN DE LA NOCHE

LA JUSTICIA REPUBLICANA

Est[illegible] mañana, a las 6'20, fueron fusilados en los f[illegible] de Montjuich, los ex-generales Goded y Fernández Burriel

El Alcalde de Madrid, don Pedro Rico, pronunció anoche un inflamado y patriótico discurso, exaltando el heroísmo de cuantos luchan en defensa de la libertad

De haber quedado cumplida la sentencia del pueblo, da constancia un acta firmada por una representación del Comité Central de las Milicias antifascistas

El espíritu de la República

Alocución de los hombres representativos de la causa por la libertad y contra el fascismo

El juicio contra Goded y Burriel es el primero que se celebra, y levanta gran expectación. Vemos a grupos de barceloneses escuchando las noticias que sobre el particular transmiten los altavoces en la rambla de Canaletas. Seguirían muchos juicios, muchas ejecuciones. El fusilamiento de estos dos generales aparece destacado en primera página, como vemos en este diario de la tarde, El Noticiero Universal. *Más adelante se prohibiría la publicación de los fusilamientos.*



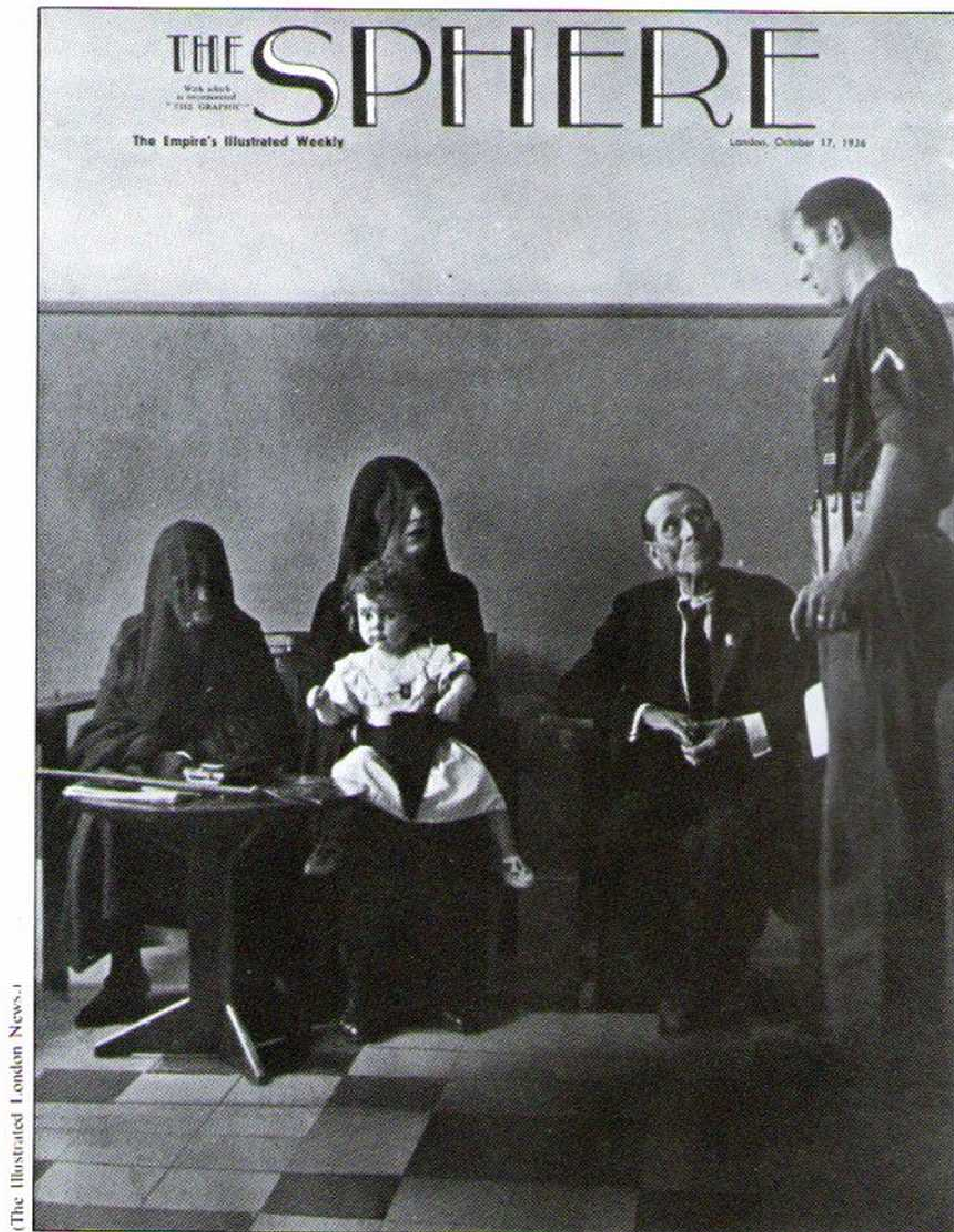
(Efe.)

El 25 de agosto tiene lugar el segundo consejo de guerra, que esta vez preside el general Cardenal. Los acusados son el comandante López Amor, dirigente de la UME en Barcelona, y los capitanes López Varela, López Belda y el laureado Lizcano de la Rosa. El primero de los capitanes ha de ser trasladado en camilla desde el hospital militar; había sido herido en los combates del 19 de julio. En la madrugada siguiente al juicio, los cuatro son fusilados en Montjuich; a López Varela hay que sentarle en una silla. El piquete lo forman milicianos. Es el último consejo de guerra; en adelante, los militares serán juzgados por los llamados tribunales populares, si bien algunos, sacados de las prisiones, morirán en manos de los incontrolados. Entre los dos guardias civiles con gorro y fusil, está en primer término López Belda; en el centro, Lizcano de la Rosa; y al fondo, López Amor, ocupando el banquillo. Delante de ellos, en unas parihuelas, López Varela.

ficio para matar en masa a los prisioneros políticos. Llegaron algunos políticos socialistas para pedir moderación. Pero los milicianos se negaron a escuchar. El personal de la prisión huyó. Cuarenta prisioneros fueron fusilados en el patio. A la mañana siguiente fueron fusiladas otras treinta personas. Entre ellas se contaban ex ministros tan famosos como Manuel Rico Avello, Melquíades Alvarez, fundador del Partido Reformista en 1912, bajo cuya dirección se habían iniciado en la política muchos dirigentes republicanos, y Martínez de Velasco, dirigente del Partido Agrario; así como destacados falangistas, entre ellos Fernando Primo de Rivera, hermano de José Antonio, y Ruiz de Alda. Otros muertos en la cárcel Modelo fueron el doctor Albiñana, jefe del Partido Nacionalista; Santiago Martín Báguenas, comisario de policía de Madrid hasta el momento del alzamiento; el general Capaz, y el general Villegas, jefe de la conspiración madrileña. Ruiz de Alda, fusilado por los «republicanos», estaba casado con una hija del almirante Azarola, que había sido fusilado por los «fascistas» en El Ferrol; mientras que el general Capaz, comandante del Marruecos occidental, «héroe del Rif», había venido en julio a Madrid precisamente para no tener que pronunciarse por uno u otro bando en el momento del alzamiento. Estos asesinatos resultaron más aterradores que los «fascistas»: Azaña y Giral estaban desolados; el primero deseaba haber muerto también él, y el segundo lloró [9]. ¿Dónde estaban las «fuerzas del orden normales?» El ministro de la Gobernación, general Pozas, hizo lo que pudo; otros, que habría sido de esperar que estuvieran presentes (como el nuevo director general

[9] Sobre la reacción de Azaña, véase su diario, *Obras*, vol. IV, pp. 850-851, y Rivas Cherif, *Retrato de un conocido* (México, 1961), p. 159. Azaña nunca se recuperó tras estos asesinatos. Ni perdonó al antiguo «monárquico sin rey» Ossorio y Gallardo, que pareció encajar tranquilamente aquellos desafueros: «Yo no justifico nada, no. Pero está en la lógica de la historia.» (Azaña, vol. IV, p. 625.) Sin embargo, fue Ossorio quien convenció a Azaña para que no dimitiera: «En el otro lado mueren muchos fusilados con el nombre del presidente en los labios.» A partir de entonces, Azaña, más que un presidente, continuó siendo «prisionero de su misma condición de símbolo republicano» (Azaña, vol. III, p. XXXVIII).

de Seguridad, Manuel Muñoz), estuvieron ostensiblemente ausentes.
Después de estos sucesos, el ministerio de Justicia creó los tribunales populares, destinados en teoría a cubrir los huecos dejados por la dimisión, la huida o el asesinato de las autoridades judiciales normales. Estos tribunales se componían de catorce delegados del Frente Popular y la CNT, con tres miembros del antiguo cuerpo judicial. Las personas denunciadas ante estos tribunales podían tener ciertas formas elementales de defensa, aunque los falangistas casi siempre eran fusilados, lo mismo que, generalmente, los miembros de la CEDA o los que les habían ayudado con donativos. Continuaron dándose anomalías y desmanes de la justicia: por ejemplo, un médico, denunciado por un paciente que le debía dinero, pudo demostrar la falsedad de los cargos que se le imputaban y conseguir que fuera juzgado el que le había denunciado; en cambio, un comerciante corriente no logró evitar hasta el último momento



(The Illustrated London News.)

Fotografía publicada por la prensa inglesa: una joven viuda, con su hijo sobre las rodillas y acompañada de sus padres, recibe noticias de la muerte de su esposo de labios de un falangista camarada suyo. La hondura patética de la escena y la presencia del fotógrafo inducen a la duda: ¿Se trata de una escena verídica o compuesta? Todavía sería posible ponerlo en claro si alguien ampliara o concretase referencias.



(Col. C. S. de Tejada.)

En este dibujo, Sáenz de Tejada recoge y personifica el dolor de estas otras víctimas pasivas, dolor que no reconoce ideologías ni colores, idéntico a ambos lados de las trincheras.





(Serv. Histórico Militar.)

Cartel de Izquierda Republicana, y síntesis ingenua del «No pasarán», con banderas, símbolos, escudos y retratos.

que le castigaran como espía, a consecuencia de la denuncia de un acreedor. A pesar de todo, continuaron las ejecuciones «no autorizadas», aunque con menos ferocidad. Los duques de Veragua y de la Vega, hermanos y descendientes de Colón, fueron fusilados por unos milicianos que temían que el tribunal popular les declarara inocentes. A finales de agosto, el gobierno ordenó que se cerraran todos los portales a las once de la noche, suprimió los serenos, advirtió a los porteros que no permitieran a nadie entrar en las casas, y que telefonearan a la policía si oían «fuertes golpes indicando que querían entrar milicianos».

Largo Caballero forma su gobierno

El 4 de septiembre, Azaña se resignó a lo inevitable, aceptó la dimisión de Giral como jefe de gobierno, y pidió a Largo Caballero que formara gobierno. Largo Caballero, el sucesor obvio, se negó a aceptar el cargo a menos que el Partido Comunista entrara en el gobierno. Invitó a los anarquistas a entrar: ellos se negaron. No estaban dispuestos a abandonar su desprecio teórico hacia el poder gubernamental; en lugar de aquello, querían un comité de defensa nacional, en el que sólo estuvieran representadas la UGT y la CNT, con poder delegado directamente por las colectivizaciones y

(Serv. Histórico Militar.)



(Arch. C. S. de Tejada.)

Con la formación del gobierno de Largo Caballero parece que van a terminar los reveses; una renovada esperanza anima a todos los republicanos. Se imparten consignas como flechas, que expresan la voluntad de luchar y, en especial, de «no retroceder».

Soldados: Bajo la presidencia del camarada Negrín que desempeña también el Ministerio de Defensa Nacional, el pueblo español ha formado su Gobierno en el que participan todos los Partidos y organizaciones, **un Gobierno de unión nacional, un Gobierno de guerra,** el fuerte Gobierno de todos los españoles, el Gobierno que necesitamos para defender la independencia de la patria.

En torno a él, se agrupan todos los hijos de España decididos a resistir sin un desmayo, dispuestos a preparar la victoria.

Los primeros trabajos del Gobierno irán encaminados a enviaros inmediatamente miles de voluntarios que junto a vosotros, veteranos gloriosos, formarán esa línea de resistencia invencible contra la cual se estrellen los invasores. Nuestro Gobierno formará a toda prisa legiones de fortificadores que abrirán en todos los frentes las trincheras de la resistencia, que fortificarán todas las líneas para convertirlas en murallas insalvables.

El Gobierno movilizará a todos los hombres, pondrá en pie todos los recursos para ayudaros y logrará aumentar considerablemente todos vuestros medios de defensa.

El Gobierno y el pueblo os piden tiempo, soldados. **¡Resistid! ¡Ni un paso atrás!** ¡Ahora más que nunca la resistencia de hoy será la victoria de mañana!

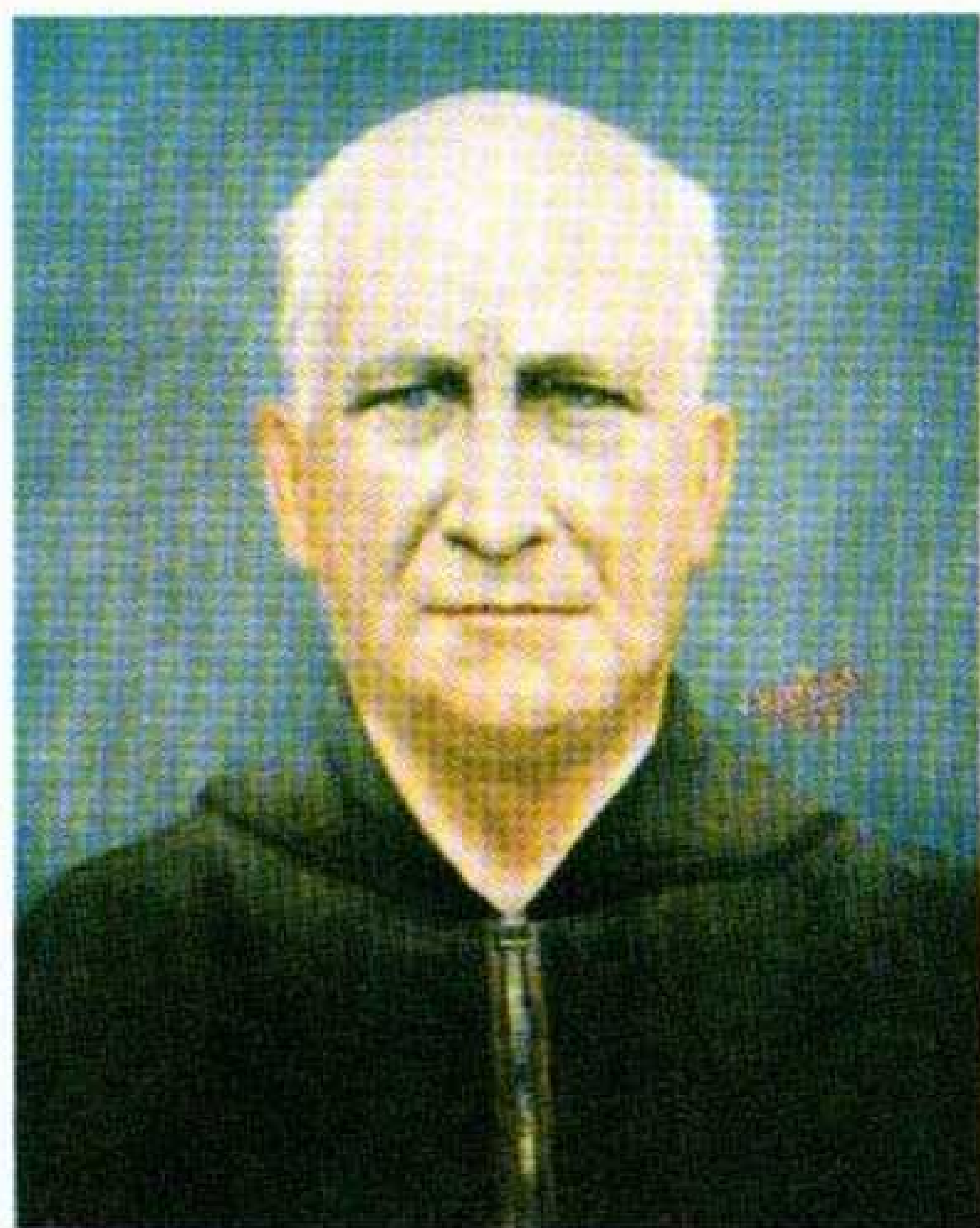
P. S. U. DE CATALUÑA — PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

(Arch. C. S. de Tejada.)

Para estimular lo mismo al combatiente que a la población civil, para elevar los ánimos cuando éstos flaquean, para prometer soluciones a los problemas, los comunistas se muestran incansables y utilizan todos los medios. Este pasquín, firmado por el PCE y el PSUC, como el texto revela, es ya algo tardío; la actividad propagandística no desmayará hasta el fin.

las regiones: esto es, la plena realización del Estado sindicalista. Esto era inaceptable; en el seno de la CNT continuó el debate sobre la actitud a tomar ante estas cuestiones. Así, en una reunión de federaciones del movimiento libertario de Cataluña, a finales de agosto, García Oliver, cansado de tanto hablar, dijo bruscamente: «O colaboramos o imponemos una dictadura. ¡Elegid!» [10]. El sumo sacerdote de la oposición a la idea misma de la autoridad gubernamental era el lisiado Manuel Escorza, cuyo único cargo era el de miembro del comité peninsular de la FAI. Honrado, implacable, inaccesible, amargo e irónico, Escorza dominaba en las discusiones dentro del movimiento anarquista por pura fuerza de voluntad, y

[10] Lorenzo, p. 122.



(Serv. Histórico Militar.)

FRANCISCO LARGO CABALLERO (Madrid, 1869-París, 1946)

El hombre que llegó a ser una de las figuras más destacadas del socialismo español y de todo el movimiento obrero, era hijo de una familia humilde. Sus estudios fueron tan parcos como grande su necesidad de trabajar desde la niñez en oficios diversos, hasta hacerse estuquista de profesión. En 1890 ingresó en la UGT (Unión General de Trabajadores), y, cuatro años después, en la Agrupación Socialista Madrileña. Pronto se convirtió en hombre de confianza de Pablo Iglesias, fundador y patriarca del socialismo español. Largo Caballero inició su carrera política en los primeros años del siglo como concejal del ayuntamiento madrileño. Fue vocal del Instituto de Reformas Sociales y, con los años, llegó a ocupar los más altos cargos en el seno de la UGT y del PSOE.

En 1917 formó parte del comité que organizó la huelga general revolucionaria, por lo que fue condenado a cadena perpetua y enviado al penal de Cartagena, de donde le sacaron al año siguiente los votos de los madrileños para enviarle, junto con otros socialistas también condenados, al Congreso de los Diputados. Durante la dictadura del general Primo de Rivera, Largo Caballero optó por mantener cierta colaboración de los sindicatos socialistas con el dictador, siendo designado consejero de Estado. A la caída de la Dictadura se entregó de lleno a la conspiración antimonárquica. Al proclamarse la segunda República, formó parte del gobierno provisional como ministro de Trabajo, cartera que siguió desempeñando en los dos gobiernos presididos por Azaña, hasta septiembre de 1933.

Las divisiones internas del PSOE y el avance del anarcosindicalismo en am-

también (como señalaban los comunistas) utilizando una fuerza de policía privada, que ejecutaba plenamente las órdenes de su amo de «no dar cuartel a fascistas ni a neutrales». Mientras continuara este espíritu de gran inquisidor, era difícil que se impusieran los argumentos del realismo, esto es, de alianza con los demás partidos. En cambio, los comunistas entraron a formar parte del gobierno central. El comité central comunista español se había opuesto a ello, pero Moscú, no obstante, cursó instrucciones ordenando que entraran [11]. Los comunistas explicaron que la guerra civil exigía unidad contra el fascismo y que ya se habían alcanzado los principales objetivos de la revolución burguesa. Por consiguiente, Hernández, director de *Mundo Obrero*, pasó a ser ministro de Educación, y Uribe, marxista práctico, de Agricultura. Había seis socialistas en el gobierno, incluidos Prieto como ministro de Marina y del Aire, y Alvarez del Vayo como ministro de Estado. Habría sido más apropiado haber dado a Prieto el ministerio de la Guerra, pero Largo Caballero quería controlar por sí mismo aquel ministerio tan importante. También fue una tontería entregar el ministerio de la Gobernación, fundamental desde el punto de vista de la prevención de los asesinatos, a un hombre tan incompetente como Angel Galarza, aunque tuviera experiencia como director general de Seguridad durante los primeros años de la República. Juan Negrín, un socialista prietista, fue nombrado ministro de Hacienda; había sido catedrático de fisiología en la universidad de Madrid y, aun siendo diputado, se había distinguido principalmente por su organización de la nueva ciudad universitaria, en las afueras de Madrid. Luis Araquistain fue nombrado para el puesto de embajador en París, puesto que implicaba la presidencia de la comisión republicana para la compra de armas en París [12]. El embajador en Londres, López Oliván, que era monárquico, renunció entonces a su cargo y se unió a los nacionalistas. Fue reemplazado por Pablo de Azcárate, vicesecretario general de la Sociedad de Naciones, que, dado que era un liberal de miras amplias, parecía la persona más indicada para representar los intereses republicanos en la importantísima embajada de Londres.

Completaban el gabinete republicano dos miembros de Izquierda Republicana (incluido Giral, el ex jefe de gobierno, como ministro sin cartera), uno de Unión Republicana y uno de *Esquerra* [13]. En el ministerio de la Guerra, Largo Caballero creó un nuevo estado mayor central organizado por el comandante Estrada. El coronel Rodrigo Gil, un oficial de artillería de la vieja escuela que, a pesar de todo, tenía puntos de vista marcadamente izquierdistas, fue nombrado subsecretario de la Guerra. La influencia comunista

[11] Hernández, p. 139. Azaña, vol. IV, p. 821.

[12] Azcárate, manuscrito, pp. 6-9. Araquistain, el principal inspirador del fatal giro a la izquierda de Largo Caballero antes de la guerra, ahora se estaba inclinando hacia la derecha.

[13] El otro ministro de Izquierda Republicana (el de Justicia) era Mariano Ruiz Funes, ministro de Agricultura con Casares Quiroga y con Giral. El ministro de Unión Republicana era Bernardo Giner de los Ríos, ministro de Comunicaciones, y el ministro de la *Esquerra* era José Tomás y Piera, de Trabajo y Sanidad. El 16 de septiembre, un valenciano, Julio Just (Unión Republicana, ex radical), fue nombrado ministro de Obras Públicas y, el 25 de septiembre, Manuel de Irujo (nacionalista vasco) pasó a ser ministro sin cartera.

en el ministerio de la Guerra aumentó, dado que el comandante Estrada estaba a punto de ingresar en el Partido Comunista, y el jefe de la secretaría técnica era Antonio Cordón, otro nuevo comunista, que controlaba los suministros [14]. Y otro nuevo comunista, el comandante Díaz Tendero, espíritu impulsor de la UMRA antes de la guerra, continuó como jefe de un «comité de clasificación» cuya tarea consistía en clasificar a todos los oficiales de la zona republicana según su fiabilidad política: F significaba fascista, I indiferente y R republicano: así fueron etiquetados unos 10.000 nombres; y todos los que tenían una R no tardaron en ser llamados al servicio activo. Una reorganización similar, aunque en menor escala, se produjo en las fuerzas aéreas, donde Prieto creó un nuevo equipo de mando, y como jefe, el comandante Ignacio Hidalgo de Cisneros, oficial de las fuerzas aéreas y antiguo colaborador

[14] Véase Castro Delgado (p. 545). Sobre Cordón, véase la atractiva descripción de Martín Blázquez, p. 279. Cordón era un capitán del ejército regular que se había retirado acogiéndose a la ley de Azaña en 1932. Véase Cordón, p. 257.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Mundo Obrero

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA (S.E.I.C.)

Nuestra camarada "Pasionaria" ha exclamado en París ante millares de antifascistas: "El pueblo español prefiere morir en pie a vivir de rodillas"

Gobierno nacional del Frente Popular

HA SIDO TOMADO TULA EN EL FRENTE DE TERUEL.-SE ESTRECHA EL SITIO SOBRE OVIEDO Y CORDOBA.-COMBATES ENCARNIZADOS EN TALAVERA E IRUN

¡Todos los fusiles para los combatientes en vanguardia!

LA CONTRAPARTIDA DE LAS DESERCIONES Y SUBLEVACIONES

EN EL CONSEJO DE MINISTROS DE ESTA MAÑANA SE PLANTEA LA CRISIS TOTAL

A nuestro camarada Francisco Galán se le impondrá mañana, en Somosierra el fajín de general

Una magnífica donación del Partido Comunista italiano al 5. regimiento de Milicias populares

Oviedo, cercado de hierro.-Nuestras fuerzas contraatacan en Irún.-Se lucha con denuedo en Talavera.-En Córdoba dirigen la traición unos toreros.-En la Sierra siguen las defecciones entre los facciosos

La columna Durruti, preparada para el ataque a los facciosos

NUEVO GOBIERNO DEL FRENTE POPULAR

A primera hora de la tarde ha quedado constituido el nuevo Ministerio de Frente Popular en la siguiente forma:

PRESIDENCIA y GUERRA, Francisco Largo Caballero (secretario general de la U. G. T.).

ESTADO, Julio Alvarez del Vayo (socialista).

JUSTICIA, Mariano Ruiz Funes (Izquierda Republicana).

MARINA Y AIRE, Indalecio Prieto (socialista).

HACIENDA, Juan Negrín (socialista).

GOBERNACION, Angel Galarza (socialista).

INSTRUCCION PUBLICA, Jesús Hernández (comunista).

OBRAS PUBLICAS (un nacionalista vasco).

TRABAJO, Tomás y Piera (Esquerra catalana).

AGRICULTURA, Vicente Uribe (comunista).

INDUSTRIA Y COMERCIO, Anastasio de Gracia (socialista).

COMUNICACIONES, Bernardo Giner de los Ríos (Unión Republicana).

MINISTRO SIN CARTERA, José Giral (Izquierda Republicana).

Los nuevos ministros tomaron inmediatamente posesión de sus cargos. Esta tarde, a las seis, el Cabinete se habrá reunido en Consejo en la Presidencia del Consejo de ministros.

(Serv. Histórico Militar.)

plios sectores del proletariado llevaron a Largo Caballero a encabezar el sector más radical del PSOE, que propugnaba una actitud revolucionaria. Comprometido en la revolución asturiana de octubre de 1934, Largo Caballero no logró escapar, como otros dirigentes socialistas, y de nuevo volvió a la cárcel, esta vez condenado a treinta años. Se dice que aprovechó su estancia en la prisión para leer a los clásicos del marxismo. Cuando el triunfo electoral del Frente Popular (febrero de 1936) ya había sido puesto en libertad. El enfrentamiento entre el ala «caballerista» y la «prietista» dentro del PSOE fue agudizándose, y la actitud revolucionaria de los socialistas en general y de los «caballeristas» en particular, radicalizándose, hasta el punto de que Largo Caballero fue conocido como el «Lenin español». Al estallar la guerra civil y verse desbordado el gobierno, presidido por Giral, Azaña encargó a Largo Caballero la formación de gobierno (septiembre de 1936), al frente del cual permaneció, acumulando siempre la cartera de Guerra, hasta mayo de 1937, en que se vio obligado a dimitir ante las presiones comunistas y el descontento general por los repetidos fracasos bélicos de la República. Puede decirse que su salida del gobierno coincidió con el final de su carrera política.
Perdida la guerra, Largo Caballero se exilió a Francia. Todavía vivió lo suficiente para que los nazis le internaran en un campo de concentración, del cual fue liberado por las fuerzas aliadas al final de la segunda guerra mundial.
La repatriación de sus restos mortales y su entierro en Madrid, en abril de 1978, constituyeron una impresionante manifestación de la España posfranquista.

El gobièrno presidido por Largo Caballero, que incorpora a socialistas y comunistas, es bien recibido: se confía en que restablezca la situación, que ha venido deteriorándose. El órgano del PCE, con fecha de 4 de septiembre, da la noticia en tonos optimistas.



(Efe.)

Gobierno de Largo Caballero: de izquierda a derecha, Giner de los Ríos, Anastasio de Gracia, Tomás y Piera, Giral, Alvarez del Vayo, Largo Caballero, Ruiz Funes, Galarza, Prieto, y, cortado, Jesús Hernández. Faltan Vicente Uribe, ministro de Agricultura, y Juan Negrín, de Hacienda, cuya meteórica carrera política comienza ahora.

suyo, que había estado al mando de la aviación en Madrid desde julio.

Este «gobierno de la victoria», como lo llamaron, fue el primer gobierno occidental en el que participaron comunistas [15]. Su propósito era crear un gobierno fuerte dentro del marco de la legalidad republicana. Largo Caballero, por tanto, y el ala de los socialistas que le seguía, habían revisado radicalmente sus actitudes políticas, a consecuencia de sus experiencias en las seis semanas transcurridas desde el estallido de la guerra. A partir de entonces, en el círculo de Largo Caballero se hablaría mucho menos de la necesidad de la revolución. En cambio, las palabras claves pasaron a ser compromiso y movilización: movilización total de todas las clases, incluida la burguesía, si era posible, contra el enemigo. Largo Caballero, en el poder, trató de adoptar una actitud ante la autoridad muy diferente de la que había inculcado a sus seguidores antes de la guerra.

[15] Alvarez del Vayo, p. 203; Hernández, p. 47; Inprecorr, cit. por Cattell, *Communism and the Spanish Civil War* (Berkeley, 1955), p. 56; Borkenau, p. 32; Martín Blázquez, p. 189. Los comunistas además se quedaron con los cargos de subsecretario de Educación (Wenceslao Roces) y de Sanidad (Juan Planelles).



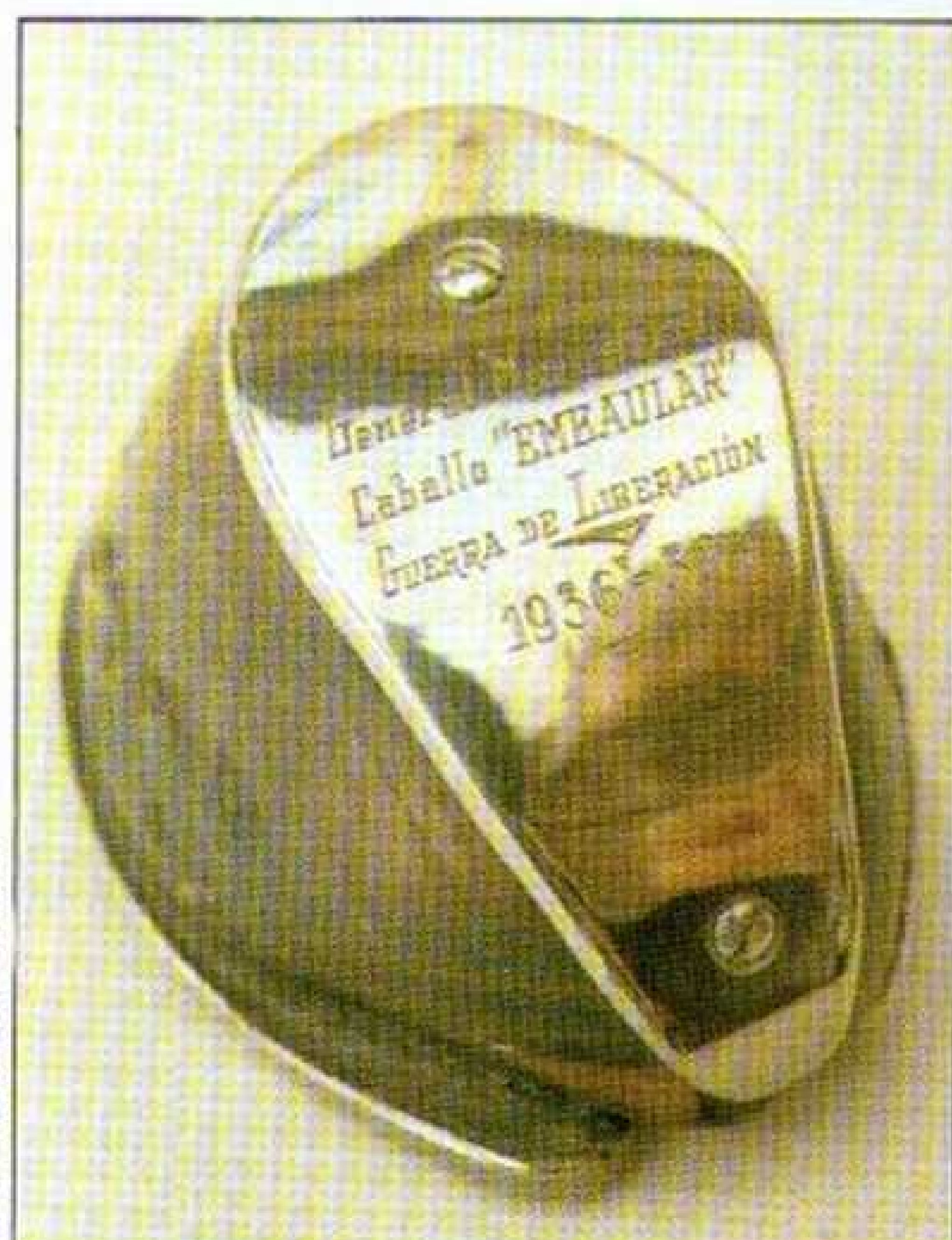
(Keystone.)

Su primera tarea fue la de evitar la derrota. Ante la alarmante proximidad del frente del Tajo, fue enviado el coronel (ahora general) Asensio Torrado, uno de los pocos africanistas competentes que había permanecido leal al gobierno, para que se enfrentara con Yagüe, y con su homónimo Asensio, de Regulares. La columna Gastone-Sozzi de voluntarios italianos fue trasladada de Aragón al Tajo, junto con un nuevo grupo de voluntarios franceses, la columna Comuna de París. Asensio Torrado atacó en Talavera. Desdeñoso de la política, de aire señorial, un militar profesional muy completo, introdujo el orden y la disciplina en el frente, pero no pudo mantenerlo. Aunque sus hombres lucharon con valor y, esta vez, con perseverancia, no consiguió maniobrar para hacer frente al rápido contraataque nacionalista. Igual que ya les había ocurrido a otros jefes republicanos a menudo, se vio obligado a elegir entre retirarse o quedar cercado. Sus hombres decidieron por él. Retrocedieron como una avalancha hasta más allá de su puesto de mando, abandonando gran cantidad de material. Pero a esta nueva retirada republicana no siguió de inmediato ningún avance nacionalista. El avance desde Sevilla había cansado incluso al ejército de Africa. El mando nacionalista suponía que, cuanto más se aproximaran sus ejércitos a Madrid, más dura sería la resistencia.

La llegada de la columna del sur a Talavera de la Reina es una nueva campanada de alarma en el Madrid conmocionado. Tan pronto como Largo Caballero se hace cargo del gobierno, el coronel Asensio Torrado sustituye al general Riquelme y contraataca con numerosos batallones de infantería y efectivos artilleros, que en su mayoría proceden de otros frentes o de lugares tan alejados como Cataluña, Valencia y Andalucía oriental. Asensio cree que la defensa de la capital, y del territorio republicano, hay que hacerla atacando. Pero si la ofensiva que desencadena llega a poner en apuro a las tropas de Yagüe, tampoco consigue lo esperado: sus dos enérgicos contraataques fracasan. En la fotografía, una compañía nacionalista vivaqueando en Talavera.



(Serv. Histórico Militar.)



(Serv. Histórico Militar.)

El coronel José Monasterio, que manda una unidad de caballería formada en Avila, recibe orden de enlazar con las tropas del sur. Tras vencer alguna resistencia gubernamental, toma contacto, el 8 de septiembre, con Tella y Delgado Serrano en Arenas de San Pedro. Monasterio pronto será el jefe de toda la caballería nacionalista. Abajo: el casco de su caballo, que se conserva en el Museo del Ejército.

En esta pausa, mientras se reorganizaba la principal columna de ataque, y se establecía en Talavera la base de operaciones contra Madrid, una fuerza recién equipada, a las órdenes del coronel Delgado Serrano, se dirigió rápidamente hacia el norte para establecer contacto por primera vez con las tropas del ejército de Mola que estaban situadas más al sur, compuestas por una fuerza de caballería que venía de Avila, a las órdenes del coronel Monasterio. El 8 de septiembre, las dos fuerzas se unieron en Arenas de San Pedro, en la sierra de Gredos. Esto privó a la República de una gran porción de su territorio occidental. La pacificación del área se llevó a cabo a continuación, con la crueldad habitual [16].

[16] Fue entonces cuando se sumaron al ejército de Africa dos antiguos oficiales del ejército inglés, los tenientes Nangle y Fitzpatrick. El primero, que había estado en la India, era un oficial sumamente eficiente. Fitzpatrick era más un soldado romántico irlandés de fortuna, que explicaba que lo que le había impulsado a presentarse voluntario para venir a España había sido la visión de una famosa fotografía de un grupo de milicianos vestidos con ornamentos sacerdotales y sentados sobre un altar. Los dos recibieron mando en la legión; cosa que ocurría por primera vez con extranjeros no procedentes de sus filas. Fitzpatrick me permitió amablemente leer sus recuerdos manuscritos de sus experiencias en España.



(Serv. Histórico Militar.)



(Alfonso. Madrid.)

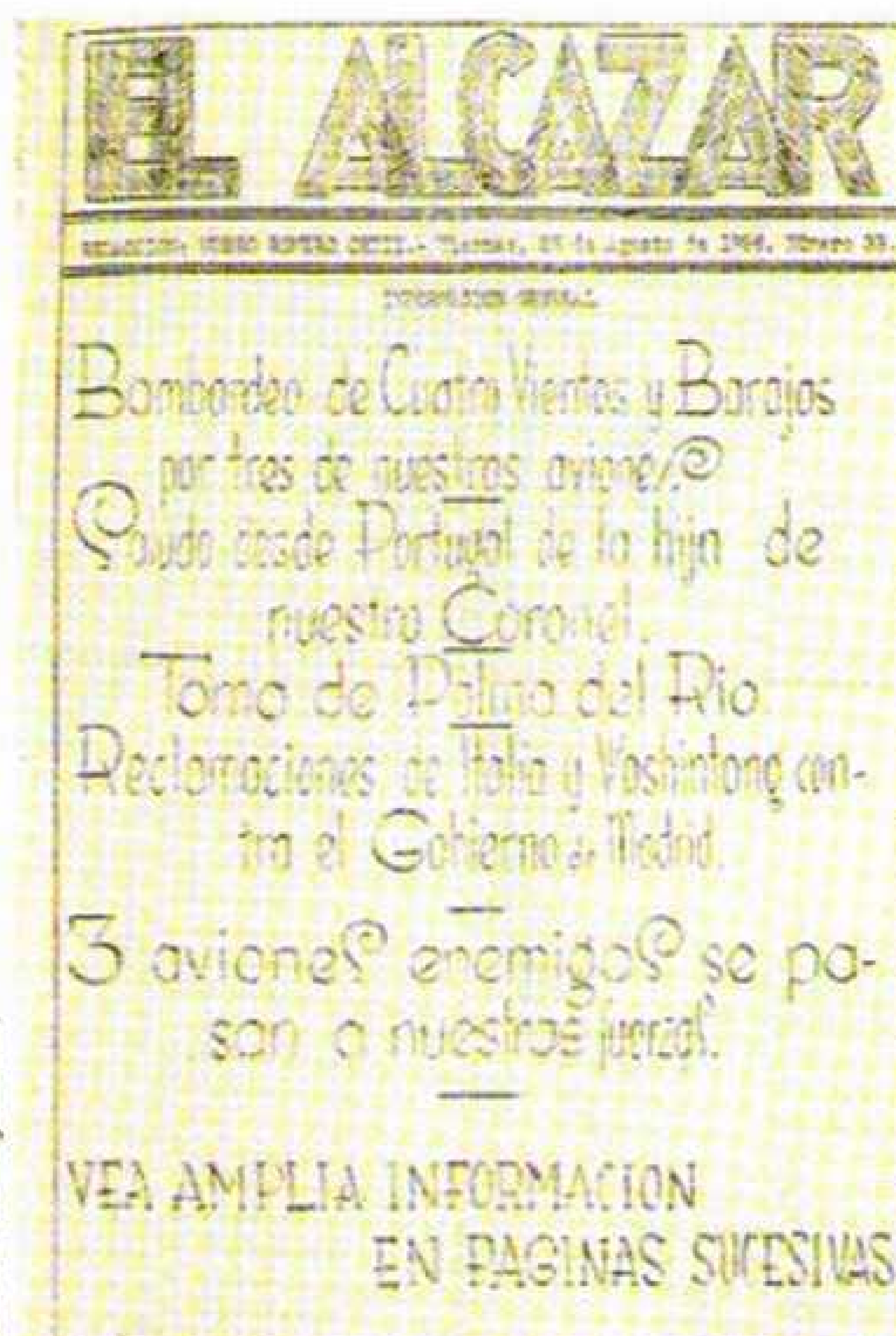
Cuando Franco ordena a Varela que avance sobre Toledo y libere a la guarnición del Alcázar, lo político predomina sobre lo estrictamente militar. En la acuarela de la página opuesta se ve la llamada puerta de Carros, correspondiente a la fachada oeste de la fortaleza; por ahí entra el general Vicente Rojo, parlamentario que envía el gobierno. Su oferta, que es rechazada por sus antiguos compañeros, es la siguiente: juzgar de acuerdo con la ley a los rebeldes y respeto para las familias. A petición de Moscardó entra también el canónigo Vázquez Camarasa, quien da la absolución a los sitiados y a los familiares como a personas condenadas a morir. Largo Caballero, ya presidente del Consejo y ministro de la Guerra, visita Toledo y comenta con los militares la situación del Alcázar, que retiene importantes efectivos y se ha convertido en mito que es necesario destruir.

Al día siguiente, los defensores del Alcázar de Toledo recibieron por un megáfono, desde una posición que los milicianos habían establecido en una casa situada al otro lado de la calle, la noticia de que el comandante Rojo, ex profesor de táctica en la academia de Infantería, deseaba hablar con ellos para presentarles una propuesta del gobierno. Como Rojo era conocido de Moscardó y otros de los oficiales defensores, se concertó un alto el fuego y fue recibido en el Alcázar. El propuso que, a cambio de la rendición del Alcázar, se garantizaría la libertad de todas las mujeres y los niños que se encontraban en su interior. Los defensores serían sometidos a consejo de guerra. Moscardó rechazó estas condiciones. Por su parte, pidió a Rojo que solicitara al gobierno el envío de un sacerdote al Alcázar durante otro alto el fuego. Rojo prometió transmitir su petición y se fue, después de charlar con los oficiales de la guarnición, que insistieron, sin éxito, en que se quedara con ellos [17]. Luego, el 11 de septiembre, durante una tregua de tres horas, llegó a la fortaleza un afable sacerdote, Vázquez Camarasa, que se había salvado de morir en Madrid a manos de los milicianos gracias a su liberalismo. Debido a la imposibilidad de oír confesiones individuales, dio una absolución colectiva a Moscardó y los defensores. En un sombrío sermón, habló de la gloria que lograría la guarnición para el otro mundo. De esta manera administró una especie de extremaunción a los defensores. Mientras tanto, algunos de los guardias civiles defensores del Alcázar hablaban con los milicianos que los sitiaban. Estos dieron cigarrillos a los defensores y se comprometieron a llevar mensajes a sus familias. Vázquez Camarasa se fue, y el asedio continuó [18]. Los republicanos intentaron poner fin a la resistencia minando los muros desde fuera y colocando una mina bajo una de las dos torres más próximas a la ciudad. Se eva-

[17] Aznar, p. 202.

[18] Vázquez Camarasa no tardó en abandonar Madrid y marcharse a París, desilusionado. Sobre los problemas que tendría después, véase Quintanilla, *Los rehenes del Alcázar*. Murió en Burdeos, en 1946.

Primera página del diario que se edita en el interior del Alcázar, correspondiente al viernes 26 de agosto.



EL ALCAZAR

Bombardeo de Cuatro Vientos y Barajos por tres de nuestros aviones.

Saludo desde Portugal de la hija de nuestro Coronel.

Toma de Palma del Rio.

Reclamaciones de Italia y Voshintong contra el Gobierno de Madrid.

3 aviones enemigos se pasan a nuestras fuerzas.

VEA AMPLIA INFORMACION EN PAGINAS SUCESIVAS

(Museo del Ejército.)

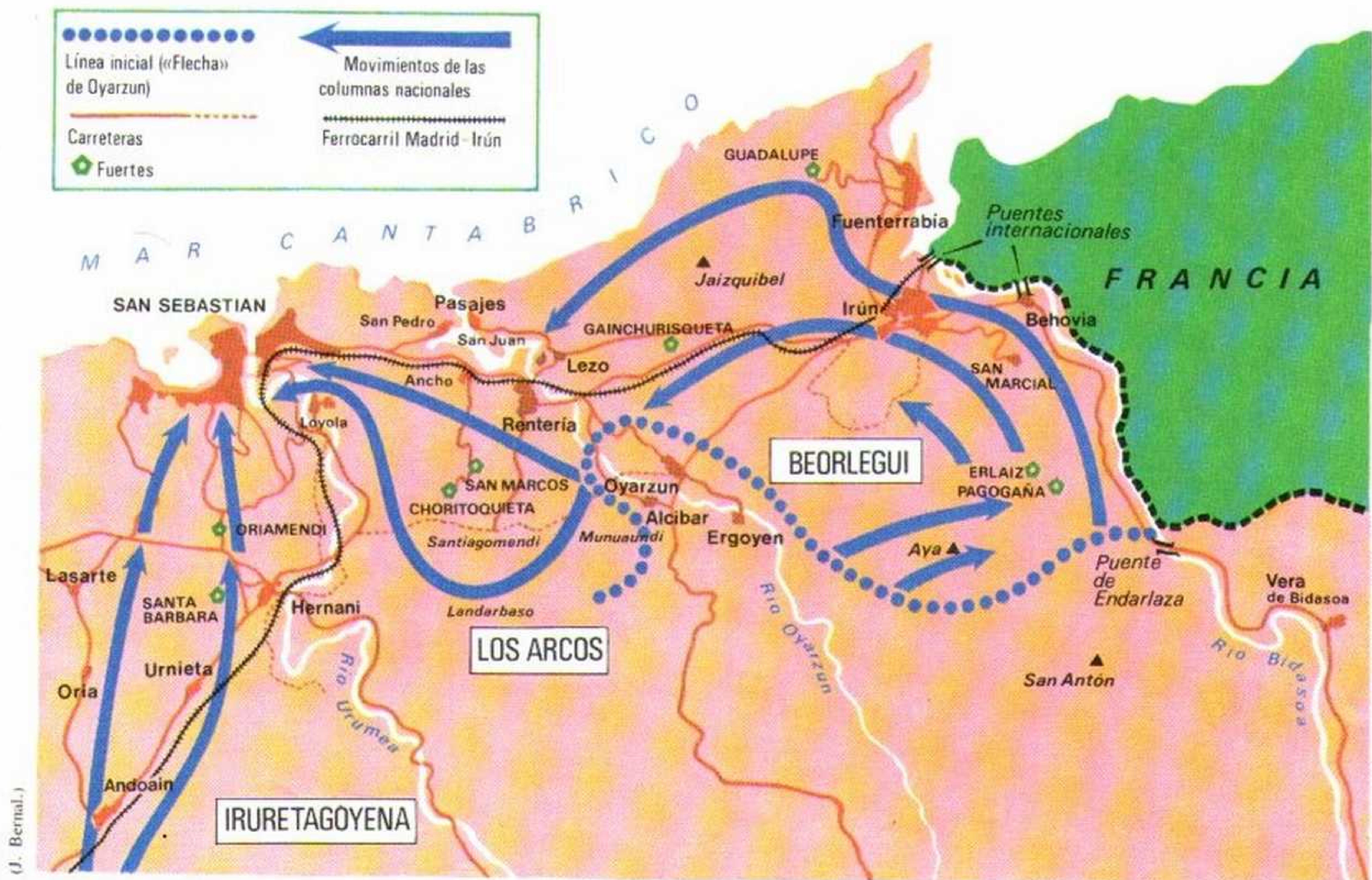
cuaron los habitantes de la ciudad en previsión del furioso asalto que se proyectaba llevar a cabo después de la explosión. Fueron invitados a Toledo corresponsales de guerra, para que contemplaran la caída del Alcázar, como si hubiera la seguridad de que se iba a tratar de una sesión de gala [19]. Largo Caballero (para quien el Alcázar había llegado a convertirse en una obsesión) rechazó el ofrecimiento de José Díaz y Enrique Líster, los jefes comunistas, de enviar el Quinto Regimiento a Toledo; probablemente pensaba que podría ganar aquella batalla sin ayuda comunista; fue uno de los primeros indicios de que tal vez el «Lenin español» resultara tan difícil de manejar para los comunistas como lo había sido para los «moderados» [20]. El 18 de septiembre voló la torre del sudeste, pero la mina situada bajo la torre nordeste no explotó.

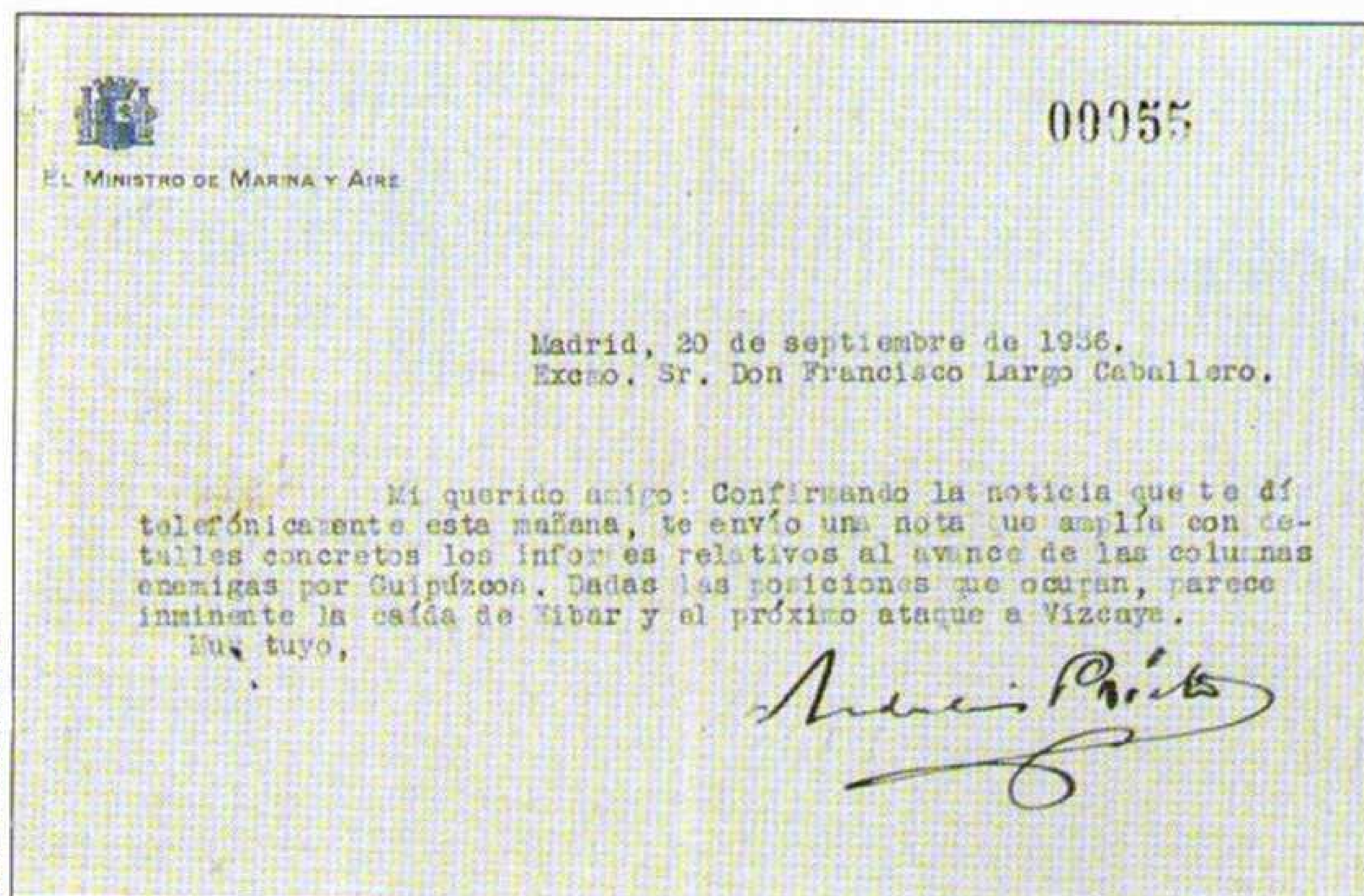
La caída de San Sebastián

Antes de los momentos decisivos que ahora parecían avecinarse en Toledo, los rebeldes tuvieron algunas victorias importantes en otros sitios. Así, el 13 de septiembre, los vascos abandonaron la capital veraniega de San Sebastián a Mola, prefiriendo no luchar a arriesgarse a que quedaran destruidas sus hermosas avenidas. Además fusilaron a unos anarquistas que querían incendiar la ciudad antes de que entrara el enemigo. Los presos políticos (in-

[19] Recuerdos de Henry Buckley y lord St. Oswald.
[20] Ibárruri, p. 310.

Mapa de las campañas de Guipúzcoa hasta la toma de San Sebastián por las tropas nacionalistas, el 13 de septiembre.





EL MINISTRO DE MARINA Y AIRE

00055

Madrid, 20 de septiembre de 1936.
Excmo. Sr. Don Francisco Largo Caballero.

Mi querido amigo: Confirmando la noticia que te dí telefónicamente esta mañana, te envío una nota que amplía con detalles concretos los informes relativos al avance de las columnas enemigas por Guipúzcoa. Dadas las posiciones que ocupan, parece inminente la caída de Eibar y el próximo ataque a Vizcaya.

Muy tuyo,

Indalecio Prieto

(Serv. Histórico Militar.)



(Serv. Histórico Militar.)

Carta en la que el ministro de Marina, Indalecio Prieto, informa al presidente del Consejo y ministro de la Guerra sobre las operaciones en el frente del Norte, que, al parecer, conoce no como ministro, sino como político con vinculaciones en Vizcaya. A través de las memorias de Azaña, se comprueban repetidamente los extraños conductos por los cuales le llegan al presidente de la República las informaciones militares y políticas, en ocasiones erradas o tergiversadas. Imposibilitados por las circunstancias para luchar en la defensa de Euzkadi, estudiantes universitarios y otros residentes vascos forman en Madrid milicias de voluntarios; su carácter es diferente al de otras unidades milicianas, pues responden en su conjunto a los principios del Partido Nacionalista Vasco. Más adelante, junto a unidades catalanas, también formadas por residentes en el centro, se integrarán en la columna Alzugaray.

cluida la esposa del coronel nacionalista Solchaga) fueron conducidos fuera, generosidad que contrastó con la forma de actuar de los nacionalistas en la ciudad conquistada; porque se redactó una lista de sospechosos de ser nacionalistas vascos que fueron hechos prisioneros y algunos fusilados en Pamplona [21]. Pero los ánimos nacionalistas, y en particular los carlistas, estaban exaltados por el descubrimiento del asesinato, en aquella provincia, de numerosos ciudadanos prominentes, tales como Víctor Pradera y Honorio Maura, y no tuvieron clemencia.

Esta derrota dejaba casi toda Guipúzcoa en manos rebeldes. Además impulsó a Prieto, el nuevo ministro de Marina, a enviar el grueso de la armada republicana a aguas del norte, para lo cual tuvieron que zarpar de Cartagena y otros puertos mediterráneos el 22 de septiembre. Indudablemente, esta acción impidió que los rebeldes bloquearan la costa norte. Pero, aparte de esto, no sirvió de mucho para la guerra. Entretanto, en el sur, el general Varela iniciaba una nueva marcha andaluza, dirigiéndose al norte de las montañas que protegen la larga llanura costera de Málaga. En su ruta hacia Ronda, Varela ocupó un pueblo tras otro sin encontrar resistencia. Ronda cayó el 16 de septiembre. Además, Queipo de Llano capturó las importantes minas de Peñarroya. Estas victorias fueron seguidas de proscripciones brutales.

En el valle del Tajo no tardó en reanudarse el combate. Una vez más, los milicianos lucharon con formidable valor. En esta ocasión, en Oropesa, habían llegado a convencerles de que tenían que cavar trincheras. Y, sin embargo, ahora se negaron a salir de ellas, aun cuando Yagüe envió tropas por ambos lados para rodearlos. Después de un combate de siete horas, los milicianos se vieron obligados una vez más a elegir entre retirarse o quedar copados. De nuevo escogieron lo primero, abandonando su posición defensiva de Santa Olalla, y también la población mayor próxima a aquélla,

[21] Iturralde, vol. II, p. 224.



(Keystone.)

La Legión, o Tercio de Extranjeros, juega un papel relevante en las primeras etapas de la guerra civil. Son fuerzas de choque bien entrenadas y disciplinadas a cuyos soldados se les exige todo género de sacrificios. La Legión se colocaba bajo una mitología propia que podría resumirse en el paradójico grito de «Viva la muerte». Soldados profesionales luchan con métodos duros propios de las campañas coloniales. A pesar de su nombre, el porcentaje de extranjeros no era muy elevado, y en adelante lo sería menos. Fotografía de un grupo de legionarios con dos requetés, y la cantinera con brazal de la cruz roja... y pistola al cinto.

Maqueda, que ocupó Yagüe el 21 de septiembre. Por entonces cayó en Guadarrama uno de los inspiradores de la lucha del mes anterior, el exiliado italiano Fernando de Rosa, que había sido uno de los organizadores de la milicia socialista antes de la guerra [22]. En Oropesa, un grupo de la Juventud Socialista Unificada, dirigido por el comunista Andrés Martín, luchó hasta el fin, en la iglesia [23]. En todas estas batallas, lo que dio el triunfo a los rebeldes fue la destreza profesional de los legionarios, así como la leyenda de su brutalidad, a pesar de que eran menos numerosos y no iban tan bien armados como sus adversarios.

El Alcázar de Toledo

Ahora, sin embargo, el mando nacionalista tuvo que enfrentarse con una decisión crítica: ¿liberarían Toledo, que sólo estaba a cuarenta kilómetros, o continuarían la marcha sobre Madrid? Ahora, la situación del Alcázar era alarmante. Los defensores vivían sólo en los sótanos. Apenas les quedaba agua y se habían visto obligados a comerse todas sus mulas y todos sus caballos menos uno: un caballo de raza que fue atendido hasta el final. El 20 de septiembre, se colocaron en el hospital de la Santa Cruz cinco cisternas llenas de gasolina y se rociaron los muros del Alcázar con el líquido inflama-

[22] Tagüeña, p. 134.
[23] Ibárruri, p. 309.


(Keystone.)

ble. Se lanzaron granadas para provocar el incendio. Un defensor salió del Alcázar y dirigió la manguera contra los milicianos. El defensor fue muerto y la manguera volvió a dirigirse contra el Alcázar. Por la tarde, ardió la gasolina, pero no causó grandes daños. Por la noche, Largo Caballero llegó a Toledo, para insistir en que el Alcázar tenía que caer antes de veinticuatro horas. Al final permitió que se sumaran a la batalla de Toledo unidades comunistas dirigidas por el comandante Barceló; pero fue inútil. Al día siguiente, Franco decidió liberar la ciudad. El general Kindelán le preguntó si se daba cuenta de que aquello podía significar la pérdida de Madrid. Franco reconoció que era posible, pero arguyó que el valor espiritual (o propagandístico) de liberar a Moscardó era más importante [24]. Tenía razón: aunque no era sentimental, Franco sabía la importancia que en España se daba a los símbolos. El 23 de septiembre, Varela, llegado de Andalucía para tomar el mando porque Yagüe se encontraba enfermo, salió con unas columnas a las órdenes del coronel Asensio y Barrón, para avanzar sobre la ciudad desde el norte. Entretanto, los sitiadores colocaron una nueva mina bajo la torre nordeste. Llegaron a Toledo numerosos guardias de asalto de Madrid, para lanzar el ataque final. El 25 de septiembre explotó la mina, y la torre se desplomó sobre el Tajo. Pero los sólidos cimientos de roca de la fortaleza permanecieron intactos; y,

[24] Kindelán, p. 123; Franco Salgado, *Mi vida*, p. 199.

La influencia de un mando más enérgico y capacitado —Asensio— hace que la defensa sea más eficaz. Las milicias no han dado el resultado esperado, y su actuación sigue siendo irregular: en ocasiones se pegan al terreno y en otras se desbandan. De la columna Alvarez Coque se piden noticias telegráficas sobre un convoy que probablemente salió con retraso.


Telegrama Oficial Gabinete Telegráfico

(Serv. Histórico Militar.)



(Salmer.)

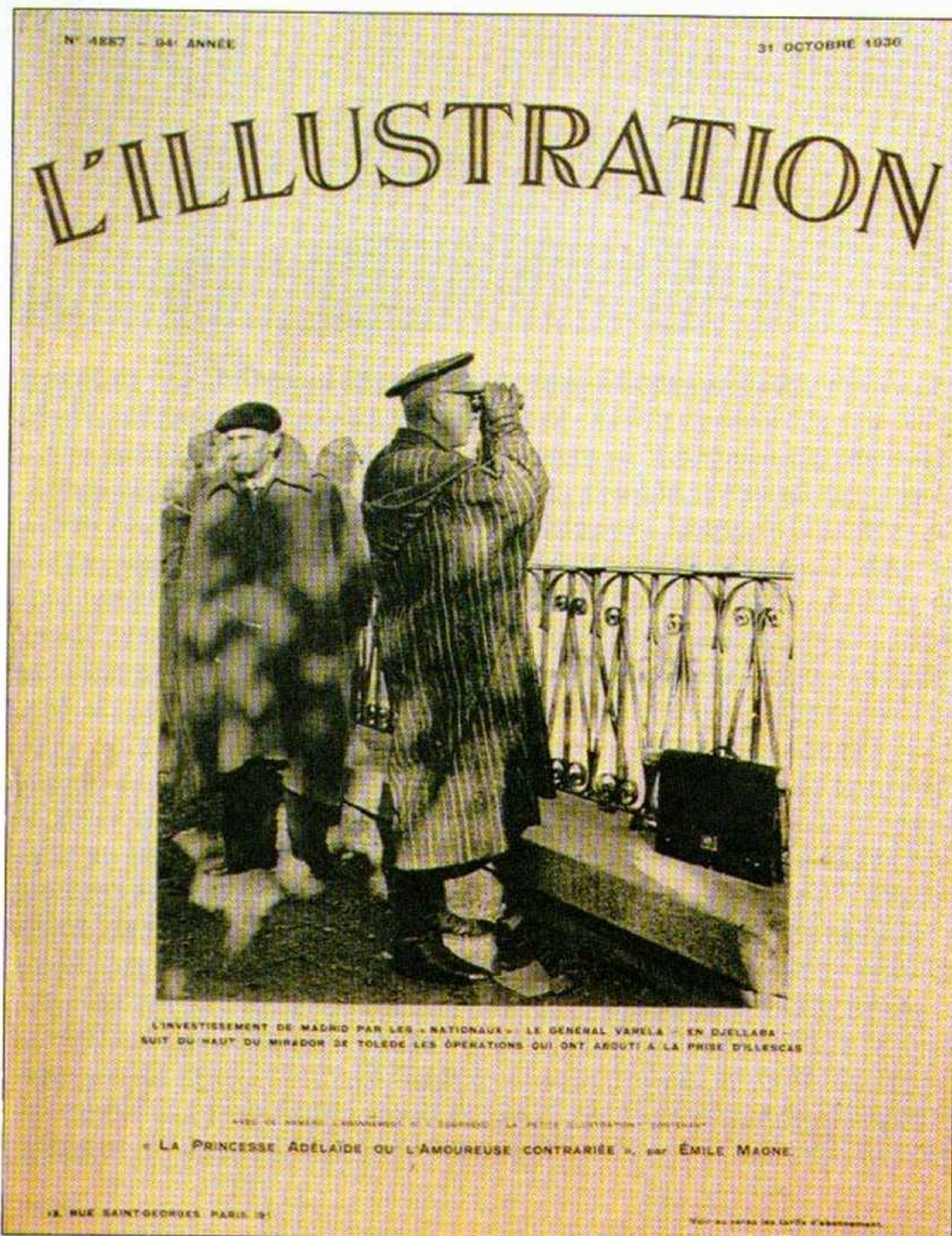
mientras el gobierno publicaba comunicados anunciando la caída del Alcázar, Varela llegaba a un punto situado a sólo quince kilómetros.

El 26 de septiembre, el ejército de Africa cortó las comunicaciones de Toledo con Madrid por carretera. Los republicanos sólo podrían huir hacia el sur. El 27 por la mañana, los defensores divisaron al ejército amigo de Varela que ocupaba las peladas colinas que hay al norte de la ciudad. Al mediodía, se lanzó un ataque contra Toledo desde el exterior. Una vez más, el entrenamiento del ejército de Africa dio un resultado inmediato, aunque Toledo era fácil de defender. Los milicianos rompieron filas y huyeron, llevándose, sin embargo, la mayor parte del contenido de la fábrica de armas. Por la tarde, los defensores del Alcázar oyeron hablar en árabe en las calles inmediatas. Había llegado la liberación. Sólo quedaba el baño de sangre que solía acompañar a la conquista de una ciudad por parte de los rebeldes. El teniente Fritzpatrick, que iba con la legión extranjera, contó que, en represalia por el hallazgo de los

JOSE ENRIQUE VARELA IGLESIAS (San Fernando, 1891-Tánger, 1951)

Hijo de un suboficial del ejército, sentó plaza como soldado en 1909, tras estudiar tres años de bachillerato. A los dieciocho años estaba luchando en Africa, volviendo tres años después para ingresar, ya como sargento, en la Academia de Infantería, de la que salió en 1915 con el grado de alférez. En 1920, en la acción de Rumán (Larache), ganó su primera cruz laureada de San Fernando, la máxima condecoración militar española. Al año siguiente mereció la segunda por la toma de la altura de Abdama. Ambas le fueron impuestas por Alfonso XIII en ceremonia pública celebrada en Sevilla. Rechazó el título nobiliario que le ofreció el rey, y ascendió a capitán por méritos de guerra. Después tomó parte en numerosas acciones bélicas, llegando su fama al extremo de que Abd-el-Krim ofreciera cien mil pesetas —de aquella época— por su cabeza. Siendo comandante participó en el desembarco de Alhucemas (1925). Ascendió poco después a teniente coronel por méritos de guerra, recibió la Medalla Militar y casi ganó otra laureada en la loma de los Morabos. Finalizada la guerra africana, ascendió a coronel, y en 1929 solicitó una ampliación de estudios, con la cual viajó por Suiza, Francia, Alemania y Bélgica, países en los que visitó numerosos centros y estudió nuevas técnicas militares. Volvió a España en mayo de 1930 para tomar el mando del regimiento número 67, de guarnición en Cádiz.

De ideas monárquicas, el coronel Varela vio con la consiguiente reserva la instauración de la República, y ya en



31 OCTOBRE 1936

L'ILLUSTRATION

L'INVESTISSEMENT DE MADRID PAR LES « NATIONAUX » : LE GÉNÉRAL VARELA — EN DJELLABA — SUIT DU HAUT DU MIRADOR DE TOLÈDE LES OPÉRATIONS QUI ONT ABOUTI A LA PRISE D'ILLESCAS

« LA PRINCESSE ADÉLAÏDE OU L'AMOUREUSE CONTRARIÉE », par ÉMILE MAGNE

13, RUE SAINT-GEORGES, PARIS (9e)

(Arch. C. S. de Tejada.)

cuerpos mutilados de dos aviadores nacionalistas en las afueras de la ciudad, no se hicieron prisioneros al entrar en Toledo, y que por la calle principal corría la sangre hacia las puertas de la ciudad [25]. Los marroquíes, además, asesinaron a un médico y a una serie de milicianos heridos en sus camas en el hospital de San Juan. Cuarenta anarquistas atrapados en un seminario se emborracharon con anís y prendieron fuego al edificio donde se ocultaban, pereciendo abrasados [26]. Varela entró en la ciudad el 28 de septiembre. Moscardó, ante sus hombres formados, le informó, saludando, de que no tenía nada que comunicar, utilizando la expresión «sin novedad», de uso tradicional en los partes del ejército español. Los sitiados salieron al aire libre por primera vez en dos meses; el arzobis-

[25] Manuscrito de Fitzpatrick.
[26] Geoffrey Cox, *Defence of Madrid* (Londres, 1937), p. 54. Este periodista (posteriormente sir Geoffrey Cox, de Independent Television) estaba en Madrid por entonces. Otros han hablado de la matanza en este hospital. Ciertos milicianos no heridos se refugiaron en el hospital y con ello atrajeron el fuego de los moros en aquella dirección.


(Mas. Barcelona.)


(Keystone.)

1932 participó en el frustrado intento de sublevación militar dirigido por el general Sanjurjo. Detenido tras la fallida intentona del 10 de agosto de 1932, estuvo preso, primero en Sevilla y después en Guadalajara, hasta febrero de 1933. Durante su prisión se fue acercando progresivamente a las posiciones tradicionalistas, siendo el redactor de la Ordenanza del Requeté. **Metido de lleno en la conspiración preparatoria de la sublevación del 18 de julio de 1936, en esa fecha se sublevó en Cádiz y participó en operaciones en Sevilla, Córdoba, Antequera y Málaga. Mandó las columnas que avanzaron sobre Toledo para levantar el asedio del Alcázar y que dejaron imperecedero recuerdo en la ciudad. Participó en la batalla de Madrid, en el paso del Jarama y en las acciones de la Marañosa y el Pingarrón, así como en las batallas de Brunete, Teruel y el Ebro, terminando la guerra civil como general de división. A lo largo de su carrera militar resultó herido doce veces.**
Varela fue quien impuso a Franco la cruz laureada de San Fernando. En agosto de 1939 se le nombró ministro del Ejército. Varela fue quien entregó a Franco una carta en la que los tenientes generales en activo le indicaban la conveniencia de restaurar la monarquía. En 1944, Varela sufrió un atentado a la salida de la bilbaína basílica de Begoña, tras una misa en sufragio de los requetés. La bomba, lanzada por elementos falangistas, causó setenta y cinco heridos. A raíz de estos hechos hubo de dimitir de su cargo de ministro y fue nombrado (marzo de 1945) alto comisario de España en Marruecos. Allí impulsó un ambicioso programa de obras públicas. A su muerte fue ascendido a capitán general a título póstumo y nombrado marqués de Varela de San Fernando.

Después de duros combates, el 27 de septiembre por la noche Varela enlaza con los sitiados del Alcázar. Burillo y Líster, que se encuentran entre los defensores de la ciudad, tienen que abandonarla, y Varela se apodera de ella el 28; quedan dentro núcleos de resistencia que serán implacablemente aniquilados. Por la importancia misma de Toledo, por la liberación de los sitiados en el Alcázar y por la proximidad a Madrid, la noticia causa enorme impresión, tanto en España como en el extranjero.



Combatientes de distintas unidades se retratan juntos y expresan su júbilo por la conquista de Toledo, que coincide con momentos de euforia nacionalista; se cree que Madrid no tardará en rendirse y que en Madrid va a terminar la guerra. El desaliento cunde también entre amplias fracciones de republicanos, si bien se esfuerzan por reorganizarse y disponerse para resistir la embestida final. (Keystone.)

po Gomá volvió a su sede episcopal escoltado por moros; y se alzaron plegarias a «la Virgen subterránea del Alcázar» [27].

A pesar de todo, las consecuencias militares de la liberación del Alcázar fueron las que Yagüe había temido. La República tuvo tiempo para reorganizarse de cara a la defensa de Madrid y pudo, como veremos, conseguir sustancial ayuda exterior. Sin embargo, Franco tomó su decisión de desviarse hacia Toledo deliberadamente, y es fácil imaginar el vilipendio que habría caído sobre él si hubiera dejado morir a Moscardó [28]. Sin duda, el énfasis dado a la «epopeya» del Alcázar en la propaganda posterior se debió a un deseo de dar la impresión definitivamente de que la decisión había sido la correcta.

[27] John Langdon-Davies, *Behind the Spanish Barricades* (Londres, 1936), p. 257.
[28] Kindelán, p. 23.



En la fotografía, tomada en época posterior, el general Moscardó, con la cruz laureada de San Fernando, sostiene en brazos al niño Restituto Valero, nacido durante el asedio del Alcázar. (Efe.)

25

La España nacionalista en agosto

En el mes de septiembre, los rebeldes empezaron a infundir a su movimiento un sentido heroico, que era el único que podía justificar el esfuerzo bélico. Mientras los primeros comunicados del mes de julio hablaban de la necesidad de mantener el orden y dominar la anarquía, ahora se insistía en la idea de «cruzada de liberación». A fin de mantener aquel esfuerzo, asegurar el funcionamiento de arsenales y fábricas, sostener la moral y justificar las ejecuciones, se hacía necesario apelar continuamente al espíritu y al pasado nacionales y excitar los sentimientos cívicos por medio de la propaganda patriótica. A los republicanos de todas las tendencias se les calificaba de «rojos». Muchas iglesias que permanecieron vacías antes de julio se llenaban a tope los domingos, y la controversia en torno a la bandera y el lema —«viva la República» o «viva España»— quedó zanjada, volviéndose a los primitivos símbolos. (No obstante, en las primeras semanas de la guerra, derechas e izquierdas usaban idénticos lemas bélicos: «viva España y viva la República», así el comandante Bayo al desembarcar en Mallorca y también Franco en el mes de julio [1].)

La bandera nacionalista

El 15 de agosto, fiesta de la Asunción, se sustituyó oficialmente la bandera republicana por la monárquica. Este acto, de tanta trascendencia para los carlistas, constituyó la única concesión hecha a la monarquía española durante la guerra; aunque otras fuerzas de Mola siguieron usando durante algún tiempo la bandera republicana.

Gran concentración en Sevilla

Sin embargo, en una ceremonia solemne que se celebró en Sevilla, Franco, desde el balcón principal del ayuntamiento, se adelantó y besó repetidas veces la bandera roja y gualda, mientras gritaba a la muchedumbre que abarrotaba la plaza: «¡Aquí la tenéis! ¡Es vuestra! ¡Habían querido arrebatárnosla!» El cardenal Ilundáin, arzobispo de Sevilla, la besó a su vez y Franco añadió: «Esta es nuestra bandera, aquella que todos juramos defender, por la que murieron nuestros padres, cien veces cubierta de gloria.» Terminó su alocución con los ojos llenos de lágrimas. A continuación habló Queipo de Llano, quien se enzarzó en una incoherente disertación en torno a las distintas banderas que España ha usado a lo largo de su historia. Terminó comparando los colores monárquicos con «la sangre de nuestros soldados, generosamente derramada, y con el suelo andaluz, dorado con sus cosechas» [2]. Concluyó con sus habituales referencias a la «canalla marxista». Durante su discurso, Franco y Millán Astray, el fundador de la legión extranjera (que acababa de

[1] Martínez Bande, *La invasión de Aragón*, p. 267; Franco, cit. por Cabanellas, vol. I, p. 621.

[2] En *Por quién doblan las campanas*, Pilar se refiere a la bandera republicana como «sangre, pus y granada», y a la bandera monárquica simplemente como «sangre y pus».


(Col. C. S. de Tejada.)

A la bandera tricolor —rojo, amarillo y morado— solía llamársele republicana *en vez de* española. *Entre los sublevados, la enseña tricolor, que era la oficial, coexiste con la antigua, que se denominará* nacional *para evitar el calificativo de* monárquica, *que se ha impuesto en Navarra y Burgos principalmente. Poco a poco su uso se extiende, y a partir del 28 de agosto se convierte en oficial y obligatoria. Alegoría de Sáenz de Tejada, y abajo, la nueva bandera utilizada con fines patriótico-decorativos en una tarjeta postal.*



LA BANDERA ESPAÑOLA

Símbolo de la Nación,
haces sentir y pensar,
alegras el corazón
y alientas para luchar
con heroica abnegación.
Tú representas la idea
más sublime y más hermosa
que el espíritu recrea,
y entre tus pliegues ondea
nuestra Historia esplendorosa.
Por ti, bandera querida,
luchamos hasta vencer
o morir, que al dar la vida
cumplimos con un deber
que el amor patrio no olvida.
Por honrarte trabajamos
los que junto a ti nacimos.
Todos con fe te adoramos,
y cuando te contemplamos
¡amor y orgullo sentimos!
Eres, bandera, un tesoro
que yo defiendo y adoro,
porque en ti mi honor se aloja.
Eres, cual la sangre, roja,
y amarilla como el oro.
Victoriosa has ondeado
donde FRANCO te ha llevado
y brillarás siempre sola
mientras aliente un soldado
que tenga sangre española.

JOSÉ ALARCÓN Y ORTUÑO

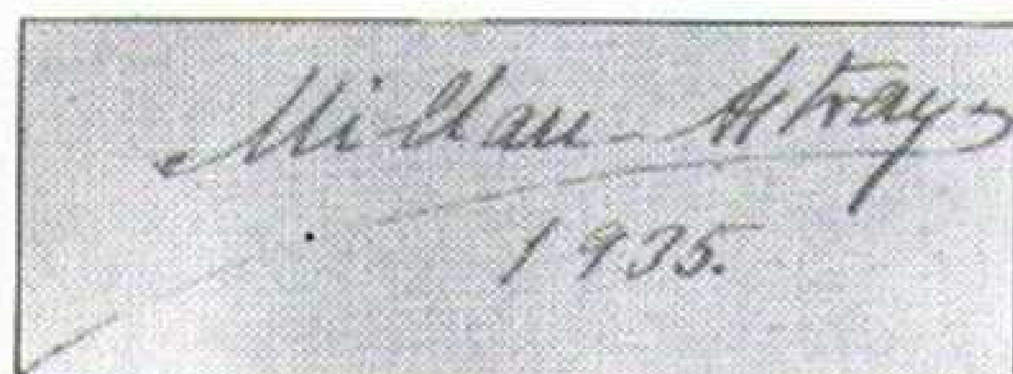
(Col. J. M. Armero.)


(Museo del Ejército.)

El general Gonzalo Queipo de Llano acompaña al cardenal Ilundain, arzobispo de Sevilla, rodeados ambos del júbilo popular. Arriba, una lujosa pistola perteneciente al mismo general, con su nombre grabado en el cañón.


(UPI.)





(Alfonso. Madrid.)

regresar de la Argentina), que se encontraba junto a él, hicieron grandes esfuerzos por contener la risa. Posteriormente Queipo explicó que la intensa emoción del momento le había impedido desarrollar el discurso según sus deseos. Luego, habló el general Millán Astray, hombre que parecía haber perdido en campaña más de la mitad de su cuerpo. Era tuerto, manco y le faltaban varios dedos de la mano que le quedaba. «¡No les tenemos miedo! —gritó—. Dejadlos que vengan, y verán de lo que somos capaces bajo esta bandera.» Una voz exclamó: «¡Viva Millán Astray!» «¿Qué es eso? —gritó el general—. ¡No quiero vivas para mí! Pero gritad todos conmigo: "¡Viva la muerte!"». Y la multitud coreó el célebre lema. Y añadió: «¡Ahora, que vengan los rojos! ¡Mueran todos ellos!», mientras arrojaba la gorra a la multitud con extraordinaria excitación.

Millán Astray era un luchador austero y entregado, dotado de un fuerte sentido del honor. Había luchado en las Filipinas y sugirió la formación de la legión extranjera a raíz de una temporada que pasó con su homónima francesa. Temerario hasta la locura, el «glorioso mutilado», que había sido comandante en jefe de la legión, dimitió de su cargo como protesta contra la insubordinación de los junteros, pero reasumió el mando en los días de la victoria. En el mes de julio de 1936 se encontraba en la Argentina y, al no haber sido consultado por Mola, Millán Astray se hallaba indeciso sin saber qué partido tomar en el momento de estallar la guerra. Pero la actitud de Franco acabó de decidirle, ejerciendo a lo largo de toda la guerra gran influencia sobre el generalísimo, quien confiaba en su opinión, aunque en lo sucesivo ya no le estimulara en su temeridad.

José María Pemán, poeta y escritor monárquico y uno de los apologetas literarios del «Movimiento», tomó la palabra seguidamente. Comparó la guerra con «una nueva guerra de la independencia, una nueva Reconquista, una nueva expulsión de los moros». Esta última exclamación sonaba un tanto extraña en una ciudad desde donde, pocos días antes, había partido una expedición hacia el norte para conquistar Madrid, y cuyos edificios públicos y principales generales se hallaban guardados por los moros. «Veinte siglos de civilización cristiana —agregó Pemán— se encuentran tras nosotros. Luchamos por el amor y el honor, por los cuadros de Velázquez, por las comedias de Lope de Vega, por Don Quijote y El Escorial.» Ante los aplausos que coreaban sus palabras, añadió: «Luchamos también por el Panteón, por Roma, por Europa y por el mundo entero.» Concluyó su triunfal discurso comparando a Queipo de Llano con «la nueva Giralda» [3]. Y, a pesar de que esta última comparación del grosero general con la encantadora torre árabe de la catedral de Sevilla resultaba un tanto exagerada aun a los ojos del público que le aplaudía, tal es la facilidad con la que los seres humanos pueden creerse su propia propaganda, que muchos partidarios activos de los nacionalistas durante la guerra civil encontraban ajustadas tamañas comparaciones. Las palabras que se repiten y machacan en sentido simbólico terminan cobrando nuevo significado. De tal forma que, una semana después, Millán Astray pudo declarar ante una enorme muchedumbre concentrada en Pamplona: «¡Navarra! ¡Pamplona! ¡Yo te saludo con profunda reverencia! ¡Tú serás la Covadonga de la nueva Reconquista de España y de la fe! ¡Tú serás la cuna del heroísmo nacional!» [4]. Las referencias a nombres medievales, voceados en tonos arrebatados, sirvieron temporalmente a los nacionalistas como sucedáneo ideológico. Como señaló Millán Astray en otra ocasión: «¡Castilla! Déjame que diga adiós al grito de "Viva Navarra", que ya es la misma cosa que el de "Viva España".»

Los créditos de la Texas

Una vez acordado el suministro de material bélico por parte de Alemania e Italia a la semana de empezar la guerra, la primera preocupación de los rebeldes fue la de procurarse créditos para adquirir materias primas básicas como el petróleo, ya que los exiguos envíos procedentes de las Canarias resultaban claramente insuficientes. También era imprescindible improvisar la estructura del nuevo Estado, empresa que los «reaccionarios» banqueros españoles acometieron con el entusiasmo institucional de los revolucionarios.

La posesión por parte de la República del oro español trajo consigo que los nacionalistas, al empezar la guerra, carecieran de fondos que respaldaran su moneda y de los medios para obtener créditos exteriores. Para combatir tal situación se propusieron las siguientes medidas: prorrogar el pago de intereses sobre la deuda nacional; reducir todos los gastos superfluos de gobierno; crear nuevos dere-

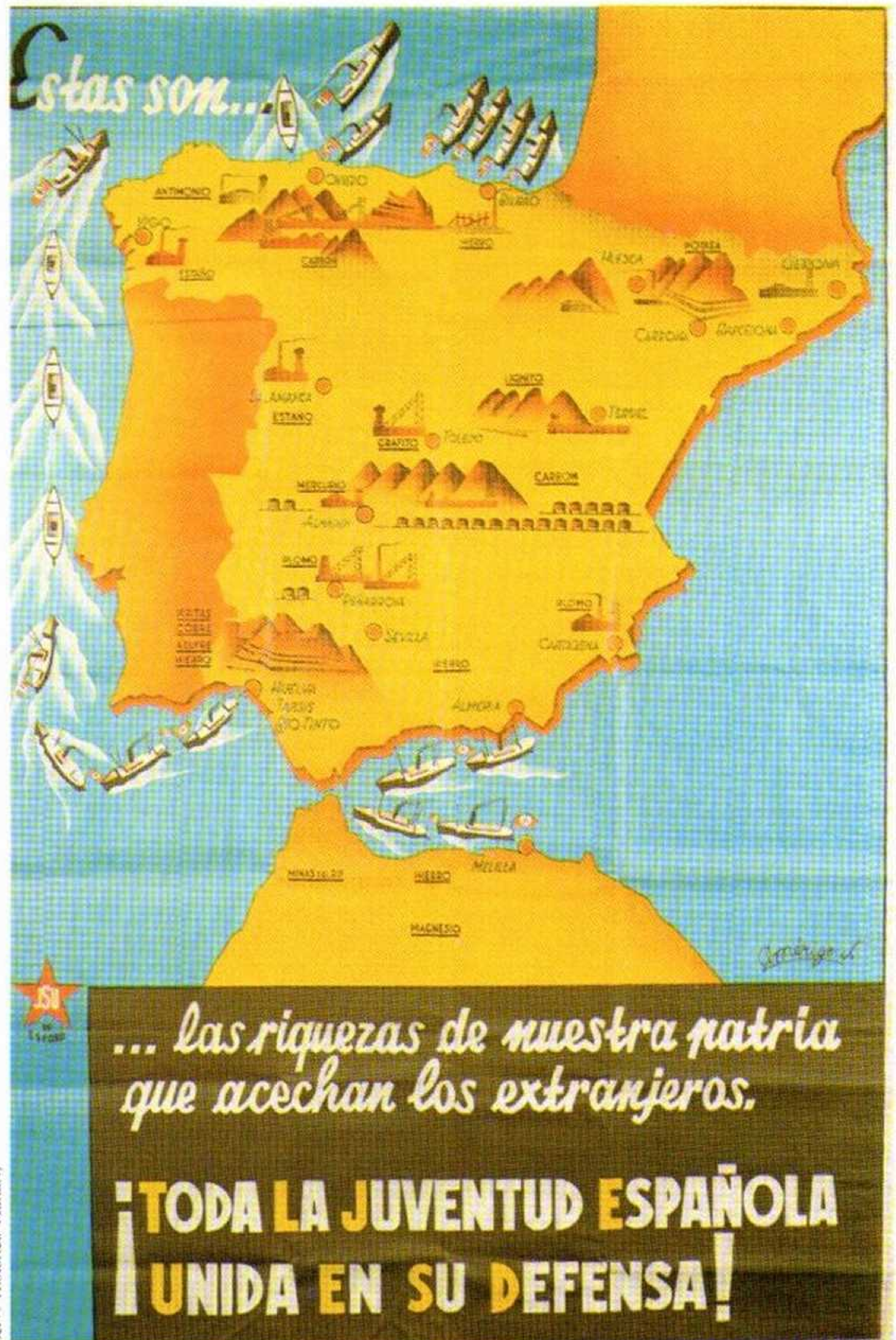
JOSE MILLAN ASTRAY
(La Coruña, 1879 - Madrid, 1954)

Militar español. Ingresó muy joven en la Academia General Militar y recién terminados sus estudios participó en la guerra de Filipinas. A su regreso a la metrópoli pasó a estudiar a la Escuela de Guerra, donde se diplomó, siendo destinado como profesor a la Academia de Infantería. Poco después pidió ser destinado a Marruecos, y lo fue a la policía indígena. Su actuación en Regaya (Larache) le valió el ascenso a comandante por méritos de guerra. Amplió conocimientos en Argelia sobre el funcionamiento de la Legión Extranjera francesa, de modo que al fundarse la Legión española fue designado jefe de la misma, recién ascendido a teniente coronel. Posteriormente amplió estudios en Francia, siendo profesor agregado en las academias de Saint-Cyr y Saint-Maixent y agregado al estado mayor del general Lyautey. Participó en numerosas acciones bélicas, y resultó herido en cuatro ocasiones, perdiendo un brazo y un ojo. En 1929 y 1930, un tanto apartado de la dictadura del general Primo de Rivera, hizo un largo viaje por Estados Unidos e Iberoamérica.
En 1936 estaba en Argentina y volvió rápidamente a España, siendo nombrado director de Propaganda, Prensa y Radio y jefe del Cuerpo de Mutilados de Guerra por la Patria, siendo ya general de brigada. Obtuvo numerosas condecoraciones y tuvo un famoso incidente frente a Unamuno, el 12 de octubre de 1936, en la universidad de Salamanca, en el que el general mutilado replicó irritado a unas palabras del anciano rector con gritos que, de algún modo, sintetizaban su trayectoria bélica: «¡Muera la inteligencia!... ¡Viva la muerte!»

[3] Bahamonde, pp. 36-38. El discurso de Pemán aparece en la *Enciclopedia Universal Ilustrada*, 1936-1939, Suplemento (vol. II, p. 1404).
[4] Del Burgo, pp. 158-159.

chos que incrementaran los ingresos públicos —como, por ejemplo, el impuesto sobre los sueldos de funcionarios civiles, que vendrían obligados a trabajar gratuitamente un día por semana—, y establecer un impuesto sobre los legados. En lo sucesivo, la guerra se financió mediante mecanismos financieros internos (anticipos del Banco de España, suscripciones y nuevos impuestos) y gracias a la ayuda exterior [5].

Se adoptaron medidas estrictas para prohibir la exportación de moneda nacional y para fijar la peseta al nivel de antes de la guerra. El único respaldo con que contaba la peseta era la esperanza en la victoria nacionalista. La agencia alemana HISMA, bajo la enérgica



La historia económica de la guerra ha sido hasta el presente objeto de estudios parciales. Aún queda mucho por averiguar, valorar y encajar en el contexto general. Este mapa propagandístico, editado por las Juventudes Socialistas Unificadas, expone algunas verdades que sólo lo son a medias. Las riquezas mineras pueden servir de garantía a los suministros de los países totalitarios, pero el problema del control de algunas minas sólo más adelante se planteará con los alemanes. No se interesarán por los lignitos... La guerra es cara y hay que pagarla; se paga. En la catástrofe se perderá mucha de la riqueza que era patrimonio común. (Serv. Histórico Militar.)

dirección de Bernhardt, contribuyó a racionalizar el comercio exterior, y la exportación de las minas de Andalucía y Marruecos, así como el producto agrícola de las Canarias y Andalucía, ayudaron a reforzar la economía. Por otra parte, los grandes financieros de Europa y América no sólo esperaban la victoria de los nacionalistas, sino que además la deseaban. El colapso de las inversiones en Rusia era tan reciente que no podía olvidarse. El suministro de petróleo quedó asegurado cuando la Texas Oil Company decidió vender a crédito. En el momento del alzamiento se dirigían a España cinco buques cisterna de la Texas Oil Company. El capitán Thorkild Rieber, presidente de la compañía y pro fascista notorio, dio orden de entregar la mercancía a los nacionalistas. Las remesas continuaron [6]. Brewster y Rieber comprobaron que Alemania iba a ayudar a los rebeldes antes de comprometer a su compañía [7].



(Col. particular.)

A la zona nacionalista, el hambre no le afecta como plaga generalizada; quien dispone de dinero compra, y los precios se sostienen a niveles tolerables. Padecen hambre los desheredados: sus privaciones son imperativo de una injusticia antigua y no resuelta. Sin embargo, se trata de imponer normas de austeridad y se imitan medidas alemanas: el plato único, el día sin postre... Los más idealistas y sobrios cumplen a rajatabla, pero en un solo plato caben muchos alimentos. Aquí vemos una serie completa de sellos de distintos valores correspondientes a este subsidio.

Controversia con los alemanes

Las relaciones entre los españoles y sus aliados alemanes no eran sinceras. Por ejemplo, a finales de agosto el comandante Von Scheele, que dirigía el pequeño contingente alemán, tuvo una discusión con el jefe de la aviación nacionalista, general Kindelán. Von Scheele temía que los aviones Breguet que operaban en el frente de Aragón aplastarían a los alemanes, y Kindelán insistió en que los cazas Heinkel fueran pilotados por españoles. Von Scheele le respondió que los españoles no estaban capacitados para ello. La controversia le fue planteada a Franco. También existía rivalidad entre el nazi Bernhardt y el militar Von Scheele, pues aquél trataba a éste como a un subordinado, dando la impresión de que aquél (Bernhardt) era el delegado de Hitler ante Franco. Así se evidenciaba en territorio español la enemistad latente entre el partido nacionalsocialista y el ejército alemán. El funcionario Eberhard Messerschmidt, a su regreso a Alemania después de un viaje por la España nacionalista, expuso al ministerio de Asuntos Exteriores de su país que había llegado el momento de obtener concesiones de Franco para asegurar la «futura influencia económica y acaso política» de Alemania sobre España. Sugirió que se firmase un tratado por el que España se obligara a entregar a Alemania una deter-

[5] Tamames, *Estructura*, p. 558.

[6] Los envíos eran legales de acuerdo con la ley de neutralidad norteamericana de 1935. Después de la ley de embargo, se hicieron algunos envíos declarando que iban con destino a Francia. La Texas Oil Company fue sancionada con una multa de 22.000 dólares. Pero la multa no cambió nada; en 1936 se entregaron 344.000 toneladas de petróleo; en 1937, 420.000; en 1938, 478.000, y en 1939, 624.000. La cuenta de 6 millones de dólares fue pagada y se renovó el crédito (Feis, p. 269). Véase también Joseph L. Thorndike Jr., *Life*, 1 de julio de 1940. Al parecer, la decisión de Texaco se debió a la acción de un empleado de CAMPSA, José Antonio Alvarez Alonso, que fue en avión de Barcelona a Marsella, donde se entrevistó con W. M. Brewster, de Texaco (Francia), quien le puso en contacto con Rieber, que entonces se encontraba en París. El gobierno de la CEDA había cambiado a su antigua suministradora de petróleo, Rusia, por la Texaco, en 1935. (Véase Bolín, pp. 221-225, y Ramón Garriga, *Las relaciones secretas entre Franco y Hitler* [Buenos Aires, 1965], p. 164.)

[7] Testimonio de Albert Maclean, quien les acompañó en su viaje a Berlín para entrevistarse con Ribbentrop.



(Ullstein Bilderdienst.)

Bombardeo de objetivos enemigos por una formación de Savoia italianos con distintivos nacionales. El bloqueo del estrecho por la flota republicana obliga a los Savoia a repostar combustible y bombas en Marruecos, con lo cual aumenta su consumo y disminuye la eficacia. La actividad de aquellos aviones es muy intensa, aunque no es cierto que participen en el puente aéreo, que es cubierto en los primeros días sólo por tripulaciones españolas, hasta que los Junkers se incorporan. Los Savoia colaboran en las operaciones que tienen lugar en los frentes de Andalucía y también con la columna que marcha hacia Madrid. Como se carece de cartografía adecuada, el capitán Haya les guía desde su Douglas. Los Savoia italianos bombardean el puerto de Málaga y la fábrica de Armas de Toledo, atacan al crucero Cervantes *y tratan de hundir al mercante* Magallanes, *que trae fusiles y municiones de México. Hasta primeros de octubre no se incrementa más la aviación italiana, que llaman «legionaria».*

minada cuota de materias primas durante determinado número de años. Bernhardt, ansioso de congraciarse con Franco, se opuso a ello. Pero al final, y contra el consejo de Bernhardt, Franco resolvió entregar cobre de las minas de Río Tinto, nominalmente inglesas, en pago del material de guerra [8].

Tampoco los alemanes congeniaban plenamente con Franco en el aspecto ideológico. El capitán Ronald Strunk, periodista y funcionario del servicio secreto alemán, denunció posteriormente que la política de la «vía media» de Azaña era superior a la del llamado «ejército salvador» de Franco, presintiendo una regresión al orden antiguo, que se basaba parcialmente en los terratenientes y en la existencia de una Iglesia fuerte [9].

A la sazón, la ayuda italiana se limitaba al envío de aviones Savoia y Fiat pilotados por italianos, unos cuantos tanques Fiat-Ansaldo y otro material de menor cuantía, material que se integró técnicamente en las fuerzas nacionalistas como parte de la legión extranjera. A este respecto todavía no habían surgido serias disputas.



(Col. J. M. Armero.)

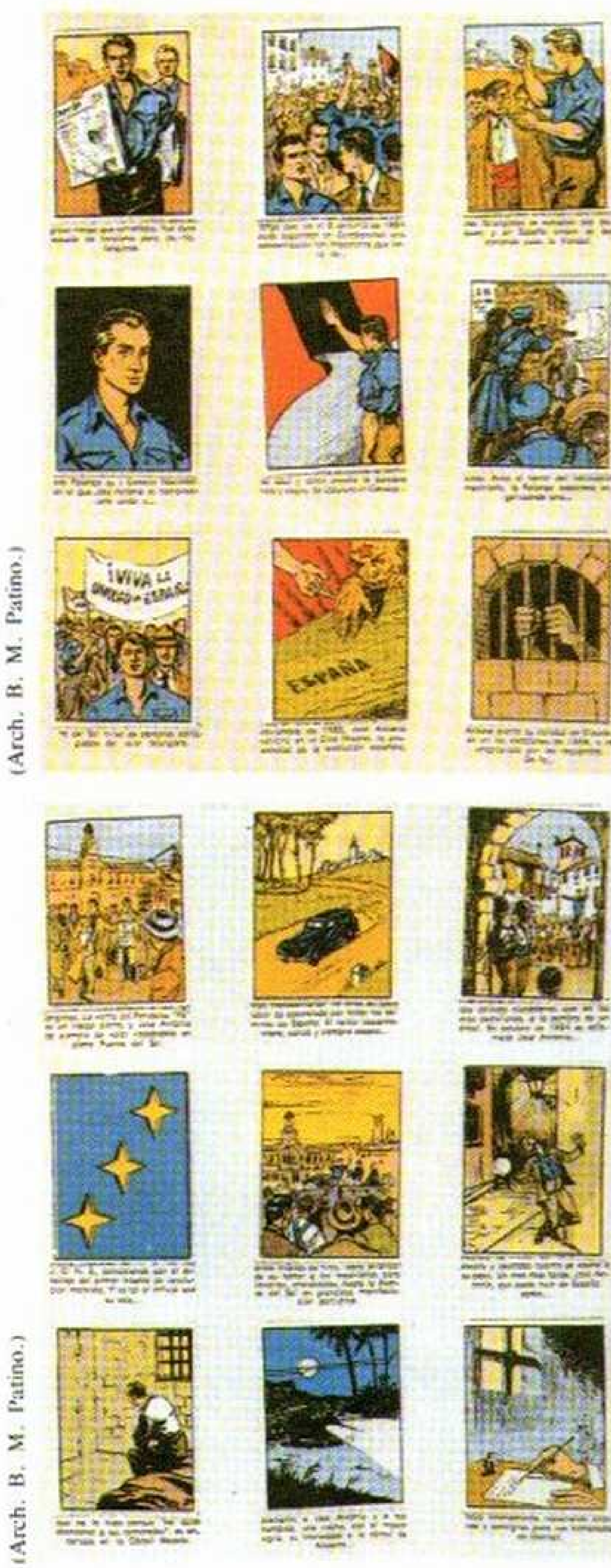
La eficiencia bélica del ejército de Africa, el hecho de que las ayudas extranjeras se canalicen a través de Franco, y el prestigio militar que le rodea, hacen que su autoridad siga una línea ascendente, lo mismo en el interior que fuera de España. Por otra parte, la necesidad de un mando único va imponiéndose. Este cartel, dedicado a «los héroes de la magna cruzada», es de fecha posterior: Franco figura en el centro, y como lema, una de las muchas consignas propagandísticas.

«El joven general»

Durante el mes de agosto, la posición de Franco en el bando nacionalista se reforzó considerablemente. En parte, se debía a los éxitos logrados por el ejército de Africa frente a las campañas menos espectaculares que atribulaban a Mola. Y en parte también a las relaciones que Franco había establecido con Alemania e Italia. Ambas naciones, y especialmente la primera, sacaron la impresión de que «el joven general», al tiempo que militar competente, era persona sensible a sus influencias. Juan March también le apo-

[8] *GD*, pp. 84-89.

[9] *USD*, vol. II, p. 611. A finales de septiembre, los alemanes habían transportado 250.000 kilos de material de guerra y 13.500 hombres de Marruecos a Andalucía en aviones Junkers, escoltados por cazas Heinkel; en España había unos 550 alemanes combatiendo y unos 400 italianos. Véase Whealey, en Carr, *The Republic*, p. 218, basado en documentos de la Luftwaffe. El 29 de septiembre empezó una nueva operación de envío de armas de Hamburgo a España en gran escala bajo el nombre de «Operación Otto».

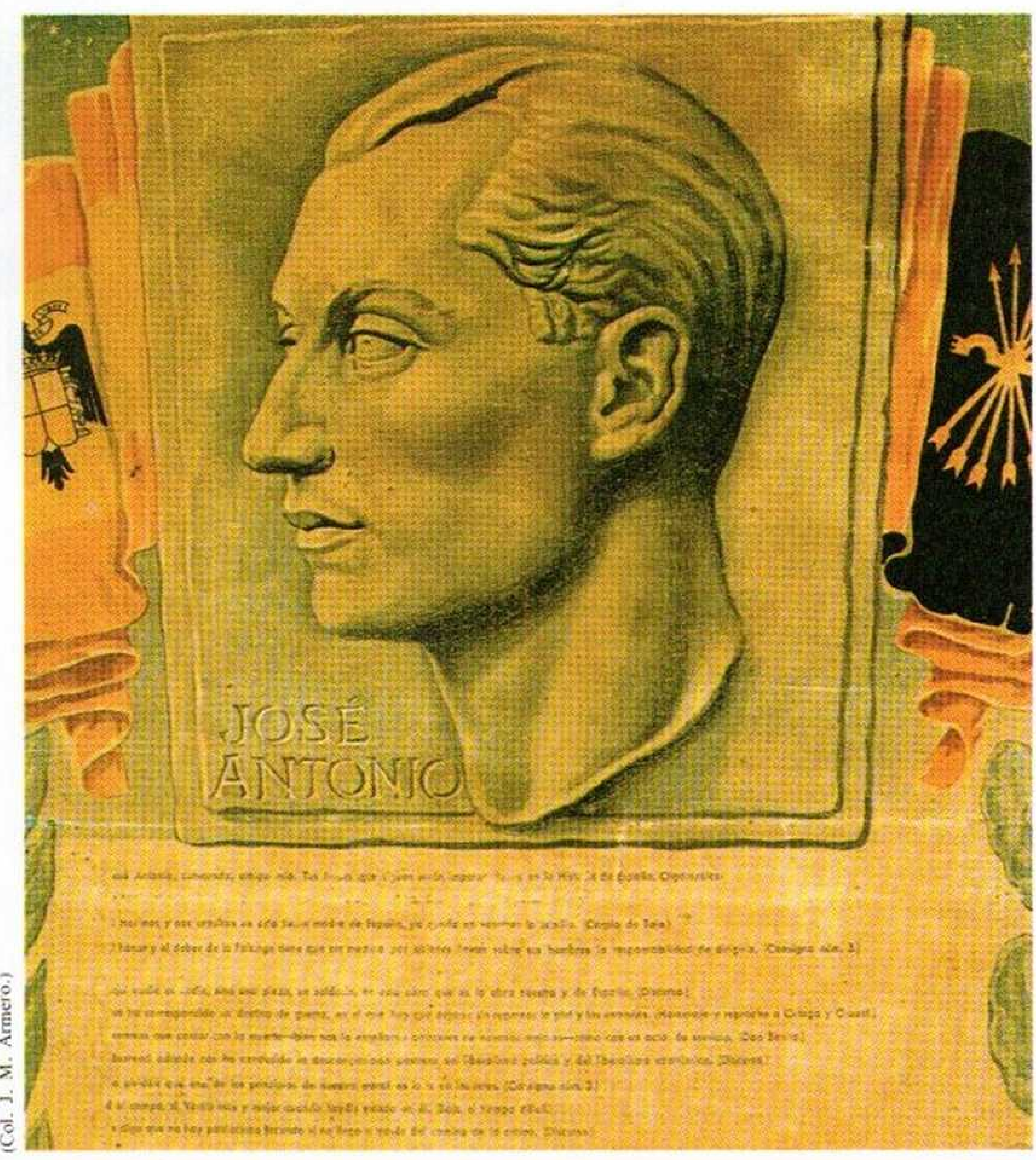


(Arch. B. M. Patino.)

(Arch. B. M. Patino.)

yaba, y sin duda era otro factor más a su favor. Canaris se refería a Franco con el mismo entusiasmo que Johannes Bernhardt.

Por el momento, la España nacionalista carecía de mando único. El problema se hacía cada vez más grave y, a finales de agosto, varios generales, especialmente Kindelán, jefe de la aviación, empezaron a buscar el mejor modo de resolverlo [10]. En la España nacionalista —como ocurría asimismo en la republicana— el «cantonalismo» había alcanzado su máximo, el techo. Por ejemplo, en Mallorca, el conde Rossi y los falangistas locales pensaban efectuar un golpe de estado en la isla a favor de los italianos, tras el fracaso de la invasión de las fuerzas republicanas, mientras el gobernador militar de Badajoz, coronel Cañizares, oficial que había contribuido en gran medida a la victoria rebelde en Las Palmas el 18 de julio y que se había pasado a las filas de la Falange, se negó a colaborar con Queipo, conservando una independencia casi total dentro de su feudo durante varios meses [11]. Franco no pudo conseguir que se conmutara la pena de muerte impuesta al general Campino por Queipo de Llano. ¿Sacaría la Falange el provecho posible de aquella coyuntura? No fue así, pues aún no se había recuperado de los duros reveses del mes de julio. Sus partidarios se habían visto arrastrados a una sublevación con la que muchos de sus



(Col. J. M. Armero.)

Falange era un movimiento de raíz, estilo y doctrina fascistas, pero dotado de características propias. La muerte o encarcelamiento de muchos de sus dirigentes y afiliados ha desbaratado su organización. El número de militantes ha crecido y crece, sin embargo, lo que contribuye a despersonalizarla dentro de las anormales circunstancias de una guerra civil. Su propaganda es activa y puede ir desde esta ingenua colección de cromos hasta la imagen del fundador y jefe «ausente». En la zona nacionalista, Falange sufre una crisis de mando que esterilizará su desarrollo.


(The Illustrated London News.)

dirigentes no simpatizaban. La mayor parte de estos dirigentes vagaban por la España republicana y muchos habían muerto. Una legión de nuevos miembros pululaban por las calles exhibiendo la camisa azul. Estos hombres y mujeres a menudo no sabían nada del ideario político de José Antonio. Algunos eran meros aventureros que desde siempre anhelaron que estallara una crisis nacional. Algunos de ellos procedían de las izquierdas. El jefe local de la Falange de Segovia, Dionisio Ridruejo, calculó posteriormente que el veinte por ciento de los nuevos miembros eran tránsfugas de las izquierdas. Jesús Muro, antiguo miembro de la Unión Patriótica de Primo de Rivera y jefe provincial de Zaragoza, tenía una guardia personal compuesta por antiguos miembros de la CNT [12]. Tampoco faltaban en la Falange antiguos afiliados al Partido Radical y a la CEDA y muchas personas sin definir políticamente.
El 29 de agosto, el jefe provincial de Sevilla, Joaquín Miranda, to-

Con los medios que le son facilitados, Falange toma parte en las operaciones de los primeros días y acude al frente con centurias mandadas por sus jefes naturales, o reforzando con sus voluntarios unidades del ejército. Más adelante irá organizando sus milicias en banderas (batallones), a las órdenes de oficiales. Habrá falangistas en todos los cuerpos y armas; hasta en la marina de guerra. Se forman, además, unidades de segunda línea, que colaboran en el mantenimiento del orden público (que en ocasiones se confunde con la represión), y quedan como fuerzas de reserva territorial. En Zaragoza, falangistas con Millán Astray, y al fondo, la Sección Femenina.

[10] Franco instaló su cuartel general en un palacio de Cáceres el 26 de agosto. En una fresca habitación de esta calurosa ciudad extremeña trabajaba con sus ayudantes y su hermano Nicolás como consejero político. En dos ocasiones, mientras visitaba al ejército de Africa en el frente, tuvo que abandonar su automóvil para ocultarse de un avión republicano que merodeaba por allí.

[11] Bahamonde, pp. 48-49. Cañizares, antiguo amigo de Queipo de Llano, que le había dado el cargo, se peleó con él por culpa de sus diferentes criterios sobre la libertad de acción que había que permitir al gobernador civil; no fue trasladado hasta 1938. Luego, Queipo de Llano lo condenó a muerte, pero Franco, con quien había servido en Marruecos, lo salvó.

[12] García Venero, *Falange*, p. 182.

El heredero del trono, Juan de Borbón, entra por la frontera de Dancharinea el 1 de agosto, utilizando el nombre de Juan López; su propósito es incorporarse a los combatientes sublevados contra el gobierno republicano. El mismo ha «unificado» su atuendo al vestir un mono caqui, tocarse con boina roja y llevar sobre el pecho el yugo y las flechas falangistas. Le acompañan en la aventura algunos de sus partidarios, pero el general Mola, con cortés energía, le hace regresar a Francia. Parece que después intenta formar parte de la tripulación del crucero Canarias, *pero Franco desea mantenerle al margen de la contienda civil. En la tarjeta que se reproduce se observa un error: situar este hecho en 1937, y, como consecuencia, un segundo error: hablar de la unificación como de cosa hecha.*



El 1º de agosto de 1937 pasó la frontera por Dancharinea el Pretendiente Juan de Borbón. Entonces sólo prentendia incorporarse al ejército falangista, para lo cual se presentó ostentando en el pecho las flechas y el yugo, en el brazo el brazal con los colores de los rebeldes y tocado con la boina roja de los requetés, que formaba parte del uniforme « unificado » por decreto del caudillo. Ahora « pretende la corona », a título de "neutral".

(Col. J. M. Armero.)

rero y antiguo partidario de Miguel Maura, que había controlado a casi todos los partidos andaluces, convocó una concentración de todos los dirigentes falangistas que habían sobrevivido a los hechos del mes de julio [13]. También asistió al acto Agustín Aznar, de veinticuatro años de edad, jefe de las milicias de Madrid, que había dirigido los trágicos combates callejeros de Madrid en las jornadas inmediatamente anteriores a la guerra, y Andrés Redondo, hermano de Onésimo y que, no perteneciendo al partido antes de la guerra, recogió la herencia de su hermano en Valladolid y quien por entonces se autodenominaba «jefe territorial» de Castilla la Vieja. A este acto siguió una reunión del consejo nacional de Falange Española en Valladolid, celebrada el día 2 de septiembre. En dicha reunión, Aznar, Rafael Garcerán (que era pasante del bufete de José Antonio y había logrado huir del cuartel de la Montaña tras su caída) y otros afiliados a la antigua Falange madrileña consiguieron ver aprobado su proyecto de formar una junta de mando «provisional» de siete hombres presidida por Manuel Hedilla, jefe provincial de Santander.

Hedilla era un hombre honrado y falto de imaginación, que parecía incapaz de ejercer el mando supremo con plena independencia. Se trataba de un antiguo mecánico sin instrucción. Tenía algunas ideas originales y pronto denunció a aquellos de sus colegas que habían cometido crímenes para saldar sus cuentas personales. Mola le admiraba por la actitud resuelta que manifestó en Galicia en el momento del alzamiento. Algunos veían en él a un líder proletario que podría encumbrar al fascismo español; Aznar y Garcerán veían en él a un jefe provisional eficiente hasta la liberación de José Antonio, que constituía su preocupación central. El deseo de mantener vacante el puesto que ocupara José Antonio fue la causa principal del fracaso de la Falange en lograr el control del Estado [14].

Gil Robles giró una breve visita a la España nacionalista y al frente de guerra. En Burgos pasó apuros para evitar su detención por los falangistas y se retiró a Lisboa, en donde vivió exiliado durante el resto de la guerra y muchos años más, sabiendo que su hora había pasado, aunque, de haber permanecido en España, podía haber desempeñado algún papel, pese al número y la fuerza de sus enemigos de filiación monárquica y falangista [15]. «Gil Robles tiene la culpa de todo», declaró José Antonio al periodista norteamericano Jay Allen en la cárcel de Alicante. Y eran muchos los que pensaban como él.

Entre los que competían por alcanzar la autoridad o el poder se contaba el ex rey Alfonso XIII, quien se encontraba en la Europa central y vacilaba en prestar apoyo abiertamente aun a sus propios amigos en aquella contienda. Pero nadie le pidió que regresara. Su hijo don Juan trató de entrar en España e incorporarse a la guerra.

[13] El 2 de agosto se había celebrado otra reunión de jefes provinciales supervivientes.

[14] García Venero, p. 190 y ss. Componían la junta Aznar, José Sáinz (Castilla la Nueva), Jesús Muro (Zaragoza), Andrés Redondo (Castilla la Vieja) y José Moreno (Navarra), y el secretario, Francisco Bravo (Salamanca). José Sáinz, que, en realidad, era el mayor de los falangistas presentes, nunca aceptó el nombramiento de Hedilla. Véase Gumersindo Montes Agudo, *Pepe Sáinz*, cit. por Southworth en *Antifalange*, p. 140.

[15] Gil Robles, p. 756. En realidad, Mola le dijo que se fuera.

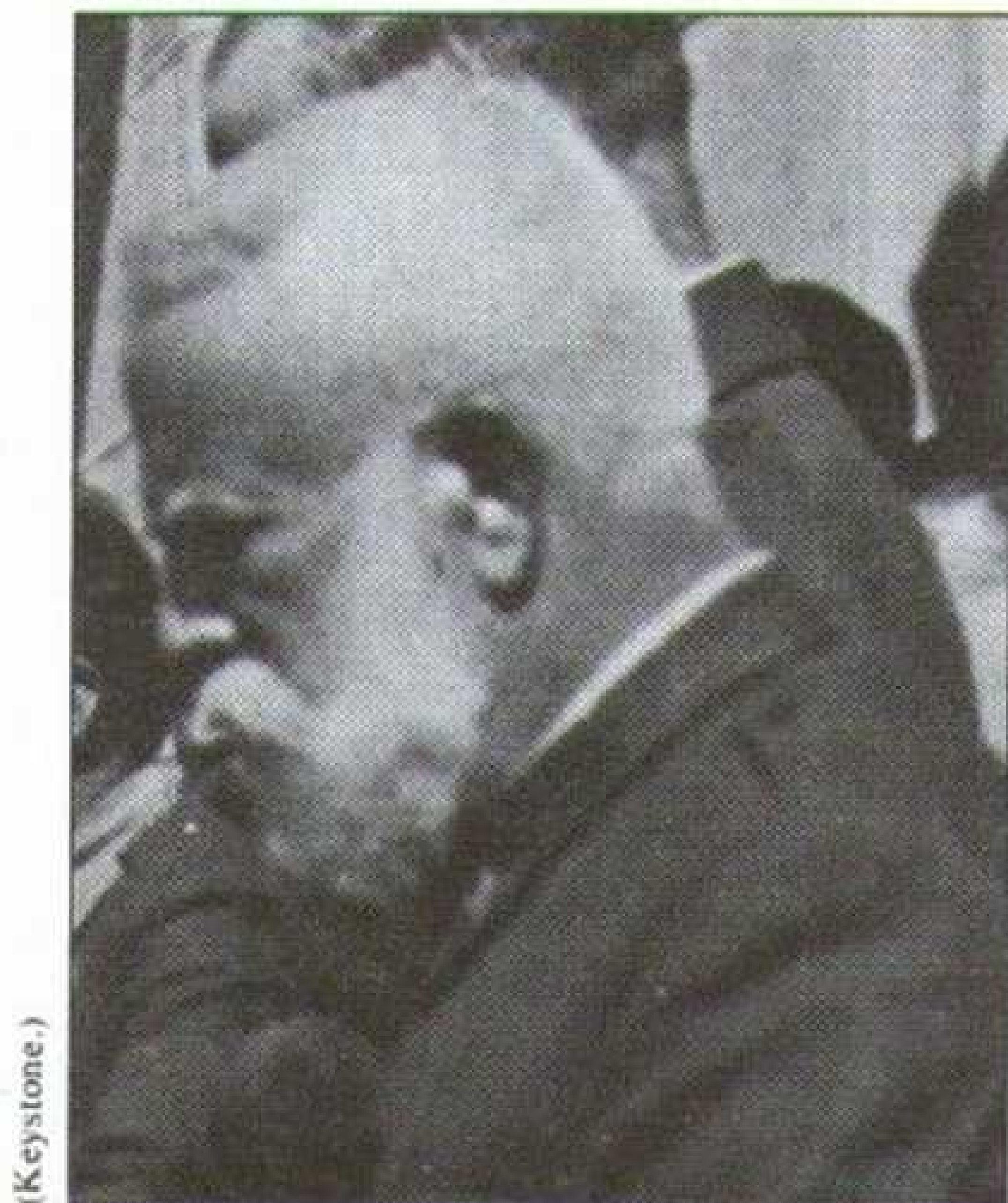
Pero no llegó muy lejos. Mola le hizo detener y conducir escoltado hasta la frontera, alegando que no debía arriesgar su vida. En la nueva España, la instauración monárquica se perfilaba tan difícil como la democracia. (Posteriormente don Juan pidió permiso a Franco para gusto de aquél.) Aun así, en septiembre, los carlistas practicaban un semicontrol de la provincia de Navarra y se ocupaban activamente de introducir la religión en el campo de la enseñanza. Pero si los carlistas controlaban Navarra, eso no significaba que mandasen los jerarcas nacionales de la organización, pues los hombres que dominaban en Navarra eran carlistas locales nombrados por Rodezno, y no por Fal Conde. Paradójicamente, la estrella de éste declinaba al mismo tiempo que su organización en conjunto parecía triunfar.

A la sazón, tanto Franco como Francisco Moreno Fernández, comandante en jefe de la marina nacionalista, se habían incorporado a la junta formada por Mola en el mes de julio. Esta se reunió el día 21 de septiembre en un campo de aviación habilitado en la finca de don Antonio Pérez Tabernero, ganadero taurino, sita en San Fernando, cerca de Salamanca. Los generales Orgaz y Kindelán expu-


(Jack Novak.)


(Col. M. Luz S. de Tejada.)

Durante dos meses largos a partir de la sublevación, en la zona nacionalista la situación política es ambigua. La Junta de Defensa es un organismo con escasa autoridad real, atentos como están todos a la marcha de las operaciones. Los monárquicos alfonsinos no piensan en una restauración inmediata y confían en un plebiscito a largo plazo. Los tradicionalistas, con gran peso a causa de sus combatientes y del arraigo popular de que disfrutan en Navarra y Vascongadas principalmente, también son monárquicos, pero el alejamiento físico e histórico de su pretendiente, que además fallece a finales de septiembre, sitúa su monarquismo más en signo de fidelidad a la tradición que en inmediata cuestión dinástica. Alfredo Kindelán (foto superior), monárquico y general del Aire, como se le titula, postulará activamente la candidatura de Franco como generalísimo de los Ejércitos, tanto por creerle el más apto y capacitado como por suponer que, terminada la guerra, restaurará la Monarquía. A la izquierda, dos carlistas alaveses vistos por Sáenz de Tejada.


(Keystone.)

MIGUEL CABANELLAS FERRER (Cartagena, 1872 - Málaga, 1938)

Militar español, procedente del arma de caballería. A su iniciativa, cuando era comandante, se debió la creación de los Regulares, tropas marroquíes que colaboraban con el ejército español. Al frente de fuerzas de caballería hizo Cabanellas sus armas africanas. En 1921 se opuso a las Juntas Militares, siendo ya general, y participó en las operaciones de reconquista del territorio perdido tras el desastre de Annual.
Al ser ascendido a general de brigada fue enviado a Menorca como gobernador militar. Primo de Rivera le pasó a la reserva en 1926 como consecuencia de discusiones. Participó en el intento de Sánchez Guerra (1929) de sublevarse contra el dictador.
El 17 de abril de 1931, Cabanellas fue nombrado capitán general de Andalucía, y de entrada hubo de proclamar el estado de guerra, ante el deterioro del orden público. Después fue jefe de las fuerzas militares en Marruecos y, más tarde, sustituyó a Sanjurjo en la dirección general de la guardia civil. En 1934 fue diputado por el partido Radical. En julio de 1936 era jefe de la 5.ª División Orgánica, con base en Zaragoza, donde el 19 de julio declaró el estado de guerra. Como general más antiguo fue presidente de la Junta de Defensa Nacional que el 28 de septiembre de 1936 proclamó a Franco jefe del gobierno y generalísimo de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire, en decreto firmado por el propio Miguel Cabanellas, quien posteriormente fue nombrado inspector general del Ejército, cargo que desempeñaba a su muerte.

sieron su proyecto de crear un mando único. Mola se adhirió a él con un entusiasmo que hacía recelar de la sinceridad de sus intenciones. El general Cabanellas fue el único discrepante. Kindelán, apoyado por Mola, propuso a Franco como «generalísimo», como general en jefe del mando unificado. Así se aprobó, con la abstención de Cabanellas. Los generales se separaron. Durante diez días no ocurrió nada [16]. Kindelán era monárquico y amigo personal del rey. Creía que Franco terminaría apoyando la restauración y, según parece, él fue quien tomó la iniciativa realmente para acelerar el ritmo de las discusiones. Otros personajes que intrigaban y ejercían presión sobre Franco en el cuartel general de Cáceres eran su hermano Nicolás, de 45 años de edad; Yagüe, quien se hallaba temporalmente sin empleo, a pesar de sus victorias de Extremadura, por haber resignado el mando tras la decisión de enviar auxilio a Toledo; y Millán Astray, que fuera jefe de Franco en la legión.

El general Cabanellas prolongó por unos cuantos días sus funciones como presidente de la junta. Conocía mejor que nadie las diferencias entre sus compañeros de generalato y debió prever que tarde o temprano influirían de modo perjudicial en el curso de la guerra. No obstante, hubiera preferido la junta de tres generales para conjurar la amenaza de una dictadura. Aun reconociendo las cualidades militares de Franco, por haberle tenido a sus órdenes en Africa, recelaba que, una vez instalado en el poder, ya no lo abandonaría [17]. En consecuencia, Cabanellas trató de evitar los efectos del voto del 21 de septiembre. Pero, por entonces, Franco, el general victorioso en el sur (aunque no en la totalidad de este territorio), constituía ya la esperanza de la clase media y de todas las derechas en una nación que, si bien se mira, vivía sumida en la catástrofe pura y simple. Calvo Sotelo, Sanjurjo, José Antonio y Goded o habían muerto o estaban ya fuera de juego. A Mola le había perjudicado el fracaso de la conspiración en la consecución de sus objetivos y era enemigo implacable de una República que le había tratado con rigor; pero, al mismo tiempo, los monárquicos le tenían por republicano. Queipo y Cabanellas se habían rebelado contra Primo de Rivera. Sólo Franco había permanecido políticamente neutral en el pasado. Leal a Alfonso XIII, Franco también sirvió a la República. Y lo que es más: a mediados de septiembre de 1936 sus ejércitos ganaban batallas. Mola no sentía ninguna simpatía por la Falange y sus ideas y, pese a su carácter enérgico, no daba la figura apropiada de caudillo para los falangistas, ya fueran éstos camisas viejas o camisas nuevas. Muchos veían en él a un policía. Queipo, con su retórica, su enfoque personalista, sus amigos toreros y su estilo decimonónico, parecía el típico líder de masas andaluz y era en cierto modo la figura cómica de Burgos y Salamanca, a quien se menospreciaba por la ordinariez de su vocabulario y por

[16] Kindelán, pp. 50-53; Iribarren, p. 216. Esta reunión no se celebró el 12 de septiembre, como se ha dicho a veces, probablemente debido a una errata en el libro de Kindelán. Estuvieron presentes los generales Cabanellas, Franco, Queipo de Llano, Saliquet, Mola, Dávila, Orgaz, Gil Yuste y Kindelán, y los coroneles Montaner y Moreno Calderón.
[17] Y así se lo dijo a Kindelán el 28 de septiembre (Cabanellas, vol. I, p. 652, nota). Véase también Cabanellas, *Los cuatro generales*, vol. II.

su pasado republicano en los círculos de oficiales monárquicos de educación tradicional y refinada que rodeaban a Franco, chapados al estilo de Kindelán.
Durante los días siguientes, Kindelán, en colaboración con Nicolás Franco, hermano del general, y el coronel Yagüe, el célebre jefe militar, lograron hacer progresar sus puntos de vista. El día 27 de septiembre, desde el balcón de un edificio de Cáceres, Yagüe se dirigió a la muchedumbre enardecida que se había congregado para celebrar la noticia de la liberación del Alcázar de Toledo. El coronel dijo a la multitud que la legión extranjera necesitaba un comandante en jefe en quien todos pudieran confiar [18]. Evidentemente, Franco era el candidato más destacado, y la victoria alcanzada en Toledo bastó para decidir a los que vacilaban. Algunos alegaron maliciosamente que la expedición a Toledo, que suponía abandonar la ruta de Madrid, fue una operación diversiva concebida por Franco para favorecer sus designios políticos. Aunque Franco, sin duda, era perfectamente capaz de obrar así, cuesta creer que ello le fuera imprescindible o que él mismo creyera sinceramente que podría sacar provecho de su acción. Sea como fuere, al día siguiente de la caída de Toledo, el 28 de septiembre, los generales de la junta se desplazaron en avión al mismo aeródromo improvisado donde se habían encontrado el 21 de septiembre, cerca de Salamanca. Al llegar éstos, Franco fue saludado como «generalísimo» por una escolta de falangistas y carlistas que habían recibido

[18] S. Payne, *Politics*, pp. 371-372.



(Arch. Azuola.)

Dos reuniones celebran los altos jefes en una finca próxima a Salamanca. La primera, el 21 de septiembre; en ella, Kindelán y Orgaz plantean la necesidad del mando único, proponiendo a Franco para ejercerlo. Mola se adhiere incondicionalmente a la propuesta. Existen tensiones, rivalidades, apetencias de poder. Sólo se logra un principio de acuerdo y se pospone la decisión. Coincidiendo con la toma de Toledo, Franco es aclamado en su cuartel general de Cáceres. Con él están Yagüe y Millán Astray, que hablan al público. También se halla presente Kindelán.
Mola y Yagüe se saludan efusivamente, y Franco desciende de un avión. La fotografía corresponde al primer encuentro entre ellos, que tiene lugar en Sevilla el 13 de agosto. Cuando se reúnen en Salamanca, las relaciones entre Mola y Yagüe se han enfriado.

consignas de Nicolás Franco en tal sentido. Kindelán leyó ante la asamblea de generales el decreto que él mismo y Nicolás Franco habían preparado. En él se estipulaba que las fuerzas armadas quedarían subordinadas a las órdenes del generalísimo, que también ejercería las funciones de jefe del Estado «mientras durase la guerra». Esta última cláusula tenía como objetivo salvaguardar a la monarquía. Pero los generales reaccionaron con frialdad ante la propuesta. ¿Por qué razón sumar responsabilidades políticas a las militares? Cabanellas declaró que se requería un cierto tiempo para estudiar el decreto. La conferencia se suspendió para almorzar, y luego, con una mezcla de halagos y veladas amenazas, cuyos pormenores no han quedado muy claros, Kindelán se salió con la suya. Queipo y Mola ya no reaparecieron al acabar el almuerzo. El borrador del decreto, tal como fue aceptado por los generales el 28 de septiembre, se refería a Franco como «jefe del gobierno del Estado español», sin límite de tiempo. Y en el texto definitivo se declaraba que Franco asumía «todos los poderes del Estado español». Pero, más adelante, Franco se refirió a sí mismo en sus decretos (su primera disposición de gobierno) como jefe del Estado [19].

«¿Por qué votó usted por Franco?», le preguntó a Queipo de Llano el monárquico Vegas Latapié en cierta ocasión. «¿Y a quién habríamos nombrado si no? —repuso Queipo—. A Cabanellas, imposible. Era republicano convencido y todos sabíamos que era ma-

[19] La mejor descripción está en Cabanellas, vol. I, pp. 645-655, y *Los cuatro generales*, vol. II, p. 341. Lo que realmente ocurrió durante el almuerzo no está claro a pesar del testimonio de Kindelán (p. 54) y de Dávila en *La Voz de España*, 1 de octubre de 1961. La preparación del decreto corrió a cargo del abogado monárquico y ex ministro de Primo de Rivera José Yanguas Messía. En rigor, Franco no fue jefe del Estado hasta la promulgación de la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado en 1947. Pero en la práctica lo era a partir de 1936. Véanse los comentarios de Serrano Súñer en sus *Memorias*, p. 164.

El 28 de septiembre vuelven a reunirse los «grandes electores» en las inmediaciones de Salamanca. Circulan distintas opiniones sobre el desarrollo de aquella reunión. Parece que de nuevo surgieron tensiones, pero el único que se abstuvo de votar fue Cabanellas, que prefería el mando colegiado. Los demás votaron el nombramiento de Franco como generalísimo de los ejércitos y como jefe del gobierno del Estado. En este cartel, que debe de ser de los primeros días, se le titula jefe del gobierno del Estado de la nueva España.

En el autógrafo de Cabanellas se lee: «... Jefe del Estado y generalísimo de los ejércitos nacionales...». Lo cierto es que el decreto, firmado por el propio Cabanellas, dice: «... Se nombra jefe del gobierno del Estado español al excelentísimo señor general de división don Francisco Franco Bahamonde, quien asumirá todos los poderes del nuevo Estado.» La polémica puede continuar...

(Col. J. M. Armero.)



(Museo del Ejército.)

En nombre de la España que lucha por su redención y por su merecida tradicional grandeza, como Presidente de la Junta de Defensa Nacional, representante del Patriótico Alzamiento del 18 de Julio de 1936, hago entrega en este día, ante el pueblo de Burgos y representantes de la España liberada, de los Poderes y de la Suprema autoridad del País al ilustre General de División Don Francisco Franco Bahamonde, quien queda nombrado Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos nacionales.

són. De haber nombrado a Mola, habríamos perdido la guerra. Y yo... había perdido ya mucho prestigio» [20].
Cabanellas tuvo que firmar el decreto que designaba a Franco como generalísimo, pero no antes de abandonar Salamanca. Regresó a Burgos solo y no firmó sino después de mantener conversaciones telefónicas con Mola y Queipo durante aquella noche. Aquél se mostró cauteloso, pero afirmó que la realidad de los hechos imponía el nombramiento. Queipo manifestó su hostilidad en términos groseros. Cabanellas creyó que su deber era firmar en aras de conseguir la victoria. Y así lo hizo, hacia la medianoche [21].
El primero de octubre Franco se instaló en Burgos. Cabanellas le traspasó los plenos poderes que ejercía la junta, leyendo un texto que divergía ligeramente del publicado [22]. Franco pronunció su primera alocución pública desde el balcón del ayuntamiento de Burgos y se refirió al futuro de España: las urnas quedarían eliminadas en favor de otros medios más idóneos para expresar la voluntad popular; se protegería el trabajo frente al dominio del capital; la Iglesia sería respetada; los impuestos, revisados, y se fomentaría la independencia del campesinado. En lo que tenía de base teórica, el discurso se basaba en los aspectos más inofensivos del programa de la Falange. Mucho más importantes fueron los llamamientos exaltados y vacíos a un nacionalismo belicoso. La muchedumbre que llenaba la plaza replicó con gritos de «¡Franco, Franco, Franco!», similares a los de «¡jefe, jefe, jefe!» que sólo un año antes dedicaban a Gil Robles. A continuación aparecieron por la España nacionalista una serie de carteles que proclamaban las ex-

[20] Gil Robles, p. 776, nota 2.
[21] Cabanellas, p. 655. Sobre el decreto, véase Díaz Plaja, pp. 249-250. El abogado monárquico Yanguas Messía, ministro de Estado en tiempos de Primo de Rivera, fue quien redactó el decreto, al final.
[22] Cabanellas, p. 658.



(Col. J. M. Armero.)

Lo que en meridianos distantes, y aun opuestos, se calificará de «culto a la personalidad» se desata en la España nacionalista desde todos los ángulos y bajo las más diversas consignas. Su representación gráfica, sea por iniciativa privada o dirigismo publicitario, no siempre se caracterizará por su gusto artístico. Carteles, postales, sellos, pinturas murales, calcomanías, retratos en dependencias oficiales, casas y comercios, llenan media España con la imagen del nuevo generalísimo.



(Col. J. M. Armero.)

«Una Patria, un Caudillo» es la consigna estampada en esta postal. El caudillaje de Franco se afianza muy rápidamente; lo cierto es que nadie, militar ni menos civil, está en condiciones de disputárselo. Mola prefería mantenerse en segundo plano; si Queipo queda despechado, tampoco ha aspirado a la jefatura del Estado ni del ejército.

celencias de tener «un Estado, una patria, un jefe». Franco recibió el nombre de «caudillo» —la versión española de Führer o Duce—. En las calles de la España nacionalista aparecía constantemente escrita la consigna: «Los césares son siempre generales victoriosos» [23]. Franco mantuvo la ambigüedad de no querer definirse ni como jefe del gobierno ni como jefe del Estado ni precisar por cuánto tiempo, de tal forma que los monárquicos siguieron combatiendo a su lado. La Falange, de momento, aceptó el cambio sin protestar. Aunque no se les consultó, y los dirigentes falangistas más interesados en mantener vivo el recuerdo de José Antonio —como Agustín Aznar [24], por ejemplo— reaccionaron con irritación. Los carlistas se hallaban preocupados en aquel momento por la muerte del viejo pretendiente don Alfonso Carlos, ocurrida en Viena el día 28 de septiembre. Como era el último descendiente directo de don Carlos, se nombró regente al príncipe Javier, primo lejano suyo y sobrino de su esposa, mientras se buscaba a un nuevo miembro de la dinastía borbónica que acatara los principios de «Dios, Patria y Rey», que resumían el implacable tradicionalismo antidemocrático que los inspiraba. Entretanto, Fal Conde y otros dirigentes carlistas se dirigían a Viena para asistir a los funerales de don Alfonso Carlos, al tiempo que Franco recibía la «corona» en Burgos [25]. Los carlistas no estaban contentos, pero su prensa aceptó respetuosamente los cambios. Concluía en España una época de autoritarismo político para dar paso a otra.

El día 2 de octubre, en Burgos, se nombró una junta técnica o gobierno provisional que se encargaría de la administración de la España nacionalista, encabezada por el general Dávila, que fue quien aseguró el triunfo del alzamiento en Burgos. Nicolás Franco,

[23] Ansaldo, p. 78.

[24] Hijo de Severino Aznar, apóstol de la democracia cristiana en España. Gordo, físicamente muy fuerte y de habla rapidísima, Agustín Aznar se veía a sí mismo como sucesor claro de José Antonio.

[25] Véase Del Burgo, p. 267. Una curiosidad: el último pretendiente carlista de la antigua línea dinástica murió en accidente de automóvil por culpa de un camión del ejército austriaco.

«gran amigo de Alemania», según informó el diplomático alemán Du Moulin [26], permaneció al lado de su hermano con el cargo de «secretario general». El general Orgaz, hombre resuelto e irascible [27], fue nombrado alto comisario en Marruecos, y el arabista coronel Beigbéder quedó como su secretario general, cuya misión consistía en mantener contenta a la población nativa, asegurando el aflujo constante de voluntarios. El diplomático José Antonio Sangróniz, otro viejo amigo de Franco en su período marroquí, era de hecho el ministro de Asuntos Exteriores, con el nombre de «jefe de gabinete», mientras Juan Pujol, el periodista monárquico que preparó el manifiesto de Sanjurjo en 1932, fue nombrado jefe de Prensa y Propaganda, aunque no tardó mucho en ser relevado por

[26] *GD*, p. 107.
[27] Hoare, p. 145.

El 1 de octubre se procede en la Capitanía General de Burgos a la investidura de Franco. Después de dirigir la palabra al público congregado, en tonos apropiados al momento, revista las fuerzas que le rinden honores.



(Keystone.)

El 16 de agosto, Franco había visitado Burgos por primera vez; junto a él vemos al general Cavalcanti, y detrás, a su primo y ayudante, Franco Salgado-Araújo. Mola, que marcha junto a Franco, demuestra su interés en que el futuro Caudillo sea vitoreado; casi pueden escucharse los vivas que lanza. Emilio Mola, general de brigada y director de la conspiración, ni monárquico ni republicano, acatará a Franco y le apoyará.



(Ullstein Bilderdienst.)

Millán Astray [28]. Para aplacar a Cabanellas se le otorgó el título de inspector general del Ejército. Con Franco elevado al rango de generalísimo (su cuartel general estaba instalado en Salamanca), y una vez constituidos los dos grandes ejércitos, el del norte y el del sur, Mola y Queipo fueron confirmados como jefes al frente de los mismos. Este último continuó haciendo todo lo que pudo por irritar a Franco desde su reino privado de Sevilla y no suspendió sus charlas nocturnas por la radio, si bien suprimió el grito final de «¡viva la República!»

El día 6 de octubre Franco ofreció una recepción al conde Du Moulin, consejero alemán en Lisboa, que le transmitió las felicitaciones de parte de Hitler por su exaltación a la jefatura del Estado. Franco manifestó su «completa admiración» por Hitler y la nueva Alemania. Agregó que esperaba poder alzar su propia bandera para apoyar la causa de la civilización que Hitler había abrazado y expresó su gratitud al Führer por «su valiosa ayuda moral y material». A continuación se celebró un banquete al que asistió el piloto alemán de mayor graduación, junto con Franco y Kindelán. Franco, según informó Du Moulin, «no permitió que albergáramos la menor duda de su sinceridad con nosotros y se mostró sumamente optimista respecto a la situación militar, asegurando la caída de Madrid en fecha próxima». Sobre la organización política futura de España manifestó que la restauración de la monarquía no era cosa que pudiera plantearse por el momento; y lo esencial —«aun actuando

[28] La junta estaba formada por Dávila («presidente»); gobernador general, Francisco Fermoso Blanco; secretario de Guerra, general Gil Yuste; los presidentes de las comisiones eran Andrés Amado (Hacienda); José López (Justicia); Joaquín Bau (Comercio); Juan Antonio Suances (Industria); Alejandro Gallo (Agricultura); Romualdo de Toledo (Educación); José María Pemán (Cultura); Mauro Serret (Obras Públicas); Nicolás Franco (secretario general), y Francisco Serra (secretario general de Relaciones Exteriores). Sangróniz había sido miembro del directorio general de Marruecos en los años 20.

con guante de terciopelo»— era crear «una ideología común a los diversos grupos que colaboraban en la liberación», esto es, el Ejército, los carlistas, la Falange, los monárquicos ortodoxos y la CEDA [29], ideología que ya empezaba a perfilarse.

Otro factor importante para sostener la moral nacionalista era la noticia de la botadura del nuevo crucero *Canarias*, recientemente construido, cuya entrada en combate había modificado el equilibrio de fuerzas en el mar, como lo había demostrado el 29 de septiembre la batalla naval de Gibraltar: el destructor republicano *Almi-*

[29] *GD*, p. 105.



(Col. J. M. Armero.)

El protagonismo de Franco, inconcebible antes de la muerte del general Sanjurjo, venía sin embargo, anunciándose. Hasta los mismos enemigos le señalaban, distinguiéndole con sus invectivas. A partir del primero de octubre, que se declara día del Caudillo, ya no es primus inter pares, *sino único. Una revisión de la iconografía proporciona pequeñas curiosidades en un país sometido a la censura. En esta postal, bajo las banderas desplegadas de los «países amigos», se ha hecho una curiosa selección de mandos militares para orlar el del Caudillo, selección cuyo significado resulta difícil de interpretar, y que quizá ni siquiera lo tenga: Queipo, Aranda, Yagüe, Mola, Varela, y Millán Astray.*

rante Ferrándiz resultó hundido, huyendo el resto de la flota republicana, finalizando así el bloqueo del Estrecho por parte de las fuerzas republicanas [30]. El equilibrio de fuerzas navales era ya favorable a los rebeldes y ello apareció todavía más claro cuando entró en servicio el *Baleares*. Dada la superioridad aérea de los nacionalistas, el curso de la guerra en el mar se presentaba igualmente favorable. Pero la agitación internacional que se fraguaba destruyó el optimismo momentáneo de los rebeldes.

[30] Véase el relato del capitán del *Canarias*, Francisco Bastarreche, *La guerra de liberación nacional* (Zaragoza, 1961), p. 393 y ss.

En el Diario Regional *de Valladolid, correspondiente al 30 de septiembre, se da cuenta de la batalla naval sostenida en aguas del estrecho. Y en otro de los titulares, se le califica ya a Franco de jefe del Estado español.*


Diario Regional

Los cruceros de la escuadra española inician las operaciones contra la escuadra pirata

"Canarias" ha hundido al destructor "Almirante Ferrándiz" y el "Cervera", persigue al "Gravina".-Continúa el envolvimiento de Eibar y ha sido ocupado Ondárroa.-Actividad en todos los frentes

Francisco Franco Bahamonde es el Jefe del Estado Español

(Hem. Munic. Madrid.)

El grueso de la flota republicana abandona inesperadamente el estrecho y se dirige al mar Cantábrico. El crucero Canarias, *recién puesto en servicio, hunde al destructor* Almirante Ferrándiz, *mientras que el* Cervera *persigue y daña al* Gravina. *Desde ahora, los barcos nacionalistas cruzarán libremente el estrecho, y el potencial militar de Marruecos se sumará, sin trabajos ni riesgos, al de la península.*
Un marinero republicano herido es desembarcado en Gibraltar, donde se le prestará asistencia.

(Keystone.)

26

Los anarquistas, en el gobierno catalán

Los cambios registrados en el bando rebelde significaban un auténtico golpe de Estado del general Franco, aunque pocos lo entendieron así en medio del tumulto bélico y la agitación que sacudieron a la España nacionalista tras la liberación del Alcázar. En el bando revolucionario o republicano, los cambios se produjeron de forma continuada, dramática y tortuosa, aunque no menos decisiva. No cabía duda de que se estaba gestando una nueva autoridad estatal,

El 20 de julio, los anarcosindicalistas eran virtualmente dueños de Barcelona. Pactaron con Companys. ¿Podían hacer otra cosa? El 27 de septiembre, tres miembros de la CNT entran a formar parte del consejo o gobierno de la Generalitat de Catalunya. Lo que aparentemente puede interpretarse como un triunfo, inicia el lento declive de la CNT-FAI.

(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)



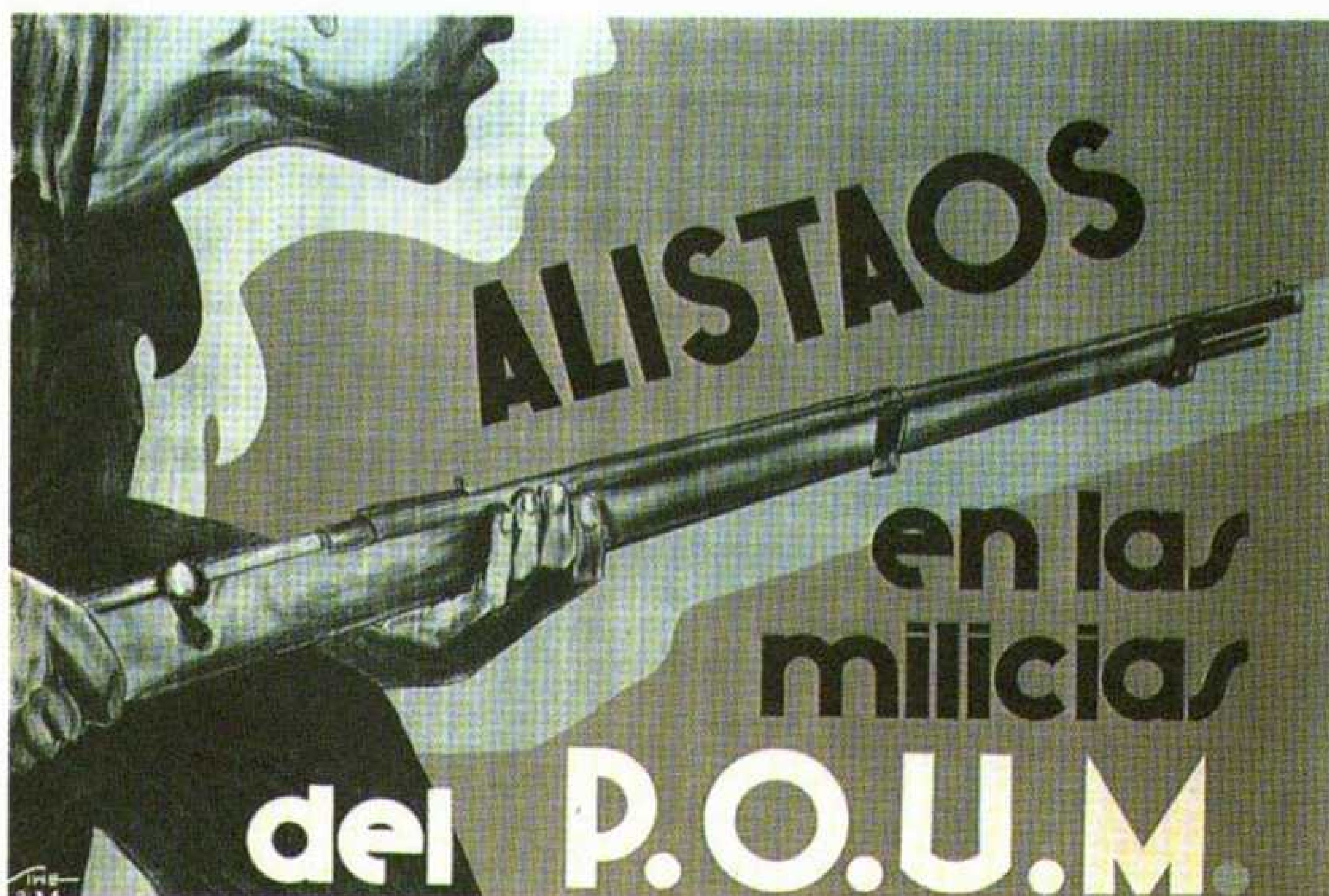
(Photo Research Int.)

JUAN GARCIA OLIVER
(Reus, 1901-   )

Perteneciente a una familia obrera, tuvo que trabajar desde niño, y muy joven aún participó en las luchas sociales. Se distinguió en la acción directa y en la organización sindical, distanciándose por igual del idealismo ácrata, por lo general entonces más teórico que práctico, y del sindicalismo del «noi del sucre» o de Pestaña, que rechazaba por «reformista». Cuando en Barcelona se enconó la lucha con la patronal, los sindicatos libres y Martínez Anido, fue encarcelado en distintas ocasiones. A la implantación de la Dictadura se expatrió a Francia, y allí mantuvo contactos con otros exiliados españoles. Con Durruti, Ascaso, Jover y Aurelio Fernández, todos ellos del grupo «Los Solidarios», intervino en la preparación del frustrado atentado contra Alfonso XIII. Estuvo en Bruselas y, de regreso a España, ingresó de nuevo en prisión.
La proclamación de la República le sorprende en el penal de Burgos, y es inmediatamente amnistiado. Desenca-

tado de un régimen burgués, que a su entender en nada iba a cambiar los fundamentos de la sociedad, volvió a la lucha. Participó en diversos movimientos insurreccionales, como el del Alto Llobregat, y en los demás protagonizados por los anarcosindicalistas.
En 1933, García Oliver, Durruti, Francisco Ascaso, Ortiz, Sanz, Aurelio Fernández, Jover y «el Valencia», que venían operando por su cuenta dentro de la CNT, ingresan en la FAI. El 18 de julio de 1936 se erigen en Comité de Defensa Confederal. Participan como dirigentes de la militancia confederal en las luchas que tienen lugar en Barcelona los días 19 y 20 de julio, y en compañía de otros líderes anarcosindicalistas, García Oliver acude a la entrevista con Companys. El 23 de julio, en el pleno de Federaciones Regionales y Locales, propugna la revolución integral, pero no halla suficiente eco, y la CNT y la FAI pactan con la Generalitat y las demás fuerzas antifascistas. En el Comité de Milicias que se forma, desempeña el puesto clave de jefe del Departamento de Guerra. A principios de noviembre es nombrado ministro de Justicia en el gabinete de Largo Caballero, y se esfuerza por sustituir por una dura «justicia revolucionaria» la acción de los incontrolados.
Cuando los sucesos de mayo de 1937, se traslada a Barcelona, con otros dirigentes libertarios, para tratar de arreglar la caótica situación, y pronuncia por radio un discurso pacificador.
Después, la figura de García Oliver irá oscureciéndose. A finales de enero de 1939 pasa a Francia, y de allí a Suecia. Pronto se instala en México, donde aún reside.

pero ésta se alzaba vacilante en medio de las ruinas del antiguo régimen y aún tardaría muchos meses en ser generalmente aceptada. El 27 de septiembre, los anarquistas, que habían transigido con la existencia de la autoridad de Barcelona durante la revuelta, la aceptaron formalmente e ingresaron en la Generalitat; un intelectual anarquista, García Birlán, fue nombrado responsable de Sanidad y Asistencia Social; Juan J. Doménech pasó a ocuparse de Abastos, y Juan Fábregas, de la Consejería de Economía. Los anarquistas hablaban de «consejo de defensa regional» para que sus seguidores, que ya se sentían alarmados, no sacaran la impresión de que formaban parte de un auténtico gobierno. Pero el hecho de que entrasen formalmente en esta nueva organización gubernamental significaba el fracaso de sus esfuerzos anteriores por implantar un consejo de defensa nacional que sustituyera al gobierno de Madrid. Irónicamente, la entrada de los anarquistas en una posición de poder político supuso el principio del fin del anarquismo en España como fuerza política. Escorza vio menguar su influjo, mientras se alzaba la estrella de García Oliver, mucho más realista.
También el POUM entró en el gobierno de la Generalitat, representado por Andrés Nin, su experto dirigente, que fue nombrado consejero de Justicia y Derecho. Juan Comorera, líder del PSUC, ocupó la cartera de Servicios Públicos. La posición del PSUC era todavía débil. Tres miembros de la *Esquerra* (Tarradellas, presidente o consejero primero; Ventura Gassol, consejero de Cultura, y Artemio Ayguadé, consejero de Seguridad Interior) ocupaban los puestos más importantes. El coronel Díaz Sandino, otro catalanista, fue designado consejero de Defensa. El Comité de Milicias Antifascistas, que actuó de fuerza motriz en las primeras semanas subsiguientes al fracaso del alzamiento, fue disuelto el día 1 de octubre y sus subcomités se integraron en los correspondientes departamentos del gobierno catalán. Abad de Santillán, líder de la FAI, escribiría más tarde que «una y otra vez nos repitieron que



(Col. CEHC.)

En el nuevo gobierno de la Generalitat entra también un miembro del Partit Obrer d'Unificació Marxista (POUM), fundado en septiembre de 1935 por la fusión del Bloc Obrer i Camperol, de Maurín, con Esquerra Comunista, de Andrés Nin. Es un partido revolucionario, enfrentado con el PCE, que le califica de trotskista, pero al cual Trotsky desautorizaría. Tiene militantes en Cataluña, Valencia, Aragón, Asturias y otros puntos. Dos columnas del POUM luchan en el frente aragonés, y su influencia en la retaguardia barcelonesa y en Lérida es grande.


(Col. J. M. Armero.)


(Centelles. Barcelona.)

El comandante Felipe Díaz Sandino (representado en la postal de la izquierda), que el 19 de julio manda la aviación del Prat, lucha activamente contra la sublevación. Al crearse la Concellería *de Defensa se le nombra para desempeñar el cargo; su popularidad era grande aquellos días.*
Joan Comorera (foto de la derecha) será el líder comunista de Cataluña y el más áspero enemigo del POUM y de los anarcosindicalistas.

para conseguir armas tendríamos que abandonar el Comité de Milicias Antifascistas y entrar en el gobierno» [1]. Pero esta decisión no hacía sino perjudicar a los anarquistas, aunque García Oliver, en su condición de secretario general de Defensa, dirigía al ejército de Aragón y el anarquista Aurelio Fernández, secretario general de Seguridad Interior, tenía mayor poder que su consejero, Ayguadé. Otro anarquista, Dionisio Eroles, seguía al frente de las «patrullas de control», que sobrevivieron como fuente independiente del poder anarquista durante unos cuantos meses [2]. Estos hombres, mitad anarquistas y mitad terroristas, sembraron el pánico en Barcelona, empujando a la clase media —tenderos, hombres de negocios particulares e incluso trabajadores con ambiciones— hacia el único refugio que podían encontrar: los comunistas del PSUC.
Si las relaciones entre anarquistas, comunistas y nacionalistas catalanes, por no hablar del POUM, eran malas, apenas si existían contactos entre Barcelona y Madrid. Se denunció que desde Madrid se mataba de hambre a Cataluña: el consejo económico catalán envió una delegación a Madrid para solicitar créditos por valor de 800 millones de pesetas, otro de 30 millones para comprar material de guerra y otro de 150 millones para adquisición de materias primas; la petición fue denegada [3]. Y, sin embargo, Madrid se quejaba de falta de actividad militar en Cataluña.

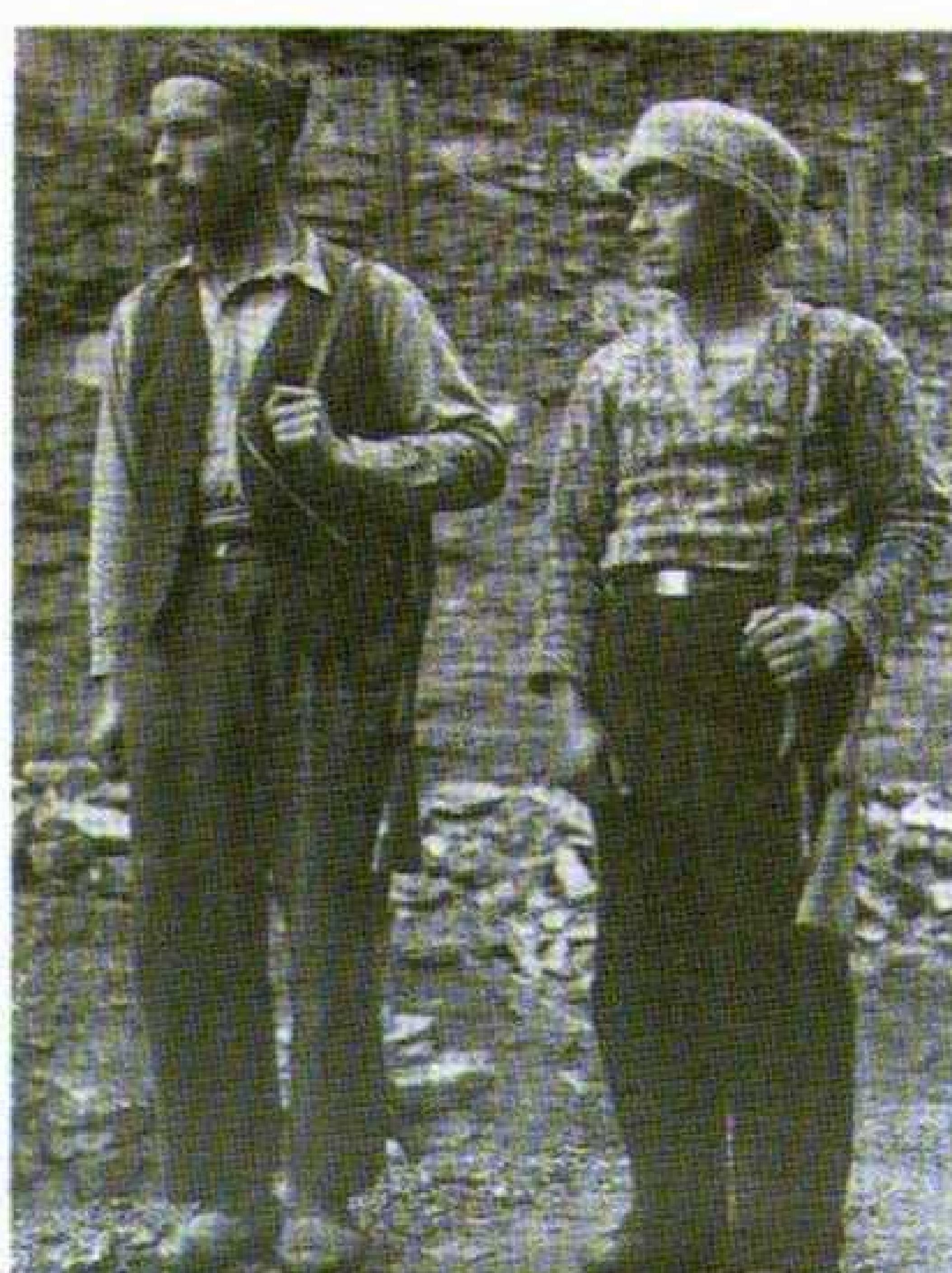
Durruti no pierde el optimismo

El ya legendario Durruti conservó su idealismo en el frente. «No espero la ayuda de ningún gobierno del mundo», manifestó al periodista Pierre van Paasen. El canadiense le replicó: «Si ustedes consiguen la victoria, se sentarán sobre un montón de ruinas.» La

[1] Abad de Santillán, p. 116.
[2] Leval, p. 126. Véase Benavides, *Guerra y Revolución* (p. 132), donde puede encontrarse una descripción y un ataque a estas patrullas de control.
[3] Peirats, vol. I, p. 216. Peirats, por entonces director de *Acracia* en Lérida, era uno de los que criticaban la idea de la participación.


(Col. J. M. Armero.)


(Serv. Histórico Militar.)


(Serv. Histórico Militar.)

Durruti es el caudillo más popular del anarcosindicalismo catalán. Su actuación en las luchas callejeras de Barcelona ha hecho subir su prestigio. Dirige la primera columna que sale hacia Zaragoza, reduciendo a su paso por Aragón oriental los pequeños focos de resistencia que se le enfrentaron, pero la columna queda frenada en Pina de Ebro: nunca conquistará Zaragoza. La tarjeta postal de la izquierda idealiza el escenario de la lucha, resaltando en primer plano la figura de Durruti. En las fotografías, una miliciana de la columna Durruti y dos milicianos aragoneses, que, por ir armados de escopeta, hay que deducir que pertenecen a milicias locales.

respuesta de Durruti fue: «Siempre hemos vivido en chabolas y madrigueras. Ya sabremos cómo arreglarnos durante algún tiempo [...]. Además, también sabemos construir. Nosotros edificamos palacios y ciudades en España y en América y en todo el mundo. Nosotros, los trabajadores, podemos edificar nuevas ciudades que las reemplacen, e incluso serán mejores. No, no tenemos ningún miedo a las ruinas. Vamos a heredar la tierra. La burguesía puede hacer volar y destruir su mundo antes de abandonar su etapa de la historia. Pero nosotros traemos un mundo nuevo en nuestros corazones» [4].

El consejo de Aragón

La presencia de Durruti y otras columnas anarquistas en el frente de Aragón hizo posible el establecimiento de una sociedad puramente libertaria. Ello resultaba inquietante para el gobierno central, el gobierno catalán, los comunistas y todos los sectores ajenos a la CNT o a la FAI. Pero no había forma humana de evitarlo. Las colectividades anarquistas establecidas en Aragón —que según declaró posteriormente la CNT se elevaban a 450— celebraron una conferencia a finales de septiembre en Bujaraloz, cerca del cuartel general de Durruti. En ella se acordó crear un «consejo de defensa» regional, compuesto por miembros de la CNT y presidido por Joaquín Ascaso, primo del famoso anarquista muerto en julio. Tenía su sede en Fraga, y desde allí ejercía el supremo poder sobre el Aragón revolucionario [5]. Sus promotores declararon que el Aragón rural se había convertido en «la Ucrania española» y que no se

[4] *Toronto Star*, 18 de agosto de 1936. A pesar de que el periodista decía que estaba oyendo «el estruendo de los cañones en el frente», parece ser que esta entrevista tuvo lugar en Barcelona, antes. Véase Paz, p. 446. Durruti no tardó en convertirse a la «disciplina de la indisciplina».

[5] Por entonces, Durruti visitó Madrid (en una misión fantástica) y dijo a un periodista: «Estoy en contra de la disciplina de cuartel, pero también en contra de la libertad mal entendida a que suelen recurrir los cobardes [...]. En la guerra, los delegados deben ser obedecidos.» (Peirats, vol. I, p. 221.)

dejarían avasallar por el militarismo marxista, como le sucediera al anarquismo ruso en 1921 [6].

El estatuto vasco

Aquel otoño se produjo una nueva división en el bando republicano. Se celebró con retraso una reunión de las Cortes españolas para aprobar el estatuto de autonomía vasco. José Antonio Aguirre abogó por que la nueva república vasca (con el nombre de Euzkadi), de la que él iba a ser nombrado presidente, apoyara al gobierno de Madrid «hasta la derrota del fascismo» [7]. El 7 de octubre, todos los concejales de los ayuntamientos vascos que pudieron asistir a la sagrada villa de Guernica emitieron su voto para designar al presidente del «gobierno provisional de Euzkadi» que habría de actuar durante la guerra civil. Aguirre resultó elegido casi por unanimidad. A continuación éste formó gobierno, jurando los ministros bajo el célebre roble de Guernica. El gobernador civil de Vizcaya y el presidente de las juntas de defensa de Vizcaya y Guipúzcoa, que llevaban ejerciendo su autoridad desde el mes de julio, traspasaron sus poderes a Aguirre. Formaban parte de su «gabinete» cinco nacionalistas vascos, que ocupaban los puestos clave de Gobernación, Justicia, Defensa y Agricultura. El primer gobierno vasco incluía también a tres socialistas, un comunista (el secretario general del partido en las provincias vascongadas, Astigarrabia, que era ministro

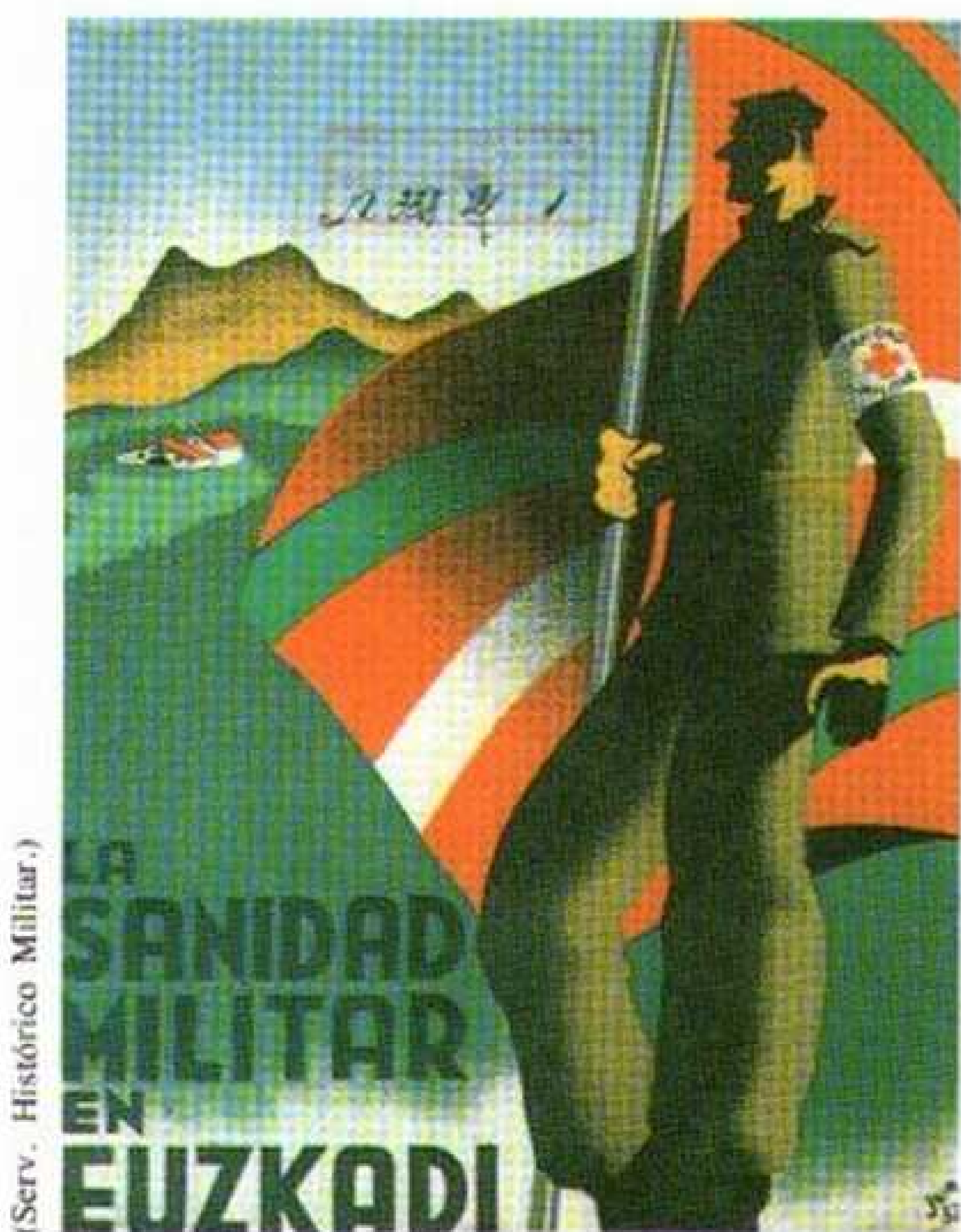
[6] Peirats, vol. I, p. 227; Lorenzo, p. 147. Más tarde examinaremos el carácter de esta organización.

[7] El nacionalista vasco Irujo había entrado a formar parte del gobierno republicano el 25 de septiembre (Lizarra, p. 99).

El 1 de octubre, los diputados que quedan en zona republicana, reunidos en Madrid, conceden la autonomía al País Vasco y aprueban su Estatuto. El día 7, José Antonio Aguirre y los miembros del gobierno provisional de Euzkadi, que él preside, juran en la Casa de Juntas de Guernica. El gobierno está compuesto por cinco nacionalistas vascos, tres socialistas, dos republicanos y un comunista. Pocos días antes, el 25 de septiembre, el dirigente del PNV Manuel Irujo había sido designado ministro sin cartera por el gobierno de Madrid.



(Serv. Histórico Militar.)



(Serv. Histórico Militar.)



(Serv. Histórico Militar.)

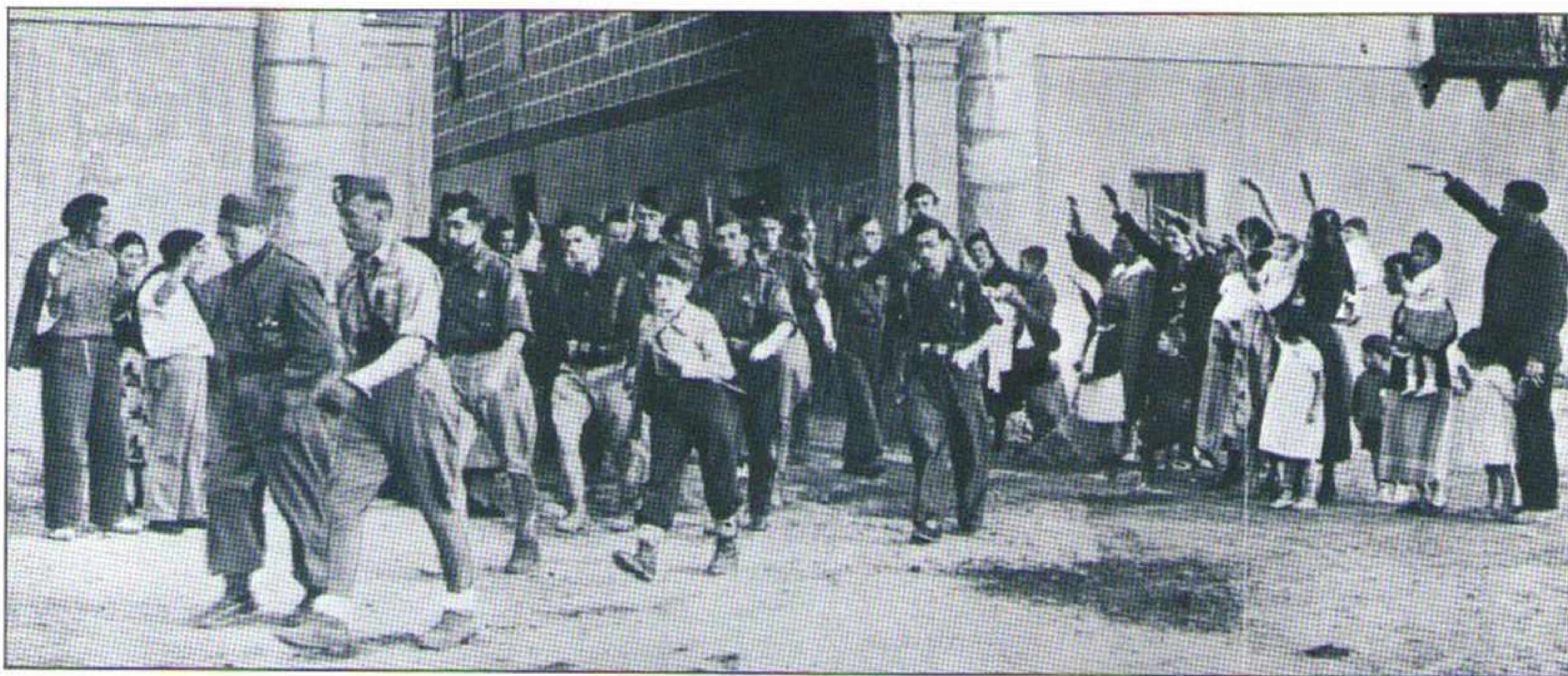
En el norte, la guerra se muestra desfavorable para los gubernamentales. La situación política interna es asimismo difícil, incluso en el autónomo territorio de Euzkadi, por las discrepancias promovidas por las organizaciones más extremistas. En cualquier caso, Euzkadi constituye una excepción dentro del panorama de la guerra civil. Cualquier ciudadano se asombra de hallar iglesias abiertas, de que las gentes acudan a misa, y de que curas, frailes y monjas vistan hábitos. El gobierno vasco, que vemos reunido en la foto de la derecha, solucionará algunos de los problemas pendientes, pero en el conjunto de los frentes del norte el cantonalismo no llegará a superarse.

de Obras Públicas) y un miembro de cada uno de los dos partidos republicanos. En el gabinete no había anarquistas. La primera acción del nuevo gobierno fue de tipo humanitario. Evacuaron a 130 prisioneras políticas a bordo de los buques británicos *Exmouth* y *Esk*, con destino a Francia, a través de un canje de la Cruz Roja internacional [8]. También fueron reorganizadas la guardia civil vasca y la guardia de asalto, transformándose la primera en guardia popular bajo la dirección de Luis Ortúzar. Todas estas fuerzas estaban formadas por nacionalistas vascos, y sus miembros eran de estatura superior a 1,80 [9].

Este gobierno vasco sólo se pudo formar después de unas laboriosas negociaciones, durante las cuales José Antonio Aguirre tuvo que convencer a Largo Caballero de que una concesión de esta naturaleza era la medida más idónea para lograr que los vascos entraran en la guerra; y, por otra parte, una fracción del nacionalismo vasco acarició la idea de apoyar al bando nacionalista a cambio de la autonomía. Algunos nacionalistas vascos mantuvieron contactos con el bando rebelde por mediación de algunos de sus miembros que, en la provincia de Alava, habían apoyado al alzamiento [10].

Nueva ofensiva del ejército de Africa

El mismo día en que los vascos vieron satisfechas sus ambiciones, 7 de octubre, se reanudó la ofensiva rebelde contra Madrid. Yagüe, que había sido perdonado y rehabilitado, se reincorporó al mando, pero esta vez a las órdenes de Varela. El ejército de Africa, que ahora constaba de 10.000 hombres y que se basaba en las tradicionales columnas (dirigidas por los coroneles Asensio, Tella, Delgado Serrano, Castejón y Barrón), tenía que efectuar el asalto final a Madrid, con la ayuda de 10.000 falangistas, requetés y soldados regulares destacados por Mola y dirigidos por el general Valdés Cabanellas. (Mola ostentaba el mando supremo de su ejército, pero Varela era el encargado de tomar las decisiones de cada momento, en coordinación con Franco y Yagüe.) También existía una columna



(The Illustrated London News.)

Milicias falangistas de paso por Arlanzón. Parece que se trata de una marcha de entrenamiento de la Centuria Catalana, formada en Burgos a finales del verano con voluntarios huidos de Cataluña. Pronto saldrían para el frente santanderino, donde la centuria sería prácticamente aniquilada.

de caballería a las órdenes del coronel Monasterio. El ejército, y especialmente los legionarios, estaba bien alimentado y pertrechado.

Yagüe acaso confiaba en obtener el mando, pero sus relaciones con Mola eran pésimas y constituían un obstáculo. En cambio, a Varela se le ofreció la gran ocasión. Impecablemente vestido, siempre con guantes blancos, se decía de él que solía dormir con las medallas puestas; y lo cierto es que un periodista inglés le sorprendió con ellas puestas sobre la bata de dormir. El general Mola manifestó jocosamente que el 12 de octubre tomaría el café en la Gran Vía madrileña. El ejército de Africa no tardó en capturar San Martín de Valdeiglesias y coordinó su ofensiva con la que Valdés Cabanellas estaba efectuando en El Tiemblo. Los milicianos se encaminaron precipitadamente hacia Madrid por la carretera general, por lo que eran fácil presa de las armas automáticas de la aviación nacionalista. Bayo, comandante en jefe de la malhadada expedición a Mallorca, trató vanamente de hostilizar al ejército nacionalista mediante una serie de acciones guerrilleras [11].

De esta forma, aunque Mola no pudo acudir a su cita en la Gran Vía madrileña (en cuyo café Molinero se le reservó mesa desde entonces, como proclamaba en tono jocoso un cartel en grandes

Sáenz de Tejada representa debajo un ataque a la bayoneta protagonizado por legionarios. En la guerra civil se llegó con frecuencia al cuerpo a cuerpo.



(Arch. C. S. de Tejada.)

[8] Esto se hizo a raíz de un incidente horripilante. Bilbao había sido bombardeado el 29 de septiembre. La furia del pueblo había originado el asesinato de una serie de presos políticos que estaban encerrados en tres pequeños barcos de carga anclados en el puerto de Bilbao. Después, el gobierno vasco liberó a 130 mujeres como parte de un intercambio acordado anteriormente a través del doctor Junod. Pero la primera vez que éste regresó a Bilbao lo hizo sin los niños que había prometido traer de un lugar próximo a Burgos, donde los había sorprendido la guerra mientras estaban de vacaciones. Porque los nacionalistas se habían vuelto atrás después de dar su palabra. Las campanas de las iglesias de Bilbao estaban sonando, las madres y los familiares de los niños se apiñaban en el muelle, y el barco británico *Exmouth* llegó vacío. La decepción hizo que estuvieran a punto de linchar al doctor Junod. Más tarde, fueron devueltos cuarenta niños. Pero el intercambio completo nunca llegó a realizarse.

[9] Aguirre, p. 29; testimonio de Luis Ortúzar.

[10] Lorenzo, p. 162; Iturralde, vol. II, p. 228.

[11] Gregorio López Muñiz, *La batalla de Madrid* (Madrid, 1943), p. 5.

CAMARADA:
El Gobierno de Largo Caballero ganará la Guerra Civil
porque...
Porque...
Es decir:
TRIUNFAREMOS.
El Gobierno Largo Caballero será el Gobierno de la victoria.

(Serv. Histórico Militar.)

(Keystone.)

El discurso más importante de Prieto es posiblemente el radiado el 10 de agosto desde Madrid: causó honda impresión en zona gubernamental y también en el campo rebelde. Prieto, a quien se acusa de pesimista, se muestra optimista, racional y lúcido. Su argumentación es sencilla: el gobierno dispone de la mayor parte de España, de las ciudades más pobladas, de la casi totalidad del potencial industrial y, sobre todo, de los recursos financieros y las reservas de oro. Llega a decir: «... podría ascender hasta la esfera de lo legendario el valor heroico de quienes impetuosamente se han alzado en armas contra la República (...) y aun así, serían inevitable, inexorable, fatalmente vencidos.» Al formarse el gobierno Largo Caballero se difunde este cartel, en el cual, y en esencia, se reiteran los mismos argumentos y se amplían.

caracteres), al cabo de los primeros diez días de octubre la República sufrió una nueva serie de derrotas en todos los frentes. Pero Largo Caballero se negaba a movilizar a los obreros madrileños de la construcción para cavar trincheras, alegando carencia de palas y alambre espinoso. También creía que los españoles eran capaces de combatir ocultos tras los árboles, pero nunca desde las trincheras [12]. La periodista francesa Simone Tery refirió las airadas protestas de Largo Caballero: «Pero, ¿ustedes creen que los españoles van a luchar bajo tierra como las ratas?» [13]. Además, sus viejos amigos del sindicato de la construcción de Madrid se resistían a obligar a sus afiliados a cavar trincheras en horas extras [14]. El 30 de septiembre llamó a los reservistas de los reemplazos de 1932 y

[12] Fischer, p. 353.
[13] Simone Tery, *Front de la Liberté* (París, 1938).
[14] Jackson, p. 312.

Pero la guerra sigue, y su signo es desfavorable para las tropas del gobierno, una de cuyas unidades (foto superior) vemos en un descanso del repliegue hacia Madrid. En esta fotografía, falangistas que, por lo cuidado de su aspecto, parecen de guarnición o patrulla, sacian su sed en la fuente pueblerina.

(Keystone.)

1933, pero después, y con gran indignación por parte de los comunistas, autorizó que los reclutas anarquistas se incorporaran a unidades de milicianos cenetistas. Los dirigentes comunistas empezaron a criticar al jefe del gobierno por lo que a ellos se les antojaba vanidad, pedantería y extraña confianza en los viejos generales de mentalidad tradicional [15]. Desde que era jefe de gobierno, Largo Caballero no había dirigido un solo discurso a la nación. Todos reconocían que era hombre noble y honrado, pero no parecía dar la talla que se exige a un estadista en tiempos de guerra. Las armas soviéticas no se habían materializado, y los suministros militares procedentes de Francia u otras fuentes eran tan irregulares y poco fiables como los procedentes de fábricas españolas. El día 10 de octubre, De los Ríos, recién nombrado embajador republicano en Washington, solicitó infructuosamente a Cordell Hull que autorizara la venta de armas de los Estados Unidos a la República, alegando que el hundimiento de ésta acarrearía la caída de Blum y señalaría el fin de la democracia. Hull le respondió que en Norteamérica no existía ninguna ley que prohibiera ayudar a España, sino únicamente una política de «aislamiento moral» [16].

Pero Largo Caballero no cejaba en su empeño de sacar el máximo partido de las energías republicanas. Con el fin de conseguir mayor eficacia en el ejército, el gobierno decretó el fin de la independencia de las milicias, que en adelante dependerían del estado mayor central. En adelante la unidad básica del ejército sería la «brigada mixta», de carácter autosuficiente, de tres batallones; cada uno constaba a su vez de tres compañías de fusileros y una de ametralladoras. La reorganización se empezó a poner en práctica el día 16 de octubre, pero tardó mucho tiempo en completarse. Como señaló el sagaz agregado militar francés, coronel Morell, en un informe enviado a París, «un ejército no puede crearse por decreto; —y añadía— la calidad del ejército se deteriora constantemente. En lugar de los jóvenes madrileños entusiastas del primer mes, se recluta a campesinos mal alimentados que han sido evacuados hacia Madrid desde las zonas rurales. Cobran una paga de diez pesetas. Se les uniforma vagamente (con la estrella roja, *à la Russe*), se les entregan las armas. Se encaminan al frente sin entender nada, hasta que se dan cuenta, demasiado tarde ya, de que la guerra es un asunto serio» [17].

Los comisarios

Para contrarrestar tanta ignorancia, el gobierno, siguiendo los consejos del italiano «Carlos» (Vidali) [18], estableció en todas las uni-

[15] Koltsov, p. 293.

[16] *USD*, 1936, vol. II, p. 536. Por entonces los nacionalistas estaban representados en Washington por el ex embajador en París Cárdenas, que llegó a Estados Unidos a finales de agosto y que semanalmente se entrevistaba con el subsecretario del Departamento de Estado, James Dunn, un diplomático de carrera que, diecisiete años más tarde, siendo embajador de los Estados Unidos en la España de Franco, concluyó el acuerdo sobre las bases hispano-norteamericanas (testimonio de Cárdenas).

[17] *FD*, vol. III, p. 526.

[18] Spriano, p. 87.



(Arch. B. M. Patino.)

Esta escena, aunque probablemente sea compuesta, posee emoción. Cada día se repite, y las balas enemigas no ahorran la vida de quienes van a dejar huérfanos. En el pasquín inferior figuran instrucciones y consejos para los milicianos. Suele olvidarse que el miliciano, en la mayor parte de los casos, ha cumplido su servicio militar, pero la guerra de verdad es distinta...

(Serv. Histórico Militar.)

Alianza de Intelectuales Antifascistas

DISCIPLINA DEL FUEGO

¡Tiradores!

El tiro individual sólo es útil cuando el avión de caza baje cercano al suelo.

El tiro contra aviones debe ser hecho por baterías antiaéreas, armas automáticas o grupos de hombres.

El tiro de fusil aislado sólo sirve para fijar la posición de las fuerzas.

Cuando el avión dispara con ametralladora, es que la distancia es adecuada y se puede estar en condiciones de derribarle.

No malgastéis municiones en perseguir aviones de bombardeo que vuelan a gran altura.

No olvidéis que el primer objetivo de la aviación es desmoralizar.

Cuidado con los sembradores de alarma. La cobardía se parece mucho a la traición.

Al establecerse el comisariado, son nombrados subcomisarios el viejo luchador sindicalista Angel Pestaña (dibujo de la izquierda) y Crescenciano Bilbao, del PSOE (en la fotografía de la derecha).



(Serv. Histórico Militar.)



(Centelles. Barcelona.)

dades el sistema de comisarios políticos, que ya estaba en vigor en el Quinto Regimiento de los comunistas. Tenían por misión mantener la fe política de los milicianos tras la desaparición de sus propios partidos y atenuar los recelos que éstos sentían frente a los oficiales del ejército popular. La idea se inspiraba en los comisarios del «ejército rojo» y, más remotamente, en los regimientos de Carnot (1794). Las funciones del comisario político no estaban claramente definidas; podían ser de mayor o menor importancia según los casos. La aparición de estos «teólogos del ejército rojo» o «capellanes rojos» (como les llamaban los nacionalistas) constituyó otra victoria más de los comunistas. La institución era teóricamente neutral: así, el socialista Alvarez del Vayo era comisario general; como vicecomisarios generales estaban Crescenciano Bilbao (socialista prietista), Antonio Mije (comunista), Angel Pestaña (antiguamente anarquista y a la sazón sindicalista), Gil Roldán (anarquista) y Felipe Pretel (socialista y segundo de a bordo de la UGT). De hecho, Mije desempeñó un papel fundamental en el aspecto organizativo, mientras que el joven dirigente ex socialista y ahora comunista José Laín Entralgo fue designado director de la escuela de formación de comisarios políticos radicada en las inmediaciones de Valencia, que se convirtió así en bastión comunista. Alvarez del Vayo y Pretel eran colegas de trabajo, y, más tarde, muerto Pestaña, su puesto de vicecomisario general fue ocupado por José Robuste. De todas formas, Pestaña era ya un hombre que carecía de partidarios. Alvarez del Vayo, absorbido por el cargo de ministro de Defensa, apenas prestó atención a sus tareas de comisario general, siendo Mije y Bilbao los dirigentes de hecho del organismo [19]. La primera brigada mixta se compuso con los cuatro batallones del Quinto Regimiento de Líster [20].

[19] Hay un estudio de esta institución realizado por Eduardo Comín Colomer: *El comisariado político* (Madrid, 1973).
[20] Véase *Triunfo*, 19-XI-1977.

ANGEL PESTAÑA (Ponferrada, 1886-Begas, Barcelona, 1937)

Autodidacta con auténtica pasión por la lectura y orador brillante, la vida de Angel Pestaña fue una entrega continua a la causa obrera. Mucho más próximo a Kropotkin que a Bakunin, supo guardar sus distancias respecto al pistolerismo anarquista de Barcelona, y durante la Dictadura de Primo de Rivera llegó a la «herejía» de defender la aceptación de los comités paritarios. Su posibilismo sindicalista le convirtió en el blanco preferido de los anarquistas puros de la FAI, que terminaron por conseguir su exclusión de la CNT. Su primera detención tuvo lugar en Sestao por su intervención en un mitin en defensa de la jornada de ocho horas. Al quedar en libertad condicional en espera de juicio, huyó a Francia, y de allí pasó a Argelia. En esta época comenzó a publicar artículos en Tierra y Libertad. **Al estallar la primera guerra mundial, volvió a España, desembarcando en Barcelona en agosto de 1914. Colaboró en** Solidaridad Obrera, **de la que llegó a ser director.**
Tras el triunfo de la revolución soviética, la CNT decide adherirse provisionalmente a la Tercera Internacional y envía a Pestaña a Moscú. Su Informe de mi estancia en la URSS **determinó la ruptura de la CNT con la internacional comunista.**
En agosto de 1922 sufrió un atentado en Manresa, del que resultó gravemente herido. Tras la proclamación de la República, la agudización del enfrentamiento en la CNT entre faístas y moderados llevó a estos últimos a la publicación del Manifiesto de los Treinta, **del que Pestaña fue uno de los firmantes. En 1932 fue sustituido en el secretariado del Comité Nacional de la CNT, y en diciembre de ese año fue expulsado de su sindicato, el metalúrgico de Barcelona. Pocos meses después fundó el Partido Sindicalista Español, que se adhirió al programa del Frente Popular. En febrero de 1936 fue elegido diputado por Cádiz. El 15 de octubre de 1936 se le nombró subcomisario general de Guerra, pero su precaria salud le obligó a retirarse unos meses más tarde. Murió el 11 de diciembre de 1937.**

Unos meses más tarde, los comisarios ya se comportaban como si fueran jefes adjuntos del estado mayor. Periódicamente el partido «les enviaba de gira por el frente [...] para pronunciar discursos políticos [...]. A la sazón los comisarios políticos eran meros enlaces entre el frente y el cuartel general, encargados de supervisar el abastecimiento y las provisiones alimenticias de la tropa, etc.» [21].

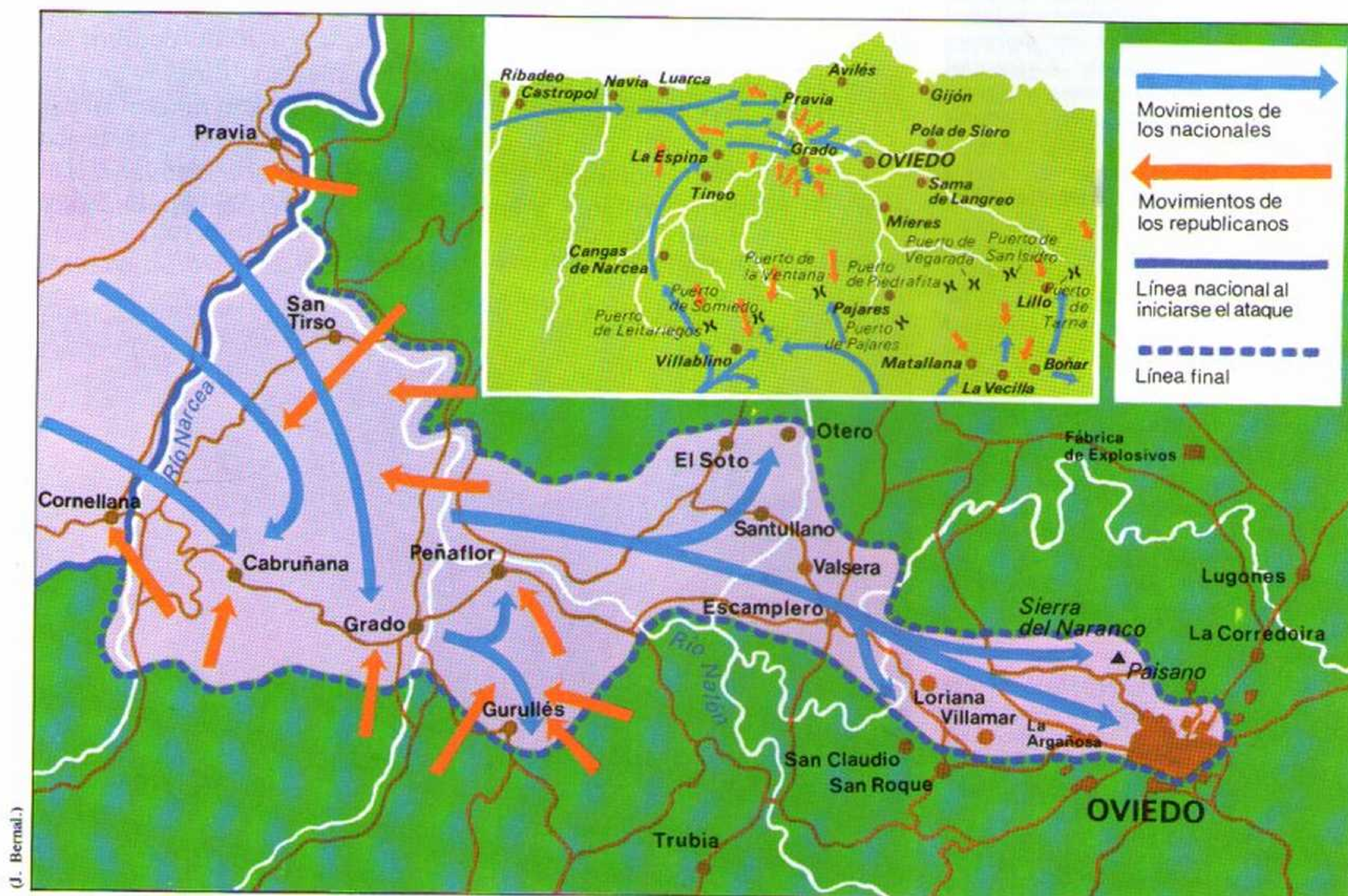
En el frente del norte, la guarnición nacionalista de Oviedo recibió auxilios de una columna procedente de Galicia, después de muchas privaciones, cuando estaban a punto de caer en manos de los mineros asturianos, quienes ya habían entrado en la ciudad [22]. Pero los mineros prolongaron durante seis meses más su agobiante cerco sobre Oviedo, aunque sin resultado. El cordón umbilical que unía a los sitiados con el mundo exterior se reducía a una estrecha franja de territorio.

El general Varela no tardó en lanzar una nueva ofensiva sobre Madrid. El cruce de carreteras de Illescas, situado a medio camino entre Toledo y Madrid, cayó el día 17 de octubre en manos de los nacionalistas. Largo Caballero telefoneó al comandante de la plaza y reconoció horrorizado la voz del general Varela al otro extremo

[21] George Orwell, «Notes on the Spanish Militias», en *Collected Essays; Journalism and Letters*, ed. por Sonia Orwell e Ian Angus (Londres, 1968), vol. I, p. 320.

[22] El 15 de octubre, García Escámez también entró en Sigüenza mediante un ataque repentino al nordeste de Madrid. Los milicianos se escondieron en la catedral y los cañones nacionalistas destruyeron parte de aquel admirable edificio antes de que aquéllos se rindieran.

Desde los primeros días, Oviedo queda totalmente aislado y a mucha distancia de las demás zonas sublevadas, puesto que de los sitiados en el cuartel Simancas de Gijón ninguna ayuda puede esperar el coronel Aranda. Los gubernamentales no admiten que la capital de la «revolución de octubre» permanezca en poder del enemigo, y concentran alrededor de la ciudad gran cantidad de hombres e importantes efectivos artilleros; también por el aire, y a partir del 24 de agosto, bombardean la ciudad. De Galicia habían salido el 29 de julio dos pequeñas columnas que se irán engrosando. Su avance, a través de una región montañosa defendida por contingentes del antiguo ejército y de las fuerzas de orden público que colaboran con los milicianos, es trabajoso y lento. Conquistar Oviedo para unos, y auxiliarlo para los otros, además de en objetivo militar se convierte en cuestión de honor.



(J. Bernal.)



(Photo Research Int.)



(Keystone.)

Las columnas gallegas, que avanzan a costa de esfuerzos y bajas, reciben en el último momento el refuerzo de una bandera de la Legión y ocho tabores. El 17 de octubre, las vanguardias toman contacto con los sitiados. Sólo se consigue abrir, y dejar abierto, un estrecho y largo pasillo que habrá que defender encarnizadamente. La capital asturiana continuará siendo acosada. Tropas gallegas entran por las calles de Oviedo, y a la derecha vemos uno de los barrios durante el asedio.

del hilo. Al día siguiente, los milicianos, agotados y sometidos a la brutalidad de las tropas marroquíes y legionarias, perdida casi la esperanza en la ayuda soviética, prometida por sus comisarios políticos, lanzaron una contraofensiva contra Castrejón y Chapinería. Seis mil hombres rompieron las líneas nacionalistas en Castrejón y rodearon la localidad en la mañana del 19 de octubre. Los sitiados efectuaron una salida a través del cementerio, convirtiendo la contraofensiva republicana en una nueva derrota. El 20 de octubre se lanzó un nuevo ataque republicano contra Illescas, dirigido por el coronel Ramiro Otal, a las órdenes de Asensio Torrado (ahora subsecretario de Guerra [23]), con los comandantes Rojo, Mena y Modesto al frente de 15.000 hombres. En aquella plaza estaba instalado Barrón con tropas marroquíes y legionarias. Las fuerzas republicanas

[23] Había sido ascendido a general después de la conquista de Talavera.



(Keystone.)

Las fuerzas de Barrón entran en Illescas el 18 de octubre, pero el gobierno reacciona con energía y lanza furiosos contraataques que, si al final fracasan, ocasionan numerosas bajas a los nacionalistas, que aguantan firmes la embestida y reanudan la marcha sobre Madrid. Estas mujeres abandonan Illescas: una escena dramática que se repetirá con semejantes características a lo largo de toda la guerra. Durante los violentos contraataques, Illescas, recién conquistada por los nacionalistas, es duramente bombardeada por los gubernamentales.

fueron transportadas al frente en autobuses de dos pisos del servicio urbano de Madrid, que eran visibles desde el puesto de mando de Barrón a través de la llanura. Illescas fue machacada por la artillería y se rindió. Entonces entraron en combate la caballería de Monasterio y la columna de Tella, procedente de Toledo. Los nacionalistas desalojaron a los milicianos, quienes tuvieron que retirarse el día 23 de octubre más allá del punto de partida.

Azaña abandona Madrid

El fragor de la batalla podía oírse en Madrid. El gobierno decidió trasladarse a una ciudad que ofreciera mayores seguridades. La primera elección recayó sobre Barcelona, y el presidente Azaña fue el primero en emprender el viaje, instalándose en los edificios parlamentarios de la capital catalana. Pero el gobierno cambió de parecer, decidiendo permanecer en Madrid. Azaña se quedó en Barcelona y el gobierno se apresuró a manifestar que su presidente se encontraba realizando una minuciosa visita al frente [24]. En adelante habría que consultarle por teléfono. Los ministros estaban cada vez más furiosos con su presidente. Este se negaba a escuchar los informes de los servicios de espionaje, a los que calificaba, no sin razón, de «malas novelas policíacas». Su sinceridad le llevaba a contar las verdades, incluso en sus llamadas telefónicas a otros países, que podían registrarse fácilmente. A las censuras del gobierno, replicaba: «No es culpa mía si yo tengo mentalidad analítica y ustedes no» [25]. Aterrado por los crímenes y asesinatos legales cometidos en nombre de la República, convencido de que ésta tenía perdida la guerra, sintiendo desprecio por Largo Caballero, Azaña representaba una carga y había dejado de ser un dirigente político. En estas tensas circunstancias, el Frente Popular y la CNT organizaron en Madrid un comité para intensificar la búsqueda y captura de quintacolumnistas. Se cometieron nuevas ejecuciones ilegales, cuando parecían haber cesado definitivamente. Así, fue asesinado Ramiro de Maeztu, que formaba parte de la generación del 98, y más adelante fue teórico del monarquismo español, y asimismo Ramiro Ledesma, cofundador del fascismo español. Toda lealtad resultaba sospechosa. A Asensio Torrado se le culpó de la caída de Illescas, especialmente por parte de los comunistas, pero Largo Caballero, que le admiraba, insistió en nombrarlo subsecretario de Guerra el 24 de octubre, mientras Pozas asumía el mando del ejército del centro [26]. Pozas, como muchos oficiales veteranos apolíticos, estaba cada vez más sugestionado por los comunistas. El mismo día el general Miaja, a quien se utilizó como chivo expiatorio cuando el fracaso de la ofensiva contra Córdoba, fue llamado desde Valencia y designado comandante en jefe en Madrid, en sustitución del general Pozas, que, un mes antes, había relevado al general Castelló. Miaja había denunciado la reciente oleada de ejecuciones en Valencia, y se le llamó a Madrid para ahorrarle las enojosas consecuencias de su actitud.

[24] Azaña, vol. IV, p. 818. Véase una versión diferente en Largo Caballero, p. 187.
[25] Alvarez del Vayo, *The Last Optimist* (Londres, 1950), p. 173.
[26] Largo Caballero, p. 186.



(Arch. C. S. de Tejada.)

RAMIRO DE MAEZTU Y WHITNEY (Vitoria, 1874-Madrid, 1936)

Brillante periodista, de estilo austero, pero lleno de fuerza, toda su vida estuvo impregnada de un individualismo radical de ascendencia nietzscheana, puesto al servicio de los valores anarquistas-liberales de su juventud, primero, y de un acusado conservadurismo reaccionario más tarde.
Nacido en Vitoria, el 4 de mayo de 1874, de padre vasco afincado en Cuba y madre inglesa, tras cursar el bachillerato en España marchó a Cuba, donde se ocupó en las actividades mercantiles de su familia. En 1898 participó en la guerra contra Estados Unidos. «El desastre colonial español» dejó una honda huella en su vida. En Madrid mantuvo contactos con los grupos regeneracionistas, y fue amigo de Azorín y Pío Baroja, integrándose en la llamada «Generación del 98». Siguió los avatares de la primera guerra mundial como corresponsal de guerra, en los frentes. Terminada la contienda, publicó La crisis del humanismo, **estudio de la Europa de su tiempo, minada por una profunda crisis de valores.**
Afincado en Madrid, inició un proceso de renovación de su pensamiento. Apoyó a la Dictadura de Primo de Rivera, que le nombró, en 1928, embajador en Argentina. En 1926 publicó su trabajo más literario, Don Quijote, Don Juan y la Celestina. **Ingresó en la Academia de Ciencias Morales y Políticas (1932) y en la de la Lengua (1935), lo que no le impidió desarrollar una intensa actividad política contra el régimen republicano. Dirigió la revista** Acción Española **y formó parte de Reno-**

vación Española, reducto del pensamiento más derechista que intentaba «crear ambiente» en la sociedad y el ejército, para la implantación de un gobierno autoritario.
En su libro Defensa de la Hispanidad (1934), sintetiza los ideales católicos y tradicionalistas de la derecha, en un plano intelectual, impregnado de misticismo.
Tras el levantamiento militar de los nacionalistas, fue víctima de la violencia que se desató en ambas zonas. El 7 de noviembre de 1936, fue asesinado en Aravaca (Madrid) por un grupo de ejecutores adictos al bando republicano.

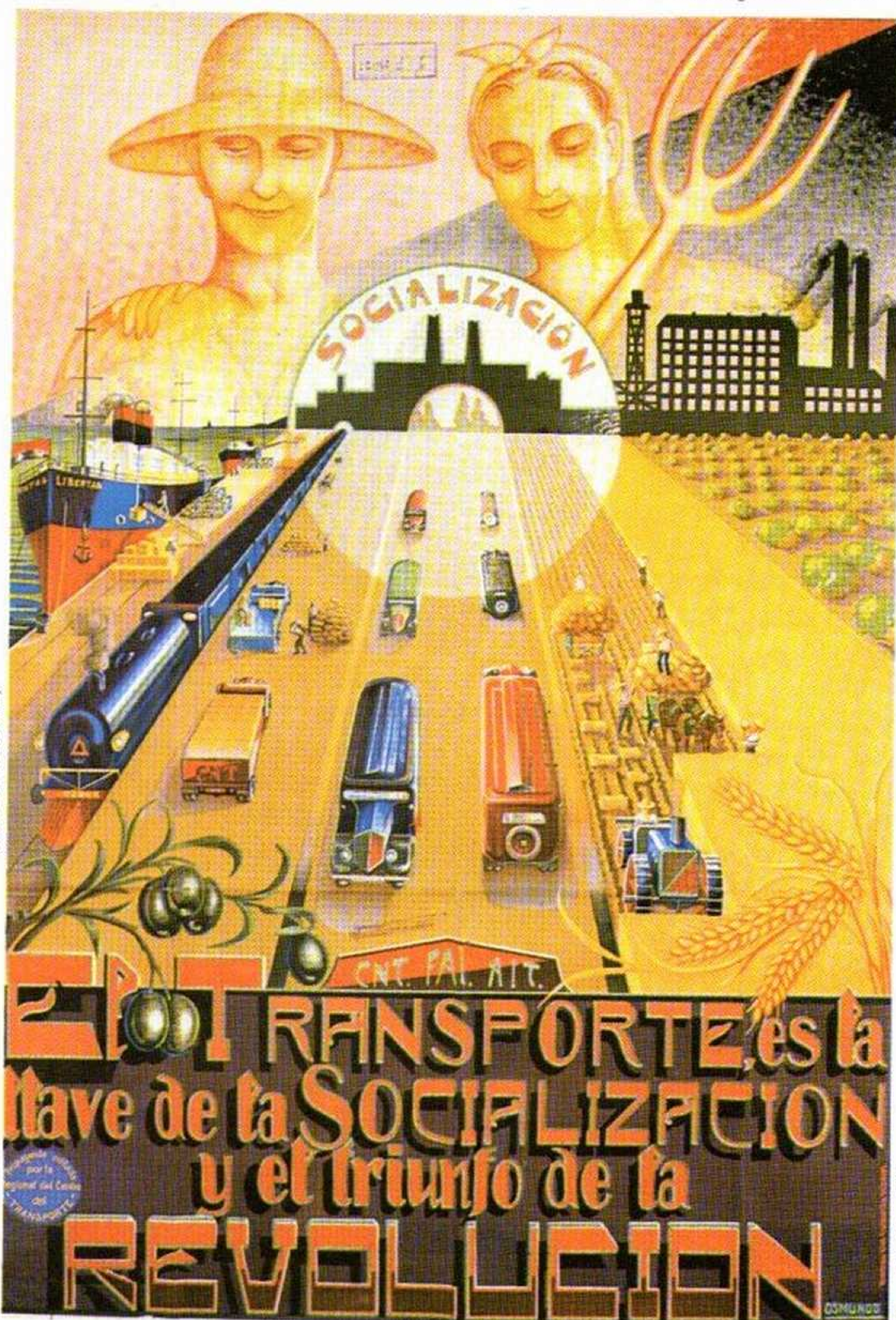
La colectivización de empresas en Cataluña

La proximidad entre Madrid y el frente de combate trajo consigo la confraternización de socialistas y anarquistas en Cataluña. Por lo menos en Barcelona zanjaron sus disputas en una declaración de objetivos comunes del día 22 de octubre, revalidada por la Generalitat dos días después. Mientras que las grandes empresas (o sea, las que empleaban a más de cien trabajadores) y aquellas cuyos propietarios eran «fascistas» serían colectivizadas sin indemnización, las plantas que empleaban de cincuenta hasta cien trabajadores (que en Barcelona de hecho eran la mayoría) sólo serían colectivizadas a petición de las tres cuartas partes de sus trabajadores. Las empresas con número inferior a cincuenta trabajadores sólo



(Centelles. Barcelona.)

En Barcelona, desde los primeros días se colectivizan los transportes públicos: autobuses, tranvías, el metro, los taxis. Los vehículos son pintados por la CNT de rojo y negro, en sustitución de sus colores usuales: rojo para los autobuses y amarillo para los tranvías y taxis. Uno de los autobuses circula por la plaza de Cataluña frente al antiguo hotel Colón, incautado por el PSUC para albergar su sede central.



(Serv. Histórico Militar.)



(The Illustrated London News.)

En la columna anunciadora, situada en la esquina de la plaza de Palacio de Barcelona, está pegado el conocido cartel que incita al hombre de la calle a alistarse en las milicias. Los guardias de asalto custodian probablemente la Consejería de Gobernación, que queda a la derecha, fuera de la fotografía. Pasado el entusiasmo de los primeros días, se hace necesario estimular a los ciudadanos, pues el reclutamiento ha decrecido considerablemente. Y eso, a pesar de que el haber que cobra en mano el miliciano es de diez pesetas diarias, cantidad que casi triplica la paga de los legionarios del bando enemigo.

podrían ser colectivizadas a petición de su dueño, salvo las destinadas a la producción de materiales relacionados con la guerra. La Generalitat tendría un representante en el consejo de administración de cada fábrica y, en las grandes empresas colectivizadas, designaría al presidente del consejo. La gestión de toda empresa colectivizada correría a cargo de un consejo elegido por los trabajadores, con un mandato de dos años. Y las que estuvieran dedicadas a un mismo sector de producción vendrían coordinadas por uno de los 14 consejos industriales, quienes podrían intervenir, si fuera necesario, en las empresas privadas, a fin de «armonizar la producción». Este decreto venía a ser la culminación de muchos actos legislativos anteriores por los que se regulaba el tema de las colectivizaciones. Más que dar libertad de acción a los anarquistas, los objetivos del decreto eran unificar y controlar el proceso de la producción. Algunas de las medidas que contemplaba el decreto ya habían sido ejecutadas. Juan Fábregas, anarquista de última hora, consejero de Economía y presidente del Consejo de Economía de Cataluña, aún dominado por los anarquistas (aunque teóricamente estuviera bajo las órdenes de la Generalitat), era en buena medida responsable de dicho decreto. Pero la coordinación lograda en la práctica fue muy vaga. Faltaban estadísticas y registros de ventas.



(Serv. Histórico Militar.)



(Serv. Histórico Militar.)

Los más importantes núcleos industriales han quedado en poder del gobierno. La explosión revolucionaria, la dispersión y la indisciplina dominantes, el desorden económico general y la escasez de materias primas son circunstancias que, sumadas al derroche, a la eliminación física o profesional de muchos dirigentes y técnicos y al elevado número de obreros que luchan en el frente o se dedican a tareas de retaguardia, hacen que la mayor parte de las industrias funcionen defectuosamente. En las que trabajan para la guerra se trata de coordinar mejor los esfuerzos, y se consiguen algunos resultados positivos, pero siempre insuficientes. España no estaba preparada para soportar una guerra. Dos carteles alusivos a esos problemas.

Carente de materias primas y aislada de sus mercados, la industria textil catalana se estaba arruinando [27]. Las industrias de guerra funcionaban mejor, pero la transformación de las industrias de tiempos de paz resultaba muy problemática.

Tres meses después del estallido de la guerra, la España rebelde ofrecía el aspecto de un Estado nuevo, al que todas las corrientes inclinaban a la centralización y la unidad y, por ende, a la eficacia; mientras que en el bando republicano las instituciones del viejo Estado estaban siendo laboriosamente resucitadas, al tiempo que se introducían innovaciones tales en las que no podía evitarse la división y el derroche de recursos. En la España rebelde un grupo de capacitados generales cuarentones pugnaban despiadadamente por hacer un mundo nuevo; mientras que en la España republicana, unos cuantos políticos de la vieja escuela trataban de salvarse del naufragio que ya parecía irreversible. Porque la presencia de tantos jóvenes en el ejército y en los partidos socialista y comunista, por no hablar del movimiento anarquista, no debe inducir al observador a creer que la República ofrecía a los jóvenes una auténtica oportunidad. La Revolución, sí; pero la República y la Revolución eran empresas distintas.

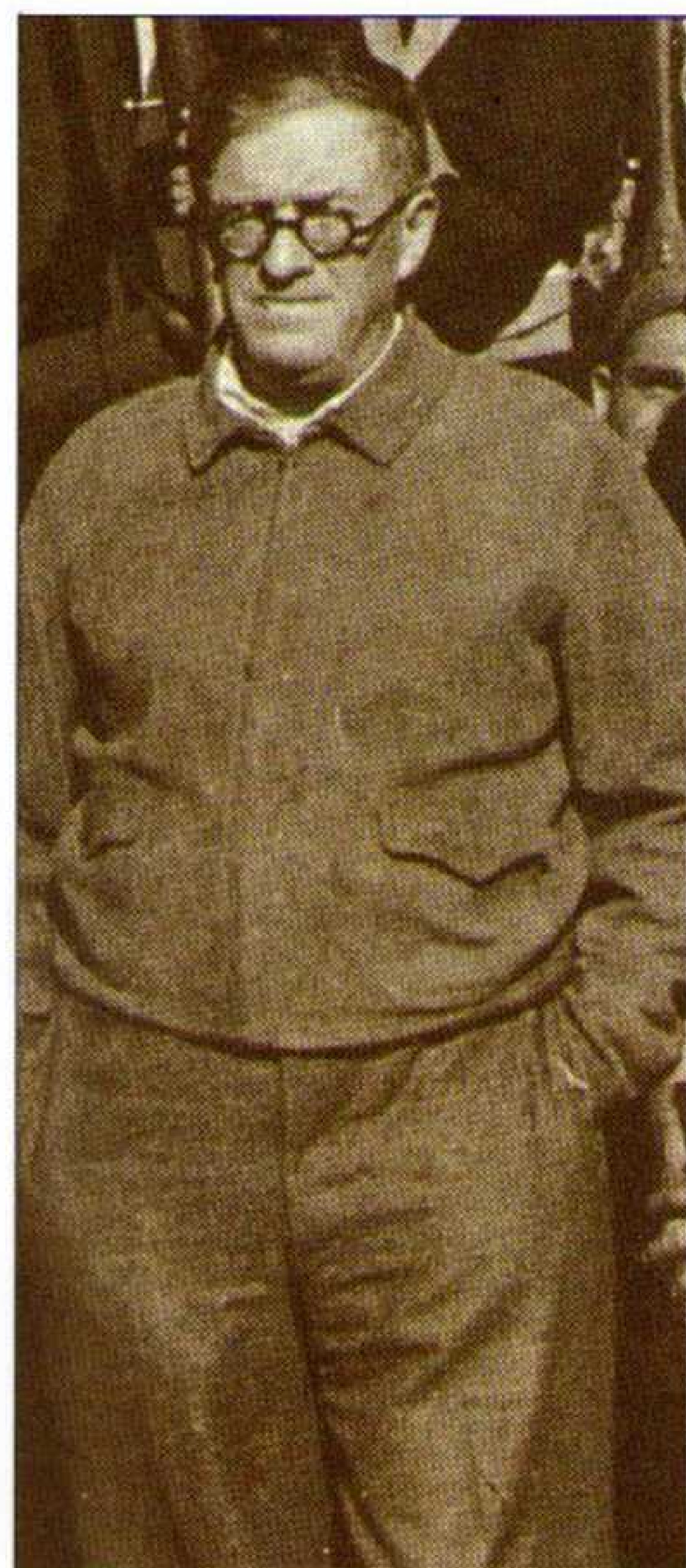
[27] Véase Carlos Semprún Maura, *Révolution et contre-révolution en Catalogne* (Tours, 1974), p. 110 y ss. Se trata de la crítica hostil de un anarquista.

27

La Sociedad de Naciones

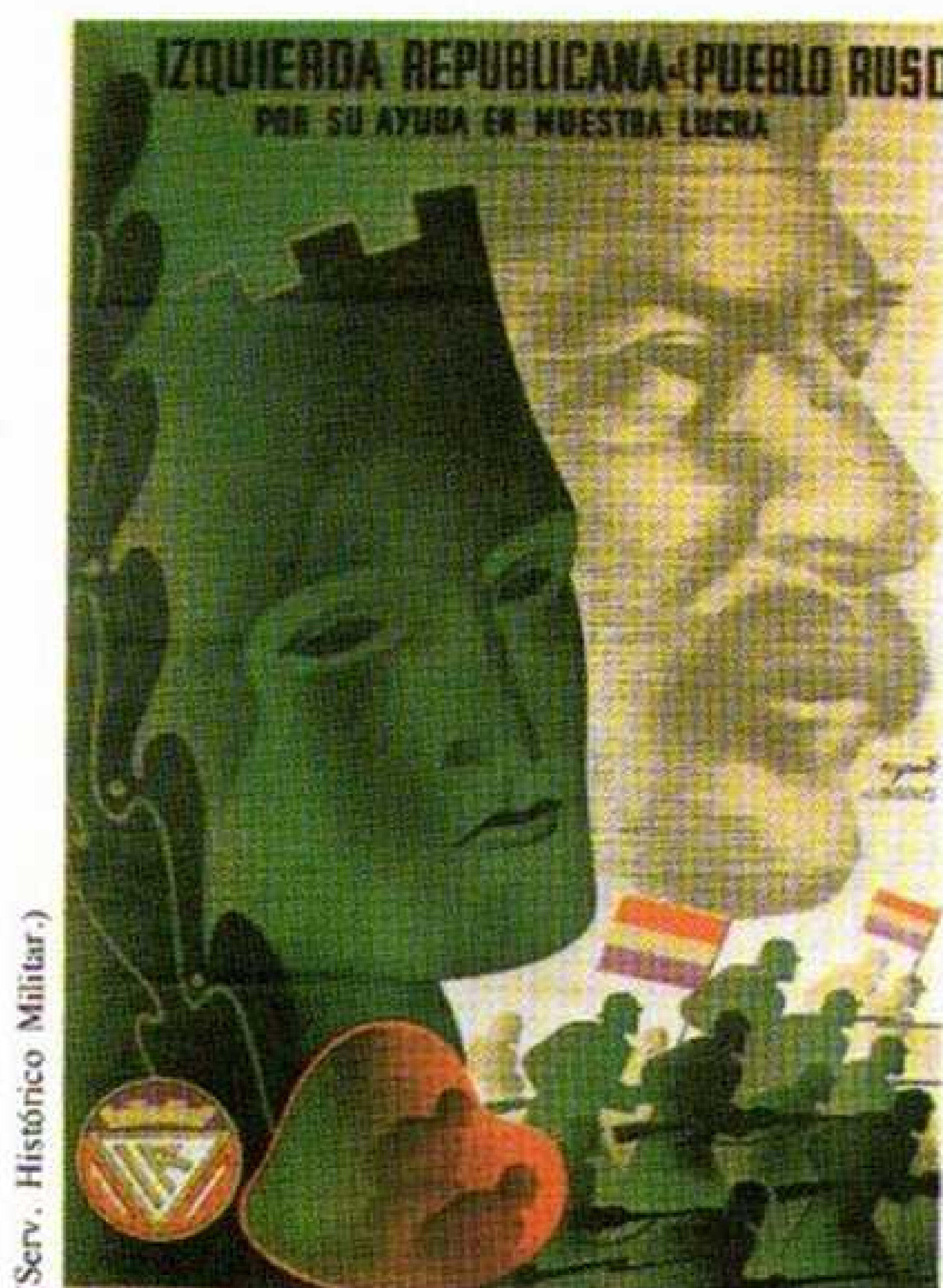
Entretanto, se había reunido en Ginebra la asamblea anual de la Sociedad de Naciones. La organización estaba agonizando. Sus deficiencias eran demasiado evidentes. Aunque en el año 1936 no contaba aún con veinte años de existencia y su sede permanente, que albergaba las enormes pinturas murales del pintor catalán Sert, cargadas de sentido triunfalista, aún estaba por inaugurar, la institución parecía cosa del pasado. Nunca, ni tan siquiera en su período de apogeo (cuando el ingreso de Alemania, en el año 1925), había perdido la Sociedad de Naciones su carácter de organismo dominado por los vencedores de la guerra europea de 1914-1918. No obstante, hasta el año 1935 sirvió con relativo éxito a su objetivo, que quería recoger el deseo universal de paz. En Ginebra se había firmado la paz entre Grecia y Bulgaria en 1925. En 1934 la Sociedad de Naciones puso fin a la guerra entre Colombia y el Perú. Si bien es cierto, también, que en 1934 dicho organismo se negó a tomar resolución alguna en el caso de Manchuria. Sin embargo, el error no pareció irreparable. Pero tampoco en 1935 la Sociedad de Naciones supo adoptar medidas eficaces contra la invasión de Abisinia por Mussolini. Tan sólo se aprobaron unas sanciones inofensivas, que el 4 de julio de 1936 fueron levantadas. Así se reconocía tácitamente la aventura de Mussolini en Africa. La responsabilidad por todas estas claudicaciones recaía en los gobiernos británico y francés, cuya influencia en el Palacio de las Naciones era abrumadora. En la asamblea general de 1936 se debía revisar el tema de la *débâcle* de Abisinia. Pero surgió el caso de España. Desde la asamblea, Eden persuadió al doctor Monteiro de que Portugal entrara a formar parte del comité de no intervención. En el discurso que pronunció durante el debate general que abrió la asamblea, Eden no se refirió a España en ningún momento. El doctor Carlos Saavedra Lamas, argentino y presidente de la asamblea, apoyado por otras delegaciones latinoamericanas, trató de impedir que Alvarez del Vayo, ministro de Asuntos Exteriores de la República, planteara el tema de la guerra civil, pues no estaba en el orden del día, aunque el debate general permitía, en principio, abordar cualquier tema. (Saavedra era pro nacionalista.) Pero Alvarez del Vayo pronunció su discurso, después de que Eden le persuadiera de que actuara con moderación. Condenó el hecho de que el acuerdo de no intervención colocara a su gobierno en pie de igualdad con los rebeldes. Además, con arreglo al derecho internacional, un gobierno está facultado para comprar armas en el exterior, pero no sucede así con un ejército rebelde. La República aceptaría la no intervención si se garantizaba la libertad para la compra de armamento.

La reunión de Ginebra no fue ningún éxito para la causa republicana. Parecía evidente que la política anglo-francesa consistía en subordinar a España a la política general europea de ambos estados. Azaña, Giral, Azcárate y todos los elementos «liberales» del go-



(Popperfoto.)

Julio Alvarez del Vayo militaba desde joven en el PSOE. Era aventajado periodista y había obtenido el acta de diputado por Madrid. En numerosas ocasiones visita los frentes de la sierra en compañía de Largo Caballero. Cuando éste forma gobierno, le encomienda la cartera de Estado, que conservará hasta que Giral le sustituya, en mayo de 1937. El 4 de abril de 1938 se reincorporará a sus funciones ministeriales hasta el final de la guerra, cuando se produce el golpe del coronel Casado. Entre sus múltiples actividades diplomáticas, representa a España en la asamblea de la Sociedad de Naciones. Su actuación ha sido juzgada de manera contradictoria; suele considerársele excesivamente influido por los comunistas.



(Serv. Histórico Militar.)

La burocratización de la URSS y de los organismos que de ella dependen, hace que la ayuda soviética, verdaderamente decisiva, no llegue a España hasta octubre. Tanto por el suministro de aviones, tanques, artillería, armas automáticas y medios de transporte principalmente, como por la cooperación de asesores militares a todos los niveles, aviadores, tanquistas e instructores, como por las distintas ayudas técnicas, la intervención de la Unión Soviética viene a cambiar el signo de la guerra y a restablecer el equilibrio. Pero los militares soviéticos —como en el bando enemigo, alemanes e italianos— no sólo venían a colaborar, sino que al mismo tiempo aprendían y se entrenaban. Un partido demócrata y burgués, como Izquierda Republicana, demuestra su afecto y admiración hacia la URSS en este cartel, en el cual el rostro paternal y poderoso de Stalin protege la simbólica y femenina figura de la República.

bierno sufrieron una grave decepción con respecto a Inglaterra. Sólo Litvinov habló en términos favorables para España. A la sazón, lo supiera o no Litvinov, Rusia había resuelto ayudar a España con armas y no tan sólo con palabras. La decisión debió de tomarse en el mes de agosto, puesto que las armas empezaron a llegar a España a mediados de octubre.

La ayuda rusa

El gobierno de la República había solicitado armas a la Unión Soviética cuando Giral era todavía jefe de gobierno. Al parecer, una delegación de Madrid llegó a Odesa a finales de agosto [1]. Por entonces, como se recordará, se había establecido en Madrid y Barcelona una importante delegación rusa, encabezada por el experto embajador Rosenberg y el influyente jefe de la misión militar (Berzin). Unos días más tarde, un puñado de pilotos rusos montaron a bordo de los nuevos aviones franceses que la República acababa de comprar «en condiciones de inferioridad para nosotros», causando gran impresión en sus camaradas españoles: se trataba de unos pilotos «realmente extraordinarios», como los describió el capitán García Lacalle [2]. Parte del material de guerra tal vez llegó a finales de agosto, aunque era de poca monta, y los tanques y aviones rusos no aparecieron hasta octubre [3]. Aunque Francia e Inglaterra apoyaban la no intervención, la República tenía otras opciones para adquirir armamento en los Estados Unidos y en Latinoamérica, aparte de Rusia. Pero para contrarrestar la ayuda alemana e italiana a Franco, no interesaba obtener el auxilio de un gobierno que no fabricara armas, y el equipo ruso era cualitativamente superior a cualquier otro que pudiera adquirirse fuera del mercado inglés y norteamericano. En realidad, los tanques y aviones rusos no dejaban nada que desear en cuanto a eficacia, como ya se verá, aunque ni Largo Caballero ni Giral se dieran cuenta.

Según Walter Krivitsky, miembro «residente» del servicio ruso de información militar en La Haya, Stalin tomó la decisión de prestar su ayuda a la República española el 31 de agosto, en el curso de una reunión del Politburó celebrada en Moscú [4]. A partir de entonces, tanto el gobierno ruso como el Komintern y sus diversos agentes y organizaciones secretas de semiespionaje empezaron a prepararse para un mayor compromiso militar. Una razón que motivó esta decisión fue el abandono de los intereses de la República española en París: tanto el embajador Albornoz como De los Ríos, junto con el diputado socialista por Granada, doctor Alejandro Otero, eran personas respetables, pero no resultaron buenos contrabandistas de armas. «La Pasionaria» visitó París a finales de agosto acompañando a una delegación de Madrid y se encontró con que el telefonista de la embajada española (que había permanecido en su puesto con el embajador monárquico Quiñones de León) había revelado todos los secretos de la República a los representantes de los nacionalistas en París [5]. Sea como fuere, lo cierto es que Krivitsky recibió instrucciones en La Haya (el día 2 de septiembre, según él) para que procurara por todos los medios el embarque de armas de toda Europa con dirección a España [6]. Unos diez días

después, el 14 de septiembre, se celebró una reunión en Moscú para organizar el envío de ayuda militar directamente de Rusia a España. La reunión tuvo lugar, de forma ominosa, en los locales de la Lubianka, al parecer en presencia de Yagoda, a quien le restaba tan sólo una semana o algo más al frente de la policía secreta (NKVD); también asistieron el general Frinovsky, a la sazón «comandante en jefe de las fuerzas militares del NKVD»; el general S. P. Uritsky, jefe del servicio de información militar tras el cese de Berzin, que se encontraba en España al frente de la misión militar rusa; y finalmente, A. A. Slutsky, persona «cordial, valerosa y humana», que ostentaba la jefatura de la división extranjera del NKVD. En esta reunión se atribuyeron al NKVD facultades supervisoras para el envío de armas y personal con destino a España y se adoptó, o se confirmó, el acuerdo de nombrar oficial superintendente a un tal Alexander Orlov (cuyo verdadero nombre era Nikolsky), «oficial veterano» del NKVD, que ya había estado en España [7]. El embarque de armamento corría a cargo de Uritsky, quien montaría una agencia especial dirigida por el capitán Umansky, en Odesa. Todas estas medidas se ejecutaron rápidamente [8]. Pero nadie estaba al corriente de este plan, salvo aquellos dirigentes que por razón de su cargo estaban obligados a ello: Litvinov, probablemente, y también Maisky y Koltsov pasaron semanas


(The Illustrated London News.)

El 23 de agosto, la Unión Soviética, que no desea quedar al margen de las actividades de las grandes potencias, se adhiere al pacto de No Intervención. Maxim Maximovitch Litvinov, ministro soviético de Asuntos Exteriores, firma la adhesión, sin dejar de formular las reservas que considera necesarias. También defiende al gobierno republicano en la reunión de la Sociedad de Naciones. Litvinov es un eficaz funcionario, portavoz del todopoderoso Stalin, un peón en la complicada política de la URSS en el difícil momento europeo, que la guerra civil española viene a complicar aún más.

[1] Krivitsky (p. 110) habla de «tres altos funcionarios republicanos» que llegaron a Rusia a finales de agosto. Por sorprendente que parezca, de momento no hay ninguna otra evidencia de esta visita, pero yo me inclino a aceptar el testimonio de Krivitsky, aunque a veces se equivoque en los detalles.

[2] Carta al autor, julio de 1964. Véase G. Prokofiev en *Bajo la bandera*, p. 373. Estos pilotos volaron en España durante «la mayor parte de septiembre».

[3] Un agente alemán informó en septiembre que estaban cruzando los Dardanelos tres barcos rusos que transportaban 500 toneladas de material de guerra y 1.000 de municiones. Véanse los archivos del agregado militar alemán en Ankara (Anexo del Informe N.º 4.238 del agregado militar alemán, Ankara, 7 de febrero de 1938, y Anexo 2 del Informe N.º 7.238 del 4 de abril de 1938) que pretenden ser afirmaciones procedentes de un agente alemán con acceso a los registros turcos sobre la cantidad de ayuda soviética que pasaba por los Dardanelos. (D. C. Watt descubrió estos valiosos documentos; véase *The Slavonic and East European Review*, junio de 1960, pp. 536-541.) El cónsul general alemán en Barcelona informó, el 16 de septiembre, de que una fuente bien informada le había dicho que los rusos habían desembarcado 37 aviones en España, donde habían llegado, por vía marítima, la semana anterior (*GD*, p. 89), pero nadie los vio en el aire hasta octubre. Véase una aparente confirmación de esto en Gisclon, p. 123. Sin embargo, el encargado de negocios francés en Turquía informó de que, del 15 de agosto al 15 de septiembre, «sólo fueron vistos cuatro barcos rusos o españoles que transportaban 30.000 toneladas de petróleo para España» (*FD*, p. 567).

[4] Sin embargo, otro testimonio indica que Stalin no estaba en Moscú aquel día.

[5] Ibárruri, p. 301.

[6] Krivitsky, p. 111.

[7] Sobre la reunión, véase Krivitsky, pp. 110-113. Más adelante, Orlov huyó a Estados Unidos, donde estuvo escondido hasta la muerte de Stalin. Luego declaró como testigo en varios juicios de espías en los años cincuenta, y manifestó al subcomité de Seguridad Interior del Senado que su papel en España había sido de asesor en cuestiones de «espionaje, contraespionaje y lucha de guerrilla» (Testimonios, parte 51, 1957, p. 3422). Dijo a Stanley Payne que le habían destinado a España el 26 de agosto y que llegó allí el 9 de septiembre. Pero, sobre Orlov, véase Poretsky, p. 259.

[8] Uritsky, que tenía treinta y seis años, era hijo del fundador de la Checa, asesinado en 1918. Umansky (a quien Krivitsky llama equivocadamente Oulansky) fue uno de los comunistas judíos de Polotsisk (Podrolosciska), en lo que había sido la Galitzia austriaca, que desempeñaron un interesante papel en la diplomacia secreta rusa, y sobre los cuales escribió un libro de recuerdos la viuda de uno de ellos (Ignace Reiss-Poretsky) (Elizabeth Poretsky, *Our own People*, Londres, 1969). Krivitsky (nacido Samuel Ginsburg) era otro de ellos. Umansky («Misha») aparece muchas veces en el estudio de la señora Poretsky.

Asociación de Amigos de la Unión Soviética

¡CON ESPAÑA POR LA LIBERTAD!

TELEGRAMA MOSCU, 27 DE OCTUBRE.-«El Consejo Central de los Sindicatos de la U. R. S. S. comunica que la colecta

(Serv. Histórico Militar.)

Fragmento de un cartel de los Amigos de la Unión Soviética, uno de los varios grupos o asociaciones receptores y difundidores de la influencia rusa.

enteras sin ser informados del plan, y asimismo los dirigentes del Komintern (en Moscú y en París), la mayor parte de los cuales siguieron denunciando durante el mes de septiembre y comienzos de octubre que Stalin «estaba traicionando a la revolución española», según manifestó Trotsky desde Noruega [9]. El gobierno español no se enteró de que Rusia proyectaba enviarle suministros de armas hasta muy poco tiempo antes de que zarparan los barcos cargados de material.

Era la primera vez que Rusia se embarcaba en una aventura de esta índole. Carecía de una flota mediterránea. Habría que mantener el secreto en torno a la ruta a seguir. Dados los problemas geográficos y los problemas internos que tenía el propio Stalin (el término quizá resulte un tanto eufemístico para calificar a las célebres purgas que entonces se iniciaban entre los altos cargos de la vieja guardia bolchevique), el proyecto de enviar asistencia a la República parecía arriesgado.

Los primeros cargamentos con destino a España debieron quedar listos para zarpar del puerto de Odesa a finales de septiembre. De esta forma, el encargado de negocios alemán en Moscú, en un interesante informe, manifestó que, según había observado un experto «en el puerto de Novorossik, en el mar Negro, se ha limitado estrictamente desde el verano el acceso al área portuaria [...]». El mismo observador (seguramente un agente del cónsul alemán en Odesa) creyó que «[...] los pesados embalajes del *Neva,* que zarpó con destino a España del puerto de Odesa, no sólo contenían alimentos [...]. Pero no ha sido posible obtener pruebas fehacientes de violación del embargo de armas por parte del gobierno soviético» [10]. Efectivamente, se trataba de petróleo. La República firmó de nuevo los antiguos acuerdos hispano-rusos, que el gabinete derechista no había renovado en el año 1935, y el gobierno ruso envió a España un mínimo de 30.000 toneladas de petróleo entre el 15 de agosto y el 15 de septiembre, y otras 44.000 toneladas entre esta fecha y el 12 de octubre [11].

Pero Stalin continuaba mirando con recelo la decisión de ayudar a la República. Ordenó a los técnicos y expertos militares destacados en España que «se mantuvieran a resguardo de la artillería enemiga» [12]. Los cargueros rusos debieron zarpar de Odesa el 4 de octubre como mucho. Ni siquiera en esa fecha debía de ser muy firme la decisión, como parece señalar una historia referida por el anarquista francés Pierre Besnard: el día 2 de octubre llegó a Madrid con dos representantes de un consorcio internacional (cuyo nombre no cita) para la venta de armas. Besnard, Durruti y Largo Caballero se reunieron con estos dos hombres para conocer sus ofertas; Largo Caballero prometió que aquella misma tarde expondría a su gabinete la posibilidad de comprar armas al consorcio. El consejo de ministros dio su aprobación y al día siguiente, el 3 de octubre, se ultimaron los pormenores de la transacción en presencia de

[9] Véase Hernández, p. 42; Fischer, p. 350.
[10] *GD,* p. 100.
[11] *FD,* vol. III, p. 567.
[12] Krivitsky, p. 100.

Durruti. El 4 de octubre, Durruti recibió una llamada telefónica del embajador ruso, Rosenberg, quien le pidió que le visitara; Durruti se excusó alegando que tenía que regresar al frente. Días después el gobierno republicano anunció a Besnard que no podía cerrar el trato, pues los rusos habían protestado [13].
Se tomaron las disposiciones diplomáticas adecuadas para garantizar el éxito de la operación. Así, el encargado soviético de negocios en Londres, Kagan, envió una nota en tono de ultimátum a lord Plymouth, el nuevo representante británico en el comité de no intervención. Alegando que la aviación italiana había desembarcado numerosos legionarios en territorio español, Kagan anunció el día 7 de octubre que, si no cesaban tales violaciones del pacto de no intervención, Rusia se consideraría libre de sus compromisos. «Si hay acuerdo —escribió Kagan—, queremos que se cumpla. Si el comité [...] es capaz de asegurarlo [...] estaremos conformes. Pero si no es capaz, que lo diga abiertamente» [14]. Al día siguiente, el 8 de octubre, un diplomático ruso dijo al encargado americano de negocios en Moscú que, si el comité no se mostraba decidido a

[13] Discurso de Pierre Besnard en el VII Congreso de la AIT en París, en 1937, cit. por Andrés Suárez en *El proceso contra el POUM* (París, 1974), p. 22, nota.
[14] Cattell, *Soviet Diplomacy*, p. 44.

En el mes de octubre atraca en el puerto de Barcelona el vapor soviético Ziryanin, *al cual se le tributa un grandioso recibimiento, promovido por la Comisaría de Propaganda de la Generalitat; participan las primeras autoridades catalanas, el cónsul soviético, el escritor Ilya Ehrenburg y el activo Jaume Miravitlles, que organiza en honor de los marinos cenas y homenajes. Pero, al parecer, a bordo del* Ziryanin *llegan solamente alimentos, y no las armas que se esperaban, y de las cuales andan escasas las milicias catalanas. La Unión Soviética no desea que los anarcosindicalistas se queden con el armamento, que se canaliza hacia Cartagena, base naval bien defendida, y controlada por el gobierno central.*



(The Illustrated London News.)

terminar con las violaciones, Rusia se retiraría del mismo, considerándose en libertad de enviar material militar a España. Este brusco cambio de política irritó al Foreign Office. «¿Qué espera conseguir Rusia abandonando ahora la neutralidad?» Pero la acción de los rusos fue apoyada por la conferencia del Partido Laborista, que, el día 9 de octubre, aprobó una resolución por unanimidad en la que se declaraba que Alemania e Italia habían quebrantado la neutralidad, solicitando la oportuna investigación. Aquel día la reunión del comité duró siete horas y las acusaciones que se cruzaron entre Kagan y Grandi dejaron estupefactos a los restantes diplomáticos. Lord Plymouth expuso a los alemanes, italianos y portugueses la denuncia del gobierno español ante la Sociedad de Naciones en el sentido de que estos tres países prestaban ayuda a los rebeldes. Kagan acusó a Portugal de permitir que su territorio se convirtiera en base de operaciones de los nacionalistas y solicitó que se destacara a una comisión que patrullara la frontera hispano-portuguesa. El embajador portugués se retiró durante los debates sobre la propuesta rusa, que consideró insultante [15].

Rusia creía ahora que su postura había quedado clara en el terreno legal. A primeros de octubre, por lo menos dieciséis buques rusos y de otras nacionalidades atravesaron el Bósforo transportando armas hacia España [16]. El primero que llegó a Cartagena fue el *Komsomol*, cargado con tanques, carros blindados y algo de artille-

Los buques soviéticos y españoles que a partir de octubre llegan a Cartagena son portadores de ayuda militar para el gobierno republicano. Entre los aparatos de caza se distingue por su calidad, velocidad y facilidad de maniobra el Istrievitel-15, llamado «Chato». Este aparato ha sido diseñado por el ingeniero Polikarpov. Es un biplano de 500 HP, con velocidad de 350 kilómetros por hora; va armado de cuatro ametralladoras sincronizadas y puede llevar bajo las alas dos bombas de hasta 25 kilos cada una. Hasta que pudieron ir siendo sustituidos por pilotos españoles, la aviación republicana estaba pilotada por aviadores rusos. Sólo al final de la guerra el I-15 sería superado por un nuevo modelo, el I-15 bis, o «Super-Chato», versión mejorada del anterior.


(Arch. Azaola.)

ría, junto con un grupo de expertos en carros de combate, al mando del coronel Simón Krivoshein [17]. Durante aquellos días llegaron aproximadamente cien tanques y cien aviones y asimismo cierto número de camiones, armas antiaéreas, carros blindados y material diverso, en gran parte de primera mano. Los dos modelos de cazas rusos enviados a España, el nuevo monoplano I-15, el biplano conocido en España con el nombre de *Chato* y el I-16, conocido con el nombre de *Mosca (Rata* para los nacionalistas), eran los más veloces de Europa [18]. El *Chato* desarrollaba una velocidad máxima de 350 kilómetros por hora y disponía de cuatro ametralladoras, siendo capaz de arrojar pequeñas bombas de 12 kilos [19]. El *Mosca* sólo disponía de cuatro ametralladoras, pero era mucho más veloz, alcanzando los 480 kilómetros por hora [20]. Estaba provisto de un nuevo dispositivo para las ascensiones rápidas,

15 *NIS*, quinta reunión.

16 Véase también (si se desea una confirmación aproximada de la cifra) *GD*, p. 126; *New York Times*, 24 de octubre de 1936. Krivoshein era hijo de un relojero judío de Voronezh.

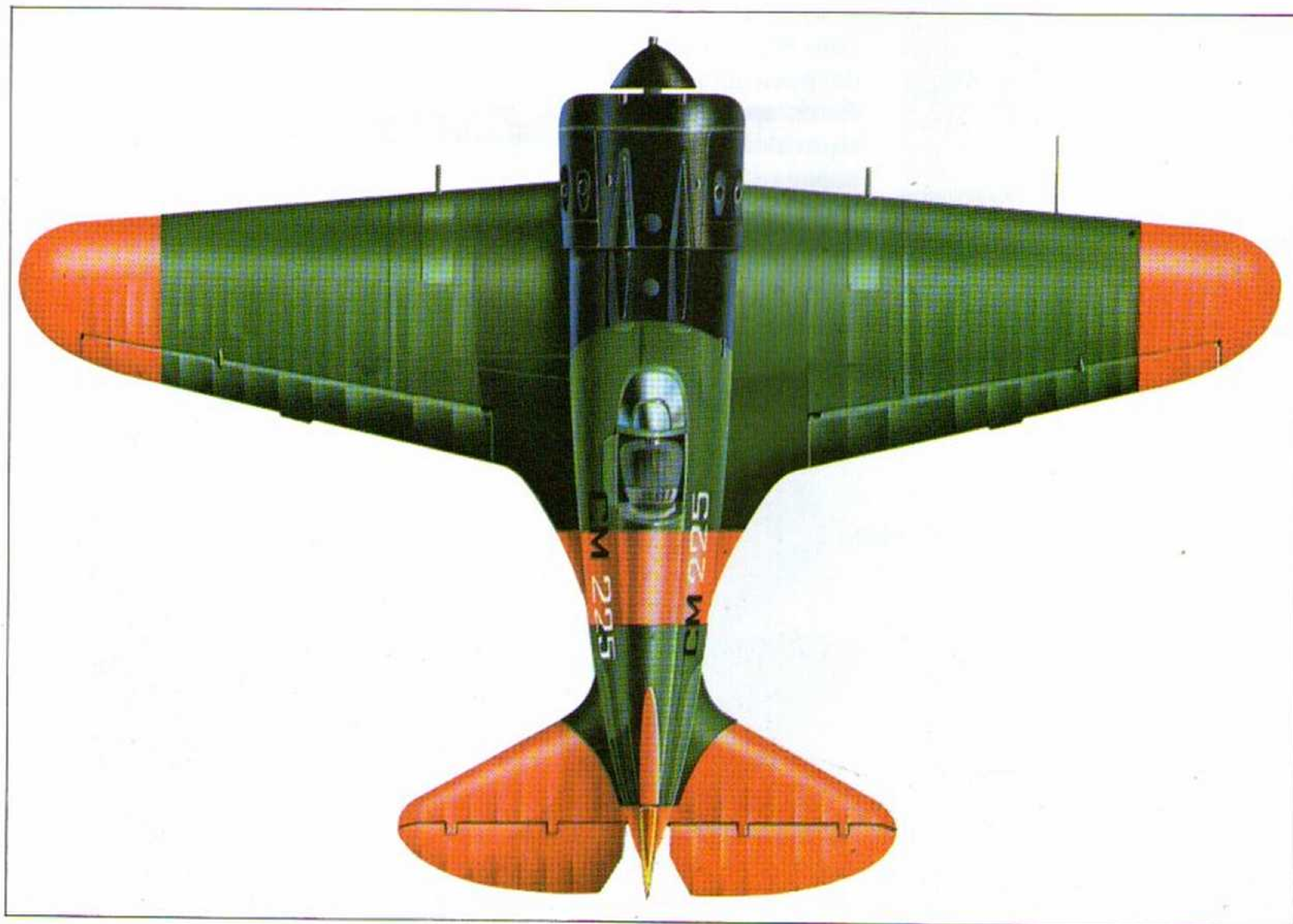
17 Kuznetzov en *Bajo la bandera*, p. 179; también Krivoshein en el mismo sitio, p. 319. Algunos barcos eran rusos, la mayoría eran españoles.

18 «I» era la letra que indicaba «caza rápido» en las fuerzas aéreas rusas y, por consiguiente, estos dos cazas eran el 15.º y el 16.º de la serie. «SB» significaba bombardero y «R» reconocimiento. Tanto los *Chatos* como los *Moscas* fueron diseñados por Polikarpov.

19 Véase García Lacalle, p. 561 (en 1938 llegó un pequeño número de aviones del modelo mejorado I-15 bis); Sanchís, p. 30 y ss.

20 Véase García Lacalle, p. 565; Sanchís, *loc. cit.*

Más rápido aún que el «Chato», es el I-16, un monoplano con motor de 650 HP que alcanza los 480 kilómetros por hora, llamado «Mosca», y conocido como «Rata» por los nacionalistas; también era de Polikarpov. Este aparato, armado primero con dos ametralladoras (después llevaría cuatro), es superior a los cazas alemanes e italianos, y está considerado como el mejor avión de caza utilizado por la fuerza aérea gubernamental. Parece que durante los últimos meses de 1936 llegaron un total de 45 aparatos de este tipo, y que entraron en combate por primera vez el 28 de octubre.



(Pilot Press.)



(Pilot Press.)

En las mismas expediciones llegan los SB-2, Tupolev, bimotor de bombardeo que se conoce con el nombre de «Katiuska», cuya velocidad le permite actuar sin escolta de cazas, y el de bombardeo táctico «Natacha», algo más anticuado, pero no tanto como afirman algunos autores. Estos aparatos, y sobre todo el «Katiuska», son muy superiores a los lentos y vulnerables Junkers.

tren de aterrizaje abatible y un motor de gran potencia. No tardaron en entrar en servicio dos escuadrillas de estos cazas, de treinta y un aparatos cada una, todos ellos pilotados al principio por rusos. Pronto llegaron tres nuevos aparatos: el bombardero SB de doble motor, el primer bombardero moderno, conocido con el nombre de *Katiuska,* construido en el año 1933; designado como «interceptor», alcanzaba una velocidad máxima de 400 kilómetros por hora y no precisaba escolta alguna [21]; el *Natasha,* otro bombardero rápido [22]; y el *Rasante,* empleado para ametrallamientos en vuelos de poca altura [23].

Estos aparatos eran más veloces y técnicamente superiores a sus equivalentes italianos y alemanes, aunque el sólido caza Fiat era capaz, a veces, de maniobrar más rápidamente que el *Chato,* y los

(Arch. Azaola.)



Junkers 52 eran más útiles como aviones de transporte que como bombarderos. En lo sucesivo los Heinkel 51 perderían gran parte de su eficacia.
En poco tiempo, el centenar aproximado de aviones rusos que sobrevolaban España darían a la República el dominio de los aires. Algo similar ocurrió con los tanques rusos enviados a España por las mismas fechas. Eran carros T-26 de diez toneladas, que llevaban un pesado blindaje e iban dotados de ametralladoras, constituyendo un modelo más temible que los Fiat-Ansaldo, de tres toneladas, y los Panzer Mark-1 con los que tendrían que enfrentarse, pues éstos no disponían de cañones, sino sólo de ametralladoras [24]. Las armas rusas antitanques (de 45 milímetros, basadas en los Vickers de dos toneladas) también eran superiores a todos los modelos alemanes [25].
El personal ruso en España era ya numeroso antes del día 1 de noviembre: jefes, pilotos, expertos en tanques e instructores de vuelo, más algunos intérpretes. El jefe de la misión seguía siendo el general Berzin («Grishin»), el cual, como ya se ha visto, había llegado a Madrid en septiembre. El jefe de la fuerza aérea era el coronel Jacob Schmushkevich («el general Douglas»). Largo Caballero acusaría a éste de actuar con independencia del ministerio de Defensa de la República desde la base de Llanos y de menospreciar a los españoles no comunistas [26]. Algunos de sus pilotos, como Prokofiev, Kopets y Schacht, llevaban en España todo el mes de septiembre; otros llegaban por primera vez y no tardarían en sentirse como en su propia casa en los cielos de España [27]. Los futuros mariscales Malinovsky, Rokossovsky y Konev aparecieron pronto en España, y asimismo el general Kulik, «el vencedor de Tsaritsin», durante la guerra civil rusa, que era asesor del general Pozas, comandante en jefe de los ejércitos del centro de España [28]. La mayor parte del personal actuaba en calidad de «asesores» de los jefes republicanos en sus puestos de mando, otros eran responsables del armamento técnico o bien se instalaban en el cuartel general de la misión rusa. El asesor en Madrid era el agregado militar que había llegado en agosto, general Goriev, descrito por Ehrenburg como «persona inteligente, reservada y, al propio tiempo, apasionada, e incluso poética [...]. Todos creían en su buena

[21] El *Katiuska* tenía una autonomía de 1.500 kilómetros, una capacidad para bombas de 900 kilos, y la misma velocidad de subida que el *Mosca*. Véase Sanchís, *loc. cit.* Este bombardero tenía una tripulación de tres personas, dos ametralladoras móviles y una fija, todas ellas de 7,62 mm. Su carga de bombas consistía en seis bombas rusas de 70 kilos y cuatro de 10.
[22] Los *Natashas* eran biplanos de 750 CV.
[23] El *Rasante* tenía 500 CV.
[24] El tanque ruso T-26 pesaba 10,5 toneladas y tenía un cañón de 45 mm de calibre y dos ametralladoras gemelas; el TB-5 (no se usó hasta septiembre de 1937) disponía también de un cañón de 45 mm y cuatro ametralladoras gemelas. Pesaba 20 toneladas. Los Panzer pesaban 6 toneladas y llevaban dos ametralladoras, y los Fiat-Ansaldo pesaban 3,3 toneladas y sólo llevaban una ametralladora. Véase, entre otros, R. Salas, en Carr, *The Republic*, p. 187; y también Modesto, p. 235.
[25] Las fábricas intervenidas por Franco copiaban más a éstas que a sus equivalentes alemanas.
[26] Véase Martínez Amutio, p. 85.
[27] Largo Caballero, p. 206; Prokofiev, en *Bajo la bandera*, p. 380 y ss.
[28] Conocido como «Kupper» en España (Castro Delgado, pp. 457-458; Hernández, pp. 80-81).


(Keystone.)

RODION IAKOLEVITCH MALINOVSKY (Odesa, 1898-Moscú, 1967)

Este hombre corpulento, de expresión dura, cuya presencia física emanaba poder personal, según un periodista norteamericano, era un campesino, hijo de campesinos, que llegó a ser un prestigioso militar profesional y ocupó los más altos cargos en la jerarquía castrense de la Unión Soviética. Nacido en Odesa (Ucrania), el 23 de noviembre de 1898, trabajó como campesino y como recadero, hasta su alistamiento voluntario en el ejército del zar, en 1915. Enviado al frente francés durante la primera guerra mundial, al estallar la revolución de 1917 fue elegido representante del comité de soldados rusos en Francia, que exigían regresar a su país. Tras algunas vicisitudes, pudo volver a Rusia —ya rebautizada URSS— en 1919. Ingresó en el Ejército Rojo, y con él participó en la guerra civil rusa, como instructor de ametralladoras. En 1926 ingresó en el Partido Comunista, y asistió a la academia militar «M. V. Frunze», donde cursó estudios hasta 1930.
Durante la guerra civil española fue enviado por el gobierno de su país para ayudar al bando republicano, canalizar la ayuda militar soviética y aprovechar ésta para potenciar al Partido Comunista en la reorganización del ejército popular. Como muchos otros, usó nombres falsos para evitar su localización por el Comité internacional de No Intervención. Se le conocía por «Manolito» o «Coronel Malino». Parece ser que hablaba español, y participó en diversas acciones bélicas en el frente de Madrid y en el Jarama. Años más tarde, cuando ya era ministro de Defensa de la URSS, escribió un relato de su vivencia española, Recuerdos de la

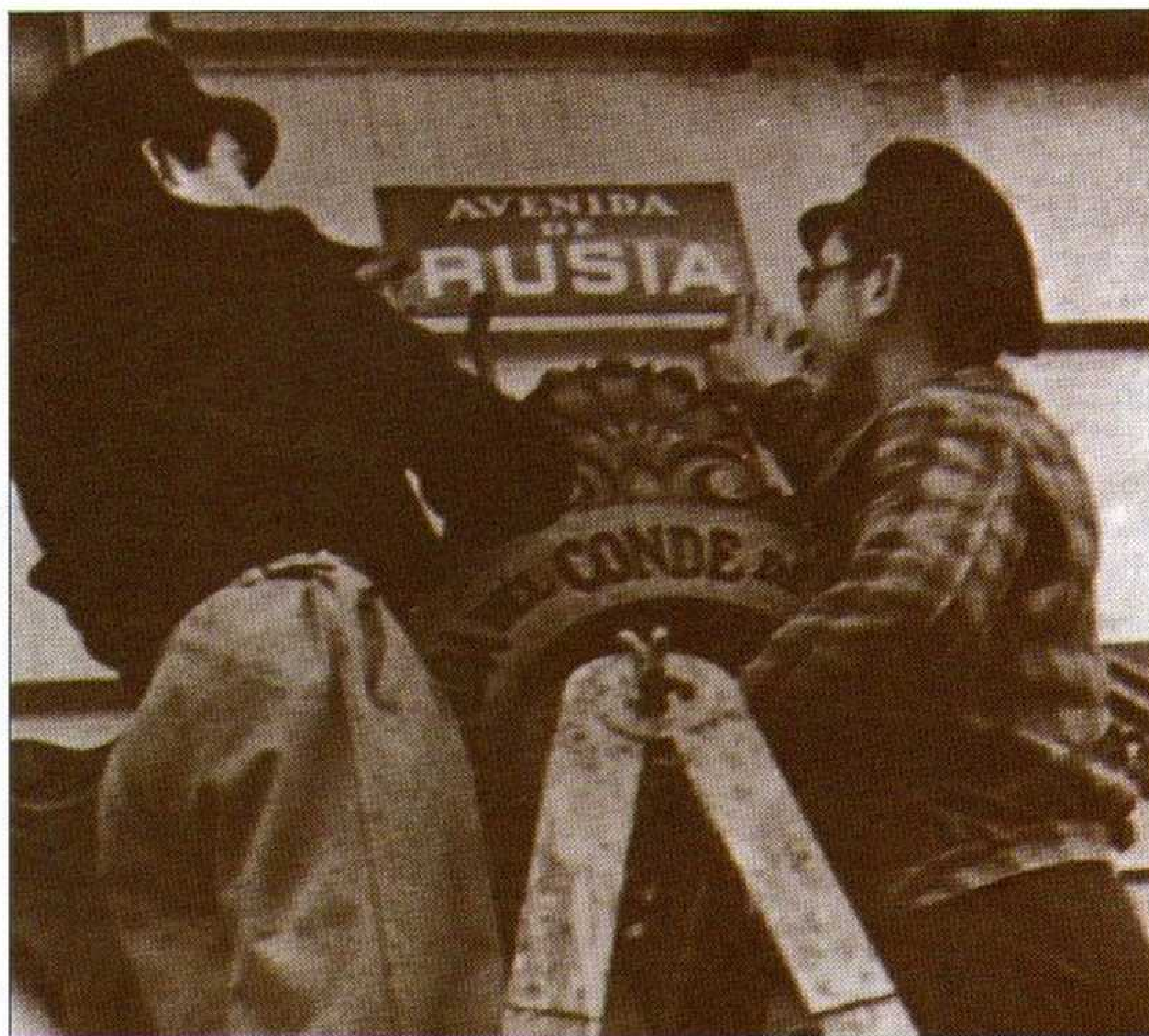
guerra de España, **recopilado, junto a otros, en el libro** Voluntarios soviéticos en la guerra de España. **Fue, junto con Konev, Rokossovsky y Kuznetsov, uno de los pocos veteranos de la guerra de España que no se vieron afectados por las purgas políticas de Stalin.**
Participó brillantemente en la segunda guerra mundial, defendiendo, primero, a su país de la invasión nazi (Dniepropétrovsk, Stalingrado, frente de Ucrania, etc.), y avanzando, después, por Rumania, Hungría, Yugoslavia y Austria. Tras la rendición nazi, fue nombrado comandante en jefe del Ejército Rojo en Extremo Oriente. Como tal, en 1945, dirigió la campaña de Manchuria contra Japón y desempeñó un papel importante durante la crisis de Corea, en 1950, desencadenada ya la guerra fría entre los bloques.
En 1946 fue elegido diputado al Soviet Supremo; en 1952, miembro suplente del Comité Central del PCUS; y, en 1956, durante el XX Congreso del mismo, miembro pleno del Comité Central y comandante supremo de las fuerzas soviéticas. Un año más tarde, sucedió a Zukov en el Ministerio de Defensa, desde donde realizó reformas militares importantes y desarrolló nuevas armas estratégicas. Estrecho colaborador de Jruschov, apareció junto a éste y a Gromyko en todas las conferencias internacionales sobre limitación de armamentos, a partir de la conferencia cumbre de París, en 1960.
Casado, con dos hijos, este rudo soldado falleció en Moscú, el 3 de marzo de 1967.

estrella» [29]. La base de tanques rusos de Archena, balneario situado a treinta y cinco kilómetros de Cartagena por el interior, cerca de Murcia, y rodeado de olivos, estaba organizada por el coronel español Sánchez Paredes, quien reclutaba a los tanquistas entre los taxistas y conductores de autobús de Madrid y Barcelona [30]. No lejos de ahí, en Archena, los rusos instalaron una base de cazas y otra de bombarderos. Posteriormente montaron otras bases aéreas en El Carmolí, en Algete —no lejos de Madrid— y en los alrededores de Alcalá de Henares. Algunos de estos hombres llegaron por mar, otros por tierra, muchos incluso atravesaron la Europa central [31].

[29] Ehrenburg, *Eve of War*, pp. 146-147. Véase también Modesto, p. 237; Ibárruri, p. 346; Líster, p. 76; y José Luis Alcofar Nassaes, *Los asesores soviéticos en la guerra civil española* (Barcelona, 1971), *pássim.*; y la historia soviética de la segunda guerra mundial *(Istoriya Velikoy Otechestvennoy voyny Sovetskogo Soyuza 1941-1945*, vol. I, pp. 112-113). Según «el Campesino», Rokossovsky era el encargado del espionaje en la España nacionalista, se dice que con el fin de poder comunicar a Stalin cómo eran determinadas armas alemanas. «El Campesino» dice que Konev, bajo el nombre de «Paulito», entrenó a terroristas en España. Otro ruso que dirigió sabotajes y guerrillas en el territorio nacionalista (a las órdenes de Orlov, según confesó éste ante el subcomité del Congreso en 1957) fue Etingon (también conocido por Kotov). Este fue el amante de la comunista de Barcelona Caridad Mercader del Río, y convirtió al hijo de ésta, Ramón, en un agente muy útil; más adelante sería empleado para asesinar a Trotsky. Ehrenburg dice que Kotov «me inspiraba cierta desconfianza» *(op. cit.*, p. 231). Krivitsky habla de un tal general Akulov que organizó el espionaje militar en Cataluña *(op. cit.*, p. 117); supongo que Kotov y Akulov eran la misma persona.

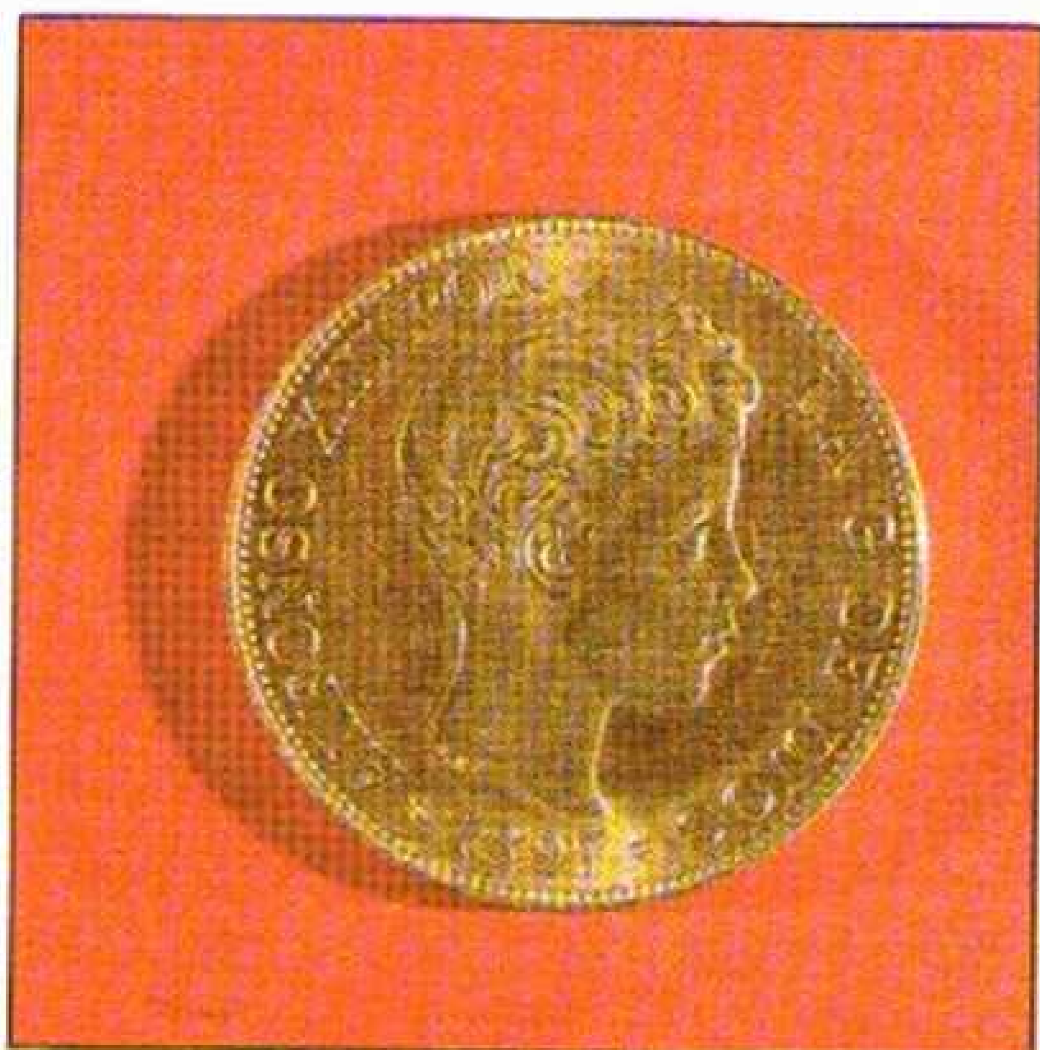
[30] R. Salas, vol. I, p. 533. La Cierva, *Historia Ilustrada*, vol. I, p. 399, habla de un coronel ruso de quien recordaban en Archena que había ayudado a limitar la represión local.

[31] Véase en las memorias del jefe de la red de espionaje militar checoslovaco, coronel Moravec, *Master of Spies* (Londres, 1975), p. 107, un relato de cómo Checoslovaquia ayudó a llegar a España a 120 oficiales rusos entregándoles pasaportes.



(Arch. B. M. Patino.)

El entusiasmo que entre los revolucionarios españoles despertó en su tiempo la revolución rusa, unido al prestigio que la Unión Soviética adquiere con el envío de armamento, y a la creciente influencia del Partido Comunista que comienza a dominar la escena política y maneja la propaganda, lleva a cambiar el nombre de la Gran Vía madrileña por el de avenida de Rusia.


(Salmer. Museo Munic. Madrid.)


(Salmer. Museo Munic. Madrid.)

Todos los suministros y ayudas que llegan de la Unión Soviética son pagados por el gobierno republicano. Las cuantiosas reservas de oro del Banco de España son embarcadas el 25 de octubre en Cartagena con destino a Odesa. Anverso y reverso de una moneda de oro de 100 pesetas acuñada en 1897.

Estas entregas de hombres y material no fueron efectuadas por Rusia como contribución amistosa a la causa revolucionaria. Tenían un precio. En garantía de pago se envió a Rusia la mayor parte del oro que hasta entonces había respaldado la moneda española y que constituía el tesoro más valioso de la nación. Por entonces España ocupaba el cuarto lugar mundial en cuanto a reservas de oro; 257.000.000 de pesetas del mismo habían sido enviados a París para liquidar ciertos atrasos en la etapa anterior a la guerra, y desde entonces se habían hecho regularmente envíos sustanciosos, que a finales de octubre sumaban 302.000.000 de pesetas. Aunque la mayor parte de aquél permanecía custodiada en los sótanos del Banco de España en Madrid [32]. Gran cantidad del oro español se guardaba en forma de monedas: luises de oro, soberanos, dólares, etc. En el mes de septiembre, la República estimó prudente trasladar aquel tesoro a «lugar seguro». Mediante sendos decretos del 30 de agosto y del 13 de septiembre, el gabinete autorizó al jefe del gobierno y ministro de Hacienda, puestos ocupados por Largo Caballero y Negrín respectivamente, a efectuar el traslado. Se suponía que el oro sería transportado a algún lugar de España. Y efectivamente fue trasladado por ferrocarril a un gran local subterráneo situado cerca de Cartagena. Pero Largo Caballero y Negrín, de acuerdo con Méndez Aspe, director general del Tesoro, no tardaron en percatarse de que el lugar más seguro era la misma Rusia, y parece ser que la iniciativa para proponer tal solución fue de Largo Caballero. Gran Bretaña y Francia, que parecían los lugares más idóneos para guardar las reservas de oro, eran los más acérrimos partidarios de la no intervención, por lo que el envío de las mismas hacia estos países era un riesgo innecesario [33]. Largo Caballero no temía solamente a los «fascistas»: el mismo Durruti tenía proyectado un asalto al Banco de España a


(Efe.)

Cuando Juan Negrín es nombrado el 5 de septiembre ministro de Hacienda, su destino de médico, de catedrático de Fisiología, de investigador y de diputado socialista quedará atrás; va a convertirse en una de las figuras claves de la historia española del momento. Su intervención en la exportación de las reservas de oro y plata y su posterior actuación como presidente del gobierno le convertirán en figura polémica, sobre cuya personalidad resulta difícil definirse.

[32] El valor total del oro español era de 2.438.469.720 pesetas (unos 788 millones de dólares), mientras que a Rusia se envió el equivalente a 1.590.000.000 de pesetas (unos 518 millones de dólares). La cantidad enviada a Francia en julio tenía un valor de 470.000.000 de pesetas (155 millones de dólares), que se añadían al oro por valor de 257.000.000 de pesetas (85 millones de dólares) que ya estaba allí. Véase el apéndice VII.

[33] Largo Caballero, pp. 203-204. Véanse también Angel Viñas, *El oro español en la guerra civil*, Madrid, 1976; Marcelino Pascua en *Cuadernos para el Diálogo*, junio/julio 1968; Amaro del Rosal, *El oro del Banco de España y la historia del* Vita, Barcelona, 1976, y algunos detalles en Martínez Amutio, p. 52 y ss.

Asociación de Amigos de la Unión Soviética - C. Provincial, Ribera, 1, Valencia

Opiniones sobre la posición de la U. R. S. S. ante la lucha por la libertad de España y por la Paz Mundial

"Sólo Rusia y México han estado a nuestro lado..."
INDALECIO PRIETO

"Si todos los gobiernos nos hubieran ayudado como México y la U. R. S. S., la guerra hubiera terminado..." GONZALEZ PEÑA

"Soy amigo de la Unión Soviética, en fin, porque mientras las democracias europeas, egoistas, sin espiritualidad y sin ideales superiores nos entregaban a merced de traidores y de aventureros internacionales, la gran Federación Proletaria corrió en nuestra ayuda..."
JUAN PEIRO (Vice-Presidente de la Sección Catalana de A.U.S.)

"Sin la ayuda de la Unión Soviética, nuestra República habria dejado ya de existir..."
MARTINEZ BARRIO (Presidente del Comité Nacional de A.U.S.)

(Serv. Histórico Militar.)

Mientras en Cartagena embarcan secretamente 7.800 cajas que contienen cada una de ellas 65,5 kilogramos de oro, con destino a la Unión Soviética, y por el mismo puerto se reciben cantidades de armamento inimaginables un tiempo atrás, en toda la España republicana se prodigan alabanzas hacia la distante y próxima Rusia. Los Amigos de la Unión Soviética cuentan, incluso entre sus directivos, con personas de distintas tendencias y partidos. Algunos de ellos escribirán después contra la intervención soviética, contra sus métodos, contra las presiones que ejercerán sobre el gobierno, el ejército, la economía, la política y la propaganda, y atribuirán, justa o injustamente, a esa intervención muchos de los males que aquejarían a la República hasta su derrota.

principios de octubre, aunque Abad de Santillán le disuadió de ello [34].

El 25 de octubre, Negrín hizo embarcar el oro hacia Rusia. Se constituiría una especie de «cuenta corriente», según palabras de Largo Caballero, de la que dispondría la República para pagar los suministros de armas y demás compras, incluyendo la adquisición de petróleo, a Rusia o a cualquier otro país. También el vino, el azúcar y la fruta y otras mercancías españolas contribuyeron a equilibrar la balanza de pagos de la República con Rusia. Los pormenores fueron ultimados entre Negrín y Stashevsky, agregado económico ruso [35].

El precioso metal, como luego se supo, partió hacia Rusia en grandes cajas que fueron cargadas a bordo de cuatro buques rusos por sesenta hombres que trabajaron a lo largo de tres noches, mientras que durante el día dormían en el interior de dichas cajas. El personal fue suministrado por el comandante en jefe de la base de Cartagena, capitán Ramírez de Togores, sin que nadie fuera informado de la naturaleza de la operación. Pero Giral, en representación de Azaña; el vicepresidente de las Cortes, Fernández Clérigo, y uno de los jueces del Tribunal Supremo, Mariano Gómez, asistieron al cargamento. Concluido éste, el director general, Méndez Aspe, comparó sus cifras con las de Orlov. Este había registrado 7.900 cajas, y Méndez Aspe, 7.800, cada una de 65,5 kilos. Había un error de dos camiones, pues cada camión contenía cincuenta cajas. Orlov no mencionó la divergencia a Méndez Aspe, puesto que, si las cuentas de éste eran correctas, hubiera tenido que responder de las cajas extraviadas [36]. Los buques rusos fueron custodiados por la flota republicana hasta Argel [37]. La llegada del oro, o de parte del mismo, no pasó inadvertida para el cónsul alemán en Odesa, quien, el 6 de noviembre, anotó la arribada de un buque de color gris sin bandera de 4.000 toneladas, cuyo nombre era ilegible, el cual atracó en la rada de Odesa, siendo descargado por la noche [38]. Cuando el oro llegó a Moscú, se hicieron cuentas definiti-

[34] Paz, pp. 386 y ss., y Azaña, vol. IV, p. 705. Díaz Sandino y Abad de Santillán se entrevistaron con Azaña en septiembre y le dijeron que los anarquistas querían el oro de Barcelona; además, Díaz Sandino sugirió a Azaña que se convirtiera en dictador. Prieto debió de saberlo, no obstante su negativa posterior. Véase también Alvarez del Vayo, *Freedom's Battle*, pp. 286-287, y también Alexander Orlov en *Reader's Digest*, enero de 1967, y su testimonio ante el subcomité de Seguridad Interior del Senado. Véase en Jackson, p. 318, nota 8, la sugerencia de que Prieto debía de saberlo, y el artículo del entonces embajador español en Rusia, Marcelino Pascua, en *Cuadernos para el Diálogo*, junio/julio 1968. La postura de los rusos probablemente tenía su origen en el recuerdo de los problemas habidos durante la primera guerra mundial para la compra de armas en Gran Bretaña. En aquella ocasión, Inglaterra, cuyas reservas de oro eran menores que las rusas, ponía como condición previa para la compra de armamento por parte soviética la entrega de una cantidad de oro. Los rusos se negaron a ello durante varios meses, pero al final enviaron a Liverpool oro por valor de ocho millones de libras. (Véase Norman Stone, *The Eastern Front 1914-1917*, Londres, 1975, p. 154.)

[35] Martínez Amutio, pp. 58-59.

[36] Detalles de Orlov. «El Campesino» dijo más adelante que había escoltado el oro hasta Cartagena. En 1956, el recibo del oro que Rusia entregó a España y que los herederos de Negrín cedieron al gobierno nacionalista, mencionaba 7.800 cajas; o tenía razón Méndez Aspe, o el gobierno ruso aceptó su cifra utilizando las otras cajas para sus propios fines.

[37] Kuznetzov, en *Bajo la bandera*, p. 182 y ss. Kuznetzov tenía su base permanente en Cartagena.

[38] *GD*, p. 128.

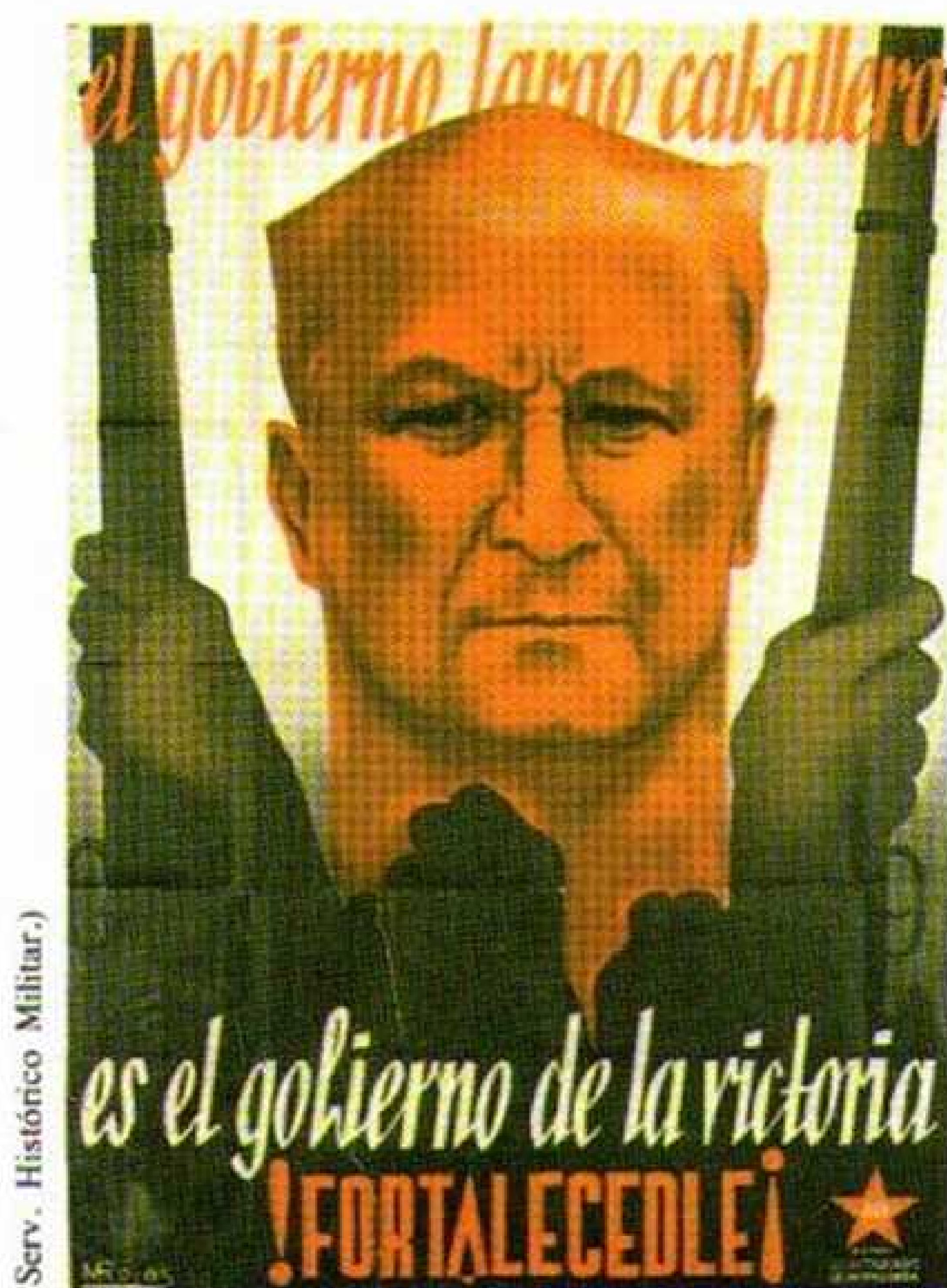
vas. Los cuatro funcionarios españoles que acompañaban el transporte permanecieron en Rusia el mayor tiempo posible [39]. Cuando sus familiares en España empezaron a atemorizarse, fueron enviados a su vez a Rusia. Hasta 1938 no fueron autorizados a salir libremente de Rusia. Marcelino Pascua, embajador español en Moscú, que era socialista y médico, y hasta el momento había desempeñado con mucha imaginación el cargo de director general de Sanidad, nada pudo hacer por los infortunados funcionarios [40]. Indudablemente habían tenido la buena fortuna de no convertirse en piedra, como ocurre a los humanos que entran en el reino de los gigantes. Pero con el tiempo se les permitió abandonar el país en libertad; uno de ellos embarcó con destino a Estocolmo, otro a Washington y otro a Buenos Aires. Según Orlov, Stalin celebró la llegada del oro con un banquete en el que declaró que «los españoles no verán más el oro, del mismo modo que nadie puede ver sus propias orejas» [41], aunque la fórmula oficial manifestara que el gobierno español podría reexportar el oro siempre que quisiera [42].
Entretanto, el 21 de septiembre comenzó la segunda parte del programa de ayuda rusa a España. Un agente de la NKVD llamado Zimin visitó a Krivitsky en La Haya y celebró también una reunión en París entre aquél y los colegas de Krivitsky en Londres, Estocolmo y Suiza. Zimin insistió en la absoluta necesidad de que el nombre de Rusia quedara al margen del tráfico de armas del Komintern. El primer paso, dijo, consistía en crear una organización para la compra de armas en Europa. Krivitsky, que por entonces estaba considerando la posibilidad de abandonar el servicio a los soviets, consiguió el capital financiero y las oficinas, y garantizó los beneficios [43]. Junto con Ignace Poretsky (Ignace Reiss), jefe del NKVD en Suiza, que colaboraba con él en este asunto, esperaban que «la victoria de la revolución española ayudaría a derrocar a Stalin en Rusia». No era difícil encontrar agentes a sueldo. Estos solían reunir las características de los personajes de las novelas de espionaje. Había, por ejemplo, un tal doctor Mylanos, griego esta-

[39] Prieto, *Convulsiones*, vol. II, pp. 131-133.
[40] Martínez Amutio, p. 58.
[41] Orlov, subcomité de Seguridad Interior del Senado, parte 51, p. 3434.
[42] *New York Times*, 10 de enero de 1957.
[43] Krivitsky, pp. 103-105; Poretsky, p. 150. Zimin no es identificable fuera de esto. ¿Acaso era Michel Feintuch («Jean Jérôme»), anteriormente «instructor» del PCF, luego intendente general de las Brigadas Internacionales y durante muchos años tesorero general del PCF? Lo cierto es que su papel fue comparable al de Zimin.

Desde el primer momento, el gobierno, desbordado por los acontecimientos, se ha visto precisado a adquirir armas y obligado a recurrir a los mercados internacionales, en los cuales se mueven aventureros y desaprensivos. Las gestiones encaminadas a tal fin han dado en su conjunto resultados mediocres. Los envíos de la Unión Soviética vendrán a regularizar el armamento destinado al nuevo ejército popular, en formación, que estará muy bien dotado, en particular de armas automáticas. Aquí vemos, a la izquierda, un fusil ametrallador modelo Neuhausen 1922, de fabricación suiza, y la ametralladora americana de cargador circular Lewis.


(Museo del Ejército.)


(Museo del Ejército.)



(Serv. Histórico Militar.)

Francisco Largo Caballero gobierna la zona republicana desde los primeros días de septiembre de 1936 hasta el 18 de mayo de 1937, en dos gobiernos sucesivos, en el segundo de los cuales entran a formar parte los anarcosindicalistas. En este cartel se pide apoyo y confianza hacia el presidente del gobierno por parte de las Juventudes Socialistas Unificadas que, paradójicamente, acababan de pasarse al campo comunista, abandonando al viejo líder socialista. Los dos gobiernos atravesarán por alternativas y períodos de peligrosas crisis. Lo más positivo de la gestión caballerista será la creación del ejército popular, superación de las milicias.

blecido en Gdynia. Otro era Fuat Baban, también griego, representante en Turquía de las empresas Skoda, Schneider y Hotchkiss, que más tarde sería detenido en París por tráfico de drogas. Y también estaba «Ventoura, de origen judío, nacido en Constantinopla, que fue declarado culpable de estafa en Austria, con pasaporte falso, y vivía con una mujer en Grecia, aunque estaba domiciliado en París, en un hotel de la avenida Friedland» [44]. Durante el resto de la guerra española aparecerán numerosos personajes de esta índole, llevando a cabo su lucrativa misión a espaldas de los dignos caballeros del comité de no intervención y suministrando armamento caro y a menudo anticuado a la comisión para la compra de armas del gobierno republicano, que tenía su sede en París, a través del Partido Comunista francés, el embajador español en París u otros agentes [45].

Alrededor de esta comisión pupulaba una horda de logreros sin escrúpulos. Muchos de los implicados se corrompieron en cierta forma indiferentemente de que trabajaran o no para el Komintern. Si la cuestión de la compraventa de armas hubiera sido llevada con honradez, habrían llegado muchas más a España, aun a pesar de la no intervención. Pero tal vez el tráfico privado de armas alimente la corrupción de modo inevitable. En París, Londres, Praga, Zurich, Varsovia, Copenhague, Amsterdam y Bruselas se instaló una serie de empresas de importación y exportación, cuyos fondos eran controlados por un miembro del NKVD, que actuaba como socio silencioso. Fueron importadas armas de Checoslovaquia, Francia, Polonia, Holanda e incluso Alemania; en este último país, el astuto almirante Canaris se ocupaba personalmente de enviar material de guerra averiado a la República por intermedio de comunistas [46]. Al estar cerrada la frontera francesa, el mejor medio de transporte era por mar, y los consulados respectivos libraban falsos certificados en nombre de los gobiernos británico, griego, latinoamericano o chino, conforme la mercancía iba destinada a dichos países [47]. Se hizo todavía otro pago en compensación de la ayuda rusa recibida a través del Komintern: dicho pago se realizó en forma de envío de tesoros artísticos españoles, cuadros y otros objetos a representantes rusos [48].

[44] Esta información procede de una nota enviada por el ministerio alemán de Asuntos Exteriores, el 8 de octubre de 1938, al ministerio español nacionalista de Asuntos Exteriores, citada en *Las brigadas internacionales* (un folleto de propaganda nacionalista de los años cincuenta), p. 43.

[45] Fischer, p. 371. Araquistain fue su presidente hasta diciembre y entonces pasó a ocupar su puesto Alejandro Otero. Otero volvió a España en 1937 para suceder al coronel Pastor en su cargo de subsecretario del ministerio de Defensa encargado del armamento. Prieto le hizo dimitir en diciembre de 1937 y entonces continuó en París, donde traficaba por su cuenta. En abril de 1938 se convertiría en subsecretario de Defensa, nombramiento que Peirats comparaba con nombrar a Al Capone presidente del Banco de España (*op. cit.*, vol. II, p. 147). Los anarquistas consideraban a Otero (diputado socialista por Granada y profesor de ginecología) un logrero puro y simple. Por otra parte, cuando tenía a su cargo las fábricas de armamento, negó resueltamente al SIM (la policía política introducida en la República más adelante, durante la guerra) su permiso para entrar en aquellas fábricas (Martínez Amutio, p. 327).

[46] Aunque es cierto que llegó a la República auténtico material alemán, y que el embajador nacionalista en Berlín tuvo que quejarse.

[47] Krivitsky, p. 103. Otros detalles se pueden encontrar en Vidarte, p. 592.

[48] Véase Gordon Brook-Shepherd, *The Storm-Breakers*, Londres, 1977, p. 148.

Creación de las Brigadas Internacionales

Entretanto, entró en juego un tercer factor en la ayuda comunista a la República. No está clara la forma en que surgió. En el mes de septiembre visitó Moscú Willi Muenzenberg, jefe de propaganda del Komintern en Europa occidental [49]. Apoyó la propuesta, al parecer original de Thorez, secretario general del Partido Comunista francés, que preconizaba que podría ayudarse a la República mediante la creación de un grupo de voluntarios reclutados internacionalmente por los partidos comunistas extranjeros (aunque los no comunistas también podrían alistarse en él) que se sumara a las restantes fuerzas que luchaban en España por la «causa de la libertad». A finales de septiembre, el comité central del Partido Comunista italiano se reunió en París en presencia de los dirigentes comunistas franceses y de Codovila, el veterano representante del Komintern en el Partido Comunista español. Convinieron en que era necesario organizar una columna de voluntarios antifascistas italianos para combatir en España y que fuera «mayor que la columna de Rosselli» [50]. Al cabo de un día o dos, el comité ejecutivo del Komintern tomó la decisión de formar bajo su autoridad una serie de columnas internacionales compuestas por todos aquellos que desearan, o fuesen persuadidos o enviados a luchar por la República. Luigi Longo, líder de las juventudes comunistas unos años atrás, se pasó en España gran parte de los meses de agosto y septiembre y se le encomendó que hiciera los tratos oportunos con el gobierno español [51]. Dimitrov, comunista búlgaro que era secreta-

[49] Véase Jurgen Schleimann, «New Light on Muenzenberg», *Survey*, abril 1965. Muenzenberg sólo pudo volver a París gracias a la intervención personal de Togliatti. En 1937, finalmente, se peleó con sus jefes y salió del partido, siendo asesinado misteriosamente en el sur de Francia en 1940. En París le sucedió el checo Bohumil Smeral (el primer dirigente del Partido Comunista checo durante los primeros años veinte), que no tenía ninguna de sus dotes.
[50] Spriano, vol. III, p. 94.
[51] Spriano, vol. III, p. 130.



(Serv. Histórico Militar.)

Maurice Thorez es en 1936 secretario del Partido Comunista francés y diputado en la Cámara de su país. En la guerra española juega siempre un papel importante y se le considera como uno de los inspiradores de la formación de un cuerpo internacional de voluntarios antifascistas, con base y bajo control comunista, para luchar en España. Por el número de combatientes franceses, por ser París el centro principal de reclutamiento de las Brigadas Internacionales, y porque el paso por territorio galo es necesario, el papel del PCF es decisivo en la empresa.



(Centelles. Barcelona.)

La llamada Olimpiada Popular debía inaugurarse el 19 de julio en Barcelona. Un corto número de atletas y dirigentes políticos y sindicales que permanecieron en España se incorporan a las primeras columnas que parten hacia Aragón y a la expedición a Baleares. Otros, después de ser repatriados, regresan a España y, junto con refugiados antifascistas, integran las pequeñas unidades agrupadas por naciones: alemanes, italianos, franceses, que luchan, además de en los citados frentes, en Guipúzcoa y el centro. Representantes de Francia que acuden a la Olimpiada Popular desfilan por el Paralelo barcelonés.

Luigi Longo, llamado «el Gallo», dirigente comunista italiano, llega a Barcelona el 29 de agosto, enviado por el Komintern, al cual pertenecía como miembro destacado. Longo es uno de los organizadores de la recluta de los internacionales y se encarga de arbitrar medios para que los voluntarios pasen a España por la frontera catalana o embarcados. Su actividad se ve coronada por el éxito. Es uno de los tres extranjeros que visita primero a Azaña y después a Largo Caballero para proponerle la creación de las Brigadas Internaciones. En Albacete, y junto a André Marty, demuestra sus dotes de organizador y asumirá el cargo de inspector general de las Brigadas Internacionales. Su misión es doble: reclutar a los voluntarios, alistarlos y disciplinarlos, y mantener sobre ellos la influencia del Komintern, y por ende de la influencia soviética. Cuando la XII Brigada entra en fuego en Madrid, «el Gallo» es comisario de la misma. La fotografía, de época muy posterior, corresponde probablemente a cuando ya ha sustituido a Togliatti en la dirección del PCI.


(Keystone.)

rio general del Komintern, se adhirió a esta idea entusiásticamente, según parece.

No cabe duda de que el ministerio de Defensa ruso venía interesándose por el proyecto hacía ya algún tiempo, por la sencilla razón de que ya existía un precedente de aquella fuerza internacional en el ejército rojo, durante la guerra civil rusa. El concepto de «brigada internacional» se expresó por medio de distintos nombres, como el de Primera Legión Internacional del Ejército Rojo, Ejército Rojo Internacional y Primer Destacamento Revolucionario Internacional. En aquellas fuerzas que acudieron en apoyo de la revolución rusa se contaban innumerables voluntarios forzados, o antiguos prisioneros de guerra de los ejércitos austro-húngaro y búlgaro, capturados por los rusos, probablemente durante la ofensiva de Brusilov en 1916. Algunos de estos hombres sirvieron en Ucrania a las órdenes de un personaje como Antonov Ovseenko, que en 1936 era cónsul general ruso en Barcelona. Muchos de aquellos voluntarios se hallaban integrados en las diversas secciones del ejército ruso. A Stalin le debió parecer muy conveniente comprobar si un experimento que dio resultado positivo en una guerra civil podía repetirse con éxito en otra [52]. Al fin y al cabo, el Komintern estuvo implicado ya en la insurrección armada de los años veinte, y Togliatti, ahora absorbido por los acontecimientos españoles, había redactado parte del manual técnico del Komintern sobre el tema [53]. Además, muchos exiliados alemanes o tránsfugas de los regímenes

[52] Véase John Erickson, *The Origins of the Red Army*, en *Revolutionary Russia*, ed. R. Pipes (Harvard, 1968), p. 251 y ss. Agradezco particularmente al profesor Erickson su ayuda para encontrar esta referencia. Tito actuó en el grupo internacional yugoslavo en 1919. Véase también M. Phillips Price sobre las actividades de Bela Kun. Según escribe N. Stone (p. 254), el ejército austro-húngaro perdió la tercera parte de sus hombres en una semana en 1916.

[53] Véase «A. Neuberg», *Armed Insurrection* (Londres, 1970), p. 90.

fascistas o derechistas autoritarios, junto con muchas otras personas que vivían en tales países, deseaban que se produjera una auténtica guerra contra el fascismo [54]. «Más importante era para nosotros ir a combatir en España que para la República el recibir nuestra ayuda», escribió un italiano en el exilio, Emilio Lussu [55]. *«Oggi in Spagna, domani in Italia»* era el famoso lema de Rosselli (ya en julio), coreado por muchos más. A primeros de septiembre, Randolfo Pacciardi, republicano liberal emigrado de Italia, tomó contacto con el gobierno español para formar una legión italiana en España, al margen de los partidos políticos, que sería reclutada en París. Pero Largo Caballero se opuso a esta idea [56]. En cambio, ahora, después de los últimos desastres en el frente de batalla, modificó su punto de vista. Luigi Longo, joven personalidad eminente del comunismo italiano; Stephan Wisniewski, comunista polaco, y Pierre Rebière, comunista francés, negociaron en Madrid el 22 de octubre en representación del Komintern [57]. Visitaron a Azaña y a Largo Caballero, quienes declinaron la responsabilidad en Martínez Barrio (que entonces era presidente del comité para la reorganización del ejército). No parece que estos tres políticos republicanos se entusiasmaran con el proyecto, pero estimaron que sería inútil, cuando menos a efectos propagandísticos.

A partir de aquel momento la principal tarea del Komintern fue la de formar las Brigadas Internacionales. Cada partido comunista recibió instrucciones de movilizar a un número dado de voluntarios. En muchos casos, la cifra prescrita superaba las posibilidades locales del partido. Así, muchos de los líderes más competentes del Komintern, que hasta entonces no habían estado involucrados en los asuntos de España, fueron designados para colaborar en esta misión. Por ejemplo, Josip Broz —el futuro mariscal Tito— se encontraba en París, organizando, desde un hotel de la margen izquierda del Sena, al aluvión de voluntarios para la guerra civil española, por medio del denominado «ferrocarril secreto», por el que se expedían pasaportes y dinero a los voluntarios procedentes de Europa oriental. Pero ocurría que el experto Jules Humbert-Droz se encontraba realizando idéntica misión en Suiza [58]. Cuando un voluntario no pertenecía al Partido Comunista, un representante de la NKVD investigaba sus antecedentes y era examinado por un

La propaganda de las Brigadas Internacionales tendrá por lo común una tónica republicana y de lucha por la libertad.



(Col. J. M. Armero.)

[54] Jacques Delperrie de Bayac, *Les Brigades Internationales* (París, 1968), p. 76.
[55] Emilio Lussu, «La Legione italiana in Spagna», *Giustizia e Libertà*, 28 de agosto de 1969; cit. por Spriano, vol. III, p. 90.
[56] Randolfo Pacciardi, *Il Bataglione Garibaldi* (Lugano, 1948), pp. 17-19.
[57] Luigi Longo, *Le brigate internazionali in Spagna* (Roma, 1956), p. 44. Véanse también las pp. 18 y 27.
[58] Véanse las declaraciones de Tito a *Life*, 28 de mayo de 1952, y las *Memorias* de Humbert-Droz, vol. II, p. 182. Cuando, después del asesinato secreto de Gorkiç y otros dirigentes comunistas yugoslavos en 1936, Tito se convirtió en jefe del Partido Comunista de su país, se encargó de supervisar el envío de yugoslavos. Tito niega haber estado en España, pero, teniendo en cuenta la sorprendente cantidad de personas que afirmaron haberle visto allí, es posible que, como mínimo, visitara el cuartel general de las brigadas por una u otra razón. Su negativa a admitir esto se explica sin duda por algún aspecto del asesinato de Gorkiç. También el propio Gorkiç durante un tiempo se encargó de organizar el envío de voluntarios para las brigadas desde París. Un grupo de voluntarios fue denunciado a la policía yugoslava en el momento en que se disponían a abandonar la costa dalmática. Se atribuyó la traición a Gorkiç. ¿Fue realmente él? ¿Lo sabremos algún día?

médico comunista en la frontera hispano-francesa [59], aunque muchos se saltaron dichos controles, especialmente quienes se incorporaban a las brigadas en territorio español o sobre la marcha. También se presentaron no pocos aventureros en busca de sensaciones fuertes, como el belga Nick Gillain, quien explicaría que los motivos que le indujeron a alistarse fueron «el espíritu de aventura, el tedio y el otoño lluvioso del año 1936» [60]. Un sesenta por ciento de los voluntarios eran comunistas y otro veinte por ciento se hicieron comunistas en el curso de la guerra. En todos los países (incluida la Gran Bretaña), el ochenta por ciento de los voluntarios, como mínimo, pertenecían a las clases trabajadoras [61]. La mayoría

[59] El hecho de que el gobierno republicano español no se engañaba respecto a la relación existente entre los partidos comunistas y los voluntarios queda confirmado por el consejo que solían dar los cónsules españoles a los aspirantes a voluntarios, de que se pusieran en contacto con los partidos comunistas.

[60] Nick Gillain, *Le Mercenaire* (París, 1938), p. 7.

[61] Cifra aproximada, basada en el testimonio suministrado por los supervivientes.

Una de las pequeñas unidades de extranjeros anterior a las Brigadas Internacionales es la centuria italiana Gastone Sozzi. En agosto se incorpora a la columna catalana Libertad, del capitán López Tienda. Lucha en los frentes del centro en la retirada hacia Madrid y sufre numerosas bajas. La fotografía (probablemente, de principios de noviembre) está tomada en Albacete. Esta centuria comunista se integrará en las Brigadas Internacionales y será la base del batallón Garibaldi. El comandante Francesco Leone ocupa el centro del grupo.

(Centro Studi P. Gobetti.)



eran jóvenes, aunque muchos alemanes e italianos militantes refugiados de los regímenes fascistas, eran veteranos de la primera guerra mundial. Muchos eran trabajadores en situación de paro, especialmente los franceses [62], y otros tantos habían participado en combates callejeros contra «los fascistas» en Berlín, París e incluso Londres. Pero aquello era muy distinto a luchar contra «los moros» o la legión extranjera, como pronto comprendieron. Fueron enviados a España unos 500 ó 600 refugiados comunistas exiliados en Rusia [63]. Entre éstos estaban Stern («Kleber»), Zaisser («Gómez»), Zalka («Lukács») y Galicz («Gal»), quienes habían participado en la primera guerra mundial y en las Brigadas Internacionales del ejército ruso y desempeñaron un papel directivo en las españolas. Para entonces, la mayoría de ellos eran ciudadanos rusos y completamente leales al país que habían adoptado después de la

[62] Muchos parados franceses de Lyon fueron enviados a las brigadas.
[63] Krivitsky, p. 112.



(Centelles. Barcelona.)

Van llegando a Barcelona voluntarios, que de allí pasan a Albacete. Mientras la cabeza cruza la plaza de Palacio, la cola se pierde en la estación de Francia. Subirán por la vía Layetana o por la Rambla hasta el hotel Colón, sede del PSUC. Son exhibidos y ovacionados. Después, las llegadas se revestirán de mayor discreción, a causa del Comité de No Intervención. Un elevado porcentaje de los futuros interbrigadistas *es de origen proletario, pero los hay de distintas clases sociales y profesiones, y bastantes intelectuales y estudiantes. Los comunistas son mayoría, aunque abundan también socialistas, republicanos, socialdemócratas... No faltan obreros parados, aventureros y hasta espías, pero su número es inferior al que suele creerse.*



(Serv. Histórico Militar.)

La actividad cartelística relacionada con las Brigadas Internacionales viene a reforzar el impacto positivo que sobre la moral, tanto de los combatientes como de la retaguardia, produce aquel activo movimiento de solidaridad. En España lucharán hombres de todas las razas y de medio centenar de naciones. Esa que llamamos actividad cartelística *es muy intensa y abarca toda clase de motivaciones.*

crisis que a Europa oriental trajo la primera guerra mundial. Un voluntario comunista inglés sentetizó adecuadamente los motivos que indujeron a sus conciudadanos a alistarse, manifestando que «indudablemente la mayoría han venido aquí por un ideal, cualquiera que sea el motivo que les haya impulsado a buscarlo» [64]. Muchos voluntarios consideraban la batalla que se estaba librando en España como primer paso en la lucha contra el enemigo de sus propios países; especialmente los italianos, quienes desde las emisoras españolas clamaban en italiano contra Mussolini: se trataba de «la artillería del altavoz», como apuntó «Carlos» [65]. Así, la guerra española servía para reforzar la lucha antifascista de los italianos. Un comunista checo como Arthur London entendía el servicio en



(Popperfoto.)

A medida que la guerra avanza, las mujeres van desapareciendo de los frentes; sólo unas pocas permanecerán en determinadas unidades. Alguna de ellas, como una combatiente vasco-francesa que estuvo con los anarcosindicalistas y ha escrito un libro, alcanza el grado de capitán. Salvo excepciones, que las hubo, la eficacia de las milicianas como combatientes fue escasa. En la fotografía, una voluntaria británica encuadrada en la Sanidad Militar.

las Brigadas Internacionales como un episodio más de la lucha general contra el nazismo en Europa central [66].

La oficina central de alistamiento de las Brigadas Internacionales estaba instalada en la rue de Lafayette, en París. Karol Swierczewski, coronel polaco al servicio de los rusos, conocido por el

[64] Miles Tomalin, Manuscrito (diario no publicado), p. 7.

[65] Las emisiones en italiano radiadas desde Valencia estaban dirigidas por el comunista Velio Spano.

[66] Arthur London, un checo, fue viceministro de Asuntos Exteriores antes de convertirse en una de las tres víctimas del «proceso Slansky» de 1949 que sobrevivirían. Véase su libro *L'Aveu* (París, 1969), la película de Costa Gavras basada en el mismo y también su aburrida y convencional obra *Espagne* (París, 1966).

Fernando de Rosa es un italiano que, si perteneció a los «camisas negras», pronto se restituyó a las filas socialistas. Exiliado en Madrid, ha trabajado en la instrucción de las milicias socialistas y participado en las escaramuzas callejeras. De Rosa marcha a la sierra y manda el batallón Octubre, formado por españoles, pero en el que hay bastantes extranjeros, en particular italianos antifascistas. Parece que era mejor político que militar, y su batallón sufre algunos reveses. El 15 de septiembre, y para subsanar uno de aquellos fallos, contraataca con brío, y reconquista la posición perdida; pero él muere. Esta foto en la calle de Alcalá pertenece a su entierro. Puño en alto, la muchedumbre ofrece al paso del cortejo un póstumo homenaje.

nombre de «Walter», era su consejero militar al frente de un *bureau technique* en la cercana rue de Chabrol. Swierczewski, un obrero polaco evacuado a Rusia con los demás componentes de su fábrica en 1915, había luchado al lado de los rusos en la primera guerra mundial. Tomó parte en la revolución y la guerra civil rusas, y después fue profesor de la Escuela Militar de Moscú [67]. El tema de la propaganda se resumía en el lema de que España sería «la tumba del fascismo europeo». Los voluntarios firmaban sin contrato y sin saber por cuánto tiempo tendrían que combatir: se trataba de un compromiso indefinido que habría de ocasionar conflictos. Los voluntarios fueron enviados a España desde Francia en barco o ferrocarril. Una vez en España se dirigían, o eran enviados, a la nueva base de Albacete, situada a medio camino entre Madrid y Valencia, en la monótona estepa manchega y conocida desde varios siglos atrás por sus manufacturas de cuchillos [68].

El primer contingente de quinientos voluntarios salió de la estación de Austerlitz, en París, en el tren número 77 («el tren de los voluntarios») y, pasando por Perpiñán y Barcelona, llegó a Albacete el 14 de octubre, encontrándose con que apenas habían comenzado los preparativos para recibirles. Se les habían cedido los locales del



(Centro Studi P. Gobetti.)

cuartel de la guardia civil, pero las salas de la planta baja todavía conservaban las manchas de sangre de los que allí murieron el 25 de julio. Los miembros de las Brigadas Internacionales prefirieron, por escrúpulo, dormir amontonados en las plantas superiores [69]. El primer grupo estaba compuesto casi íntegramente por franceses y algunos exiliados polacos y alemanes residentes en París. También había un grupo de rusos blancos que empleaban a las brigadas como medio indirecto para regresar a su país. A estos nuevos reclutas se les sumaron poco después muchos de los voluntarios extranjeros que habían combatido en el frente de Aragón y en el valle del Tajo, incluyendo a los supervivientes de la centuria Thaelmann (alemana), a algunos componentes de la centuria Gastone-Sozzi (italiana) y del batallón francés Comuna de París. Entre los voluntarios estaba el joven poeta inglés John Cornford (aunque luego regresó a Inglaterra con permiso militar por enfermedad después de combatir durante el mes de agosto). Al día siguiente de llegar a Albacete, todos los voluntarios fueron identificados y registrados. El funcionario les preguntaba si eran oficiales, sargentos, cocineros, mecanógrafos, artilleros o si habían servido en caballería o en ametralladoras. Muchos contestaron de forma insensata, más con arreglo a sus ambiciones que a sus capacidades. A continuación fueron distribuidos en grupos lingüísticos, con sus nombres apropiados. Los voluntarios británicos no eran muy numerosos y, en consecuencia, no podía formarse con ellos un batallón aparte. Parte de éstos fueron integrados en unidades alemanas y el resto en unidades francesas [70].

La *«troika»* suprema que se hallaba al mando de la base la formaban André Marty, comandante en jefe; Luigi Longo («Gallo»), inspector general, y Giuseppe di Vittorio («Nicoletti»), jefe de los comisarios políticos [71]. Los italianos eran personas competentes y humanitarias [72]. Marty carecía de ambas cualidades. Catalán por



ANDRE MARTY (Perpiñán, 1886-París, 1956)

Hijo de un obrero juzgado en rebeldía y condenado a muerte por su participación en la Comuna de París, André Marty nació en Perpiñán (Francia), en 1886. En 1908 se incorporó como maquinista a la Armada francesa, y en 1919 dirigió el movimiento conocido como «la revuelta del mar Negro», rebelión en la flota enviada a luchar contra los bolcheviques, lo que a a la larga le supuso la amistad y la confianza de Stalin y una brillante carrera en el Partido Comunista francés. En abril de 1919 fue detenido y condenado a veinte años de trabajos forzados por un consejo de guerra; sin embargo, fue puesto en libertad en julio de 1923. Dos meses más tarde se afilió al Partido Comunista, y en 1924 fue elegido diputado. A principios de 1925 pasó a formar parte del comité central del PCF.

Su vinculación directa a la Internacional Comunista, en la que llegaría a ser una de las piezas claves, se inicia en marzo de 1925, participando en el pleno ampliado del Comité Ejecutivo, donde presentó un informe sobre el Socorro Rojo. En agosto de 1927 volvió a ser detenido por su campaña contra la guerra que Francia llevaba a cabo en Marruecos. Perdió su escaño en 1928, pero lo recuperó en 1929. Elegido en 1931 para el Buró Político del Partido Comunista, fue enviado al año siguiente para representarlo en el Komintern, del que formó parte del Comité Ejecutivo hasta su disolución. En 1935, durante el VII Congreso del Komintern, fue nombrado miembro del

[67] Aparece en *Por quién doblan las campanas* como el general Goltz.

[68] Véase Longo, pp. 42-49; Max Wullschleger, *Schweizer Kämpfen in Spanien* (Zurich, 1939), p. 21 y ss. Albacete, además, estaba a dos horas de coche de Archena, la base de los tanques rusos.

[69] Gillain, p. 18.

[70] Gillain, p. 18. Estos voluntarios pronto contaron con la ayuda de un grupo de asistencia médica inglés compuesto por médicos y enfermeras. El origen de éste fue el siguiente: Isabel Brown, el espíritu comunista que inspiraba al Comité Británico de Ayuda a las Víctimas del Fascismo (una de las creaciones de Muenzenberg), estaba recibiendo muchos donativos destinados a «España». Por lo tanto, sugirió la creación de un comité de asistencia médica inglesa, formado por médicos no comunistas, sino izquierdistas, que harían de figuras decorativas, y la unidad de asistencia médica sería enviada a España, dirigida por un socialista, contemporáneo de Cornford en Cambridge, Kenneth Sinclair Loutitt. El valor de ésta y otras unidades médicas fue considerable, ya que casi todos los médicos del ejército español estaban con los rebeldes. (En cuanto a los médicos civiles, al parecer, se encontraban igualmente divididos entre los republicanos y los nacionalistas.) Véase también *All my Sins Remembered*, del vizconde Churchill (Londres, 1964). Este aristócrata dirigió la salida hacia España de la unidad inglesa.

[71] Fischer, p. 367; Longo, p. 44. Más adelante, Longo se convirtió en el secretario general del partido comunista italiano, cargo que ocupó desde 1964 hasta 1969, año en que pasó a ser su presidente; y todavía lo es [en 1976].

[72] Giuseppe di Vittorio, un organizador obrero de Apulia que antes había actuado contra Mussolini en Italia, fue, desde 1945 hasta 1958, secretario general de la Confederación General del Trabajo italiana, el sindicato comunista. El nombre de batalla de Longo era el nombre de un famoso y elegante matador, «el Gallo».

Presidium y del Secretariado del Comité Ejecutivo.
Al estallar la guerra civil española, la Internacional Comunista le envía como delegado a España, donde —según él declaró en la Cámara de Diputados francesa en marzo de 1939— fue encargado por Largo Caballero, a la sazón presidente del Consejo y ministro de la Guerra, de organizar las Brigadas Internacionales. Algunos ponen en duda esta versión y mantienen que el gobierno español no tuvo más remedio que aceptar un hecho que le fue impuesto. En cualquier caso, su actuación no se limitó a las actividades militares, sino que intervino directamente en los asuntos internos del Partido Comunista español y en ocasiones influyó en la política del gobierno republicano. En las Brigadas Internacionales se distinguió por la dureza de sus métodos y por suspicacias extremas, que le impulsaron a la crueldad.
Terminada la guerra, Marty vuelve a ser llamado a Moscú en el verano de 1939 y se incorpora a la dirección de la Internacional Comunista durante la segunda guerra mundial. Su firma aparece en el acta de disolución del Komintern, el 15 de mayo de 1943. En octubre de 1943 se traslada a Argelia, donde se había establecido el gobierno provisional francés, como representante del Partido Comunista en la Asamblea provisional. En el X Congreso del PCF, en 1945, fue elegido para el Buró Político y para el secretariado del Comité Central, elección que fue renovada en 1947 y 1950. Sin embargo, en 1952 fue acusado de provocar luchas faccionales en el interior del partido y, lo que es más sorprendente, de trabajar para la policía. Como consecuencia, fue eliminado del secretariado en septiembre, del Buró Político en octubre y finalmente excluido del partido en enero de 1953. En 1955 publicó un libro, L'affaire Marty, **en el que ofrece su propia versión de los conflictos que provocaron su expulsión del partido. Murió en 1956.**

nacimiento, de Perpiñán, era hijo de un obrero condenado a muerte en rebeldía por su participación en los sucesos de la Comuna de París. Alcanzó notoriedad en 1919 cuando, siendo maquinista de barco, dirigió el motín de la flota francesa del mar Negro para protestar contra las órdenes recibidas de apoyar al ejército blanco en la guerra civil rusa. Luego se hizo comunista. Su auge en el Partido Comunista francés en los años sucesivos se debió a su acción con motivo de *«le mutin de la mer Noire»*. El cargo que ocupaba en la base de Albacete le fue encomendado en virtud de sus presuntos conocimientos militares y gracias al apoyo de Stalin, quien no olvidaba que, diecisiete años antes, Marty se había negado a tomar las armas contra la naciente Unión Soviética. Era uno de los siete



(Serv. Histórico Militar.)

Otro cartel editado por las propias brigadas, en el cual se alude a la guerra desde las perspectivas de la paz.

miembros del directorio o secretaría del ECCI, o comité ejecutivo del Komintern, y, dada la importancia de los acontecimientos de España, era inevitable que un miembro de este organismo pasara a ocupar la jefatura de las Brigadas Internacionales. En 1936 su mayor obsesión era el temor a los espías fascistas y trotskistas [73]. Fue a España acompañado por su mujer Paulina, a quien, al parecer, Marty había tratado de disuadir. Su nombramiento fue uno de los mayores errores de Stalin, aunque se tratara de un asunto de relativa importancia. Solamente Stalin superaba a Marty en cuanto a su naturaleza desconfiada. El jefe de personal de la base era un camarada de Marty, concejal del ayuntamiento de París, llamado Vital Gayman, conocido en España con el apellido corriente de «Vidal» [74]. El capitán Alloa, sastre italiano de Lyon, estaba al mando de la base de caballería de la vecina localidad de La Roda; y un checo, el capitán Miksche, experto técnico y futuro escritor, montó una escuela de artillería en Chinchilla (Albacete) [75]. El primer jefe instructor de infantería de Albacete fue el periodista alemán Ernst Adam —que no era comunista— hasta que se trasladó al frente. En su cargo le sucedió un incompetente búlgaro que debió su nombramiento a haber participado en la explosión de Santa Sofía en 1923, que no podía considerarse una verdadera operación


(Keystone.)

En Albacete y su entorno se instalan las bases y campamentos de instrucción y encuadramiento de los voluntarios de las Brigadas Internacionales, como los que aparecen en esta fotografía.

[73] Ehrenburg, *Eve of War*, p. 167.
[74] El guardaespaldas de Marty era Pierre George, que se hizo famoso en la segunda guerra mundial como «el coronel Fabien». Véase Fischer, p. 366, y *Las Brigadas Internacionales*, folleto editado por el ministerio español de Asuntos Exteriores en 1953.
[75] Fischer, p. 379.


(Efe.)

A Vittorio Vidali, «comandante Carlos» o «Carlos Contreras», las últimas noticias le situaban como secretario del PCI en Trieste. En la fotografía se le ve en un viaje realizado a España en 1978. Puede considerársele espécimen del revolucionario y agitador, entregado y eficiente. Antes, durante y después de la guerra española recorre medio mundo con distintas misiones. A poco de iniciarse las hostilidades se presenta en Madrid, donde ya había estado. Organiza el 5.º Regimiento y participa en la formación de las Brigadas Internacionales, dirige operaciones de «limpieza» en la retaguardia, forma parte efímeramente del Estado Mayor como jefe de operaciones, y pelea en los frentes. Estalinista convencido, la acción sustituye en él cualquier forma de doctrina. Por su reconocida dureza es utilizado en España, y al parecer también en otros países, en menesteres que las peculiaridades de la «moral» de guerra exige que alguien cumpla. Los autores antifascistas, los que lucharon a su lado, suelen estar de acuerdo en esos aspectos de su actividad.

militar [76]. La base de Albacete no tardó en quedar repleta, y los italianos se instalaron en el vecino pueblo de Madrigueras, los eslavos en Tarazona de la Mancha, los franceses en La Roda y los alemanes en Mahora. Otro comunista búlgaro, Tsvetan Angelov Kristanov, que vivió emigrado en Rusia entre 1926 y 1936, fue nombrado encargado de los servicios médicos de las Brigadas Internacionales con el atractivo nombre de guerra escandinavo de Oskar Telge, con un equipo de colaboradores de todas las nacionalidades [77], y Paulina, esposa de Marty, se convirtió en inspectora de hospitales. El periodista norteamericano Louis Fischer, representante nominal de *The Nation* en España, sirvió primeramente como intendente del ejército hasta que estalló su disputa con Marty, al ser ocupado su puesto por otro búlgaro, Ljubomir Karbov [78]. Al parecer, el alemán Walter Ulbricht organizó una división del NKVD en el seno de las Brigadas Internacionales, desde la cual investigaba los antecedentes de los «trotskistas» alemanes, suizos y austriacos [79]. El Partido Comunista francés suministró los uniformes de las brigadas, incluido un gorro alpino de lana. La disciplina se impuso con mano de hierro.
«El pueblo español y su ejército todavía no han vencido al fascismo —dijo Marty a las brigadas—. ¿Por qué? ¿Por falta de entusiasmo? No y mil veces no. Le han faltado tres cosas que a nosotros no deben faltarnos: unidad política, dirigentes militares y disciplina» [80].

Kleber

Al referirse a los dirigentes militares, señaló a una figura pequeña, de cabellos grises, con el capote abrochado hasta el cuello. Era el general Emilio Kleber. Kleber tenía cuarenta y un años y, en realidad, era natural de Bucovina, que entonces formaba parte de Rumania y en el momento de nacer él estaba incorporada al imperio austro-húngaro. Su nombre auténtico era Lazar o Manfred Stern y el nombre de guerra lo había tomado de uno de los generales más hábiles de la revolución francesa [81]. Durante la primera guerra mundial sirvió de capitán en el ejército austriaco. Capturado por los rusos, fue internado en Siberia. Al estallar la revolución logró huir y se afilió al Partido Bolchevique. Combatió en la guerra civil rusa, formando parte de las Brigadas Internacionales allí destacadas, y finalmente ingresó en la sección militar del Komintern. Fue enviado a desempeñar misiones confidenciales en las guerras de China y acaso también en Alemania [82]. Otros rumores considera-

[76] Comentario de Ernst Adam (Londres).
[77] Yo establecí la identidad de Kristianov gracias a Victor Berck, al que agradezco también otra ayuda.
[78] Fischer, p. 366.
[79] Ruth Fischer, *Stalin and German Communism* (Oxford, 1949), p. 500, nota. Confirmado en Branko Lazitch, *Biographical directory of the Comintern* (Stanford, 1973).
[80] Esmond Romilly, *Boadilla* (Londres, 1937), pp. 72-73.
[81] Nació en Czernowitz (Bucovina) en 1896, hijo de pequeños campesinos de Voloka. Dos hermanos suyos vinieron a España como agentes del servicio de información secreta.
[82] Krivitsky, p. 116. Véase también Andreu Castells, *Las Brigadas Internacionales* (Barcelona, 1974), p. 73 y ss. Este es, con mucho, el mejor estudio sobre las brigadas. Según Castells, «Kleber» vino a España por primera vez en 1924.


(Serv. Histórico Militar.)

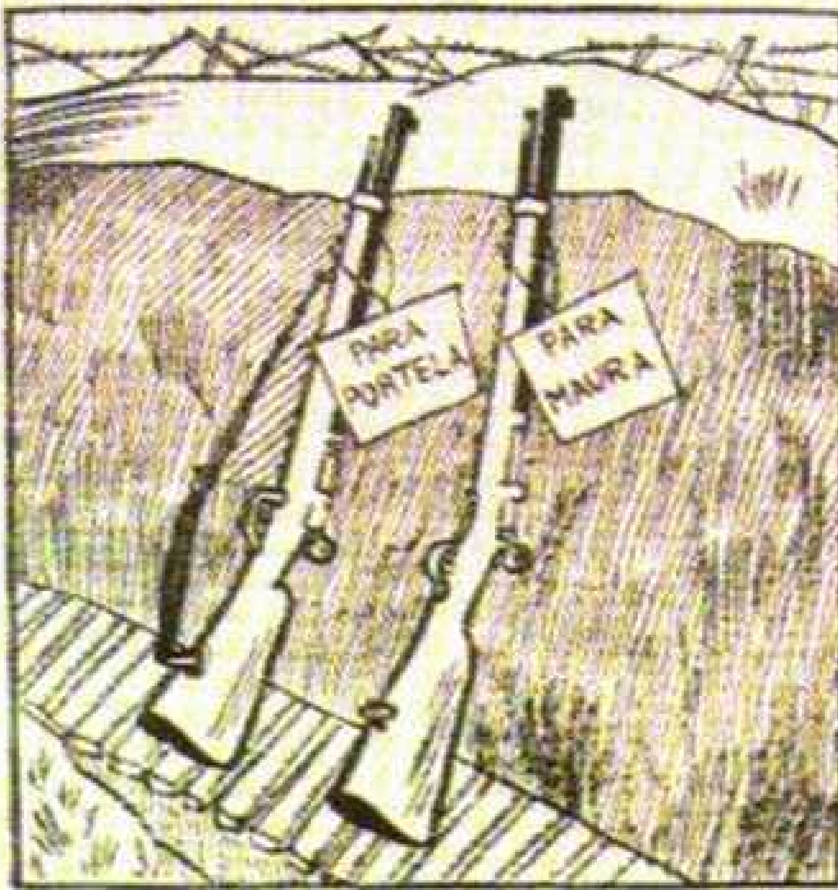
Resulta difícil establecer precisiones sobre el «general» Kleber, alrededor de cuya personalidad juega papel decisivo la propaganda de los servicios soviéticos. Parece que era húngaro y fue educado en Alemania. Pelea encarnizadamente en la defensa de Madrid y manda uno de los sectores. Quizá su capacidad militar era inferior a la que en los primeros tiempos le asigna la propaganda. Participa en muchas acciones. Después desaparece y se le supone fusilado en la Unión Soviética. En Kleber, Stern, o como se llamara, historia y leyenda se confunden: su actuación es importante en la defensa de Madrid; su popularidad entonces, mucha.

ban a Kleber como a uno de los asesinos del zar, consejero de Haile Selassie y de Luis Carlos Prestes en el Brasil, auténtico holandés errante de la guerra revolucionaria. Ahora llegaba a España, como era de esperar, como máximo dirigente de la primera Brigada Internacional. Fue un personaje bien trabajado por la propaganda, que le calificaba de «privilegiado soldado, nacionalizado como ciudadano canadiense». En el momento en que Marty lo presentaba, Kleber se adelantó a saludar con el puño cerrado, provocando una tempestad de aplausos. Marty continuó: «Hay algunos impacientes que querrían marchar hacia el frente de inmediato. Esos son unos criminales. La primera Brigada Internacional no entrará en acción hasta que esté perfectamente instruida y armada con buenos fusiles.» La instrucción continuó. Las dificultades lingüísticas fueron superadas. Se unificaron criterios para coordinar los ejercicios de giro a la derecha e izquierda, aunque únicamente los alemanes se tomaban en serio dichos ejercicios y los dominaban correctamente. Los irlandeses animaban los oscuros barracones con canciones melancólicas. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones en doce lenguas distintas: «Proletarios de todos los países: uníos». *«Proletarier aller Länder, vereinigt euch!». «Prolétaires de tous pays, unissez-vous!». «Pracownic swiata, laczue sie!». «Proletari di tutti i paesi, unitevi!». «Workers of the World, Unite!».*

Durante los meses siguientes no cesaron de acudir voluntarios a Albacete. El poeta Auden [83] supo expresar la angustiada llamada de España en términos casi irresistibles:

> Muchos la han escuchado en remotas penínsulas,
> en dormidas llanuras, en lejanas islas de pescadores,
> o en el corrompido corazón de alguna gran ciudad.
> La oyeron y volaron como gaviotas o como las semillas
> [de una flor.
> Se aferran apiñados a los largos expresos renqueantes
> a través de tierras inhóspitas, a través de la noche y del
> [túnel alpino;
> navegaron sobre los océanos,
> atravesaron los pasos de las sierras y ofrendaron sus vidas.
> En aquel cuadro árido, en aquel trozo arrebatado a la ardiente
> Africa y soldado crudamente a la industriosa Europa;
> en aquel pedazo de tierra surcada por los ríos,
> nuestros pensamientos adquieren cuerpo; las formas amenazadoras
> [de nuestra fiebre
> son concretas y vivas. Pues el miedo que nos hizo responder
> a los avisos del médico, y los folletos de los cruceros de invierno
> se han convertido en batallones invasores;
> y nuestro rostro, la fachada del instituto, los almacenes
> [de precio único, las ruinas,
> proyectan su avidez como el pelotón de ejecuciones o la bomba.
> Madrid es el corazón. Florecen nuestros momentos de ternura
> como la ambulancia y el saco terrero;
> y nuestras horas de amistad en el ejército popular.

Los anarcosindicalistas no ven con buenos ojos la llegada de extranjeros destinados a las Brigadas Internacionales, en los que reconocen a un enemigo potencial, dado que la recluta corre a cargo de los comunistas. La experiencia, aún reciente, de lo ocurrido en Rusia con los anarquistas, les obliga a desconfiar. Las Juventudes Libertarias, vanguardia del anarcosindicalismo, editan este cartel, en el que hay un juego de palabras y conceptos: dicen aceptar «todas las ayudas que vengan del exterior», pero señalan a Miguel Maura y a Portela Valladares, dos republicanos que han huido al extranjero y que, por tanto, se hallan en el exterior. De Portela, que después de haberse ofrecido infructuosamente a Franco se presentará en Valencia para participar en un sesión de las Cortes, no hay noticia que, ni siquiera de manera simbólica, aceptara el fusil que las Juventudes Libertarias humorísticamente le brindan.



(Serv. Histórico Militar.)

Algunos voluntarios llegaron por mar desde Marsella, otros cruzando los Pirineos por secretos caminos desconocidos o poco vigilados por la policía francesa, encargada de cumplir las órdenes de su gobierno, partidario de la no intervención. Quienes cruzaban los Pirineos pasaban la noche en el viejo castillo de Figueras. Tanto si venían por mar o por tierra, casi todos pasaban por Barcelona o Alicante, donde eran recibidos entusiásticamente por las muchedumbres a los gritos de «Salud», «No pasarán» y «UHP». Las calles se llenaban de españoles que cantaban *La Internacional*, la *Joven Guardia*, *Bandera Roja*, el *Himno de Riego* o todos a la vez. El tren se iba deteniendo en las estaciones de los pueblos, en las que los campesinos se precipitaban a ofrecer vino y uvas, saludando con el puño en alto y gritando: «¡Viva Rusia!» Las secciones locales del Partido Comunista y demás partidos del Frente Popular llenaban los andenes con los nombres de sus pueblos escritos en grandes pancartas. Frecuentemente los reclutas llegaban completamente borrachos. Un irlandés, alistado en Liverpool, quien después escribió una ingenua narración de sus experiencias, empezó desde su primera noche en Albacete un período de enfermedades, borracheras y estancias en el calabozo de las brigadas, que duró seis meses.

No todos sentían idéntico entusiasmo. Los anarquistas desconfia-

[83] Que trabajó con una unidad de ambulancias durante breve tiempo en 1937.


(Serv. Histórico Militar.)

La ayuda a los republicanos se manifiesta de muy distintas maneras y en diferentes campos: Este es un pequeño grupo de camilleros escoceses.

ban de las Brigadas Internacionales y dieron órdenes a sus militantes destacados en misión de vigilancia en la frontera francesa de que impidieran el paso a los voluntarios. Pero «a petición de diversas personalidades internacionales —según escribió un dirigente anarquista— desistimos, aunque siguiéramos creyendo que aquella gente estaba de más. Se necesitaban armas y no hombres» [84].
En el momento en que llegaba a Albacete el núcleo de las Brigadas Internacionales, Stalin telegrafió una carta abierta a José Díaz, dirigente comunista español, que se publicó en *Mundo Obrero* con fecha de 17 de octubre, en la que manifestaba que «la liberación de España del yugo de los reaccionarios fascistas no es algo que corresponda solamente a los españoles, sino que constituye la causa común de toda la humanidad progresiva». A finales de octubre habían surgido en casi todos los países del mundo organizaciones de ayuda a la República. En todas partes se organizaron comités de amigos de España, de ayuda médica a España o destinados a promover el envío de socorros a España. Detrás de todos ellos acechaba la sombra de los partidos comunistas. Philip Toynbee, comunista de Oxford, explicó que durante aquella época dio órdenes de «estimular la proliferación de comités para la defensa de España

[84] Abad de Santillán, p. 175.



(FIEHS-CEHI. Univ. de Barcelona.)

La colaboración que reciben los republicanos dentro de la actividad sanitaria será muy importante y útil: ambulancias, material de cura e instrumental, medicinas, quirófanos de campaña... También médicos, enfermeras y personal sanitario a todos los niveles llegaron desde distintas partes del mundo. Y dinero. Aquí se reproduce un cartel sueco en demanda de ayuda.

en la universidad, como la polilla pone sus huevos en un armario ropero» [85]. El caso de España también sirvió de pretexto para servir otros fines: el líder del partido del Congreso de la India, Jawaharlal Nehru, en escrito dirigido al comité indio en el que solicitaba el envío de alimentos a España, señaló que: «Enviando ayuda médica a China o alimentos al pueblo español atraemos la atención del mundo hacia nuestro punto de vista [86]. De tal forma que empecemos a contar en la esfera internacional y la voz de la India empiece a oírse en los consejos de las naciones» [87].

Entretanto, en Berlín, Goering se quejaba de que carecía de personal que se ocupara del envío de remesas a España y de los retornos. Entonces Hess puso a disposición de aquél la organización del partido nacionalsocialista en el extranjero, con Eberhard von Jag-

witz al frente de la misma. A partir de entonces, Jagwitz trabajó directamente a las órdenes de Goering, asignándosele algunas dependencias en las oficinas del partido nazi. Y sólo entonces, el 16 de octubre, los ministerios alemanes de Asuntos Exteriores y Economía conocieron la existencia de ROWAK y de HISMA [88]. Hubieron de encajar la sorpresa como pudieron. Bernhardt había ordenado que se confiscara y enviara a Hamburgo un buque anclado en Cádiz y cargado de cobre perteneciente a Río Tinto.

Al preguntar Goering a Bernhardt, un día de octubre, en qué forma se pagaría la ayuda alemana a España, Bernhardt le respondió tranquilamente: «Hay un barco cargado de cobre que está esperándole» [89].

Todavía estaba en funciones el comité de no intervención. Pero el 23 de octubre Maisky declaró que Rusia ya no podía sentirse vinculada por los acuerdos de no intervención o, por lo menos, «no en mayor medida que los miembros que aún participan en el comité» [90]. El resultado fue la ruptura por parte de Portugal de sus relaciones diplomáticas con la República española, a consecuencia de las acusaciones de Rusia contra aquel país. Rusia no iba a abandonar ahora el comité, como su prensa había pronosticado. Tal acti-



(Ullstein Bilderdienst.)

En el mes de octubre, el mapa político europeo es de una enorme complejidad, que viene a agravar el problema —los problemas— que plantea la guerra de España. Ciano hace una visita a Hitler, merced a la cual mejoran las relaciones ítalo-germanas y se toman diversos acuerdos relacionados con las ayudas militares y políticas a la España nacionalista, y sobre la no intervención, nombre que aquí parece paradójico. Poco después de esta entrevista se emplea por primera vez el término «Eje Roma-Berlín» (o Berlín-Roma). De izquierda a derecha: Von Neurath, el conde Ciano, Attolico y Hitler, fotografiados durante la entrevista citada.

[85] Philip Toynbee, p. 87.

[86] Sin embargo, hubo instituciones de ayuda que prestaron sus servicios a ambos bandos. El English General Relief Fund for Spain estaba sostenido por los arzobispos de Canterbury y Westminster, el gran rabino, el moderador de la Iglesia de Escocia, y las Iglesias libres. Se constituyó en diciembre de 1936.

[87] *Spain! Why?* (Londres, 1937), p. 4. Nehru fue a la España republicana durante la guerra.

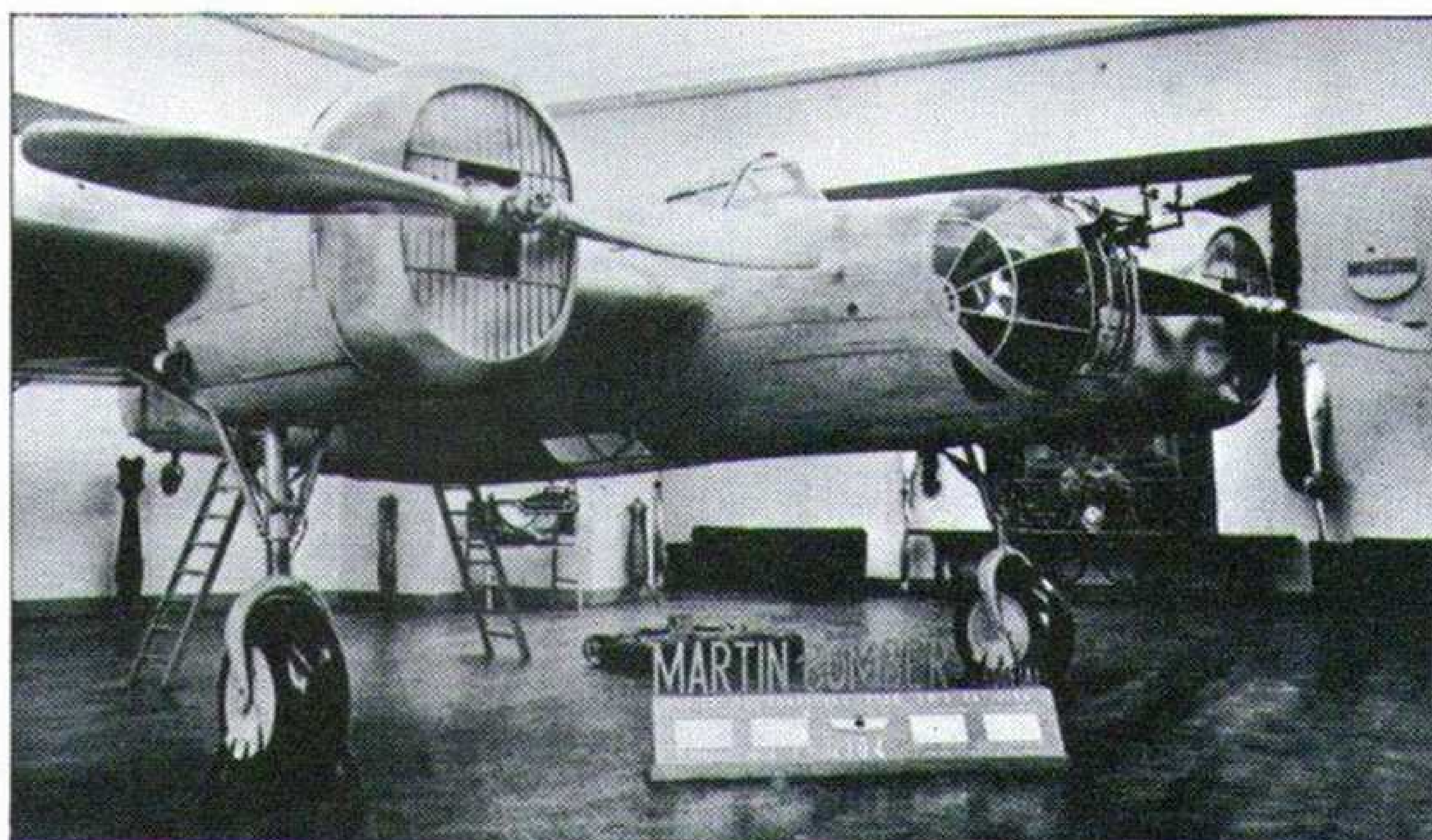
[88] *GD*, pp. 113-114.

[89] Testimonio de Johannes Bernhardt.

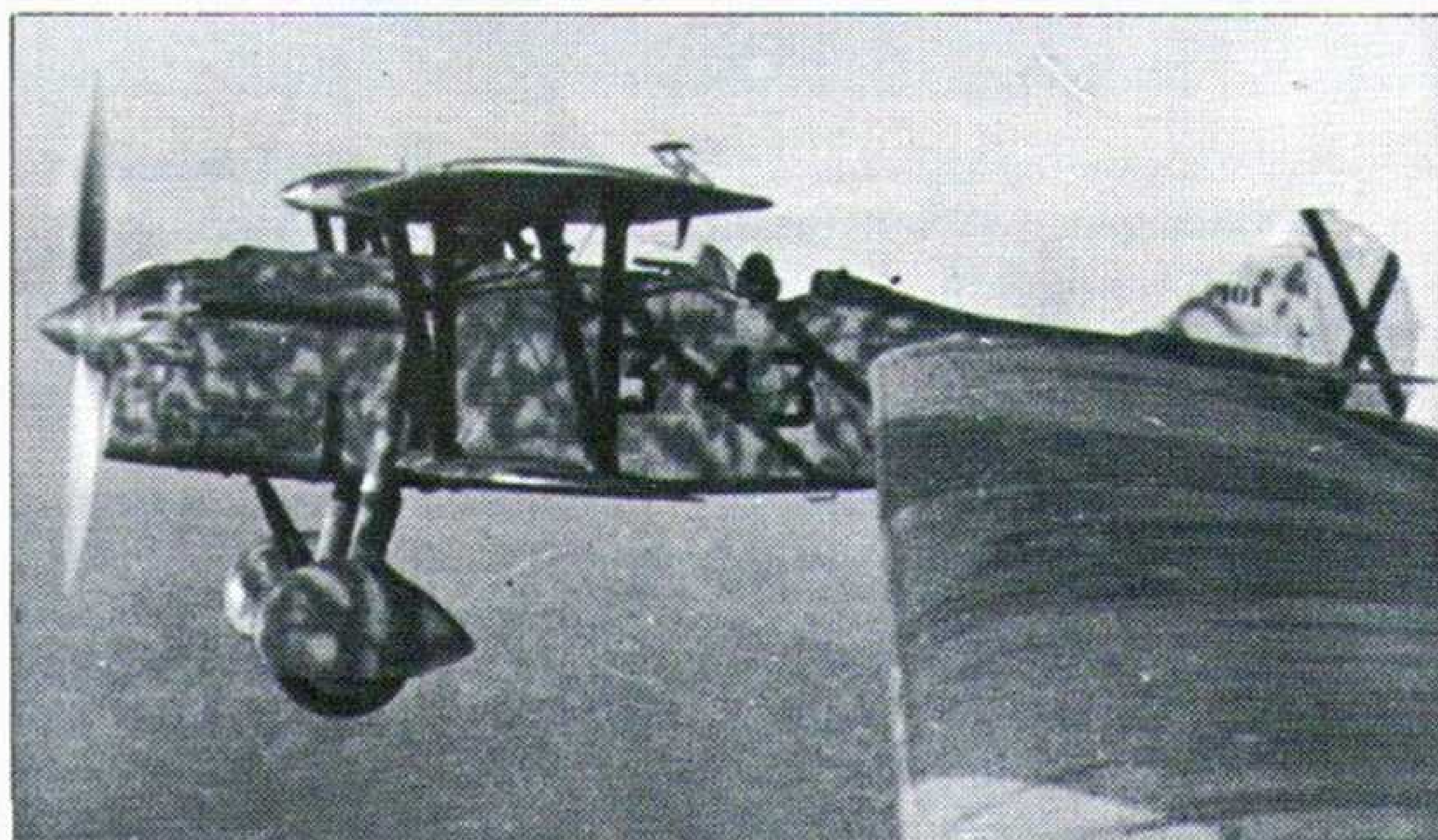
[90] *NIS*, séptima reunión. Descrita con cierto detalle por Ivan Maisky en *Spanish Notebooks* (Londres, 1966), pp. 45-57.

tud pudo tomarse al regreso de Litvinov de Ginebra. Este debió señalar que la retirada del comité traería consigo la ruptura de relaciones con Francia y Gran Bretaña y constituiría un rudo golpe a la política de seguridad colectiva. Lord Plymouth propuso controlar los suministros de material de guerra a España mediante el envío de observadores a los puertos españoles, quienes luego declararían ante el comité [91]. Pero aquella aristocrática voz de la razón, desgraciadamente, no fue escuchada.

En medio de tales discusiones, el conde Ciano, ministro italiano de Asuntos Exteriores, giró una importante visita a Berlín. Allí planteó el caso de España ante Neurath y Hitler. Los alemanes convinieron en que Alemania e Italia reconocerían diplomáticamente a los nacionalistas tras la caída de Madrid. Neurath se figuraba que ello sucedería en el plazo de una semana. Alemanes e italianos negaron enérgicamente que tuvieran intenciones de anexionarse parte del territorio español. También se comunicaron los últimos rumores: Ciano manifestó no estar al corriente del informe alemán que denunciaba que 400.000 rusos se dirigían hacia España. Pero él mismo estaba organizando un servicio de vigilancia entre Sicilia y Africa. Italia estaba a punto de terminar la construcción de dos



(Arch. Azaola.)



(Ya.)

Al SB-2, bautizado en España como «Katiuska», probablemente por influencia de una popular zarzuela, los nacionalistas le llaman «Martín Bomber», suponiéndole un modelo norteamericano, y de hecho estaba inspirado en un tipo de aquel país. En la primera expedición llegan a Cartagena 31 aparatos de este modelo, el mejor de los bombarderos soviéticos. Por primera vez toman parte en acciones el 29 de octubre. Los cazas Fiat CR-32, llamados «Chirri» (abajo), tienen que enfrentarse con estos excelentes enemigos soviéticos.

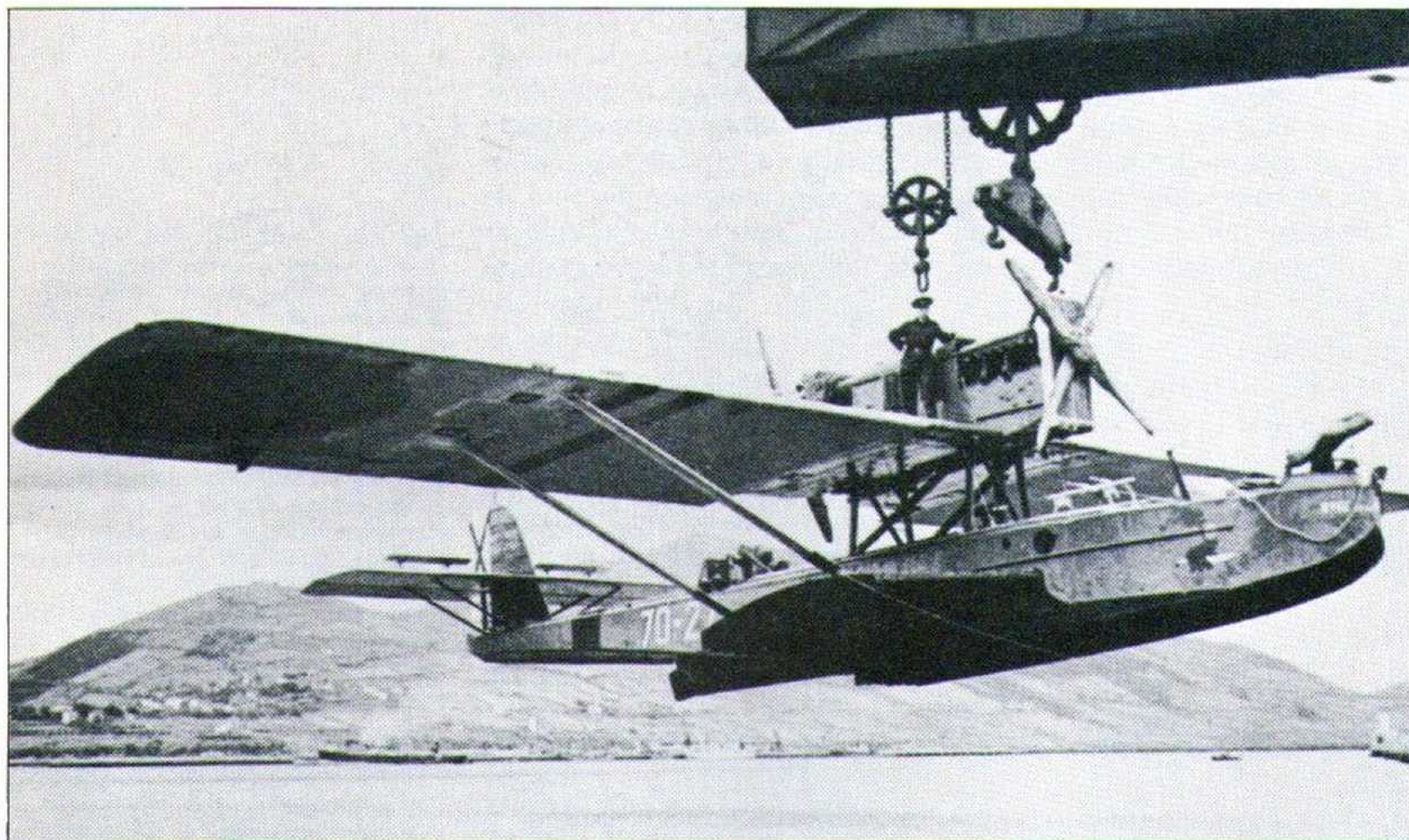
submarinos destinados a los nacionalistas. Indudablemente ambas unidades serían de utilidad para efectuar la vigilancia de aquella zona mediterránea. Ciano provocó las iras de Hitler al enseñarle un *dossier* de documentos británicos sustraídos de la embajada británica en Roma por miembros del servicio secreto italiano. Dichos documentos revelaban a Anthony Eden como enemigo pertinaz de Alemania, aunque en algunas ocasiones fingiese amistad hacia ella [92]. Esta reunión estrechó aún más la cooperación italo-germana en todos los campos. Al cabo de una semana, Mussolini empleaba por primera vez el término «eje Berlín-Roma» para designar aquella amistad predestinada [93]. A partir de entonces, y en muchos sentidos, la guerra civil española fue ya algo más que una guerra civil europea: se transformó en una guerra mundial en miniatura. Y es que la guerra española había estallado en un momento crítico, como ya se ha demostrado, no sólo en el aspecto diplomático, sino también en el de la carrera de armamentos. En octubre de 1936,

[91] *NIS*, (c), octava reunión.
[92] Coverdale, p. III.
[93] Ciano, *Diplomatic Papers*, pp. 60-61; *GD*, pp. 117, 122.

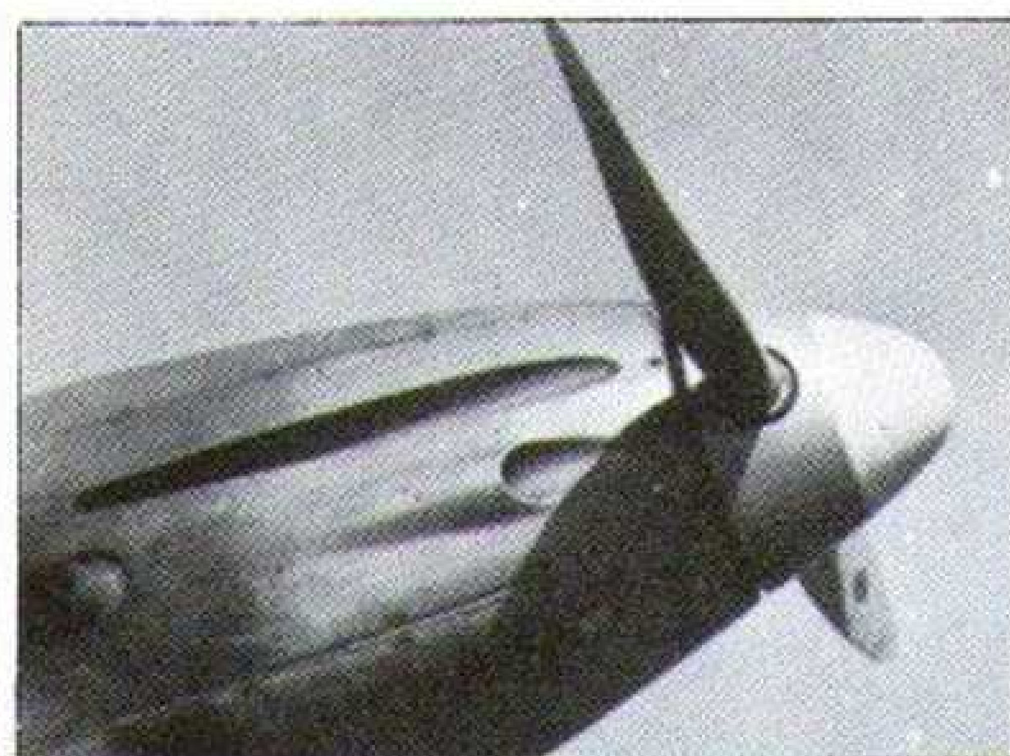
Tres Fiat CR-32 llegan a Sevilla el 18 de agosto: constituyen la primera entrega de una larga serie. A la izquierda los vemos volando en escuadrilla. A estos aparatos de caza pronto se incorporarán algunos pilotos españoles.
La primera ayuda aérea le llega al gobierno republicano desde Francia: seis aparatos «Potez» toman tierra en Barcelona el 9 de agosto, junto con otros aviones de distintos modelos. Igual que los aviones que había en España el 20 de julio, pronto los «Potez» quedarán anticuados. Aquí vemos uno de ellos que ha sido derribado cerca de Madrid.

(Keystone.)





(Arch. Azaola.)



(Arch. Azaola.)

La aviación experimenta considerables adelantos que pueden irse comprobando en los cielos españoles de las batallas. Ninguno de los aparatos que se emplean en las primeras fases podrá utilizarse a medida que la contienda avanza. Las experiencias obligan a mejorarlos. Un hidro Dornier-Wal, semejante al célebre Plus-Ultra *del* raid, *y el morro de un Heinkel-112 representan toda una trayectoria, incluso estética.*

los Junkers 52 y los Heinkel 51 eran ya una presencia familiar en los cielos de España; al igual que los cazas Fiat CR-32 y los ataúdes volantes franceses junto con los Dewoitine y Bloch. Pronto se haría igualmente familiar la presencia de la aviación rusa de fabricación moderna, de la misma generación que la de las naciones mencionadas y que, además, se basaba en modelos americanos. El que luego sería célebre caza Messerschmitt y el Heinkel 111, mucho más veloz, estaban en período de pruebas y no tardarían en aparecer en los cielos de España. En cuanto a la guerra terrestre, los tanques Panzer y T126 alemanes y rusos pronto entrarían en acción, constituyendo lo que el general alemán Von Thoma, jefe de tanques, llamaría un «Aldershot europeo» [94]. Y asimismo la nueva ametralladora alemana MG34, que entró en servicio en 1936, como la rusa Degtyaueva Pekhotnii (DP), algo más antigua. La nueva arma antiaérea alemana de 88 milímetros —conocida en la segunda guerra mundial como la célebre «Ochenta y ocho», que se empleó contra los tanques— ya operaba en España a finales de octubre, al lado de la artillería italiana de la primera guerra mundial, que todavía era fiable. Así, en un país que hasta el mes de julio estaba tecnológicamente atrasado, se estrenaron con fines mortíferos los modelos de armas más modernos fabricados por las industrias más importantes del momento. De esta suerte, la rebelión de julio de 1936 hizo saltar a España bruscamente a pleno siglo XX mediante lo que puede llamarse, en el sentido estricto de la palabra, un acto de venganza.

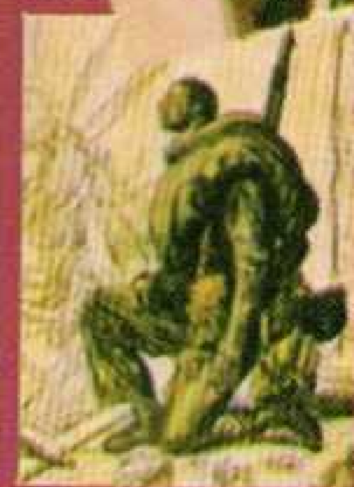
[94] B. H. Liddell Hart, *The Other Side of the Hill.*





2





LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Urbión